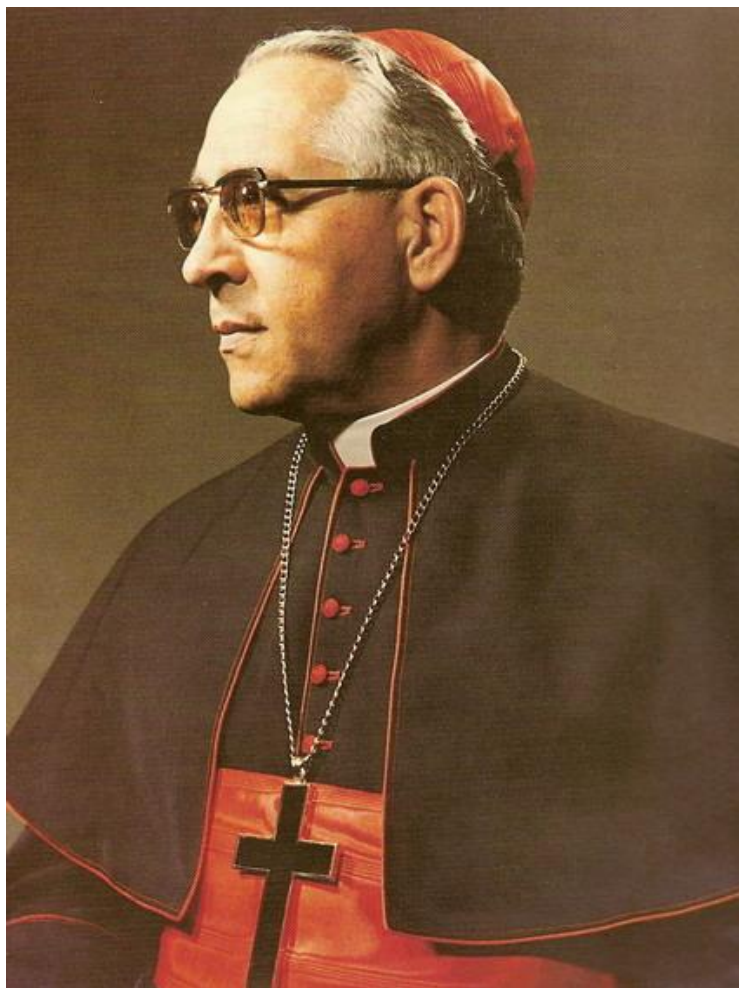


OBRAS DEL CARDENAL MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN



V

Vivir en Cristo

Predicación de Cuaresma y Semana Santa

PRÓLOGO

DEL CARDENAL ANTONIO INNOCENTI,

PREFECTO DE LA S. CONGREGACIÓN PARA EL CLERO

En una carta encíclica, algo olvidada y de notoria actualidad, la *Humani generis redemptionem*, de quince de junio de 1917, Benedicto XV expuso un breve tratado sobre la predicación (*Acta Apostolicae Sedis* 9 [1917] 305-317). Venía dada la motivación de este documento, dirigido a los obispos del orbe católico, por la acentuada curva de decadencia que se advertía entonces en este ministerio capital de la evangelización, caída que se debía a tres causas: la falta de idoneidad en los ministros de la Palabra, ciertas desviaciones respecto de los fines u objetivos propios de la predicación, y el olvido, demasiado frecuente, de la raíz o alma profunda de la misma.

Me ha sido suscitado este recuerdo por la lectura del contenido de este volumen, seis series de conferencias cuaresmales pronunciadas por el señor Cardenal Arzobispo de Toledo y Primado de España, don Marcelo González Martín. He podido comprobar con honda satisfacción cómo en todas ellas se ven realizados con ejemplar fidelidad los remedios que el Papa Benedicto XV señaló en 1917 a las causas de la decadencia de la predicación: el dominio perfecto de la materia, el celo sincero y absorbente por las almas, la vida de oración unida a la paciencia en soportar las graves e inevitables dificultades que encierra el ejercicio fiel de la predicación apostólica.

El lector puede comprobar fácilmente por sí mismo el ágil y completo dominio con que se desenvuelve el autor de este volumen en el amplio territorio de la oratoria sagrada. Posee un conocimiento profundo, vitalmente asimilado, del Nuevo Testamento, sobre todo de los Evangelios y de las epístolas paulinas. Ha hecho suyo, y se ve que, desde muy joven, el certero consejo de otro gran maestro español de la predicación, el insigne Apóstol de Andalucía, San Juan de Ávila: “El Nuevo Testamento, si es posible, querría que lo tomase de coro” (Carta 5, a un predicador, en SAN JUAN DE ÁVILA, *Obras completas*, vol. V, Madrid 1970, BAC 313, p. 52). Y muestra también un magistral conocimiento de los documentos del Magisterio vivo de la Iglesia, tanto el pontificio como el conciliar. Por eso la predicación del Cardenal Arzobispo de Toledo se alza, como espléndido monumento de la actual oratoria sagrada española, sobre terreno granítico, firme, sólido y fecundo. Ha dado comprobación moderna al sabio consejo del viejo Horacio:

cui lecta potenter erit res,
nec facundia deseret hunc, nec lucidus ordo (*Ad Pisones*, 40-41).

Siempre tendrá materia abundante para hablar con claridad y orden el que posea de antemano un dominio completo del campo propio de su discurso.

Quiero destacar, a propósito del Magisterio vivo de la Iglesia como fuente de la predicación, el continuo recurso que el autor hace a las enseñanzas del Concilio Vaticano II. Don Marcelo González Martín intervino como obispo en todas las sesiones del magno acontecimiento eclesial. Y posee de sus enseñanzas un

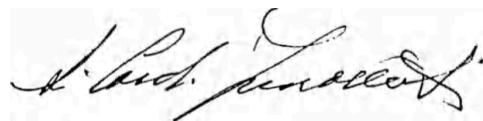
conocimiento vital, vivo, hecho substancia propia. Es lo que le permite citarlo y aplicarlo e interpretarlo con un equilibrio perfecto. “Ciertamente, el que no admita los cambios que el Concilio quiere introducir en la Iglesia de Dios, no sirve a la Iglesia; pero el que se empeña en saltar por encima de estos cambios que el Concilio introduce, buscando modificaciones en lo substancial, tampoco sirve a la Iglesia, sino que más bien la destruye”. Conforta ver cómo ya desde entonces, recién concluido el Vaticano II, el entonces Arzobispo de Barcelona, previene a sus fieles frente al riesgo de crecientes mutilaciones de la enseñanza real del Concilio. Subraya la necesidad de adaptación sensata, pero admitiendo con meridiana claridad que “el Concilio no ha cambiado, no puede cambiar la fe y la creencia”.

Una última observación me parece conveniente hacer. El señor Cardenal de Toledo no rehúye en su predicación las aristas crucificadoras de la vida cristiana. No cede a la fácil tentación de eliminar o reducir lo duro, para halagar al oyente. Sabe poner dulzura de comprensión en sus palabras, pero sin traicionar las exigencias del mensaje que como obispo está obligado a transmitir. A propósito de la situación de inmoralidad creciente y aun avasalladora en que se encuentra el mundo contemporáneo, don Marcelo alza su voz con energía profética: hablar de renovación es hablar también y principalmente de reforma personal interior y no puede haber reforma personal interior si no hay conciencia de pecado y concluye: “No hablar del pecado es un terrible error religioso”. Y ante la crisis de obediencia que ha ido surgiendo en la Iglesia, no vacila en reiterar que la obediencia es virtud capital, que no ha pasado de moda, y que pertenece al cuadro esencial de la vida cristiana auténtica. Eliminar o reducir la obediencia es eliminar o difuminar la presencia de la Cruz en la vida del cristiano.

Podría ampliar este prólogo. Pero creo que basta lo apuntado para introducir al lector en esta ejemplar muestra del deber de predicar, que corresponde, también hoy, al obispo de la Iglesia, una de cuyas principales obligaciones, como reitera el nuevo Código de Derecho Canónico, es predicar la palabra de Dios, con fidelidad e íntegramente, para velar por la pureza de la fe en su diócesis.

Con gusto he respondido afirmativamente con estas líneas a la invitación que me ha hecho de prologar este quinto volumen de las obras del señor Cardenal de Toledo, la Comisión preparadora de las mismas. Le conocí personalmente en mis años de Nunciatura en Madrid. Pude entonces comprobar las altas cualidades que en él concurren como hombre de Iglesia. Y también tuve ocasión de disfrutar de su magisterio como orador sagrado, de cual magisterio es este volumen fecunda y aleccionadora prueba.

Roma, 19 de abril de 1989.



Antonio Cardenal Innocenti
Prefecto de la S. Congregación para el Clero

En este volumen –quinto de la serie– se recoge una muestra elocuente del continuo ejercicio del ministerio de la Palabra que ha venido realizando el señor Cardenal Primado y Arzobispo de Toledo, don Marcelo González Martín. Muestra parcial, pero significativa. Parcial porque si bien se quiso en un principio recoger una extensa selección de homilías, vio el Comité preparador que era imposible albergarla en un solo volumen. Se necesitarían tres o cuatro.

Por eso, se ha optado por recoger seis series completas de predicación de la Cuaresma y de la Semana Santa, tiempos litúrgicos fuertes que han sido siempre objeto de intensa predicación de la Palabra a los fieles. Cuatro series corresponden a la época del Arzobispado de Barcelona. Y las dos series últimas, al Episcopado de don Marcelo en Toledo.

Aunque, por razón del contenido, la materia es, en todas las referidas series – Dios, Cristo, la Iglesia, el mundo– la misma, se advierten en estos dos sectores territoriales de la predicación cuaresmal algunas diferencias objetivas circunstanciales. Pero siempre bajo la luz de las enseñanzas del Concilio Vaticano II.

Entre las series predicadas en la Ciudad Condal y las tenidas en la sede toledana hay una diferencia de programación. Las conferencias cuaresmales de Barcelona se extendían a lo largo de toda la Cuaresma, apoyadas en la fecha del viernes de cada semana de dicho tiempo. Tenían un tracto sucesivo largo. Las de Toledo, en cambio, son concentradas. Se predicaban a lo largo de una sola semana.

Con este volumen queda albergada, dentro de la serie que esperamos concluir con un próximo volumen VI, la constante dedicación al ministerio de la Palabra, que ha mantenido a lo largo de toda su vida sacerdotal el señor Arzobispo de Toledo.

Por lo que toca a las normas reguladoras de la recopilación y ordenación de materiales, el Comité de preparación de la serie ha mantenido las mismas que han presidido dicha tarea en los volúmenes anteriores.

El Estudio Teológico de San Ildefonso de Toledo, agradece de nuevo a cuantas personas están colaborando a que el empeño se haga realidad, el aliento y el apoyo económico prestados para editar este quinto volumen de las obras del Cardenal don Marcelo González Martín, Arzobispo de Toledo y Primado de España.

Se alegra de ofrecerles este quinto volumen y espera poder concluir en fecha próxima, con el sexto volumen, la amplia selección iniciada.

Fuertes en la fe

Se incluyen en esta primera parte, dedicada a la virtud de la fe, las conferencias pronunciadas por Monseñor Marcelo González Martín, arzobispo de Barcelona, en la Santa Iglesia Catedral Basílica de la Ciudad Condal, durante la Cuaresma de 1968. Las conferencias fueron transcritas tal como fueron pronunciadas por el entonces arzobispo de Barcelona, con muy leves retoques. Se reproduce el texto publicado en tercera edición por la benemérita Editorial Balmes, Barcelona, 1970. Las notas y citas se han ajustado, en cuanto a disposición tipográfica, a las características propias de la presente edición.

NOTA PREVIA

Fuertes en la fe es una frase del apóstol San Pedro. Me ha parecido oportuna para dar título a este pequeño libro en que se recogen algunas de mis predicaciones durante la Santa Cuaresma de este año en Barcelona, concretamente las de la Catedral.

Permanecer fuertes en la fe significa mucho. Lo significa todo en esta hora que estamos viviendo en la Iglesia. ¡Pobre Concilio Vaticano II, si la fe desfalleciera!

El Papa Pablo VI en su Exhortación Apostólica de febrero de 1967 nos pidió a todos, particularmente a los obispos, que celebráramos el Año de la fe, que había de durar de junio de ese año al mismo mes del actual, como homenaje a los apóstoles Pedro y Pablo en el XIX centenario de su martirio: “Nos os rogamos a todos, hermanos e hijos nuestros, que queráis celebrar la memoria de los santos apóstoles Pedro y Pablo, testigos con la palabra y la sangre de la fe de Cristo, con una auténtica y sincera profesión de la misma fe, como la Iglesia, por ellos fundada e ilustrada, la ha recogido celosamente y autorizadamente la ha formulado. Queremos ofrecer a los beatos Apóstoles una profesión de fe individual y colectiva, libre y consciente, interior y exterior, humilde y franca. Queremos que esta profesión de fe suba desde lo más íntimo de todo corazón fiel resonando, idéntica y amorosa, en toda la Iglesia. ¿Qué mejor tributo de recuerdo, de honor y de comunión podríamos ofrecer a Pedro y Pablo que el de aquella misma fe que de ellos hemos heredado?” (Exhortación Apostólica *Petrum et Paulum*, 22 de febrero de 1967: *Ecclesia* 27 [1967] 293-297).

He intentado con esta predicación, al igual que con los demás trabajos que juntos hemos realizado para servir a este propósito, responder a la invitación del santo Padre.

Doy las gracias al Excmo. Cabildo de la Catedral por la diligencia y celo pastoral con que silenciosamente ha atendido a los numerosos fieles que se congregaron en el Templo catedralicio para escuchar la palabra de Dios, orar y proclamar su fe. También por el trabajo que se ha impuesto para recoger estas conferencias y darlas a la imprenta.

Sigamos predicando y viviendo la fe de los Apóstoles. Así aseguraremos los frutos que se esperan del Concilio Vaticano II.

+ Marcelo González Martín.
Arzobispo de Barcelona

Barcelona, Pascua de Resurrección de 1968

LA FE, FUENTE DEL GOZO Y DE LA PAZ

Conferencia pronunciada el Miércoles de Ceniza, 28 de febrero de 1968.

He aceptado con sincera satisfacción de mi alma la invitación del Excmo. Cabildo de la Catedral a hacerme cargo de estas predicaciones cuaresmales. En realidad, no hubiera sido necesario este ruego, consciente como soy de que una de las principales obligaciones del obispo es predicar la palabra de Dios. Ojalá pudiera llegar a todas las parroquias y a todas las iglesias de la Diócesis; pero esto supera las posibilidades humanas, que limitan siempre la actuación en el propio ministerio. Al menos puedo hacerlo en la Catedral, en esta querida Catedral de Barcelona que, no solamente de derecho sino de hecho, debe llegar a ser el primer templo de la Diócesis en cuanto a la perfección de sus celebraciones litúrgicas, en cuanto a los servicios espirituales a los fieles, en cuanto al culto solemne y público a Dios nuestro Señor, que han de darle los canónigos y beneficiados que aquí rezan el Oficio Divino y en fin, en todo aquello que constituye hoy una aspiración entrañablemente querida por la Iglesia de Dios para el perfeccionamiento de la vida religiosa. Por eso he agradecido mucho esta invitación del Cabildo catedralicio, corporación eclesiástica llena de dignidad y merecedora del máximo respeto, cuya ayuda ha de ser preciosa para esta renovación que la Iglesia va buscando hoy en todo.

Ya apareció la palabra que hoy conmueve y turba los espíritus de tantas gentes, “renovación”. Pronunciémosla con humildad, sin intenciones agresivas y reivindicatorias, que supondrían, si así se hiciera, una triste ignorancia respecto al noble abolengo de esta palabra, e incluso más: significaría también una injuria a la Iglesia. ¿Qué es lo que hay que renovar hoy en la Iglesia de Dios? La respuesta a esta pregunta nos la va a dar el mismo nuestro Señor Jesucristo, y es una respuesta tan radical, tan profunda y tan llena de compromisos que no podrá ser superada nunca, ni siquiera por ninguna declaración conciliar.

Tiempo cuaresmal: Renovación necesaria

Yo desearía empezar estas reflexiones cuaresmales que voy a hacer aquí en vuestra presencia, y también en la presencia invisible de tantos y tantos a los que puede llegar mi humilde voz a través de los medios de comunicación social, particularmente a través de Radio Nacional de España; desearía –digo– que esta reflexión primera y todas las que a lo largo de la Cuaresma he de hacer, sirvieran para hablaros de la fe, de esta fe cristiana que es todo en nuestra vida, es la fuente de nuestra alegría, es la fortaleza para vivir, es lo que mueve dentro de nosotros la esperanza, es lo que sostiene el edificio de la caridad social, es lo que puede unirnos fraternal y gozosamente, es lo que puede darnos paz, cordialidad, íntimo sentido de unión del que estamos siempre y constantemente necesitados.

Vivimos el Año de la fe; yo no pronuncio esta frase simplemente por hacer un obsequio a la circunstancia externa en que fue promulgado dicho Año. ¡No, no quiero que quede en una frase! Al decir vivimos el Año de la fe quiero decir,

sencillamente: queremos vivir las consecuencias de nuestra fe, y éstas deben manifestarse no sólo un año ni un día, sino siempre, mientras dure nuestra vida. El hecho de que el santo Padre haya querido que este año, de manera particular, nuestras reflexiones vayan por ahí, no significa sino que hemos de acentuar la meditación de las verdades de nuestra fe y los santos propósitos que deben guiarnos en nuestra vida cristiana. ¡Ojalá en esta Cuaresma que vamos a celebrar en nuestra Diócesis de Barcelona contribuyese a esta renovación que vamos buscando y que no podrá tener nunca un sentido auténticamente orientador si no empieza por hacernos vivir hondamente las exigencias de esta fe cristiana! Empecemos, pues, por declarar qué renovación es la que la Iglesia necesita, y vamos a pedir la aclaración al mismo nuestro Señor Jesucristo.

Abro el evangelio de San Juan, capítulo 3: aquél en que el Señor instruye a Nicodemo. En él leemos lo siguiente: *Había un hombre de la secta de los fariseos llamado Nicodemo, varón principal entre los judíos, el cual fue de noche a Jesús y le dijo: Maestro, nosotros conocemos que eres un Maestro enviado de Dios, porque ninguno puede hacer los milagros que Tú haces a no tener a Dios consigo. Respondió Jesús: Pues en verdad, en verdad te digo que quien no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Le dice Nicodemo: ¿Cómo puede nacer un hombre siendo viejo?, ¿puede acaso volver al seno de su madre para renacer? En verdad, en verdad te digo –respondió Jesús– que quien no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que ha nacido de la carne, carne es; mas lo que ha nacido del espíritu, es espíritu. Por tanto, no extrañes que te haya dicho: os es preciso nacer otra vez (Jn 3, 1-10).*

He aquí la respuesta que nos da nuestro Señor Jesucristo: nacer otra vez; no nos olvidemos de ella cuando hablemos de renovación en la Iglesia. En el cristiano y en cada momento de la vida del cristiano o de la Iglesia, es preciso nacer otra vez; no hay fórmula posible que señale con más claridad las profundas exigencias que lleva consigo la renovación cristiana. De esta frase de Jesucristo se desprende al menos la siguiente resolución:

- Para poder entrar en el reino de Dios, para vivir de acuerdo con lo que el reino de Dios pide de nosotros es necesario, primero: una transformación radical de cada uno de nosotros, tan radical y tan seria, que equivale a algo así como pasar de la nada a la vida, porque a eso es a lo que equivale el nacer: pasar de la no existencia a vivir; transformación profunda.
- Segundo: equivale también a un comportamiento personal de cada uno de nosotros, no simplemente a un deseo de acogerse a la colectividad; el diálogo de Jesucristo con Nicodemo es un diálogo individual, personal; ciertamente que Él no busca sólo a Nicodemo, se lo dice a él para que después lo oigan todos aquellos a los cuales ha de llegar la voz del Evangelio, pero es a esa persona que le visita de noche a la cual le dice esto: que es necesario nacer otra vez, él, él mismo, y así cada uno.
- Tercero: esta renovación que aquí proclama Jesucristo mediante un nacimiento nuevo significa un proceso que se va perfeccionando a lo largo de la vida. Nacer en el reino de Dios no consiste únicamente en un minuto histórico en el cual se entra y ya se ha logrado todo; se nace del agua y del Espíritu Santo, del bautismo, pero la acción del Espíritu Santo que ha de recibir el cristiano comporta unas exigencias que no se agotan nunca,

se trata de ir asimilando poco a poco, a lo largo de toda una vida, esas exigencias de la acción del Espíritu Santo sobre el alma que ha querido recibirle: paz interior, gozo de la fe, amor a Dios, esperanza, sentido del perdón, magnanimidad del alma, es decir, un proceso continuo de las virtudes que el Espíritu Santo quiere que nazcan y se desarrollen en nuestra alma; es un nacimiento que empieza un día, pero que no se acaba mientras vivimos en este mundo.

Y yo pregunto, a la luz de estas reflexiones, si cabe una renovación mayor en la vida, para la Iglesia y para cada cristiano, que ésta que nos señala Jesucristo en el santo Evangelio. He aquí por qué no es suficiente hablar hoy de renovación de estructuras pastorales, de renovación en el diálogo de la Iglesia con el mundo, de renovación en cuanto a la actitud espiritual ecumenista, de renovación en cuanto a nuestras preocupaciones por dar testimonio colectivo; esto es necesario, y ahí tenemos también que renovarnos, pero hay que buscar la renovación mucho más profunda. Lo contrario sería escamotear las exigencias del Evangelio y contentarnos todos con una fácil apelación a esa renovación de los demás, sin que cada uno busque con sinceridad honda la renovación propia que ha de realizar dentro de sí. Y sólo por este camino puede conseguirse la gran renovación que la Iglesia busca.

Ciertamente, creo que es necesario insistir hoy en estas ideas, precisamente como consecuencia de tantas manifestaciones que surgen sin cesar, pronunciadas por parte de unos y de otros, cuando se toca el tema de la renovación, y cada cual está poniendo el acento, más que en lo que es necesario, en aquello que a él le interesa o le gusta, sin querer reflexionar sobre estas bases íntimas, bellas, profundas, de una transformación radical y permanente anunciada por Jesucristo como una exigencia imprescindible para pertenecer a su reino. Pienso, además, que el Concilio también quiere eso, y que escamotearíamos del mismo modo la verdad conciliar si no tuviéramos en cuenta esta exigencia fundamental. Permitidme que, para dar fundamento a mis palabras, os lea aquí otras más autorizadas, las del propio Juan XXIII, que pronunció en el discurso de apertura del Concilio.

Decía él así: “Lo que principalmente atañe al Concilio Ecuménico es esto, que el sagrado depósito de la doctrina cristiana sea custodiado y enseñado en forma cada vez más eficaz; tal doctrina comprende al hombre entero, compuesto de alma y cuerpo, al cual, como peregrino que es sobre la tierra, le enseña que debe mirar hacia el cielo; esto demuestra que se debe ordenar nuestra vida mortal de modo que cumpliendo nuestros deberes de ciudadanos de la tierra y del cielo consigamos el fin establecido por Dios, lo cual quiere decir que todos los hombres, particularmente considerados o reunidos en sociedad, tienen el deber de tender sin tregua durante toda su vida a conseguir los bienes celestiales y a usar, llevados de este solo fin, los bienes terrenos sin que el empleo de los mismos comprometa la felicidad eterna. Ha dicho el Señor: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia*. Esta palabra, primero, expresa la dirección en la que deben moverse nuestros pensamientos y nuestras fuerzas, pero no han de olvidarse las palabras de este precepto del Señor: *y todo lo demás se os dará por añadidura*. En realidad ha habido siempre en la Iglesia, y hay todavía, quienes buscando con todas sus energías la práctica de la perfección evangélica, rinden una gran utilidad a la sociedad; de hecho, de sus ejemplos de

vida constantemente practicados y de sus iniciativas de caridad adquiere vigor e incremento cuanto de más alto y más noble hay en la sociedad humana; pero a fin de que esta doctrina alcance los múltiples campos de la actividad humana referentes al individuo, a la familia, a la sociedad, es necesario, ante todo, que la Iglesia no se separe del patrimonio sagrado de la verdad recibida de los Padres; al mismo tiempo, tiene que mirar al presente considerando las nuevas condiciones y formas de vida introducidas en el mundo moderno que han abierto nuevas rutas al apostolado católico. Por esta razón la Iglesia no ha permanecido indiferente ante el avance admirable de los descubrimientos del progreso humano y ha sabido estimarlos debidamente; mas auxiliando estos desarrollos, no deja de advertir a los hombres para que por encima de las cosas visibles vuelvan los ojos a Dios, fuente de toda sabiduría y de toda belleza; y no olviden ellos a quien les dijo: *poblad la tierra y dominadla*, el gravísimo precepto: *alabarás al Señor tu Dios y a Él solo servirás*, con objeto de evitar que la atracción fascinadora de las cosas visibles impida el verdadero progreso”¹.

Estas palabras, pronunciadas por el Papa que anunció el Concilio, han sido después en múltiples ocasiones repetidas de una o de otra forma por el Papa que rige hoy los destinos de la Iglesia. Con ellas se nos dice muy claramente que se busca una renovación, sí, que es necesaria, que todos debemos contribuir a lograrla, pero que no hay renovación posible si se pierde de vista este destino último del hombre, esta necesidad de atender a su último fin, esta grave obligación en que se encuentra de no dejarse fascinar por las cosas visibles.

La Cuaresma en la vida del cristiano

Yo temo mucho que cuando se habla de renovación en este sentido reivindicatorio, agresivo, vuelvo a decir, polémico, en que unos nos echamos a los otros las culpas de lo que pasa, no demos ni un paso adelante, y, sin darnos cuenta o conscientemente, lo cual sería mucho más lamentable, estemos creando un obstáculo a la acción del espíritu de Dios sobre las almas; renovación, sí, en todos los niveles y en todas las esferas de la vida de la Iglesia, pero que empiece por esta renovación de la conciencia de cada uno que mira a Dios nuestro Señor, que ama a la Iglesia, que cree en la vida eterna, que busca realizar dentro de sí mismo, ante todo y sobre todo, antes que exigírselo a los demás, las nobles consecuencias que se derivan de la fe que profesa. Pues bien, hermanos míos: a esto puede venir y viene de hecho este año la santa Cuaresma, éste es el sentido cristiano de la Cuaresma, y por eso nos disponemos a celebrarla. Yo pido vuestra ayuda, sacerdotes de Dios, religiosos y religiosas, hombres y mujeres que creéis en vuestra fe, os pido vuestra ayuda para que en la medida en que a cada uno nos sea posible hagamos que en Barcelona se viva un poco más intensamente este año el sentido cristiano de la Cuaresma.

Esta institución es muy antigua. De un modo o de otro viene desde los primerísimos tiempos del cristianismo; ya en el siglo IV aparece perfectamente fijado el período cuaresmal; no se trata de introducirnos en el reino de las sombras, por el contrario, la Cuaresma puede darnos una alegría profunda, la

¹ JUAN XXIII, Discurso en la sesión de apertura del Concilio Vaticano II, 11 de octubre de 1962; AAS 54 [1962] 790-791.

Cuaresma nos invita a dar un paso práctico en el ejercicio de nuestra fe, en esa fe que es fundamento de nuestra renovación a la cual hemos de apelar constantemente. Es, en primer lugar, la Cuaresma una pedagogía; en segundo lugar, una acumulación enriquecedora de gracias y auxilios divinos; por último, un camino de seguridad y de certeza.

1° La Cuaresma, como pedagogía

En primer lugar, una pedagogía. Los ritos cuaresmales, empezando por el de hoy, la imposición de la ceniza en nuestra frente, las oraciones que recitamos y que la Iglesia nos invita a recitar, individual o comunitariamente, las súplicas del perdón dirigidas a Dios a lo largo de estos cuarenta días, los ayunos y abstinencias a que se nos invita, todo ello constituye una acción conjunta de palabras, de efectos, de dulces invitaciones, de actitudes confiadas, de ruegos llenos de esperanza, tales y tan vivos, que el alma cristiana se fortalece y siente dentro de sí como el rumor de una fecundidad nueva.

Cuando el cristiano se pone en contacto con la Iglesia de Dios en este período cuaresmal y se deja llevar con docilidad espiritual por esta acción pedagógica, que se combina tan sabiamente sobre él, va poco a poco sintiendo el oxígeno de una nueva atmósfera en que su alma respira el clima del acercamiento de Dios y, ¡estamos tan necesitados de respirar este clima! ¡Oh hermanos, todos aquellos a quienes puede llegar mi voz! Vosotros, que estáis tan fatigados, no sólo por el ruido de vuestros propios problemas, sino también por los que os crea el conjunto de las relaciones humanas con las cuales tenéis que vivir; vosotros, habitantes de las grandes ciudades en las cuales parece que no hay tiempo más que para este vértigo enloquecedor que nos lleva hora tras hora en busca de lo más elemental e indispensable para vivir, para alimentarse o para divertirse olvidados de Dios, estáis necesitados de silencio para el diálogo con Dios. Atended a esa necesidad, sed médicos de vosotros mismos mientras tenéis tiempo. No os solucionará nadie el problema espiritual que lleváis dentro cada uno de vosotros, si no aceptáis las lecciones de esta divina pedagogía de la Iglesia que os llama, no para oprimirnos sino para elevaros a una altura insospechada, pero constantemente apetecida. Escuchad la voz de Dios en esta Cuaresma, dejad que se apaguen otros ruidos entorpecedores, los cuales tantas veces sofocan el anhelo del espíritu, este suspiro interior de conversión hacia Dios que todo hombre noble siente dentro de su alma.

2° Como acumulación de gracias a Dios

Es también la Cuaresma, en segundo lugar, una acumulación enriquecedora de gracias de Dios, porque a través de sus días, con los ejemplos que podemos darnos unos a otros, con las oraciones más frecuentes y prolongadas, con los ayunos y vigiliias, con la mortificación de nuestros sentidos, vamos mereciendo gracias actuales, auxilios de Dios, cada uno de los cuales trabaja sobre nuestra alma y la dispone más fácil y más suavemente para la recepción de la gracia santificadora. A lo largo de todo este tiempo, la Iglesia es como un banco espiritual que abre sus ventanillas y ofrece todos sus tesoros a sus hijos; cuando les invita a la penitencia, no lo hace para complacerse en los rostros compungidos, no, sino que desde el primer momento invita a la alegría. En el evangelio de hoy se nos dice que *cuando ayunemos no nos pongamos tristes*

como los hipócritas (Mt 6, 16). No; es una clarísima invitación de parte del Señor a que comprendamos el sentido cristiano de la penitencia y de la Cuaresma que es fuente de gozo. El Señor viene a decirnos: “aquí, por este camino del arrepentimiento y de la contrición del corazón, lo que se consigue es siempre una amplificación siempre progresiva y ascendente. Mostraos alegres, no tratéis de que los hombres os compadezcan si ayunáis, no tienen que compadeceros; al contrario, envidiaros porque vais acercándoos a esas cosas invisibles que yo he venido a predicaros; entráis en el reino de Dios, al obrar así, estáis realizando la gran renovación, estáis naciendo de nuevo como Yo dije a Nicodemo, estáis renaciendo del agua y del Espíritu. El agua ya fue derramada sobre vuestra cabeza el día que recibisteis el bautismo; también el Espíritu se os infundió, pero ese Espíritu que Yo he venido a traeros tiene una riqueza inagotable, y la estáis vosotros explotando a vuestro favor y a favor de toda la Iglesia, de la cual sois miembros, en la medida en que cooperáis con vuestra buena disposición, mortificando los apetitos torcidos, sofocando las tendencias malas, purificándoos, en una palabra”. Por eso esta Cuaresma es una fuente de alegría, alegría que nace en nuestra conciencia, de las gracias de Dios que pueden venirnos si nos mostramos fieles a su llamada.

3º Camino de seguridad, de certeza

En tercer lugar, la Cuaresma es también un camino de seguridad y de certeza. Hoy hablan muchos, seguramente con buena intención y buen deseo, pero no siempre con acierto, respecto a los caminos que tenemos que seguir para lograr esta renovación. Pues bien, aquí, por este camino de la Cuaresma, no fallamos; podemos estar muy seguros, porque tenemos un ejemplo visible y concreto, el de Cristo nuestro Señor en su cuaresma: Él fue el que dio ejemplo de oración, Él fue el que se retiró al desierto, Él fue el que ayunó, Él fue el que contempló al Padre. Cuando nosotros, invitados por la Iglesia, organizamos esto, no estamos siguiendo un consejo falible en el que pueda haber riesgo de equivocarnos; podemos decir: hago lo que hizo Cristo, y Cristo para mí es la verdad y la luz, y como Él quiero orar, y como Él quiero ayunar, y como Él quiero vivir retirado; retirado aunque tenga que estar sumergido en este ruido vertiginoso de la gran ciudad; y como Él quiero contemplar al Padre. Camino de seguridad, camino de certeza, la Iglesia no se equivoca cuando nos marca a todos la necesidad de seguir este camino. Hace pocos días el papa Pablo VI lo recordaba con bellísimas palabras en su alocución del día 25, el domingo pasado, a la hora del Ángelus.

Decía así: “Es un período propicio para nuestra formación religiosa y moral y no debemos creer que la Cuaresma sea una disciplina superada, anacrónica. Las formas cambian, pero los criterios que inspiran esta riquísima pedagogía espiritual siguen estando más de actualidad que nunca... Se trata –siguió diciendo– de reafirmar en cada uno de nosotros el primado de lo espiritual en un tiempo de materialismo y de decadencia religiosa; se trata de recuperar con la templanza voluntaria el dominio de sí mismo, tan comprometido en un tiempo de exaltación del bienestar, de la diversión y del placer. Se trata de dar a nuestra vida una actitud más cristiana con la práctica voluntaria de obras buenas, especialmente para con los hermanos más necesitados”, en el orden espiritual y en el orden corporal; limosna que comparte sacrificios, y ejemplo vivo de fecundidad espiritual que enriquezca a los que están pobres. “Se trata –sigue

diciendo— de buscar nuevamente a Cristo, su palabra, su gracia y su encuentro vital.”

“Que no pase en vano para nosotros —concluyó— esta época de salvación que es la primavera de las almas, y rogando a la Virgen, os deseamos que esa primavera sea para todos vosotros creciente y fervorosa”².

De la mano del Señor, caminando hacia la Pascua

¿Quién habla, pues, de que es anacrónico e inactual el mensaje cristiano que nos invita a practicar la penitencia y mortificar nuestros sentidos, dominar nuestras pasiones? Tengo la seguridad gozosa, vosotros la compartís también por la experiencia de tantas ocasiones felices en vuestra vida religiosa en que habéis comprobado lo mismo, tengo la seguridad gozosa de que siguiendo todos por este camino, nos encontraremos al final con una alegría renovada, fecundante, capaz de llenar las mejores exigencias de nuestra alma de hombres y de cristianos. *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (Mt 5, 8), dijo Cristo en el sermón de las Bienaventuranzas; los limpios de corazón, los de corazón puro, los que tratan de librarse de toda mancha de pecado, los que oran, se mortifican y dominan sus pasiones para subir y para ascender más a lo invisible, esos terminarán viendo lo invisible, terminarán viendo a Dios aun en esta vida, no con los ojos del cuerpo, pero sí con esa otra mirada misteriosa, pero penetrante, que tiene el alma pura, o contrita y arrepentida, si ha pecado, cuando se da cuenta de lo que significa la grandeza de Dios, cree en Él y le ama. La Cuaresma en su sentido cristiano viene a darnos este gozo y esta alegría que terminará por permitirnos ver a Dios, nos invita a la oración y, con una oración más intensa que de costumbre, vamos logrando la ascensión de nuestro espíritu para esta hora de la gran conversión o del final de nuestra vida, la gran conversión que hay que hacer en cada momento en que tratamos de ser fieles a Dios, conversión que la antigua liturgia de la Iglesia quería que se celebrara de una manera particular al final de la Cuaresma. Aunque ahora no se celebren estos actos de la misma forma que antaño, sin embargo, también al final de la Cuaresma es la hora de la gran conversión cuando contemplamos a Cristo crucificado. Y cuando después gozamos con Él, resucitado, habiendo orado con Él, ahora durante este tiempo cuaresmal, nosotros podemos decir también al final de la Cuaresma como Él dijo en la cruz: *Todo está cumplido* (Jn 19, 30); y cuando un cristiano puede decir eso sin jactancia de sí mismo, siente dentro de su alma un gozo indefinible, el gozo de sentirse en unión con Dios. Cuando ahora durante la Cuaresma mortificamos nuestros sentidos y hacemos ayunos y abstinencias y nos sacrificamos para dar mejores ejemplos, y nos privamos de placeres, incluso lícitos y permitidos, cuando ahora hacemos esto, significa que caminamos con Cristo hacia Jerusalén, porque Él nos invitó en su Evangelio. *He aquí que el Hijo del Hombre sube a Jerusalén; subimos ya; allí será escarnecido, insultado, abofeteado, crucificado, y después resucitará* (Mt 20, 17-19).

Nosotros también subimos a Jerusalén para resucitar con Él; la Cuaresma es muerte que da vida; nos prepara a vivir mejor la gran resurrección del cuerpo místico de Cristo, del que cada uno de nosotros es miembro suyo. Por eso os

² PABLO VI, Alocución del Ángelus, domingo 25 de febrero de 1968: IP VI, 1968, 1076.

invito a que os dispongáis a recorrer este camino con la alegría propia del que tiene fe en Cristo, el Señor que nos busca, que quiere amarnos, que nos redime, que no quiere que nosotros vivamos como sumergidos en la tristeza y el olvido, sino por el contrario, gozándonos con las manifestaciones de su amor. Os invito a caminar de la mano de Cristo hacia la Pascua.

Ved el contraste: los Apóstoles, cuando Cristo les invitó a subir a Jerusalén anunciándoles la pasión y muerte que se venía venir, no comprendieron nada, y el propio Pedro trató de disuadir al Señor de que hiciera eso; llegaron los momentos de la pasión y huyeron despavoridos. Pero observad ahora el otro plano, el segundo término del cuadro: ha resucitado Jesucristo, y en aquella dulce escena de la aparición a los discípulos de Emaús, vemos cómo estos dos hombres que iban entristecidos pensando en lo que había sucedido, pero obsesionados con el recuerdo de Jesús que les había prometido resucitar, cuando por fin reconocen que era Él al partir el pan, se llena de alegría su corazón y sienten el gozo inefable de haberse puesto en contacto con ese Dios al que amaban, con ese Cristo a quien ya veían ahora resucitado. No eran los mismos ciertamente, pero sí que representan a los mismos. Los primeros representan a los cristianos de todos los tiempos que sufren, y que a veces huyen despavoridos frente a las nobles exigencias de la vida cristiana. No huyamos, no; lo que nos espera al final es el Señor que se nos aparece y que parte el pan de la Eucaristía, el pan del perdón, el pan de la paz de la vida cristiana, el pan de la fe que Él mismo aumenta en nosotros; es éste el que nos espera, y cada uno de nosotros, penitentes cuaresmales hoy, podemos ser mañana peregrinos hacia Emaús que contemplaremos al Señor.

Esto no es retórica, hermanos míos. Os hablo así con el entusiasmo del que tiene fe, porque quiero comunicaros a vosotros la alegría que yo siento; sí, alegría, no obstante las dificultades que padecemos, alegría y gozo en medio de estas tormentas que agitan los espíritus, alegría y esperanza, a pesar de estas formas, agresivas a veces, en que se habla del Concilio, pidiendo la renovación a los demás sin exigírsela a sí mismo. Yo tengo alegría interior, aunque sufra; esa alegría interior no me la arrebatara nadie; es la alegría de Cristo, de sentir a Cristo, de creer en Él, de pensar que está aquí para dársenos, y que sólo en Él se encuentra la paz interior que el hombre y la sociedad de hoy necesitan; tengo alegría también porque pienso que hay muchos y creo que sois vosotros y todos aquellos a quienes me estoy dirigiendo; todos, ¡ojalá fuesen todos!, muchos, al menos, los que se darán cuenta de que en esta hora solemne de renovación de la Iglesia hay que empezar a nacer de nuevo, y aceptan este nacimiento y se comprometen a seguir los pasos del Señor, y quieren de verdad dar ejemplo de auténtica renovación cristiana, cumpliendo lo que Cristo nos pide para sentir ahora la fortaleza grande del que cree en el Señor y le sigue, y sentir después el gozo más grande de sentir a Cristo resucitado.

Bienaventurados los limpios de corazón, sentido cristiano de la Cuaresma, renovación necesaria, de la mano de Cristo hacia la Pascua. Vamos a disponernos a recorrer así el camino; yo os pido vuestra ayuda, desde hoy os pido que hagáis lo posible para que muchos amigos, hermanos, familiares vuestros, oigan la palabra de Dios, en este templo, o en otros, en que se predique; que oigan la palabra del Señor, que dispongan su espíritu y le hagan propicio y fácil para que esas gracias del cielo entren por las puertas de su alma.

Os pido esa ayuda, cuento con ella, veréis cómo, cuando llegemos, con la gracia de Dios, al final de la Cuaresma, aquí, en esta misma Catedral, podremos sentir, todos juntos también, la inmensa alegría de haber contribuido con nuestra acción, con nuestra oración, con nuestras penitencias a un embellecimiento y a una purificación mayor de la Iglesia de Dios.

FE EN JESUCRISTO SALVADOR

Conferencia pronunciada el Viernes de Ceniza, 1 de marzo de 1968.

Os hablaba en la pasada noche del miércoles de Ceniza sobre nuestra fe cristiana como fundamento del gozo y la alegría, pero no podemos detenernos en una contemplación puramente gozosa de esta fuerza que viene a darnos la paz y la alegría interior. Si tal hiciéramos, correríamos el riesgo de reducir nuestra fe a un puro sentimiento. Es necesario avanzar más en nuestras reflexiones y buscar los fundamentos serios de esa paz y de ese gozo que nos proporciona la fe.

¿De qué viene a salvarnos Jesús, el Hijo de Dios?

Por eso vamos a hablar hoy de la fe en Jesucristo Salvador. Necesitamos fortalecer nuestros sentimientos cristianos, darles una consistencia y un apoyo definitivos, conseguir de una vez para siempre, si es posible, que esta fe, en la cual descansa toda nuestra vida cristiana, se vea libre de las flaquezas a que podría conducirnos un desconocimiento por nuestra parte de los fundamentos reales en que descansa. Si acaso ha de verse turbada alguna vez como consecuencia de nuestra debilidad, de nuestras pasiones, de las pruebas y tentaciones diversas a que está sometida mientras vivimos en este mundo, por lo menos que no lo esté como consecuencia de una omisión, que sería culpable: la de no examinar bien los fundamentos de nuestra fe cristiana.

Hermanos míos: nosotros llamamos a Jesucristo, el Salvador. En realidad no podemos llamarle de otra manera, porque eso es lo que significa esta palabra, Jesús, Salvador. Abrimos el Evangelio: Evangelio según San Mateo, y en el capítulo 1 leemos estas palabras: *El Ángel le dice a José: José, hijo de David, no tengas recelo en recibir a María, porque lo que se ha engendrado en su vientre es obra del Espíritu Santo; así que dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, pues Él es el que ha de salvar a su pueblo, o librarle de sus pecados; por eso le has de llamar Jesús* (Mt 1, 20-21).

Seguimos leyendo el Evangelio, y ahora nos encontramos con que es el mismo Cristo el que habla de sí mismo. Observemos cómo Él también dice que ha venido al mundo para salvarnos. Evangelio de San Juan, capítulo 3: *Al modo que Moisés en el desierto levantó en alto la serpiente de bronce, así también es menester que el Hijo del Hombre sea levantado en alto, para que todo aquel que crea en Él no perezca, sino que logre la vida eterna; pues amó tanto Dios al mundo que no paró hasta dar a su Hijo unigénito, a fin de que todos los que crean en Él no perezcan, sino que vivan vida eterna; pues no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que por su medio el mundo se salve* (Jn 3, 14-17). Cristo es el salvador del mundo.

Oigamos ahora otro texto sagrado. Nos lo ofrece Pablo, el gran apóstol de la salvación cristiana. Dice en su Carta a los Romanos, capítulo 5: *Justificados, pues, por la fe, mantengamos la paz con Dios mediante nuestro Señor*

Jesucristo; por el cual, asimismo, en virtud de la fe, tenemos cabida en esta gracia en la cual permaneceremos firmes, y nos gloriamos esperando la gloria de los hijos de Dios. Y no nos gloriamos solamente en esto, sino también en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación ejercita la paciencia, la paciencia sirve a la prueba de nuestra fe, la prueba conduce a la esperanza, esperanza que no frustra; porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado. Porque, ¿de dónde nace que Cristo, estando nosotros todavía enfermos del pecado, al tiempo señalado, murió por los hijos de Dios? A la verdad, apenas hay quien quisiere morir por un bienhechor, pero lo que hace brillar más la caridad de Dios hacia nosotros es que entonces mismo, cuando éramos aún pecadores, fue cuando, al tiempo señalado, murió Cristo por nosotros. Luego es claro que ahora mucho más, estando justificados por su sangre, nos salvaremos por Él de la ira de Dios, y si, cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con Él por la muerte de su Hijo, mucho más estando ya reconciliados nos salvará por Él mismo, resucitado y vivo, y no tan sólo eso, sino que también nos gloriamos en Dios nuestro Señor Jesucristo, por cuyo medio hemos obtenido ahora la reconciliación (Rm 5, 1-11).

Podríamos alinear muchos otros textos sagrados junto a estos que he leído. No es necesario. Nosotros tenemos conciencia clara, como cristianos hijos de la santa Iglesia Católica, de que Cristo ha venido al mundo para esto; y es muy importante que nuestra reflexión se centre en esa idea fundamental, porque hoy corremos un peligro, y es el de la abstracción ideológica también en el orden del pensamiento cristiano, y de la dispersión moral en cuanto a las actitudes que hemos de tener todos para construir con nuestro esfuerzo laborioso y paciente un mundo mejor que el que tenemos. Y corremos ese peligro, porque quizá nos olvidamos de las ideas fundamentales de la vida cristiana, a las cuales Cristo se ha referido, los Apóstoles también, y la Iglesia continuamente.

Tenemos fe en Jesucristo Salvador, y necesitamos decir una y mil veces que Cristo ha venido a esto, a salvarnos del pecado. ¿Acaso ahora, la Iglesia de hoy predica otra doctrina distinta? Ciertamente no, y me vais a permitir, aunque abuse un poco de vuestra atención, que lea otro texto que merece toda nuestra reverencia. Este pertenece al Concilio Vaticano II, y está tomado de un documento conciliar hacia el cual se ha vuelto más que a ningún otro la atención esperanzada de los hombres de hoy.

Es la constitución *Gaudium et Spes*, la que habla de la presencia de la Iglesia en el mundo. Esa constitución conciliar ha expuesto cuestiones y se ha referido, en el tratamiento de las mismas, a los principios que hay que tener en cuenta para resolver, en cuanto humanamente podamos, los problemas que afectan a la cultura, al mundo del trabajo, a las relaciones económica, al orden político y social. Cuestiones de las que ha hablado el Concilio y de las que nos es muy grato hablar nosotros hoy, no por una vana complacencia en las mismas, sino porque encontramos en esas enseñanzas raíces fecundas para poder hacer que surja el árbol de la cristiandad con más flores y con más frutos que hasta aquí. Ahora bien, corremos el peligro, tantas veces denunciado por el papa Pablo VI, el más autorizado intérprete del Concilio, de fragmentar los textos conciliares, de utilizarlos arbitrariamente, de fijarnos con exclusividad en algunos aspectos que pueden resultarnos particularmente atractivos, olvidando otros que son

indispensables y fundamentales para entender toda la panorámica teológica que el Concilio nos abre.

El misterio del pecado

En esta misma constitución sobre la Iglesia y su presencia en el mundo, en este documento en que se nos habla de estas cuestiones, a las que debemos prestar nuestra atención, en el capítulo que introduce toda esa temática, que tan laboriosamente fue elaborada por el Concilio Vaticano, hay unos párrafos que no podemos olvidar. Escuchémoslos con atención.

Número 13 de esta constitución conciliar: “Creado por Dios en la justicia, el hombre, sin embargo, por instigación del demonio, en el propio exordio de la historia, abusó de su libertad, levantándose contra Dios y pretendiendo alcanzar su propio fin al margen de Dios. Conocieron a Dios, pero no le glorificaron como Dios; oscurecieron su estúpido corazón, prefirieron servir a la criatura, no al Creador. Lo que la revelación divina nos dice coincide con la experiencia. El hombre, en efecto, cuando examina su corazón, comprueba su inclinación al mal y se siente anegado por muchos males que no pueden tener origen en su santo Creador. Al negarse con frecuencia a reconocer a Dios como su principio, rompe el hombre la debida subordinación a su fin último y también toda su ordenación, tanto por lo que toca a su propia persona como a las relaciones con los demás, con el resto de la creación. Es esto lo que explica la división íntima del hombre. Toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas. Más todavía: el hombre se nota incapaz de dominar con eficacia por sí solo los ataques del mal, hasta el punto de sentirse como aherrojado entre cadenas. Pero el Señor vino en persona para liberar y vigorizar al hombre, renovándole interiormente y expulsando al príncipe de este mundo, que le retenía en la esclavitud del pecado. El pecado rebaja al hombre, impidiéndole lograr su propia plenitud. A la luz de esta revelación, la sublime vocación y la miseria profunda que el hombre experimenta hallan simultáneamente su última explicación” (GS 13).

Palabras estas últimas muy profundas, sobre las cuales volveré después, si tengo tiempo, en la explicación que he de hacer: “a la luz de esta revelación, la sublime vocación y la miseria profunda que el hombre experimenta, hallan simultáneamente su última explicación”. Hemos de prestar atención a este adverbio: “simultáneamente”.

Pero, por lo pronto, yo os invito a que reflexionéis sobre una cosa: este lenguaje del Concilio no se diferencia mucho del de San Ignacio de Loyola, el que tantas veces ha llegado a nosotros en los días que hemos practicado Ejercicios Espirituales, cuando se nos ha hablado de que el hombre tiene un último fin, que es Dios, y de que ha nacido para darle gloria y servirle, y de que el obstáculo para ello es el pecado. Así hemos meditado muchas veces, y esto nos lo dice hoy el Concilio Vaticano II. ¿Por qué se silencian estos pasajes conciliares? ¿Por qué no se habla por parte de todos, sacerdotes, religiosos y laicos, que enseñan de palabra o por escrito, por qué no se habla de estas enseñanzas fundamentales, sin las cuales todo lo que el Concilio enseña después sobre el hombre en el mundo carece de una base de sustentación sólida y definida?

Sí hermanos en Cristo, sí; es necesario darnos cuenta bien de cuál es la misión que ha traído Jesucristo al mundo, cuál es la miseria de la que viene a salvarnos. Leyendo estos pasajes, tanto los de la Sagrada Escritura como los del Concilio, nos damos cuenta de dónde está la radicalidad del mal del pecado. Constituye, en primer lugar, una separación del hombre con respecto a Dios; engendra, además, dentro de cada hombre una dramática división; da origen, después, a una separación profunda del hombre para con los demás. En esos tres aspectos del pecado es donde podemos encontrar toda su malicia. Lo que ocurre es que cuando hablamos del pecado, solemos fijarnos en la escasa significación que tiene en el mundo un hombre que peca, y en el momento en que comete ese pecado el hombre no es propicio a escuchar preguntas de esta índole. Se ha dejado llevar de una pasión que le ciega, y apenas puede comprender las consecuencias perturbadoras que se van a derivar de esa acción en la cual él ha incurrido. Pero cuando ese pecado se repite, y aunque no se repita, cuando el hombre se obstina en mantenerse en él con plena conciencia de que obra mal, advierte que ha introducido en su alma el dominio de una fuerza muy distinta de aquella a la cual su naturaleza está llamada a someterse: la fuerza de Dios. Y se hace esclavo, él con ese pecado y con otros que siga cometiendo, de fuerzas muy distintas, las cuales no pueden traerle la paz y la felicidad.

Surge entonces dentro de su alma ese sentimiento trágico, como de cierta impotencia en el cual se debate, como nos dice el Concilio, al ver, por un lado, nobles aspiraciones de su alma hacia un mundo más puro, y, por otro, condescendencias fáciles a las cuales se entrega y con las que no va obteniendo más que aumentar las cadenas de futuras esclavitudes. Pero, no solamente experimenta dentro de sí ese descontento y ese vacío propio de todo pecador, al que en páginas inolvidables del libro de las *Confesiones* se refirió, por ejemplo, San Agustín. No solamente advierte ese hombre que ha introducido el desorden en su vida, que ha roto con Dios, que se separa de la estrella que tenía que guiarle, de su último fin; no solamente eso, sino también, si ese hombre es sincero, aunque sea pecador, se da cuenta de que introduce asimismo el germen de una separación con respecto a los demás.

Cuanto más peca un hombre, más daño hace a los demás, porque no solamente les priva del bien que tenía obligación de difundir, sino que también, muchas veces, hace llegar hasta ellos la onda del mal, y así se produce una cadena de influencias continuas, de unos para otros, en virtud de la cual llega un momento en que sentimos todos el drama de un mundo que camina como aplastado con un peso que no puede soportar, el peso del pecado que empieza siendo individual, que tiene consecuencias sociales y que llega a hacerse colectivo, sin que disminuya la responsabilidad de aquel que por su acción personal contribuye a la difusión de ese mal que termina por ensombrecer al mundo. Entonces todo el paisaje moral se torna sombrío, y el mundo aparece sumergido en una casi perpetua injusticia.

Ciertamente, a la luz de esta doctrina conciliar, y por lo que nos dicen estos textos sagrados y por lo que conocemos de la historia y la vida del Salvador, uno de cuyos capítulos, al que no podemos renunciar, es su muerte en la cruz para salvarnos a todos del pecado; a la luz de estos textos comprendemos que necesitamos una fuerza distinta de la del mundo para poder librarnos de este peso que nos aplasta en nuestro interior, que nos hace tanto daño y casi, sin

quererlo nosotros, pero sin poder evitarlo, nos obliga también a hacer daño a los demás. Entonces comprendemos la necesidad de una fuerza distinta de las que hay aquí abajo, una fuerza que tiene que venir del cielo, la fuerza de Cristo Salvador. Entonces comprendemos cómo, en cierto modo, se explica, si es que puede tener explicación, el amor infinito de Dios a los hombres, manifestado en el hecho de que Jesús haya venido al mundo.

No es infrecuente cuando uno habla con un incrédulo o con alguien que tiene su fe debilitada y empobrecida, al menos circunstancialmente, no es infrecuente, digo, oírle exclamar con un gesto de sorpresa que casi es una duda, o por lo menos un interrogante que lanza para ver cómo la religión puede contestarle; no es infrecuente, digo, oírle decir: “¿Cómo es posible que Dios haya venido a la tierra? Esta es una fábula de una mitología religiosa grata a nuestros oídos, es una de tantas evasiones con las cuales el hombre se consuela en la áspera lucha que tiene que realizar mientras camina aquí abajo. Pero tú, creyente, cristiano, ¿no te das cuenta de lo que significa esta afirmación, de que Dios se haga hombre y que nazca de María la Virgen, que venga al mundo, que camine entre nosotros, realice y viva una vida pobre, muerta en una cruz y después resucite? ¿No es extraño? Para la majestad de Dios, ¿qué soy, yo, yo, hombre insignificante? Hay una desproporción gigantesca entre ese Dios que me dices que ha venido al mundo para redimirnos, y esta realidad humana tan pobre que constituye tu personalidad y la mía; no comprendo cómo tu religión cristiana puede hacer esas afirmaciones”.

Pero cuando uno medita en el pecado y se da cuenta de cómo el pecado se extiende, de cómo la violencia engendra violencia, de cómo el egoísmo es causa después de tantos odios y venganzas, de cómo la soberbia, la lujuria, la falta de misericordia, de caridad y de justicia se extienden, con un movimiento incontenible, sobre el mundo entero y nos hacen caminar a todos gimiendo y llorando, impotentes, a pesar de los éxitos externos de nuestra civilización, entonces cambian ya las perspectivas, y uno discurre, al contestar a ese incrédulo, de esta manera: yo pongo el punto de partida sobre una base distinta; y en ésta: Dios ha creado el mundo, Dios le ha creado por amor, Dios ha puesto en el mundo al hombre, y le ama; Dios quiere que el hombre alcance su fin. El hombre ha puesto un obstáculo, y ese obstáculo se ha extendido y hace que la humanidad entera camine como vencida, humillada, muchas veces torturada, casi sometida a la desesperación al ver cómo, a pesar de tantos esfuerzos, no logra en el orden moral ni en el orden de la elevación del espíritu, esa paz y esa seguridad que busca.

Los países más progresivos de hoy en el mundo, de Europa, de América, de donde quiera que estén, nos ofrecen un desarrollo técnico inimaginable hace nada más que veinticinco años. A través de esto podemos calcular lo que será este mundo dentro de cincuenta años, por ejemplo. Ahora bien, frente a ese progreso técnico, estos países no nos dan la clave para la solución moral de los problemas que atormentan al hombre, ni como persona, ni como miembro de la familia, ni como formando parte de la sociedad colectiva nacional o internacional. Estos países nos ofrecen, por ejemplo, hace unos días, por medio del que les representa como Secretario General de las Naciones Unidas, este testimonio que es como una bofetada sobre el rostro del hombre de hoy, al hablar de la

guerra del Vietnam “No podrá haber quien venza ni quien sea derrotado; lo único que se logrará, si la guerra continúa, es aumentar el sufrimiento y el dolor”.

O bien, respecto al país más poderoso de la tierra, noticia bien reciente: “Dos millones de estudiantes adictos a las drogas”. ¿Cabe una confesión mayor del fracaso en el orden moral, en ese mundo en donde el hombre quiere ser persona, dueño de sí mismo, libre de las esclavitudes del pecado personal o del pecado colectivo?

Entonces, frente a una extensión tan profunda del mal, ¿qué es, en definitiva, lo que produce estos efectos catastróficos? ¡Ah!, si establezco como punto de partida que yo creo en Dios, y que Dios me ha creado a mí y a los demás hombres por amor, ya de alguna manera comprendo, empiezo a comprender que, para librarme de este terrible obstáculo del mal, se necesite una fuerza infinitamente superior a la que encuentro en el mundo. Ya entonces no me parece, supuesta la base del amor, no me parece tan extraño el que Cristo venga al mundo, y nos ofrezca con su palabra, con su ejemplo, con su vida los recursos indispensables para vencer el pecado.

En la medida en que el hombre y la sociedad, dejándose guiar de esa luz de Cristo, recibida o deseada o presentida, según sea el estadio histórico en que el hombre se mueve, antes de Cristo o después de Él; en la medida en que se deje guiar de esa luz, el hombre contribuye al progreso, difunde la paz, limpia el corazón suyo y el de los demás, establece las bases de esa elevación necesaria hacia la cual aspira continuamente. Ha venido, pues, Jesucristo a esto, no a otra cosa.

Jesucristo no ha venido, ni tuvo como objeto directo de su acción resolver nuestros problemas humanos de orden temporal; ni en los aspectos familiares o económicos, que tanto nos preocupan legítimamente, quiso entrar. Un día, dice el Evangelio que se le acercó un hombre, y le dijo: *Señor, dí que mi hermano me dé la parte de bienes que me corresponde por herencia* (Lc 12, 13). Y Cristo contestó, casi de una manera áspera y airada, Él, que era la dulzura personificada: *¿Quién me ha constituido a mí repartidor de vuestros bienes?* (Lc 12, 14). Otro día le preguntan si es lícito dar tributo al César, y contestó con aquella frase que tantas veces nos hace pensar: *Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios* (Mt 22, 21). No entro en ese problema que vosotros me planteáis.

Jesucristo no vino directamente a resolvernos estas cuestiones sociales en las cuales nos debatimos constantemente, y con esto yo no hago ninguna injuria al evangelio de lo social; por el contrario, lo que hago es defenderlo, para que no esté en contradicción con la propia Sagrada Escritura. Si Dios creó al hombre y le dio a él el poder de dominar la tierra, como se nos dice en el Génesis, a él, al hombre, es el hombre el que tiene que seguir dominándola, desarrollándola, haciendo de su parte todo cuanto debe hacer para que el orden político, económico, familiar, en el plano humano, sea resuelto. Cristo da los principios, da la luz, crea una atmósfera, establece unas exigencias en el interior del corazón. Y, admitida esa luz y recibidas esas exigencias, se crea inmediatamente un nuevo ambiente espiritual, que permite después lograr la fecundidad de las soluciones cristianas. Pero es el hombre el que tiene que hacerlo; Cristo no podía, al venir al mundo, introducir una modificación en el plan

de Creador. El Creador dio al hombre esta misión; por el pecado se introdujo el obstáculo; Cristo viene a liberarnos del pecado, que es el obstáculo para que los hombres, en tanto en cuanto nos libramos del pecado, produzcamos el mayor bien que debemos producir con respecto a nosotros y al resto de la humanidad. Es una idea clave que debemos tener en cuenta, porque, de lo contrario, hay motivos para temer.

Que nadie de entre vosotros, o de aquellos a quienes llega mi voz, pueda pensar que vuestro Obispo diga que os desentendáis de los problemas sociales en nombre del Evangelio. Todo lo contrario: es necesario aplicarnos a ellos. Pero os expongo un temor también, y es el de que, para actuar en cristiano en la resolución de los problemas, tenemos que tener una sinceridad radical con nosotros mismos y con todos. Si no nos esforzamos por eliminar el pecado, sea cual sea, somos egoístas, porque todo pecador se busca a sí mismo y se convierte en un agente perturbador de la sociedad. La vida cristiana tiene esta exigencia, y nos obliga a buscar las raíces auténticas.

Si nos olvidamos de que Cristo ha venido para redimirnos del pecado, ¿a qué le reducimos? ¿Dónde vamos a encontrar esa fuerza liberadora frente a una potencia tan aplastante como es esta miseria en que el hombre se debate y de la cual tenemos continuamente los testimonios que ofrece la vida de hoy y la de cualquier época de la historia?

Para encontrar la fuerza que nos dé esperanza, valentía en la lucha contra el mal, aceptación humilde del silencio, de la espera, muchas veces del misterio, para seguir haciendo el bien en medio del mal; para perdonar cuando nos odian; para dar paz cuando nos combaten, que todo esto es progreso y beneficio del mundo, ¿dónde encontraremos la fuerza, si no miramos a Jesucristo nuestro Señor, a Cristo nuestro Salvador? El misterio del pecado solamente se vence pensando en el misterio de Cristo que viene al mundo para salvarnos.

De la humillación y el empobrecimiento, a la libertad verdadera

A la luz de estas reflexiones se ve claro el inmenso servicio que presta la Iglesia al mundo de hoy al recordar constantemente esta doctrina salvadora. Pero es necesario recordarla, porque, si no, nuestro cristianismo se diluye y se queda sin las bases sólidas y fuertes que lo sustentan. Para luchar contra el mal que hay en el mundo, si yo me apoyo en Cristo Jesús, una de dos: o mi lucha dura poco tiempo, porque el cansancio me domina; o si me acompaña toda la vida, estoy expuesto a que mi lucha sea parcial, buscando únicamente lo que a mí me interesa. Tengo que remontarme a un horizonte más alto; tengo que encontrar una luz que lo ilumine todo, que me permita explicar cuáles son las razones de mi amor a los que están a un lado y a los que están a otro; a los de hoy y a los de ayer; y esa luz la encuentro en Jesucristo.

Es necesario, digo, insistir en esto y en una vida cristiana muy fuerte, porque hoy hay un ambiente difuso, difuso pero real, entre muchos que están obligados a impartir estas enseñanzas de la religión cristiana, a los cuales les es poco grato hablar del pecado. Hablan de la construcción del mundo, de la autonomía de las realidades terrestres, del progreso del hombre, del compromiso necesario, de la encarnación a que debemos llegar, asumiendo cada uno de nuestra parte todas

estas realidades creadas en que vivimos para hacerlas más religiosas y cristianas, simplemente respetando su autonomía e imprimiendo con nuestra acción libre una dirección que, por sí misma, hace que se orienten hacia el Dios que las creó.

Es cierto, de todo esto tenemos que hablar, y el Concilio ha hablado y nos lo pide a los cristianos de hoy, a los sacerdotes, a los obispos. Pero ésta es una parte nada más de la enseñanza. Si eso se encuentra en la Sagrada Escritura, también en la Sagrada Escritura y en el Magisterio de la Iglesia está continuamente la otra enseñanza, de la cual no se puede prescindir jamás, y es que el pecado destruye y esclaviza. Pero resulta menos grato hoy hablar a los hombres de esta materia e invitarles u que se enfrente cada uno con ese drama interior de la propia conciencia para mejorar su conducta y para difundir en el mundo, en nombre de la fe cristiana y su amor a Jesucristo, el bien a que está llamado; resulta poco grato, y entonces es posible que estemos pecando todos de un pecado de omisión y de cobardía, del cual Dios nuestro Señor podrá pedirnos cuenta.

No hablar del pecado es un terrible error religioso; es un drama social, y es una contribución a la aniquilación del hombre; es faltar a la caridad y a la justicia, porque podemos consentir con nuestro silencio a que el hombre, a quien tenemos nosotros que dirigir espiritualmente, se engañe y se produzca una falsa ilusión, parecida a la de nuestros primeros padres cuando la serpiente tentadora les dijo que serían como dioses. No hablar del pecado tal como lo dice la religión cristiana y tal como el Magisterio de la Iglesia lo proclama; no insistir en esta obligación grave que tiene todo hombre de fe, de purificar incesantemente su conciencia, contribuye al engaño; y podría suceder al cabo de una época más o menos prolongada, que este silencio o esta falta de atención a las raíces fundamentales, permitiera crear una conciencia desorientada; al cabo de algún tiempo nos encontraríamos con una sociedad religiosamente vacía. Entonces nuestro delito sería gravísimo. Hace pocos días leía estas palabras de un teólogo conciliar, y es el padre Rahner, a quien nadie podrá calificar de hombre oscurantista y retrógrado, o enemigo del progreso y de estas tareas en que debemos estar empeñados por construir un mundo mejor. Este mismo teólogo – se preguntada y nos preguntaba–: ¿Quién entre nosotros predica aún sobre el infierno? ¿Quién experimenta aún el miedo a la muerte y al tribunal de Dios? ¿Quién llora de verdad cuando alguno de los suyos muere sin sacramentos? ¿Quién tiene todavía la audacia de forzar la puerta de aquellos que no quieren escucharle y de aconsejar que se conviertan y se amen recíprocamente? Muchos de entre nosotros prefieren hacer discursos de una piadosa inactualidad ante un auditorio inofensivo.

Yo no quiero incurrir en ese pecado. Tengo una grave obligación, porque me corresponde velar por la pureza de la fe en la diócesis que me ha sido encomendada como obispo de la Iglesia; y por eso os hablo así, y deseo vivamente que mis palabras lleguen a todos aquellos colaboradores míos en la predicación del Evangelio, sacerdotes, religiosos y religiosas, los cuales no deben tener miedo a hablar de estas verdades que los textos conciliares y la Sagrada Escritura nos han enseñado siempre. Cristo ha venido a liberarnos del príncipe del demonio –dice el Concilio, tomándolo de la Sagrada Escritura–. Cristo ha venido a liberarnos del pecado. En tanto en cuanto asentimos y

obedecemos sus mandatos, nos elevamos del empobrecimiento y la humillación hacia la libertad verdadera.

Oíd a San Juan Bautista; pasa junto a él Jesucristo, y ¿cómo le presenta a los que están oyéndole? *He aquí el Cordero de Dios, he ahí el que quita el pecado del mundo* (Jn 1, 29). Esta es la definición que da de Él el profeta inmediatamente precursor. No podemos cambiarla. Y si ha venido a esto Jesucristo, ¿por qué no hemos de recibir su benéfica influencia? Sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos católicos hijos de la Iglesia de Dios, repito mi exhortación anterior: debemos trabajar por la reconstrucción de un mundo mejor, en su realidad humana y terrestre, pero ¿cómo hemos de trabajar? ¿Como hombres nada más? Entonces yo no tendría nada que decir. Para hablar de hombre a hombre podríamos reunirnos en un salón donde se debatieran temas culturales o políticos. Hablando a cristianos, un sacerdote de Cristo, un obispo de la Iglesia, tiene que decirles: hemos de trabajar para reconstruir este mundo venciendo al pecado, siendo mejores en el sentido en que Cristo nos invita a serlo. Esa es la verdadera libertad. Con eso no diré yo que logremos desterrar el mal del mundo, pero aumentamos la influencia del bien.

Hace nada más que dos días ha muerto aquí, en Barcelona, un religioso venerable, filipense, el padre Serafín Alemany. Pude visitarle poco antes de morir para darle mi bendición. En su rostro se podía apreciar la serena belleza de los hombres justos. No he tenido la fortuna de tratar con él más tiempo, pero he oído hablar a muchos sacerdotes del bien que él hizo en su actuación sacerdotal sobre las almas, en el confesonario, en el consejo espiritual, ayudando a arrepentirse del pecado, sosteniendo la esperanza, difundiendo la paz en las conciencias. Los que se han acercado a él, y han sido miles y miles a lo largo de su vida, se separaban luego para ir a su oficina, a su profesión, con más fuerza interior en su alma, cumplían mejor sus deberes, contribuían a que en las relaciones suyas con los demás hubiera más justicia; salvaban al mundo. Ese hombre, en silencio, y como él tantos otros, hablando y actuando en nombre de Cristo, pero desde las raíces, buscando estos fundamentos sólidos, sin los cuales todo se reduce a gratas escaramuzas en que los unos nos atacamos a los otros; este hombre, y como él tantos otros –repito–, ha prestado un inmenso servicio al bien social.

Aquí es donde insisto: no digo que nos olvidemos de lo otro; digo que empecemos por aquí, porque por ahí empezó Cristo; ese nombre le fue impuesto: Jesús, el Salvador. A eso dijo que Él había venido, a salvarnos del pecado, para que los que crean en Él no perezcan y tengan vida eterna. En eso consiste la reconciliación de que nos habla San Pablo: reconciliados por la sangre del Hijo con el Padre, vivimos, palpamos los fundamentos de la libertad verdadera. Lo contrario puede resultar momentáneamente grato, pero es engañoso; y es seguir caminando montados sobre la mentira. No podemos contribuir nosotros, los que tenemos el deber de predicar el santo Evangelio de Cristo, a que esta situación engañosa de los espíritus se mantenga. La lucha en favor del mundo la reclama el Evangelio; la fuerza para luchar en nombre del Evangelio nos la da nuestra fe en Jesucristo Salvador, nuestra adhesión a su doctrina y a su vida, y nuestro esfuerzo para librarnos del pecado.

FE EN LA IGLESIA

Conferencia pronunciada el 8 de marzo de 1968, viernes de la primera semana de Cuaresma.

Os hablaba el viernes último sobre la fe en Jesucristo Salvador. Demos hoy un paso más. Nuestra meditación hoy será sobre la fe en la Iglesia.

Palabras de vida eterna

Recordemos ante todo un pasaje evangélico que nos sirva de introducción orientadora; nos lo narra el evangelista San Juan. Había instituido Jesucristo la Eucaristía, había pronunciado aquel discurso en el cual habló de que su cuerpo era verdadera comida y su sangre verdadera bebida, y dice el Evangelio que muchos de los que lo oyeron, después de este sermón del Señor, se apartaron de Él. ¡Les parecía tan duro lo que el Señor había dicho! Entonces Cristo se quedó con un pequeño grupo de apóstoles y les pregunta: *¿Vosotros también queréis irnos?* En nombre de todos ellos, respondió Pedro: *Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y conocido que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.* He aquí la respuesta de un hombre humilde y religioso: *Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna* (Jn 6, 68-69). Es lo que cuenta, la humildad; porque no disimula Pedro, al contestar así, que lo que el Señor ha propuesto es misterioso.

La respuesta de Pedro no es una afirmación capaz de demostrar la verdad intrínseca de las cosas. Es como un reconocimiento de que todo es oscuro en la vida. Yo no sé a dónde ir, no lo sé; ¿a quién iremos, si nos apartamos de Ti? Yo no entiendo lo que Tú has dicho; no lo entiendo del todo, pero Tú tienes palabras de vida eterna, y yo me fío de Ti. Respuesta de la humildad y respuesta también propia de un hombre religioso que conoce las limitaciones de la mente humana y todas las deficiencias de la vida y las oscuridades que nos envuelven, y que ve en Jesucristo el enviado de Dios: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, Tú tienes palabras de vida eterna, y aunque yo no lo entienda del todo, me basta; yo te seguiré. Las *palabras* del Señor: el espíritu y la vida de Jesús, porque en las palabras va siempre la vida, cuando el hombre que las pronuncia es sincero. Las palabras son un reflejo del alma del que habla. Las palabras de Jesús... ¡Cuántas veces hemos acudido a ellas los cristianos para encontrar, no el consuelo de un vano sentimentalismo, sino la certeza y la seguridad en un camino lleno de sombras! Pero ¿dónde están estas palabras? ¿Dónde se conservan? ¿Cómo podré estar seguro de que ese Cristo que es la palabra de Dios, el Verbo de Dios, sigue hablándonos hoy para poder decirle nosotros también que tiene palabras de vida eterna?

Y es en el Evangelio donde leemos una escena en la cual también actúa Simón Pedro, el Príncipe de los Apóstoles. Por aquí vamos a empezar a entender dónde se conservan las palabras del Señor. Leo ahora el evangelio de San Mateo, capítulo 16: *Viniendo después Jesús al territorio de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Y respondieron ellos: unos dicen que Juan Bautista, otros que Elías, otros que*

Jeremías o alguno de los profetas. Y díceles Jesús: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Tomando la palabra Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Y Jesús, respondiendo, le dijo: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado eso la carne ni la sangre u hombre alguno, sino mi Padre que está en los cielos. Yo te digo que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares sobre la tierra será también atado en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra será también desatado en los cielos (Mt 16, 13-19).

He aquí la promesa del Señor, promesa hecha a Pedro que fue cumplida más tarde, porque, en efecto, Jesucristo fundó su Iglesia sobre esta roca que es Pedro; a él le confió la misión de confirmar en la fe a sus hermanos; a él le dio el encargo de apacentar a ovejas y corderos de su rebaño; a él le hizo centro visible de unidad de esta Iglesia, dentro de la cual Jesús quería que se congregasen los hombres para recibir las palabras del Señor. Esta promesa fue cumplida, y nosotros, cristianos, hijos de la Iglesia Católica, tenemos la certeza de que las palabras del Señor se conservan ahí en esta Iglesia que empezó a crecer entonces y que ha de continuar por los siglos de los siglos, cumpliendo la misión que Cristo le confió.

Es importante en relación con esto, que recordemos también la doctrina del Concilio Vaticano II, puesto que son estas luces conciliares las que tienen que iluminarnos hoy en unión con las luces antiguas. Y en relación con esto, permitidme que os lea estos fragmentos de la constitución sobre la Iglesia, promulgada por el Concilio Vaticano. Dice así en su número 18: “Este santo Sínodo, siguiendo las huellas del Concilio Vaticano I, enseña y declara con él que Jesucristo, Pastor eterno, edificó la santa Iglesia enviando a sus Apóstoles lo mismo que Él fue enviado por el Padre, y quiso que los sucesores de aquéllos, los obispos, fuesen los pastores de su Iglesia hasta la consumación de los siglos. Pero para que el mismo episcopado fuese uno solo e indiviso, puso al frente de los demás Apóstoles al bienaventurado Pedro, e instituyó en la persona del mismo el principio y fundamento, perpetuo y visible, de la unidad de fe y de comunión. Esta doctrina sobre la institución, perpetuidad, poder y razón del sacro primado del Romano Pontífice y de su magisterio infalible, el santo Concilio la propone nuevamente como objeto de fe inmovible a todos los fieles, y, prosiguiendo dentro de la misma línea, se propone, ante la faz de todos, profesar y declarar la doctrina acerca de los obispos, sucesores de los Apóstoles, los cuales, junto con el sucesor de Pedro, Vicario de Cristo y cabeza visible de toda la Iglesia, rigen la casa de Dios Vivo” (LG 18).

Puedo afirmar, sin temor a exageración ninguna, que este párrafo conciliar es el que adopta un estilo más solemne de todo el Concilio Vaticano II. Daos cuenta de la gravedad de sus afirmaciones. Lo señala como doctrina inmovible, en la cual debemos todos los hijos de la Iglesia católica comulgar, sin la más mínima sombra de dudas. Esto nos abre el camino claramente para poder hablar de nuestra fe en la Iglesia, el lema sobre el cual yo os invito a meditar un poco hoy.

Sí, necesitamos pensar mucho en esta Iglesia santa, en la cual encontramos las palabras del Señor. Es imposible examinar todo el precioso legado que con la Iglesia nos ha sido ofrecido a sus hijos; imposible también que yo trate de dar cuenta aquí de todo cuanto nos dice el Concilio Vaticano II sobre la Iglesia. Me

fijaré en algunos puntos sobre los cuales creo que estamos particularmente necesitados hoy de reflexión, y de reflexión serena, humilde, aquietadora de nuestros espíritus tantas veces turbados.

En esta Iglesia santa, pueblo de Dios, todos tenemos una misión que cumplir, porque todos somos miembros activos de la misma. De ella recibimos las riquezas que nos ofrece, y ella se enriquece también con la aportación de nuestro esfuerzo personal que, unido con el de los demás miembros del cuerpo místico de Cristo, contribuye a que circule el torrente de vida espiritual que la Iglesia continuamente presenta a la consideración de los que la buscan. Nuestra fe en la Iglesia descansa sobre la fe en Jesucristo. Es a Él a quien oímos a través de la Iglesia; a Él a quien recibimos en los sacramentos que nos dan la vida de la gracia; con Él es con quien nos unimos cuando rezamos, amamos y obedecemos como la Iglesia nos manda rezar, amar y obedecer.

Al día siguiente de Pentecostés, Pedro y los demás Apóstoles empezaron a predicar la fe en la Iglesia y a unir a todos los que, obedientes al Espíritu Santo, creían; a unirles, digo, en una comunidad en que se rezaba, se amaba y se obedecía. Estos fieles evangelizaban. Nos dicen los Hechos de los Apóstoles, que iban evangelizando de casa en casa con la palabra de Dios. Tenían carismas, pero reconocían una autoridad en la Iglesia que discernía lo bueno de lo malo; y esta autoridad era ejercida desde el primer momento. Eran ya entonces el cuerpo místico de Cristo, la viña del Señor, el pueblo de Dios. Ya eran entonces el Pueblo de Dios: rezaban, amaban y obedecían. Había laicos, diáconos, presbíteros, obispos, personas consagradas a Dios con una singular donación de su vida, y se amaban entre sí, creían en la resurrección de Jesucristo, creían que no hay salvación fuera de Él, y buscaban con ardor espiritual que la buena nueva se propagase cada vez más.

Necesidad de lo inmutable

Aquella Iglesia, como la de todos los tiempos, era a la vez visible e invisible; visible por las personas que la formaban, por sus estructuras, por sus ritos externos, por su jerarquía; visible también como dice el cardenal Journet en su libro *Teología del Verbo Encarnado*, por el fulgor espiritual de una religiosidad propia; es decir, visible incluso en su intimidad, que esto tiene de grande la Iglesia de Dios en el contacto con los hombres. Algo ha de saber también de su alma.

A la vez también era invisible como lo es también en cuanto a la acción interna que la anima y la fecunda, el Espíritu Santo, y en cuanto a las sagradas realidades y dones que Él daba y da continuamente. Esa Iglesia, fundada por Cristo, entonces como ahora, era una Iglesia santa, una, misionera, católica, apostólica. Pues bien, esta Iglesia no puede cambiar. Tenemos necesidad de lo inmutable, ésta es la frase con que yo anunciaba el sermón de esta tarde. Tenemos necesidad de lo inmutable al pensar en la fe en la Iglesia. Sí, esta Iglesia de Cristo no puede cambiar, porque es suya, no nuestra; porque es de Cristo, porque la ha fundado Él; porque es Él mismo que a través de ella se continúa; y la vida de Jesús no está expuesta ni sujeta a cambios en su propia vida. Es Él quien dijo: *No me habéis elegido vosotros a mí: os he elegido yo a vosotros* (Jn 15, 16). Es Él el que dijo: *Yo estaré con vosotros hasta la*

consumación de los siglos; id y enseñad todo lo que yo os he mandado (Mt 28, 18-19). Si Cristo permanece con nosotros, si es lo que Él enseñó lo que tenemos que predicar y enseñar, no podemos cambiarlo. Está en juego el derecho de Dios mismo, y por eso la santa Iglesia en su constitución esencial es inalterable. Él, Él es el que estará con nosotros hasta el fin de los tiempos; pero estará como Él quiso estar, no como nosotros podríamos empeñarnos en querer que estuviera. Se trata de Él, de sus palabras, de su vida, de sus preceptos, de las santas exigencias que Él formuló, porque tenía derecho a formularlas en su acción sobre los hombres a los que venía a salvar. Siendo esto así, se comprende que hayamos de tener un cuidado exquisito en todo momento cuando tratamos de la Iglesia y de sus misterios.

La doctrina que el Señor nos dio no puede cambiar; los medios objetivos de santificación que Él estableció, los sacramentos, son inalterables; los preceptos morales que se resumen según su doctrina en dos: amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la voluntad, y al prójimo, como a nosotros mismos, explicitados después por la Iglesia, no pueden cambiar. La autoridad que en la Iglesia dirige, con la asistencia del Espíritu Santo, para asegurar y garantizar la fidelidad en la conservación de la enseñanza de Jesús, no puede cambiar. Y con esto lo único que hacemos al proclamar esta imposibilidad de cambio, de alteración, es servir. Esto no es una rigidez despótica del pensamiento; no es un totalitarismo que intente avasallar la inteligencia o la voluntad de los hombres: es servicio. La Iglesia al querer mantenerse en su pura integridad; al tener este empeño en permanecer fiel para que no se toque nada de lo que esencialmente ha querido Cristo que constituya su vida, la vida de la Iglesia, al hablar así, la Iglesia no se sirve a sí misma: sirve a los hombres, porque el mejor servicio que a los hombres se puede hacer es asegurar los caminos, para que llegue hasta ellos límpida y refulgente la luz del Señor, con su doctrina y con sus preceptos morales.

Si la Iglesia no lo asegurara, el servicio quedaría interrumpido y los hombres a quienes Cristo ha venido a salvar, serían traicionados en aquello a que más tienen derecho, la salvación que Cristo les ofrece. Por eso es necesario que nos demos cuenta de cómo en esta santa Iglesia de Dios, todos, absolutamente todos, hemos de tener el máximo empeño en que no se quebrante ni una sola cosa de las que la Iglesia considera que pertenecen a la esencia de su mensaje.

De aquí no se sigue que todo en la Iglesia merezca el mismo tratamiento, como si todo en la Iglesia fuera igualmente intangible. Esa realidad interna de la Iglesia tiene que presentarse a los hombres del modo más apto posible para que cumpla su función salvadora. Cambian las leyes psicológicas, los condicionamientos sociales, los aspectos administrativos y aun jurídicos en el hombre como persona, y en la sociedad; se necesita a veces que la doctrina sea iluminada mejor. Todo esto es necesario, y todo esto puede y debe hacerse sin cambios en lo sustancial. Cambiarán las mil formas accidentales de la vida, y, al producirse estos cambios en el tratamiento de los temas que la Iglesia ofrece al hombre como camino de salvación, los modos de exponer los caminos que tratan de introducir el mensaje, las adaptaciones, buscan también una acomodación más adecuada.

Esto es lo que ha intentado el Concilio Vaticano II, y por esto es un Concilio que va contra el inmovilismo. Ciertamente, el que no admita los cambios que el

Concilio quiere introducir en la Iglesia de Dios, no sirve a la Iglesia; pero el que se empeñe en saltar por encima de estos cambios que el Concilio introduce, buscando modificaciones en lo sustancial, tampoco sirve a la Iglesia, sino que más bien la destruye; porque estamos en esta hora de adaptaciones no para perder nada del depósito esencial, sino para acumular lo mejor. Sufrimos y vivimos una hora de gran dolor en la Iglesia de Dios, dolor muchas veces innecesario y no siempre purificador, porque produce frecuentemente tensiones trastornantes que hacen que sucumban muchos espíritus, cuya vida tenía que ser protegida con caridad y con prudencia por parte de todos los que tenemos alguna responsabilidad. Es ésta de la Iglesia una hora dolorosa, repito; pero pienso que podríamos evitar muchos dolores si todos, con gran serenidad y docilidad de ánimo, atendiéramos a la voz del Concilio sin querer pedirle ni más ni menos que lo que él nos ha querido dar. Sufrimos, o porque damos valor esencial a mutaciones accidentales, o porque queremos convertir lo accidental en afirmaciones dogmáticas y vinculantes, que tampoco ha querido el Concilio. Por eso, es conveniente que, para vivificar nuestra fe en la Iglesia de Dios por encima de estos vaivenes pasajeros, levantemos de una vez nuestro ánimo y pongamos la atención del pensamiento en aquellas luces que nos están llegando, de las cuales todos tenemos la obligación de hacernos eco.

He dicho ya varias veces que, en este momento que vive la Iglesia, el Papa, Maestro supremo de la verdad, está realizando un magisterio continuo, está utilizando los medios de comunicación social, deliberadamente buscando ser oído y escuchado. Él no sólo permite, quiere que lleguen sus discursos, sus documentos escritos a todos los fieles del mundo. Habla en la Plaza de San Pedro, siempre que tiene ocasión, ante ese grupo de anónimos visitantes que llegan hasta él para unir sus oraciones con las suyas; les bendice, les predica, les habla del Concilio, les habla de la fe, de la Iglesia de Dios. Pues bien, todos nosotros, unidos con él, tenemos obligación de difundir estas enseñanzas del Papa y de repetirlas ante los fieles. Si siempre es así, hoy más que nunca, cuando son enseñanzas que versan sobre el Concilio y sobre los temas que están puestos a debate frente a tantas interpretaciones caprichosas, muchas de ellas nacidas de una tendenciosa pasión, sea de unos o de otros grupos extremos, porque no le faltan al Concilio extremismos de uno y otro género.

La obediencia, en la raíz de la fecundidad cristiana

Frente a estas arbitrarias interpretaciones, tenemos la obligación de atender a la voz del Papa y los obispos por encima de todas las demás voces.

El Magisterio del Papa y los obispos necesita del concurso de los teólogos, de los estudiosos de la revelación cristiana; pero estos teólogos tienen que colaborar con debida sumisión al Magisterio que es el que tiene la garantía ofrecida por Cristo de mantener incólume la verdad que ha de transmitirse. Por esto digo que hoy, para que nuestra fe en la Iglesia se vivifique, deben reposarse en nosotros algunos criterios fundamentales, y el primero de todos al que quiero referirme aquí es éste: obediencia a aquellos que en la Iglesia están para conducir por servicio al mismo, al Pueblo de Dios. Esta obediencia no esclaviza; libera, fecunda, engrandece. La obediencia en la Iglesia no ha pasado de moda. También sobre esto está hablando el Papa continuamente, pero parece que existe hoy difundida en el ambiente una actitud según la cual esta obediencia es

humillante e impide el desarrollo de la personalidad con todos sus derechos. Pues bien, los que así hablan, si lo hacen conscientemente, causan daño a la Iglesia de Dios. La obediencia que se nos pide es obediencia por amor, obediencia por servicio, obediencia a imitación de Cristo, el gran obediente.

No hay sociedad humana, más aún, no hay persona humana que no tenga que someterse a las leyes que presiden su desarrollo y mantienen su orden vital. Incluso una persona en su vida física, biológica, tiene que aceptar leyes que no destruyen; por el contrario, salvan la integridad de su organismo.

En el orden social sucede lo mismo también. En este orden de la sociedad religiosa que es la Iglesia católica, como lo que tenemos que asegurar es algo que no es nuestro, que es de Cristo, que es el depósito que Él nos ofreció, obedecer a aquellos a quienes ha puesto Él para garantizar la fidelidad a ese depósito, es liberarnos, es asegurarnos de que no van a caer sobre nosotros otros gravámenes ni otros impedimentos que nos arrastrarían fácilmente por el camino de las equivocaciones. Hay quienes hablan de que se puede y se debe obedecer en cuanto a las afirmaciones dogmáticas, las que promulga el Papa cuando hace una definición ex cátedra, las que enseña el Magisterio universal de la Iglesia ordinario o extraordinario; pero que con todo lo demás debemos ser mucho más indulgentes y, por consiguiente, se debe tolerar más fácilmente el que se hable con arreglo a la libertad personal de cada uno. Estas afirmaciones son gravísimas y dan lugar inevitablemente a errores prácticos en la vida de la Iglesia, de los cuales brotan después consecuencias funestas.

El cristiano que cree en la Iglesia, admite sus leyes, sus costumbres, sus ritos, aunque no sean preceptivos en el grado más solemne y supremo en que ella puede hacerlo, porque los admite por amor, porque sabe que detrás de esos ritos y de esas normas está Cristo, al que ve representado en aquellos que las promulgan. Sabe o debe saber que los que las formulan las han pensado también, han tenido en cuenta las razones que existen para formularlas y han tenido en cuenta algo de lo que se olvidan muchos de los que hablan así: la colectividad, la solidaridad social del conjunto de los hombres que forman esta sociedad cristiana. Si cada cual, en estos preceptos y ritos, llamémosles secundarios, para entendernos en la reflexión lógica que estoy haciendo, si cada cual puede hacer él lo que quiere, forzosamente introduce el desorden en la sociedad religiosa, y entonces, con menos garantías de acierto él, que los que las han pensado, implanta otras leyes nuevas. Y el que acusaba a la Iglesia de un autoritarismo insoportable se convierte, frecuentemente, en un tirano respecto a las ideas de los demás, y quiere imponer sus propios criterios con el agravante de que, al hacer él esto, puede hacer lo mismo el vecino y luego el otro, y después aquél. Y cuando en la Iglesia se produce esta anarquía, aunque fuera en preceptos no esenciales, pero muy relacionados con lo esencial, la propia esencia está en peligro, como pasa siempre en cualquier sociedad humana.

Por eso la obediencia no esclaviza; libera, asegura, fortalece, garantiza, da seguridad, certeza; da luz, nos alumbra en el camino, si es una obediencia practicada por amor y pedida por amor, amor a Cristo y amor a la propia comunidad cristiana. Cuando oigo hablar a algunos con esa libertad excesiva con que se atreven a hacerlo en ocasiones respecto a lo que llaman avances necesarios en la Iglesia, pero sin adoptar las garantías de prudencia que requiere el tratamiento de cuestiones tan delicadas, no puede menos de pensar en el

deservicio que causan a la propia comunidad a la cual quieren servir. Esa comunidad tiene derecho a ser respetada, y la comunidad no es un pequeño grupo; la comunidad es el pueblo de Dios en su conjunto, y es todo él el que con amor y con paciencia y con toda la luz de que seamos capaces, tiene que ser conducido por los caminos de la salvación.

La Iglesia del amor y de la ley, servicio al hombre

Segundo criterio. No hay pues oposición entre la Iglesia de la ley y la Iglesia del amor. A esto han querido referirse algunos en escritos que llaman teológicos, queriendo contraponer la Iglesia del derecho y la Iglesia de la caridad. No es lícito hablar así. La ley en la Iglesia está también al servicio del amor, y es necesaria, por ser la nuestra una sociedad visible compuesta por hombres, en la cual hemos de tomar siempre las medidas necesarias para que pueda quedar segura y garantizada la permanencia de esa Iglesia. Escuchad a este propósito lo que dice el Papa. Habla éste en un discurso pronunciado el año 1966 sobre la ley en la Iglesia, y dice así: “No vemos cómo la Iglesia católica, si quiere permanecer fiel y ser consecuente con los principios constitutivos dados por su divino Fundador, no vemos cómo puede prescindir de darse a sí misma un derecho canónico. Si la Iglesia es una sociedad visible, jerárquica, comprometida en una misión salvadora que no admite sino una unívoca y determinada realización, que debe ser conservada rigurosamente, difundida apostólicamente, responsable de la salud de los propios fieles y de la evangelización del mundo, no puede menos que darse leyes derivadas coherentemente de la revelación y de las necesidades que brotan continuamente de su vida interior y exterior”¹. Así en otras ocasiones.

¿Por qué, pues, tratar de oponer lo que Cristo no quiere que sea opuesto? Se nos habla de un cristianismo vital, de una religión elevante que nos dé alas para volar, es cierto; creemos en Cristo resucitado y al resucitar, las piedras del sepulcro se removieron, y en esa resurrección de Cristo está también la garantía de la nuestra; resurrección que nos liberará de piedras que oprimen, pero antes de la resurrección está la cruz, y Cristo llevó sobre sus hombros la cruz. ¿Por qué oponer lo que Cristo no quiere que esté opuesto? Él habló de que su carga era suave, y su yugo ligero. Ciertamente es suave, es ligero, pero es yugo y es carga. El mismo que habló así, dijo: *Venid a mí todos los que estéis cansados que yo os aliviare* (Mt 11, 28). Pero no disimuló que en la vida que Él quería ofrecernos hay una carga y un yugo. Lo que tenemos que hacer es vivirlo con la fe y con el amor, imitándole a Él, fortalecedor de nuestra vida, con el fin de que podamos seguirle en todos sus pasos.

Tercer criterio. Estimando en mucho, como debemos estimar, lo que dignifica la comunidad de los fieles creyentes en la Iglesia, conociendo y afirmando que en el pueblo de Dios todos somos miembros activos y todos hemos de colaborar, y todos enriquecemos a la Iglesia, sin embargo, y esto lo digo también en vuestro propio servicio, laicos hijos de la Iglesia católica, cuya colaboración pediré siempre en los trabajos de difusión del reino de Dios, en vuestro propio servicio añadiré ahora otra cosa que es necesario que quede en claro y que vosotros me agradeceréis, porque amáis la pureza de la doctrina. Es el mismo Papa que hoy

¹ PABLO VI, Homilía del miércoles 17 de agosto de 1966: IP IV, 1966, 833-834.

tenemos, el que en un discurso pronunciado en febrero del año 1967, dijo así: “Se sabe, por desgracia, que hay algunas corrientes de pensamiento, que se sigue diciendo católico, que tratan de atribuir una prioridad en la formulación normativa de las verdades de la fe a la comunidad de los fieles sobre la función docente del pontificado y del episcopado romano, contrariamente a las enseñanzas escriturísticas y a la doctrina de la Iglesia, abiertamente confirmada por el reciente Concilio y con grave peligro para la genuina concepción de la misma Iglesia, para su seguridad interior y para su misión evangelizadora del mundo”².

No es, por consiguiente, la comunidad de los fieles la que tiene que dictar las leyes normativas de la Iglesia en la exposición de la doctrina y en la disciplina a que debemos gustosamente someternos, no. No ha fundado Cristo la Iglesia así. Es a los Apóstoles a quienes dijo: *Lo que atareis en la tierra, será atado en los cielos; y lo que desatareis, será desatado en los cielos* (Mt 18, 18). Y el que viera en esta repetición de las afirmaciones de siempre un deseo de disminuir la importancia del laicado católico, se equivocaría e inferiría una injuria al que habla, que no hace más que repetir las palabras del Papa. No, de lo que se trata es de que las cosas estén claras. Todos tenemos que unirnos, todos tenemos que dialogar para que la colaboración sea más extensa; pero las decisiones últimas en materia de fe y de moral corresponden, en la Iglesia de Dios, a aquellos a quienes Dios ha puesto para ser rectores de su pueblo, y esto, lo repetiré una vez más, no es por reivindicar poderes de autoritarismo que no nos corresponden, es sencillamente asegurar los caminos del servicio al Señor. Así lo ha dispuesto Él y así tiene que ser; en la Iglesia tiene que haber unos hombres particularmente entregados a esta misión, y para eso reciben un sacramento, y para eso son confirmados por un encargo especial que oficialmente la Iglesia les hace cuando les ordena.

No puedo continuar exponiendo todos los criterios que serían necesarios para esclarecer estos temas; pero tenemos por delante algunas otras noches de Cuaresma, durante las cuales seguiré refiriéndome a estas cuestiones tan vitales en la Iglesia de hoy. Yo os aconsejo que veáis los discursos del Papa, o la pastoral de los obispos austríacos del año pasado, o las cartas pastorales bien recientes de estos días de los obispos norteamericanos y de los obispos alemanes³, hablando sobre estas materias y repitiendo la misma doctrina.

Es la hora del amor a la Iglesia; pero para que ese amor no se nos convierta en un sentimentalismo degradante, subjetivo y anárquico, ha de ser un amor con fe en su misión salvadora, con obediencia a sus preceptos. Amor a la Iglesia que no cumpla después lo que la Iglesia dispone, no es amor. Dijo Cristo: *El que me ama, guarda mis mandamientos* (Jn 11, 23). Amor a la Iglesia con independencia de nuestros gustos y opiniones personales. Cuando se obra así, ciertamente la Iglesia puede presentarse todavía ante el mundo de hoy como lo que es: *lumen gentium*, luz de los pueblos. Cuando no se obra así, y cada cual trata de construir su propia Iglesia, nos disgregamos y terminamos por perdernos en la oscuridad de las más estériles anarquías. No se trata de un rigidismo monolítico, simplemente por ofrecer a los hombres amantes de la cultura el espectáculo de la unidad religiosa. No es un espectáculo, es una vida, es la vida de Dios, y para

² PABLO VI, Homilía del miércoles 22 de febrero de 1967: IP V, 1967, 688-689.

³ Véase *Ecclesia* 28 [1968] 337-338.

asegurarla pide esto: obediencia a sus leyes, obediencia practicada no por un espíritu servil, sino con la espontaneidad que nace de un amor siempre creciente, porque a través de la Iglesia, se ve a Cristo, que siempre merece ser amado. Yo obispo, sacerdote, religioso, laico bautizado en la Iglesia católica, no me humillo al obedecer; sé que esa obediencia me salva de otros instintos deprimentes que pesan sobre mí. Y si hay algo en estas leyes de la Iglesia que me dice lo que no puedo hacer, siempre hay también horizontes infinitos que me invitan a amar con un amor a Dios, en el cual no hay barreras. Así obraron los mártires, así han obrado los santos y estuvieron alegres, y fueron fecundos y causaron en todo momento las más radicales transformaciones y las más necesarias vivencias en la Iglesia de Dios, tan necesarias hoy con tal de que se apoyen en estos cimientos incommovibles.

Cuando se ve a la Iglesia así, hermanos míos en Jesucristo, la Iglesia merece ser amada. Entonces vemos en ella la verdadera libertad del mundo frente a tantas falsas libertades que los hombres nos predicán. Sus leyes nos introducen en el amor de Dios y hacen que, al cumplirlas yo, me sienta solidario de todos mis hermanos, amigos de Dios, hijos de Dios, los cuales necesitan también de mi esfuerzo y de mi luz para poder seguir ellos cooperando con el suyo. Y así todos vamos contribuyendo a que la viña del Señor sea cada vez más rica y más fecunda. Si no estuviera en juego la vida de Cristo, podríamos hacer lo que quisiéramos, pero en el cuerpo místico, los miembros no pueden ir unos contra otros, porque se destruye el cuerpo, y en un viñedo, las cepas y las vides no se dañan unas a otras. Dentro de cada vid todos los sarmientos participan de la misma savia; aquí en la Iglesia la savia es Cristo y por eso tenemos que respetarlo con tanto amor y con tanta delicadeza.

ACTITUDES DEL HOMBRE QUE TIENE FE

Conferencia pronunciada el 15 de marzo de 1968, viernes de la segunda semana de Cuaresma.

Nuestra fe en Jesucristo Salvador y en la Iglesia, sacramento de salvación, Iglesia que garantiza la permanencia en el mundo de los frutos de la redención operada por Jesucristo nuestro Señor, exige del hombre que cree, actitudes que estén en armonía con dos cosas: con el don que Dios nos ofrece y con el propio Dios oferente de ese don. Vamos a hablar esta noche de algunas de estas actitudes cristianas necesarias para lograr la relación amorosa del hombre que cree, con ese Dios que le ofrece el don de la salvación y con ese propio don ofrecido por Dios.

El don, la gracia; el donante, Dios

El don que se nos ofrece, el don de la salvación, es gratuito. Consiste en una participación de la vida divina incoada aquí en la tierra y plenamente conseguida en el cielo. Nosotros no tenemos derecho ninguno derivado de nuestra naturaleza a poseer este don. El hombre, por sí mismo, no puede ser nunca más que esto, un hombre. Y para participar en la vida divina necesita ser transformado y elevado a una nueva condición por el mismo Dios. Ese don que se nos da es la gracia santificante, la que nos hace consortes de la naturaleza divina, hijos de Dios, herederos del cielo. Hijos de Dios significa que el Señor, que nos ha creado, nos eleva a nueva condición y establece con nosotros una relación totalmente superior a la que podía correspondernos si solamente se limitara a mirarnos como obra de sus manos creadoras.

Es lógico que, por parte del hombre que tiene fe, para hacerse merecedor de este don y de la conservación del mismo, hayan de existir actitudes espirituales y religiosas que permitan situarle de alguna manera en armonía con la grandeza del don que se nos ofrece. Al llamarnos Dios a ser hijos suyos, ya no nos contempla como una cosa creada, sino que nos sitúa dentro de su intimidad. No sabemos qué actitudes han de ser las que el hombre que cree haya de tener como consecuencia de esta acción generosa de Dios sobre él. Pero *a priori* vemos que tienen que ser actitudes nuevas, en conformidad con esta elevación a que Dios lleva al hombre, merced a un designio puramente de amor por su parte. Y no sólo en armonía con el don que se nos ofrece, sino también las actitudes espirituales propias del hombre que cree han de estar en relación con el mismo oferente, con Dios mismo, con Cristo, que es quien viene a ofrecernos este don.

Jesucristo nos lleva al Padre. Jesucristo nos envía el Espíritu Santo. Entonces el donante es Dios en su Trinidad, y la relación nuestra con este Dios que nos ofrece el don de la salvación ha de ser una relación de amor con Dios Padre, con Dios Hijo, con Dios Espíritu Santo. En su diálogo con la Samaritana, dice el Señor: *Si tú conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice dame de beber, es posible que tú le hubieras pedido agua a Él, y Él te hubiera dado agua viva.* Aquí habla Jesucristo de un don, de un donante, de agua viva. Siguió el diálogo

con aquella mujer pecadora: *¿Cómo es posible que tú puedas darme de beber? ¿Cómo es posible? No tienes nada con que sacar agua.* Y Jesucristo no hizo caso de esta observación mínima, o minimizante, mejor dicho, que hacía la Samaritana. El continuó: *Cualquiera que beba de esta agua tendrá otra vez sed; pero quien bebiere de esta agua que yo le daré nunca jamás volverá a tener sed; antes el agua que yo le daré vendrá a ser dentro de él un manantial que saltará hasta la vida eterna* (Jn 4, 10-14). Nos da un agua que es agua para la vida eterna, nos la da ÉL, el enviado del Padre para dárnosla ÉL, que una vez que cumpla su misión en la tierra, dirá: *Os conviene que yo me vaya, pero no os dejaré huérfanos; yo os enviaré el Paráclito, el Consolador, el Espíritu de verdad* (Mt 16, 7-13).

Este don, pues, es la gracia, y el donante es Dios mismo. ¿Qué actitudes, vuelvo a preguntar, son las que, de un hombre que tiene fe, Dios exige para que se sitúe en armonía, tanto con el don ofrecido como con el donante que nos lo da? Y entre otras que podríamos señalar, que pertenecen a la esencia de la vida cristiana, me voy a fijar esta noche únicamente en tres, a las cuales me referiré brevemente. Actitudes espirituales, religiosas, necesarias en el hombre que tiene fe y que debemos cultivar con esmero, hermanos míos en Jesucristo, para cuyo cultivo la Iglesia nos llama con frecuencia, pero de manera particular en este tiempo de salud que es la Cuaresma. Por eso estamos aquí, y del mismo modo que yo lo hago, otros muchos sacerdotes de la Diócesis, en otras iglesias, están hablando a los fieles también en nombre de estas mismas realidades divinas.

Ayer pude visitar el Cuerpo de bomberos en su propio cuartel. Allí estuve departiendo con ellos y hablándoles, después de conversar con pequeños grupos. Yo les decía: Como San Pedro, yo podría decirlos: *No tengo oro ni plata, pero lo que tengo os doy* (Hch 3, 6). Yo no puedo daros la solución de vuestros problemas temporales; no soy político, yo no vengo a ofrecer os un programa cultural; no soy un filósofo ni un científico, yo vengo a hablaros como un amigo, como un ciudadano y como un sacerdote; y como sacerdote os hablo sencillamente de esto, del alma, de Cristo, de la conciencia cristiana, de la esperanza, del sentido religioso de la vida. Es lo único que yo puedo hacer, pero no es poco. Esta es mi misión, y en este mismo sentido os hablo aquí a cuantos estáis en esta Catedral, y a cuantos me oís a través de la radio. Lo hago en este tiempo santo de la Cuaresma, que debemos aprovechar los cristianos para acentuar en nosotros las buenas disposiciones que nos permitan ponernos en armonía con Dios nuestro Señor y con los dones que ÉL nos ofrece, la gracia santificante que nos sitúa en una órbita de relación mucho más estrecha, la que corresponde a un hijo con su padre.

Pues bien, estas actitudes espirituales que os señalo esta noche aquí, son: la humildad, la contrición de corazón, la esperanza. Y es necesario para poder poseerlas que Dios mismo nos ayude a alcanzarlas. Pero es igualmente necesario que nosotros pongamos de nuestra parte cuanto sea posible; es decir, se necesita cooperación, sobre todo una vez que vivimos ya una vida cristiana que tiene como punto de partida la fe, de la cual no hemos renegado, sino, por el contrario, de la cual queremos vivir. Cooperación nuestra, y Dios nos ayudará a tener estas tres actitudes básicas: humildad, contrición de corazón, esperanza.

La humildad: parábola del fariseo y el publicano

En primer lugar, la humildad. Y una vez más acudamos al santo Evangelio. San Lucas, capítulo 18: parábola del fariseo y el publicano. *Dijo, asimismo, a ciertos hombres que presumían de justos y despreciaban a los demás, esta parábola. Dos hombres subieron al Templo a orar, el uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba en su interior de esta manera: Oh Dios, yo te doy gracias de que no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano; ayuno dos veces por semana, pago los diezmos de todo lo que poseo. El publicano, al contrario, puesto allá lejos, ni aun los ojos osaba levantar al cielo, sino que se daba golpes de pecho, diciendo: Dios mío, ten misericordia de mí, que soy un pecador. Os aseguro, pues, que éste volvió a su casa justificado, mas no el otro, porque todo aquel que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.* (Lc 18, 10-14). No puede decirse más en menos palabras. ¡Qué cuadro tan vivo, tan gráfico, tan expresivo de las dos actitudes espirituales entre los hombres de todos los tiempos!

Observemos, en primer lugar, la actitud del fariseo: *Yo no soy como los demás hombres.* Ya está ahí la frase inadmisibles para el trato con Dios, totalmente incompatible con un sentido cristiano de la vida. Yo veo en esta frase del fariseo, expresada en sentido negativo, una resonancia de la que en sentido positivo pronunció la serpiente dirigida a nuestros primeros padres: *Seréis como dioses* (Gn 3, 5). Viene a tener un sentido muy semejante, porque el que dice “no soy como los demás”, es como si dijera “soy más que los demás”, y esto es falso, radicalmente falso. Si eres hombre, eres como los hombres, no como Dios. Entonces no hay ninguno que, en su relación con Dios, puesto a compararse con los demás, pueda decir que es distinto de los demás, en ese sentido tan global y absoluto en que pronuncia la frase aquí el fariseo, puesto que hay una distancia infinita entre el hombre y Dios.

La humildad, por otro lado, no es apocamiento, cobardía, debilidad. No. Es conciencia exacta de los límites, es sentido de justicia, puesto que implica el reconocimiento de lo que a cada uno corresponde: al hombre, lo que es del hombre, y a Dios, lo que es de Dios. La humildad no es un valor puramente ético, sino estrictamente religioso, puesto que sitúa al hombre en una relación justa con el que es Señor de su vida.

La santísima Virgen María en su canto del *Magnificat* vincula al hecho de su humildad la consecuencia de su bienaventuranza: *porque ha contemplado Dios la humildad de su esclava, por eso me llamarán bienaventurada todas las generaciones* (Lc 1, 48). Ha contemplado su humildad y por eso mismo la llamarán bienaventurada. Pero la bienaventuranza de la Virgen fue bienaventuranza religiosa. Fue feliz porque llegó a tener la intimidad con Dios que solamente la Madre de Dios ha tenido en la tierra. Esa bienaventuranza religiosa que ella proclama, movida por el mismo Espíritu de Dios, está vinculada al hecho de la humildad, reconocida por existente. En la actitud humilde de nuestro trato con Dios hay verdad, justicia, honestidad y amor. No se es humilde en el sentido cristiano por una especie de ciega sumisión al dueño de nuestros destinos. Se es humilde por una actitud de amor a Aquél cuya grandeza reconocemos y no queremos quebrantar. Humildad, por consiguiente, ante Dios

para aceptar sus leyes, su revelación, su Iglesia y las disposiciones que ésta da, cuando sirve a los hombres con la autoridad que Cristo le confirió para conducirles por el camino de la salvación; humildad ante Dios en las cosas de la vida, en la enfermedad, en el dolor, en el triunfo, en el fracaso, en la lucha, en la muerte; humildad ante Dios en la oración, en la adoración de sus misterios, en el silencio desconcertante de Dios; éstas son actitudes verdaderas de humildad.

Por aquí tenemos que empezar. Es la gran virtud cristiana. Es básica y fundamental. Limitamos demasiado esta virtud cuando la reducimos, en tratamiento puramente ascético de la misma, a decir que tenemos que ser humildes para evitar el pecado del engreimiento. Cuando hablamos de esta manera tan simplista, enseguida vemos dos polos. Por un lado, lo pecaminoso, la soberbia, el grito rebelde. ¡Pero hay pocos hombres que lancen gritos rebeldes contra Dios! Por otro lado, la humildad, que ponemos como remedio. Es minimizar demasiado. La soberbia no consiste en gritos rebeldes; la soberbia es querer organizar las cosas de este mundo en la propia vida personal, particular, o en la vida pública, olvidándonos de deberes fundamentales que tenemos todos, y que radican en nosotros mismos: la dependencia que tenemos del Dios que nos ha creado. Y entonces, esa actitud soberbia da origen a todas las demás actitudes pecaminosas. Por lo mismo, la humildad es también una actitud humilde del hombre con sus hermanos, los hombres, y al revés. Cuando el hombre no es humilde con Dios, es déspota también con sus hermanos.

Perdónanos nuestras deudas

No basta la humildad en el proceso de nuestra vida cristiana. Es necesario dar un paso más. Nos pide nuestra religión que, frente a Dios, precisamente basándonos en esta humildad que es el fundamento de nuestras relaciones con Él, pidamos perdón. Contrición de corazón es otra actitud indispensable en el hombre que tiene fe, en su relación con Cristo y con la Iglesia, *ten misericordia de mí, porque soy un pecador*, dice el publicano frente a lo que dice el fariseo. Y Jesucristo, cuando nos enseña a orar, nos da la oración del Padrenuestro, en que nos invita a decir: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores* (Mt 6, 12).

"Perdónanos nuestras deudas". Es necesario que insistamos en esto, y que descubramos todo el valor que tiene en una vida auténticamente religiosa. La súplica del perdón, por parte del cristiano, está en relación directa con el significado más íntimo del hecho de la redención operada por Jesucristo. Cristo vino al mundo para redimirnos de nuestros pecados. O se acepta este hecho, o no. Si no se acepta, estamos fuera del cristianismo; si se acepta, se comprende que todo hombre que tenga conciencia de pecado, y no hay hombre que no la tenga, deba pedir perdón. Es, pues, otra actitud religiosa, y si la humildad nos coloca en la órbita de la relación justa con Dios, el perdón solicitado nos introduce en Él mismo, porque significa reconocer su misericordia para con nosotros y querer vivir de su vida, apartando el obstáculo que le impedía, que es el pecado.

¿Os acordáis de la parábola del hijo pródigo, la que el mismo Señor nos expone para hacernos entender lo que es la actitud misericordiosa de Dios con el hombre pecador, y lo que debe ser la actitud del hombre pecador con ese Dios misericordioso? La habéis meditado muchas veces. Yo os invitaría a que esta

noche al llegar a vuestro hogar, abrierais el Evangelio y volvierais a leerla. Pero quiero fijarme en un detalle nada más. Daos cuenta: aquel hijo pródigo, en el momento en que ya ha comprendido su desvío y se arrepiente de su pecado, quiere volver a casa, volver a la relación con su padre, es decir, introducirse de nuevo en la vida de aquella familia simbolizada en el padre que le está esperando. Para él, no hay otra obsesión en ese instante: volver a casa. A esto aludía yo cuando decía que todavía más allá de la humildad que nos sitúa en la órbita de una relación justa, la súplica del perdón por parte del hombre que tiene fe y un corazón arrepentido, da un paso más porque nos introduce en la vida divina.

Cuando uno pide perdón y confía en ese Dios que le ha de perdonar, es porque piensa que Dios hará ese acto de perdón merced a un acto de amor que el penitente espera, busca y ansia. Yo te pido perdón, no para quedarme en una relación fría de criatura a Creador; te pido perdón, porque quiero vivir de esto que Tú me ofreces con el perdón, que es tu propia vida; busco tu misericordia, busco tu vida de familia, quiero volver a ser hijo tuyo. Se comprende simplemente, a este golpe de vista, la grandeza de la confesión tal como Cristo mismo la ha instituido, la confesión de los pecados con corazón arrepentido, pidiendo perdón y queriendo volver a gozar de esa misericordia de Dios, introduciéndonos en su vida divina. ¡Oh, qué actitud religiosa tan noble y tan digna! El hombre incrédulo, y al decir incrédulo no pienso en el racionalista del siglo pasado, sino en el hombre disipado de nuestros días, éste que encuentra hoy una filosofía para cada situación y una moral para cada momento, y que juzga de estos preceptos, como éste de la confesión de nuestros pecados, simplemente desde un punto de vista externo, fijándose sólo en las circunstancias menos gratas que acompañan siempre a todo acto de humillación propia del pecador, se queda atendiendo sólo a este aspecto exterior y pierde de vista lo esencial. Lo de menos es ese hombre que está ahí dentro del confesonario, con una potestad de perdonar pecados que le ha dado el mismo Cristo. Lo importante es conocer y captar bien lo que significa esa actitud del hombre arrodillado a sus pies, que se da cuenta y sabe valorar lo que significa para su vida de criatura humana, con experiencia, con amarguras, con tristezas, con interrogantes, que quiere saber el destino suyo aquí y en el otro mundo, este hombre que se interroga siempre sobre el significado de su vida, y sabe y reconoce que, para encontrar una respuesta, necesita introducirse en la vida de un Dios, no el dios de los filósofos, no el dios que descubre nuestra razón, sino el Dios que ha venido a redimirnos, ofreciéndonos a todos el camino del perdón y de la vida. ¡Qué hermosa actitud la del hombre creyente que sabe valorarlo así y, prescindiendo de circunstancias externas, hinca su rodilla y, con corazón arrepentido, pensando en la casa paterna, a la cual está destinado, confiesa sus pecados y recobra la paz de su conciencia!

La esperanza salvadora

Tercero. De esta actitud humilde que reconoce los límites de la condición humana y pide perdón por el pecado cometido brota una nueva actitud en el alma del cristiano, que Dios mismo favorece, porque Él la impulsa y Él, con su espíritu, la crea y la sostiene: es la actitud de la esperanza. Sentir la pequeñez humana, la propia miseria de cada uno, no saber qué hacer con ella da origen a la

amargura y la desesperación. Y no sabe qué hacer con ella el que no pide perdón una vez que reconoce las transgresiones en que ha incurrido. El ejemplo es un apóstol del Evangelio, Judas, desesperado de la vida, que se da cuenta de su horrible miseria, y al ver lo que significa esa condición tan triste, como no tuvo esperanza, no supo qué hacer con ella, y se dejó abatir, y se ahorcó. Por el contrario, el que se humilla y pide perdón confiando en la misericordia de Dios, recibe el don de la paz y obtiene la serena quietud del espíritu.

No es esto sólo. He pronunciado una frase: "serena quietud del espíritu", que podría tener una significación puramente humana. Pero esto no bastaría, porque no podemos quedarnos dentro de un proceso puramente psicológico, como si la confesión del pecado y la súplica del perdón tendiesen únicamente a equilibrar la perturbación interior que ha sufrido un hombre cuando se da cuenta de que no ha obrado bien. Hay algo más en la esperanza. Es una virtud teológica que nos ayuda a esa introducción en Dios que vamos buscando. ¿Por qué?

Quiero explicaros brevemente el sentido de la esperanza, sin detenerme en precisiones de conceptos teológicos, más oportunos para otro momento. ¿Por qué la esperanza da esta paz, y por qué asegura nuestra Introducción en esa vida divina? ¡Ah, hermanos! El cristiano con fe sabe a quién pide perdón, y sabe lo que ha hecho este Dios a quien le pide perdón para otorgárselo; sabe que es Cristo, el Hijo de Dios; sabe que murió y resucitó por los pecadores; sabe que su muerte no ha sido en vano, y que quiere que todos los hombres se salven; sabe que ha prometido la vida eterna a los que en Él confían; sabe que, como él, otros muchos hombres de la estirpe humana, Abraham, nuestro padre en la fe, Moisés, conductor de su pueblo, el Bautista, predicando la penitencia, esperaron y confiaron en Dios, y María Santísima, a lo largo de toda su vida, que fue modelo supremo de esperanza; y los Apóstoles, que pecaron, pero tuvieron esperanza, y Zaqueo, y María Magdalena, y cuantos seguían a Jesús. Sabe que así han obrado siempre los justos, y San Pablo decía a los cristianos que habían de vivir con esperanza y que, por lo mismo, buscaran las cosas de allá arriba, no las de aquí abajo. El cristiano que pide perdón sabe todo esto y no se desespera. Y entonces la paz de su espíritu ya no es puramente un sentimiento sedante o una tranquilidad psicológica; es también una nueva incorporación a la vida de Dios, es otra actitud religiosa fundamental que le da gozo y alegría.

He aquí la terminación del proceso: humildad, súplica de perdón, esperanza, fuente de gozo. Entonces aparece el manantial de agua que salta hasta la vida eterna, y uno sigue caminando por el mundo sin desprenderse de sus obligaciones terrestres, sin desatender a nadie, queriendo construir, sí, un mundo mejor, pero con un sentido religioso puro, recto, orientado hacia lo alto, en el cual encuentra las fuerzas indispensables para mantener la lucha. Esa es la ventaja, incluso social, de estas actitudes religiosas bien asimiladas y pensadas. Cuando esto falla, desconfío de todos los que dicen que quieren hacer más cristiano al mundo, si se olvidan de estas actitudes fundamentales.

Examen de conciencia

Pero no puedo terminar sin aplicar alguna de estas reflexiones que he dirigido de manera particular al hombre individuo, a cada uno de los que estáis aquí, o de los que me escuchan en otros lugares, tratando de invitaros hoy, a cada uno,

personalmente, a un examen de conciencia. Y sin referirme también a la situación colectiva en la cual nos encontramos hoy los cristianos. Temo que unos y otros nos estamos pareciendo más al fariseo que al publicano. Son muchos hoy los que dicen a propósito de la renovación de la vida religiosa en esta hora posconciliar, y a propósito del Concilio y de sus aplicaciones: yo no soy como los demás hombres ni como ese publicano. Miran despectivamente a los demás, persuadidos de que sólo ellos tienen la razón y de que sólo ellos son los puros y los exactos intérpretes de la doctrina conciliar por un lado y por otro. Mal camino para seguir las huellas de un Dios que se llamó a sí mismo humilde de corazón, porque realmente lo era, y porque Él fue redentor de todos. Mal camino. Faltamos a la humildad, no somos humildes, y Dios no puede bendecirnos en este trabajo de la Iglesia posconciliar cuando utilizamos del Concilio únicamente lo que nos gusta. El Papa no habla así, ni actúa así; viene predicando el Concilio en su integridad, refiriéndose a todo lo que el Concilio ha dicho. ¡Qué conjunto de documentos tan maravilloso el que la Iglesia nos ha ofrecido por el Concilio! Pero, ¡qué cruel mutilación estamos haciendo de ellos, moldeándolos a nuestro gusto y buscando cada cual lo que le agrada! Si esto se hiciera conscientemente, incluso podría decirse que linda con una actitud herética, porque significaría un desprecio consciente de una parte del Magisterio de la Iglesia. No somos humildes, y Dios no puede bendecirnos cuando queremos imponer nuestros propios juicios a los demás sin escucharnos unos a otros para, unidas las manos del esfuerzo, descubrir, entre todos, los caminos que la Iglesia necesita.

Así decía el Papa, por ejemplo, en su carta al Congreso de Teología celebrado en Roma en septiembre de 1966: “Los teólogos deben tener conciencia de los límites angostos de sus propias fuerzas y aprender el respeto debido a las ideas ajenas, sobre todo de quienes la Iglesia reconoce como testimonios e intérpretes más autorizados de la doctrina cristiana. Como establece el Concilio, cuando trata de las cosas de grado superior, las diversas disciplinas deben ser cultivadas de forma que, indagando agudamente las nuevas cuestiones planteadas por el tiempo actual, quede patente, de verdad, que se siguen las huellas de los doctores de la Iglesia, especialmente de Santo Tomás de Aquino. Quien respeta esta libertad en sí y en los demás, nunca estará demasiado seguro de sí mismo; no despreciará las opiniones de los demás; no osará presentar como verdades ciertas sus propias hipótesis, sino que buscará humildemente el diálogo con los demás, y pondrá siempre la verdad por encima de su propio sistema y de sus conjeturas”¹.

Y esto que está dicho a los teólogos, vale para todos, también para los seculares que hablan y escriben y que trabajan en asociaciones de apostolado, y que quieren hacer un mundo más cristiano. Dios no puede bendecir nuestros esfuerzos, si prescindimos de esta actitud humilde en virtud de la cual, juntos todos y respetándonos, tratamos de construir este mundo que vamos buscando. De no hacerlo así, seremos merecedores de una acusación que nos van a hacer muy pronto los que nos sigan. Dirán que somos incapaces de ser humildes los cristianos, y luego predicamos humildad a los demás. Faltamos a la humildad y Dios no puede bendecirnos cuando nos cerramos a la reflexión y al examen que el Concilio pide en todos los órdenes de la vida religioso-cristiana, sobre los

¹ PABLO VI, carta al Cardenal Pizzardo, con motivo del Congreso Internacional de Teología celebrado en Roma, en septiembre de 1966: E 26 (1966) 2.301-2.302.

cuales él se ha pronunciado. Y, por consiguiente, tampoco somos humildes si nos estancamos en posiciones de la época anterior al Concilio, y creemos que todo lo que el Concilio ha señalado es peligroso para la Iglesia en el orden litúrgico, en el orden de la libertad religiosa, en el orden del ecumenismo, en nuestros estudios teológicos con la fundamentación bíblica que se va buscando. Estas actitudes que la Iglesia de hoy quiere aportar y acentuar, debemos seguirlas también con humildad, todos. Dice el Papa en esa misma carta: “El Concilio exhorta a todos los teólogos a desarrollar una teología que sea no menos pastoral que científica, que permanezca en estrecho contacto con las fuentes patrísticas, litúrgicas, bíblicas, que tenga en sumo honor el magisterio de la Iglesia y en particular el del Vicario de Cristo, que se refiere a la humanidad considerada en la historia y en la actualidad concreta”². En la historia y en la actualidad concreta, o sea, que juzguemos a la Iglesia en sus actuaciones de acuerdo con los tiempos de cada época y no apliquemos a momentos anteriores de la Iglesia, criterios que pueden estar justificados en el momento de hoy; que sea francamente ecuménica y sinceramente católica.

No somos humildes y Dios no puede bendecir nuestros pasos cuando negamos a la Iglesia en su vida social lo que ella tiene derecho a recibir, con el propósito de evitar eso que llaman “triumfalismos”. Dice el Papa, a propósito de esto, en su discurso de 24 de agosto de 1966: “En estas manifestaciones externas podemos ver, no ya la búsqueda de la pompa exterior del ‘triumfalismo’, según acusa algunas veces una crítica mordaz e injusta (también hicieron este reproche al Señor alguna vez –dice el Papa, refiriéndose a la escena del Domingo de Ramos–; cf. Lc 19, 40), no debemos ver eso, sino las señales de una actividad colectiva y armónica muy conforme con la índole de la Iglesia y también con los usos modernos; y al mismo tiempo podemos tener el atisbo de una dirección comunitaria hasta un cierto punto de la doctrina católica o de la formación católica”³. ¿Por qué vamos a negar a la Iglesia la adhesión multitudinaria de sus hijos cuando quieren ofrecérsela? El triumfalismo nocivo es más bien una actitud interna que puede existir en un pequeño grupo de cuatro o de diez, los cuales quieren hacer triunfar por encima de todo sus propias opiniones, y en cambio, puede haber un millón de personas reunidas cantando el Credo o alabando a Dios de otra manera, en una actitud profundamente humilde que no tiene nada de triumfalismo rechazable.

No somos humildes y Dios no puede bendecir nuestros pasos, cuando no se quiere reconocer en los demás ni siquiera una parte de bien, o cuando se acusa a la Iglesia tan fácilmente, como si hubiese una morbosa complacencia en airear sus faltas, las faltas de los hombres de la Iglesia. No se dan cuenta los que obran así, de que si lo hacen con ese espíritu ellos mismos están incurriendo en una falta y, por consiguiente, se hacen merecedores del mismo reproche que tratan de echar en cara a los demás.

Quiero decir, en definitiva, y termino, que en este momento prometedor, espléndido, de la vida de la Iglesia, todos, sacerdotes, religiosos, religiosas, seglares, debemos examinarnos de humildad como actitud fundamental, querida por Dios siempre, profundamente evangélica, auténticamente eclesial y muy necesaria hoy. Y con esa humildad, ¿qué porvenir podríamos lograr dentro

² Ibíd. 2.303.

³ PABLO VI, Homilía a los fieles, miércoles 24 de agosto de 1966: IP IV, 1966, 836-837.

siempre del misterio de las limitaciones que Dios permite también a su Iglesia santa?

Dios no ha prometido aquí abajo un triunfo clamoroso y definitivo de la Iglesia, no. Pero sí que ha dicho que es como un grano de mostaza que crece sin cesar. Y la Iglesia tiene que crecer, y tiene que crecer por su vida interna y por su proyección externa, y por su afán misionero cumplido y atendido por todos. En lugar de entretenernos en estas escaramuzas de unos con otros, ¡cuánto ganaríamos, Señor, si supiéramos los cristianos de cada parroquia reunarnos a dialogar, los que recibimos la misma Eucaristía, para descubrir entre todos, todo el paisaje conciliar; no solamente aquel rayo de luz que prefieren nuestros ojos! Con esa actitud colectiva, armónica, integradora, humilde siempre, daríamos un gran testimonio. Si no obramos así. Dios no puede bendecirnos.

Recemos ahora, y cantemos el Credo, la expresión de nuestra fe, con gozo interior, con conciencia de lo que decimos, para que el Señor ilumine nuestras inteligencias y mueva nuestras voluntades en esta querida diócesis de Barcelona, para que vaya surgiendo cada vez más la buena voluntad de todos, que arranca como de un punto de partida inevitable, de la actitud humilde sin la cual nada podremos construir.

EL OPTIMISMO CRISTIANO EN EL COMBATE DE LA FE

Conferencia pronunciada el 22 de marzo de 1968, viernes de la tercera semana de Cuaresma.

Deseo hablaros esta noche sobre el optimismo cristiano, el optimismo en el combate de la fe; es decir, quiero predicaros un mensaje de confianza. Tengo el deber de predicarlo. Me dirijo a todos vosotros, diocesanos míos de Barcelona, y a todos aquellos a quienes puedo llamar con el título de hermanos en la fe, a los que de un modo o de otro puede llegar mi voz. Y predico este mensaje de confianza y de optimismo, consciente de que es mi deber hacerlo así. Demasiados gritos y demasiado destemplados vienen oyendo nuestros oídos en este momento de nuestra vida religiosa católica. Hemos pasado con increíble rapidez de las actitudes mutuamente laudatorias al denuesto; de la complacencia, al improperio y al reproche. Y se lanzan estos gritos en nombre de una sinceridad, así se dice, que estimo incompatible con el verdadero espíritu evangélico.

A veces soplan vientos que podrían parecer precursores de nuevas tempestades. Turbados los espíritus de muchos ante tantas y tan ásperas acusaciones, son cada día más los hombres y mujeres que se sienten amedrentados por la voz de los que se han olvidado de la caridad como virtud cristiana y del respeto como actitud cristiana también, civilizada y humana. Estamos entrando por caminos peligrosos que no pueden conducirnos a buen fin.

Me pregunto si es cristiano tanto revisionismo en cadena, tanta crítica despiadada, tanto afán inmoderado de cambios y reformas en todos los aspectos de la vida religiosa, y la respuesta es negativa. Juan XXIII, varias veces en su corto pontificado preconiliar y durante el tiempo del Concilio, en que pudo vivir; Pablo VI, muchas más veces después, ha hablado insistentemente de que el Concilio no es una revolución, de que no se trata de romper con nada de lo que se contiene en el depósito de la doctrina sagrada de la Iglesia. Pero no se quiere oír esta voz, y lo que resulta es que, cuando cada uno se erige en maestro y director del coro, no hay ni magisterio ni concierto. Si se pierde la confianza en las instituciones y en la doctrina de la Iglesia, la que termina siendo víctima de la desconfianza es la Iglesia misma. Dentro del sistema de vida católico, cuando se pierde la confianza en la Iglesia, por una ley inexorable se acaba perdiendo la fe en Dios, porque Dios va ligado a la Iglesia que Él fundó y tal como Él la fundó. No se puede tocar a la Iglesia en sus instituciones esenciales, sin que a la vez se toque al mismo Dios.

Por eso insistía yo tanto el día último sobre la humildad como actitud cristiana, y por eso, partiendo de esta humildad, quiero hablaros hoy de esa otra actitud espiritual a que podemos llegar si somos humildes, la de la confianza tan necesaria para desarrollar nuestra vida religiosa como hombres en nuestra existencia personal, y como miembros de toda la sociedad religiosa que es la Iglesia, en el país en que vivimos y en el mundo entero.

Confianza en Dios: “Sé de quién me he fiado” (San Pablo)

Proclamemos en primer lugar nuestra confianza en Dios, en Dios nuestro Padre, y en Cristo nuestro Redentor. Esa humildad, de que yo hablaba el viernes pasado, nos pone en camino de obtener el perdón, logrado el cual participamos de la vida divina.

Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva; Cristo ha venido al mundo para asegurarnos la vida eterna, y dijo: *En esto consiste la vida eterna, en que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien enviaste* (Jn 17, 3). Ha venido a asegurarnos la vida eterna, que consiste en conocer y vivir el mensaje y la vida de Dios, y de Cristo, el enviado de Dios. A quienes se acercaron a Él, manchados por el pecado, pero con corazón humilde, no les despidió iracundo, antes bien les recibió compasivo y les devolvió la paz.

Un día le presentaron a una pobre mujer adúltera. Los acusadores de la misma querían que Cristo la condenase; pero Jesús después de confundir a aquellos acusadores se dirige a la pobre mujer, y le dice: *¿Nadie te ha condenado?* Y ella respondió, con voz apenas audible: *Nadie, Señor. Yo tampoco, vete y no peques más* (Jn 8, 11). Nada de complacencia con el pecado: *No peques más*, le dice claramente. Pero se lo dice lleno de misericordia. *Nadie te ha condenado; yo tampoco. Vete.* Otro día fue Zaqueo, hombre rico, que tenía por ídolo el dinero. Pero se arrepintió, y Jesús entró en su casa, y dijo estas palabras que leemos en el Evangelio de San Lucas: *Hoy vino la salud a esta casa, por cuanto también él es hijo de Abraham, porque el Hijo del Hombre ha venido a salvar lo que se había perdido* (Lc 19, 9-10).

Jesús perdonaba los pecados y devolvía a los que se acercaban a Él la paz, la paz de la relación pura con Dios, por la cual suspira eternamente el corazón humano; no la paz como la da el mundo, sino la suya que es paz con Dios, con el prójimo, con cada uno de nosotros mismos porque es un don del Espíritu Santo. Él dijo: *Tened confianza: yo he vencido al mundo* (Jn 16, 33).

Después de Pentecostés, los Apóstoles empezaron a predicar este mensaje de confianza, igual que su Maestro. También perdonaban los pecados; afirmaban que la fe es la victoria verdadera; creían en el amor de Dios; lo proclamaban con toda la fuerza de su espíritu. Escuchad, por ejemplo, al apóstol San Juan en su primera carta, capítulo 4.

Escuchad, hermanos míos, este lenguaje. Cuando se lee con unción y respeto religioso parece que estamos oyendo la voz que viene de lo alto. Dice San Juan: *Nosotros hemos visto, y testificamos, que el Padre envió a su Hijo como Salvador del mundo. Quien confesare que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios. Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor, y quien permanece en el amor, en Dios permanece, y Dios en él. En esto ha llegado a su colmo el amor hacia nosotros, en que tengamos segura confianza en el día del juicio, porque cual es Él tales somos también nosotros en el mundo. Temor no le hay en el amor, antes el perfecto amor lanza hacia fuera el temor, pues el temor mira el castigo, y quien teme no ha alcanzado la perfección en el amor. Amemos nosotros, porque Él nos amó primero* (Jn 4, 14-19). Y sigue en el capítulo 5: *Todo el que cree que Jesús es el Mesías, de Dios ha nacido; y todo el que ama al que engendró, ama también al*

que ha nacido de él. En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amáremos a Dios y pusiéramos por obra sus mandamientos. Porque éste es el amor de Dios: que guardemos sus mandamientos, y sus mandamientos no son pesados. Todo el que ha nacido de Dios vence al mundo y ésta es la victoria que venció al mundo: nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino quien cree que Jesús es el Hijo de Dios? (1Jn 5, 1-5).

Así se educaban, hermanos, las primeras generaciones cristianas: era la confianza en Cristo que había resucitado de entre los muertos, que había subido a los cielos, en donde nos tiene preparada nuestra futura mansión; y había tocado los corazones con la punta invisible de su gracia redentora. No eran aquellos cristianos unos optimistas ingenuos, evadidos e ilusos. Sabían que había que seguir luchando y sufriendo, que subsistiría la enfermedad, la muerte y la injusticia. Pero ellos permanecían fieles, escuchaban a San Pablo, que decía, por ejemplo, a los efesios: *Así, pues, ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos, miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y profetas, siendo la piedra angular el mismo Cristo Jesús, en el cual todo el edificio armónicamente trabado se alza hasta ser templo santo en el Señor, en el cual también vosotros sois juntamente edificados para ser morada de Dios en el espíritu (Ef 2, 19-22).* Aquí no hay retórica, pero el lenguaje no puede ser más caudaloso y más abundante para expresar lo que significa la incorporación del hombre a la familia de Dios. Seguía diciendo a los mismos efesios: *Renovaos en el espíritu de vuestra mente y revestíos del hombre nuevo, creado según el ideal de Dios, en la justicia y santidad de la verdad (Ef 4, 23-24).* O bien a los gálatas: *Pues cuantos en Cristo fuisteis bautizados, de Cristo fuisteis revestidos. Ya no hay judío ni gentil, no hay esclavo ni libre, no hay varón ni hembra, pues todos vosotros sois uno en Cristo Jesús; y si vosotros sois de Cristo, descendencia sois, por tanto, y habrá herederos conforme a la promesa (Gal 3, 27-29).*

Era este mensaje el que llenaba el corazón, como lo ha llenado siempre a lo largo de los siglos, porque es de lo que el hombre está más necesitado, de una confianza en Dios que le permita descubrir el sentido íntimo de la existencia humana, las leyes auténticas del amor y del servicio, la fuerza superadora de los egoísmos, la sabiduría para entender cuán falsas son las pobres luces que encendemos los hombres a lo largo del camino para iluminarnos con su parpadeo fugaz y vacilante. Dios, nuestro Dios, el Dios del cristianismo, es nuestro Padre, que nos ama siempre, que se hizo hombre y plantó su tienda entre nosotros, que nos perdona y nos espera, que murió y resucitó para darnos la vida, que nos manda amarnos unos a otros en nuestra relación de amigos, de esposos, de ciudadanos, de constructores del mundo.

Amo a ese Dios que me ha sido revelado por Cristo, su Hijo divino, y tengo confianza en Él. Con San Pablo digo y diré siempre: *Sé de quién me he fiado. Scio cui credidi (2Tim 1, 12);* y no es obstáculo para amarle y seguir dándole mi confianza de criatura humana, indigente y pobre, pero con aspiraciones que sólo se sacian cuando se toca el infinito, no es obstáculo para ello la existencia del mal, de la enfermedad, de la muerte, del riesgo y la catástrofe. Todo esto forma parte de la trama y me invita a realizarme plenamente luchando contra ello con la humilde siembra de mis esfuerzos de amor y de hermandad. Sé que, si logro que otro hermano mío me ayude a sembrar ese amor y esa justicia, ya no estará

solo, y con nosotros dos vendrán otros muchos, y antes que nosotros todos los que nos han precedido y han hecho lo mismo, han fomentado la esperanza y seguiremos haciéndolo, movidos ellos y nosotros por un resorte invisible que no es de este mundo, el auxilio y la gracia de Dios para seguir haciendo el bien a pesar de todo. En esto consiste el optimismo en el combate de la fe.

Confianza en la Iglesia del Concilio

Segunda reflexión. Hermanos míos: ya no hablo ahora del hombre solo en su existencia personal, aun cuando las consideraciones que acabo de hacer, si bien referidas directamente a él, a cada cristiano, a cada uno de vosotros, por el dinamismo que llevan dentro, forzosamente nos colocan dentro de la dimensión social que nos une a todos los miembros del cuerpo místico. Pero quiero referirme estrictamente ahora a este aspecto, al de nuestra condición de congregados en una sociedad religiosa que se llama Iglesia. Digo: confianza en la Iglesia, y concretamente confianza en la Iglesia del Concilio. No se puede vivir sin esta confianza en Dios, y va inseparablemente unida a mi confianza en la Iglesia, porque, gracias a esa Iglesia, conozco al Dios en quien confío. Lo que yo sé de Dios y de Cristo, su enviado, me lo dicen, sí, las Sagradas Escrituras. Pero sólo gracias a la Iglesia tengo la seguridad de conocer sin error lo que las Escrituras Sagradas me dicen: *Id y enseñad a todas las gentes –dijo Jesucristo– enseñadles a practicar todo cuanto yo os he mandado; he aquí que yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos. El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desprecia, a mí me desprecia* (Mt 28, 19-20; Lc 10, 16).

Confianza en la Iglesia, sí. Esta Iglesia del Concilio, hermanos míos, que es la misma de siempre, madre y maestra, camino seguro de paz y salvación; abierta en sus fecundas entrañas para recibir siempre la acción del Espíritu Santo, que engendra con nueva fuerza actitudes más acomodadas, conforme lo pidan las cambiantes circunstancias de la historia. Esta Iglesia de hoy es la misma que la del siglo pasado, la misma, a vosotros os digo, hijos de Barcelona, la misma que la de San José Oriol y la de San Raimundo de Peñafort y la de San Pedro Nolasco y la de San Paciano. Es la misma, a todos me dirijo, que la de San Vicente de Paúl, que la del Cura de Ars, la de San Juan Bosco y de la de San José Cottolengo, la del beato Ávila y Santa Teresa de Jesús y San Carlos Borromeo, la de Santo Tomás de Aquino y San Francisco de Asís, la de San Agustín, San Cipriano y San Ambrosio. Es la misma. El Concilio no ha cambiado, no puede cambiar la fe y la creencia. Adoramos la misma Eucaristía de la que el Concilio ha hablado y a la que después tantas veces se refiere Pablo VI. Veneramos a la misma santísima Virgen María, a la que Pablo VI ha querido llamar Madre de la Iglesia. Seguimos creyendo en Cristo resucitado, a quien volvemos hoy los ojos, como siempre los volvió la Iglesia ayer, para explicarse a sí misma. Afirmamos la verdad, de que ella es depositaria íntegra, sin renunciar a nada de lo que constituye el depósito, como ha recordado tantas veces el Papa actual, precisamente al hablar de las cuestiones ecuménicas y mantenemos la misma doctrina moral que brota de los mandamientos de la ley de Dios. Recibimos y guardamos los mismos sacramentos instituidos por Cristo nuestro Señor para darnos la gracia y las virtudes. Es, en suma, en una palabra, la misma Iglesia, una, santa, católica y apostólica, de la que nos ha hablado el Papa en su documento sobre el Año de la fe.

Entonces, ¿qué ha cambiado? Me esforzaré por decirlo, con la dificultad que entraña responder en pocas palabras a una pregunta tan compleja.

- *Primero*: ha cambiado un estilo y un modo de actuar. Del aislamiento, que a veces era augusta soledad y a veces silencio cerrado, se pasa a la comunicación y al diálogo y al examen conjunto de situaciones y de problemas.
- *Segundo*: ha cambiado el cuadro de análisis y de contemplación. De detenerse en el examen de la doctrina poseída, se pasa a un intento que nunca ha dejado de existir, pero que ahora se acentúa, de esclarecer más todo lo que esa verdad posee.
- *Tercero*: ha cambiado, como consecuencia de lo anterior, el esfuerzo de reflexión y de impulso apostólico que apunta con acentos más fuertes que antes, hacia objetivos nunca extraños a la misión de la Iglesia, pero reconocidos como más urgentes ahora, porque el Espíritu de Dios nos llama a ellos. Juan XXIII en la constitución *Humanae salutis* con que promulgó el Concilio, lo señalaba así. Objetivos: rejuvenecimiento de la Iglesia, dentro de la fidelidad a sus esencias; nuevo esfuerzo hacia la unidad y ayuda a un mundo que busca la paz. Todos los documentos conciliares, si se examinan bien, obedecen a estos objetivos.
- *Cuarto*: ha cambiado también el modo con que la Iglesia se contempla a sí misma en su relación con el hombre, con el mundo y con las realidades de la tierra, con las demás confesiones cristianas, con todas las religiones en que los hombres adoran a Dios. Hoy se perfilan, porque el espíritu de Dios nos lleva por ahí, nuevos modos que encontrarían antecedentes, desde luego, en la historia de la Iglesia, pero que en su expresión conjunta más bien pertenecen a este momento histórico, prueba de la fecundidad de las mismas entrañas de la Iglesia.

De una, a veces, excesivamente reiterativa complacencia en las afirmaciones a que la Iglesia se sabe autorizada, por haber sido fundada por Cristo y por ser el camino de la verdad, se pasa a un mayor rigor en el reconocimiento de las faltas de los hombres e instituciones que a ella pertenecen, a una mayor humildad, que siempre es fuente de perfección, a un vivo aprecio de los valores naturales de la creación, a una más fervorosa atención a las exigencias de la dignidad humana, a una llamada más apremiante a la sinceridad y autenticidad religiosa en la vida litúrgica, en las relaciones entre Iglesia y Estado, en el señalamiento de las raíces de la libertad religiosa, en los derechos del hombre como criatura humana, en la defensa de la paz y la justicia en favor de todos y especialmente de los más pobres y necesitados.

Traducir estos cambios queridos por Dios a niveles prácticos de acción es difícil, y da origen a perturbaciones casi inevitables, y éste es el momento que estamos viviendo. Tanto se puede pecar por exceso como por defecto, pero lo que no se puede hacer es dejar de tener confianza en esta Iglesia que se renueva sin renegar de sí misma, que se acerca más al mundo sin perder su unión con Dios. Se hace más misionera precisamente por querer ser más fiel; más dialogante para aproximarse más en el servicio de su autoridad; más humilde para amar mejor; menos ostentosa para facilitar más los encuentros; menos rígida en sus estructuras para que no se ahoguen los dones de Dios entre las mallas superpuestas por nuestras manos. Conseguir esta nueva fisonomía no será

posible si no se avanza en profundidad sobre las bases de una más intensa vida de oración, sin la cual la fe se extingue; de una más pura obediencia, sin la cual la unidad desaparece; de un mayor respeto mutuo, sin el cual la caridad es palabra vana. Y en esto viene insistiendo el Papa continuamente para los que tengan oídos y quieran oír y para los que tengan ojos y quieran ver.

Tengo confianza en la Iglesia del Concilio, sencillamente porque tengo confianza en la Iglesia de Dios. Lo que importa es que nosotros, los hijos de la Iglesia, adoptemos las actitudes espirituales profundas que el Concilio nos pide. ¡Ah, si se hiciera un esfuerzo serio en todas las comunidades parroquiales, en todos los niveles, en todas las curias diocesanas, en todas las órdenes y congregaciones religiosas, en todas las asociaciones de apostolado seglar, en todas las familias a quienes ha llegado de algún modo lo que el Concilio pide! ¡Si se hiciera un esfuerzo serio de reflexión, así, dóciles al espíritu de Dios, unidos en común obediencia a nuestros pastores, recibiendo con humildad las luces que por ahí pueden venirnos! ¡Qué maravilla, el espectáculo que podría dar la Iglesia en este mundo de hoy tan dividido y desconcertado!

Por eso es necesario que unos y otros depongamos actitudes recelosas y fomentemos en lo que esté de nuestra parte esa paz del espíritu, indispensable para poder realizar la tarea posconciliar a que estamos llamados. Todos estos días he invocado, además de textos conciliares, párrafos expresos del Papa Pablo VI. Escuchad ahora estas palabras suyas, muy importantes, pronunciadas en marzo de 1965, pocos meses antes de que el Concilio terminase. Ya estaba viendo venir él, ya había empezado a aparecer algo de lo que ahora padecemos. Decía entonces el Papa: “¿Qué habremos de decir de los que parece que no saben aportar a la vida eclesial más que la amargura de su crítica deletérea y sistemática? ¿Qué decir de los que niegan o ponen en duda la validez de la enseñanza tradicional de la Iglesia para inventar teorías nuevas e insostenibles? ¿Qué decir de los que parece que se gozan en crear corrientes contrarias, en sembrar sospechas, en negar a la autoridad la fidelidad y la docilidad, en reivindicar autonomías carentes de fundamento y de sabiduría? ¿Qué decir de los que, por dárselas de modernos, encuentran hermoso, imitable y sostenible todo lo que ven en campo ajeno, e insoportable, discutible y anticuado todo lo que hay en nuestro campo?”¹. Nadie piense que estas palabras van dirigidas a unos sí, y a otros no. Van dirigidas a todos, porque todos tenemos que reflexionar. Todos, absolutamente. Y, sólo cuando se logre esta conciencia colectiva, nos situaremos en camino para conseguir los frutos del Concilio. Continuaba diciendo el Papa: “No queremos, naturalmente, criticar el proceso de purificación y de renovación –¿lo veis? ‘purificación y renovación’–, que actualmente sacude y regenera a la Iglesia, y que ha sido ella la primera en fomentar y en reclamar. Pero quien interprete el Concilio como una relajación de los compromisos internos de la Iglesia para con su fe, su tradición, su aspecto, su caridad, su espíritu de sacrificio, su adhesión a la palabra y a la cruz de Cristo, o como una indulgencia condescendiente para con la frágil y voluble mentalidad relativista de un mundo sin principios y sin fines trascendentes, como un cristianismo más cómodo o menos exigente, se equivocaría”². Son palabras del Papa.

¹ PABLO VI, Homilía del miércoles 31 de marzo de 1965: IP III, 1965, 894.

² *Ibíd.*

Confianza en la sociedad religiosa española

Una tercera y última reflexión. En este mensaje que yo os predico esta noche, confianza también en la sociedad religiosa española. Libre de toda jactancia, libre de todo alarde inconveniente, lejos también de todo intento de establecer comparaciones con otros países, lo que afirmo es que, en España, en la sociedad religiosa española en su conjunto, podemos abrir con humildad caminos de perfeccionamiento hacia el futuro, que, recogiendo muchas de las cosas buenas que existen, nos permitan establecer lo que falte. Será indispensable también, como lo es en toda la Iglesia, un clima espiritual de concordia y de paz, de tolerancia y respeto de unos para con otros, de búsqueda serena de los mejores procedimientos, para lograr, entre todos, el deseado progreso. Haríamos mal, muy mal, en renegar sistemáticamente de un pasado y de un presente que ofrecen tantos aspectos beneficiosos y positivos.

La unidad católica debe estar acompañada, ciertamente, de un mayor dinamismo, como el Papa recordaba en su mensaje al Congreso Eucarístico de León. Pero la unidad católica es un bien, como el mismo Papa afirmó. Dentro de esta unidad católica hay valores religiosos de primer orden, afirmados como tales por el Concilio; por ejemplo, la vida eucarística, tanto en lo que tiene de participación en el sacrificio de la Misa, como en lo que ofrece de culto y recepción del Sacramento –leed los documentos *Lumen Gentium* y *Sacrosanctum Concilium*, este último relativo a la liturgia–. La devoción a la Virgen Santísima jamás olvidada por la Iglesia; la adhesión cordial a la Santa Sede, de la que el Concilio también ha hablado como de un insoslayable deber de todo católico.

Negar que existan estos valores en gran proporción en la sociedad religiosa española, es negar la evidencia. Lo que haya que corregir se corrige, tratando de perfeccionarlo, pero no destruyéndolo. La renovación litúrgica ha encontrado disposiciones muy favorables, y si todavía esta renovación es más bien consistente en actitudes externas, ello se debe a la dificultad intrínseca de lo que es la liturgia en su acepción más profunda. En este sentido, los católicos de todos los países encuentran dificultades para asimilar toda la fuerza de renovación interior que lleva consigo la liturgia en su consideración más trascendente y profunda. Pero disposiciones favorables existen y son bien claras en la sociedad religiosa de España. Los nuevos planteamientos de la libertad religiosa y del ecumenismo, salvo aisladas reacciones, bien explicables, han sido recibidos con un inmenso afán de comprensión. Las enseñanzas y disposiciones sobre el laicado, es cierto, han originado tensiones, no sólo entre nosotros. Es de justicia reconocer que ello se debe a condicionamientos externos cuya complejidad es evidente y a una falta de estudio reposado de los documentos conciliares.

No debemos olvidar que la adaptación de hombres, instituciones y estructuras a la nueva psicología de la Iglesia, de la que ha hablado el Papa, no es cosa de un día, ni aquí en España ni en ninguna parte del mundo. Prueba de ello es que en todos los países van apareciendo documentos de los obispos, referidos a los mismos problemas que aquí estamos padeciendo. Si tenemos otros más particulares y propios, no hemos de rehuirlos. Pero habremos de buscar con paz las soluciones necesarias.

Los postulados del Concilio, no nuevos, directamente, en la doctrina de la Iglesia, porque podríamos invocar como textos paralelos de los que el Concilio ha señalado, casi todos los documentos de Pío XII; los postulados del Concilio, digo, respecto al orden social y político, a la regulación de la libertad, del trabajo, de la vida económica, hemos de trabajar todos para hacerlos realidad, pero procediendo de tal modo que no se nos convierta en un incendio lo que tiene que ser luz y llama purificadora. Yo tengo confianza humilde en la sociedad religiosa española. La tengo en nuestros obispos, a veces tan mal tratados. La tengo en nuestros sacerdotes, jóvenes y mayores, en los más afanosos e inquietos y en los que parece que están más estancados. En unos, encuentro un afán nobilísimo, acaso un poco precipitado, de avanzar en ese diálogo con el mundo para hacerle sentir más la presencia de Cristo; en otros, encuentro, en lugar de estancamiento, una actitud de veneración y de respeto propia del hombre de Dios hacia el misterio de lo sagrado, conforme a lo cual él se educó. No podemos improvisar actitudes nuevas en este orden, como en ningún otro orden de la vida, con un afán de precipitar las cosas, desconociendo las leyes que rigen el proceso del pensamiento y de las actitudes humanas.

Tengo confianza en los sacerdotes que trabajan en ciudades populosas como Barcelona, y en el clero rural de España, tantas veces olvidado y que realiza una espléndida labor de espiritualidad y de cultura junto a las familias, a las cuales trata y cultiva asiduamente en su vida religiosa. Tengo confianza en los laicos, en los hogares católicos, en los movimientos de Acción Católica, en los movimientos generales, parroquiales y especializados, en las demás asociaciones, en las Congregaciones Marianas, en los Cursillos de Cristiandad; en tantos y tantos grupos que, movidos por el espíritu de Dios, tratan de difundir sobre la parcela del mundo aquello que mueven, la luz de sus principios y la fuerza de sus convicciones. Tenemos que defender esos puntos de vista, reconociendo la legitimidad de divergencia en la aplicación de los criterios al orden temporal, pero salvando como cristianos los lazos de amor, para construir entre todos, sin excluir absolutamente a nadie. No vayamos a caer hoy, cuando discutimos de la Inquisición de ayer, en una inquisición nueva. Antaño podría ser la Inquisición que perseguía a los herejes; hoy podríamos caer en la inquisición que desprecia al que no piensa como yo. Y, a veces, hay más crueldad en ese insolente y desdenoso desprecio con relación a los demás, que en los tormentos de una prisión.

Hace falta iluminar los problemas temporales. Y esto no se hace tampoco en un día. El Concilio nos habla de una doctrina de alcance universal. Los teólogos tienen que esforzarse siguiendo el camino marcado por el Papa y el Magisterio; colaborando con él, tienen que esforzarse por dar luz a estos problemas. Aquí las facultades de teología de Salamanca, de Comillas, de Deusto, de Granada, de Burgos y de Barcelona; que surjan grupos de teólogos que se esfuercen por profundizar con su pensamiento en las realidades de hoy con las luces de siempre. Así es como podemos ir abriendo nuevos caminos. Hace falta más sentido de lo positivo que hay en unos y en otros, porque existen muchas cosas positivas, más que negativas. Lo importante es, vuelvo a decir, una actitud humilde para reconocerlo en unos y en otros. Hace falta más confianza en Dios y menos en nosotros mismos, porque a veces damos la impresión de que todo el esfuerzo de adaptación conciliar depende del artículo que yo voy a escribir en el periódico, de la conferencia que voy a pronunciar en tal centro que me ha

invitado, de la relación que tenga con el grupo que simpatiza con mi ideología, como si todo dependiera de eso. ¿Dónde está nuestro recurso a Dios omnipotente, nuestra oración pidiendo los auxilios divinos para que nos ayude a todo, a todos, Él, que buscó personas de condiciones dispares?

Todos cabemos en el reino de Dios, y el Espíritu Santo invita y llama a unos y a otros; no busca nunca una línea de rigidismo inflexible. El Espíritu Santo llama a la dulce y Santa Virgen María para que empiece a colaborar en el reino de Dios. Pero Cristo también llama a Pedro, el hombre rudo, y a Pablo, el hombre vehemente. Son líneas diversas, actitudes muy distintas en unos y otros; y uno predicará la doctrina y el otro fomentará la piedad, y éste cultivará los niños, y aquél a las masas, y ése a un pequeño grupo. Pero todos son dones del Señor que buscan la unión de todas las fuerzas en el servicio a su Iglesia. Por ahí tenemos que ir.

Confianza en el amor que nos une

Por último, invoco y hago apelación, como motivo de renovada confianza, a otra fuerza que se nos ofrece a quienes humildemente queramos aprovecharla: el amor que nos une. Sí, está ahí, en nuestras almas redimidas por el mismo Cristo: en nuestros afanes apostólicos, coincidentes en el mismo deseo, extender el reino de Dios; en nuestros sufrimientos, producidos por el mismo motivo, la dificultad que encontramos siempre, por causa de nuestra limitación, para vencer los obstáculos que se oponen desde el interior del corazón humano a la acción de la gracia santificadora y elevante.

¿Cómo no hemos de amarnos, si entre todos formamos la misma familia a quien Dios ha encomendado la misma heredad para que la guardemos y la cultivemos con el mayor esmero? En lugar de polémicas inútiles, hagamos esfuerzos para comprendernos mutuamente; en lugar de actitudes cerradas, mano abierta para darnosla unos a otros y ayudarnos a salvar el oleaje encrespado; en lugar de desprecio de las generaciones, que introduce abismos de separación inútil, coloquio y oración en común, que nos permita descubrir de nuevo los rasgos de familia que todos llevamos en nuestro rostro fatigado.

Sí, se necesita que en España nos decidamos a vivir de este amor que nos une. Con él todo puede ser salvado, y todas las renovaciones son posibles. Sin él, el encono sustituirá al respeto, la pasión al juicio, el ataque al análisis, y la que saldrá perdiendo, por falta de manos amorosas que sepan cultivarla, será la viña del Señor, siempre necesitada de los cuidados de todos.

Eran los días finales del Sínodo, en el mes de octubre pasado. Los cuatro obispos españoles que asistimos, el Cardenal de Santiago de Compostela, el Arzobispo de Madrid, el Obispo Secretario del Episcopado Español y un servidor, fuimos recibidos por el Papa. Faltaban pocos días ya, repito, para la operación que Su Santidad sufrió después. Estaba fatigado. Nos referimos a aquel dolor que él padecía; le compadecíamos nosotros, como hermanos e hijos. Y nos dijo: “Son otros, son otros los sufrimientos que pesan sobre mí. Es la Iglesia, la Iglesia de hoy. Yo creía, esperaba, que pronto, después del Concilio, iba a haber un momento de paz y de esplendor en la Iglesia; pero no ha sido así”. Y recordando el texto evangélico de la parábola de la cizaña (Mt 13, 28), dijo: *Inimicus homo*

hoc fecit: ha sido enemigo, el demonio ha venido a sembrar la cizaña y ha perturbado los espíritus. No hay amor para entender los textos conciliares, y estamos sufriendo”. Y añadió: “Ya sé que ustedes sufren también en España, también están sufriendo, sí. Esto es –añadió– como una granizada que cae en un jardín de flores. Cuantas más flores hay, más daño hace; y en España había muchas flores de piedad y de devoción. Prediquen mucho el amor, insistan, insistan, a sacerdotes, religiosos y laicos, que se unan más en el amor cristiano, que sólo así podrán superarse las dificultades de abrirse caminos para seguir viviendo todos humildemente la doctrina que el Concilio ha querido darnos para el bien de la Iglesia”. Unámonos, pues, en el amor, y para ello unámonos de nuevo en la afirmación de nuestra fe cantando el Credo que nos une, cantándolo vigorosamente, con toda la fuerza de nuestro espíritu y la humildad de nuestro corazón.

EL CALVARIO Y LA RESURRECCIÓN

GARANTÍA Y FORTALEZA PARA NUESTRA FE

Conferencia pronunciada el 29 de marzo de 1968, viernes de la cuarta semana de Cuaresma.

Os he hablado el viernes último del optimismo cristiano que brota de la fe. Y os predicaba un mensaje de confianza, de triple confianza: en Dios, nuestro Señor, en la Iglesia del Concilio, sí, y en la sociedad religiosa española de la que formamos parte de una manera especial dentro de la Iglesia universal.

El amor que nos une debe ser suficiente para despertar en nosotros esta actitud cristiana de la confianza; actitud mucho más evangélica, decía, que esa otra de la crítica despiadada y reivindicativa, y el reformismo que amenaza convertir en fin lo que no es más que un medio. La confianza no se opone al análisis sincero, ni teme enfrentarse con las consecuencias del examen. Mas bien nos asegura y nos libra de caer en la tentación de estos fanatismos de un lado y de otro, fanatismos que confían únicamente en sus propias reivindicaciones, como si de ellos, no de Dios, dependiese la salvación del hombre y del mundo. En todo este turbulento proceso revisionista que estamos viviendo, lo malo no es la revisión, sino el espíritu con que quieren hacerla muchos que proceden como si Dios no contase para nada, como si todo dependiera del arbitrio y talante de cada uno. Dios está siendo el gran olvidado, en esta hora en que tanto se habla de teología, pero poco de Él, del Dios personal, del Dios de la revelación, del que nos predicaron los Apóstoles, del que sigue predicándonos la Iglesia en su Magisterio verdadero y seguro.

Pues bien, para que ese optimismo cristiano, cuya naturaleza os describía el viernes último, se mantenga a salvo de la prueba, es necesario acudir a las fuentes que lo alimentan, a lo que le da fortaleza y consistencia; en una palabra, a Jesucristo, nuestro Señor, contemplando una y mil veces su vida santa y particularmente su muerte y resurrección.

De ello vamos a hablar hoy, queridos diocesanos míos de Barcelona. Sé que esta noche tengo dos auditorios concentrados en diversos lugares: el que formáis vosotros aquí en la Catedral y el del Price, con el que se ha establecido una conexión radiofónica: allí mi querido hermano, el obispo auxiliar de Sevilla, viene ofreciendo estos días su palabra de luz orientadora. A él mi agradecimiento, y a los que están allí, como a vosotros que estáis aquí, así como a todos los demás invisibles oyentes a quienes llega mi voz, la paz y la bendición de Dios, con el ruego fervoroso de que Él aumente vuestra fe, y de a esa fe fortaleza y consistencia cada vez mayor.

San Pablo, Apóstol del entusiasmo en un mundo sin fe

Causa asombro leer las epístolas de San Pablo y meditar los datos que tenemos en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Si hay algún rasgo que pueda caracterizarle, diríamos que es el del entusiasmo para predicar la fe en un mundo sin fe.

Este hombre, convertido en el camino de Damasco, fue un ardiente seguidor de Cristo, sin desfallecimiento alguno. Sufrió toda clase de persecuciones y se mantuvo impávido y erguido; quisieron que callase y habló siempre; predicó a los pobres esclavos de Roma, a los ricos comerciantes de Corinto, a los sabios de Atenas; no dudó, afirmó; no se detuvo jamás, avanzó siempre; no se le ocurrió pensar que faltaba al respeto a la libertad, acercándose a los hombres, judíos o gentiles, para hablarles del Cristo de las Escrituras o del Dios desconocido. El mundo en que le tocó vivir no era mejor que el nuestro. La descripción que hace él mismo en su carta a los romanos responde a una realidad tan sombría que no pueden superar su negrura las tinieblas de hoy. Y sin embargo vibra en todas sus predicaciones y escritos y en toda su actuación, a través de los viajes que realiza, un entusiasmo desbordante y conmovedor. Con frecuencia prorrumpe en exclamaciones y gritos como aquel: *Todo lo puedo en el que me conforta* (Fil 4, 13). Gritos que parecerían un ejemplo de jactanciosa altanería, si no fueran más bien los latidos de un creyente verdadero que se ha comprometido con su fe hasta las últimas consecuencias.

¿De dónde le viene este entusiasmo que no conoce el ocaso? De una aceptación plena del misterio de Jesús, Hijo de Dios, y de lo que significan su muerte y resurrección. Leed sus escritos: vuestro corazón se sentirá llamado por una voz que no es de este mundo.

Apelo a esta vida de Jesús, y de manera particular a su muerte y resurrección gloriosa, para proclamar que ahí es donde nosotros también encontraremos hoy la fortaleza para nuestra fe cristiana. Al contemplar a Cristo en la cruz diciendo: *Padre, perdónales, que no saben lo que hacen* (Lc 23, 24); o prometiendo el Paraíso al buen ladrón, o entregando su espíritu al Padre que le envió a este mundo, se advierte la grandiosa seriedad del compromiso divino de salvarnos.

Aquello no es un juego y el que muere no es un simple ajusticiado por haber cometido infracciones a la ley. Por el contrario, era tan puro y limpio que el mismo Pilato le declaró inocente. Moría para asegurarnos la vida, la vida que Dios ha querido ofrecer al hombre, a este hombre a quien ama y eleva a la condición de hijo suyo. Ese es el misterio, que Dios nos ame así, hasta ese grado inconcebible. Pero ése es también el hecho: que así nos ha amado Dios de tal manera que entregó a su Hijo unigénito por nosotros. Murió, pero no fue vencido por la muerte. Resucitó al tercer día y fue glorificado. Y por esta glorificación del Jesús paciente, humillado, crucificado y muerto, revela Dios definitivamente el misterio de su perdón y de su amor a los hombres, y los llama a la conversión del corazón (Hch 2, 22-41; 3, 18-26; 4, 12; 5, 31; 13, 38).

Así surgió la Iglesia, como comunidad de hombres que creen en la resurrección de Cristo. Y apareció el entusiasmo de la fe en un mundo sin fe. Apareció en San Pablo, en San Pedro, en los Apóstoles, en la comunidad de los creyentes. Este entusiasmo no era sentimentalismo fugaz y pasajero; no era reacción psicológica alucinada y turbia; no era sometimiento torpe a una presión dirigista y esclavizante. Era respuesta de hombres libres a la gracia santificadora de Dios que llegaba hasta ellos por medio del Espíritu Santo, cuya presencia dinámica en el hombre redimido había sido prometida por Cristo, y se hacía ahora realidad después de su muerte y su ascensión a los cielos (Hch 2, 33; 1Cor 15, 45; Rm 8). Esta fe, esta adhesión profunda a lo que significaba la muerte, resurrección y ascensión de Cristo a los cielos es lo que daba fuerza y entusiasmo a aquella

fe de los primeros creyentes. Podríamos citar innumerables textos tomados de las epístolas de San Pablo o del libro de los Hechos de los Apóstoles; pero hay una página inmortal en la carta de San Pablo a los romanos, en la cual podemos encontrar resumido todo lo que yo quería decirlos a propósito de este entusiasmo de la Iglesia primitiva. Entusiasmo fundado en esas bases tan sólidas y tan fuertes de la fe en Cristo, muerto y resucitado. Vivían de eso; no solamente creían. Si no hubiera sido así, el cristianismo no hubiera durado veinticuatro horas; hubiera podido aparecer un sentimiento difuso, impalpable, pero no habría mantenido desde aquel primer día una cadena ininterrumpida de las mismas afirmaciones dogmáticas y de las mismas vinculaciones morales, las mismas ayer que las que practicamos hoy y hasta hoy vivimos cuando queremos ser fieles al Magisterio de la Iglesia. Este es el capítulo octavo de la Carta a los Romanos, donde se encuentra ese párrafo maravilloso, del que el papa Pablo VI, en conversaciones con el académico francés Jean Guitton ha dicho que es la página de todos los escritos de San Pablo que él elegiría, si tuviera que quedarse solamente con un fragmento.

Capítulo octavo de la Carta a los Romanos. No puedo leerlo todo; pero, dice así: *Vosotros no vivís según la carne, sino según el espíritu, si es que el espíritu de Dios habita en vosotros. Que si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, ese tal no es de Jesucristo. Mas si Cristo está en vosotros, aunque el cuerpo esté muerto por razón del pecado, el Espíritu vive en virtud de la justificación. Y si el Espíritu de aquel Dios que resucitó a Jesús de la muerte habita en vosotros, el mismo que ha resucitado a Cristo de la muerte dará vida a vuestros cuerpos mortales, en virtud de su Espíritu que habita en vosotros* (Rm 8, 9-11). Es el horizonte grandioso de la inmortalidad futura, la cual nos es asegurada mediante esta incorporación al Cristo que murió y resucitó, y que nos ha enviado al Espíritu para que habite en nosotros.

Así que, hermanos: somos deudores no a la carne; si viviereis según la carne, moriréis; si vivís con el Espíritu y con el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. No habéis recibido espíritu de servidumbre, sino que habéis recibido espíritu de adopción de hijos. Siendo hijos, somos también herederos, herederos de Dios, coherederos con Cristo; con tal, no obstante, que padezcamos con Él cruz, a fin de que seamos glorificados (Rm 8, 12-17). *Yo estoy persuadido de que los sufrimientos de la vida presente no son de comparar con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros. Aquí las criaturas todas están aguardando con ansia la manifestación de los hijos de Dios, porque se ven sujetas a la vanidad o mudanza, no de grado, sino por causa de aquel, que les puso tal sujeción, con la esperanza de que, también ellas, todas las criaturas –insondable misterio–, también ellas serán libertadas de esa servidumbre de la corrupción para participar en la libertad y gloria de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta ahora todas las criaturas están suspirando como en dolores de parto; no solamente ellas sino también nosotros mismos que tenemos ya las primicias del espíritu* (Rm 8, 18-23).

Y sigue hablando en párrafos que hay que meditar con frecuencia, si queremos mantener el entusiasmo de nuestra vida cristiana, para terminar diciendo: *Dios está con nosotros: ¿quién contra nosotros? El que ni a su propio Hijo perdonó, sino que le entregó por todos nosotros, ¿cómo, después de habérselo dado, dejará de darnos cualquiera otra cosa? ¿Y quién puede acusar a los escogidos*

de Dios? Este Cristo no sólo murió por nosotros, sino también resucitó, y está sentado a la diestra de Dios en donde asimismo intercede por nosotros (Rm 9, 31-34). Oíd, hermanos, oíd; después de esto dice San Pablo: ¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, el hambre, la desnudez, el riesgo, la persecución, el cuchillo? En medio de todas estas cosas triunfamos por virtud de Aquel que nos amó; por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza, ni todo lo que hay de más alto y de más profundo, ni otra ninguna criatura podrá jamás separarnos del amor de Dios que se funda en Jesucristo nuestro Señor (Rm 8, 35-39).

Este era el lenguaje, ésta era la leche con que alimentaban los Apóstoles aquellas primeras comunidades cristianas. Se explica la fuerza del entusiasmo de la fe, y así ha sido siempre. De esa muerte y resurrección de Cristo creída, aceptada y vivida por el cristiano; ha brotado la fortaleza de los mártires y de los confesores de la fe, de las vírgenes y los penitentes, la de los santos todos, conocidos y desconocidos, que han pasado por la historia durante veinte siglos siendo testigos.

Todos somos responsables: sacerdotes, religiosos, religiosas, seglares

Es lo mismo que tenemos que hacer hoy, y por eso afirmo que somos todos responsables, sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos cristianos. Hoy, en un mundo en que la fe se ha debilitado y parece como si se apagara en muchos sectores de la vida, ¿cómo podremos ser fuertes en medio de la debilidad? Porque ésta es la hora de la debilidad y de la confusión, a pesar de nuestro orgullo. La confusión es fruto y causa a la vez de la debilidad e inconsistencia.

Para ser fuertes en la fe, antes de que hable a cada uno de estos grupos que he enumerado, apliquémonos unas palabras de Cristo que valen para todos.

Evangelios de San Mateo y San Lucas: Huerto de los olivos: Salió Jesús acabada la cena y se fue según costumbre hasta el monte de los Olivos para orar. Le siguieron asimismo sus discípulos. Cuando llegaron allí, les dijo: Orad para que no caigáis en tentación (Mt 26, 41). Y apartándose de ellos como a la distancia de un tiro de piedra, hincadas las rodillas, hacía oración, diciendo: Padre mío, si es de tu agrado, aleja de mí este cáliz; no obstante, no se haga mi voluntad sino la tuya (Ibíd. 42). En esto se le apareció un ángel del cielo confortándole. Entrando en agonía, oraba más largamente; y le vino un sudor, como gotas de sangre que chorreaba hasta el suelo. Levantándose de la oración y viniendo a sus discípulos, les halló dormidos por causa de la tristeza, y les dijo: ¿Por qué dormís? Levantaos, y orad para no caer en tentación (Lc 22, 40-46).

Oración, hermanos, oración; por ahí hemos de empezar. Si abandonamos este recurso, sucumbiremos. Las crisis de la fe que el mundo padece, tenemos que estudiarlas para saber darles el tratamiento adecuado. Pero si no oramos, caeremos en la tentación de la debilidad y del confusionismo, nosotros también. Y, entonces, ¿quién llevará la luz a las tinieblas? ¡Qué ejemplo el de Cristo en el Huerto de los olivos!: la hora de la agonía, la hora suprema de la verdad, y lo que hace es orar; lo que dice a sus Apóstoles en ese momento solemne no es otra cosa más que ésta, *orad para que no caigáis en la tentación*. La tentación, la

tentación del desfallecimiento, de la huida, de la cobardía, del fingimiento, de la contemplación de sí mismos. Para no caer en la tentación, levantaos y orad, insistentemente lo repite.

Hacen eco a estas palabras de Jesús las siguientes del Papa, olvidadas también hoy, como muchas de las que está pronunciando, pertenecientes a su discurso del 20 de julio de 1966, “La Iglesia es la sociedad de hombres que hacen oración”. Dijo así: “La Iglesia es la sociedad de los hombres que rezan. Su fin principal –palabras del Papa–, su fin principal es enseñar a rezar. Si queremos saber qué hace la Iglesia, debemos advertir que la Iglesia es una escuela de oración”. Sigue hablando, y dice: “Todos saben cuánto se ha hablado, escrito y trabajado en orden a la oración... Lo que ahora interesa advertir, si queremos conocer la misión de la Iglesia, es la importancia esencial y suprema que ella atribuye a la oración, ya como actividad personal, que brota del fondo del corazón humano, ya como culto divino en el que se difunde la voz de la comunidad cristiana... Igualmente sabéis que la primera afirmación, la primera reforma, la primera renovación, que el Concilio Ecuménico ha dado a la Iglesia, ha tenido por objeto la Liturgia... Recordémoslo bien”.

“¿Qué diremos de los que distinguen la actividad de la Iglesia en cultural y apostólica, separando la una de la otra y prefiriendo la segunda en menoscabo de la primera? ¿Y qué diremos de los que tienen por artificiosa, pesada e inútil la vida interior, y prácticamente dan por perdido el tiempo y por vano el esfuerzo para tender al silencio exterior y para dar su voz íntima al coloquio interior? ¿Podrá jamás el cristianismo dar testimonio de sí mismo ante el mundo necesitado de verdad vital, si no se presenta como arte de explorar la profundidad del espíritu, de conversar con Dios y de adiestrar a sus seguidores en la oración? ¿Habrá jamás un cristianismo privado de profunda, sufrida y amada vida de oración, el soplo profético, que le es indispensable para imponer entre las mil voces resonantes en el mundo, la suya que grita, que canta, que arrebatada y que salva? ¿Podrían tener los carismas indispensables del Espíritu Santo una actividad que pretendiese dar testimonio de Cristo e infundir en la humanidad el fermento de la novedad regeneradora, sin sacar de la humildad y de la sublimidad de la oración el secreto de su firmeza y de su fuerza?”¹. Imposible. Así termina el Papa.

¿Por qué olvidamos estos aspectos fundamentales a la hora de la renovación conciliar?

Pero además de este deber que es común a todos los que queremos trabajar por el fortalecimiento de la fe, cada uno de nosotros tiene deberes específicos. Hablo, en primer lugar, a **los sacerdotes**: somos responsables de la predicación de la fe, sí, tenemos que predicar el misterio de Cristo, muerto y resucitado. Sin miedo, sin reticencias, sin disimulos; libres de todo orgullo, pero con entusiasmo, como lo hacían los Apóstoles; a todos, a los pobres y a los ricos; a los pequeños grupos, y a las multitudes, como hacía Jesucristo; atentos a un mínimo de disposición buena para aprovecharla, porque así obró también el Señor; bastaba que se acercase a Él alguien con humildad de corazón para darle el don divino,

¹ PABLO VI, Homilía a los fieles, miércoles 20 de julio de 1966: IP IV, 1966, 816-818.

para decir que el reino de Dios había llegado hasta él. ¿Por qué vamos a exigir tanta depuración cántara si Dios no lo exige?

Los valores de la religiosidad popular

La religiosidad que llaman sociológica no es perfecta, ciertamente, pero entra en el juego de la historia humana, y muchas veces resulta apoyo indispensable querido por Dios para evangelizar y santificar. Si no es perfecta, esforcémonos por perfeccionarla; pero no la destruyamos sin más, con el riesgo gravísimo de no saber con qué sustituirla después, que tenga eficacia para todos, porque es a todos a quienes tenemos que atender, absolutamente a todos. Párrocos y sacerdotes que os esforzáis por encontrar formas nuevas de acción pastoral: Dios bendiga vuestro esfuerzo, y lo bendecirá, si lo proseguís con humildad, y obedientes a las voces de la Iglesia, cuando nos vienen de parte de quien tiene autoridad suprema para darlas. Buscad caminos nuevos y eficaces que son también necesarios, pero no despreciéis a un pueblo humilde y sencillo para el cual un beso al crucifijo y un avemaría a la Virgen pueden ser un valor religioso definitivo. Misiones populares, ejercicios espirituales, predicaciones diversas, celebración solemne de festividades religiosas: cultivadlo con esmero y hacedlo más perfecto, pero no lo abandonéis, porque ello significaría dejar de dar pan a los que tienen hambre. No queramos sustituirlo en seguida con manjares tan delicados que después no hay ni despensa ni dispenseros para ofrecerlos, ni tampoco organismos aptos para resistirlos.

Ciertamente esta religiosidad no es perfecta, y tenemos que perfeccionarla, pero no seamos ligeros en nuestros juicios; esta religiosidad llamada sociológica no es puramente una apariencia exterior, es el fruto también, la convergencia de múltiples acciones espirituales que han brotado del interior de muchas vidas santas a lo largo del tiempo: padres y madres de familia, cristianos buenos que pertenecieron a esa sociedad, asociaciones, grupos que pudieron constituirse al amparo de un modo de vivir y de determinadas condiciones sociales, todas las cuales fueron promoviendo reacciones magníficas, sacrificios y actos de penitencia, oraciones privadas y públicas, formas sociales y colectivas de religiosidad que no aparecieron un día como fruto de una improvisación artificial, sino que fueron el resultado progresivo y lento de un esfuerzo respetabilísimo de las generaciones anteriores. ¿Por qué lo vamos a despreciar?

Vosotros, **los religiosos**, también sois responsables. Muchos de vuestros ministerios son semejantes a los nuestros, y para todos vale lo que acabo de decir. Pero además tenéis en vuestras manos un arma muy eficaz para predicar a Cristo, muerto y resucitado: son vuestros votos de pobreza, castidad y obediencia. La doctrina del Concilio no ha disminuido nada de sus exigencias ni de su valor soberano en el reino de Dios. Ha pedido que se hagan esfuerzos para lograr un mejor modo de vivirlos, que es distinto. Vuestra consagración os pide una delicadeza especial en vuestro comportamiento. Si la quebrantáis, no es sólo vuestra orden o congregación la que sufre, sino todas las parcelas del reino de Dios. Empeñados también en acomodaciones necesarias, no os olvidéis del misterio de la cruz. Sólo meditando en él y amándole, encontraréis la alegría interior para superar vuestras pruebas.

Que no se queden vacíos vuestros noviciados por miedo a proclamar los grandes postulados que el Evangelio os señala a los que quieren seguir más de cerca al Maestro. La libertad en el reino de Dios está en proporción directa de la decisión con que uno quiere hacerse esclavo de la cruz por amor al que la llevó y a los hombres en cuyo servicio fue puesta en el Calvario. Podríais incluso ser responsables del daño causado a los jóvenes que se han acercado a vosotros con gran generosidad, y han encontrado, más que la libertad necesaria para la maduración, la falta de directrices sabias y prudentes para el sacrificio libremente aceptado. La vida religiosa es indispensable en la Iglesia de Dios. Hay que vivirla con honda profundidad; para ello no hay que dejar de mirar nunca a ese Cristo que muere y resucita ofreciendo la clave para entender lo que es la inmolación y la libertad verdadera.

Y vosotras, **las religiosas**, también sed conscientes de vuestra responsabilidad para ayudar a mantener la fe con fortaleza. Religiosas, madres de familia del hogar espiritual de la Iglesia, las que en silencio estáis siempre esperando al Esposo; las que en los colegios y escuelas os santificáis en un apostolado ingrato y duro, engendrando hijos de vuestro pensamiento y corazón; las que en asilos, clínicas y hospitales y en tantas otras formas de vida derramáis caridad y prestáis tan pacientes servicios, no confundáis la renovación conciliar de vuestros institutos y congregaciones con la aparición de apetencias subjetivas que acaso por un momento os dieran mayores satisfacciones personales, pero que podrían frustrar a la larga el misterio de vuestra maternidad espiritual, siempre necesitadas de particulares cuidados para asegurar el normal alumbramiento que Dios quiere de vosotras. Acudid a Cristo, muerto y resucitado. Ahí encontraréis la fuente de la caridad que os facilitará el cumplimiento de vuestras obligaciones. Piedras de altar sois, sobre las cuales se inmola Cristo con vuestra propia inmolación. Las crisis y vaivenes pasajeros pueden ser superados. No permitáis que nadie entre en vuestras casas religiosas que opine, de palabra o por escrito, de manera divergente, no digo ya contraria, a lo que señala el Papa y los obispos, cuando expresamente ofrecen la auténtica interpretación de lo que pide el Concilio, y la Iglesia nos está pidiendo a todos.

No dudéis del valor de vuestra consagración; os ha llamado la Iglesia y esto es lo que teológicamente puede engendrar en vosotras la certeza necesaria. La Iglesia es lo que Cristo ha fundado, es lo más suyo, es el sacramento de salvación, es instrumento visible y cognoscible de la voluntad de Dios. La Iglesia con su doctrina, con sus invitaciones, con sus llamadas por parte del Papa y los obispos, y las órdenes y congregaciones religiosas que ella aprueba y bendice, incluso con su mirada en el mundo llena de misericordia, pero ansiosa de pureza cuando contempla el pecado y la miseria humana, pide a todos que vivan hasta el máximo posible su propia vida, que es la vida del Señor. A vosotras lo ha pedido y vosotras habéis respondido que sí. Esto es todo, y esto basta. La Iglesia os quiere, y por esto os quiere Jesucristo. Seguidle tal como es; no permitáis que nadie mutile nada del rostro de vuestro Esposo.

Por fin vosotros, **los laicos**, los seculares del reino de Dios, antes que deciros palabras mías, os recuerdo las que os dice el Concilio: “Solamente con la luz de la fe y con la meditación de la palabra divina es posible reconocer siempre y en todo lugar a Dios, *en quien vivimos, nos movemos y existimos* (así habla en el decreto sobre el apostolado de los seculares, número 4); buscar su voluntad en

todos los acontecimientos; contemplar a Cristo en todos los hombres, próximos o extraños, y juzgar con rectitud sobre el verdadero sentido y valor de las realidades temporales, tanto en sí mismas como en orden a la renovación del hombre”. Ya lo veis, incluso para juzgar sobre el verdadero sentido de las realidades temporales es necesaria esta vida interior de unión con Cristo. Continúa el Concilio inmediatamente: “Quienes posean esta fe viven con la esperanza de la revelación de los hijos de Dios, acordándose de la cruz y de la resurrección del Señor” (AA 4).

De Dios al mundo y del mundo a Dios

Si nos olvidamos de esto, no es posible hacer nada. No lo dudemos: si en el mundo la fe se apaga, se debe en gran parte a que cada uno de nosotros apaga su propia llama. Yo os predico a Cristo, muerto y resucitado, para que volvamos a Él nuestros ojos. No hay salvación fuera de Él. Si de Él nos separamos y no practicamos la mortificación y vivimos las virtudes, todos nuestros intentos de encarnación cristiana en el mundo se desvanecerán como burbujas de jabón. Muchas tensiones hoy existentes desaparecerían si todos miráramos más a Cristo crucificado y resucitado; encontraríamos ahí la calma precisa y necesaria para madurar nuestras responsabilidades y para cumplir con seriedad nuestro papel, el de cada uno, en esta misteriosa y santa Iglesia de Dios. Necesitamos a todo trance reforzar estas ideas y vivirlas muy intensamente.

Terminaré con unas palabras del Papa. Pertencen a un discurso que pronunció él, también en 1966, en el mes de agosto: “La Iglesia, su fuerza en su debilidad”; y dice: “Es necesario pasar los umbrales del Evangelio y estudiar de cuáles principios quiere el Señor tomar la fecundidad de esta institución espiritual que es la Iglesia fundada por Él... Inmediatamente nos encontramos con la conocidísima paradoja: Cristo ha fundado la vida moral de sus seguidores sobre una base, diríamos negativa: la renuncia, la abnegación, el sacrificio, la cruz. Todos recordamos sus tremendas palabras: *El que busque salvar la propia vida, la perderá; el que la pierda por mi causa, la salvará* (Mt 8, 35). El que de nosotros –dice el Papa– creyese renovar la vida de la Iglesia suprimiendo las mortificaciones y molestias, pequeñas o grandes, que le son propias, ya por exigencia moral, ya por costumbre ascética reconocida, no interpretaría a conciencia la ley fundamental del espíritu evangélico, del cual precisamente recibe la Iglesia su vitalidad. No busca ella un crecimiento a través de ese bienestar ávido de comodidad y de exteriorizaciones, alimentado por el hedonismo y por el egoísmo que caracterizan las costumbres cómodas, frívolas y ligeras del mundo moderno; lo busca por el contrario en la práctica silenciosa y constante de aquellas virtudes que al mismo tiempo mortifican y fortalecen al discípulo de Cristo: en el paciente sufrimiento, en la obediencia fiel, en la simplicidad austera, en la imitación de Cristo; de Cristo crucificado (1Cor 1, 23)².

Esta es nuestra fuerza, hermanos, no podemos dejar de acudir a las fuentes de donde brota. Os hablaba el otro día con el mismo entusiasmo con que hoy os invito a tenerle en vuestra vida de fe en la Iglesia del Concilio, porque tenemos que creer en ella, tenemos que vivir y hacer posible, entre todos, las santas reformas que esta Iglesia, movida por el espíritu de Dios, va buscando, para

² PABLO VI, Homilía del miércoles 31 de agosto de 1966: IP IV, 1966, 840-841.

lograr una mayor perfección de toda la comunidad cristiana. Pero se ha hecho daño al Concilio, porque muchos no han reflexionado ni en la totalidad de sus documentos ni con el espíritu de paz con que hay que examinarlos, para colocarse en actitud de servicio y no de ásperas reivindicaciones. Ahora ya los grandes teólogos del Concilio: Rahner, Congar, Philips, Journet, hoy cardenal de la Iglesia, dan su voz de alarma, y apuntan al naturalismo que se está apoderando de muchos espíritus, con el pretexto de objetivos muy nobles en la expresión verbal, pero muy equivocados en la práctica tal como muchos los conducen y como quieren enfocarlos. Es necesario fortalecer más y más el espíritu sobrenatural de la unión profunda e íntima con el Cristo personal de nuestra fe, con el Cristo muerto, resucitado, elevado a los cielos, allí intercediendo por nosotros, gracias al cual vivimos porque ha cumplido para con nosotros las promesas que nos hizo.

Fortalezcamos nuestra fe, uniéndonos a Él y viviendo intensamente todo cuanto podamos del misterio de su vida tan santa. Entonces la luz de la fe no se apaga, seremos más fuertes. En un mundo sin fe, tal como pueda ser el nuestro, como pudo ser el de los primeros tiempos, seremos también discípulos de San Pablo, el Apóstol del entusiasmo.

BIENAVENTURADOS LOS QUE NO VIERON Y CREYERON

Conferencia pronunciada el 5 de abril de 1968, viernes de la Semana de Pasión.

Hemos llegado al final de este recorrido que emprendimos juntos la noche del miércoles de Ceniza. Los viernes que han seguido a aquella fecha, a lo largo de toda la Cuaresma, nos hemos reunido aquí, acogidos a la protección que ofrece siempre al espíritu, el venerable recinto de nuestra Catedral, acostumbrada hace muchos siglos a recibir el testimonio y la piedad de sus hijos, los de esta ciudad y esta diócesis de San Paciano, merecedora de que no se extinga nunca la gloria que la ha acompañado siempre en su camino. Como Pastor de la grey que se me ha confiado, he tenido el consuelo íntimo de poder dirigiros mi palabra para hablaros, no ya de un tema o una idea, ni siquiera de un sentimiento o de un deseo que no me hubiera sido prohibido exponer. Vine más bien para hablaros de un misterio suave, confortante, vivo siempre: el misterio de la fe.

¿Os acordáis? Os hablé del gozo que acompaña a la fe, de la esperanza, de las actitudes cristianas del hombre que cree, de la fe en Cristo Salvador y en la Iglesia, del optimismo y la confianza, del entusiasmo como respuesta objetiva y seria a la llamada de Dios, fundado en el hecho de Jesucristo, muerto y resucitado, para darnos la vida.

Mientras caminaba con vosotros, movido por la lógica de la reflexión y también, ¿por qué no decirlo?, por la responsabilidad especial que pesa sobre mí, no pude menos, antes al contrario, lo intenté deliberadamente, de referirme a las crisis y tensiones del momento que vivimos. He apelado con frecuencia a la palabra del Concilio Vaticano II y a la más cercana y próxima del Papa que rige los destinos de la Iglesia, como Vicario de Jesucristo. No he pretendido otra cosa que ofrecer a todos cuantos han podido oírme pensamientos que les den seguridad y les libren de perturbaciones peligrosas. ¡Ojalá no fuera preciso insistir tanto en la necesidad de estar precavidos! Temo, sin embargo, que durante bastante tiempo el peligro de la confusión seguirá amenazando a los espíritus. Hemos de seguir luchando denodadamente con paciencia y caridad, para que la luz no se apague. *Que no se pierda ninguno de aquellos que Tú me diste* (Jn 17, 11), digo con nuestro Señor Jesucristo en su sermón de la última Cena, cuando se refería a aquellos Apóstoles, a los discípulos y a todos los hijos suyos que el Padre le había confiado. Todo sacerdote debería aplicarse a sí mismo estas palabras, como un testamento sagrado, y hacerlas nuestras todos con humildad, para cumplir en todo instante con su exigencia solemne. Por eso yo trato de ofreceros la doctrina de la fe tal como la Iglesia, en su Magisterio auténtico, nos la presenta.

Hoy, antes de que llegemos a los días sagrados que nos esperan, quiero hablaros, como final de estas conferencias cuaresmales, de la perseverancia en la fe. Sí, perseverar y ser siempre fieles a pesar de la oscuridad que nos envuelve. Hay que perseverar a pesar de las tentaciones, cuya aparición no podemos prever, porque surgen en todos los momentos y en todos los rincones de la vida.

Siguiendo a Jesucristo

Escuchad esta narración que nos hace San Juan en el capítulo veinte de su Evangelio: es la de Cristo resucitado que se aparece a Tomás, el Apóstol que no quería creer: *Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Le dijeron después los otros discípulos: Hemos visto al Señor. Mas él les respondió: Si yo no veo en sus manos la hendidura de los clavos, no meto mi dedo en el agujero que en ellas hicieron y mi mano en su costado, no lo creeré. Ocho días después estaban otra vez los discípulos en el mismo lugar, y Tomás con ellos. Vino Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio, y dijo: La paz sea con vosotros. Después dice a Tomás: Mete aquí tu dedo y registra mis manos; y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel. Respondió Tomás y le dijo: Señor mío y Dios mío. Y dijo Jesús: Tu has creído, Tomás, porque me has visto; bienaventurados aquellos que no vieron y creyeron (Jn 20, 24-29).*

Observad el amoroso reproche del Señor: *No seas incrédulo, sino fiel*. Es un dulce imperativo, no un razonamiento; una conminación suave de su voluntad, no un exhaustivo análisis de motivos. Claro que, por delante, le ofrece la gran prueba, su propia presencia con las manos agujereadas y el costado abierto. Tenía que rendirse la dubitativa actitud del apóstol. Pero el tono del reproche encierra algo más. Ese *no seas incrédulo, sino fiel*, parece querer decir: ¿Por qué has de dudar, después de todo lo que pudisteis ver en mí? No sólo el hecho de que ahora esté yo aquí y puedas tocarme, sino todo el conjunto de mi vida, de la que tú has sido testigo, es suficiente para que tengas la certeza de que mis promesas se cumplen; no seas incrédulo, sino fiel. Y cuando el Apóstol exclama, lleno de amor y de humildad: *Señor mío y Dios mío*, Jesús pronuncia aquella frase, de la cual todos nosotros somos destinatarios: *Bienaventurados los que no vieron y creyeron*.

No es que Cristo contraponga a los Apóstoles y discípulos de entonces que le vieron, con los que no le vieron, ni a nosotros que no le hemos visto con los que sí que le vieron. No es que haga esta contraposición y quiera decir que nosotros somos bienaventurados no habiendo visto y que no lo son ellos que le vieron. No, no es éste el intento de Jesús. Quiere decir, sencillamente, que el que cree, aunque no haya visto, es objeto de bienaventuranza por parte de Dios, que le ha dado el auxilio indispensable para creer. Ese auxilio, esa gracia, ese don divino, esa fe, constituyen una auténtica bienaventuranza en el sentido evangélico de la palabra. El que cree, aunque no haya visto, es generoso, y ofrece a Dios el obsequio de su mente y su corazón; el que cree, aunque no haya visto, es leal, y corresponde con su lealtad religiosa a la soberanía de Dios que le ha llamado. Esta confianza humilde, ese obsequio del corazón, esa lealtad de la obediencia religiosa a Dios, que nos ha creado y redimido, traen al alma del creyente la paz. Por eso son bienaventurados, porque llevan en su interior la paz de Dios.

La paz del Señor, no la da el mundo

Tocamos así el más alto secreto de la vida del espíritu: que un hombre pueda llevar dentro de sí la misma paz de Dios. Sólo el decirlo parecería un desatino irreverente, si no nos lo hubiera garantizado el mismo Dios, a quien pertenece la

paz de que hablamos. El mismo evangelista San Juan, en los capítulos en que nos describe la última Cena del Señor con sus Apóstoles, nos ha dejado las palabras sublimes a las que el hombre sediento se vuelve sin cesar, deseoso de descubrir toda la íntima profundidad que encierran: *La paz os dejo, la paz mía os doy. No os la doy yo como la da el mundo* (Jn 14, 27). Y nosotros preguntamos: ¿qué paz es esa, Señor, la que llamas tuya, y por qué dices a continuación: *No se turbe vuestro corazón, ni se acobarde?* Así, aun dejándonos tu paz, estamos expuestos al asalto del temor y de la incertidumbre. Por eso añadiste, como condición necesaria para mantener la paz tuya: *Permaneced en mí, que yo permaneceré en vosotros. Al modo que el sarmiento no puede, de suyo, producir fruto si no está unido con la vid, así tampoco vosotros, si no estáis unidos conmigo. Yo soy la vid y vosotros los sarmientos. Quien está unido conmigo y yo con él, ése da mucho fruto, porque sin mí nada podéis hacer* (Jn 15, 4-5).

Mas no se trata de una unión con Cristo meramente intelectual y abstracta. Para que el corazón humano tenga paz, es necesario el amor, porque el corazón ha nacido para amar, como los ojos para ver. Por eso el Señor añade: *Permaneced en mi amor. Si observareis mis preceptos, permaneceréis en mi amor, así como yo también he guardado los preceptos de mi Padre y persevero en su amor* (Jn 15, 10). Se trata, pues, de abrir el corazón al misterio de Dios encarnado hecho hombre, muerto y resucitado por nosotros. Entonces ya no vivimos de una ficción, ni de un sueño; esos sueños tan fáciles con que pretendemos adormecer las exigencias implacables de nuestra interioridad y de los que indefectiblemente despertamos hastiados de tanta vaciedad o asustados por el grito patético del alma que no quiere verse envuelta en las tinieblas. No hay paz, si no hay amor a algo tan grande que no pueda morir, es decir, al Dios infinito; y si, a la vez, no hay seguridad de sentirse amado por el mismo Dios. Porque, si no amamos, traicionamos nuestra naturaleza, y no puede haber paz en la traición. Y si no somos amados, sufrimos de soledad y no puede haber paz cuando el alma se encuentra en el vacío.

Pero no sólo a Dios. Cristo añadió: *El precepto mío es que os améis unos a otros como yo os he amado; que nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos. No me elegisteis a mí, sino yo os he elegido a vosotros. Lo que mando es que os améis unos a otros* (Jn 15, 12-13 y 17). Así se completa el círculo en que se encierra la paz que el Señor promete. Se empieza deseándola, con una vida humilde y una fe respetuosa en el misterio. Se escucha después su palabra, la palabra de Dios, que nos trae la promesa que no falla. Sigue el esfuerzo por mantenerse unidos con Él. Se cumplen sus mandamientos por amor. Y de la altura de ese don divino, de la unión lograda con el que tanto nos ama, se pasa, distinguiendo, pero no separando, al amor fraterno de unos para con otros. Esta es la paz de Cristo, no la del mundo. Distinguiendo, digo, porque Dios es el primero, y si no amamos a Dios en quien están todos, nos cansamos de amar a los hombres, o amamos a los que nos gustan, lo cual es una forma de amarse a sí mismo. No separando, sin embargo, porque en vano decimos que amamos a Dios, a quien no vemos, si no amamos al prójimo, a quien vemos. Todos los demás amores excitan, no sacian; entretienen, no llenan; atan, no liberan; ocupan, no alimentan; fatigan, no descansan; se extinguen, no permanecen. Esto es lo que pasa con todos los amores de la vida, con todos los

afanes en que podemos ocuparnos, si nos falla el gran amor de Dios, tal como Cristo nos ha ofrecido la luz para entenderlo y vivirlo.

Recordad el capítulo sublime de la vida de un hombre de grandeza incomparable, San Agustín, obispo de Hipona. Tenía treinta y dos años. Su alma volaba por todos los cielos, ansiosa de luz. Su trato con Ambrosio, el obispo de Milán; la conversión de Marco Victorino, maestro de su juventud; la noticia de que habían entrado en religión dos jóvenes oficiales palatinos y sus dos prometidas, terminaron por conmover sus entrañas: “Yo me decía en mi interior –escribe él–: terminemos, terminemos. Mis palabras caminaban hacia la decisión. Yo iba a obrar y no lo hacía. No volvía a caer en el abismo de mi vida pasada, pero me quedaba en la orilla para volver a tomar aliento. Cuanto más me acercaba a esa vida en que iba a ser algo diferente, más me sentía detenido en una recrudescencia de espanto que, sin hacerme retroceder, me dejaba suspenso”. Las pasiones le tiraban por su vestido de carne, dice él con expresión insuperable. Y así, debatiéndose en este tormento interior, en aquel pequeño jardín en que se retira a llorar y meditar, envuelto en lágrimas su rostro, oye la voz de un niño que canta, y dice: “Toma y lee, toma y lee”. Y Agustín se levanta, coge el libro de las epístolas de San Pablo, lo abre al azar, y se encuentra con estas palabras: *No de orgías y bebidas, no de deshonestidades ni lascivias, no de envidias ni querellas, sino revestíos de Cristo, el Señor Jesús. No penséis en dar gusto a la carne en sus deseos*¹. A partir de aquel día, en el itinerario de San Agustín empezó a brillar la luz de la paz que ya no se acabaría.

En esa imagen del joven africano, luchando en la soledad del huerto donde oye la voz misteriosa, teniendo a sus pies todos los éxitos del mundo, y, no obstante atormentado hasta lo indecible por la inquietud que le devora, está representado el hombre de todos los tiempos, falto de paz interior aunque lo domine todo, y dispuesto, al menos secretamente, a repetir con él: “Nos has hecho, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti”. Al final de su vida exclamaría también, con palabras que igualmente parecen escritas para todo hombre que tiene la experiencia de vivir: “Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva; tarde te amé. Tú estabas dentro de mí, y yo fuera, y por fuera te buscaba; y, deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no lo estaba contigo. Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste tu perfume, y respiré; y suspiro por ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz”², la paz de Dios, la paz de Cristo, la que supera todos los demás sufrimientos que pueden solicitar la atención del corazón humano.

Pero el problema sigue en pie: ¿Cómo asegurar el mantenimiento de la paz, es decir, la perseverancia en la fe que nos une con Cristo, que nos lleva a amarle y a cumplir sus mandamientos, entre los cuales aparece ese que él llama suyo, el que nos amemos unos a otros como hermanos? ¿Cómo lograr esta perseverancia en la fe? Cristo no hubiera dicho: *Bienaventurados los que no vieron y creyeron* (Jn 20, 31), si no fuera porque supuesto el don de la fe por

¹ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, VIII, 12, 29.

² *Ibid.*, X, 27, 38.

parte de Dios, el cristiano cuenta con medios eficaces para perseverar. Existen, sí; y lo que se necesita es acudir a ellos.

Quiero referirme, aunque sea brevemente, a tres de estos medios, y son: la Eucaristía, la Virgen María, Madre de Dios y de la Iglesia, y el Magisterio eclesiástico del Papa y los obispos. El primero es un sacramento, la segunda una persona que es Madre de Dios, lo tercero una institución. El sacramento alimenta; la persona de María facilita los caminos, porque coopera con Dios en el misterio de su gracia y con el hombre en la resolución del drama de su destino humano; la institución del Magisterio orienta, da seguridad, librándonos de toda desviación equivocada. El sacramento lo ha instituido Dios mismo para el hombre; María fue elegida por Dios para Madre suya y de los hombres; el Magisterio lo garantiza también Dios mismo, para que la verdad sea segura, y permanezca al servicio del hombre.

Estas tres realidades sagradas han sido, pues, ofrecidas por Dios al hombre si se acerca al Evangelio. Luego ninguno que sea hijo de Dios puede permanecer indiferente frente a ellas, y todo el que tiene fe es hijo de Dios. Si, pues, Dios da a sus hijos un alimento que nutre, una madre que protege y una institución que certifica, aceptarlos con humildad es asegurar la perseverancia, desestimarlos es debilitarse, rechazarlos es ir contra Dios mismo y, por consiguiente, destruir la fe, y con la fe la paz y el amor a Dios y a los hombres, tal como Él nos lo ha preceptuado. Estas tres realidades pertenecen al constitutivo esencial de la religión católica y debemos proclamarlas y vivirlas, tanto más cuanto mejor queramos vivir el auténtico ecumenismo. Desafiar a los demás con nuestros dogmas sería monstruoso, pero disimular o deteriorar nuestros dogmas por un falso motivo ecuménico sería para con Dios una traición; no merecería de los hermanos separados más que el desprecio.

El sacramento de la juventud

La Eucaristía, sacramento de la juventud. Hablo de la eterna juventud del alma, no de la edad juvenil del cuerpo. Creo en la Eucaristía porque Cristo prometió que nos daría su cuerpo como comida y su sangre como bebida; y lo que Cristo promete lo cumple; y lo cumplió en la última Cena. Creo en la Eucaristía porque me lo enseña la Iglesia infalible, desde los Apóstoles hasta hoy. Creo en la Eucaristía como sacrificio de Cristo en la Misa, al cual puedo unirme, sacrificio en que Cristo y yo, y todos con Él, damos gracias al Padre, imploramos, adoramos; sacrificio en que Cristo satisface por nuestros pecados y con Él podemos satisfacer nosotros; sacrificio en que Cristo hace a Dios propicio y misericordioso para el hombre, la familia, la sociedad, los vivos y los muertos. Y creo en la Eucaristía como sacramento que permanece, en el cual está Cristo real, verdadera y substancialmente, que se me da a mí, se me entrega para alimento de mi alma, consuelo de mis tribulaciones, fortaleza de mi fe, robustecimiento de mis virtudes, paz de mi corazón, acierto en mi camino, perdón en mis pecados, fuerza para mi caridad, gozo en mi infancia, serenidad en mi juventud, esperanza en mi ancianidad, viático en mi muerte.

Creo que Cristo está presente en la Eucaristía, y por eso alabo y fomento y pido que, por parte de todos los que creemos en Él, le amemos y le adoremos, se hagan visitas a Jesús Sacramentado, y que vayamos al sagrario donde Él

espera; y busco y fomento y bendigo y alabo todos los actos que signifiquen adoración a la Hostia santa; y bendigo y alabo las asociaciones eucarísticas de fieles que cultivan y fomentan la piedad hacia el gran Sacramento del Amor. Creo que todo lo que me dice y enseña sobre la Eucaristía la Iglesia jerárquica, santa, católica, apostólica, romana, la Iglesia de los santos y de los mártires, desde las catacumbas hasta los que en el siglo XX, aquí en España y en Barcelona, murieron por su fe, recibiendo la Eucaristía que llegaba hasta ellos acaso en una cajita de cerillas, o era consagrada por algún sacerdote condenado a muerte que esperaba en la checa el momento de subir a su calvario perdonando y amando a todos. Creo en la Eucaristía, y quiero adorarla y unirme con mis hermanos para hacer esa adoración. Y ofrezco mi recuerdo lleno de emoción religiosa a esta Barcelona del Congreso Eucarístico Internacional, y deseo que permanezca siempre todo lo que allí hubo de plegaria, adoración, alegría, hermandad, sacerdocio, laicado ejemplar y comprometido, fe, amor y paz, y quiero cantar, como cantasteis vosotros:

“De rodillas, Señor, ante el sagrario,
que guarda cuanto queda de amor y de unidad;
venimos con las flores de un deseo
para que nos las cambies en frutos de verdad;
Cristo en todas las almas
y en el mundo la paz”.

Creo en la Eucaristía, porque el Concilio Vaticano II, tan mal leído por muchos y tan apasionadamente interpretado por otros, me dice así en su más importante documento, la Constitución sobre la Iglesia: “La obra de nuestra redención se efectúa cuantas veces se celebra en el altar el sacrificio de la Cruz, por medio del cual, Cristo, que es nuestra Pascua, ha sido inmolado; y al mismo tiempo, la unidad de los fieles que constituyen un solo cuerpo en Cristo, está representada y se realiza –dice el Concilio– por el Sacramento del Pan Eucarístico” (LG 3). Y en la Constitución de la Liturgia, dice el Concilio que, “sobre todo, de la Eucaristía mana hacia nosotros la gracia como de su fuente, y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios, a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin” (SC 10). Acudamos, pues, a esta fuente para lograr la perseverancia en la fe y la paz de nuestras almas. Si no acudimos, la perdemos; si la perdemos, sufrimos; cuando sufrimos, nos atormentamos; con el tormento, nos desesperamos; sin esperanza, todo se hace negro y oscuro, todo es problema, todo es tragedia; eso no es la vida de un discípulo de Cristo.

La devoción a la Virgen

Apenas puedo deciros ya nada sobre los otros medios de perseverancia; la devoción profunda y sincera a la santísima Virgen, Madre de Dios y de la Iglesia, santa Madre nuestra, y la adhesión leal, respetuosa, constructiva y cooperante al Magisterio de la Iglesia, representado en el Papa y los obispos. Pero, aunque sea brevemente, quiero referirme a estos dos puntos.

La Virgen María, mujer de nuestra estirpe, llamada por Dios, porque Él lo quiso, a cooperar en la Redención. Efectivamente, coopera subordinada a Cristo y en el plano que corresponde a su condición humana; pero coopera con todas las

consecuencias. Nos ama, es nuestra Madre, conservó todas las cosas en su corazón, acompañó a su Hijo, estuvo junto a la Cruz, Virgen de los Dolores, a la que hoy dedicamos el recuerdo de nuestra piedad filial en la Iglesia; asistió al nacimiento de la Iglesia en Pentecostés. La Iglesia la ha amado siempre, a ella ha recurrido, a ella recurre hoy también, y la pone como intercesora ante su Hijo, llamándola Madre. Es la Bienaventurada de todas las generaciones. Ave, María: humilde, pura, santa, fuerte, fiel, paciente, sufrida, generosa, bienhechora, justa, prudente, caritativa, pacífica, obediente, hermosa. Ave, María: yo te saludo en nombre de todos tus hijos, éstos que están aquí, todos aquellos a los cuales llega mi voz de hermano, que quiere poner en su alma los resortes para asegurar la perseverancia en la fe. Yo te saludo y pido para mí y para todos, que nos alcances ese don, tú que recurrirás siempre, cuando recurrimos a ti, para que tu Hijo siga intercediendo por nosotros ante el Padre.

Y oíd y escuchad el Magisterio de la Iglesia, y seguid sus instrucciones, y obedeced, obedeced con amor, con digna humildad que no destruye la dignidad del pensamiento humano, por el contrario, lo eleva de categoría al situarlo en la órbita de una relación con las promesas que Dios mismo ha hecho. Es Cristo el que dijo: *Id y enseñad; el que a vosotros oye, a mí me oye* (Mt 28, 19; Lc 10, 16). Si no obramos así, no hay unidad; si no hay unidad, cada uno fabricará su propia Iglesia. Pero ya no será la de Cristo, ya no podremos reconocerle a Él en ella, ya no sabremos cómo y por dónde nos es enviado el Espíritu Santo que Él nos prometió; ya no tendremos la paz suya, la que Él quiso darnos, porque, si destruimos la Iglesia suya que es donde Él dejó la paz suya, fabricaremos también paces falsas y engañosas que después nos dividen y nos consumen, en lugar de unirnos, contentarnos, saciarnos.

De ahí, pues, tres medios claramente señalados por Dios mismo para poder mantenernos en la fe, y con la fe vivir en la seguridad que esa paz de Cristo nos ha prometido.

Al principio os hablaba de que no deben asustarnos las tentaciones y las pruebas. ¿En qué época de la Iglesia no han existido? Y, ¿qué cristiano, que lo sea de verdad, digno de tal nombre, va a tener el privilegio de pasar por este mundo sin estar sometido a esa contrastación de su valor espiritual para seguir dando una respuesta fiel a Dios que le haga a él también merecedor de nuevas recompensas? Contamos con las tentaciones, vengan de donde vengan. Pero contamos también con los medios ricos, nutritivos, seguros, claros, fuertes, sagrados, que Dios ha puesto a nuestra disposición para poder vivir en paz con nuestra conciencia, de acuerdo con todas las exigencias de la fe. Estos medios no cambian, existen hoy como en el siglo III, como en el siglo I; existen en esta cristiandad de Barcelona, como pueden existir en la pobre cristiandad de un país de misiones, donde los cristianos, también en días como éstos, se acercarán a una pequeña choza que es su única Catedral, para adorar al mismo Cristo, para recibir la misma Eucaristía, para invocar a la misma Madre y para oír las enseñanzas de los mismos obispos. Así se puede seguir el camino, Cristo nos lo enseña. Sigamos, pues, todos por ahí, bien seguros de que, aunque no nos falten pruebas y tribulaciones, el auxilio de Dios también nos acompañará. Perseverando en la fe, en el amor a Dios y a los hombres, siguiendo a Jesucristo, alimentándonos con su paz, nos santificamos, y en cada hombre que se santifica habita Dios, es decir, se produce una nueva encarnación.

La santidad cristiana, nueva encarnación

Esta es la encarnación verdadera del cristianismo en la sociedad y en el mundo. Tiene que empezar por realizarse en el hombre, sujeto consciente y libre; y del hombre, transformado y elevado, pasa a través de sus actos responsables, al mundo y a la sociedad. Las estructuras económicas, políticas, sociales, técnicas, científicas, humanas en una palabra, tienen origen en el hombre, descansan sobre el hombre y están al servicio del hombre. Los cristianos tenemos el deber de luchar para mejorarlas. Esto es lo que se llama un cristianismo encarnado e intramundano. Trabajar sobre el mundo para perfeccionarlo constituye una tarea no solamente humana y social, sino estrictamente religiosa, porque el mundo está ordenado a Dios, y sólo viviendo en el mundo el hombre realiza su condición de criatura que avanza hacia las playas de lo eterno. Pero, si nos olvidamos de Dios, de su trascendencia, de la contemplación y adoración del misterio divino en su limpia infinitud, de que el mandamiento primero, el primero de todos es amar al Señor con toda nuestra voluntad, con todo nuestro corazón, con toda la fuerza de nuestro ser, no encarnaremos el cristianismo en el mundo. Iremos a ese mundo con frases y palabras, con movimientos gesticulares y grotescos, carentes de toda profundidad religiosa. Nuestros lazos con el mundo ya no servirán para el abrazo con el Creador que engendra vida nueva; se transformarán más bien en cadenas de esclavitud que terminarán por asfixiarnos entre las redes esclavizantes de todos los egoísmos.

Por eso es tan importante que todos, sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos, absolutamente todos, tomemos conciencia clara en esta hora histórica que nos toca vivir, de lo que Dios nuestro Señor nos pide exactamente a cada uno. Avanzar hacia el mundo cumpliendo, todos, la misión propia que tenemos respecto a las cosas de la tierra no sólo es deseable; es también una orden y un mandato de Dios. Pero entrar en él sin llevar en las manos, en su singularidad propia e incanjeable, los dones de Dios, la vida de Dios, el corazón del mismo Dios, no para que se diluya y se confunda, sino para que, estando presente con el específico valor de su propia subsistencia, salve y redima; avanzar hacia el mundo sin llevar eso en las manos, para que ello con su singularidad propia, no diluyéndolo y confundiéndolo, actúe con su fuerza original, eso está prohibido por Dios al cristiano y al apóstol en el discurso de Cristo en la última Cena, en que nos habló de la paz, del amor de Dios y del mundo, y de cómo sus discípulos habían de tener su relación en el mundo.

Termino ya. Se acercan, hijos, los días de la Semana Santa. Dispongámonos a celebrarlos con honda piedad, y religiosidad pura. Aquí os espero, desde el próximo Domingo de Ramos. Celebraremos la Eucaristía el Jueves Santo; adoraremos, el Viernes, la Cruz en que fuimos redimidos, y meditaremos las palabras del que murió para darnos la vida; renovaremos las promesas de nuestra fe la Vigilia del Sábado; y cantaremos con alegría pascual en la preciosa mañana del Domingo de la Resurrección nuestra esperanza, nuestra fe, esa fe de la que os he hablado durante toda la Cuaresma, esa fe que nos une y nos da vida. Proclamémosla una vez más en ese canto del *Credo* en nuestra hermosa lengua catalana; proclamémosla, sí, esa fe que nos une, que nos hace amarnos, que es a la vez, cuando la cantamos en el *Credo*, una oración a Dios y un obsequio al mundo.

LAS SIETE PALABRAS DE CRISTO EN LA CRUZ

Sermón pronunciado el Viernes Santo, 12 de abril de 1968, en la Plaza de la Catedral, ante la venerada imagen del Santo Cristo de Lepanto.

No hay ningún hogar en Barcelona donde no haya una cruz; en las casas lujosas de las calles céntricas, en las habitaciones humildes de los barrios más apartados, lo mismo en los palacios que en las chabolas y barracas, en todos los hogares hay una cruz. Puede estar formada por la materialidad del hierro, de la piedra, de la madera, del oro o de la plata: o puede estar formada por las lágrimas, por el abatimiento y la tristeza, por la soledad, por la enfermedad, por el dolor y por la muerte. Esa cruz que hay en todos los hogares nos sirve para darnos la vida o para crucificarnos en la desesperación. Todo depende de que esté ella sola, en su propia materialidad, o de que sobre ella esté clavado Jesucristo. Si sobre la cruz está Cristo, sirve para darnos la vida, porque desde la cruz Cristo nos habla con palabras de vida eterna. Hoy esa cruz, como otros años, sale a la calle, y aquí está, la cruz del Cristo de Lepanto, que quisiera representar a todas las cruces de todos los hogares de Barcelona. No es una cruz vacía, en ella está Cristo crucificado, y nosotros nos disponemos a oír sus palabras, las palabras de vida que Él pronunció al morir, en las cuales tenemos confianza, porque ellas nos ofrecen el camino de la salvación.

Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen

La primera palabra que pronunció fue ésta: *Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen* (Lc 23, 34). Es la palabra del perdón, porque era la hora del perdón y del gran amor. No esperéis encontrar en esta frase la lógica del raciocinio. Es más bien una incontenida explosión de amor y de redención. El raciocinio falla en esa palabra de Jesucristo. Daos cuenta de lo que dice: *Perdónales, porque no saben lo que hacen*. Si no saben lo que hacen, no necesitan ser perdonados. A lo sumo, podría pedirse que se reconozca su incapacidad o su impotencia. Pero era la hora del gran perdón y del gran amor, y Él tenía que elevar su súplica al Padre no sólo por los que estaban allí, con sus nombres propios, sino por todos los demás que ni siquiera habían nacido. Por todos los hombres de todos los tiempos, levanta Cristo su voz para pedir perdón al Padre que está en los cielos. Es lo que había hecho toda su vida desde que vino al mundo: amar y perdonar. Y ahora, al llegar el momento final en que se ventila con absoluta seriedad todo lo que ha constituido la trama de una vida, se reafirma el propósito, se manifiesta nuevamente el sentido de aquella existencia preciosa del Hijo de María. Él no vino más que para eso; y a toda la humanidad pecadora extiende su perdón y su amor. Esta es la religión de Jesús.

Todo hombre necesita ser perdonado. Hermanos míos: no nos basta el perdón del amigo, de la esposa, de los hijos, de la sociedad. Necesitamos el perdón de Dios, un perdón que limpia del todo, que llega a las zonas más profundas de nuestro ser, aquellas que no puede tocar nadie. En los reductos más secretos del corazón humano es donde aparecen las fuentes de la alegría más pura o del pesar más hondo, y es ahí donde únicamente la mano de Dios puede llegar para

decir a un hombre: *Vete en paz, tus pecados te son perdonados* (Jn 8, 11). Si no oímos la voz de Dios que nos perdona, todos los demás perdones son insuficientes, se limitan a una palmada de reconciliación externa, a un estrechar las manos que acaso luego después se levantan para golpearse mutuamente. El perdón de Dios, sí, llega hasta las fibras más delicadas del alma, pacifica al hombre, levanta su conciencia religiosa, le restituye hacia ese camino de retorno al Padre, que es el que perdemos tantas veces en la vida.

El perdón y el amor: así es de fuerte el cristianismo. Esta es la religión en que se ama; no es la religión del odio, ni de la violencia. Odiar es muy fácil, como es fácil también descargar el hacha del verdugo sobre la cabeza del mártir, puesta en el tajo. Lo difícil y lo valiente es poner la cabeza y recibir el golpe por amor, perdonando. Sin embargo, a pesar de ser tan difícil, es necesario. El mundo necesita del perdón y del amor. Nada ni nadie podrá sustituir a la religión de Cristo; y lo mismo en la civilización del bienestar como en la del comunismo, aniquilador de los valores humanos, aparecen los síntomas que oprimen al hombre, hijo de Dios. Sin perdón y sin amor, la vida se derrumba. Por eso la religión del perdón y del amor es necesaria hoy como siempre.

Nosotros estamos aquí, porque creemos en el amor, porque necesitamos el perdón, porque queremos perdonar. ¡Qué belleza hay en la frase de todo hombre arrepentido cuando vuelve de sus extravíos y recita el Padrenuestro! *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores* (Mt 16, 12). Perdón que es amor, amor que es vida y esperanza, esperanza y vida que son orientación y luz para la vida que hemos de vivir todos cuantos tenemos que cumplir nuestro destino en el mundo. Escuchemos esta palabra de Jesús como escuchamos las demás, con actitud religiosa, con afán purificador de nuestra conciencia, con deseo de integrarnos en esa corriente perdonadora que Él abrió, y que ya no se interrumpirá jamás.

Hoy estarás conmigo en el Paraíso

Habla y practica el perdón: a su lado estaban también crucificados dos ladrones. Uno de ellos blasfemaba, y decía: *Si es Hijo de Dios, que baje de la cruz y se salve Él, y nos salve también a nosotros* (Lc 23, 39). Es la queja de la humanidad clavada a la cruz. Si Dios es tan bueno ¿por qué permite el sufrimiento? No se dan cuenta los que prorrumpen en esta queja amarga que el problema no está en si el sufrimiento existe o no, sino más bien en si tiene o no tiene un sentido. Ahora bien, desde que Cristo ha muerto en una cruz, ya no podemos dudar. El sufrimiento tiene una significación y un sentido; hay que soportarlo porque purifica, engrandece y redime, cuando ese sufrimiento se soporta en unión con Jesús, nuestro Señor, nuestro Dios. Todos tenemos que hacer lo posible para aliviar los sufrimientos del mundo y de los hombres que en el mundo habitan; pero aun así desde el día en que uno nace hasta que muere forzosamente aparecerán las estaciones del propio Via Crucis.

Lo importante entonces es saber elevar la mirada y comprender que este sufrimiento tiene un sentido. El mundo se siente acompañado por la voluntad torcida del hombre que le lleva al mal y al pecado; el mundo tiene que estar acompañado también por el sufrimiento que redime. Por eso, ¡oh, ladrón desconocido!, no se trataba de que Cristo bajase de la cruz, no; se trataba de

comprender qué significa aquello. Y lo comprendió el otro ladrón que aquí estaba, el ladrón bueno. Éste, retorciendo un poco su cabeza, como queriendo mirar al compañero un poco alejado, le dice: *¿Ni siquiera en estos momentos temes a Dios? Nosotros pagamos nuestras culpas, pero éste ¿qué mal ha hecho?* (Mt 23, 40-41). Y dirigiéndose luego a Jesús, que en silencio escuchaba aquel diálogo, le dice: *Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino* (Lc 23, 42).

Daos cuenta de las palabras de este hombre de corazón bueno: hay en primer lugar una invitación a su compañero a que reconozca la propia maldad; hay después un reconocimiento de sus propias culpas, de los dos; hay temor de Dios y hay una defensa de Cristo. Este ¿qué mal ha hecho? Y por fin, hay una súplica humilde, humildísima. Solamente dice: *Acuérdate, Señor, de mí, cuando estés en tu reino*. No pide un puesto más cerca o más lejos, no; no pide nada, simplemente: acuérdate de mí; con que te acuerdes de mí me basta: no quiero otra cosa. Y, al instante, la voz de Jesús: *Hoy estarás conmigo en el Paraíso* (Lc 23, 43). Esta es la respuesta del que perdona, el perdón rápido, total, generoso hasta lo infinito. *Hoy estarás conmigo en el Paraíso*. Se le abre a aquel hombre el camino del cielo; es el primero de quien tenemos constancia que goza de los frutos de la Redención, allí, junto al árbol de la vida, ladrón bueno que supo arrebatarse el Paraíso en el momento en que moría.

El otro no, se quedó con la oscuridad de su propia tiniebla, se desesperaba, gemía iracundo y protestaba; morir ahora, cuando él podría caminar tan a gusto por el mar sin riberas de sus desenfrenos. La queja y la protesta de siempre, del hombre que quiere convertir su propia voluntad en único dueño y señor de su destino humano; hacer lo que quiera, que no haya cruz, que no haya limitación, que no haya nada que me lo impida, que me salve alguien, el que sea, pero no para seguir el camino del bien, sino para bajar de la cruz; es esto únicamente lo que busco. Y no es éste el sentido de la vida. Bajar de la cruz podemos pedirlo, sí; pero apartarnos del sufrimiento con Cristo, nunca. Y es entonces cuando el Señor nos ofrece el Paraíso también ya en este mundo, puesto que ya en este mundo pone en nuestro corazón el germen de la esperanza. ¿Cómo es posible que este ladrón bueno se sintiera movido a hacer este maravilloso reconocimiento de Cristo? Sin duda es la gracia de Dios la que tocó su alma. Pero yo pienso que también pudo existir otro motivo en el arrepentimiento profundo de su alma.

Mujer, he ahí a tu hijo. He ahí a tu madre

Desde la cruz estaba viendo allí a una mujer, María Santísima y pudo entender que ella era la Madre del Divino Crucificado. Ese hombre, viéndola a ella, seguramente en su interior pensó: "No puede ser malo el hijo de tal madre". Porque allí estaba María, hermanos míos, María Santísima. Hay un rasgo en la Pasión del Señor que eleva la sublimidad del dolor hasta lo indecible; y es la presencia de la Madre, la pobre viuda del carpintero, la mujer del pueblo, Inmaculada María, pura e inocente, llorando en silencio, quieta junto a la cruz el tiempo que fuera, cumpliendo el destino que Dios la había señalado, sin renegar ni un instante de todo el misterio que la envolvía, cumpliendo la voluntad del Señor que la llenaba.

Ese rasgo de María Santísima junto a la cruz daba también una calificación al cristianismo. Jesús la vio a ella, y le dice esta palabra: *Mujer, he ahí a tu hijo* (Jn 19, 26), señalando con la mirada, ya que con las manos no podía, al apóstol Juan. La llama “mujer”, no dice “madre”. Si dijera “madre”, parecería que quería evocar el recuerdo de su intimidad personal; pero era la hora del testamento y se trataba de edificar la Iglesia. Y pronuncia una palabra con sentido de maternidad universal: “Mujer, mujer del mundo, mujer para todos aquellos que tienen que recurrir a tu maternidad, ahí está tu hijo”. Primero se preocupa de que ella mire por ellos, por los hijos, por Juan, en quien estamos representados todos; y después es cuando atiende a que los hijos se preocupen de ella. “Juan” ... Tampoco le dijo esta palabra; sin palabra, dirigiéndose al apóstol amado: *He ahí a tu Madre* (Jn 19, 27), para que la protejas, y cuides de ella.

El perdón de Dios, primera palabra; el camino abierto para el cielo, segunda palabra; la Madre que ayuda a conseguir el perdón y a recorrer el camino hacia el cielo, la tercera palabra; y todo ello forma parte del mensaje de Jesús. Jesús nos salva, Jesús nos redime, con su vida, su muerte y su resurrección; pero El ha incorporado a su Madre en una tarea de colaboración que nosotros no podemos despreciar. Es Cristo el que la encomienda a nosotros, y el que nos señala que en ella encontraremos un camino protector, en la forma y medida en que Él lo señala. Así la recibimos, y así queremos acompañarla siempre. Es Madre de la Iglesia, y por eso la Iglesia entera recurre a María segura de que ella coge nuestros brazos y nos ayuda para lograr mejor la intercesión definitivamente salvadora de su Hijo. Juan, y con él los demás Apóstoles, la recibieron desde entonces, y ella acompañó a todos ellos desde el primer momento. Nació la Iglesia, y ella estaba allí. Siguió la Iglesia, y con ella siguió; la Iglesia continúa y en la Iglesia está hoy también María, Madre de la Iglesia.

¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?

Estas son las tres primeras palabras de Jesús. Van dirigidas a nosotros. A continuación pronuncia otras dos que se refieren directamente a sí mismo, para poner de relieve sus propios padecimientos. Por un lado, el sufrimiento moral; por otro, el físico. El sufrimiento moral, el desamparo; el sufrimiento físico, la sed. *¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?* (Mt 27, 46). Era ya el momento en que las tinieblas envolvían la tierra. Después se acentuaron a la hora en que, por fin, murió y dio una gran voz, con ese grito que no significa una protesta, sino una plegaria: son las primeras palabras de un salmo, de una oración que Él quiso recitar en la cruz para que se cumpliera la profecía: *Dios mío. Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* Cristo no pudo sufrir el desamparo en un sentido tal que pudiéramos creer que el Hijo estaba abandonado por el Padre, no. No dejó de existir nunca en Él, ni siquiera en este instante supremo, la maravillosa armonía que se deriva de la unión de su naturaleza divina y de su naturaleza humana en su única persona, no. Es un abandono que consiste en dejar de sentir, porque así lo ha, permitido Dios, la protección que siempre le acompañó. Ya en el Huerto de los Olivos había empezado a sentir este desamparo; ahora culmina, lo refleja de una manera más fuerte y más viva. Estaba consumándose el proceso y tenía que producirse también esto para que no faltara nada: el desamparo de Cristo. El moría por todos los pecadores y allí estábamos también nosotros representados; y por eso

de algún modo ese grito no sólo se dirige al Padre, sino también a todos los hombres que con su pecado hacen que Cristo se sienta desamparado y desprovisto del amor que le debemos. Esa fuerza tiene esa expresión; pero Cristo persevera, tiene que mantenerse así para cumplir en todo instante con lo que está señalado a su destino.

Nosotros también, cuando tenemos esas horas de desamparo, que acompañan tantas veces en este mundo a los que quieren ser justos y que en su camino fatigoso ansían encontrar la mano de Dios que les fortalezca y sin embargo no la hallan; en ese desamparo, tenemos que vivir de la fe, la fe que nos libra de las tinieblas, la fe que nos fortalece y nos permite seguir seguros de que vendrá después el consuelo.

Hoy la Iglesia vive casi una hora de desamparo. Hay también muchas tinieblas a nuestro alrededor, mucha oscuridad nacida algunas veces de los amigos de las tinieblas, y otras, de los que quieren encender excesiva luz que, en lugar de iluminar, ciega. Y por eso hay muchos hijos en la Iglesia que se sienten turbados. Yo os digo: no os desesperéis en este desamparo momentáneo; la fe tiene que seguir, como siguió Cristo en su desamparo, clavado en la cruz. Ya vendrá, tras la cruz, la luz; y tiene que venir para la Iglesia de Cristo un momento, no sabemos si próximo o lejano, en el cual recojamos con humildad todos los frutos del Concilio. Ahora no sabemos por dónde estamos. Los campos están sembrados y brotan las plantas; pero junto a ellas hay maleza. No tenemos que apresurarnos a cortarlas, para que no se corte ninguna planta buena. La fe nos salvará; la fe en el Magisterio de la Iglesia, la fe en el Papa y los obispos, la recepción de los sacramentos con humildad, la búsqueda de los caminos que la Iglesia señala. Seguid así; veréis cómo el desamparo no se nos convierte en desesperación.

Tengo sed

Y junto al sufrimiento moral estaba el sufrimiento físico: la sed, una sed desgarradora. La sangre que había derramado desde la noche anterior en el Huerto de los Olivos; luego todas las horas, el largo proceso nocturno, entre befas y escarnios, la corona de espinas sobre su frente bendita, los latigazos en su cuerpo, el camino hacia la cruz; por último la crucifixión le habían hecho derramar mucha sangre. Los crucificados solían morir de asfixia; y se explica perfectamente: el cuerpo pendiente de la cruz tendía hacia abajo, los brazos quedaban más altos y la caja torácica se sentía oprimida, el crucificado no podía respirar a gusto; solamente encontraba algún alivio cuando, apoyándose en los pies, hacía como un esfuerzo de elevación del cuerpo para poder realizar una respiración más fuerte. Pero los músculos de las piernas pronto se cansaban y llegaba un instante en que no obedecían a aquel impulso que tendía a elevar un poco el cuerpo para que los pulmones pudieran respirar. Por eso la respiración era siempre entrecortada, y, poco a poco, iba ahogándose en una asfixia que se convertía en el tormento más inimaginable. Dentro de estas circunstancias, Cristo dice: *Tengo sed* (Jn 19, 28). Y le dieron a beber vinagre. Ni siquiera un vaso de agua a la hora de morir. Él, que había dicho que *del seno de aquel que cree en mí nacerán, como dice la Escritura, ríos de agua viva* (Jn 7, 38), Él, que había venido a dar *el agua que salta hasta la vida eterna* (Jn 4, 14).

Yo sé que cualquiera de los que estamos aquí, todos, si hubiéramos podido, nos habríamos acercado a Él para llevar un poco de agua a sus labios moribundos. No estuvimos y no pudimos hacerlo; pero ahora sí que podemos hacerlo en los miembros de su cuerpo místico, en todos los que tienen sed, hambre, en todos los que tienen hambre de pan, de agua, de trabajo, de dignidad, de libertad, de justicia. Podemos hacer todos un poco más para crear situaciones mejores y aliviar la suerte de nuestros hermanos. Sí, la caridad, la caridad, hermanos, la virtud fundamental del cristiano. Este que muere en la cruz dijo también que, a la hora del juicio, pondría a unos a la derecha y a otros a la izquierda. Pondría a la derecha a aquellos que realizaron las obras del amor: *Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; estuve enfermo y me visitasteis; encarcelado y me vinisteis a ver; lo hicisteis cuantas veces quisisteis hacerlo con estos mis hermanos, con los pequeñuelos, con los pobres, con todos los que sufren* (Mt 25, 34-40). Siempre caridad, que es lo mejor para que se cumpla toda justicia. Y por eso yo os exhorto hoy como ayer, día del amor fraterno, a que tengáis caridad, y a que se ejercite la caridad a través de todas las obras de misericordia que la *Cáritas* pide a todos los hijos de la Iglesia.

Todo está cumplido

Llegaba el momento final. Después de haberse referido a estos padecimientos morales y físicos, Jesús dijo esta palabra: *Consummatum est. Todo está cumplido* (Jn 19, 30). Había venido al mundo para cumplir dos misiones: predicar el Evangelio y consumir el sacrificio de su Pasión. Ya estaba predicado el Evangelio; atrás quedaba el recuerdo de su vida preciosa: Belén, Nazaret, el humilde taller de su trabajo diario, Galilea y Judea, por donde pasó realizando el bien, el Sermón de la montaña, las Bienaventuranzas, el precepto del amor, la parábola del hijo pródigo, la del buen samaritano, la exhortación a la esperanza, las frases que elevaban el corazón del hombre y que hacían exclamar al pueblo sencillo: *Nadie ha hablado como Él*; atrás quedaba todo ya. Ya está predicado el Evangelio, ya está realizado el sacrificio; el altar es la cruz, la víctima y el sacerdote soy yo: *Consummatum est*. Todas las profecías se han cumplido.

¡Oh Señor! ¡Quién pudiera decir al final de la propia vida palabras como las tuyas, todo está cumplido y cumplido bien! Y que pudiéramos decirlo todos, los sacerdotes, los religiosos y religiosas, los laicos seculares, los padres y madres de familia, los hijos, los gobernantes, los súbditos, los patronos, los obreros, los artistas, los hombres de ciencia; que pudiéramos decir: todo está cumplido, y que pudiéramos dar sentido evangélico a esa frase que resumiría así el sentido total de nuestra vida. Cumplido de acuerdo con la voluntad de Dios, porque llegará ese final, inevitablemente para cada uno de nosotros, y es entonces cuando de nada sirven las comedias que tantas veces envuelven nuestras pobres vidas humanas; es entonces cuando se queda la verdad desnuda frente a frente del hombre que muere. Y éste sólo realiza su dignidad plena, si sabe y puede decir como hijo de Dios: he cumplido perfectamente con la misión que Tú me confiaste. Hijos, cristianos, miembros de la Iglesia, fortaleced vuestra fe por encima de todas las diferencias, de todos los odios, de todos los resentimientos, y romped por el camino del amor para que podamos decir al final de nuestra vida: *Consummatum est*.

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu

Por último, ya al final, dirigiéndose al Padre exclamó: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu* (Lc 23, 46); dobló la cabeza y expiró. *En tus manos encomiendo mi espíritu*. Al mundo había venido saliendo del Padre, y del mundo salía para ir de nuevo al Padre. Encomendaba su vida terrenal, la que había recorrido las diversas etapas de aquella existencia maravillosa, de la cual seguimos viviendo. Eso es lo que significa la palabra espíritu. Él no encomendaba su alma, como la encomienda un hombre al morir, necesitado de purificación. Él era el puro, el infinito e inocente; Él lo que encomendaba era aquella misión, aquella vida concreta e histórica que había nacido del seno de María y que ahora terminaba.

Y todo quedó en silencio. Los hombres bajaban del Calvario dándose golpes de pecho, diciendo: *Verdaderamente, éste era el Hijo de Dios*. Enseguida se produjo un terremoto, saliendo de los sepulcros algunos muertos, el velo del templo se rasgó, el cielo se cubrió de tinieblas por completo, y toda la naturaleza gritaba y lloraba por la muerte de Jesús.

¡Oh Jesús! ¡Oh Cristo! Yo quiero dirigirme a ti también en nombre de todos, de todos estos hijos de tu redención, de todos estos que forman parte de la grey que me has encomendado. Y, en nombre de todos, yo te pido, Jesús Crucificado, que no bajes de la cruz, que no bajes. Te necesitamos ahí. Si Tú bajas, la cruz se queda vacía, y es muy dura de soportar. Pero viéndote a ti, tenemos fuerza para seguir caminando, para perdonar, para amar, para soportar nuestros propios clavos, porque nuestra vida también, Señor, está clavada, dulce y amorosamente clavada por tu ley, la ley del amor del Evangelio, que tú predicaste. No queremos desclavarnos de esa ley, pero nos cuesta y, viéndote a ti en la cruz, se nos hace más fácil. No bajes, Señor; no dejes la cruz. Yo sé que Tú, por ti, no bajarías. Si bajaste, fue porque desprendieron tu cuerpo de la cruz para ponerlo en el sepulcro. Pues bien, Señor, ahora te digo, sí que estás bien en el sepulcro, que también te necesito y te necesitamos en el sepulcro, porque nos espera a nosotros también un sepulcro, y tenemos miedo de esa sepultura. No nos espera la muerte así de un modo genérico e impersonal. Me espera la muerte a mí, a mí, que he de morir. Yo también iré a un sepulcro. Pero sé de antemano que por haber estado Tú en uno semejante al mío, ya no me será tan duro entrar allí cuando allí me depositen, porque, si entro, será para resucitar algún día, como Tú resucitaste, Señor; porque a ese sepulcro se le removió la piedra por fin, y Tú saliste de allí victorioso; y, fruto de esa resurrección tuya, será la resurrección mía.

¡Oh Cristo de la esperanza, del amor, del dolor, de la resurrección y de la vida! Sin ti, nada podemos hacer. No hay otros redentores. No sirven de nada las redenciones humanas. Las empleamos y utilizamos como instrumentos de colaboración en la historia de la vida; pero lo que nos da hondura y trascendencia, lo que nos marca el camino, lo que nos señala la meta definitiva, eres Tú, Cristo mío, Cristo nuestro, Hijo del Padre, redentor de todos. Hoy en todas las calles de todas las ciudades del mundo hay hombres que sufren, como los hubo ayer, como los habrá mañana. Pero, mira, se produce un acontecimiento doloroso, y de un modo o de otro, los hombres caen de rodillas en las calles, bien sea porque ha muerto asesinado un dirigente espiritual suyo,

bien sea porque no saben a dónde acudir; rezan a la desesperada, como pasa en las guerras del Asia lejana, queriendo buscar una solución que los hombres no encuentran. Tú nos la has ofrecido. Sigue marcándonos el camino y acepta, en compensación de todas nuestras debilidades y traiciones, acepta el testimonio de nuestra fe viva, de nuestro amor perseverante, de nuestra adhesión fidelísima a ti, que queremos seguir nuestro camino llevados de la mano de tu Madre bendita.

Unidos en la esperanza

En la Cuaresma de 1969 el tema de las conferencias elegido por el entonces arzobispo de Barcelona, Monseñor Marcelo González Martín, fue la virtud teologal de la esperanza. Reproducimos el texto publicado en segunda edición, con el título *Unidos en la esperanza*, por la Editorial Balmes, Barcelona, 1974. No se incluyen en la presente edición la exhortación pastoral, las cartas y las alocuciones a grupos especiales que se publicaron en la referida obra de la Balmesiana y a las que alude expresamente el autor en la presentación del volumen.

PRESENTACIÓN

Al igual que el pasado año fueron recogidas mis predicaciones de Cuaresma en el volumen FUERTES EN LA FE, también éste, atendiendo al deseo de innumerables sacerdotes, religiosas y fieles, os ofrezco, bajo el título UNIDOS EN LA ESPERANZA, la predicación cuaresmal y algunos otros documentos y alocuciones dirigidos al pueblo de Dios de Barcelona, o a algunos grupos del mismo, durante este santo tiempo litúrgico.

En la residencia episcopal –lugar habitual de trabajo– han sido escritas la exhortación pastoral y las cartas; en la Iglesia Catedral –centro de convergencia vital de la comunidad diocesana– han sido pronunciadas las conferencias y homilias, retransmitidas en su momento por Radio Nacional de España; desde un colegio y dentro de un programa radiofónico –lugar y medio de formación religiosa– han sido dirigidas las alocuciones a grupos especiales, enfermos y religiosas.

Expreso mi agradecimiento al Excmo. Cabildo de la Catedral por la colaboración que en todo momento me he prestado y a la Editorial Balmes por su espíritu de servicio fiel y generoso a los propósitos que nos mueven a publicar estos trabajos.

No pretendo otra cosa sino que la palabra de vuestro Prelado diocesano permanezca junto a vosotros como estímulo, ayuda y orientación. Os hablo de la esperanza en la Iglesia, virtud difícil siempre y más en nuestros tiempos. Trato de brindaros reflexiones y de señalaros normas y actitudes que faciliten el hallazgo y la posesión de la rectitud y sinceridad de espíritu que Dios nos pide a todos para poder vivir el gran don de la esperanza. Todo el año puede ser Pascua de Resurrección para un cristiano que sabe esperar en Dios. Pero es necesario siempre luchar y ser fieles.

MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN
Arzobispo de Barcelona

Barcelona, Ascensión del Señor 1969

¿POR QUÉ TEMÉIS, HOMBRES DE POCA FE?

Conferencia pronunciada el 19 de febrero de 1969,
Miércoles de Ceniza.

Esta mañana hemos asistido en esta Catedral al solemne acto litúrgico de la imposición de la Ceniza sobre nuestra frente. Una vez más nos ha sido recordada esa fase de nuestro destino, no última ni definitiva, pero sí obligada e inevitable. *Acuérdate, hombre, que eres polvo, y en polvo te has de convertir* (Gn 3, 19). La severa ceremonia, precisamente por la sencillez con que es practicada, tiene una elocuencia insuperable. Se invita al hombre a tomar la vida en serio y se ofrece a sus sentidos, para que lo vea y lo reciba, ni más ni menos que un poco de ceniza, es decir, los restos consumidos de la vida vegetal de un olivo que en su día creció jugoso y lleno de lozanía en nuestros campos. Es el fin de tantos afanes y vanidades humanas. La ceniza, humilde y pobre, en que todo viene a parar, no obstante nuestro anhelo de vivir.

La imposición de la ceniza

Con este acto comienza la Cuaresma, periodo del tiempo litúrgico que terminará con la conmemoración de la muerte y resurrección de Jesucristo. «Primavera de las almas», llamó a la Cuaresma el pasado año Su Santidad Pablo VI¹. Porque esa ceniza no es sólo el final de algo, sino el comienzo de una vida nueva. Si la Iglesia la pone sobre la frente del hombre, no es sólo para recordarle que ha de morir, sino para invitarle a pensar en una vida más alta: la de su espíritu libre y purificado que anhela poseer lo que las cosas humanas no pueden darle. La Cuaresma es para renacer, para cambiar el rumbo, si es preciso; para fortalecer decisiones de carácter espiritual y religioso que nos ayudarán a los cristianos a seguir más de cerca a nuestro Señor Jesucristo. Y esto es lo que yo pretendo con mi predicación cuaresmal: ofreceros mi palabra de pastor de la Diócesis, para ayudaros a pensar y a vivir como hijos de Dios, llamados a una vida que no se acaba en este mundo. Con este propósito os saludo desde el primer día, a los que estáis aquí en el templo y a todos aquellos a los cuales pueda llegar mi voz a través de Radio Nacional de España.

El año pasado os hablé de la fe. En éste quiero hacer lo mismo, aunque con la intención expresa de despertar en vuestro corazón la esperanza. Y mi reflexión tendrá siempre presentes dos horizontes: el personal y propio de cada hombre en particular, y el más amplio y general de la situación de la Iglesia hoy, dentro de la cual se desenvuelve la vida de un cristiano. No podemos permanecer en el aislamiento personal propio de cada uno. Todo cristiano, como hijo de la Iglesia que es, deberá sentir sobre sí los gozos y los sufrimientos de la Iglesia toda. En esta hora que estamos viviendo tenemos motivos para sufrir, pero creo que existen también motivos para esperar. Yo trataré de ofreceros, a través de una serie de consideraciones que no disimularán la gravedad de los problemas, la

¹ *L'Osservatore Romano*, 26-27 de febrero de 1968. Con este mismo título Cuaresma, primavera de las almas, escribió Mons. Marcelo González una exhortación pastoral dirigida a sus diocesanos, BOAB, 15 de marzo de 1968, 147-158.

búsqueda de las raíces profundas de esa actitud cristiana de la esperanza, que debe latir siempre en el corazón de todo aquel que crea y ame a nuestro Señor Jesucristo.

Os hago también desde el principio un ruego, y es éste: el de que me ayudéis, no solamente con vuestra asistencia aquí, sino con vuestra palabra y vuestra recomendación a otras muchas personas a las cuales vosotros podáis llegar; el de que me ayudéis a que las palabras que he de predicar sean escuchadas; a que en muchos hogares de Barcelona, de la ciudad y de toda la Diócesis, las familias quieran oír la voz de su Prelado, que trata de llegar hasta ellos, difundiendo las santas enseñanzas del Evangelio. Decidlo en vuestra casa, decídselo también a vuestros amigos. Haced todo lo posible para que, merced al esfuerzo de todos, podamos terminar la Cuaresma con la luz de la esperanza encendida en nuestro corazón, no únicamente comentando sucesos y hechos que podrían ser motivo de tristeza o confusión. Somos cristianos; queremos seguir a nuestro Señor Jesucristo hasta el fin; y sabemos que seguir a nuestro Maestro Divino es la norma más segura para tener certeza en el pensamiento, seguridad en el corazón, orientación clara para nuestra voluntad. Si esto podemos asegurarlo, tendremos que decir incluso: ¡bienvenidos sean los sufrimientos que la vida de hoy pueda proporcionarnos, para de este modo ofrecerlos también al Señor, incorporándonos a su Cruz y viviendo en esta santa Cuaresma, muy espiritualmente, una saludable penitencia que a todos nos haga mejores!

La esperanza, puesta a prueba

Para la reflexión de hoy, voy a arrancar de la narración evangélica que nos hace San Marcos, en el capítulo cuarto de su Evangelio. El mismo día en que el Señor expuso la parábola del sembrador, el deber de conocer el misterio del Reino de Dios y otras parábolas, como la de la semilla que crece y la del grano de mostaza, ese mismo día, llegada ya la tarde, dijo a sus Apóstoles: *Pasemos al otro lado del lago de Tiberíades. Y, despidiendo a la muchedumbre, le llevaron según estaba en la barca acompañado de otras. Se levantó un fuerte vendaval, y las olas se echaban sobre la barca, de suerte que ésta estaba ya para llenarse. Él, Jesús, dice el evangelista, estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal. Le despertaron y le dijeron: Maestro, ¿no te da cuidado que perezcamos? Y, despertando, mandó Él al viento y dijo al mar: ¡Calla! ¡Enmudece! Y se aquietó el viento y se hizo completa calma. Y entonces dijo a quienes le acompañaban: ¿Por qué teméis? ¿Aún no tenéis fe? Y, sobrecogidos de gran temor, aquellos hombres se decían unos a otros: ¿Quién será éste, que hasta el viento y el mar le obedecen? (Mc 4, 35-41).* Es éste el milagro impresionante de la tempestad calmada. Cuantas veces lo hemos meditado al leer el Evangelio, hemos hecho fáciles aplicaciones a nosotros mismos y hemos deseado sentir también de cerca la voz aplacadora del Señor en las tempestades que azotan nuestra vida. ¡Es tan hermoso contemplar a Jesucristo, devolviendo la confianza y la paz al corazón de sus Apóstoles amedrentados!

Cunde hoy el desasosiego y la inquietud de los espíritus. Se discute el Magisterio pontificio; se rechazan con asombrosa facilidad normas y orientaciones de los obispos; se habla de una moral nueva, sin concretar en qué ha de consistir; se desprecia la práctica religiosa exterior, como si la relación con Dios hubiera de

quedar confinada al espacio secreto y silencioso de la intimidad de cada uno; se politizan en seguida los gestos y las actitudes, sin respeto a la noble y limpia intención de donde brotan. Y el resultado es una turbación creciente que impide dar albergue en el corazón a esa alentadora, hermosa, indispensable para la vida del cristiano, indispensable virtud de la esperanza.

«También al papa Montini le preocupa la escasez de sacerdotes en aquel continente (América). Y las crisis y tensiones posconciliares de toda la Iglesia; los integristas de unos y el progresismo de los otros y la falta de caridad de todos; las crisis de obediencia y las dudas e incertidumbre que asaltan en la hora presente a personas consagradas. Las estériles polémicas, siempre a costa del Concilio, que son freno y rémora para la tarea eclesial; la pérdida del sentido religioso, la desacralización y el humanismo sin Dios. Las resistencias o las torcidas interpretaciones a propósito de ciertos documentos pontificios; la opresión y falta de libertad religiosa en muchos países. La crisis de los seminarios y de las vocaciones; los problemas doctrinales, la falta de respeto al Magisterio eclesiástico... La paz del mundo todavía rota y las ofertas de mediación vaticana desatendidas...»².

El fenómeno tiene manifestaciones de índole general y colectiva en la vida de la Iglesia, y menos visibles, pero igualmente reales, en el interior del espíritu de muchos cristianos, que no aciertan a comprender cómo puede suceder esto en la Iglesia de Cristo. Parece como si Él estuviera ajeno a la tempestad que azota la barca. Y quisiéramos llegarnos hasta Él, despertarle de su aparente sueño y decirle: «Señor, ¿no ves que nos hundimos?». Describo así una situación de ánimo ampliamente extendida, respecto a la cual lo primero que debemos preguntarnos es si está justificada y si es lícito sostenerla. Yo no trato de disimular la causa de las preocupaciones existentes. Reconozco que existen y tienen explicación. Ahora bien, una cosa es que la preocupación llene al espíritu de muchos hijos de la Iglesia hoy, y otra perder la esperanza cristiana. Es a ese aspecto segundo al que me voy a referir en el curso de estas predicaciones cuaresmales. Disimular las preocupaciones lo considero torpe error, porque nos llevaría a engañarnos unos a otros. Evitar el análisis real de los problemas es igualmente pernicioso; pero, hecho esto, pienso que de ningún modo puede justificarse en el corazón del cristiano la pérdida de la esperanza como virtud propia del que quiere seguir a nuestro Señor Jesucristo.

Tres reflexiones para mantener la esperanza

Primera reflexión: *No se nos ha prometido nunca un cristianismo cómodo y tranquilo. El que quiera venir en pos de Mi –dice Jesucristo– niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame (Lc 9, 23).* Y esta sentencia del Señor no sólo tiene aplicación a la vida ascética personal de cada hombre, sino también a la vida de la Iglesia como sociedad colectiva. Hay cruces en la vida de la Iglesia que hemos de llevar entre todos, las cuales nacen de las torpezas y errores de unos, de la soberbia e intolerancia de otros, y también del deseo de acercar el Evangelio a un mundo que trata de rechazarlo siempre. Ahí se produce inevitablemente una tensión y, con ella, surge la incomodidad, incluso el tormento, esto es, la cruz. Puede decirse que la historia de la Iglesia ha conocido

² *Ecclesia*, artículo editorial titulado *Las lágrimas del Papa*, 9 de marzo de 1968, 356.

tantas crisis como siglos cuenta, y ahora está viviendo una que nos parece la más fuerte, porque nos toca vivirla a nosotros. Quedémonos con esta idea clara y exacta: no se nos ha prometido nunca la comodidad. En la vida cristiana, dentro de la condición personal de cada uno y en el desarrollo histórico de la Iglesia como sociedad visible, aparecerán siempre motivos de tensión, de incomodidad y de sufrimiento. Nacen de la condición de los hombres. Con ello tenemos que contar, porque con ello contó también nuestro Señor Jesucristo al fundar la Iglesia.

Segunda reflexión: *Esta incomodidad de la hora presente, que suscita perplejidades y zozobras, lleva consigo un bien inmenso:* el que sirve para sacudir la inercia y la pereza, y obliga al hombre a enfrentarse casi violentamente con el misterio de Dios para revisar sus actitudes y corregirlas, si quiere ser sincero. El Evangelio es fuego que quema, y muchas veces nos hemos dedicado a apagar su llama, en lugar de extender su calor. Al menos una actitud hoy es claramente obligatoria: la del examen de conciencia que cada uno de nosotros debe hacer de sí mismo. Ante esta situación que vive la Iglesia, el discípulo de Cristo debe detenerse en su camino, reflexionar y preguntarse cómo cumple él de su parte el deber que le corresponde. A esto estamos obligados hoy todos, antes de despertar a Jesucristo, es decir, antes de pedir milagros que nos lo den todo resuelto; resuelto en un minuto, para que podemos seguir cómodamente nuestra marcha. Y en ese examen de nuestras relaciones con Dios y con los hombres, nuestros hermanos, podremos comprender, si lo hacemos con humildad, que es mucho lo que tenemos que corregir todos en nuestra propia vida.

Antes de gritar con escándalo ante las acusaciones que se nos hacen, preguntémonos en silencio sobre nuestra actitud religiosa, sobre nuestro comportamiento frente a Dios y a los hombres; y entonces quizá veamos con claridad que no es la esperanza lo que nos falta, sino la sinceridad para dar nuestra respuesta a Dios, que nos llama. La esperanza, a pesar de todos los tormentos que puedan rodearnos, tiene su sitio en el corazón. Dios cuenta con esos sufrimientos, para que, a pesar de ellos, la esperanza que nace de la fe siga ahí. Entonces, si hacemos un examen sincero todos –he aquí el problema, que lo hagamos todos, acusadores y acusados–, si hacemos un examen sincero de nuestra vida religiosa, tendríamos que convenir en que no es Jesucristo el que deja la barquilla de su Iglesia en medio de la tormenta, no. Él sigue conduciéndola. Somos nosotros los que antes tenemos que preguntarnos sobre nuestra sinceridad, en esa doble relación que marca también la doble dimensión de la vida religiosa de un hombre. En el decreto conciliar sobre el apostolado de los laicos se enumera esta virtud de la sinceridad, exigida por las costumbres sociales, junto con la honradez, el espíritu de justicia, la delicadeza, la fortaleza de alma, sin las cuales –precisa el Concilio– no puede darse la verdadera vida cristiana (AA 4, 8).

Tercera reflexión: *Este esfuerzo de renovación interior debe hacerse con el auxilio de Dios.* Tenemos que invocarle y solicitar su gracia para eso, para la renovación interior. Y aquí está el gran fallo en que estamos incurriendo todos, unos y otros, acusadores y acusados. No tienen su esperanza puesta en Dios los que desatan los vientos tormentosos con sus críticas sin caridad, con sus quejas amargas, con sus impacencias antievangélicas, con sus desprecios a los

demás, incluida la autoridad de la Iglesia. Aunque se llamen religiosos y digan que viven de la fe, cuando actúan así no ponen su esperanza en Dios. Tampoco los que atacan por otro lado, los que se cierran a las reformas necesarias, los que reducen la misión de la Iglesia a una sociedad tranquila y segura en que todo está muy bien; los que confunden la seguridad dogmática y moral con el quietismo conformista de sus situaciones personales; los que en seguida dicen que Dios nos ha abandonado cuando oyen a su alrededor el murmullo amenazante de los que reclaman más consecuencia entre el creer y el obrar. Ni unos ni otros tratan de poner su esperanza en Dios. Luego ni unos ni otros tienen derecho a decir que Dios abandona a su Iglesia. No tienen derecho ninguno a preguntarse, atormentados, sin este previo examen de conciencia, por qué Dios permite esto. Antes de hacerse esta pregunta, deben formularse esta otra: ¿por qué yo estoy comportándome como lo hago? Por ahí hay que empezar.

Los que no hablan y esperan

Entonces, ¿quiénes son los que de verdad cifran su esperanza en Dios y, a la vez, ponen de su parte lo que les corresponde? Son los que no hablan y esperan. Tenemos ejemplos en el Evangelio: el primero de todos, el de la Virgen Santísima, la que guardaba todo en su corazón (Lc 2, 19); la que desde el momento en que es llamada por Dios, para cooperar al plan de la Redención, se ofrece al misterio, y se deja llevar, esperando. Y cuando llega el momento en que nace su Hijo divino, en circunstancias que también podían ser motivo de desesperanza, sin embargo calla y espera. Y así durante la infancia de Jesús, y en su vida pública, y junto a la Cruz: calla y espera. Esperaba a Dios. «María, nos recordaba el Papa en la exhortación *Signum magnum*, apenas fue asegurada por la voz del ángel Gabriel que Dios la elegía para Madre intacta de su Hijo Unigénito, sin ponerlo en duda dio su propio asentimiento a una obra que empeñaba todas las energías de su frágil naturaleza, diciendo: *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra* (Lc 1, 38). Desde aquel momento ella se consagró toda al servicio no sólo del Padre celestial y del Verbo encarnado, convertido en Hijo suyo, sino también de todo el género humano... La vida, por ello, de la sin mancha esposa de José... fue una vida de tan perfecta comunión con el Hijo, que con Él compartió alegrías, dolores, triunfos»³.

Seguimos meditando en el Cristo que nace; y, en torno a este misterio del Jesús recién nacido y de su infancia, aparecen también almas que callan y esperan: los pastores de Belén, almas sencillas, llegaron a la gruta, adoraron, y dice el Evangelio que se volvieron, glorificando a Dios (cf. Lc 1, 20). ¿Qué habían visto allí para glorificar a Dios? Nada, aparentemente: un Niño. Y, sin embargo, ellos, almas sencillas, esperaban y se dejaban conducir por esa voz de lo alto que no les presentaba hechos grandiosos, sino sencillamente un Niño recién nacido. Y los Magos le ofrecen sus dones y regresan después a su país, con grandísimo gozo interior. ¿Qué habían visto? Nada, casi nada. Y, no obstante, ellos esperan que algún misterio se ha realizado. Ya se cumplirá el resto del misterio. Y el anciano Simeón, en el templo, ha estado esperando toda su vida, y llegó al instante en que pudo tomar en sus brazos al Niño que es presentado, y entonces dice: *Ahora, Señor, ya puedes dejar marchar a tu siervo en la paz* (Lc 2, 29), una

³ PABLO VI, exhortación apostólica *Signum magnum*, 5, 6, 1: AAS 59 (1967) 467.

de las oraciones más hermosas que han salido de los labios de los hombres. En el Evangelio hay almas que callan y esperan. Y los Apóstoles de Jesús, una vez que se lanzan a predicar el Evangelio, enviados por el Señor, en medio de dificultades y persecuciones sin cuento, hablaban y predicaban el mensaje; pero, frente a los obstáculos, callan y siguen esperando.

Y hoy también, hijos, hoy también. Frente a esta situación de la Iglesia a la que me estoy refiriendo, hay también sacerdotes innumerables que callan y siguen cumpliendo perfectamente sus deberes, dando culto a Dios, el culto del sacrificio eucarístico, que sólo ellos pueden dar; predicando las palabras de paz, perdonando los pecados de los hombres, ofreciéndose en silencio como servidores de la Iglesia por esos caminos misteriosos por donde llega la verdad a la mente humana, la verdad que Cristo ha depositado en la Iglesia y a ellos ha encargado para que la transmitan. Sacerdotes, digo, innumerables, que no forman parte de estos grupos de hoy y que, sin embargo, viven el compromiso sacerdotal auténtico de permanecer fieles al Señor en medio de todas las crisis. Y, como ellos, muchos religiosos y religiosas, que siguen pensando con amor en lo que significan sus votos y valoran, cada día que pasa en su vida más y más, su consagración y su reconsagración, y hacen lo posible, a pesar de las crisis que experimentan, para no perder nunca de vista en su alma a ese Dios al que han querido ofrecerse. Y no confunden las necesarias reformas con las novedades inoperantes que no sirven más que para trastornar la esencia de la vida religiosa. Y, como ellos, callan y esperan también muchas familias cristianas, muchos padres y madres de familia, que podrían quedar desconcertados ante tantas contradicciones como oyen y, sin embargo, aunque sufren en su interior, siguen ofreciendo a Dios el trabajo de su profesión, la vida del hogar, sus hijos, sus enfermedades, sus gozos. Cuentan con los recursos y auxilios de la fe en que han vivido siempre, siguen practicando la oración, siguen amando al Papa, siguen conformes a lo que sus obispos les proponen, siguen el camino que les enseñan las virtudes cristianas y la ascética de siempre. Éstos callan y esperan. A éstos tenemos que imitar. Leed el capítulo quinto de la constitución conciliar sobre la Iglesia y veréis qué programa de santificación allí se nos traza, particularmente en el número 41, a todos, Pastores de la grey de Cristo, presbíteros, esposos y padres cristianos.

En una palabra, la oración, la aceptación humilde del sufrimiento de hoy, la renovación interior de la conciencia: he ahí los planos en que el hombre cristiano ha de hacer intervenir a Dios en las grandes crisis individuales o en las que padece la Iglesia, colectiva y socialmente. Al no hacerlo, llega un momento en que sólo se oyen los gritos de los violentos que atacan o las quejas de los acobardados que no esperan. Es cuestión de desprenderse de estas actitudes, de situarse en una nueva perspectiva, de alzar los ojos como María, junto a la Cruz, y dirigir nuestra mirada a Jesucristo, para preguntarnos unos y otros qué debemos hacer por su Iglesia santa en estos días que vivimos. Y Él nos invitará, una vez más, a la reforma interior, de donde brota todo intento sano de renovación social en la vida de la Iglesia.

Un deber fundamental de los obispos

Pues bien, hijos, esto es lo que yo quiero predicaros como fundamento indispensable de toda otra actuación. Y en ello insistiré, con la gracia del Señor,

durante estos días de la Cuaresma en que aquí me encontraré con vosotros. Exhortaré con razones que nacen de una revisión de la vida y de una doctrina previa y de una revelación todavía anterior; exhortaré a una mayor santidad de vida por parte de unos y de otros. A eso es a lo que todos estamos llamados. Por ahí hay que empezar si queremos tener esperanza y prestar un servicio a la Iglesia. Este es un deber fundamental de los obispos. Digo sin vacilaciones que es el primero de nuestros deberes, el de santificar. Para esto estamos puestos en la Iglesia de Dios. Tenemos una triple misión: enseñar, regir y santificar; pero la de regir y la de enseñar tienden también a la santificación de las almas; y es la hora en que debemos proclamarlo, sin miedo ni respeto humano alguno. Y aquellos que quieran seguir de verdad la voz del Señor y crean que esa voz pueda manifestarse a través de lo que el obispo les predica, a todos yo les diré hoy y siempre: Vamos a buscar los caminos de una más pura y más fuerte santificación de nosotros mismos.

El Concilio Vaticano II, en la constitución sobre la Iglesia, ha dejado una doctrina maravillosa sobre la vocación a la santidad, a que todos estamos llamados, pero ha destacado el deber que tienen los obispos de fomentar la santidad en ellos mismos: «Es necesario que los pastores de la grey de Cristo, a imagen del Sumo y Eterno Sacerdote, desempeñen su ministerio santamente y con entusiasmo, humildemente y con fortaleza. Los presbíteros, a semejanza del orden de los obispos, crezcan en el amor de Dios y del prójimo por el diario desempeño de su misión. Observen el vínculo de la comunión sacerdotal, abunden en todo bien espiritual y sean para todos, un vivo testimonio de Dios, émulos de aquellos sacerdotes que, en el decurso de los siglos, dejaron preclaro ejemplo de santidad. Los esposos y padres cristianos, siguiendo su propio camino en la fidelidad y en el amor, deben sostenerse mutuamente en la gracia a lo largo de toda la vida, e inculcar a los hijos, amorosamente recibidos de Dios, la doctrina cristiana y las virtudes evangélicas» (LG 41).

Éste es, pues, nuestro primer deber. Los que atacan violentamente y dedican su tiempo a lanzar acusaciones, y quieren hacer reformas dentro de la Iglesia, despreciando el Magisterio pontificio y abogando por una moral nueva desvinculada de la moral de Cristo, fracasarán estrepitosamente. La barca no se hundirá nunca, porque la sostiene el Señor. Y ellos no podrán resistir y se sentirán amargados, cada día más, al ir por caminos que el Señor no bendice. Pero, del mismo modo, los que llenos de cobardía, de comodidad o de pereza no quieren abrir su alma, noble y generosamente, a las llamadas que la Iglesia de Dios está haciendo hoy, tampoco prestarán el servicio que la Iglesia pide. Unos y otros debemos reflexionar y, puestos en la presencia del Señor, preguntarnos: ¿Qué tengo que hacer para corregir mi vida y para ser más fiel al Señor? En la medida en que nos hagamos esa pregunta y nos demos respuesta, conforme a lo que el Evangelio nos señala, así aumentará en el corazón la esperanza; y seguiremos con fortaleza, y humildemente a la vez, soportando las cruces que el Señor quiera enviarnos, pero amando cada vez más a esta Iglesia santa, a este nuestro Señor Jesucristo, que nunca nos prometió un cristianismo cómodo.

Hijos de la Iglesia de Barcelona, sacerdotes, religiosos, religiosas, familias cristianas, seculares: no disimulemos las preocupaciones, no. Hemos de examinarlas. Encontremos también sus raíces. Pero, *sursum corda!*, ¡arriba los

corazones! Es necesario que lata dentro de nosotros, aun en medio de las mayores dificultades, la esperanza de los verdaderos seguidores de Jesús.

SI EL GRANO DE TRIGO NO MUERE...

Conferencia pronunciada el Viernes de Ceniza, 21 de febrero de 1969.

En la primera de esta serie de conferencias cuaresmales, la de la noche del Miércoles de Ceniza, os anuncié que me proponía hablaros durante toda la Cuaresma sobre la esperanza cristiana. Os decía que debemos levantar nuestro espíritu a Dios y esperar en su bondad, evitando una doble postura: la de la simple lamentación y queja amarga por lo que vemos que está sucediendo, y la de las reivindicaciones agresivas, actitudes ambas que, cuando se acentúan, significan una falta de esperanza cristiana y un olvido de Dios. Quiero seguir desarrollando estos pensamientos. Tendré que hablar del Concilio también, porque apenas puede hablarse de la Iglesia de hoy si no es refiriéndonos a este hecho, el del Concilio Vaticano II, en relación con el cual está toda la situación que estamos viviendo.

Os saludo, pues, nuevamente, os bendigo, y deseo para todos vosotros, hijos de la Diócesis, y a todos a quienes pueda llegar mi voz a través de Radio Nacional de España, la paz del Señor. Vamos a reflexionar hoy, buscando algunos antecedentes que nos expliquen esta situación, en parte dolorosa, que está viviendo la Iglesia. Intento con estos análisis ofrecer bases de serenidad al pensamiento cristiano, para poder explicarnos ciertos hechos y no dejar que la turbación se apodere de nuestras almas. Entiendo que cuando se analizan las cuestiones y se ven las raíces y causas de los fenómenos existentes, se sitúa uno en una mejor perspectiva para poder comprender el plan de Dios.

El Concilio, en el sepulcro

Invocaré, como siempre, palabras del santo Evangelio. Leo hoy al evangelista San Juan: Era el día del Domingo de Ramos, la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén. Y ese día precisamente, después de aquellas aclamaciones al Mesías, dice San Juan que *ciertos gentiles de los que habían venido para adorar a Dios en la fiesta, se llegaron a Felipe, natural de Betsaida, en Galilea, y le hicieron esta súplica: Señor, deseamos ver a Jesús. Felipe fue y se lo dijo a Andrés, y Andrés y Felipe juntos se lo dijeron a Jesús. Y sigue el evangelista: Jesús les respondió, diciendo: Venida es la hora en que debe ser glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo, después de echado en la tierra, no muere, queda infecundo; pero, si muere, produce mucho fruto, Así, el que ama su alma la perderá, mas el que aborrece su alma en este mundo la conserva para la vida eterna (Jn 12, 21-25).*

Me fijo en esta sentencia de Jesús: *Si el grano de trigo, después de echado en la tierra, no muere, queda infecundo; pero, si muere, produce mucho fruto.* Y creo que estas palabras, sin violentar el texto, pueden aplicarse a lo que ha ocurrido con el Concilio Vaticano II. El Concilio hoy es como un grano de trigo que ha caído en tierra y está ahora sepultado, para brotar más tarde en las espigas de una fecundidad que se prepara misteriosamente. Tenía que suceder así, hijos, no nos extrañemos demasiado, para que se cumplan las palabras de Jesús.

Recordemos un poco lo que ha venido sucediendo, para comprender mejor esta lección misteriosa. Ha habido mucho de humano en el desarrollo del hecho conciliar; y es necesario que venga la purificación de la desnudez y del desamparo, para que recurramos más a Dios, nuestro Señor. Y entonces se abrirá el camino para que florezca de verdad la esperanza, cuando nos demos cuenta, de una vez, de que todos tenemos que recurrir más a Dios, nuestro Señor. En el Concilio aparece también la obra de los hombres, y ésta no es nunca perfecta.

Primero, lanza la idea del Concilio un hombre santo, de corazón sencillo: el Papa Juan XXIII. Lo hizo con humildad, con alegría, con afán de servicio, con amor a todos, a todos, al mundo entero. Él mismo ha escrito que experimentó un gozo inefable cuando su más inmediato colaborador, el cardenal Tardini, al consultarle él su propósito, le contestó asintiendo plenamente y diciéndole que lo consideraba una iluminación del Espíritu Santo. A partir de ese instante, Juan XXIII se sintió lleno de seguridad, y empezó a actuar de una manera tan noble y tan sencilla que él creía que el Concilio, que se inauguraría en octubre de 1962, iba a poder terminar por Navidad. Esto era un dato propio que explica la gran sencillez y la nobleza del alma de aquel Pontífice. En seguida viene la fase de la preparación. Se hace la consulta a obispos, órdenes religiosas, universidades católicas, teólogos; y en seguida, en los diversos lugares a los que la consulta llega, empieza a manifestarse ya lo humano: los grupos, los anhelos, las tendencias.

Por fin, octubre de 1962. En el aula conciliar aparecen dos mil obispos del mundo entero, reunidos allí con el nobilísimo afán de prestar su servicio a la Iglesia, a la que están entregados. Pero todos somos hombres. A los fieles llegaba, a través de la televisión, la imagen devota y venerable de los que allí rezábamos y trabajábamos. Mas, entre pasillos, en reuniones, grupos de estudio, etc., no todo era tan limpio y tan noble. Es lo humano, que aparece siempre. Al punto, se manifestaron actitudes como la de quienes confiaban tanto en sus teólogos, que despreciaban a los demás; o la ligereza en críticas y ataques a las congregaciones de la Curia Romana, con olvido de los grandes servicios que han prestado a la Iglesia; la excesiva prisa en querer tratar y resolver problemas como el del ecumenismo y la libertad religiosa, sin parar mientes en lo que siglos de separación y de recelos habían ido acumulando; desatenciones a hombres venerables que, por ejemplo, en el campo de la liturgia pedían más moderación y calma; o incluso, ¿por qué no decirlo?, la vanidad de los líderes, fomentada por una prensa indiscreta; líderes fuera o dentro del aula conciliar. A veces se hablaba y se clamaba contra el triunfalismo; ¡y se decía eso de una manera tan triunfalista!

Nos hemos olvidado de Dios

A la distancia en que hoy nos encontramos, se aprecia mejor que también allí apareció la inevitable torpeza y pasión humana que Dios ha de mirar siempre con ojos de misericordia. Y, además, otro dato: se puso demasiada confianza en los grandes discursos, en los viajes, en las concentraciones, en los contactos humanos. No me refiero a los del Sumo Pontífice, modelo siempre de equilibrio, de amor a la Iglesia y al mundo. Sus viajes han sido invariablemente apostólicos, sacrificados, difíciles. Pablo VI fue siempre, y sigue siéndolo, el apóstol de la fe,

de la generosidad, del corazón magnánimo, de la fortaleza humilde y dolorida. Pero en otros hombres de la Iglesia no han brillado tanto estas virtudes. Se puso demasiada confianza en los medios de comunicación social, olvidando que Dios no lee los periódicos. Se señalaron como gestos maravillosos que abrían los caminos del Evangelio, actitudes de queja y de protesta, sin tener en cuenta que todo precursor del Evangelio tiene que empezar diciendo, como el Bautista, que él no es digno de desatar la correa del zapato del que viene después. Y el que venía ahora era también Cristo, era la Iglesia, y no se abren caminos a la Iglesia con quejas y con protestas.

Se decían con frecuencia frases como éstas: Nosotros, el episcopado de tal o cual nación; nosotros, los de tal o cual tendencia, concededores del mundo y de los hombres de hoy; nosotros los que queremos ser fieles y opinamos que todo está ya dicho y que no hay nada que decir. ¡Cuánto amor propio, cuánta vanidad, cuánta torpeza, en las manifestaciones y en las actitudes! Siempre ha sucedido así en la historia de los concilios, y por eso siempre hubo hondas crisis después de celebrados. Así lo demuestra la historia. Lo que queda limpio y puro son los documentos finales, una vez aprobados por el Papa; pero, hasta su definitiva promulgación, las manos que los elaboran acusan con frecuencia los latidos de muchas pasiones humanas, de las que no somos capaces de desprendernos del todo. Y todas estas manifestaciones de sentimientos, afectos, pasiones intelectuales demasiado humanas, exigen una purificación; y ahora estamos sufriendola. Está bien que la suframos. Dios nos abrirá muchos caminos por aquí.

Después ha venido el posconcilio, y con él todavía más pasión, más amor propio, más mezquindad. Grupos de teólogos de tal o cual país que lanzan públicamente sus afirmaciones en el sentido de que la doctrina que ellos defienden está por encima de lo que pueda decir el Magisterio pontificio o el de los obispos. El autor de tal o cual libro, que difunde las afirmaciones más aventuradas. Revistas y publicaciones que se apoyan unas a otras para decir: “Nosotros somos lo que verdaderamente llevamos la bandera de la renovación posconciliar”. Grupos de sacerdotes, o de laicos, de tal o cual diócesis. Escritos, apoyados por firmas recogidas con asombrosa facilidad. Frases como éstas: nosotros somos los verdaderamente posconciliares; los demás, pietistas sin vigor. Nosotros, la juventud y la promesa de la Iglesia; los demás, la rémora y el obstáculo.

Ha habido también diversas fases: primero, la de las apetencias ocultas; después, la de las proclamaciones abiertas; luego, la de las reivindicaciones ásperas y sin caridad; más tarde, la de los insultos, las agresiones verbales y, a veces, casi físicas, con la voz, con la mirada e incluso con las manos.

Los que hablan de ecumenismo, por ejemplo, y desprecian a la Iglesia católica: no quería esto el Concilio. Solamente por la Iglesia católica se consigue la plenitud total de los medios de santificación; de ahí que sea “preciso amar verdaderamente para hacer avanzar el ecumenismo, salvando la integridad de la doctrina”¹. Los que, con el pretexto de defender la liturgia, matan la piedad: no quería esto el Concilio. Los que, para llevarnos más a Cristo, dejan completamente olvidada a su Madre Santísima: no quería esto el Concilio. “La participación en la sagrada liturgia –leemos en uno de los documentos

¹ PABLO VI, Homilía del miércoles 19 de enero de 1966: IP IV, 1966, 704.

conciliares— no abarca toda la vida espiritual. En efecto, el cristiano, llamado a orar en común, debe, no obstante, entrar en su cuarto para orar a su Padre en secreto (cf. Mt 6, 6); más aun, debe orar sin tregua, según enseña el Apóstol (cf. 1Ts 5, 17)” (SC 12).

Los que, para modernizar al sacerdote, le despojan de lo que Dios le ha confiado: no quería esto el Concilio. «El mismo Señor... de entre los mismos fieles instituyó a algunos por ministros, que en la sociedad de los creyentes poseyeran la sagrada potestad del orden para ofrecer el sacrificio y perdonar los pecados, y desempeñar públicamente el oficio sacerdotal por los hombres en nombre de Cristo” (PO 2).

Los que, para exaltar al laicado, casi casi hacen de los laicos clérigos, aunque después los clérigos tengan que hacerse laicos. También el Concilio ha recordado la diferencia esencial, no sólo gradual, entre el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico (LG 10). “Por el nombre de laicos se entiende aquí todos los fieles cristianos, a excepción de los miembros que han recibido un orden sagrado y los que están en estado religioso reconocido por la Iglesia” (LG 31).

Los que dicen a las religiosas que son mujeres atrasadas y quieren reformarlas, y lo único que consiguen es que disminuyan o desaparezcan las vocaciones de las almas consagradas a Dios. “El estado constituido por la profesión de los consejos evangélicos, aunque no pertenece a la estructura jerárquica de la Iglesia, pertenece, sin embargo, de manera indiscutible, a su vida y santidad” (LG 44). ¿Que había mucho que reformar? ¿Quién lo negará? ¡Mucho, muchísimo! Pero la norma que ha de guiarnos no es la voz de éste o aquél, sino de los documentos conciliares, de todos a la vez, con todo lo que dicen, interpretados por el Papa como criterio de orientación no único, pero sí supremo y último.

Si no lo hacemos así, nos dividiremos cada vez más y terminaremos pidiendo, como los Apóstoles equivocados, que baje fuego del cielo para arrasar las interpretaciones que hacen los demás. Y Jesucristo tendrá que decirnos, como dijo a sus Apóstoles: *No sabéis de qué espíritu sois* (Lc 9, 55). Todos, hijos, todos, unos y otros, con nuestras audacias o con nuestras omisiones, hemos estado, y estamos, en gran parte, arrojando nuestra paletada de tierra a ese sepulcro dentro del cual está, como un grano de trigo, el Concilio Vaticano II. Es la hora en que la Iglesia sufre. ¡Bendito sea este sufrimiento! Teníamos que pasar por aquí, para purificarnos de toda la escoria. Dios quiere las cosas más limpias. Siempre ha actuado así en la vida de cada alma y de la Iglesia. El grano de trigo revienta más tarde en espléndidas espigas.

Luces de esperanza

Situados ya en esta perspectiva, es cuando puede venir, merced a la reflexión humilde, el nuevo momento, por el cual estamos suspirando todos, de la contrición de los espíritus. Y es entonces cuando empezarán a brillar las luces de la esperanza. Por supuesto, tenemos que volver a recordar, unos y otros, obispos, sacerdotes, laicos todos, los de todas las naciones, que el Concilio ha sido un hecho religioso y que el valor del Concilio es religioso. Por lo mismo hay

que invocar a Dios para entenderlo, para aplicarlo, y para trabajar en su favor. Y el espíritu de Dios es paz, humildad, amor, mansedumbre, suave fortaleza. Tenemos que hacer un esfuerzo para trabajar conscientemente así. ¿Qué toco yo con mis manos, de qué hablo con mis palabras, a qué aspiro con mi corazón cuando toco, hablo o quiero aplicar el Concilio? ¡Ah! Un hecho religioso en el que está Dios moviéndose. Entonces tengo que tratar del Concilio con el mismo respeto y la misma *unción* sagrada con que trataría de un altar ungido para que sobre él pueda depositarse el cuerpo del Señor. No puedo limitarme a considerarlo como un hecho histórico, sociológico, cultural, sobre el que caben las interpretaciones personales que cada uno quiera dar. No, no, no. Dios está ahí, está ahí en medio. Yo tengo que acercarme a ese hecho, a ese altar del Concilio, de su doctrina, de sus prescripciones, con una inmensa y profunda humildad, con mucha paz, con una decisión de seguir, en todo, la voz de Dios por los caminos que Dios me señala, a través de la Iglesia.

Quiero recordaros unas palabras del papa Pablo VI en la clausura del Concilio, el día 8 de diciembre de 1965.

Habla él del valor religioso que el hecho conciliar tiene. Y dice así: “Es un tiempo el nuestro que cualquiera reconocerá como orientado a la conquista de la tierra, más que al reinado de los cielos; un tiempo en que el olvido de Dios se hace habitual y parece, sin razón, sugerido por el progreso científico; un tiempo en que el acto fundamental de la personalidad humana, más consciente de sí y de su libertad, tiende a pronunciarse en favor de la propia autonomía absoluta, desatándose de toda ley transcendente. En este tiempo se ha celebrado este Concilio, a honor de Dios, en el nombre de Cristo, con el ímpetu del Espíritu Santo, que *todo lo penetra* y que sigue siendo el alma de la Iglesia, para que sepamos lo que Dios nos ha dado, es decir, dándole la visión profunda y panorámica, al mismo tiempo, de la vida y del mundo. La concepción teocéntrica y teológica del hombre y del universo, como desafiando la acusación de anacronismo y de extrañeza, se ha erguido en este Concilio”. La concepción teocéntrica, la concepción del hombre y del mundo, en el sentido de que Dios es el centro de todo. “Se ha erguido en medio de la humanidad con pretensiones que el juicio del mundo calificará primeramente como insensatas”. Al mundo le parece insensato que el Concilio, dice el Papa, venga a recordar que el centro de todo es Dios. “Pero que luego, así lo esperamos, tratará de reconocerlas como verdaderamente humanas, como prudentes, como saludables, a saber...”.

Y ahora viene la gran afirmación. Dice el Papa: “Que Dios sí existe, que es real, que es viviente, que es personal, que es providente, que es infinitamente bueno; más aún, no sólo bueno en sí, sino inmensamente bueno para nosotros; que es nuestro Creador, nuestra verdad, nuestra felicidad, de tal modo que el esfuerzo de clavar en Él la mirada y el corazón, que llamamos contemplación, viene a ser el acto más alto y más pleno del espíritu, el acto que aun hoy puede y debe jerarquizar la inmensa pirámide de la actividad humana”. Éste ha sido el fin fundamental del Concilio. “Se dirá que el Concilio, más que de las verdades divinas, se ha ocupado principalmente de la Iglesia, de su naturaleza, de su composición, de su vocación ecuménica, de su actividad apostólica... Es verdad...”. Pero añade. “Esta introspección no ha sido acto de puro saber humano... La Iglesia se ha recogido en su íntima conciencia, para hallar en sí misma, viviente y operante en el Espíritu Santo, la palabra de Cristo, y sondear

más a fondo el misterio, o sea, el designio y la presencia de Dios por encima y dentro de sí, y para reavivar en sí la fe, que es el secreto de su seguridad y de su sabiduría, y reavivar el amor que le obliga a cantar sin descanso las alabanzas de Dios. *Cantare amantis est: Es proprio del que ama cantar*, dice San Agustín (*Serm. 336: PL. 38, 1472*)².

La oración al Padre

Éstas son las palabras del Papa el día en que el Concilio se clausuraba. Decidme, pues, hijos, y pensad todos aquellos a quienes pueda llegar el eco de esta reflexión. Pensad si no estamos obligados todos, a profundizar en este misterio religioso, en lugar de discutir tanto sobre lo que cada cual estima válido, conforme a su personal criterio. No, así no avanzaremos ni podrá renacer la esperanza. Y tiene que surgir. Tenemos que volver a esperar, y a sentirnos gozosos, con la esperanza cristiana. Y, para eso, hay que orar; tenemos que levantar nuestro corazón al Padre, para que Él nos dé luz, para que Él nos guíe y nos ayude con su gracia a disipar las sombras que brotan de nuestras humanas miserias, las de todos, las que ya aparecieron mientras el Concho se celebraba y las que han surgido después. Tenemos que orar a Dios mucho más. En Getsemaní, Jesús se dirige a sus Apóstoles, que duermen, y les dice: *Velad y orad, para que no caigáis en la tentación* (Mc 14, 38). La tentación de la huida, del abandono, de la búsqueda del camino propio, renunciando al camino único que es el que Cristo señala.

Velad y orad, para que no caigáis en la tentación. Jesús oró siempre al Padre. La Iglesia debe hacer lo mismo hoy. No lo entendáis como contrapuesto a la acción, no. Quiero decir que debemos pensar, amar, trabajar y vivir la idea de nuestro servicio a la Iglesia hoy, partiendo de nuestra unión con el Padre, no con los hombres, no con nuestro grupo, no con tal o cual ideología, libro o revista. Partiendo de nuestra unión con el Padre. Él nos pide ser siempre sinceros, amar siempre, no ser nunca apasionados. Como Cristo, en su obra de la Redención, todo lo hace arrancar del Padre y todo lo ofrece al Padre, así la Iglesia tiene que estar haciendo lo mismo; y nosotros somos la Iglesia, cada uno según su función y ministerio. Es el momento en que, con el Papa, tenemos que estar unidos, mediante un religioso respeto, con el Padre que está en los cielos, pidiendo que se haga y se cumpla su voluntad. “Consumada la obra que el Padre encomendó realizar al Hijo sobre la tierra (cf. Jn 17, 4), fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés, a fin de santificar indefinidamente la Iglesia y para que de este modo los fieles tengan acceso al Padre por medio de Cristo en un mismo Espíritu (cf. Ef 2, 18)” (LG 4).

En ese mismo pasaje del Evangelio en que Cristo habla del grano de trigo y de que el que ama su alma desordenadamente la perderá, añade el Señor: *El que me sirve, sígame, que donde yo estoy, allí estará también el que me sirve, y a quien me sirviere, le honrará mi Padre. Ahora mi alma se ha conturbado y ¿qué diré? Oh Padre, líbrame de esta hora. Mas, no; para esta misma hora he venido al mundo. ¡Oh Padre, glorifica tu santo nombre! Y al momento se oyó del cielo esta voz: Le he glorificado ya y le glorificaré todavía más* (Jn 12, 26-28). Todo

² PABLO VI, Discurso en la clausura del Concilio Vaticano II, 8 de diciembre de 1965: IP III, 1965, 727-728.

podieron oírlo aquellos gentiles que “querían ver a Jesús”. Como si ellos hubieran representado a toda la comunidad. Y una vez más Cristo hace saber a todos la ley superior que regía su vida: la voluntad del Padre. *Para esto he venido al mundo.*

Iglesia, Iglesia santa de Dios, Iglesia de todas las diócesis del mundo, Iglesia de los obispos, de los sacerdotes, de los religiosos y religiosas, de los laicos bautizados; Iglesia de todos los que estamos unidos con el Vicario de Cristo en la tierra: ¡Venga sobre nosotros la bendición de Dios!

Más profundidad religiosa; más delicadeza espiritual para tratar y vivir este hecho santo y glorioso del Concilio Vaticano II, enterrado ahora como un grano de trigo. Todos hemos contribuido a que esté así. Ya brotarán las espigas. Es necesario quitar tierra con humildad y amor y oración al Padre.

MIS PALABRAS NO PASARÁN

Conferencia pronunciada el 28 de febrero de 1969,
viernes de la primera semana de Cuaresma.

Estoy hablándoos de la esperanza cristiana, de esa esperanza que debemos fomentar en nuestra alma para no caer en la desilusión de unos, ni en la amarga desesperación de otros. Esperanza en relación con este momento que vive hoy la Iglesia de Cristo y esperanza en el alma de cada uno de los hijos de esta Iglesia. Pero, para que no sea infundada y vana, es necesario establecer bien las bases en que ha de apoyarse. Yo quiero deciros, como el primer día de esta Cuaresma: *Sursum corda!*, ¡arriba los corazones!, porque Cristo nos invita siempre a mantener este optimismo dentro de la vida cristiana. Pero también tengo la obligación de invitaros a reflexionar sobre los fundamentos firmes y únicos de la vida cristiana auténtica en que puede apoyarse esta actitud esperanzada. Lo contrario no sería cumplir con mi deber.

Llamados por Jesucristo

Pensemos esta noche en lo que significa dentro de la Iglesia, para cada uno de los que nos consideramos hijos suyos, haber sido llamados por Dios a la vida cristiana. Sólo teniendo a la vista el carácter de este llamamiento, la fuerza que en él hay, los motivos por los cuales Dios nos llama, sólo así podrá ser lícita una actitud de confianza plena en el misterio de la Iglesia en el tiempo. Sí, la vida cristiana supone siempre una llamada por parte de Dios. Él es quien llama, Él es quien determina en qué ha de consistir la naturaleza de esa vida a que nos llama; y Él es quien la ofrece como una inmensa y generosa donación de su amor. Por medio de Jesucristo, su Hijo, que viene al mundo, se nos da a conocer este misterio en su triple dimensión: el llamamiento, la índole y el carácter de la vida a que somos llamados, y la generosidad pura y gratuita del Padre, que busca a sus hijos y les llama porque les ama, no por otra cosa.

En el umbral de la vida pública de Jesucristo, cuando se dispone a ser bautizado en el Jordán, se oye, rasgando el cielo, la voz de Dios: *Éste es mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias* (Mt 3, 17). Más tarde, en la escena de la transfiguración, los Apóstoles Pedro, Juan y Santiago oirán la misma voz: *Éste es mi Hijo muy amado, escuchadle* (Mt 17, 5). Dios, por medio de su Hijo, nos llama; y los hombres debemos escucharle. Esto es lo primero que Dios pide, que escuchemos; con disponibilidad de corazón, con alma limpia. Dios quiso enviar a su Hijo al mundo y pide escuchemos su palabra. Jesús, el enviado, emprenderá siempre esta misión: la de ir revelándonos al Padre. *Nadie conoce al Padre sino el Hijo* –nos dice el Evangelio de San Mateo–. *Y aquel a quien el Hijo quisiera revelárselo*. De manera que Él revela a los hombres la vida del Padre, la vida de Dios. Él lo hace así, porque quiere hacerlo así, con su voluntad divina salvadora. *Por aquel tiempo tomó Jesús la palabra y dijo: Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y discretos, y las revelaste a los pequeñuelos. Sí, Padre, porque así lo has querido; todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiera*

revelárselo. Y Él quiere revelárselo a todos, porque dice a continuación: *Venid a Mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas, pues mi yugo es blando y mi cara ligera* (Mt 11, 25-30).

Cristo, pues, quiere dar a conocer al Padre, es decir, el misterio de Dios, el misterio de la vida trinitaria. El objetivo fundamental de la revelación de Jesús es, sin duda, la paternidad de Dios. *A todos los que le recibieron* –se nos dice en el evangelio de San Juan– *les dio poder de llegar a ser hijos de Dios* (Jn 1, 12). Hijos de Dios, sí, es decir, partícipes de su vida misma. Unas relaciones con Dios parecidas a las que engendra la sangre entre los hombres. San Pablo nos dirá más tarde, en su carta a los Efesios: *Estando muertos por el pecado, nos ha vivificado en Cristo* (Ef 2, 5), nos ha dado una nueva vida Él, en Cristo, y todo por amor, como una donación. Sigue diciéndonos San Pablo: *Porque es por la gracia por lo que vosotros sois salvos, por la gracia que viene de la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es un don de Dios* (Ef 2, 7-9). Y San Juan, en su primera carta: *Él nos amó primero a nosotros y envió a su Hijo, para que fuera víctima de propiciación por nuestros pecados... Cualquiera que confesare que Jesús es el Hijo de Dios, Dios está en él y él en Dios* (1Jn 4, 9 y 15). Pero no os olvidéis: Él nos amó primero a nosotros. Pura generosidad de Dios. La iniciativa arranca siempre de Dios.

Es de la mayor importancia tener esto en cuenta, porque es lo que puede hacernos comprender en qué consiste el llamamiento de Cristo. Él nos llama para darnos la vida de Dios, para ser, *ser* cristianos. Se trata de ser, no de tener esta o aquella cualidad cristiana, este o aquel elemento o dato que entra en la vida cristiana, no. Se trata de algo más, de algo más profundo y radical, de ser con un nuevo ser, con una nueva vida, la de Dios mismo, que nos es ofrecida por el Hijo. *Yo soy la vid y vosotros los sarmientos; permaneced en Mí, con el fin de que yo permanezca en vosotros* (Jn 15, 45). Y San Pablo añade: *Revestíos del hombre nuevo que ha sido creado conforme a la imagen de Dios, en justicia y santidad verdadera* (Ef 4, 24). Un hombre nuevo, ¿nuevo en qué? San Pablo lo resume en esta frase: *En justicia y santidad verdadera*.

Así es como tiene que nacer el hombre nuevo, creado a imagen de Dios. Entonces, o se acepta o se rechaza esa vida cristiana que nos es ofrecida. Quien la rechaza, ya dará respuesta del uso que hace de su libertad ante el juicio de Dios. Pero si se acepta –estoy hablando a los cristianos, a los hijos de la Iglesia de hoy–, si se acepta esta vida cristiana, hay que aceptarla tal como es, porque a Dios no se le pueden poner condiciones para que modifique a nuestro antojo lo que Él, en su libertad y amor divino, quiera ofrecernos. Una respuesta sincera a esta llamada exige de nosotros ser fieles al compromiso que supone la aceptación. Si la respuesta quiere ser sincera y mantenerse dentro del compromiso que supone la aceptación, han de brotar en nosotros, inevitablemente, estas actitudes:

Primera: *amor a la vida eterna por encima de la vida de este mundo. ¿Qué importa al hombre ganar todo el mundo si, al fin, pierde su alma?*

Segunda: *amor a la limpieza de corazón, como exige el trato, la amistad y la filiación con Dios, infinitamente puro. Se impone, como una necesidad, la*

observancia de toda la ley. Ese cuidado que hemos de tener para mantener limpio el corazón nos hará caminar por la senda estrecha que Cristo nos ha predicado, para avanzar hacia la luz: hemos de mortificar nuestras pasiones, luchar contra el pecado, confesarlo, y arrepentimos con penitencia auténtica y sinceridad de corazón.

Y tercera: *amor a la verdad de Dios*, expresada en la Revelación y continuamente expuesta e interpretada por la Iglesia en su Magisterio. *Id y enseñad todo cuanto Yo os he mandado* (Mt 28, 19-20), dice Jesucristo a sus Apóstoles; y les envía al mundo entero. *El que a vosotros escucha, a Mí me escucha; el que a vosotros desprecia, a Mí me desprecia* (Lc 10, 16).

Así camina el hombre cristiano, incorporando a ese núcleo sustancial de su nueva vida el tejido de su existencia humana, sin desfigurarla, pero elevándola a un plano superior. Primeramente, las circunstancias concretas en que se desenvuelve la vida de cada uno. El llamamiento que Cristo nos hace no nos deshumaniza. Al contrario. Él quiere que demos la respuesta a su llamada en las circunstancias concretas en que nuestra existencia se va realizando, en este siglo, en esta cultura, en este ambiente, con estas personas o con aquellas. El tejido de todas estas circunstancias no es un conjunto de obstáculos, sino de datos enriquecedores. De nosotros depende superar lo que pueda haber de obstáculo y convertir todo en riqueza para nuestra vida humana y cristiana. Porque no hay que separar la una de la otra. Cristo no nos invita a construir una vida cristiana al lado, al margen de la vida humana, no. Él no nos llama a que formemos este doble ser, por un lado el hombre y por otro lado el cristiano. Es al hombre a quien Él llama, a quien asume, a quien busca para incorporarle a Él. Y sobre lo humano del hombre se trata de construir lo cristiano que Dios nos ofrece. Pueden llegar a ser todas estas circunstancias savia de nuestra vida humana y cristiana, si acertamos a asimilarlas e integrarlas. La vida no consiste en destruir, sino en asimilar y transformar. Cada cristiano es como ese grano de trigo enterrado del que hablábamos el pasado viernes. Y todo lo demás puede ser para él la tierra y el *humus* que le envuelve, hasta que brotan las espigas.

Cumplir toda la ley

Cristo no destruyó nada, antes bien lo transformó todo –el templo y la ley y el imperio romano– con su amor y su verdad. La vida es algo más que palabrerías y voces de protesta o de autosuficiencia. Es asimilación, es profundización radical en el ser de cada uno; y si ese ser del hombre ha sido llamado a participar en la vida de Dios, la profundización obligará al hombre a considerar cómo va a unir las dos dimensiones sin confundirlas, a saber, la humana y la divina que le es ofrecida. No se trata tan sólo de las circunstancias; están también las diversas edades y etapas de la existencia de cada hombre en la tierra. Éstas son ya algo más íntimo a cada uno que los datos meramente exteriores. También ellas deben ser asimiladas e integradas en el núcleo esencial de nuestro ser cristiano. No se tiene toda la vida. La vamos viviendo. Cada edad de la vida es una fase vital que hay que vivir intensamente. Cada edad aporta lo suyo. Es necesaria una juventud que quiera con fuerza lo absoluto e igualmente una edad madura que realice con eficacia, porque conoce los hechos como son, con sus condicionamientos y sus limitaciones. Unos y otros, los jóvenes y los adultos,

han de integrarse, aportando cada uno lo que tiene: el impulso y el ideal unos, la eficacia y sereno realismo los otros.

Si no se obra así, se antepone el tener al ser, la circunstancia externa a la esencia permanente, es decir, cada cual considerará como esencial lo que él tiene de joven o de adulto, de este siglo o del otro, cuando, en realidad, todo es accidental y pasajero, aunque necesario como condicionamiento de la vida. Porque en cada una de estas etapas que se viven y en cada una de estas circunstancias que nos envuelven, el núcleo es lo que vale, la vida interna de ese ser del hombre, que es el que avanza, el que se realiza día a día, paso a paso, arrancando toda su fuerza de la propia intimidad. Lo externo y lo accidental le acompañan, le enriquecen, sirven para ofrecerle nuevos datos. Todo lo irá recogiendo él, para integrarlo en la intimidad esencial de su naturaleza.

Es decir, se nos llama a *ser cristianos*, lo primero de todo; con una vida superior, la de Cristo, capaz de acoger dentro de sí misma las restantes diferencias de la vida. No lo contrario; no se nos llama a que mantengamos las diferencias en primer término y subordinemos a ellas el ser de la vida cristiana. ¡Qué distinto es el pensamiento de la Iglesia!: “El hombre vale más por lo que es que por lo que tiene” (GS 35). No obstante, el tener es una terrible contradicción, porque con ella se indica que, en lugar de servir a Dios, servimos a los ídolos; en lugar de responder a la llamada de Cristo, intentamos que Él se acomode y responda a las llamadas nuestras, las que hacemos en nombre de nuestra afición, de nuestra ideología, de nuestra edad, de nuestra cultura, de nuestro grupo, de nuestro partido religioso o político. Entonces lo que hacemos es dividir a Cristo y querer llevar cada uno para su partido o para su grupo o para su ideología aquello que a él le agrada. Y Cristo no ha venido a eso. Su cuerpo fue crucificado y puesto en el sepulcro; pero se ofreció íntegro para todos, y Él asume a todos. *El día que Yo esté levantado en la cruz, todo lo atraeré hacia Mí* (Jn 12, 32). No queramos, en lugar de ir hacia Él, que Él venga hacia nosotros, acomodando su mensaje y su doctrina a lo que a nosotros pueda parecernos más conforme con nuestras propias exigencias o aficiones.

El gesto y la actitud son siempre la expresión, o mejor dicho, deben ser la expresión de algo íntimo. Que se nos den primero los gestos, las posiciones tomadas, los grupos formados, para, después, pretender que se acomode a ello la intimidad del ser, es tanto como destruir al hombre, en su condición humana y en su ser cristiano. ¿Qué mundo estamos creando, en que obligamos a las personas con las presiones del ambiente, con las frases que circulan y se ponen de moda con respecto a Cristo, la Iglesia, la renovación, el Concilio, a que se acomoden a lo que pienso yo o piensa éste o piensa aquél? Nuestra base común de hombres y mujeres, el punto en que tenemos que encontrarnos como cristianos, es la verdad de Cristo, el amor, la comprensión, la capacidad de admirarnos, la responsabilidad tomada en conciencia por cada cual, de acuerdo con la ley objetiva de Cristo, no interpretada o fomentada con arreglo al capricho personal de cada uno; la preocupación honda, de raíz, no la que es consecuencia de un gesto, de una rebeldía en que por lo general es el egoísmo el que lo domina todo.

Hace unos años se ponía en las pantallas una película de la que se habló mucho: “El Evangelio según San Mateo”, de Passolini. En seguida surgieron los comentarios y frases llenas de admiración en revistas católicas e incluso por

parte de sacerdotes sobre el modo como era presentado Jesucristo en la cinta. ¿Cómo es posible esto? ¿Cómo es posible que llamemos mensaje de Cristo y tratemos de identificar lo que verdaderamente se nos ofrece en la doctrina y en la vida de Cristo, con una versión de Él, tal como aparecía en esa película? Un Cristo seco, erguido, recortado, áspero, que va de prisa siempre. ¿Pero ése es el Cristo que plantó su morada entre los hombres? Un Cristo afanoso solamente de la justicia social. ¿Pero es que se puede plantear esto así, como si no hubiera que decir, a la vez, para defender esta justicia social, dentro de una dimensión religiosa: “Lo primero a que hay que atender es a la vida de Dios, que se nos ofrece a todos, buscando con amor la hermandad entre los hombres”? Una vez más, el gesto, la actitud, el *slogan*, la visión parcial.

No podemos mutilar el Evangelio. No podemos coger sólo el fruto de su árbol y encima retenerlo en nuestras manos para comerlo a nuestro antojo. Si tal hacemos, se nos indigesta, en lugar de alimentarnos. Los frutos están todos unidos. Cuando el que habla en nombre del Evangelio se limita a predicar un amor fácil y conformista, destruye el Evangelio. Pero el que se limita a predicar una justicia social y violenta, destruye también el Evangelio. Hay que unirlo todo siempre. ¿No sería absurdo que nosotros, ante una sinfonía de Beethoven o una fuga de Bach, redujéramos la inspiración del artista a unas cuantas notas que sacáramos de allí, para convertirlas en ejercicio de articulación de uno o de otro dedo? Reducir a eso una sinfonía de Beethoven sería destruirla. Tanto hablar de testimonio... ¿Testimonio de qué? Gesticulaciones ineficaces. Peor, mucho peor. Porque cuando se llevan a ciertos extremos esos gestos y esos testimonios, en lugar de abrir, cierras y detienen. A pesar de sus gritos, impiden avanzar, tanto como los otros, los férreos, los duros, que creen poseer cómodamente el bien, que han dividido el mundo en dos clases, muy fáciles, con arreglo a su criterio: los buenos a un lado, y los malos a otro.

No es ése el camino. Cristo tuvo entre sus Apóstoles y discípulos, en las personas a quienes llegó, en los grupos humanos colectivos a quienes se dirigió, hombres y mujeres de muy diferente condición, cultura, cualidades, sentimientos. Y a todos predicó y llamó para esto: para la integración del amor y la justicia, de la esperanza en la vida eterna y de la construcción del mundo, de la unión con Dios y del amor a los hermanos, de la transcendencia y de la encarnación. He ahí lo que tenemos que hacer. Eso es lo difícil, ciertamente. Es mucho más cómodo adoptar una postura radical, en un sentido o en otro, y decir: “Ésta es nuestra bandera, y así construimos nosotros la Iglesia” ¿Vosotros? ¿Pero es que tenéis que construir vosotros la Iglesia? Quienes sean... éstos o aquéllos... ¡Si ya está construida! ¡Si ya está puesta en el mundo por Cristo! ¡Si lo que tenemos que hacer es vivir dentro de ella o apartarnos! Si queremos vivir, habremos de aceptar en su totalidad lo que significa la llamada de Cristo. Para ello, hemos de esforzarnos por cumplir toda la ley, absolutamente toda la ley.

Cristo insiste también en este pensamiento. Él no ha venido a abolir la ley antigua. Él viene a convertirla en una ley nueva. Su ley es la ley del amor, la ley de la relación con el Padre, pero que, por tener esa triple dimensión: amor a la vida eterna, amor a la pureza de corazón, amor a la verdad de Dios, lógicamente nos obliga a ser consecuentes en la práctica. Y aparece la consecuencia en los diez Mandamientos de la ley de Dios. Dejar de cumplir uno solo es herir el rostro

de Dios y el de nuestros hermanos. Todos, todos han de ser cumplidos. Y sólo así se logra la verdadera libertad.

La ley de Dios en la vida religiosa del hombre que se relaciona con Él, es la expresión más lograda, al alcance del hombre, de la verdad de esa relación. Lo razono brevemente: sucede lo mismo que en los aspectos de la vida humana. En el mundo de la ciencia, por ejemplo, ¿qué han ido haciendo los hombres a lo largo del tiempo? Los descubrimientos científicos, de que tan legítimamente nos sentimos orgullosos, no han consistido, sino en leer las leyes de la naturaleza. Leerlas, es decir, descubrirlas. El hombre no las inventa a su capricho. El científico que va avanzando en su trabajo y llega a tal o cual descubrimiento, lo que ha hecho ha sido encadenar y unir datos que están ahí, en la realidad de la naturaleza, sea cual sea el mundo en que él trabaja: el mundo mineral, vegetal o animal. Descubre leyes, las lee y se pone a su servicio; y entonces descubre la verdad, en el orden natural.

Algo semejante sucede en la relación del hombre con Dios. Para llegar a poseer el secreto de la filiación divina, de esa libertad de los hijos de Dios, el hombre lee las leyes que nos ha dictado Dios mismo, las observa todas, trata de cumplirlas y va llegando poco a poco, mediante una relación cada vez más estrecha, al logro de la santidad, o individualmente si se trata de su vida personal, o socialmente en la vida de la Iglesia. Con la ley divina, cumplida y observada por el hombre, se unen dos líneas: la de la verdad de Dios y la de la libertad humana; la línea de lo que es, con su realidad, es decir, Dios mismo, tal, como se nos revela; y la línea de lo que permite a los hombres, ayudados por la gracia, avanzar con su impulso generoso, el de su propia vida, el de su existencia. Y con esas dos líneas, la realidad de Dios no falsificada y el impulso generoso del hombre cristiano que quiere servir a esa realidad, va realizándose, cada vez más amplia, la libertad verdadera.

Pero tenemos que servir y cumplir todas las leyes. De lo contrario, en el momento en que una se deja de cumplir, la libertad de los hijos de Dios también se paraliza. Toda realización ha de ser una marcha continua hacia la verdad y hacia la perfección. Hay que aceptar cotidianamente necesidades, obligaciones, sujeciones. Que no hable de libertad ni de derechos quien no entienda ni hable de sus deberes y de su responsabilidad. Estas necesidades, obligaciones y sujeciones son condición necesaria de la libertad y de la realización personal. Ellas integran al hombre en la comunidad auténtica y van unidas a esa acción responsable por la cual un hombre aumenta sin cesar su propia dignidad. El resultado último de la anarquía, de la licencia, de esa independencia superficial en que hoy quisieran moverse algunos –superficial, digo, porque no tiene consistencia alguna– es la desesperación que nace de haber destruido lo más rico y profundo del propio ser de cada uno.

Y viene después la putrefacción y la descomposición de todo. Un sacerdote, un padre de familia cristiana, un hombre adulto, un profesional que trata de responder a las exigencias de su fe, un joven de la generación actual, ¿qué tienen que hacer? ¿Confundirse? ¿Querer el sacerdote ser laico, el joven ser adulto, el adulto volver a ser joven y dar cada uno su interpretación de la vida cristiana, a base de estos valores trastocados? No. El sacerdote, que sea sacerdote; el padre de familia, en su familia; el profesional del mundo, trabajando en la parcela que le toca trabajar; todos ellos como cristianos cumpliendo una

misión dentro del Reino de Dios, integrándose, asimilando unos de otros ese efluvio de caridad y de amor que brota no simplemente de las frases, sino del deber cumplido; porque no hay un testimonio de amor más eficaz y más vivo de un hombre hacia otro que el cumplimiento del deber con el cual sirve a sus hermanos y da ejemplo a los débiles. Cuando cada hombre se esfuerza por cumplir bien con su deber en lo suyo, sin invadir los terrenos de los demás, ese hombre está prestando los mejores servicios.

Pero esto exige someternos todos a ese imperio dulce y fuerte a la vez de las leyes que Dios y la Iglesia nos marcan. ¿Por qué no hemos de someternos? Hasta el poeta, que parece tan libre en su inspiración, tiene que ceñirse a normas muy exigentes para poder combinar las palabras y presentárnoslas de tal modo que sean expresión de la belleza que él quiere reflejar. Los arquitectos y constructores de esta Catedral también tuvieron que hacer lo mismo. Pensaron juntos, combinaron sus esfuerzos, unieron sus manos; y hubo siempre un pensamiento rector. Y al cabo del tiempo surgió la Catedral, en toda su belleza. Hubiera obrado cada cual conforme a su ley, la que él se trazare, y no habiéramos tenido más que ruinas amontonadas unas sobre otras.

Disponibilidad del corazón

Para poder cumplir, y termino, la ley de Dios y las que la Iglesia nos va señalando, hace falta disponibilidad de corazón, sencillez. De ahí la frase del Evangelio que he invocado: *Bendito seas, oh Padre; te doy gracias, porque has revelado estos misterios a los sencillos y a los pequeñuelos, y los has ocultado a los sabios y poderosos de este mundo* (Mt 11, 25). Hace falta la disponibilidad de corazón que aparece en la Santísima Virgen María cuando es llamada por Dios a cumplir su misión. La misma que se da en otros personajes del Evangelio. Los Apóstoles, hombres que desconocen a Jesús, y cuando un día les dice: “Venid, seguidme”, abandonándolo todo, le siguieron. Disponibilidad del corazón. Esto es lo que hoy está fallando. Y falla particularmente en esta hora del posconcilio, de la Iglesia posconciliar, tan invocada por todos, tan mal entendida en muchas ocasiones y tan maltratada.

Si lográramos, los hijos de la Iglesia de hoy, detenernos un momento en nuestro camino, abrir el corazón y decir: “¡Oh, Dios mío! ¡Condúceme! Yo no tengo por qué presentarme ante los hombres como el constructor de una nueva Iglesia; yo no soy más que un hombre, un sacerdote, religioso, seglar, religiosa, que responde a tu llamada, que quiere aportar su esfuerzo; no consientas que mi soberbia me lleve a querer marcar el camino a los demás, olvidándome que Tú nos lo has señalado a todos”. Si hiciéramos esto, nos pondríamos en el camino auténtico de la verdadera y provechosa renovación conciliar. ¿Por qué no hemos de esperar que así se haga?

Yo sí, hijos; yo sí tengo esperanza. Nos tocará todavía sufrir mucho; pero tengo una esperanza muy viva de que este momento ha de llegar. Y terminarán por apagarse las voces ásperas e insensatas, de la misma manera que deberán desaparecer las actitudes recelosas y desconfiadas de los que no quieren una Iglesia renovada. Tenemos que meditar en esta vida cristiana que nos es ofrecida, en esa llamada del Señor, en esa riqueza interior propia de nuestro ser cristiano, por encima de los gestos, los gritos, y los anhelos personales. Todo

tiene que ser asumido y vivificado dentro de un nuevo ser, dentro de la nueva vida que nos da nuestro Señor Jesucristo.

NO SABÉIS DE QUÉ ESPÍRITU SOIS

Conferencia pronunciada el 7 de marzo de 1969, viernes de la segunda semana de Cuaresma.

Una cosa hay clara para que el discípulo que cree en el Evangelio: los caminos que Cristo nos ofrece no son los que habitualmente solemos seguir los hombres para alcanzar el éxito. La explicación de ello descansa en el hecho de que lo que nosotros entendemos por éxito y triunfo es muy distinto de lo que entiende Jesucristo. Es necesario empezar por aquí, porque si lo que yo pretendo alcanzar no es lo que Cristo me ofrece, mis caminos no se encontrarán nunca con los suyos y mi vida se consumirá en una frustración permanente, en la que es imposible que crezca la esperanza cristiana.

Los caminos de Dios

Jesús ha venido a ofrecernos la vida eterna, el Reino que no es de este mundo, aunque empieza a construirse en este mundo. Él no es ajeno a los sufrimientos de los hombres en la tierra. Él quiere aliviar eficazmente estos sufrimientos, pero no se propone eliminarlos. Más bien cuenta con ellos como inevitable compañía de todos los que quieran ser sus discípulos. *Si a Mí me han perseguido –dice– también a vosotros os perseguirán. No es el discípulo de mejor condición que el maestro* (Lc 51, 56). Y cosa notable: los más próximos a Él, por vínculos de familia, son los menos beneficiados por su poder taumatúrgico. Para José, el carpintero, y para María, la Madre de Jesús, no hubo milagros. La excelsa esclava del Señor que le dio a luz y le acompañó toda su vida, tendrá que oír un día palabras tan desconcertantes como éstas que nos narra el evangelista San Mateo: *Mientras Él hablaba a la muchedumbre, su Madre y sus hermanos, los parientes de Jesús, estaban fuera y pretendían hablarle. Alguien le dijo: Tu Madre y tus hermanos están fuera y desean hablarte. Él, respondiendo, dijo al que le hablaba: ¿Quién es mi Madre y quiénes mis hermanos? Y extendiendo su mano sobre los discípulos, dijo: He aquí a mi madre y a mis hermanos, porque quienquiera que hiciese la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre* (Mt 12, 47-50).

La voluntad del Padre que está en los cielos. Ahí es donde le encontramos siempre. *Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo* (Mt 6, 10), nos enseñará a orar en el Padrenuestro. *Pase de Mí este cáliz, mas no se haga mi voluntad, sino la tuya* (Mc 14, 36), dirá en el Huerto de los olivos. Y su última palabra, en la cruz, con la que se cierran sus labios agonizantes, también va dirigida al Padre: *En tus manos, oh Padre, encomiendo mi espíritu* (Lc 23, 46). Toda su vida consistió en obedecer al Padre, al que le envió a este mundo, en cumplimiento de las antiguas profecías, para que los hombres pudiéramos llegar a ser hijos de Dios. Éste es el objetivo fundamental de la predicación y la enseñanza de Jesús; también el de la constitución de la Iglesia por Él fundada.

Hacernos hijos de Dios. Hay que insistir en esto, porque lo olvidamos constantemente. Si se suprime del Evangelio este concepto, en el cual se resume el sentido de su misión en el mundo, todo queda reducido a un moralismo

filantrópico e inconsistente. Más aún: los gestos de Jesucristo en el Evangelio vendrían a ser una discriminación enojosa que levantaría siempre protestas justificadas. ¿Por qué resucitar al hijo de la viuda de Naín, y no a los de otras mujeres tan desamparadas y tan tristes como la que lloraba en el cortejo? ¿Por qué multiplicar los panes aquel día y no multiplicarlos siempre, puesto que siempre hay hambrientos? ¿Por qué hubo de ser privilegiado el ciego de Jericó, y no atendidos los demás ciegos del mundo, cuyos ojos también están hechos para contemplar la belleza de la luz y los colores?

Son preguntas que quedarán sin respuesta, si no tenemos presente que Jesucristo no vino al mundo, ni exclusiva ni principalmente, a hacer milagros. Los que hizo los realizó como prueba de su condición mesiánica y como signo de su corazón compasivo para con el que sufre. Pero el objetivo fundamental, primario, de su Encarnación fue otro: fue darnos su vida, la vida de Dios, más que un trozo de pan. El pan podemos y debemos dárselo unos a otros, pero la vida de Dios sólo Él podía ofrecérsela.

Los caminos que había de seguir para este ofrecimiento y para esta donación son también los de Dios, no los nuestros. Él pide la conversión del corazón a Dios, porque no hay paz ni felicidad posible si el corazón está vacío de Dios; nos manda orar para que obtengamos el don de la fe, sin la cual no puede haber religión cristiana; nos pide entrega total y confiada, como el ángel se la pidió a María, la humilde esclava del Señor; nos enseña que no temamos a quienes pueden quitarnos la vida aquí abajo, pero nada pueden arrebatarnos en el otro mundo; nos da su Cuerpo y su Sangre en la Eucaristía, como memorial del amor de su pasión; instituye los demás sacramentos para introducirnos o para desarrollarnos en la vida de la gracia; nos pide penitencia y lucha contra nuestras pasiones desordenadas; nos insiste en que el primer mandamiento es éste: *Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu voluntad, con todo tu espíritu. Y el segundo, semejante al primero, éste: Amarás al prójimo como a ti mismo* (Mc 12, 30-31).

Todo esto es el núcleo de la predicación de Jesús. Éste es el Evangelio. Jesús ama, ama siempre, ama desde la cumbre altísima de su vida, ama con amor indecible; ama todo lo bueno que hay en el hombre, pero, sobre todo, lo que no perece ni se extingue. No se detiene en las épocas históricas, en las nacionalidades políticas, en las circunstancias concretas; su amor va más allá y salta todas las barreras. Ama al hombre, a los hombres todos, y en todos quiere que brote y se mantenga viva la llama del amor al Padre y a los demás hermanos, de tal manera que luzca como un resplandor constante, puro, universal, paciente, limpio de todos los egoísmos personales. Los caminos por donde Dios nos lleva no son los nuestros, hijos, no. Porque nosotros, por nosotros mismos, no somos capaces de amar las virtudes evangélicas, sino en tanto en cuanto nos favorecen. Por eso yo no pongo mi esperanza cristiana en los hombres, en los discursos, en los libros, en las organizaciones de la Iglesia, en las diócesis, ni siquiera en un Concilio en lo que tiene de obra humana. La pongo en esa mano de Dios que hay que descubrir con respeto y humildad, porque está moviéndose en el interior de todos esos organismos de la Iglesia: en el interior de un Concilio, de una diócesis, de una parroquia, de una asociación de apostolado, de un libro escrito para difundir la fe, de una predicación hecha con amor; en todo esto se mueve la mano de Dios.

La Iglesia de entonces amaba

Ahí, sí, ahí pongo mi esperanza cristiana. Si yo prescindo de esa mano de Dios que se mueve abriendo sus caminos –los suyos, no los nuestros– todo esto, organizaciones diocesanas, parroquiales, asociaciones, escritos, discursos..., todo es vano, y, como vano, se desvanece. Y todo se desvanece y es vano si no hay eucaristía y sacramentos, oración y fe, penitencia y mortificación de los sentidos, vidas consagradas a Dios en la pobreza, en la castidad, en la obediencia, humildad y respeto, amor siempre de unos a otros y no egoísmo caprichoso y soberbio. Si no hay esto, la Iglesia no subsiste; se convierte en una estructura sociológica, pero no es la Iglesia del Señor, y en sus órganos no se mueve la mano de Dios, y los caminos que os ofrecería no son los caminos que Él vino a señalar. Pero, sí, la Iglesia nos los ofrece, porque la Iglesia es fiel a su Fundador. Ella no ha tenido ni tiene otra misión que ésta de amar y extender a todos los hombres el amor con que Dios nos ama. Lo ha hecho siempre, y a ello se debe el que sea una institución única entre todas las instituciones de la tierra. Lo que la distingue, por voluntad de su divino Fundador, no es el servicio que pueda prestar –y lo ha prestado eminente– al arte o la cultura, no. Es su capacidad de amar siempre y de ofrecer a los hombres, por encima de las desatadas pasiones que todo lo destruyen, las señales confortadoras de que Dios nos ama y quiere salvarnos por el amor, invitándonos a vivirlo en nuestra relación con Él y con los demás hombres, nuestros hermanos.

Esto es lo que distingue a la Iglesia, el que ella pueda ofrecernos lo que ninguna otra institución en la tierra. Lo que el mundo no puede dar por sí mismo a los hombres, a cada hombre, es el amor de Dios-Padre al hombre. El mundo puede dar placer, riquezas, poderío, dinero, ciencia. Pero no puede dar el amor. Éste es un don reservado a Dios mismo y Él es quien señala los caminos por donde podemos encontrarlo. Ahora es en la Iglesia y a través de la Iglesia. No importa que, servida por hombres, en sus instituciones aparezca tantas veces la torpe huella humana. Detrás de los muros de una catedral o de una humilde capilla de aldea, en el corazón de una madre de familia cristiana o en una comunidad de almas consagradas a Dios, en el joven y en el anciano que tienen fe, en la palabra del apóstol y en la oración del sacerdote, late sin extinguirse nunca del todo el eco del amor de la Iglesia, su sacrificio, su pureza, su llamada a lo alto, su recuerdo de lo pobre y transitorio de las cosas humanas. Ella sigue ofreciendo los sacramentos de Cristo, sigue predicando una palabra que no cansa, sigue bendiciendo el amor de los esposos, atiende a los enfermos, consuela a todos los afligidos que la buscan, protege la inocencia de los niños, acoge sin cesar a todos los que un día extraviados vuelven a su seno con el corazón arrepentido, hastiados de tantas torpezas y miserias.

También la Iglesia del Concilio ha tenido esta misión y no otra: amar y seguir los caminos de Dios. Ved, queridos hijos míos, los que estáis aquí, los que me oís a través de la radio, todos los fieles de la diócesis de Barcelona y todos aquellos a los cuales pueda llegar mi voz; escuchad, una vez más, las palabras orientadoras, las que de verdad nos iluminan, las palabras del Santo Padre; ved cómo Pablo VI declaraba en el discurso de apertura de la última sesión conciliar esto que estoy diciendo, que la Iglesia del Concilio también tenía como misión la de ofrecer el amor de Dios que los hombres no pueden encontrar fuera de los

caminos que Él mismo ha señalado. Decía así el Papa, en aquel memorable discurso:

“Nuestro amor aquí ha tenido ya y tendrá expresiones que caracterizan a este Concilio ante la historia presente y futura. Tales expresiones responderán un día al hombre que se afane en definir la Iglesia en este momento culminante y crítico de su existencia. ¿Qué cosa hacía en aquel momento la Iglesia católica?, se preguntará. ¡Amaba!, será la respuesta. Amaba con corazón pastoral, todos lo saben, si bien es difícil penetrar la profundidad y la riqueza de este amor que Cristo hizo brotar tres veces del corazón arrepentido y ardiente de Simón Pedro... *Jesús dice a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú más que los otros? Le responde: Sí, Señor. Tú sabes que te amo. Le dice Jesús: ¡Apacienta mi grey!* (Jn 21, 15). Y el mandato de apacentar su grey, derivado del amor a Cristo, ¡oh sí! dura todavía y da razón de ser a esta Catedral, como se extiende y dura todavía y da razón de ser a vuestras Catedras particulares, obispos, venerables hermanos; y hoy se afirma con conciencia y vigor nuevos; este Concilio lo dice: ¡La Iglesia es una sociedad fundada sobre el amor y gobernada por el amor! Amaba la Iglesia de nuestro Concilio; se dirá también, amaba con corazón misionero. Todos saben cómo este sacrosanto Sínodo ha intimado a todo buen católico a ser apóstol y cómo ha ensanchado los límites del celo apostólico a todos los hombres, a todas las razas, a todas las naciones, a todas las clases: la universalidad del amor, también cuando vence las fuerzas de quien la persigue o exige de ese amor la entrega total y heroica, ha tenido aquí, y la tendrá para siempre, su solemne voz”¹. Así expresaba el Papa cuál ha sido el sentido íntimo y la orientación suprema del trabajo de la Iglesia en el Concilio.

Basta un poco de odio para dejar de ser cristianos

Entonces, ¿qué ha pasado? Si los caminos de Dios son caminos de su amor, si la Iglesia ha sido instituida para amar, si el Concilio es también obra del amor, y la Iglesia conciliar amaba, ¿qué ha pasado, que nos encontramos hoy sus hijos tan desasosegados e inquietos, tan irritados y tan duros, tan poco caritativos unos con otros, en una palabra, tan faltos de amor, a pesar de seguir llamando a la Iglesia Madre nuestra? Intentaré señalarlo, siempre con el mismo propósito: el de que, conocidos los motivos de esta situación, podamos explicarnos los hechos, sin perder la esperanza en Dios y en el misterio de la Iglesia, aunque tengamos que reconocer que de los hombres solos podemos esperar siempre poco, como no sea la siembra de la confusión y el desconcierto. Pero un cristiano de raza, auténtico, aunque se sienta solo, no perderá la esperanza, y la Iglesia seguirá viviendo en su corazón como una llama pura y sagrada que no se extinguirá jamás. “Por ello todos los discípulos de Cristo, perseverando en la oración y alabando juntos a Dios (cf. Hch 2, 42-47), ofrézcanse a sí mismos como hostia viva, santa y grata a Dios (cf. Rm 12, 1); y den testimonio por doquiera de Cristo, y a quienes lo pidan, den también razón de la esperanza de la vida eterna que hay en ellos” (LG 10).

Resumiendo mi pensamiento, yo diría que en esta época posconciliar, por entre las rendijas del cuerpo social de la Iglesia, se ha escapado y se ha extendido un

¹ PABLO VI, Discurso en la apertura de la cuarta y última sesión del Concilio Vaticano 11, 10 septiembre 1965: IP III, 1965, 477-478.

poco de ese veneno del orgullo y el desamor que, bajo diversas formas, siempre halla cobijo en el pobre corazón humano. Puede ser egoísmo en el mantenimiento del propio criterio, desprecio, altanería, violencia, retorcimiento de las palabras conciliares, acusaciones y reproches mutuos, insultos, vejámenes, improperios. Sí, sin darnos cuenta –y esto es lo más triste, porque nos incapacita para poder curarnos de la enfermedad– sin darnos cuenta, casi estamos odiándonos. Y basta un poco de odio para dejar de ser cristianos. Aquí y allá, es suficiente que unos pocos de corazón estrecho pierdan de vista el misterio del amor de Cristo, para que enseguida otros grupos más numerosos se dejen conducir, en un sentido o en otro, a actitudes de intolerancia y aborrecimiento que matan la caridad cristiana.

Escuchemos, una vez más, las palabras del apóstol San Pablo, capítulo trece de la primera carta a los Corintios: *Si hablando lenguas de hombres y de ángeles no tengo caridad, soy como bronce que suena y címbalo que retiñe. Y si teniendo el don de profecía y conociendo todos los misterios y toda la ciencia y tanta fe que traslade los montes, si no tengo caridad, no soy nada. Y si repartiere toda mi hacienda y entregase mi cuerpo al fuego, no teniendo caridad, nada me aprovecha. La caridad es longánima, es benigna; no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha; no es descortés, no busca lo suyo, no se irrita, no piensa mal; no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; todo lo excusa, a todo se acomoda, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera (1Cor 13, 1-7).* Según esto, no sirve de nada alardear de espíritu de pobreza, si no hay caridad. No vale invocar el espíritu profético descubridor de nuevos caminos, si no hay caridad. Se falta a la caridad cuando nos irritamos ante una innovación que puede ser fecunda y bienhechora, y también cuando nos dejamos llevar de la soberbia, obrando precipitada y temerariamente. Se falta a la caridad cuando nos complacemos en la injusticia, sí; y también cuando, por afán de justicia, atropellamos la verdad. *La caridad –dice San Pablo– a todo se acomoda* (es decir, todo lo examina para descubrir lo bueno que puede haber en todo y alabarlo), *cree todo, todo lo espera y todo lo soporta.*

Y ya no nos soportamos. Esto es lo que está sucediendo. Actitudes emocionales impiden que la doctrina conciliar serenamente aplicada nos brinde esa imagen más hermosa de la Iglesia que vamos buscando todos. Porque, eso sí, todos buscamos un perfeccionamiento progresivo en los hombres y en las instituciones de la Iglesia. Constantemente hemos de estar haciendo esfuerzos para ir asimilando, cada vez más, una generación tras otra, la inmensa riqueza doctrinal, mística, ascética, moral, que brota de sus entrañas. Todos lo deseamos, pero lo estamos estorbando con nuestras irritadas impaciencias y con esas actitudes mezquinas que tantas veces frustran las mejores aventuras en la vida personal de un cristiano y en la vida social de un pueblo.

En estos tres años que han transcurrido desde que el Concilio terminó, la gran víctima, caída en el suelo, pisoteada por unos y por otros, ha sido la caridad con la Iglesia, no en abstracto y teóricamente, sino en concreto, tal como la Iglesia vive. Nuestra actitud ya no es paciente ni sufrida. Se desprecia y se aborrece en concreto a las religiosas consagradas a Dios, a quienes se considera inútiles para el Reino de Cristo, cuando lo cierto es que Cristo las llama con lo mejor de su corazón; se rechazan enseñanzas del Papa, y se le califica de hombre puramente doctrinal, complicado y senil; se juzga a todo un episcopado, sin

concederle un mínimo margen de respetabilidad, incluso en lo que es discutible; se habla de diálogo y cada cual lo convierte en monólogo a su favor; se señalan cauces para que puedan opinar todos, y en seguida se rompen, porque surgen las voces de los que dicen que ellos solos son los que tienen la razón y no hay que perder el tiempo oyendo a los demás.

No, esto no es amor a la Iglesia. A la Iglesia se la ama tal como es, incluso con sus defectos –ha dicho el Papa; no por los defectos, sino porque sólo así se pueden corregir. Un hombre no dice, en abstracto: “Yo amo a la madre”. Dirá: “Yo amo a mi madre”. Y si no amamos al Papa de hoy, a los hermanos de hoy, a los sacerdotes, religiosos, fieles y obispos de hoy, con los que me encuentro en la parroquia, en la diócesis, en la comunidad, en la familia, en el barrio, en la oficina de trabajo, en la fábrica; si no amo a esta Iglesia así, concretada en estas personas, a esta Iglesia que es ese prójimo caído en el camino, al que mis manos pueden tocar, y cuya voz puedo escuchar, si yo no amo a esta Iglesia del siglo XX, concretamente del año 1969, en Barcelona y en las diócesis de España y del mundo, yo no amo a la Iglesia. Amo una abstracción, un capricho, un fruto de mi imaginación o de mi egoísmo.

Para amar a la Iglesia hay que partir siempre de la realidad concreta en que se presenta, y de los esfuerzos buenos de todos, obedientes al plan del espíritu de Dios para construir su Reino en este mundo. No podemos despreciar nada de cuanto se haga con humildad y con amor. No podemos decir: “Tengo la exclusiva en mis manos; los únicos caminos válidos son éstos; los demás son despreciables”. No es lícita esta actitud. Dios cuenta con todos y a todos reparte sus dones. El amor a la Iglesia está por encima de pasiones y prejuicios, de artículos periodísticos y de posiciones partidistas.

Falta el amor. Y por eso los frutos no aparecen. La Iglesia del Concilio amaba. ¿Cómo va a bendecir Dios nuestro esfuerzo, si en el posconcilio hemos dejado de amarnos? Cuando obramos así, estamos amando a lo nuestro, a nuestro grupo, a nuestra opinión, a nuestros propósitos. Amor que divide no es amor. Es amor mezclado con odio. Y basta un poco de odio, repito, para dejar de ser cristiano. Ser cristiano, no lo reduzcamos a quitar, poner, añadir, cambiar. Es algo mucho más profundo ser cristiano. Las obras son hijas del espíritu. Sí, sí, es cierto. *Por sus frutos los conoceréis* (Mt 7, 20), porque el árbol bueno tiene que dar frutos. Pero los frutos prefabricados, señalados de antemano, con arreglo a criterios apasionados y parciales, brotan más que de los árboles, de la maleza que les rodea.

Es que ni siquiera basta, si queremos ser cristianos de verdad, decir que hemos de ser hermanos. Ni siquiera esto basta. Porque, aun entre hermanos, hay odio. Cristo nos invita a algo más grande: no sólo a ser hermanos, sino a ser hijos de Dios. Si uno se queda en la dimensión horizontal de fraternidad con los demás, la solidaridad humana se desgasta y se consume. Se trata de ascender a cumbres más altas, las propias de hijos de Dios. Sólo así podemos superar las diferencias y encontrarnos todos situados en una dimensión más alta y más profunda. Ser cristiano es tener un corazón bueno en el que sólo hay amor. La bondad de un corazón así produce la vida y crea una actitud hacia el prójimo. No existe el otro. Lo que debe existir es el prójimo, cercano a mí. Pero, para que yo le admita como cercano, tengo que encontrarme con él, viéndonos los dos como hijos de Dios. *Hay diversidad de dones, pero uno mismo es el Espíritu. Hay*

diversidad de ministerios, pero uno mismo es el Señor. Hay diversidad de operaciones, pero uno mismo es Dios, que obra todas las cosas en todo... Todas estas cosas las obra el único y mismo Espíritu, que distribuye a cada uno según quiere (1Cor 12, 4-6. 11). Vosotros, pues, como elegidos de Dios, revestíos de entrañas de misericordia, bondad, humildad, mansedumbre, longanimidad... Y todo cuanto hacéis de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre el Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por Él (Col 3, 12-17).

No nos protejamos con actitudes que crean abismos entre unos y otros. No hay un sí condicional cuando Dios nos llama. Tenemos que dar un sí definitivo y pleno a nuestro Señor Jesucristo; y cuando fallamos, reconocer humildemente que hemos fallado y pedir perdón al Señor. Ese perdón solicitado y conseguido a través de nuestra santa Madre, la Iglesia, vuelve a situarnos en la esfera de la relación cordial con Dios y con los hombres. El fallo, momentáneo o transitorio, puede servir para la purificación, nunca para desesperarnos. Lo malo es no reconocer el fallo y querer cohonestarlo todo, haciendo, o queriendo hacer que el cristianismo se identifique con nuestras actitudes. Así no se puede servir a la Iglesia.

Nada más, hijos. Recuerdo otro pasaje aleccionador del Evangelio de San Lucas: *Envió el Señor algunos de sus discípulos para que buscase albergue en un pueblo de samaritanos, y fueron rechazados. Entonces Juan y Santiago dijeron: ¿Quieres que pidamos que baje fuego del cielo y que los consuma? Y el Señor los miró con compasión y les dijo: No sabéis de qué espíritu sois. El Hijo del Hombre no ha venido a perder a los hombres, sino para salvarlos. Y con esto se fueron a otra aldea (Lc 9, 54-55).*

¡Cómo tendríamos que aplicarnos hoy estas palabras! ¡Cuántos, de un extremo y de otro, en su interior, casi dicen lo mismo que estos dos Apóstoles: “Que baje fuego del cielo y que consuma al contrario, al que no piensa como yo, a aquellos sacerdotes, a esos grupos de cristianos, a los de esta o aquella tendencia, a tales o a cuales, a estos obispos retrógrados o avanzados”! Todo quisiéramos que lo resolviera el fuego del cielo. Pero no son éstos los caminos de Dios. Se necesita, por una y otro parte, más humildad, paciencia, amor y fe.

Entonces la esperanza cristiana se fortalece; siempre se fortalece, nunca se extingue.

SED PERFECTOS, COMO MI PADRE QUE ESTÁ EN LOS CIELOS

Conferencia pronunciada el 14 de marzo de 1969, viernes de la tercera semana de Cuaresma.

Deseo hablaros hoy de la santidad de la vida del cristiano. Es un paso más en el camino que juntos iniciamos la noche del Miércoles de Ceniza, cuando os anuncié mi propósito de dedicar las conferencias cuaresmales de este año a hablar de la esperanza. Está puesta a prueba en esta hora de la Iglesia, os decía la primera noche, pero no puede fallar, si de verdad hacemos que descansen en Dios. Y de Dios vengo hablándoos todos los días, porque es un deber fundamental de los obispos velar por la santidad del pueblo que se les ha encomendado, y no puede haber santidad si no hay amor y unión con Dios.

No hay que temer. El Concilio está ahora sepultado como un grano de trigo, decíamos; pero brotarán las espigas más tarde. Llamados por Jesucristo, hemos de cumplir toda la ley con la disponibilidad de corazón, porque en la ley de Dios está la verdad. Los caminos por donde Él nos lleva son siempre caminos de amor que nos conducen a la vida eterna. Si amamos a Dios y a los hombres, colaboraremos de verdad en la construcción del Reino de Cristo, con amor, sin odio, pacientes y humildes como el mismo Cristo, Señor nuestro, y como la caridad de que Él nos da ejemplo continuo. Así es como se establecen las bases de la esperanza cristiana. Pero todavía un paso más y llegamos a la cumbre. Es necesario, queridos hijos, aspirar a la vida de santidad cristiana plenamente; entonces es cuando dejamos a Dios realizar su obra; entonces en el corazón cristiano como persona individual y en el corazón de la Iglesia como sociedad visible en este mundo, florece la esperanza y se da a los hombres el gran testimonio.

La santidad cristiana

Hablemos, pues, de la santidad cristiana. Sólo Cristo comprende la grandeza de la existencia humana, y por eso es el único que puede señalar la norma y la ley que la lleven a su desarrollo y plenitud. La comprende Cristo, porque la lleva dentro y sólo el que encierra dentro de sí esta grandeza puede hablar de ella en toda su profundidad, de la misma manera que sólo el sabio puede hablar de la ciencia y el artista de la belleza. El Verbo de Dios, al asumir la naturaleza humana, se hace hombre. Es un hombre. Viene a *los suyos*, como dice el Evangelio (Jn 1, 11). No es, pues, un extraño ni un utópico idealista. Conocedor de las alturas a que puede llegar un hombre, porque el Verbo de Dios lanza su programa de plenitud, por encima de la cual ya no podrán señalarse cumbres más altas. Los programas de los hombres son éstos: progreso material, perfeccionamiento del orden social y político, ciencia y técnica, humanismo. No son despreciables estos programas, objeto de los más nobles deseos humanos. Esforzarse por realizarlos es ya, por sí mismo, un honor. Pero quedan ahí, no pueden dar más de sí. Cristo dice algo más: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mt 5, 48). Pronuncia estas palabras al final del Sermón de

la Montaña, en que ha expuesto las Bienaventuranzas, el ideal de la sinceridad en el bien, la necesidad de la rectitud de intención y del corazón limpio, la confianza en Dios, la oración del Padre nuestro. El Sermón de la Montaña es como una síntesis de nuestras relaciones con Dios, con los hombres y con el mundo; y, al concluirlo, dice Jesucristo: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.*

Entendámoslo. Estas palabras no significan que debamos aspirar a ser iguales a Dios en su perfección infinita y única. Ello sería absurdo. Es otro el sentido. Lo que se nos pide es que, a escala nuestra y dentro de nuestra condición de pobres y limitadas criaturas, viviendo en una relación filial con el Padre, tal como Cristo nos lo enseña con su vida y con su doctrina, pensemos y obremos en relación con los hombres, con las cosas, con el mundo, volviendo siempre nuestro rostro hacia el Padre, para tener eso, lo que Él nos ofrece: amor, pureza interior, perdón, justicia santa, fe en su providencia, oración confiada, anhelo y súplica ferviente de que su voluntad –tan justa y tan perfecta– se cumpla así en la tierra como en el cielo. Para los hijos pequeños, la idea del poder, del saber, del mundo y de las cosas, les viene de su relación filial con sus padres. Lo que sus padres digan, aquello es. Y se nos pide que seamos así: hijos pequeños en nuestra relación con Dios, para pensar y querer lo que Él piensa y quiera. *Si no os hicieréis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos* (Mt 18, 3). Y es que, cuanto más niños somos en la aceptación del pensar y el querer del Padre, más grandes nos hacemos participando de su propia y divina grandeza, porque incorporamos a nosotros su voluntad y la hacemos nuestra. Y entonces sucede que este ideal propuesto por Jesucristo: bienaventuranzas, amor, perdón, anhelo de justicia, fe en la providencia, oración confiada, ya no es simplemente una norma moral ni un código de acciones, sino un modo de ser, una nueva existencia, una nueva vida.

Éste es el secreto de la santidad. El hombre se hace como un niño con respecto a Dios, capta su espíritu y se acoge a su pensamiento y a su voluntad. En ello no hay infantilismo ni empequeñecimiento, porque, para obrar así, el hombre tiene que poner en juego su libertad, la cual, ayudada por la gracia, realiza el acto más serio y más profundo de que es capaz un adulto: aceptar dentro de sí una nueva vida con docilidad de niño, pero con previsión de resultados tan grandes que se pueden llamar divinos. En esta aspiración hay una grandeza mayor, incluso para lo humano del hombre, que en el deseo de ser el más sabio de la tierra o de conquistar todos los mundos. Porque la vida de Dios es más grande que la ciencia del hombre y que todos los planetas juntos. Recibir y desarrollar dentro de nosotros la vida de Dios, que Cristo nos ofrece, correspondiendo a su invitación con una lucha constante y sacrificada, gracias a los auxilios del Señor, nos abre plenamente el camino de la santidad cristiana. No hay grandeza mayor a la que un hombre pueda aspirar en la tierra.

Cristo, el modelo y el camino de la santidad

¿Cómo hemos sabido esto? Por medio de Cristo, que nos lo ha revelado. ¿Y cómo lo vemos realizado? En Cristo, cuya naturaleza humana, de hombre, está santificada y es santa por su unión con Dios en la Persona del Verbo, sin otra aspiración más que hacer la voluntad del Padre. ¿Y cómo podremos conseguirlo nosotros? Imitando a Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida. Él, se nos

ofrece como modelo, Él nos proporciona el auxilio, Él nos señala la meta, “Él, que es imagen de Dios invisible (Col 1, 15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En Él la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo el hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado” (GS 22).

Por eso os decía al principio que sólo Cristo es el que puede señalar las cumbres más altas de la grandeza a que puede llegar un hombre en la tierra. Cuando un hombre marca así su vida, está dando gloria a Dios, y todo lo que brota de su pensamiento y de sus manos a gloria a Dios. Entonces se logra el fin de la creación en el hombre. Cristo cabeza y los cristianos, miembros de su Cuerpo, asumen la tarea sublime de que la naturaleza humana y las cosas terrestres se muevan en la armonía del orden querido por Dios al crear el mundo, ese orden por el que suspiran todas las cosas, hasta el punto de que ha hecho pensar a muchos teólogos que, aunque no hubiera habido pecado de nuestros primeros padres, Cristo habría venido al mundo para ofrecer al hombre y a la creación la posibilidad de presentar, tal como puede ser realizada ya aquí abajo, la culminación gloriosa de las relaciones entre lo creado y el Creador.

Sólo añadiré que es en Cristo donde encontramos, además del modelo, el camino para alcanzar esa perfección anhelada. De lo contrario, aunque nos hubiese sido revelado el ideal, parecería siempre como algo abstracto e inconcreto. Pero en Cristo aparece concreto, personalizado y vivo. Por eso San Pablo, mensajero de la perfección de la existencia cristiana, dejó escritas estas frases insuperables, en las que se resume todo cuanto estoy diciendo. Como cuando dice en su carta a los Gálatas: *No soy yo el que vivo, sino Cristo quien vive en mí* (Gal 2, 20). O con más amplitud y desarrollo, en la primera carta a los Corintios: *Según la gracia de Dios que me fue dada, yo, como sabio arquitecto, puse los cimientos. Otra edifica encima. Cada uno mire cómo edifica, que cuanto al fundamento nadie puede poner otro, sino el que está puesto, que es Jesucristo.* Y continúa después diciendo: *¿No sabéis que sois templo de Dios y que el espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios le aniquilará, porque el templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros. Nadie se engañe; si alguno entre vosotros cree que es sabio según este siglo, hágase necio para llegar a ser sabio, porque la sabiduría de este mundo es necedad ante Dios; pues escrito está: Él caza a los sabios en su astucia. Y otra vez: El Señor conoce cuán vanos son los planes de los sabios. Nadie, pues, se gloríe en los hombres, que todo es vuestro, ya Pablo, ya Apolo, ya Cefas, ya el mundo, ya la vida, ya la muerte, ya lo presente, ya lo venidero; todo es vuestro y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios* (1Cor 3, 10-23).

He ahí esa síntesis apretada y robustísima de lo que debe ser la orientación de los esfuerzos del hombre hacia su destino eterno, girando en torno al núcleo fundamental: Cristo, rey de la creación, centro de la gloria de Dios, indicador de la meta más alta a que puede aspirar todo hombre que viene a este mundo. “El cristiano no es tan sólo él mismo y no está solamente en sí mismo. La

personalidad cristiana no es únicamente la personalidad natural de un hombre preciso, sino que en la soledad, en la libertad, la dignidad y la responsabilidad del cristiano, hay otra cosa, otro ser: Jesucristo”¹. El cristiano tiene, sí, las mismas preocupaciones, miserias, trabajos, limitaciones, etc., que los demás hombres. Los instrumentos que utilizan sus manos son los mismos que utilizan otros. Su espíritu y su cuerpo se verán afectados y sacudidos, igual que en los demás, por la enfermedad, las penas, el llanto y la aflicción. Pero es distinta su existencia y su manera de vivir. Tiene fe, esperanza y caridad. El cristiano que entiende así el secreto de su vida, va realizando el ideal de la grandeza a que Cristo le invitó.

Los dones del Espíritu

Cuanto estoy diciendo pertenece a esa zona del alma que, en lenguaje ascético, llamamos vida interior. Es la perla escondida de que habla el Evangelio, la rica y la fecunda intimidad donde se construye el Reino de los cielos, porque *el Reino de Dios está dentro de vosotros* (Lc 17, 21), dice Jesucristo. A esta interioridad van dirigidas todas las llamadas de Cristo. Asombra pensar con qué intensidad y qué apremio llama Jesucristo a este trabajo interior de profundización dentro de cada uno, para encontrar a Dios y vivir en unión con Él, como se vive con el Padre que nos da la vida. Lo externo y circundante, la economía, la comunidad política, la familia, los amigos parece como si no le interesaran. Y no es que no le interesen, no. Digo y diré mil veces que Cristo, con su doctrina, nos mueve constantemente a trabajar por un mundo mejor en su condición terrestre, y que el discípulo de Cristo ha de llevar esta preocupación como un anhelo constante en sus aspiraciones y propósitos. El Concilio Vaticano II ha sido bien explícito en estas proclamaciones.

Pero Jesús conoce el peligro a que estamos siempre expuestos. Él sabe que de un corazón cristiano de verdad brotarán después las acciones de la caridad y justicia que transforman el mundo, como de la pequeña semilla brota el árbol. Mas la vida divina, la unión con el Padre, el Reino en su dimensión más profunda y más nueva, lo que Él vino a traer, eso no lo fabrica el hombre por sí mismo. Lo da Él, Dios; lo alimenta el Espíritu Santo, prometido por Cristo; se desarrolla con la Gracia y con el esfuerzo constante del hombre. Él sabe que esto se pierde con facilidad, que cuesta asimilarlo y vivirlo, y por eso es su predicación casi única, su programa, su invitación constante, su lucha hasta la muerte con el demonio, con los fariseos, con los superficiales, con los que quieren hacer de Él un rey de este mundo.

Cristo se subleva contra todas estas pretensiones. Él ha venido a otra cosa y no quiere entrar por ese camino por donde le llevan los hombres. Tiene prisa – porque su vida va a ser corta– por proclamar el reino interior, la verdad de la unión con el Padre, la necesidad de vivir el don de Dios y la vida divina, aquello para lo cual Él ha venido a este mundo. Cuando resucite, nos habrá dado su vida plenamente, y nos dará el Espíritu que viene a mantenerla. Y por eso habrá dicho antes: *Os conviene que Yo me vaya* (Jn 17, 7); y nos ofrecerá la Iglesia como arca y depósito donde encontramos los medios que nos facilitan la entrega de

¹ R. GUARDINI, *El Señor*, vol. II, Madrid 1965², 262.

esos dones del Espíritu para poder llegar a la máxima unión con Dios. Esto es la santidad.

Dejar de ofrecer al cristiano este ideal, esta posibilidad, es mutilarle, es matar los gérmenes de su desarrollo, debilitar su sangre de familia y someterle a una anemia perniciosa que destruye su alma. ¿Quién, teniendo en su mano la posibilidad de abrir a un Wagner los caminos de la inspiración musical, a un Einstein o un Ramón y Cajal los de la investigación científica, a un Dante los de la poesía, quién habría sido capaz de cerrárselos, consciente y culpablemente? ¿No se sentiría asesino de algo muy grande y culpable de injusticia con la humanidad? De modo semejante, pero con mayor gravedad aún, privar al cristiano de la posibilidad de conseguir el ideal de una vida santa es, aparte de las demás consideraciones, causar al hombre y al mundo un daño irreparable, porque se impide que en un hombre habite Dios y llene su corazón con la plenitud de sus dones.

Los santos, esos seres felices

Yo os exhorto, pues, a vosotros, queridos hijos de la Diócesis, y a todos aquellos a quienes llegue mi voz, cristianos, hijos de la santa Iglesia católica; yo os exhorto a esa vida interior, a esa santidad, grandeza definitiva y suprema del hombre en este mundo, sí. Y para eso,

1º.- os invito a que améis al silencio. Es necesario que cada uno logre para sí mismo sus tiempos de silencio: silencio externo y silencio interior. El primero ayuda al segundo, y sólo en silencio interior el hombre puede encontrarse con Dios. El silencio es anterior a la palabra, y toda palabra fecunda y creadora brota del silencio del pensamiento interior. Hoy vivimos envueltos en el ruido: he ahí una de nuestras desgracias, propias de la vida moderna. Un poco más de silencio, cristianos, para entrar dentro de vosotros y contemplar, reflejado en la serenidad del lago interior de vuestras almas, el rostro del Señor que os busca.

2º.- os invito a la oración: la oración personal primero, la vuestra, de cada uno de vosotros mismos; la oración comunitaria también, en unión con los demás. La oración litúrgica de la Iglesia, sí; pero también la oración piadosa y subjetiva de cada uno, que nace del acto de fe en Dios, Padre nuestro, Padre tuyo, Padre mío. Cada uno de los hijos de una familia, aunque sean muchos, necesita hablar a solas con su padre en diversos momentos de su vida. No todos juntos y a la vez, sino cada uno. Así nosotros con Dios. Oración personal, no lo olvidemos.

3º.- os invito a frecuentar los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía, sin caer en escrúpulos de conciencia innecesarios, afanosos únicamente de lograr la máxima pureza posible en relación con Dios. Y frente a tendencias actuales que no hacen aprecio de la frecuente recepción de estos sacramentos, yo os digo, hijos, como Obispo de la Diócesis y pastor de vuestras almas: No os dejéis influir por estos criterios. Si Dios se acerca a nosotros con los sacramentos de la penitencia y la eucaristía, es porque quiere que nosotros nos acerquemos a Él recibéndolos.

4º.- os aconsejo también que leáis y meditéis la vida de Jesucristo y de los santos. La vida de Jesucristo, la luz, la fuerza y el amor. Y con la vida de Cristo, la de los santos así reconocidos por la Iglesia, los héroes de la santidad, los que

nos ofrecen, reproducido en su vida, el ejemplo de nuestro Señor. No os contentéis con libricos de espiritualidad ligeros como el viento, ahora tan frecuentes. Hay que ir a las fuentes; y las fuentes son, como la vida de Cristo y la Sagrada Escritura, las vidas de los santos y las obras de los grandes autores alabados por la Iglesia.

Ved, por ejemplo, lo que dice Santa Teresa de Jesús, hablando de los valores del alma en su libro *Las Moradas*: “Hemos de considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante o muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas. Que si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo, sino un paraíso a donde dice Él –el Señor– tiene sus deleites; ¿pues qué tal os parece que será el aposento a donde un rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes, se deleita? No hallo yo cosa con qué comparar la gran hermosura de un alma y la gran capacidad. Y verdaderamente apenas debe llegar nuestro entendimiento, por agudo que fuese, a comprenderla, así como no puede llegar a considerar a Dios, pues Él mismo dice que nos creó a su imagen y semejanza”².

Y hablando de la unión del alma con Dios y de la necesidad de la pureza interior dice: “Si una labradorcilla se casara con el rey y tuviese hijos, ¿ya no quedan de sangre real? Pues si a un alma hace nuestro Señor tanta merced que tan sin división se junte con ella, ¿qué deseos, qué efectos, qué hijos de obras heroicas, podrán nacer de allí, si no fuere por su culpa?”³. “Pues si el palacio lo henchimos de gente baja y de baratijas, ¿cómo ha de haber el Señor con toda su corte?”⁴ El palacio es nuestra alma, y si lo llenamos de gente baja y de baratijas, de pasiones, de afanes desordenados, de luchas internas, de precipitaciones temerarias, de faltas de caridad, de visiones mundanales; si lo llenamos de todo esto, ¿cómo ha de haber allí el Señor, con toda su corte? No es posible.

5º.- Por último, os invito a huir de las ocasiones de todo pecado y a llenar el alma de aspiraciones santas, como conviene al cristiano en quien mora el Espíritu Santo. Estos consejos que os doy son los que nos ha dado siempre la ascética cristiana, para poder seguir a Cristo en su camino. Lo que ocurre es que hoy, con tanto hablar del Concilio, y de reformas, y de cambios de estructuras, etc., nos estamos olvidando del Catecismo. Y no hay Concilio sin Catecismo, como no hay Catecismo sin Evangelio, y no hay Evangelio sin Cristo conocido, amado y vivido por los discípulos que aspiran a la santidad a que Él nos llama.

¿Qué vamos a ofrecer al mundo?

¿Qué vamos a ofrecer al mundo los cristianos, si prescindimos de esta única riqueza? Lo que tenemos que darle es la fe inmovible en Cristo, traducida en vida. El mundo no nos pide lo que él ya tiene de por sí. El mundo necesita que le descubran el sentido de la vida y ver personas en todos los ambientes, razas, sistemas, circunstancias, que vivan su fe. No destruir y acumular ruinas en la piedad y la vida de la fe, esperando que surja después un cristianismo sincero como por arte de magia. Los científicos son más consecuentes; en sus esfuerzos

² SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas primeras*, cap. 1,1; BAC212, Madrid, 1986, 472.

³ SANTA TERESA DE JESÚS, *Meditaciones sobre los Cantares*, cap. 3,8; BAC 212, Madrid, 1986, 448.

⁴ SANTA TERESA DE JESÚS, *Camino de Perfección*, cap. 48, 4; BAC 212, Madrid, 1986, 354.

para lograr hallazgos, se atienen a lo que ya se ha descubierto. Se estudia lo anterior, se mantiene lo que es verdad, y se intenta abrirlo más y más. Así también en la vida de la Iglesia. Hay que mantener lo anterior, lo que Cristo y la tradición nos han dado; y, apoyados en ello, continuar adelante y abrirlo más, pero sin destruirlo. Y lo destruye quien olvida que, para realizar cualquier intento serio de vida cristiana en el mundo, es indispensable mantenerse en esta unión íntima y profunda con Jesucristo por los caminos que Él nos señala, no por los caminos que nosotros podamos ofrecer.

Los santos son también los seres más felices de este mundo, no sólo porque tienen la felicidad que les da su unión con Dios, sino porque poseen también la que nace de derramar a su alrededor la esperanza y el bien.

Cuando uno tropieza con un santo se siente mejorado siempre. Y aun los incrédulos los buscan a veces, seguros de encontrar en su trato con ellos fortaleza, serenidad y paz. La historia de la Iglesia ha sido así. Cuando la sociedad antigua se descompone, surge un San Benito que con su espíritu presta los mejores servicios a la civilización cristiana. Tras la invasión de los bárbaros, que amenazan otra vez con destruirlo todo, vienen los santos misioneros que difunden la fe por toda Europa. Después, en la Edad Media, cuando en monasterios y conventos se oye demasiado ruido del mundo, San Bernardo restaura en las almas mejores el sentido de la contemplación y de la paz, al igual que Francisco de Asís, con su entrega a la pobreza heroica, convencerá al mundo de que el dinero no puede ser el dios del hombre.

Más tarde, en otra época difícil, santos como San Felipe Neri, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús, impulsan la gran corriente que partió de Trento, donde se celebró el Concilio que reformó la Iglesia de Cristo. Y como para aplicarlo y vivirlo, surgirán santos como San Carlos Borromeo, San Francisco de Sales y el mismo San Pío V, los cuales ejercen una influencia prodigiosa. Como en nuestros tiempos modernos: frente al vértigo del ruido y la velocidad, aparece la carmelita de Lisieux, Santa Teresita del Niño Jesús, de cuyo silencio y oblación a Dios siguen brotando rosas; o bien, frente al afán de dominio del mundo, el ejemplo del sacerdote más desprendido, el cura de Ars; o frente a la ola de sensualidad y lujuria, el de una joven consciente de lo que vale la virginidad y capaz de defenderla hasta el martirio, Santa María Goretti.

Los santos salvan al mundo siempre. Y santos son los que necesita la Iglesia de hoy, en este momento de renovación conciliar. En los santos “Dios manifiesta al vivo ante los hombres su presencia y su rostro. En ellos Él mismo nos habla y nos ofrece un signo de su reino, hacia el cual somos atraídos poderosamente con tan gran nube de testigos que nos envuelve (cf. Hb 12, 1) y con tan gran testimonio de la verdad del Evangelio” (LG 50). Hemos de aspirar a que se viva todo lo que el Concilio ha predicado. Queremos un mundo en que los valores terrestres sean cada vez más apreciados por los hombres, y que los cristianos sean los primeros en desarrollarlos. Pero estamos plenamente convencidos de que la Iglesia, como Iglesia, no tiene nada que hacer, si se limita a predicar un programa de mera justicia humana. Ha de predicarlo, es cierto; pero debe hacerlo brotar de las fuentes hondísimas de la unión con Dios a través de Jesucristo, del Evangelio santo, de la fe, de la esperanza, de la caridad.

Mientras no surjan hombres y mujeres plenamente dispuestos a vivir este ideal en las parroquias y obispados, en los conventos y colegios, en las familias y asociaciones de laicos, en todas partes, la renovación conciliar será muchas veces un grito que se pierde en el vacío. Y no conseguiremos más que amargarnos unos a otros, porque estaremos todos proclamando exigencias, sin dar ninguna solución eficaz. Las soluciones tienen que venir de alguien que nos une a todos, de algo en que coincidimos todos; el que nos une es Cristo y en lo que tenemos que coincidir es en la vida interior de nuestras almas, en unión con Cristo, o sea, en la aspiración a la santidad tal como Él nos la señala, no tal como cada uno quiera proponérsela.

“La razón más alta de la dignidad humana –son palabras del Concilio– consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Existe pura y simplemente por el amor de Dios, que lo creó, y por el amor de Dios, que lo conserva. Y sólo se puede decir que vive en la plenitud de la verdad cuando reconoce libremente ese amor y se confía por entero a su Creador. Muchos son, sin embargo, los que hoy día se desentienden del todo de esta íntima y vital unión con Dios o la niegan en forma explícita. Es este ateísmo uno de los fenómenos más graves de nuestro tiempo...” (GS 19).

El día en que se vea el brillo de esta luz, los caminos quedarán despejados.

PREDICAD LO QUE YO OS HE MANDADO

Conferencia pronunciada el 21 de marzo de 1969, viernes de la cuarta semana de Cuaresma.

El viernes pasado os hablé de la santidad en la vida del cristiano como meta suprema a la que debemos aspirar todos en este mundo, en respuesta a la llamada de Jesucristo. *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mt 4, 48). El Concilio Vaticano II, en su constitución dogmática sobre la Iglesia, dedica todo el capítulo quinto a hablar de la vocación a la santidad a que estamos llamados todos los cristianos: obispos, sacerdotes, religiosos, laicos, absolutamente todos. Y a todos nos ofrece el Espíritu Santo sus dones divinos, para poder alcanzar la unión con Dios y participar de su vida.

Ésta es la gran riqueza de la Iglesia. Olvidarla o desestimarla significa desconocer o despreciar el sentido y la significación de la venida de Cristo al mundo. Por eso, insistía yo tanto el último día en que no perdiéramos nunca este ideal, esta meta suprema, por encima de la cual no puede señalarse otra más alta: la de vivir la santidad cristiana entendida así, como participación plena y gozosa de la misma vida de Dios.

Los predicadores del Reino

Esta noche deseo hablaros de la predicación del Evangelio y de los predicadores de la palabra de Dios, los predicadores del Reino, del humilde Reino de Dios que empieza a construirse en este mundo.

Podríamos decir que cuando Jesucristo sale de esta vida terrena para subir a los cielos, lo único que deja como herencia a los Apóstoles es la palabra, algo tan efímero y tan pobre, al parecer, como una palabra. No les deja el poder, ni la ciencia, ni el dinero, ni la sabiduría política; les deja simplemente el encargo de predicar todo cuanto Él ha enseñado y mandado.

Dice el evangelista San Mateo, en el último capítulo de su Evangelio: *Los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado, y, viéndole, se postraron, aunque algunos vacilaron; y, acercándose, Jesús les dijo: Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues; enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado. Yo estaré con vosotros siempre, hasta la consumación de los siglos* (Mt 28, 18-20).

Observad: *Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra*. Cualquiera esperaría que, como consecuencia de esta afirmación tan enfática, legítimamente llena de ese énfasis divino que sólo podía emplear el Señor, Él iba a dar ahora a los Apóstoles impresionantes facultades y poderes. No, lo único que les da es este mandato: *Enseñad a todas las gentes, bautizándolas; enseñadles a observar todo cuanto yo os he mandado*. Y los Apóstoles empezaron a predicar el Evangelio en un mundo que lo desconocía totalmente.

Y el Evangelio se difundió por el mundo, y los hombres creyeron.

¿De dónde les vino a los Apóstoles la fuerza y éxito en aquella empresa tan extraordinaria y superior a sus fuerzas? De dos cosas: primero, de que lo que predicaban es la palabra de Dios; y segundo, de que, detrás de su predicación, está asistiéndoles el Señor, Él mismo. Hay una relación estrecha: ni la palabra se predica sin la asistencia de Dios, ni la asistencia se da a otra palabra distinta de la del Señor. La fuerza de la predicación de los Apóstoles radica aquí: en que predicaban la auténtica palabra de Dios, no la de ellos. Eso no puede hacerse sin una asistencia divina. El hombre puede predicar por sí mismo su propia palabra, pero la de Dios, sin la asistencia divina, no. Y la asistencia no se promete a una palabra humana, sino a la suya, a la que Él ha enseñado. Porque los Apóstoles fueron fieles, la asistencia del Señor se dio, y el Evangelio prendió en el corazón de los hombres.

¿Qué es lo que contiene esa palabra del Señor que Él confía a la predicación de sus Apóstoles? No me obliguéis, hermanos, a recorrer todas las páginas del Evangelio. Leedlas vosotros mismos, una y mil veces, y detened vuestra mirada que contempla, vuestra mente que piensa, vuestro corazón que ama, detenedlos en la totalidad de lo que predicó el Señor. Mi deber esta noche es resumir y presentar el núcleo central de lo que fue y es la predicación de la palabra de Jesús. Y digo que se resume toda ella en predicar el perdón de los pecados. Él vino a predicar esto: el perdón de los pecados. Y a conceder esto: el perdón de los pecados.

Leemos en el Evangelio de San Marcos: *Después que Juan fue preso, vino Jesús a Galilea, predicando el Evangelio de Dios y diciendo: Cumplido ya es el tiempo. El Reino de Dios está cerca. Arrepentíos, haced penitencia y creed en el Evangelio* (Mc 1 14-16). Estas palabras de San Marcos, al comienzo de su Evangelio, se unen con las que escribe San Lucas al final del suyo, cuando describe el momento de la Ascensión de Cristo a los cielos, en que, antes de bendecirles, dice el Señor a sus Apóstoles: *Esto es lo que yo os decía estando aún con vosotros, que era preciso que se cumpliera todo lo que está escrito en la ley de Moisés y en los profetas y en los salmos acerca de mí. Entonces les abrió la inteligencia para que entendieran las Escrituras y les dijo que así estaba escrito, a saber: que el Mesías padeciese y al tercer día resucitara de entre los muertos, y que se predicase en su nombre la penitencia para la remisión de los pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén* (Lc 24, 44-47).

Y es que en esa predicación de la penitencia interior y el consiguiente perdón de los pecados que Dios nos ofrece, se contiene todo el mensaje cristiano y se logra la transformación radical del hombre. Se muda el corazón, se suprimen las raíces del mal, se alimenta la esperanza en la vida eterna, y se comunica al hombre la vida divina, porque en el cristianismo no hay perdón del pecado, es decir, justificación del alma, sin que a la vez se infunda la gracia que nos hace partícipes de la naturaleza de Dios y herederos del cielo.

“¡Qué extraño! –podrá exclamar alguien–. ¿Pero cómo el obispo de la Diócesis, habiendo hoy tantos problemas en el ambiente, se dirige a todos sus diocesanos y a todo el pueblo de Dios, para decirles simplemente que la predicación de Cristo tiene como núcleo central el perdón de los pecados? ¿Por qué no habla el obispo de otras cuestiones? ¡Precisamente hablar de esto!” Pues sí, hijos, sí; el obispo habla de esto, porque aun en las iglesias se habla demasiado de problemas humanos, olvidando con frecuencia la raíz de los mismos. Por eso

tengo que hablar del perdón de los pecados, de ese perdón que nos purifica, que nos da una vida nueva, que nos sitúa en una perspectiva totalmente superior a la de las realidades humanas. Tengo que hablar de esto, porque, si no lo hago, no soy fiel al Evangelio. Es Cristo el que manda que hable de ello: *Id y enseñad lo que yo os he mandado* (Mt 28, 19). Él empezó la predicación del Evangelio, diciendo que venía a esto; y salió de este mundo repitiendo a los Apóstoles que había venido para esto: para la remisión de los pecados en todas las naciones, empezando por Jerusalén. “Los obispos rigen, como vicarios y legados de Cristo, las Iglesias particulares que les han sido encomendadas, con sus consejos, con sus exhortaciones, con sus ejemplos, pero también con su autoridad y sacra potestad, de la que usan únicamente para edificar su grey en la verdad y en la santidad, teniendo en cuenta que el que es mayor ha de hacerse como el menor, y el que ocupa el primer puesto como el servidor (cf. Lc 22, 26-27)” (LG 27).

Y lo estamos olvidando; se habla mucho de problemas, pero perdemos de vista la auténtica solución. Queremos soluciones inmediatas y rápidas, pero éstas no son el remedio que se necesita. No se trata de poner parches a la vida del hombre o de la sociedad, sino de transformarla. Hay que arrancar de raíz lo que perturba el corazón y la vida. Cuando las aguas del estanque no están limpias, no basta con cambiar el agua. Hay que ir al fondo y hacer limpieza allí abajo; si no, el agua que pongamos, aunque esté limpia hoy, ya no lo estará mañana. La respuesta a los problemas, en la vida de cada hombre y en la sociedad, es empezar por la penitencia interior, por el perdón del pecado, por la conversión de nuestro corazón a Dios.

Arrepentimiento y salvación

Hay que situarnos en el interior de uno mismo, en soledad con nosotros, para descubrir, con radical sinceridad, el mal que hacemos y el bien a que aspiramos. Cuando llegamos al fondo de esa interioridad personal, nos damos cuenta de que se necesita algo más que la palabrería vana y los juicios apasionados de los hombres. De ahí, del interior de cada uno, brota un impulso terriblemente fuerte hacia la seguridad, la verdad, el amor, es decir, hacia Dios. No ahogemos ese impulso que brota de nosotros mismos y nos arrastra dulcemente hacia la pureza infinita de Dios. Sólo con ella podemos satisfacernos. La verdadera “alienación” del hombre la padecemos cuando nos apartamos de nuestra salvación. ¡Cuántos cristianos alienados, al querer poner “remiendos” de teorías extrañas en el paño nuevo del Evangelio, o al querer insertar trozos del Evangelio en otras telas! Con el cristianismo no se puede hacer eso. Todos los sistemas filosóficos y todas las ideologías pueden ser síntesis de una tesis y una antítesis, para volver a significar la tesis o la antítesis de un nuevo perfeccionamiento. El cristianismo es la verdad y la vida. No puede reducirse a una frase, ni a un conjunto de frases o actitudes. No admite incrustaciones, ni aleaciones. El cristianismo es. Y parte de la base más honda y radical: la situación personal del hombre en lo que tiene de más íntimo y comprometido, el reconocimiento de su dependencia de Dios y de la tremenda responsabilidad de la propia salvación, junto con la obligación sagrada e ineludible de ser fermento y luz salvadora para los demás.

El sentimiento más hondo de que puede ser capaz un hombre es el del arrepentimiento, porque sacude y conmueve la zona más básica del ser humano, su “mismidad”, su ser en orden a la plenitud o a la perdición. Reconocerse

pecador lleva a levantar los ojos a Dios, a pedirle el perdón que Él vino a traer, y a amarle por este perdón y por esta renovación de la existencia humana. Nosotros, los cristianos, sabemos que sólo esto nos *salva*. Empleo la palabra con toda deliberación. Sólo esto nos salva, con salvación profunda y radical: a nosotros, uno a uno, y al mundo entero. Sólo Cristo ha predicado el perdón de los pecados, sólo Él.

Escuchad este pasaje del Evangelio de San Marcos: *Entrando de nuevo, después de algunos días, en Cafarnaúm, se supo que estaba en casa el Señor; y se juntaron tantos, que ni aun junto a la puerta cabían; y Él les hablaba. Vinieron trayéndole un paralítico, que llevaban entre cuatro; y no pudiendo presentárselo a causa de la muchedumbre, descubrieron el tejado de la casa donde Él estaba; y, hecha una abertura, descolgaron la camilla en que yacía el paralítico. Viendo Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Hijo, tus pecados te son perdonados. Estaban sentados allí algunos escribas, que pensaban entre sí: ¿Cómo habla así éste? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios? Y luego, conociéndolo Jesús, con su espíritu, que así discurrían en su interior, les dice: ¿Por qué pensáis así en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate, toma tu camilla y vete? Pues para que veáis que el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados –se dirige al paralítico–, yo te digo: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa. Él se levantó y, tomando luego la camilla, salió a la vista de todos, de manera que todos se maravillaron y glorificaban a Dios diciendo: Jamás hemos visto tal cosa (Mc 2, 1-12).*

Es decir, cura a un paralítico, porque es Dios; pero lo hace para demostrar que puede perdonar pecados, porque es Dios. *No vine a llamar a los justos, sino a los pecadores*, dice en ese mismo capítulo segundo del Evangelio de San Marcos (Mc 2, 17). Y no hay hombres que no sean pecadores. Los que no se consideran pecadores, no existen para la redención del Cristo. Ésa es la primera gracia de la Redención: sabernos pecadores. Y pecador, queridos hijos, no es sólo el que falta a sus deberes sociales, a lo que en nuestra jerarquía de valores consideramos como útil, bueno, malo o peor. Pecador es el que, con su pecado, daña a la verdad y a la justicia eterna. Se puede faltar a la verdad y a la justicia, queriendo imponer soluciones que parecen arreglarlo todo, de momento, pero que, en el fondo lesionan lo más profundo del hombre: su verdad cristiana. Pecamos contra el Evangelio cuando ocultamos su luz y robamos a los hombres lo mejor que Dios les ha dado: su dimensión eterna. Parecemos valientes y, sin embargo, nos quedamos en la más vulgar de las cobardías, por miedo a que nos tachen de intemporales y descomprometidos. Se necesita hoy más valentía para decir a los hombres: “Somos pecadores y tenemos que convertirnos a Dios todos”, que para fomentar revoluciones y enfrentamientos de unos contra otros.

Cristo ha venido a predicar el perdón de los pecados, el misterio de la Cruz, el amor de Dios a sus hijos, el precepto de la caridad fraterna. Mi dignidad, mi libertad, mi responsabilidad, son interés del mismo Dios. Y si Dios es Dios, ha de ser así. Abandonemos de una vez el necio orgullo, el infantil y pequeñísimo orgullo de preferir nuestras soluciones y nuestros derechos frente a la sabiduría y el amor. Seamos lo suficientemente grandes e inteligentes para comprender que hay más, mucho más, infinitamente más que lo que nuestra mirada abarca. Sólo los astrónomos, los sabios de los espacios infinitos, saben un poco sobre

lo mucho que ignoran acerca de esos mundos que los demás ni acertamos siquiera a pensar. Así sucede con esta acción de Dios, entrando en el alma humana para limpiarla del pecado y elevarla a las alturas de la vida divina. Por eso el obispo os predica esta doctrina, hijos, porque aquí se contiene el núcleo esencial de la revelación cristiana. Un hombre nuevo es lo que ha buscado Cristo. Y San Pablo, el gran predicador del Evangelio, insistió continuamente: *Revestíos del hombre nuevo* (Ef 4, 24). Y este hombre nuevo no se logra solamente con nuestros afanes de justicia temporal en este mundo, con la predicación de nuestros derechos. Sí, hay que predicarlos, pero hay que empezar predicando nuestros deberes, los de todos: deber de la conversión del corazón a Dios, de la fidelidad en el servicio a esas llamadas del Señor desde el Antiguo Testamento hasta hoy, a través de la Iglesia; el deber de la pureza del corazón, el de la esperanza cristiana, puesta en los bienes de más allá de este mundo, sin despreciar los que aquí abajo.

¡Ay de nosotros si, como consecuencia del olvido en que estamos cayendo respecto a estos puntos fundamentales de la predicación cristiana, privamos a los hombres de este sentido del pecado, de la gracia, del encuentro con Dios, del perdón, de la luz que el alma necesita! Puede suceder que las próximas generaciones sientan un vacío tan desolador en su alma que, alguien en su nombre, aunque fuese millonario en bienes materiales, se atreva a preguntar a las generaciones anteriores, maldiciéndolas: “¿Qué habéis hecho conmigo, que me habéis arrancado lo único que podía dar sentido a mi existencia?”. Eso es lo que estamos comprobando ya hoy, en gran parte. La civilización de los bienes de consumo, el materialismo técnico, la facilitación de los placeres, no sirve para dar satisfacción al corazón, ansioso de infinito. Corremos el peligro de reducir la grandeza de Dios a los pequeños parches que ponemos nosotros con nuestras visiones parciales del cristianismo, a veces llenas de resentimiento y de amargura, en lugar de nutrirlas con la paz, la luz y el amor del Evangelio, tal como Cristo nos lo predicó. La predicación de la palabra de Dios ha de orientarse siempre en todo y en todos a quitar el pecado de la vida y a poner en el corazón del hombre y de la sociedad el amor de Dios.

Responsabilidad de los predicadores

De ahí la tremenda responsabilidad de los que tienen la misión de predicar la palabra de Dios en la Iglesia. Quiero ahora referirme a ellos; y, naturalmente, hablo de los sacerdotes, esto es, de los que reciben de la Iglesia esa misión sagrada y son enviados para predicar la palabra del Reino. No me refiero a esa otra misión amplia y general que tiene también todo bautizado, según nos enseña el Concilio, de anunciar la palabra divina, difundirla y ser testigo de ella. Hablo de los que tienen una misión solemne y oficial, recibida de la Iglesia jerárquica y nacida de su sacerdocio, que les sitúa en un plano esencialmente distinto de los demás. Hablo de los que han recibido el sacramento del Orden. Ellos “no están nunca al servicio de una ideología o facción humana, sino que, como heraldos del Evangelio y pastores de la Iglesia, trabajan por lograr el espiritual incremento del Cuerpo de Cristo” (PO 6). A ellos por medio de los obispos que les ordenan, les dice también el Señor, como a sus Apóstoles: *Id y enseñad todo lo que yo os he mandado* (Mt 28, 19).

Pues bien, a todos me dirijo. Quiero incluirme a mí el primero entre ellos. Hemos de predicar, ante todo, el Evangelio de Cristo, no otro; el Evangelio de Cristo. A imitación de San Pablo, hemos de poder decir con él, en su carta a los Gálatas, capítulo primero: *La gracia y la paz sean con vosotros de parte de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo, que se entregó por nuestros pecados, para librarnos de este siglo malo, según la voluntad de nuestro Dios y Padre, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Me maravillo de que tan pronto, abandonando al que os llamó a la gracia de Cristo, os hayáis pasado a otro evangelio. No es que haya otro; lo que hay es que algunos os turban y pretenden pervertir el Evangelio de Cristo. Pero, aunque nosotros o un ángel del cielo os anunciase otro evangelio distinto del que os hemos anunciado, sea anatema. Os lo he dicho antes y ahora de nuevo os lo digo: Si alguno os predica otro evangelio distinto del que habéis recibido, sea anatema. ¿Busco yo ahora el favor de los hombres o el de Dios? ¿Acaso busco agradar a los hombres? Si aún buscase agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo. Porque os hago saber, hermanos, que el Evangelio por mí predicado no es de hombres, pues yo no lo recibí o aprendí de los hombres, sino por revelación de Jesucristo (Gal 1, 3-12).*

Tenemos que predicar el Evangelio del Señor, todos, absolutamente todos. No somos predicadores de temas políticos, económicos, sociales. Nuestro deber es predicar la palabra de Cristo, la cual, sí, tiene aplicaciones y luces para la solución de las cuestiones políticas, económicas y sociales. Llenos de Cristo, como Cristo estaba lleno del Padre, no es nuestra propia ciencia y experiencia la que tenemos que ofrecer a los hombres, sino la palabra de Dios y los caminos de su gracia. No podemos conocer nunca a Cristo, si tapamos su verdad, su vida, su doctrina, su obra, con nuestros conceptos y puntos de vista personales. Tenemos siempre el peligro de acomodar el mensaje a los deseos de la ambición, de la vanidad, del interés. Y no hay necesidad de negar el Evangelio para deformarlo. A veces basta un poco de astucia y sagacidad humana para dejar de ser fieles a lo que la palabra de Dios reclama. Somos predicadores de la verdad desnuda y sencilla, por encima de todo lo de este mundo. Hemos de conservarla, pese a quien pese. *El que no está conmigo –dice Cristo– está contra mí; y quien no recoge conmigo, desparrama (Lc 11, 23).* Y siempre que prediquemos la palabra de Dios a nuestros fieles todos, porque todos son los pobres hijos de los hombres que necesitan de la luz de Dios, tenemos que situarnos en esta perspectiva.

Nunca cumpliremos bastante con esta exigencia que nos impone la responsabilidad de una misión tan sagrada. La predicación de la palabra de Dios en los templos es como abrir la puerta para que el Señor venga a las almas de los que escuchan. Y somos nosotros los que tenemos esa misión confiada por la Iglesia jerárquica. De ahí que no pueda aprobar esas homilías dialogadas que se hacen en las iglesias, en las cuales se levantan las voces de los laicos, con el peligro de que se convierta el templo en centro de discusión de unos contra otros, para exponer allí sus reivindicaciones o sus conceptos personales. No es ése el lugar donde los laicos tienen que hablar. El que ha de hacerlo, en virtud de la misión que la Iglesia le confía, es el sacerdote, no transmitiendo palabras suyas, sino solamente la palabra del Señor, y explicándola conforme a la tradición de la Iglesia, y siempre atento a la luz del Magisterio.

No hemos de buscar nunca nuestra gloria, ni consentir en la tentación de la palabra halagadora, deslumbrante, llena de la sabiduría de este mundo. Dice San Pablo en este pasaje que he leído: *¿Es que busco yo la aprobación de los hombres o la de Dios?* (Gal 1, 10). No estamos para decir lo que el auditorio quiere que digamos, para captar su aprobación y su aplauso, ni el de los unos ni el de los otros. Jesús no habló como esperaban los judíos, no se presentó a ellos como el Mesías solucionador de sus problemas terrenos. Nuestra palabra es la palabra de Dios, pero ha de ser muy fiel y verdadera. No nos corresponde a nosotros, tras miles de años de existencia, inventar la verdad y el amor.

A unos y a otros nos dice Cristo: *Bienaventurado el que no se escandalizare de mí* (Mt 11, 6). En ambos campos hoy, la postura es la del escándalo artificial y provocado. Nos irritamos muchas veces ante lo que presentan “los otros”, sólo porque son “los otros”; ante lo que consideramos nuevo o ante lo que juzgamos ya pasado. Y este escándalo es el terreno abonado para la discordia. El mensaje de Cristo se rompe en la palabra predicada sin amor, con violencia, con desprecio, o con un afán de superioridad y de dogmatismo que no nos corresponde a los humanos. Las heridas sangran en nuestro espíritu, cuando se predica así.

No podemos amar más la gloria de los hombres que la gloria de Dios (cf. Jn 12, 42-44). Antes, la gloria parece que consistía en estar a bien, fuese como fuese, con los superiores, con la autoridad, con el orden. Ahora, la gloria, para algunos, es la protesta, la rebeldía, el ponerse en contra. Con esto basta para tener un buen carnet, para circular con carisma de independencia, para asegurarse el éxito. Ni una cosa ni otra es lícita a los predicadores del Reino de Dios. “Los presbíteros –recuerda el Concilio–, teniendo ante los ojos que es el Señor quien abre los corazones y que la grandeza no viene de ellos mismos, sino de la virtud de Dios, en el acto mismo de enseñar la palabra de Dios se unirán más íntimamente con Cristo maestro y se dejarán conducir por su Espíritu” (PO 13).

Las tentaciones de Cristo en el desierto marcan tres límites muy claros a todo predicador del Evangelio. Primero, no al ansia de la satisfacción ventajosa y halagadora, sea proveniente del grupo que sea, de ricos o de pobres, de auditorios numerosos o de comunidades pequeñas, el ansia de que las piedras se conviertan en pan. Segundo, no al mensaje espectacular y al ansia de dominio sobre las conciencias débiles: tirarse del monte abajo para que los ángeles le recojan, decir las cosas que pueden llamar la atención para suscitar las grandes reacciones, no. Tercero, no a la concepción terrenal del Mesías: *Todo esto te daré, si de hinojos me adorares* (Mt 3, 9).

No podemos presentarnos a los hombres diciendo: “Yo te voy a solucionar los problemas de aquí abajo”. Esto no lo ha predicado nunca Jesucristo. Sí que hemos de esforzarnos, aunque no lo logremos siempre, por introducir en el corazón de cada uno de los que nos escuchan los fermentos del espíritu que muevan en todo momento al amor y la justicia. Pasar estos límites es degradar el mensaje de Cristo y reducirlo a una política o filosofía socialista. ¿Por qué hemos de quedar tan fácilmente deslumbrados por soluciones que no abarcan la realidad de la existencia humana? Hay que optar entre el Reino de Dios o el reino del mundo que hemos fabricado los hombres, entre el Evangelio verdadero y el “fácil y agudo”.

San Pablo, en el silencio del desierto

¡Qué fuerza tan inmensa tiene la vida de Cristo para el predicador del Reino de Dios! El desierto, la tentación, el bautismo, los cielos que se abren, la voz del Padre, el mensaje que se inicia, su independencia de todos y su amor a todos. Hay que empezar por ahí, a imitación de Cristo, acogiéndonos con frecuencia al silencio que habla. Cuando San Pablo cayó herido por luz del Señor en el camino de Damasco, una vez repuesto de aquella sacudida espiritual que trastorna su existencia, ¿qué hizo el gran Apóstol, antes de ponerse a predicar el Evangelio? Tres años estuvo retirado en el desierto de Arabia, para rezar, para meditar, para pensar en la transformación sufrida y para asimilar hondamente la vida de aquel Jesús que se le había aparecido en su camino de perseguidor. Tres años en el silencio del desierto. Del desierto han salido siempre los grandes predicadores, como San Juan Crisóstomo, San Gregorio Nacianceno, como el Bautista, como Cristo mismo, que se retira allí antes de ir a predicar la palabra de Dios a los hombres. “Transformado por los más prodigiosos y reales sucesos efectuados en su espíritu, lleno de las experiencias y enseñanzas adquiridas en el trato con los cristianos de Damasco, y cargado también sin duda de su Biblia, que en todas partes llevaba consigo, si era posible, vemos al hombre solitario, en su traje oriental de beduino, con el vestido blanco de muchos pliegues, el cinto de cuero y el pañuelo de color en la cabeza (keffiyé), en su viaje por los montes yermos, pelados, pardos y rojizos, que más tarde atrajeron a tantos ermitaños y estilistas...”.

“Este tiempo de casi tres años de ejercicios espirituales fue el más contemplativo y el más feliz de su vida. Aquí comenzó bajo la dirección del santo *pneuma*, del Espíritu de Jesús, aquel gran proceso de refundición en el alma de San Pablo, que él indica en su carta a los Filipenses (3, 7-11): *Todo lo que en otro tiempo consideré como ganancia, lo he tenido por pérdida por amor de Cristo. Todo lo juzgo como pérdida en comparación del conocimiento de mi Señor Jesucristo, que todo lo sobrepaja, por cuyo amor lo he sacrificado todo*”¹.

Necesitamos hoy los sacerdotes mucho más silencio interior y exterior, para captar esos haces de luz que han de llenar siempre nuestro entendimiento y nuestro corazón, para ofrecérselos al hombre. Cuando después se presentó en Jerusalén a la comunidad de los cristianos, Pablo era ya el apóstol de Cristo. Entonces podía decir: *Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí* (Gal 2, 20). Y, predicando a Cristo, recorrió él mundo conocido. En sus cartas hallamos la huella de Dios. Sobre ellas no pasan los siglos. Todos los necesitados de la luz la encuentran en esos conceptos del gran solitario del desierto, que por haber sido eso, pudo ser después el gran predicador de los gentiles.

El Credo del Pueblo de Dios

Fortalecida nuestra alma sacerdotal en la contemplación de Dios y sus verdades, debemos predicar hoy, como siempre, el conjunto de la doctrina católica, con orden y método, con profundidad y con unción, atentos siempre a la luz del Magisterio eclesiástico.

¹ J. HOLZNER, *San Pablo, heraldo de Cristo*, Barcelona 1946, 41-42.

El Credo del Pueblo de Dios es hoy el tema de predicación más actual y más necesario. Al promulgarlo, decía el papa Pablo VI: “Somos conscientes de la inquietud que agita, en relación con la fe, ciertos ambientes modernos, los cuales no se sustraen a la influencia de un mundo en profunda mutación, en el que tantas cosas ciertas se impugnan o discuten. La Iglesia, ciertamente, tiene siempre el deber de continuar su esfuerzo para profundizar y presentar, de una manera cada vez más adaptada a las generaciones que se suceden, los insondables misterios de Dios, ricos para todos los frutos de salvación. Pero es preciso al mismo tiempo tener el mayor cuidado, al cumplir el deber indispensable de búsqueda, de no atentar a las enseñanzas de la doctrina cristiana. Porque esto sería entonces originar, como se ve desgraciadamente hoy en día, turbación y perplejidad en muchas almas fieles”.

“Y como en otro tiempo en Cesárea de Filipo el Apóstol Pedro tomó la palabra en nombre de los Doce para proclamar verdaderamente, por encima de las opiniones humanas, a Cristo, Hijo de Dios vivo, así hoy su humilde sucesor, pastor de la Iglesia universal, levanta su voz, rindiendo, en nombre de todo el pueblo de Dios, un firme testimonio a la verdad divina confiada a la Iglesia para que ella la anuncie a todas las naciones”².

No podemos permanecer indiferentes a esta llamada apremiante del Papa. El pueblo de Dios está compuesto hoy por hombres y mujeres sedientos de que se les predique la auténtica palabra de Dios y de su Iglesia.

“Creemos en un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, creador de las cosas visibles y de las invisibles; creemos en nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, Verbo eternal, que habitó entre nosotros con plenitud de gracia y de verdad; creemos en el Espíritu Santo, que ilumina, vivifica, protege y guía a la Iglesia, y con su acción penetra hasta lo más íntimo del alma para hacer al hombre capaz de corresponder a la llamada de Jesús: *Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mt 5, 48)...

Creemos que María es la Madre, siempre Virgen, del Verbo encarnado y Madre de la Iglesia; creemos que en Adán todos pecaron, y que nuestro Señor Jesucristo, por el sacrificio de la Cruz, nos rescató del pecado original y de todos los pecados personales...

Creemos en un solo bautismo, el cual se debe administrar también a los niños que todavía no son culpables de pecados personales, para que, naciendo privados de la gracia sobrenatural, “renazcan del agua y del Espíritu Santo” a la vida divina de Cristo Jesús...

Creemos en la Iglesia, una, santa, católica y apostólica, edificada por Jesucristo sobre la piedra que es Pedro; creemos que la Misa celebrada por el sacerdote, es el sacrificio del Calvario, hecho presente sacramentalmente en nuestros altares...

Confesamos que el Reino de Dios iniciado aquí abajo en la Iglesia de Cristo no es cíclico este mundo, cuya figura pasa, y que su crecimiento propio no puede confundirse con el progreso de la civilización, de la ciencia o de la técnica humana, sino que consiste en conocer cada vez más profundamente las riquezas insondables de Cristo, en esperar cada vez con más fuerza los bienes eternos, en

² PABLO VI, *El Credo del Pueblo de Dios: Ecclesia*, 6 de julio de 1968, núm. 1379 1005.

corresponder cada vez más ardientemente al amor de Dios, en dispensar cada vez más abundantemente la gracia y la santidad entre los hombres.

Es este mismo amor el que impulsa a la Iglesia a preocuparse constantemente del verdadero bien temporal de los hombres. Sin cesar de recordar a sus hijos que ellos no tienen una morada permanente en este mundo, los alienta también, en conformidad con la vocación y los medios de cada uno, a contribuir al bien de su ciudad terrenal, a promover la justicia, la paz y la fraternidad entre los hombres, a prodigar ayuda a sus hermanos, en particular a los más pobres y desgraciados. La intensa solicitud de la Iglesia, Esposa de Cristo, por las necesidades de los hombres, por sus alegrías y esperanzas, por sus penas y esfuerzos, nace del gran deseo que tiene de estar presente entre ellos para iluminarlos con la luz de Cristo y juntar a todos en Él, su único Salvador. Pero esta actitud nunca podrá comportar que la Iglesia se conforme con las cosas de este mundo, ni que disminuya el ardor de la espera de su Señor y del Reino eterno.

Creemos en la vida eterna y que las almas de cuantos mueren en la gracia de Cristo, ya las que todavía deben ser purificadas en el Purgatorio, ya las que desde el instante en que dejan los cuerpos por Jesús son llevadas al Paraíso, como hizo el Buen Ladrón, constituyen el pueblo de Dios más allá de la muerte, la cual será definitivamente vencida en el día de la Resurrección cuando esas almas se unirán de nuevo a sus cuerpos³.

Todo esto tenemos que decirlo al pueblo de Dios. Sin duda no solucionaremos todos los problemas temporales, pero mantendremos en el corazón de los hombres la luz de la esperanza. Por otro camino, ni solucionaremos los de hoy, ni los que surjan mañana, y privaremos al hombre de lo mejor que tiene, la luz para poder caminar entre las tinieblas, y no habrá paz en los corazones, sino indiferencia u hostilidad de unos para con otros, es decir, la negación radical de lo que es y pide la condición humana. Por eso tiene tanta trascendencia predicar el perdón de los pecados, con todo lo que lleva consigo esta doctrina santa de Jesús, con la cual no solamente nos da Él su palabra, sino su propia vida.

³ *Solemne Profesión de fe*, pronunciada por Pablo VI el 30 de junio de 1968: AAS 60 (1968) 436 ss. Texto castellano publicado por la Comisión Episcopal de Enseñanza, Madrid, 1968, 20ss.

RESUCITÓ, NO ESTÁ AQUÍ

Conferencia pronunciada el 28 de marzo de 1969, viernes de la Semana de Pasión.

Terminamos hoy esta serie de predicaciones cuaresmales comenzadas en la noche del Miércoles de Ceniza. Quiero dedicar este último día a ofrecer unos puntos de meditación sobre la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo, sobre su resurrección y la resurrección de la Iglesia. La piedad cristiana dedica hoy un recuerdo especial a nuestra Madre Dolorosa, la Santísima Virgen María. A Ella encomiendo mi trabajo de esta noche, para que nos obtenga, con su intercesión maternal, la bendición de Dios, que asegure el provecho espiritual que vamos buscando.

Estamos ya a las puertas de la Semana Santa. Una vez más, el alma religiosa de los que creen y aman a Jesucristo tendrá la oportunidad de contemplar el árbol de la Cruz, para ofrecer al Señor las adoraciones de su corazón y alimentar su esperanza bebiendo en las fuentes de la vida. ¿Quién hay que no haya besado alguna vez un crucifijo y sostenido coloquios con quien en él está clavado, coloquios cuyas expresiones sólo son conocidas por el que las pronuncia y por el Señor a quien van dirigidas? La más honda e impenetrable intimidad humana ha dejado de tener secretos frente al Crucificado, y, por una misteriosa paradoja, el silencio del Cristo muerto ha roto todos los silencios de los hombres, quienes, al igual que pequeñas criaturas, a Él le han confiado todo cuanto sienten dentro de su corazón. Cristo es un muerto que habla y con el que se puede hablar, porque es la misma Vida. Que su Madre Santísima nos conduzca hasta Él, si todavía necesitamos de alguna ayuda valiosa para restaurar nuestra confianza y para obtener de Él los frutos de esa redención que siempre está aplicándose a través de la Iglesia.

Meditemos, pues, esta noche, aunque sea brevemente, sobre su pasión y muerte, sobre su resurrección y sobre la resurrección de la Iglesia.

Pasión y muerte de Jesús

En primer lugar, sobre la pasión y muerte de Jesucristo. Leemos en el Evangelio de San Juan, capítulo diez y ocho: *Diciendo esto salió Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, en el cual entró con sus discípulos. Judas, el que había de traicionarle, conocía el sitio, porque muchas veces concurría allí Jesús con sus discípulos. Judas, pues, tomando la cohorte y los alguaciles de los pontífices y fariseos, vino allí con linternas y hachas y armas. Conociendo Jesús todo lo que iba a suceder le, salió y les dijo: ¿A quién buscáis? Le respondieron: A Jesús Nazareno. Él les dijo: Yo soy. Judas, el traidor, estaba con ellos. Así que Él les dijo: Yo soy; retrocedieron y cayeron en tierra. Otra vez les preguntó: ¿A quién buscáis? Y ellos dijeron: A Jesús Nazareno. Respondió Jesús: Ya os dije que Yo soy; si pues, me buscáis a mí, dejad ir a éstos; para que se cumpliese la palabra que había dicho: 'De los que me diste no se perdió ninguno'. Simón Pedro, que tenía una espada, la sacó e hirió a un siervo del pontífice, cortándole la oreja derecha. Este siervo se llamaba*

Maleo. Pero Jesús dijo a Pedro: Mete la espada en la vaina; el cáliz que me dio mi Padre, ¿no he de beberlo? (Jn 19, 1-11).

Es la escena del prendimiento de Jesús en el Huerto de los Olivos. Él quiso que sus Apóstoles quedasen libres, para que se cumpliera lo que había dicho: *Que ninguno se pierda de los que tú me diste*. Y, en electo, sólo Cristo quedó maniatado y preso. Los Apóstoles pudieron ponerse a salvo. Es una lección para nosotros, los educadores de la fe, los padres cristianos. Cuando nos sacrificamos, muchas veces tenemos que sacrificarnos solos, para que no se nos pierda ninguno de los que nos han sido dados. Es cierto que la educación cristiana, el trabajo sobre el alma, pide sacrificios a todos: al que lo realiza y a aquel en cuyo favor se está realizando. También el que recibe el don de la fe tiene que sacrificarse, pero aún más el que lo ofrece, aquel que tiene una responsabilidad en la misión de conducir a los demás. Nosotros, obispos, sacerdotes, religiosos, padres de familia, particularmente nosotros. Enumero estos estados, porque en ellos brilla con más claridad la obligación de educar en la fe. Hemos de aceptar el sacrificio solos, en muchas ocasiones, aun cuando nos parezca inútil. Seguimos así el ejemplo de Cristo.

Sin embargo, uno de los Apóstoles, Judas, se perdió, porque quiso. Aquella noche se salvó, como los demás. Pero, poco después, sucumbía al poder de las tinieblas. Su obstinación y su codicia le perdieron. El Evangelio le llama traidor, porque entregó a Jesús. ¿Traidor de qué? A la amistad de Cristo, a las llamadas del Señor. Traidor también al espíritu de humildad, propio de todo apóstol cristiano, que jamás, jamás, debe confiar en sí mismo. Hemos de darnos cuenta del valor de esta actitud siempre que trabajemos al servicio de la Iglesia por el bien de los hombres. Confianza en nosotros, en nuestros propios criterios y juicios, en nuestros programas, que tan fácilmente inventamos cuando nos reunimos en torno a una mesa para hablar de todas las cuestiones divinas y humanas, no. Antes hay que poner la confianza en Dios, en nuestro Señor Jesucristo, y empezar junto a Él como niños pequeños, como apóstoles silenciosos, como hombres que nada tienen que decir, si no es la santa palabra de Dios. Judas no obró así. Se obcecó. Vivió, ya desde tiempo atrás, el tormento desesperante del aislamiento orgulloso y soberbio. Él trazó su plan. Él buscaba lo suyo, y, por buscar lo suyo, se perdió.

Lo mismo que otro Apóstol: Pedro. Pero, en éste, todo fue distinto. Leemos ahora en el Evangelio de San Lucas: *Apoderándose de Él –del Señor– lo llevaron e introdujeron en casa del sumo sacerdote. Pedro le seguía de lejos. Habiendo encendido fuego en medio del atrio y sentándose, Pedro se sentó también entre ellos. Viéndole una criada sentado a la lumbre y fijándose en él, dijo: Éste estaba también con Él. Él lo negó, diciendo: No le conozco, mujer. Después de poco, le vio otro, y dijo: Tú eres también de ellos. Pedro dijo: Hombre, no soy. Transcurrida cosa de una hora, otro insistió, diciendo: En verdad que éste estaba con Él, porque es galileo. Dijo Pedro: Hombre, no sé lo que dices. Al instante, hablando aún él, cantó el gallo. Y, vuelto el Señor, miró a Pedro, y Pedro se acordó de la palabra del Señor, cuando le dijo: Antes que el gallo cante hoy, me negarás tres veces. Y, saliendo fuera, lloró amargamente (Lc 22, 54-62). San Marcos es todavía más expresivo; en lugar de decir: “lloró”, dice *empezó a llorar* (Mc 14, 72), frase en que podría descansar esa tradición según la cual ni un solo día del resto de vida dejó de llorar el pecado de sus negaciones. Pedro se*

arrepintió y pidió perdón. En Judas desapareció la esperanza. En Pedro, no. Las lágrimas de la penitencia interior salvan al hombre, hijos, siempre le salvan. Dichoso el que llora sin desesperación. El llanto de unos ojos humildes atrae la mirada de Jesús; y, al encontrarse con ella, el hombre se salva.

El contraste entre los dos Apóstoles es evidente. Judas, víctima de su desesperación, se destruye a sí mismo. Pedro, humilde y arrepentido más tarde, llora y se ofrece, sacrificando todo lo que en él hay de presunción, de miedo, de afán personal. Pedro se sacrificó también a sí mismo, y dejó de ser el pecador que niega para convertirse en el apóstol que cree y ama. Es la fecundidad del sacrificio aceptado, que empieza siempre con el arrepentimiento interior y nos permite unirnos con Jesucristo en su propio sacrificio.

La Iglesia es también la sociedad de los hombres que se arrepienten, lo cual, al orgullo del hombre moderno, podría parecer un título poco glorioso. Sin embargo, hemos de admitir que es la acción más profunda que un hombre puede realizar en favor de su unidad interior. Hombre que se arrepiente, no quiere decir hombre débil, fluctuante, tardo para la acción. Por el contrario, quiere decir hombre conocedor de sí mismo, serio amigo de las profundidades interiores, afanoso de Dios, porque no hay nadie que conozca un poco a Dios que no se sienta arrepentido de sí mismo al ver la propia torpeza humana y, por contraste, la infinita limpieza de Dios, hacia la cual nuestro corazón aspira.

La pasión y muerte de Jesús, considerada como sacrificio que Él acepta, nos permite ver y comprender la grandeza de Dios, a la cual Él se ofrece plenamente. Cristo entrega su vida al cumplimiento de su misión. Llega a la muerte a través de todo lo que puede ofrecer y sufrir un hombre. En Cristo va a morir el pecado, si los hombres quieren. Terrible grandeza la de las dos actitudes: la de Cristo que da muerte al pecado y la de los hombres, de quienes depende que, efectivamente, éste muera con ellos.

El sacrificio cristiano no tiene su origen en el hombre, sino en Dios. Y toda persona que viva cristianamente ha de sentir este llamamiento a padecer y morir, que es locura intolerable y absurdo para el mundo que no sabe de la santidad cristiana. Más aún, hoy día, el mero hecho de tocar estos temas en la normal predicación de la doctrina cristiana levanta protestas: “Que no nos hablen del dolor, que no nos hablen del sacrificio, de la muerte. Hartos sufrimientos tenemos ya en la vida. Hemos de gozar, hemos de vivir”. Yo pregunto: ¿En qué consiste vivir? ¿En ir siendo cada día más esclavos y víctimas de nuestras torpezas? ¿A eso lo llamáis vida? No puede haber vida digna de un hombre, si allá, en la interioridad de cada uno, no nos esforzamos por dar satisfacción a nuestros secretos anhelos de Dios.

El cristianismo nos alecciona sobre muchos misterios, que el hombre trata siempre de aclarar. Pero bastaría, para que el cristianismo fuera una religión grande, que supiera explicarnos el sentido del dolor. Solamente por esto merecería la religión de Cristo que se levantasen altares en su honor. No rebajemos el cristianismo a una ética de derechos humanos. Cuando tratamos de salvar al hombre, preguntémonos si la idea que tenemos de la salvación está conforme con la idea que de la salvación del hombre tiene Cristo.

El sacrificio, el ofrecimiento de nuestra vida en unión con los padecimientos de Cristo, es adoración a Dios, acción de gracias, súplica, propiciación de nuestros pecados. Ésta es la verdad definitivamente orientadora de la vida. Por eso Cristo, ante Pilato, poco después, declara: *Yo para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad* (Jn 18, 37). La verdad empieza por ahí. Es notable. Dice esta frase Jesucristo en el momento en que va a ser sacrificado. Cualquiera pensaría, ante esta declaración suya, que le queda por delante una larga vida en que va a seguir predicando, escribiendo, dirigiendo, hablando de la verdad. No, no. Lo dice como algo que efectivamente va a hacer y continuar haciendo, pero lo dice en el momento que va a morir, en que se va a consumir el sacrificio de su vida. Y así da el supremo testimonio, porque con su pasión, con su muerte y con su resurrección, nos ofrece la verdad de Dios, que Él revela, situada en su propia vida, que es el camino que a Dios nos lleva.

Cristo es el vidente. Los demás somos ciegos. Nos enredamos en el pecado, y somos tan pequeños que ni siquiera nos damos cuenta de todo el mal que en el pecado se encierra. Jesús es quien conoce al hombre y al mundo, y le salva *así, así*. No hemos de imponerle nosotros los métodos de salvación. Él establece el camino. Y su camino fue éste: el de ofrecer su vida al Padre, para dárnosla también a nosotros. En Getsemaní y en la Cruz, con sus palabras: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* (Mc 27, 46), sostuvo para siempre al mundo. Era el desamparo de la humanidad. Y Jesús está como recogiendo. Es la humanidad la que estaría perpetuamente desamparada de Dios, si Dios atendiese sólo al pecado. Pero Jesús nos recoge y, ofreciéndose como víctima llena de amor e incorporándonos con la invitación que Él nos hace a la vida del amor que Él nos da, logra que volvamos de nuevo a la amistad con Dios. Muy poco después podrá decir en la cruz: *Todo está consumado* (Jn 19, 30), porque se han cumplido ya los caminos de salvación que Él vino a traernos.

Ésta es la Redención para nosotros: ponernos cada uno personalmente en la perspectiva de la encarnación, la pasión y muerte del Señor, y mirar al mundo con sus ojos, después que hayamos sentido con Él el horror al pecado. Y así resucitar y vivir. Hemos de centrar y organizar nuestra vida en torno a un amor y a una profesión. Cuando está con sus Apóstoles en la última Cena, en una frase que resume todo lo que va a venir, les dice a ellos, y en ellos a todos los sacerdotes del mundo: *Haced esto en memoria mía* (Lc 22, 19). Una sola vez entró Cristo en el sacrificio y su acción fue eterna. Cada vez que los sacerdotes cumplen el mandato de Cristo perpetúan el sacrificio de manera visible entre los hombres. Cada vez más se revela la existencia cristiana. Cada vez más va cumpliéndose la frase, también de Cristo: *Yo soy la vid. Vosotros los sarmientos* (Jn 15, 5). Cada vez más va cumpliéndose la frase de la liturgia en la Misa: “Por Cristo, con Cristo, en Cristo”.

Tiene sentido, pues, para un hombre de hoy, como para el de todos los tiempos, meditar en la pasión y muerte de Jesús, y comprender, a la luz de los padecimientos del Señor, lo que significa el dolor de nuestra vida, este misterio tremendo del hombre que sufre y que, sin embargo, quiere gozar siempre. Hemos de pasar por este camino, y sólo así llegaremos a identificarnos con Jesucristo. “Esta obra de la redención humana y de la perfecta glorificación de Dios, preparada por las maravillas que Dios obró en el pueblo de la antigua alianza, Cristo la realizó principalmente por el misterio pascual de su

bienaventurada pasión, resurrección de entre los muertos y gloriosa ascensión” (SC 5).

La resurrección del Señor

Mas yo sé que este lenguaje no es suficiente. Si todo se redujera en Cristo a su pasión y muerte, tendríamos a la vista el ejemplo del heroísmo y del amor humilde insuperable, pero no tendríamos la religión de la esperanza. Es otra realidad la que lo llena todo, a la cual acudimos los cristianos en busca de la suprema explicación. Y esa realidad es la resurrección de Jesús. Ved también cómo nos lo narra el Apóstol San Juan:

El día primero de la semana, María Magdalena vino muy de madrugada, cuando aún era de noche, al sepulcro, y vio quitada la piedra. Corrió y vino a Simón Pedro y al otro discípulo a quien Jesús amaba, y les dijo: Han tomado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde lo han puesto. Salió, pues, Pedro y el otro discípulo, y fueron al sepulcro. Ambos corrían, pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro y llegó primero, e inclinándose, vio las bandas; pero no entró. Llegó Simón Pedro después de él y entró en el sepulcro, y vio las fajas allí colocadas, y el sudario que había estado sobre su cabeza, no puesto con las fajas, sino envuelto aparte. Entonces entró también el otro discípulo que vino primero al sepulcro, y vio y creyó; porque aún no se habían dado cuenta de la Escritura, según la cual era preciso que Él resucitase de entre los muertos. Los discípulos se fueron de nuevo a casa. María se quedó junto al sepulcro, fuera, llorando. Mientras lloraba, se inclinó hacia el sepulcro y vio a dos ángeles vestidos de blanco, sentados uno a la cabecera y otro a los pies de donde había estado el cuerpo de Jesús. Le dijeron: ¿Por qué lloras, mujer? Y ella dijo: Porque han tomado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto. Diciendo esto, se volvió para atrás y vio a Jesús que estaba allí, pero no reconoció que fuera Jesús. Le dice Jesús: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, creyendo que era el hortelano, le dijo: Señor, si le has llevado tú, dime dónde le has puesto, y yo le tomaré. Le dijo Jesús: ¡María! Ella, volviéndose, le dijo en hebreo: ¡Rabboni!, que quiere decir Maestro. Jesús le dijo: No me toques, porque aún no he subido al Padre; pero ve a los hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios. María Magdalena fue a anunciar a los discípulos: He visto al Señor, y las cosas que le había dicho (Jn 20, 1-18).

Después, las demás apariciones, durante los cuarenta días que van desde éste al de su ascensión a los cielos: apariciones a los Apóstoles, a Tomás el incrédulo, a las otras mujeres, a los discípulos de Emaús; también ¿cómo dudarlo?, a su Madre Santísima. Luego, el primado de Pedro, la Iglesia, y la vida de los cristianos en el mundo, hasta hoy.

La resurrección de Cristo no es sólo la prueba de su divinidad, no. Lo es, ciertamente. Pero yo me pregunto qué es para mí, como hombre, como cristiano, como discípulo suyo. Y veo que, gracias a la resurrección de Cristo, el destino humano, no sólo el alma, queda abierto a toda esperanza. Dios ha entrado en la historia del mundo no sólo como creador, sino como glorificador de ella. La resurrección nos revela el amor de Dios, la grandísima importancia que Él da al destino humano. Repito esta frase, porque no se trata sólo del alma; se trata del hombre en la más plena expresión de su ser. Por encima del Dios del universo

creado, está el Dios Redentor del destino de los hombres. Con Cristo resucita el hombre, que queda definitivamente instalado en el centro de la creación.

El Verbo toma la naturaleza humana y nos la da a nosotros nuevamente, después de ofrecérsela al Padre, glorificada. Al perder su vida, nos encontró la vida. El Evangelio no es una biografía. Es mucho más. Trata de ponernos en contacto con una existencia que sobrepasa todos los límites, una existencia que irrumpe con fuerza eterna en la historia y la penetra ya para siempre. Y éste es el juicio de los hombres: vivir o no de esta existencia. La naturaleza humana ha sido redimida por Dios, y la resurrección de Cristo la abre a dimensiones de eternidad. Creo en la resurrección de Cristo; y, al creer, me doy cuenta de que estoy admitiendo dentro de mí lo que más necesito como hombre: la seguridad de vivir, de amar, de crear, de hacerlo todo grande, digno, limpio, lleno de rectitud y de justicia. Todo hombre aspira, sin saberlo o sabiéndolo, a vivir siempre, pero no con una existencia atada, esclavizada, expuesta al pecado. Todo hombre necesita a Dios para ser hombre del todo porque está hecho a imagen y semejanza suya. La resurrección de Cristo me asegura la adquisición de una fuerza divina que me resucitará después de mi muerte y me devolverá mi cuerpo y mi alma gloriosa, capaces de adorar a Dios sin ningún obstáculo. Esa adoración es la verdad suprema de la vida, supuesto que Dios es el creador del hombre.

“No conocemos –enseña el Concilio Vaticano II– ni el tiempo de la tierra nueva y de la nueva humanidad (cf. Hch 1, 7), ni el modo en que el universo se transformará. Pasa ciertamente la figura de este mundo deformado por el pecado (cf. 1Cor 7, 31); pero se nos enseña que Dios prepara una nueva habitación y una nueva tierra, en la que habita la justicia (cf. 2Cor 5, 2; 2P 3, 13) y cuya bienaventuranza llenará y sobrepasará todos los deseos de paz que se levantan en el corazón del hombre (cf. 1Cor 2, 9; Ap 21, 4-5). Entonces, vencida la muerte, los hijos de Dios resucitarán en Cristo, y lo que se había sembrado débil y corruptible se vestirá de incorrupción (cf. 1Cor 15, 42 y 53), y permaneciendo la caridad y sus frutos (cf. 1Cor 13, 8; 3, 14), toda la creación, que Dios hizo por el hombre, se verá libre de la esclavitud de la vanidad” (GS 39).

Sí, la resurrección de Jesús no es únicamente símbolo del gran cambio que se opera en el hombre: “morir para vivir” o mejor, “morir para resucitar”. Morir al mal, a lo carnal, a lo efímero, a la naturaleza egoísta, contagiada y caída, para revivir en gracia, en pureza, en espíritu, es la garantía dada por Dios a los que trabajan por transformarse, de que no perderán sus trabajos y que su vida vale la pena de vivirse. Es por el Señor y con el Señor resucitado con lo que esta esperanza ha conquistado al mundo y se impone aún, en cierta medida, a los que, nacidos en países cristianos, han dejado de creer en la realidad del hecho de la resurrección. Jesús ha repetido en muchas formas y ha sostenido en contra de la expectativa apasionada de sus discípulos y de las exigencias quiméricas de sus adversarios, que la fe no se impone por signos prestigiosos y que era necesario llevar a la averiguación del Reino de Dios una vista limpia de espejismos carnales, sencillez de niño, rectitud y sinceridad enteras, y el amor antecedente del bien entrevisto. A los que buscan así, las obras de Jesús hablan muy alto y la resurrección de Cristo llena su corazón. “Que puedan los otros tomar de allí, por lo menos, motivo de cultivar en sí mismos estas disposiciones, y ‘recoger’, mientras esperan otra cosa mejor, en esta Sabiduría más humana,

lo que llamaba el antiguo poeta Píndaro, 'el fruto imperfecto de la humana sabiduría'¹.

Resurrección de la Iglesia

Pero este misterio de Cristo resucitado –y llegamos a lo más original del cristianismo en este aspecto del que estoy hablando– no actúa únicamente sobre los hombres al final de los tiempos, cuando los muertos resuciten y se celebre el juicio universal. Está actuando ya. ¿Sabéis cómo y dónde? En la Iglesia. Sí, la Iglesia vive en una continua y permanente resurrección. No doy a esta frase un sentido apologético, como si quisiera afirmar que la Iglesia sale siempre triunfante de las persecuciones. No, no hablo de esto. Es algo más profundo. Quiero decir, que, gracias a la resurrección de Cristo, la Iglesia está actuando sobre los hombres *con capacidad resucitadora*. Aunque quedase reducida a un pequeño grupo de fieles, sería lo mismo. Ella, la Iglesia, extrae del cuerpo resucitado de Cristo sus riquezas; y las comunica. La Iglesia no vive del recuerdo de un cadáver glorioso. Vive de una fe y una esperanza, comunica el perdón del pecado, infunde la caridad con Dios y el amor al hombre, sostiene y da fundamento sólido a los anhelos más íntimos de verdad, de paz, de virtud, que laten en el corazón humano.

La Iglesia gime también, y sus gemidos dolorosos, ansiando siempre una pureza cada vez mayor, llegan hasta el corazón de los hombres. Y les convence de que, por muchas conquistas que hagan y muchos logros que consigan, todo es pobre mientras existan el mal y el pecado, el hambre y la injusticia, la violencia y la traición. La Iglesia se presenta al mundo con una palabra que da vida, con un don que es gracia de Dios, y con la vida misma de Dios. Y penetra también la historia. Gracias a la Iglesia, los hombres avanzamos por el mundo con nuestra alma y nuestro cuerpo albergando a la vez una esperanza fundada: la de no morir. Los sacramentos que me da la Iglesia, me los da para todo mi ser. Es mi cuerpo también el que se beneficia y se redime, del mismo modo que fue también el cuerpo de Cristo el que padeció, murió y resucitó. La Iglesia nos resucita ahora en el interior de las almas, y prepara con los dones que nos ofrece la resurrección gloriosa de nuestros cuerpos. La Iglesia está siempre viviendo de la resurrección del Señor.

No hablo de nosotros, los hombres, la jerarquía, los sacerdotes, los cristianos. Nosotros somos la Iglesia, sí, somos los primeros beneficiarios de sus dones. Pero esto que os estoy diciendo de la Iglesia se refiere a algo más íntimo, se refiere al Espíritu que la conduce, el Espíritu cuya venida nos anunció el Señor, una vez que Él muriera y resucitara. Por eso digo que en el Espíritu que late en las entrañas de la Iglesia está, como moviéndose siempre, la resurrección de Cristo. No se trata de una utopía, sino de una realidad. Ésta ha sido la fuerza de los Apóstoles. San Pablo hace veinte siglos, lo mismo que Pablo VI, viajando a la ONU y hablando a los políticos del mundo entero, pueden emplear el mismo lenguaje. Y los hombres escuchan, y aceptan o no aceptan, pero perciben que ahí hay algo que no es de este mundo y es lo que sostiene a la Iglesia. No

¹ L. DE GRANDMAISON, *Jesucristo*, Barcelona, 1932, 777-778.

vivimos, repito, del recuerdo de un cadáver, sino de la realidad gozosa de Cristo resucitado que nos une y nos sostiene.

Para que la Iglesia siga cumpliendo esta misión que Cristo le confió –la de estar siempre resucitando a los hombres– hemos de vivir en la unidad con Cristo y con la misma Iglesia, tal como Cristo pidió en su oración en la última cena, antes del prendimiento en el Huerto de los Olivos. Es aquel momento en que Cristo ruega por todos los creyentes y dice:

Pero no ruego sólo por éstos –los Apóstoles– sino por cuantos crean en mí por su palabra, para que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros y el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, a fin de que sean uno, como nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y conozca el mundo que tú me enviaste y amaste a éstos, como me amaste a mí. Padre, los que tú me has dado quiero que donde esté yo, estén ellos también conmigo, para que vean mi gloria, que tú me has dado, porque me amaste antes de la creación del mundo. Padre justo, si el mundo no te ha conocido, yo te conocí, y éstos conocieron que tú me has enviado. Yo les dí a conocer tu nombre, y se lo haré conocer, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos (Jn 17, 20-26).

“Dios –así habla el Concilio–, que cuida de todos con paterna solicitud, ha querido que los hombres constituyan una sola familia y se traten entre sí con espíritu de hermanos. Todos han sido creados a imagen y semejanza de Dios, quien hizo ‘de uno todo el linaje humano para poblar toda la faz de la tierra’ (Hch 17, 26) y todos son llamados a un solo e idéntico fin, esto es, Dios mismo” (GS 24).

Amor al Vicario de Cristo en la tierra

Esta oración de Cristo traspasa las fronteras del cenáculo en que fue pronunciada y abarca a la Iglesia de todos los tiempos. Pidió por todos cuantos habíamos de creer en Él por su palabra, para que fuéramos perfectamente uno y así conozca el mundo que el Padre le envió a Él y nos amó como amó a su Hijo. Más aún, *quiero –dice– que donde esté Yo estén ellos también conmigo, para que vean mi gloria que Tú me has dado, porque me amaste antes de la creación del mundo (Jn 17, 24).*

Pues bien, podemos decir, con la más rigurosa verdad, que Cristo además de estar en el cielo con su cuerpo físico resucitado, está y vive en la Iglesia con el poder y la gloria de su resurrección. La constitución visible de que Jesús dotó a su Iglesia en el mundo, no es sólo una estructura exterior, sino el cuerpo orgánico compuesto por hombres, sacramentos y palabra en los cuales está Él también: *Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos (Mt 28, 20).* Y está para ser amado, y para comunicar a los creyentes la gloria que el Padre le dio, a fin de que seamos uno con Él, como Él y el Padre son uno.

No puede lograrse esto, si no es mediante el amor de los cristianos a aquél a quien el mismo Jesús puso como centro y fundamento de la unidad en la Iglesia, mientras discurra la existencia de ésta sobre la tierra: el Vicario de Cristo, el Papa. Al conferirle el Primado, Jesús preguntó a Pedro: *Simón, hijo de Juan,*

¿me amas más que éstos? El le dijo: Sí, Señor, tú sabes que te quiero. Le dijo: Apacienta mis corderos. Por segunda vez le dijo: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor, tú sabes que te quiero. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas. Por tercera vez le dijo: Simón, hijo de Juan, ¿me quieres? Pedro se entristeció de que por tercera vez le preguntase: ¿Me amas? Y le dijo: Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero. Le dijo Jesús: Apacienta mis ovejas (Jn 21, 15-17).

Es decir, le interrogó sobre el amor. Pues bien, dado que la misión confiada a Pedro no tiene otro objeto que la de apacentar el rebaño en el amor, para que la unidad con Cristo no se rompa, según el deseo expresado en la oración última de Cristo, el amor de los cristianos a Jesús no puede existir, si no hay a la vez amor a quien Él puso en la tierra para garantizar esa unidad y asegurar los caminos que llevan a ella.

El amor al Vicario de Cristo, como centro de unidad y camino que lleva a la unidad con el Señor, es indispensable para recibir de la Iglesia el beneficio de la resurrección de Cristo. Lo ha querido así Él. No se trata sólo de obediencia, sino de amor al Vicario de Cristo, como se lo tenemos al mismo Jesús.

Yo os predico este amor y os lo pido como medio el más seguro para mantener en nuestro corazón la esperanza y el gozo de esa resurrección permanente que nos está brindando siempre la Iglesia en el misterio de su unidad con Cristo. La palabra y la acción de gobierno pastoral del Vicario de Cristo no tiene otra misión más que la de mantenernos en la unidad de la Iglesia de hoy, que vive en la resurrección de Cristo y la prolonga en la tierra para resucitar continuamente a los hombres.

LAS SIETE PALABRAS DE CRISTO EN LA CRUZ

Sermón en el Viernes Santo, 4 de abril de 1969.

Otra vez nos encontramos aquí para meditar las últimas palabras de Cristo. Las pronunció desde la cruz cuando iba a morir. Quizá sean, de entre todas las que dijo, las que mejor conservamos en nuestro corazón, siempre necesitado de la contemplación de grandes dolores para percibir el fulgor de la verdad. Queremos acercarnos con amor a ese divino agonizante, deseosos de encontrar algo de luz para nuestra pobre vida, que busca la esperanza como el ciervo sediento busca las aguas del arroyo limpio.

Ya es una paradoja desconcertante para nuestro orgullo que tenga que ser un crucificado que va a morir el que nos dice palabras de salvación. Pero así es. Cristo redime a los hombres en una cruz. Y ya nada hay, ni ocurre, ni puede ocurrir sin la cruz, signo de salvación o de condenación.

1ª.- Padre, perdónales porque no saben lo que hacen (Lc 23, 24)

Los evangelistas nos dicen que una vez que Jesús fue crucificado entre los dos malhechores, algunos de los que se movían junto a la cruz, le gritaban desafiante: *Si eres hijo de Dios, baja de esa cruz* (Mt 27, 40). Mas Jesús no prestaba atención al desafío, sino que, contemplando a unos y a otros con infinita misericordia, decía: *Padre, perdónales porque no saben lo que hacen*.

Era la actitud propia del Cordero que se inmola por los pecados del mundo. Cuando parecía que había hecho ya todo lo que se podía hacer por los hombres, dar su vida, aún quedaba algo más: pedir perdón incluso por los que hacían sarcasmo de su muerte bendita. Mas no sólo pedía el perdón para ellos, sino para todos los que antes o después de su muerte protestamos contra el silencio de Dios que no baja o no nos baja de la cruz.

No sabemos lo que pedimos y exigimos. Desconocemos las mil capas que cubren nuestro egoísmo. Y reclamamos a título de justicia y de verdad, de defensa y salvación. Si eres hijo de Dios... Porque nosotros creemos en Dios y tenemos derecho a reclamarte a Ti... Y Dios tiene que acomodarse a nuestras reivindicaciones, a nuestra pequeñez, a nuestra cortedad de miras.

¡Padre, perdónales! ¿A quiénes, Señor? A todos: al discípulo traidor, al que le negó, a los que se escondieron, a los que exigían un mesianismo nuevo, a los que se encerraban en su ciencia de la ley y los profetas, a los que no querían ni quieren perdonar que alguien llegue hasta ellos para denunciar su envidia, su estrechez de miras, su comodidad egoísta, su orgullo y su amargura.

El que esté sin pecado, que tire la primera piedra. Humildad, hermanos, humildad para reconocernos pecadores, y para sentir hondamente la necesidad de ser perdonados por alguien que es superior a todos nosotros. ¿No está aquí precisamente el “encuentro” verdaderamente salvador de los hombres, en reconocernos pecadores y abiertos a la misericordia del Dios que quiere redimirnos?

Si Cristo hubiera bajado de la cruz, ¿en quién habiéramos creído? Es absurdo imaginarse ese triunfo tan ridículamente humano de Cristo bajando de la cruz, quizá entre las blasfemias de los dos malhechores, que hubieran continuado colgados del madero, y entre la rabia y el furor de los de abajo, que acaso hubieran reaccionado como lo hicieron ante la resurrección de Lázaro. Cristo no bajó. Era la hora de la cruz, para poder seguir ofreciendo el perdón universal.

2ª.- Hoy estarás conmigo en el paraíso (Lc 23, 43)

Alguien comprendió lo que la actitud de Cristo significaba. Mientras uno de los ladrones protestaba y gemía iracundo, el otro dijo, dirigiéndose a Jesús: *Señor, acuérdate de mí, cuando estés en tu reino.* Y al instante, Cristo le respondió: *Hoy estarás conmigo en el Paraíso.*

No le pide pruebas de su realeza, ni libertad humana, ni bienes de la tierra. Simplemente, que se acuerde de él cuando esté en su Reino. Es lo suficientemente grande para arrepentirse, para reconocer que había obrado mal, para saber que existe el perdón, que hay Alguien capaz de amarle, para volver a creer y tener confianza.

Qué lección tan profunda para nosotros, los egoístas de todos los tiempos, que continuamente preguntamos: ¿Por qué ha de pasarme esto a mí? ¿Por qué Dios no me libra de esta prueba tan dura que no merezco?

El buen ladrón acepta todo, y no pide más que un simple recuerdo. ¡Acuérdate de mí, cuando estés en tu Reino! Sea como sea lo que tú propones para salvar al hombre, lo acepto, quiero tu redención, la tuya, no la que yo quiera inventar.

¡Un crucificado pidiendo a otro crucificado! ¡Un condenado a muerte esperando la salvación de otro condenado! Y, además, colaborando *activamente* a su redención, porque aporta su propio sufrimiento aceptado. No hay en él una actitud pasiva. Hasta ahora la fe y la adhesión a Cristo se habían producido como consecuencia de los milagros y signos de su poder. Ahora no. En el buen ladrón, todo es más limpio y generoso. Como si se quisiera indicarnos que en el momento cumbre de la fe y la esperanza, hay que prescindir de todo lo que favorezca el halago de nuestros sentidos y aspiraciones materiales.

No nos hagamos víctimas. Tenemos el deber de serlo de verdad. Porque nadie es bueno del todo. Y ser víctima es también esperar la redención de lo que aparentemente no puede dar nada... ¡de un crucificado!

La espera de aquel pobre ajusticiado no quedó defraudada. Jesús, silencioso para las blasfemias y los insultos, se dirigió a él diciéndole: *Hoy estará conmigo en el Paraíso* (Lc 23, 43). Es el premio de la bienaventuranza eterna.

No lo olvidemos, seamos conscientes de nuestro destino. Hay quienes nos atacan diciendo que, al predicar el cielo, fomentamos la evasión, y ofrecemos a los hombres una droga que les hace incapaces de luchar para conseguir un mundo mejor en esta tierra. Los que así hablan sólo buscan una justicia a su medida y conforme a sus deseos. Es decir, otra droga, pero mucho peor que la que ellos creen que nace de las palabras de Cristo. Pensar en la vida eterna no es evadirse de este mundo; es buscar la justicia plena de Dios y del hombre. Y

para buscarla no hay por qué dejar de buscar también la justicia de la tierra. Pero está demostrado que ésta se nos va de las manos cuando dejamos de pensar en la justicia de Dios. Por eso Cristo da la paz y la esperanza al corazón acongojado del hombre que padece cualquier clase de tribulación. También a aquel que moría en la cruz con Él. Pero, a la vez que da la paz y quiere la fidelidad posible del hombre en este mundo, señala el camino de la felicidad verdadera: el de la bienaventuranza eterna del cielo, de la cual apenas hablamos, como si temiéramos ser menos hombres que los demás. Sucede, pues, todo lo contrario: cuanto más buscamos la vida de Dios, más bien hacemos al hombre en su vida aquí abajo.

3ª.- Mujer, he ahí a tu hijo (Jn 19, 26-27)

Allí estaba también, junto a la cruz, María Santísima, reina del dolor, de la fe y de la esperanza. Jesucristo, viéndola a ella y viendo también al apóstol Juan, en quien estamos representados todos, dijo a María: *Mujer, he ahí a tu hijo*. Y luego, dirigiéndose a Juan: *He ahí a tu Madre*.

Es María a quien Jesucristo nos da como Madre de la humanidad y Madre de la Iglesia. El que no viene a dar reinos en este mundo, sin embargo no nos priva de aquello de que más necesitado está el corazón de un hombre: el calor de una madre. El cristianismo no es la religión de la tristeza. El cristianismo es como una familia, y todos tenemos que compartir nuestras alegrías y nuestros dolores juntos, como hacen los hijos con su madre. Ya veis cuánto de humano, de hermosamente humano hay en la religión santa de Jesús. Antes de morir, Él nos da a su Madre, para que la tengamos junto a nosotros; pero elevada, desde que fue elegida, a la insuperable condición de Madre de Dios.

El Verbo de Dios había buscado albergue en la naturaleza humana, y lo encontró en el seno de María. Y ahora la ofrece como Madre de esa humanidad a la que acaba de redimir. María acepta una vez más y consiente en serlo. Lo será porque es la Madre de la Iglesia destinada a albergar a la humanidad entera. Ni sentimientos vacíos, ni racionalismos paralizantes. ¡La verdad de la vida! El hombre y la mujer en la historia, construyendo el mundo. La madre y el hijo. Jesús no lo olvida en el momento supremo de configurar la constitución de su Iglesia. Habría que contar en adelante, con María, corredentora de los hombres, porque Dios la eligió y quiso hacer, por medio de Ella, grandes cosas.

Ella se ofrece y se consagra de nuevo junto a la cruz. Al consagrarse a Dios, aceptando el destino que le es confiado, sirve al hombre con su intercesión y su sacrificio. Es decir, la consagración a Dios contribuye también a la salvación de lo humano del hombre.

María es “la mujer”: esposa, madre, virgen, esclava siempre de la voluntad de Dios. Cristo nos la da para que nos ayude siempre. Por elevación, los consagrados a Dios transforman el mundo y lo llevan hacia la altura. Eso es lo que hace siempre María con su influencia santa sobre los hijos de la Iglesia. Es nuestra Madre, porque nos ayuda con su ejemplo a cumplir la voluntad de Dios haciéndonos hermanos de su Hijo, Cristo. No olvidemos que el mismo Jesús había dicho: *Los que hacen la voluntad de mi Padre que está en el cielo, éstos son mi madre y mis hermanos* (Mc 3, 35).

La presencia de María en el cristianismo es como una síntesis: purísima consagración a Dios, y a la vez cálido amor maternal. Ni sólo la solución a los problemas materiales y después el Evangelio, ni sólo un Evangelio sin madre y sin hermanos.

4ª.- Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mc 15, 34)

En medio de aquella espantosa agonía, llegó un momento en que Jesús, dando una gran voz, dijo: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*, palabras que formaban parte de un salmo que sin duda recitaba el divino agonizante en aquella hora terrible y dolorosa.

El misterio de la humanidad llega en estas palabras de Cristo, como antes en Getsemaní, a las mayores profundidades. No hay en el mundo ni habrá en la historia humana abatimiento y soledad como los de Cristo. En Él la naturaleza humana supo lo que jamás podrá saber un hombre: qué es hacerse pecado, expiándolo, para que donde el pecado abundó sobreabunde la gracia. Todos los hombres tendremos siempre una mirada que se puede encontrar con la nuestra: la de Cristo, sumido en el abandono del Getsemaní y de la cruz. Nuestra es la esperanza. ¡No es posible la desesperación para el cristiano!

He aquí la gran paradoja: el que sea precisamente ahí, en este Cristo del total abatimiento, donde los hombres de hoy, como los de ayer, tienen que buscar, si de veras quieren encontrarla, la esperanza y la alegría de vivir, la fuerza para su desarrollo. Que la busquen ahí, sí, porque ahí ha sido recapitulado todo, y si brota de ese encuentro con quien de verdad se compadece de nosotros, no estará inficionada de egoísmo, de odio, de afán de dominar.

Es un misterio ante el que hay que arrodillarse. La esperanza humana sale de ahí, de ese crisol de abatimiento, de vacío, de vértigo, que es un Dios con todo su poder, sumergido en el abandono, en el pecado, en la raíz de lo que es el mal, en la misma raíz que ahora está germinando para una nueva recreación del hombre que ha de nacer, el redimido por Cristo.

Arrojemos en ese abismo la soledad del ateo, del escéptico, del que odia, del pesimista, del desesperado, es decir, nuestra soledad de pecadores. Por encima, infinitamente por encima de la historia y la realidad del pecado, se levanta el signo de la salvación, la cruz.

En medio de esta humanidad nuestra que vive bajo el terror y la amenaza de las guerras, aplastada por el triunfo de "los otros", acorralada por los egoísmos, ¿no podremos los cristianos ser el grano de mostaza, que es la más pequeña de las semillas, pero que luego se hace grande, y vienen los pájaros del cielo y anidan en ella? (cf. Mc 4, 31-32).

Al menos nosotros, mantengamos encendido el fuego del espíritu, la luz de la fe y la esperanza en Cristo, para que el mundo vea y no sucumba víctima de la desesperación.

Cuanto más aparentemente solos nos quedemos con Cristo, más participaremos de su fuerza y de su compañía para poder ofrecerla al mundo. *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* Nada terreno quedó en Él. *He sido reducido*

a la nada (Sal 72, 22). Nuestra vida en Dios es tan plena, tan radical, tan honda, tan llena de amor y de riqueza, que sólo se puede lograr entregando de antemano todo lo terreno que atrae nuestro corazón. Al despojarnos de toda humana ambición, nos encontramos con el divino abandono y hallamos el camino de la esperanza.

5ª.- Tengo sed (Jn 19, 28)

He aquí la palabra más humana de las que Cristo pronunció desde la cruz. Las demás hacen referencia de algún modo al insondable misterio de su grandeza de Redentor. Ésta es la queja humilde del que experimenta una necesidad física tan pobre y tan sencilla como la del sediento. Se consumía, sí, en una sed ardiente y abrasadora como consecuencia de la mucha sangre derramada y de todas las torturas parecidas. ¿Quién habrá que al oír esta súplica no quiera llevar un poco de agua a los labios de Cristo agonizante?

San Juan, que es quien nos transmite esta palabra, advierte que Cristo la pronunció para que se cumpliera lo que estaba predicho. ¡Cómo miraría Cristo a los allí congregados! *Déjalo a ver si viene Elías a salvarlo* (Mt 27, 49). Él los estaba redimiendo con su tormento físico, moral, espiritual. ¡Tengo sed! ¡Qué maravillosa grandeza la de Cristo crucificado, que muere teniendo libertad para dar su vida, para en medio de sus tormentos cumplir toda la ley y los profetas!

¡Tengo sed!, queja la más humana, y que puede ser la más divina. Un soldado compasivo acercó hasta sus labios una esponja empapada de agua y vinagre, la bebida llamada “posca” que él tendría para su propio uso.

Nosotros también quisiéramos aliviar a Cristo en sus padecimientos. Pero no sólo en su sed corporal, sino en su sed de Redentor del mundo que pide paz y amor, justicia, obediencia en la Iglesia, estimación y adhesión profunda a lo que Él ha instituido en ella. No tenemos derecho a secar las fuentes, cuyo hondo manantial brota de Él mismo, como dijo a la Samaritana. El agua viva nos la da Él, y es esa misma la que a Él debe retornar cuando nosotros, los cristianos, nos preguntemos sobre el modo de “hacer Iglesia”, para ofrecerle en su continua agonía la bebida refrescante de nuestra respuesta llena de amor y fidelidad.

Si los sacerdotes y los cristianos no nos olvidamos hoy de dónde está ese manantial de agua viva del espíritu, podremos calmar, a la vez que la sed de Cristo, la que el hombre moderno padece tan ardientemente. El artista, el científico, el investigador tienen sed. El avaro, el ladrón, el jugador tienen sed. Y en la vida ordinaria, el industrial, el albañil, el abogado, el maestro tienen sed. Y la madre de familia, y la juventud, y los enfermos y los sanos. Pero es la sed de verdad, de paz, de seguridad, que nada ni nadie de este mundo puede calmar. Sólo se calma cuando del corazón de cada uno nace un generoso impulso de ofrecer al Cristo sediento nuestros anhelos más íntimos. Entonces, dándole de beber a Él, somos saciados nosotros. Porque nuestra comida y bebida está en hacer la voluntad del Padre.

6ª.- Todo está cumplido (Jn 19, 30)

Se acercaba ya el fin. Apenas gustó el vinagre que le fue ofrecido en la esponja, dijo Jesús: *Todo está acabado*. Aparte la referencia que la frase podía tener a la muerte ya inminente, era también como la expresión retrospectiva del que contempla el camino andado obediente a la misión que se le confió.

Todo está cumplido, sí. Ya ha sido predicado el perdón de los pecados, ya ha sido presentado el nuevo Reino, ya están los campos preparados para la mies, ya puede germinar la semilla. Ya ha sido manifestada al hombre la luz y la verdad de Dios, su paternidad y su bondad divina. La luz necesaria a la inteligencia y la razón humana le ha sido dada en Cristo. La salvación de Dios germinará y tendrá vida en el hombre si éste se siente pecador y se arrepiente. La gracia de Dios que el Crucificado ha venido a merecernos será la fuerza para la fidelidad al verdadero sentido de la vida. Si los hombres quieren, podrán encontrar siempre la orientación que su alma necesita. Quien envilezca la noción de la vida, ya tiene su juicio de condenación en el mismo envilecimiento de que es causa. Ésta será la postura con que quedará marcado para la eternidad.

Jesús ha cumplido. De su vida se desprende la suficiente cantidad de luz y de misterio para que nos rindamos ante Él con amor, y para que aceptemos con humildad la grandeza que brilla en todo su ser, la cual nos invita a adorarle.

Adorarlo, sí; además de trabajar, luchar por un mundo mejor, desarrollar las fuerzas latentes de la vida, tenemos que adorar, adorar a Dios como humildes criaturas. ¿Qué estamos haciendo con la vida? Nosotros, los hombres de la técnica, ¿la convertiremos en una técnica más? Sería traicionar horriblemente su origen y su destino final.

Hemos de saber captar el misterio que en ella late y que nos lleva a los pies del Creador y del Redentor de nuestros más íntimos anhelos.

Cada hombre tiene su destino. Pero el de unos y otros coincide, por voluntad de Dios, en este mandato: *haced el bien, amaos, amad a Dios, sed fieles a su santa ley*. Y así vamos poco a poco cumpliendo también nuestro programa y derramando por el mundo las obras y las palabras que nos salvan y ayudan a salvar a los demás.

7ª.- Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (Lc 23, 46)

Por último, a punto ya de expirar y doblar la cabeza, sus labios se abrieron para decir: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*. Nada hay en estas palabras últimas que signifique la debilidad del vencido; todo, por el contrario, indica la majestad y la grandeza del que ha cumplido su misión y entrega al Padre la hermosa ejecutoria de su vida. ¡Mi espíritu! Es decir, mi palabra, mis obras, mi obediencia, mi sacrificio, mi amor, mi vida.

Todo le ha sido arrebatado a Cristo, porque todo ha querido ofrecérselo. Su sacrificio es perfecto en el amor y en la libertad con que lo realiza. *Digno es el Cordero que ha sido inmolado de recibir la potencia y riqueza y sabiduría y fuerza y honor y bendición, pues nos rescató para Dios en su sangre* (Ap 5, 9-12). Ahora, al morir, dirige al Padre su última súplica filial, con la misma serena

confianza con que nos invitó a orar a nosotros en todos los momentos de nuestra vida. *Cuando oréis, hacedlo así: Padre nuestro, que estás en los cielos...* Cumple lo que enseñó, y se entrega al designio misterioso, lleno de confianza y de amor. El ideal supremo de las bienaventuranzas se logra ahora plenamente en el Cristo que muere. Bienaventurado el pobre, que no tuvo casa para nacer, y ha sido despojado de todo a la hora de morir. Bienaventurados los mansos, como Él, que moría pidiendo perdón por sus enemigos. Bienaventurados los que lloran, como Él que tuvo que llorar la aflicción de su desamparo y la persecución de que fue víctima.

Bienaventurados nosotros también, si sabemos entregar nuestro espíritu al Padre. El espíritu no es solamente el alma que se separa del cuerpo al morir; es el trabajo de todas las horas, la palabra buena, tantas veces dicha; es el perdón siempre concedido; es el amor de que podemos dar ejemplo y testimonio; es la ayuda incansable al prójimo desvalido; es la piedad para con Dios; es la mortificación de nuestras pasiones; es la vida cristiana, la perla escondida en lo mejor de nuestro corazón.

Vosotros, los enfermos, los de las clínicas y hospitales, los que estáis en vuestros propios hogares, ricos o pobres: si tiene que llegar para vosotros y está cercana ya la hora en que vuestro espíritu ha de ir a Dios, ponadlo en manos del Padre con amor y con humildad. No os desesperéis. Os acompañaremos pronto. La vida es corta para todos. Los que estamos aquí esta tarde de Viernes Santo, en la plaza de la Catedral de Barcelona, meditando las palabras de Jesús, a quien vemos en esta imagen del Cristo de Lepanto, seguiremos también vuestro camino. Pronto, pronto ha de llegar esa hora. Y nosotros, como vosotros, los que ahora padecéis, cualquiera que sea el hombre o la mujer que venga a este mundo, tiene este destino: de Dios recibe el espíritu y a Dios ha de entregarlo un día. ¡Ah, hermanos! Ojalá la meditación de la Pasión de Cristo sirva para limpiar nuestra alma de todas las manchas del pecado, y nos induzca no sólo a pedir confiadamente el perdón que Él está siempre dispuesto a otorgarnos, sino a ayudarnos unos a otros con el amor de que Él nos dio ejemplo. Cumplamos con ese deber que Dios nos ha señalado, para que, a la hora de nuestra muerte, podamos decir que nuestro espíritu sale limpio y libre hacia las manos del Señor.

Y tú, ¡oh Cristo!, Cristo muerto por nosotros, Rey de la vida, mantén la esperanza en nuestro corazón. Y frente a todos los motivos que a veces aparecen para perderla, haz que levantemos siempre nuestra mirada hacia ti, y que pongamos nuestras manos en tus llagas, que nos arrodillemos junto a ti para besar tus pies, y que nuestra frente se incline sobre la tuya, y que nuestro corazón pueda con sus latidos unirse a los últimos que tú diste antes de morir, para proclamarte ahora y siempre lo que eres: nuestro Maestro, nuestro Rey, nuestro Dios, nuestro Hombre.

Sí, tú lo eres todo, y a ti vamos; a ti vamos, como el ciervo sediento busca las aguas de los arroyos limpios. De tu costado brotó sangre y agua. De ello queremos seguir viviendo, por medio de los sacramentos de la Iglesia, que nos purifican y nos llevan a ti, para seguir gozando aquí en la tierra y después siempre, en el cielo, de tu dulce y santa compañía. No nos la niegues nunca, ¡oh Cristo! Dinos también a nosotros, como al buen ladrón: “Hoy, mañana, cuando sea, estaréis conmigo en el Paraíso”.

Libres en la caridad

Las siete conferencias pronunciadas en la Santa Iglesia Catedral Basílica de Barcelona, durante la Cuaresma de 1970, fueron dedicadas por el entonces arzobispo de la Ciudad Condal, monseñor Marcelo González Martín, al amor de Dios y el amor del prójimo. Reproducimos el texto publicado, en segunda edición, con el título Libres en la caridad, por la Editorial Balmes, Barcelona, 1973.

PRESENTACIÓN

Fueron muchos los sacerdotes y fieles de Barcelona que me pidieron que dedicase la predicación cuaresmal de este año al tema de la caridad. No sólo porque les parecía complemento lógico de los años anteriores, sino porque estimaban deseable y necesaria en sí misma la exposición, una vez más, de esa enseñanza que nunca envejece.

Digo “una vez más”, porque, ¿en qué momento de la vida de la Iglesia ha dejado de exponerse a los hombres la doctrina sobre el precepto fundamental del cristianismo? ¿Y qué obispo o qué sacerdote con cura de almas no ha considerado como deber principalísimo de su ministerio de predicador de la Palabra de Dios hablar a ¡os hombres, sus hermanos, del gran mandamiento?

Así pues, la exigencia intrínseca y permanente de un tema que, por sí mismo, reclama atención indeclinable, venía a coincidir con el natural deseo mío de exponerle y con el de los que confiadamente me manifestaron el suyo.

Queda así explicada la razón de este libro que, como los anteriores: FUERTES EN LA FE y UNIDOS EN LA ESPERANZA, presenta con esmero la Editorial Balmes, gracias a que antes el Excmo. Cabildo de la Catedral tuvo el cuidado de grabar y transcribir fielmente las predicaciones, tal como fueron pronunciadas.

Se titula LIBRES EN LA CARIDAD, porque es el amor a Dios y al hombre lo que verdaderamente nos libera del egoísmo de nuestros pecados. No hay mayor libertad que la del amor bien ordenado, como no hay más dura esclavitud que la que nos encierra en el círculo sofocante de nuestra soberbia pecadora. “Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad”, afirmó San Pablo con frase irreformable (2Cor 3, 17). Y en su carta a los gálatas, en la que habla del “testamento de la libertad” que Cristo nos adquirió (4, 21-31), al enumerar los frutos del Espíritu, señala como el primero de todos la “caridad” (v. 22). Después vienen los demás: gozo, paz, paciencia, es decir, todo lo que hace a un cristiano fuerte y libre.

He tenido particular empeño en hablar del amor a Dios y del amor al prójimo en relación con Dios y con su destino eterno, sin descuidar la condición de ciudadano de este mundo que acompaña al hombre. Estoy persuadido de que una de las mayores tragedias religiosas que estamos padeciendo consiste en este asfixiante silencio sobre Dios que nos hace reducir las dimensiones de la caridad de Cristo a un humanismo de mero bienestar terrestre.

No apaguemos ninguna llama de las que puedan arder para hacer un mundo más fraternal y más justo. Mas no olvidemos que “la caridad procede de Dios... y en esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó primero a nosotros y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados” (1Jn 4, 7-10).

MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN
Arzobispo de Barcelona

Barcelona, Ascensión del Señor de 1970

EL PRIMER MANDAMIENTO

Conferencia pronunciada el 11 de febrero de 1970,
Miércoles de Ceniza.

Una vez más tengo la satisfacción de poder reunirme con vosotros en estos días santos de Cuaresma, para predicaros la palabra de Dios, para hablaros de los misterios de la vida cristiana, aquí, en esta Catedral de Barcelona, que nos acoge en su recinto piadoso y nos invita a la reflexión y a la plegaria, unidos todos en el corazón y en los propósitos que nos guían.

Los dos años anteriores os he predicado sobre dos virtudes fundamentales de la vida cristiana: la fe y la esperanza, examinadas en relación con los momentos actuales que estamos viviendo en la Iglesia. Este año quiero hablaros de otra virtud fundamental: la caridad. Y también voy a referirme a ella sin detenerme demasiado en explicaciones meramente doctrinales, sino buscando la aplicación que de esta virtud debemos hacer a los problemas planteados en la presente situación de la Iglesia.

Hoy esta situación no es grata, ciertamente. Hay motivos sobrados para la inquietud y el desconcierto. La preocupación del Papa, continuamente manifestada; las actitudes de protesta y de rebeldía en muchos sectores de la Iglesia; el descenso de la vida cristiana en la piedad y en la observancia de la moral; la anarquía y el subjetivismo existentes en cuanto a la interpretación de las normas que la Iglesia viene dando y un desprecio sistemático a todo cuando significa autoridad: todos estos síntomas, que están ahí y pueden ser apreciados fácilmente por cualquiera que desee observar con serenidad el panorama actual, nos obligan a los cristianos a reaccionar vigorosamente, apoyándonos en una actitud honda de fe y de auténtica caridad cristiana, y a volver a las afirmaciones sencillas y fecundas, con el propósito de no entablar polémicas ni de enconar discusiones, sino de hacer luz para las almas de buena voluntad que están dispuestas a recibirla.

“La caridad nos hará libres”

Por eso, este año quiero dedicar la predicación cuaresmal a este tema: la caridad nos hará libres. Acabo de pronunciar una frase que va a ser como el eje en torno al cual girarán las reflexiones que, con la gracia de Dios, he de ir haciendo durante los viernes de Cuaresma. La caridad verdadera nos hará también verdaderamente libres; y sin esa auténtica caridad seremos esclavos de nosotros mismos o de los demás. Quiera el Señor bendecir este esfuerzo que vamos a hacer juntos para meditar y para hablar. Quiera también Él hacer que vuestras almas y las de aquellos que pueden escuchar mi voz a través de la radio, sean dóciles a las gracias del Señor. Pongo por intercesora a la Santísima Virgen María, en su advocación de Nuestra Señora de Lourdes, cuya fiesta hemos celebrado hoy, a fin de que Ella, reina de la caridad, ejemplo limpio de las almas verdaderamente grandes y libres, nos guíe a todos durante la santa Cuaresma para meditar en este hecho fundamental. Y lo llamo *hecho* con toda deliberación: el hecho fundamental del amor, de la caridad cristiana, sin la cual

nada es inteligible dentro de nuestra santa religión, y con la cual no sólo todo se hace claro, sino que viene a nuestras almas la fortaleza necesaria para seguir el camino que Dios nos ha trazado.

Fundamentos: el primer mandamiento de la Ley

En esta primera noche, por exigencia lógica del tema y porque hay que establecer bien los fundamentos desde el principio, voy a hablaros del amor a Dios, nuestro Señor; de que debemos amar a Dios sobre todas las cosas, con el corazón y con la voluntad, y que debemos amarle siempre. Este es el tema de esta tarde. Os pido desde el principio que vuestra alma acoja mis palabras con sencillez y que os coloquéis en la actitud propia de los creyentes, esto es, de los que escuchan la palabra de Dios y desean que en sus almas fructifique.

No venimos aquí ni a hacer yo, ni a oír vosotros, grandes discursos. No. Insisto: volvamos a las afirmaciones sencillas de las que nunca deberíamos habernos olvidado. Y en esas afirmaciones sencillas –las más profundas, porque resumen perfectamente el contenido de nuestra fe– es donde se encierra la norma orientadora. Hablemos, pues, del amor a Dios, nuestro Señor.

¿Cuál es el primer mandamiento de la Ley divina? Aparece señalado en el Deuteronomio. Se dio este precepto a Israel, pueblo de Dios: *Oye, Israel: Yahvé, nuestro Dios, es el solo Yahvé. Amarás a Yahvé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu poder, y llevarás muy dentro del corazón todos estos mandamientos que yo te doy* (Dt 6, 4-7). Vino después Jesucristo a perfeccionar toda la Ley; y no modificó el precepto. En cierta ocasión, *los fariseos, oyendo que había hecho enmudecer a los saduceos, se juntaron en torno a Él; y le preguntó uno de ellos, doctor, tentándole: Maestro, ¿cuál es el mandamiento más grande de la Ley? Él le dijo: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más grande y el primer mandamiento. El segundo, semejante a éste es: Amarás al prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas* (Mt 22, 34-41). Así nos lo transmite el evangelista San Mateo.

Veamos cómo nos lo dice San Marcos: *Uno de los escribas, que había escuchado la disputa, viendo lo bien que les había respondido, le preguntó: ¿Cuál es el primero de todos los mandamientos? Y Jesús contestó: Escucha, Israel, al Señor, vuestro Dios, el único Señor, y amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Y el segundo es éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Mayor que éstos no hay mandamiento alguno* (Mc 12, 28-31).

Este es, pues, el primer mandamiento. Así lo hemos aprendido desde niños, al ser educados en la fe. Así quedó grabada en lo más íntimo de nuestro corazón, para siempre.

Hoy existe un peligro, y es el de que, unos conscientemente y los otros sin darse cuenta, se olvidan de insistir, en la pedagogía de la fe, en esta sacratísima y primera obligación que tiene el creyente, el cristiano, de exponerla tal como debe ser expuesta. Este peligro se da, sobre todo, cuando se habla de que a Dios se le encuentra en el rostro del prójimo, de nuestros hermanos los hombres; de que basta amar a la sociedad humana, preocuparse por el progreso y la promoción

de los valores terrestres, y que, obrando así, ya estamos amando a Dios. No. Esta afirmación es inadmisibles para la fe católica.

El amor de Dios, tal como nos es señalado en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, es amor a un Dios personal, trascendente, distinto de todo lo creado. Hay que amarle a Él por lo que es Él, prescindiendo de todo lo demás. Y aunque estuviera un hombre solo en el mundo, aunque no pudiera contemplar el rostro de sus hermanos, para ver si en sus ojos brilla la alegría o aparecen las lágrimas del dolor; aun cuando este hombre estuviera solo, plantado en la mitad del universo, tendría que amar a Dios por lo que Dios es, prescindiendo del prójimo. Después, sí; precisamente para cumplir bien con lo que el amor a Dios nos pide, tenemos también que amar al prójimo. Pero antes hay que amar a Dios en su propio ser, en su unidad, en su omnipotencia creadora, en su bondad, en su ser divino, como nos enseñó Jesucristo.

El ejemplo de Jesucristo, norma de nuestra vida

Leed las páginas del Evangelio y ved cómo el Señor con frecuencia se aislaba de todos y se retiraba por la noche a orar y a hablar con el Padre, a demostrarle su amor de Hijo, a ofrecer a los hombres el ejemplo de adoración y de piedad con el cual tenemos que manifestar nuestro amor a Él. Daba ejemplo de cómo hay que amar a Dios; prescindiendo de la comunidad en momentos dados. Y Él vivió en medio del dolor, y nadie como Él se ha encarnado dentro de los problemas humanos para redimirlos. Nadie ha hecho tanto por el hombre que sufre como Jesucristo. Y, sin embargo, en su vida oculta, y después en su vida pública y en el Huerto de los Olivos y en la cruz, antes de morir, se dirige al Padre en medio de la más grandiosa soledad de su alma y de su sufrimiento; al Padre, solo en su omnipotencia, único en su divinidad. Al Padre. Se dirige a Dios, dando ejemplo a los hombres de lo que tenemos que hacer nosotros. En nuestra vida religiosa, si ha de ser consciente de lo que las verdades de nuestra fe nos piden, debe prevalecer este sentido íntimo de nuestra piedad, que nos exige adoración, respeto, reverencia exterior, oración y plegaria, confianza, amor, gratitud. Todo esto es amar a Dios y amarle sobre todas las cosas.

Con su respuesta, Cristo nos da a entender –*en primer lugar*– que ésta es la norma de nuestra vida. El hombre se preguntará siempre: ¿para qué he venido yo al mundo, qué es mi vida, a dónde voy, cuál es mi destino? A estas preguntas hay una respuesta, y es ésta: amar a Dios sobre todas las cosas. Esta norma sirve para el hombre joven, para el enfermo, para el trabajador, para el empresario. Cuando no es así, viene la angustia de los interrogantes y se debate uno en esa terrible oscuridad de las dudas y de las negaciones, de la que no se sale nunca sino por una evasión llena de egoísmo o por un desprecio a la significación más profunda del misterio humano. Pero cuando un hombre entiende que el misterio de su vida es éste: amar a Dios, que es su creador, que es su Padre, la providencia que le guía, el que le ofrece la vida eterna, el juez de su destino, cuando un hombre entiende esto, sabe que su vida tiene un sentido, aunque sea una vida oculta, pobre, desconocida, ignorada por los demás, la vida más pobre y humilde de la tierra.

Cuando tiene esta conciencia de lo que significa el amor, que él debe a Dios, puede sentirse tan grande como el más poderoso del mundo. Las glorias humanas pasan y no significan nada cuando se desconoce el sentido de la vida.

En segundo lugar, de esta respuesta que da el Señor se deriva claramente la idea a que antes me refería: al Dios personal, distinto de todo lo creado, que merece el homenaje de nuestra adoración constante, hay que amarle sobre todas las cosas; y dentro de las cosas se comprende también el resto de los hombres. Dios está por encima de todos y por su bondad infinita, en sí mismo, merece y debe ser amado.

Por último, al anunciar con tanto énfasis que hay que amar *con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, con todas las fuerzas*, indica también con claridad que nos encontramos en presencia de la ley de las leyes, de la norma de las normas, del mandamiento supremo y definitivo.

Así es como debemos insistir hoy en la predicación de las sencillas verdades de nuestra fe. Estamos perdidos en un bosque lleno de exuberante vegetación, de problemas religiosos, de críticas, de ideologías extrañas, de criterios subjetivos. Queremos todos reformar la vida de la Iglesia y del mundo en nombre del cristianismo y terminamos predicando cada cual un cristianismo a nuestro gusto. Es necesario volver a encontrarnos en el silencio y, como Cristo, por la noche o durante el día o cuando sea, buscar el desierto, subir al monte, ir al lugar callado de la meditación y la plegaria para alabar a Dios, nuestro Padre y para dirigirle a Él nuestras peticiones humildes, en la seguridad de que encontraremos la luz que Él sólo puede ofrecernos. Esto es lo que hoy necesita la Iglesia, pero no convirtiendo a Dios en un problema, no hablando de una teología sin Dios, no proclamando un Cristo para los hombres que viene a ser un hombre para Dios.

Hay que hablar de Dios y contemplarlo en su infinita trascendencia, en sus atributos únicos, en su eternidad, en su omnipotencia creadora, en su providencia misteriosa. Hay que hablar de Dios aun en medio del dolor, como Cristo en el Huerto de los Olivos: *Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; sin embargo, no se haga como yo quiero, sino como quieres Tú* (Mt 26, 39). Cristo estaba allí, en presencia del misterio, como ahora estamos en presencia del misterio los hombres inquietos por el progreso, por el bienestar social, por el desarrollo de la justicia. Todos queremos un mundo mejor, pero es difícil encontrar fundamentos que sean de verdad realizables. Y, sin embargo, necesitamos perseverar en la lucha. Lo que no podemos es prescindir de la voluntad de Dios para cuya comprensión se necesita la oración religiosa. Terminaremos por no entendernos entre nosotros, por no saber de qué Dios estamos hablando. Y esto nos pasará dentro del cristianismo, como está pasando en otras religiones, ansiosas de ofrecer al hombre el camino de la verdad e impotentes a la hora de señalar la orientación definitiva, porque carecen de la luz de la Revelación.

Con el corazón

Y hay que amarle con el corazón y con la voluntad. En estas dos potencias interiores resumo toda la intimidad del ser humano, que es la que tiene que ponerse al servicio del amor. Hay que amar a Dios con el corazón, es decir, con

el afecto religioso, con el noble sentimiento religioso, con la piedad, con los actos de culto, a través de los cuales nuestra condición humana manifiesta el amor a tono con lo que esta condición exige y necesita. Hay que amar a Dios con la sencillez de la plegaria, predicando su nombre bendito, alabándole, cantando himnos a su amor. Hay que amar a Dios con el corazón.

Tiene que amarle el niño con su corazón lleno de ternura; y tiene que amarle el joven con su corazón lleno de fuego; y tienen que amarle los hombres y las mujeres maduros con su corazón lleno de experiencia; y tienen que amarle los ancianos con su corazón desengañado de las cosas terrestres. Hay que amar a Dios y no avergonzarse de hablar de Él así; no con sensiblería, pero sí con sentimiento; con la entrañable ternura del hijo que se dirige a su padre. Así vemos también a Jesucristo en el Evangelio. Cuando hablaba al Padre lo hacía con amor, con confianza de Hijo. Se enciende el corazón del Señor cuando se dirige al Padre que está en los cielos y cuando enseña la oración del Padrenuestro a sus discípulos, para que sea repetida a través de los siglos. Hay que amar al Señor así, con el corazón, con el sentimiento, con el afecto religioso, con oraciones acomodadas, con actos de culto que nos inviten, en las reuniones colectivas que celebramos los cristianos, a propagar este amor, y que nos hagan sentirnos gozosos al proclamarlo.

Por esto me veo obligado a hacer una advertencia; y es la de que, en la vida de piedad de hoy, si bien es cierto que está justificada la supresión de algunas formas antiguas de piedad, menos aptas para expresar el conjunto de ideas y los sentimientos de nuestra religión cristiana, no se debe prescindir de devociones que existían en nuestra vida tradicional, llenas de sabiduría cristiana, instrumentos espléndidos para la pedagogía de la fe; prácticas que constituían para el hombre un consuelo, una fuente de paz, un fortalecimiento en medio de sus debilidades y de sus cansancios. Nos referimos a la piedad sencilla, la piedad popular, la piedad de las grandes muchedumbres, con respecto a la cual se levantan voces excesivamente críticas, señalando únicamente lo que pueda haber allí de defectuoso y negándose a reconocer la imperiosa necesidad que tiene el alma colectiva del pueblo humilde de hablar, de cantar, de llamar a Dios con nombres familiares, de invocarle como Padre. Porque se trata de esa caudalosa riqueza del sentimiento religioso, que no es ninguna deformación ni ninguna desviación, sino un camino auténtico para que la piedad se mantenga y ayude al hombre, tantas veces combatido por dificultades de toda índole, a perseverar en su vida religiosa.

Cuando uno piensa que ya en la noche en que Cristo nace y viene al mundo, los ángeles cantan: *Gloria a Dios en los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad* (Lc 2, 14); cuando uno piensa en ese Domingo de Ramos en que Cristo entra en Jerusalén, aclamado por la muchedumbre, y en que cuando alguien quiere impedir aquellos gritos, Jesús se opone diciendo que si ellos no hablasen las piedras hablarían; cuando uno piensa en el gozo con que el Señor se veía rodeado, junto al mar o en la montaña, de aquellas muchedumbres que escuchaban su palabra y alababan a Dios Padre, necesariamente tiene que desaprobar los criterios de quienes, con el pretexto de una más exacta educación de la fe, se olvidan de la condición humana; se olvidan de que la religión es dogma, sí, es fe rigurosa y exigente, sí; pero lo es para la familia de

Dios, para el pueblo cristiano, unido por lazos familiares; y en la familia hay que dejar correr el amor.

Por eso, prácticas de piedad, de devoción a la sagrada Eucaristía, a la Santísima Virgen, que nos lleva a Jesucristo; de adoración a la cruz del Señor, de meditación en su pasión y muerte, de gozo en su resurrección; lecturas espirituales comentadas, como las que se hacían en nuestras ciudades y pueblos, estaban y están hoy también justificadas. Y no hay que prescindir de ellas tan a la ligera, porque, de hacerlo, nos exponemos a causar un daño irreparable al pueblo cristiano.

Con la voluntad

Pero no hay que amarle sólo con el corazón, en este sentido que estoy diciendo. Hay que amarle también con la voluntad, es decir, con las determinaciones prácticas que mueven al hombre a cumplir los mandamientos de la Ley de Dios. Cuando estudiábamos el catecismo antiguo, decíamos: “Amar a Dios sobre todas las cosas es querer perderlas todas antes que ofenderle”; y en esa sencilla expresión encerrábamos una doctrina abundante, con aplicaciones para las diversas situaciones de la vida. El amor a Dios se demuestra, ante todo, cumpliendo todos los mandamientos. Todos los que Él dictó. Esta es la seriedad del hombre religioso. Esto es lo que demuestra que un hombre tiene verdadero afán de caminar por el camino de la santidad cristiana y hacer honor al Evangelio en que cree: cumplir todos los mandamientos. Es el Señor quien así lo señaló. Es la Iglesia la que los ha recibido y la que los transmite, añadiendo a la luz de la ley natural la de la Revelación cristiana.

En cada época surge una filosofía peculiar para interpretar, conforme al gusto de las circunstancias del ambiente, unos u otros mandamientos. No se pueden hacer estas discriminaciones. En nuestra catequesis, en parroquias y escuelas, en nuestras predicaciones en los templos, en esas mesas redondas o esos grupos de estudio donde se examina a la luz del Concilio –según dicen– toda la temática de índole política, económica, social, que existe en el mundo de hoy, hemos de mostrarnos un poco más honrados y empezar todos por examinar nuestra conciencia sobre si somos o no fieles a los diez mandamientos de la Ley de Dios.

Es entonces cuando de verdad uno se capacita para influir sobre la sociedad. Pero cuando alguien, en nombre de su criterio personal o de los dictados de la época, en nombre de la filosofía del ambiente o de una falsa teología, desprecia o silencia un determinado mandamiento de la Ley de Dios, sepa que causa grave daño a la fe cristiana. A la fe hay que aceptarla en toda su integridad, con sus dogmas para ser creídos, con sus mandamientos para ser practicados, con sus sacramentos para ser recibidos. Junto al sentimiento está la voluntad y, de la misma manera que decimos que debe haber amor y que éste se manifiesta, sencillamente, en el hecho de llamar a Dios “Padre nuestro”, del mismo modo, decimos, debe haber en todo instante una determinación seria de cumplir todo lo que Dios ha mandado. Así es como se demuestra que de verdad le amamos.

Siempre

Y, por último, hay que amarle siempre, en todas las circunstancias. Cada uno ha de examinar sus condiciones personales y su vida, las dificultades con que se encuentra, el ambiente en que trabaja, su propia familia, sus negocios, sus pasiones personales, sus experiencias, su triunfo en el camino de la virtud o sus fracasos; su enfermedad, su salud, sus alegrías y sus penas; y pensar que, frente a todas estas circunstancias, sean cuales sean, hay una permanente obligación en el hombre: amar a Dios siempre, en todo momento. Así es como nos educaron en la fe, desde niños; así es como hemos seguido recibiendo la instrucción cristiana; así es como vemos que obró el Señor y que enseñó a sus discípulos cuando les dice que, para seguirle a Él, ha de tomar cada uno su cruz y seguirle. No es el dolor, ni la enfermedad, ni el fracaso lo que puede dispensarnos de amar a Dios. Tropezamos entonces con el misterio de la providencia desconcertante, cuya oscuridad quedará iluminada en la otra vida.

Sí, sé que al orgullo del hombre apenas le dicen nada estas afirmaciones. Quiere una explicación ahora y aquí, que no tenemos. En efecto, para muchas situaciones con las cuales tiene que enfrentarse el hombre que sufre, yo no tengo explicación humana. Pero no por eso abandono mi fe.

Pienso en Jesucristo; pienso en la Virgen María; pienso en los santos que se han encontrado siempre en situaciones realmente dolorosas y dramáticas y, sin embargo, amaron a Dios. Y cuanto más sufrieron, más amaban a Dios; y cuanto más dura era la prueba y más fuerte la persecución, más amaban a Dios; y llegaban a decir que preferían padecer, no morir, sino seguir padeciendo, para seguir demostrando que amaban a Dios. A estos santos no se les puede pedir tampoco una explicación humana que satisfaga la pregunta del hombre que quiere descubrir todos los misterios. No se les puede pedir, porque no la tienen. Pero vivieron su amor a Dios en esas circunstancias y esto es lo que ha dado fuerza y coraje a la religión de Cristo, que ha ofrecido siempre tantos héroes, conocidos unos, anónimos otros, a la imitación de los demás, y ha hecho que podamos seguir nuestro camino los que somos más pobres, más débiles, buscando fuerza en los ejemplos que ellos nos dieron. Nos separamos de aquí y el misterio es todavía mucho mayor, más desconcertante.

Yo no podré decirlo a vosotros, los hombres cargados de razón, no podré decirlo una fórmula que os satisfaga, en nombre de la religión cristiana, para explicar el misterio del dolor. Pero vosotros podréis decirme menos, si os apartáis de Dios. Y las fórmulas que me deis tienen menos valor para satisfacer las inquietudes de mi alma en medio de este dolor y de esta enfermedad. Yo amo a Dios, quiero amar a Dios, quiero seguir el camino que Él nos ha trazado por encima de todo: de las pasiones que me llevan al mal, de los pecados en que puedo haber caído, de las tentaciones que me están solicitando nuevamente, de las dificultades que me crean mis hermanos, el prójimo con quien tengo que vivir. Por encima de cualquier situación y contingencia. Esta es la realidad de una actitud religiosa ascética que quiere de verdad amar a Dios, nuestro Señor.

Termino, hijos. Para vivir este amor es necesario el recurso de la plegaria y la oración. Por ahí es por donde muchas veces tendríamos que empezar para poder encontrar explicaciones al misterio. Hay crisis de fe, muchas, en muchos hombres, que no se resolverán nunca con razonamientos científicos. Hay

muchas crisis de fe que sólo pueden resolverse cuando el hombre entra en la soledad de un templo y reza. Que empiece el hombre a dar esta prueba; Dios no se dejará ganar. Que busque y encontrará. La luz bajará a su corazón y hará que prenda en él la semilla del amor a un Dios que es, ante todo, Padre nuestro.

Cuando el hombre religioso convierte en eje de su vida este amor a Dios y centra su existencia en torno a lo que este precepto fundamental significa, el camino está allanado. No desaparecerán todas las dificultades; pero de ahí, de esa altura de la que desciende con su rostro iluminado, puede caminar hacia adelante y le será más fácil cumplir con los restantes deberes que la religión señala. En un amor a Dios cultivado con la oración sencilla y perseverante, va creciendo como una espiga bendita la paz de la conciencia, la serenidad del sentimiento religioso. Aumenta también cierta como seguridad, no sé qué fuerza que intuye que todos los problemas terminan por resolverse dentro de ese poder infinito de Dios contemplado y amado. Ese hombre mirará al mundo con cierta benevolencia y compasión, nunca desdeñosa, nunca con suficiencia arrogante, sino simplemente con el ánimo tranquilo del que sabe que está por encima de las cosas, porque está unido a Dios. Hará el bien que pueda, y cada acto de bien en favor del prójimo será un aumento de su piedad para con Dios. Seguirá orando un día y otro. Y así va acercándose al final y va ofreciendo a sus hijos, a sus nietos, a sus amigos, la lección de la serenidad, de la fortaleza cristiana, del sentido de la vida.

Empecemos, pues, por aquí. Yo os invito, queridos hijos de la diócesis de Barcelona y también a todos aquellos a quienes pueda llegar la palabra que estoy predicando, a que dejemos las polémicas y nos esforcemos por amar sinceramente a Dios. Desde ahí podremos otra vez caminar juntos para entender mejor todos lo que la Iglesia nos está pidiendo hoy.

“DIOS NOS AMÓ PRIMERO” (1JN 4, 10)

Conferencia pronunciada el Viernes de Ceniza, 13 de febrero de 1970.

Atento al propósito de predicaros en esta Cuaresma sobre la virtud de la caridad y sus exigencias en la vida cristiana, empecé en la noche del Miércoles de Ceniza hablándoos del primer mandamiento de la Ley: amar a Dios sobre todas las cosas. Insistía, si os acordáis, en la necesidad de fijar bien nuestras ideas y de reconocer la trascendencia de Dios. Os hablaba de cómo hay que amar a Dios en su ser, en su divina infinitud, en su grandeza única. Aun cuando hubiera un hombre solo en el universo, aun cuando no tuviese junto a sí a sus hermanos, los demás hombres, ese hipotéticamente único ser que existiría, ese único hombre, estaría igualmente obligado a amar a Dios, a adorarle, a expresar con los mejores sentimientos de su alma la veneración que debe sentir ante el Dios que le ha creado.

Tiene suma importancia reconocerlo así, para no caer en una teología sin Dios. Estamos diciendo constantemente que queremos cumplir con las exigencias de nuestra fe; pero la primera de estas exigencias es situarnos en nuestra humilde condición de criaturas para descubrir la relación con Dios, nuestro Padre que está en los cielos; situarnos en actitud de adoración ante Él, reconocer que todo se lo debemos a Él y arrancar de aquí para construir todo el edificio religioso de nuestra vida cristiana. También para construir el edificio de nuestro amor al prójimo, mandamiento semejante al primero. He de hablar, si Dios quiere, en noches sucesivas, del amor fraterno. Pero es necesario buscar bien las raíces y establecer los fundamentos.

Por qué hemos de amar a Dios

Esta noche trataré de explicaros por qué en nuestra relación con Dios todo ha de estar dominado por el amor a Él. Os ruego un poco de atención para el razonamiento que he de hacer. Y aún más: os pido que escuchéis estas palabras conforme a la intención con que las predico. Trato de llamar a vuestra conciencia cristiana y ayudaros, en el cumplimiento de mi deber de obispo, ayudaros a todos, hijos de la Iglesia en nuestra diócesis, al mejor cumplimiento por vuestra parte de los deberes cristianos que tenéis. No es hora de lamentos, sino de una reacción sana, objetiva, en que nuestra vida cristiana, amparada por su propia fuerza –la que viene de la gracia de Dios que la sostiene– e iluminada con la luz de la Revelación, nos dé a todos la seguridad de que vamos por el recto camino y nos haga capaces de ofrecer a nuestros hermanos los hombres, en este mundo religioso hoy tan perturbado, el testimonio de una fe serena, tranquila, que no quiere decir perezosa; segura, aunque no esté exenta de oscuridades; fuerte, animosa; no una fe que se complace en el problema por el problema; tampoco una fe que descansa en la ignorancia. No. Es la fe que puede brotar de la oración, del trato confiado con Jesucristo, de la lectura atenta del Evangelio, de la meditación sobre la vida y ejemplos de los Santos. Esta es la fe que hoy se necesita propagar. No podemos guardarla dentro de nosotros mismos. Si Dios nos la da, es para difundirla.

El amor a Dios sobre todas las cosas da sentido a la vida del hombre, os decía el Miércoles de Ceniza. No se trata únicamente de creer en la existencia de Dios, de aceptar su omnipotencia creadora, su infinitud, su grandeza; ni únicamente de obedecer y acatar los preceptos que, como legislador supremo, puede Dios imponernos. La mera obediencia de criatura que reconoce el dominio del Creador podría llevarnos a una actitud de respeto y de temor, pero no al amor. Así lo vemos en las religiones primitivas, todavía hoy existentes en diversos lugares de la tierra. Sus adictos, los que profesan estas religiones, son creyentes, adoran a la divinidad, ofrecen sacrificios y actos de culto, observan o tratan de observar los preceptos fundamentales de la ley natural coincidentes con los mandamientos del Decálogo; pero la conciencia del amor a su Dios, aunque no desaparecida totalmente, porque nunca puede desaparecer del todo en un creyente, queda debilitada y oscurecida ante otros sentimientos más fuertes que marcan su espiritualidad, tales como el de servidumbre ciega, devoción mágica, reverencia irracional, terror incluso. Son desviaciones a las que se ha llegado por la pérdida progresiva de las luces de la Revelación primera.

El cristiano, en cambio, cuando entiende y se afana por practicar bien su religión, no solamente cree en Dios, sino que ama a Dios; y toda su religión se reduce a esto: amar a Dios y amar al prójimo, amar siempre, por encima de las dificultades que puedan surgir: dificultades de alma y cuerpo, personales, sociales, familiares; amar con amor de gratitud, de obediencia también, de afecto religioso, libremente. El cristiano es un hombre libre de verdad cuando ama a Dios; y cuanto más puro y más fuerte y más vivo es su amor a Dios, más grande y más plena es su libertad, porque sólo entonces camina hacia su fin verdadero – libertad en cuanto al destino–; sólo entonces se libera de la esclavitud de las cosas creadas –libertad en cuanto a los medios–; sólo entonces sus facultades interiores, inteligencia y voluntad, se mueven dentro de la luz y del orden objetivos, es decir –libertad en cuanto a las exigencias desordenadas de las propias pasiones–.

Pero la pregunta es inevitable. Vuelvo a formularla tal como os decía al principio: ¿Dónde y cómo podemos conocer plenamente que nuestro fin, nuestra dignidad y nuestra gloria, más aún, nuestra plena libertad, descansan sobre el amor de Dios? Es Dios mismo el que nos da la respuesta. La Biblia nos muestra la revelación que Dios ha querido hacer de Sí mismo, nos abre el secreto de la creación del hombre, nos ilumina sobre la relación fundamental que ha de existir entre el hombre y Dios, y nos enseña que ésta no es otra que el amor. Amamos a Dios porque nos ama a nosotros. Nos ha creado por amor, nos ha redimido por amor, nos ofrece en su amor el premio de la gloria en la salvación eterna. Esta es la enseñanza de la Biblia; más concretamente: ésta es la enseñanza de Jesucristo, el Hijo de Dios, la palabra santa de Dios.

Este mandamiento primero, amar a Dios sobre todas las cosas, no es simplemente un precepto que se nos ha impuesto desde fuera. Podría haberlo hecho Dios así. Podría haber dicho simplemente al hombre: ama. Y este hombre tendría que escuchar con respeto la voz de su Dios. Pero no. No es esto. Se trata de algo muy distinto. Ese primer mandamiento de la Ley brota de la entraña misma del Ser, del ser de Dios y del ser humano tal como Dios lo ha hecho. La Ley es una expresión que refleja el orden existente. Cuando un hombre,

ateniéndose a las enseñanzas de la Biblia (yo estoy hablando a cristianos, no a incrédulos), piensa en su religión y trata de explicarse el por qué de este amor que se le señala como precepto fundamental, no se limita únicamente a escuchar esa frase que llega hasta él como imperativa de un mandato: amarás a Dios sobre todas las cosas. No. Este hombre piensa en sí mismo, en su condición de criatura; y ve que cuanto tiene es a imagen y semejanza de Dios que le creó por amor; y que ha sido elevado a un orden sobrenatural, de participación en la vida divina, que le libera del pecado y le hace heredero de la gloria merced a los méritos de Cristo, el Hijo de Dios, que viene al mundo.

La respuesta más profunda a los interrogantes del hombre

Atento a estas enseñanzas de la Biblia, el hombre encuentra respuesta a los más profundos interrogantes, y empieza a moverse dentro de un orden que da sentido a su existencia. ¿Qué soy yo, pobre criatura del universo, un hombre... o millones de hombres, aislados de esta fuerza divina que les creó por amor? ¿Qué significa mi presencia en el mundo y mi relación con los demás, si me aparto de este horizonte dentro del cual se mueve el origen de la vida y, por consiguiente, también el ser personal, inteligente y libre que hay en mí? ¿Por qué de la nada he sido puesto en la existencia y en la vida? ¿Por qué de esta existencia terrestre paso, misteriosamente, pero atendiendo y satisfaciendo un anhelo que llevo dentro de mí, a esa vida inmortal que está reclamando toda mi naturaleza? ¿Por qué el desorden del pecado? ¿Por qué está justificada la lucha contra ese desorden? ¿Por qué la belleza de la virtud me atrae? ¿Por qué el contraste entre el vicio desordenado y la hermosura de esa virtud, tal como se ve reflejada en Cristo y en la vida de los santos? ¿Por qué mi alma libre, libre de pasiones y prejuicios, intuye y capta algo de una belleza que trasciende las cosas de la creación? ¿Qué es esto? ¿A qué corresponden todos estos anhelos y estas llamadas secretas que brotan de mi interior? ¿Qué soy yo, hombre? Un poco de polvo que se convierte en polvo, decimos la mañana del Miércoles de Ceniza.

Pero, no. Hay también otra realidad: yo soy un hombre que piensa, que habla, que ama, que comunica su palabra a quienes quieren escucharme, que se une, por una ley secreta, con las almas de otros que reciben mis ideas, que sintoniza con sus aspiraciones y que coincide con los de hoy y los de ayer en buscar siempre lo mismo: una luz indeficiente, una verdad que no falle, una fuerza que no se rompa, un amor eterno y permanente. Mi vida no tiene explicación si no es porque hubo un amor infinito: el amor omnipotente de Dios Creador, que me ha puesto en el mundo. Esa es la enseñanza de la Biblia que disipa mis dudas.

Veamos qué nos dice Jesucristo al hablar de Dios. El nos lo presenta como a nuestro Padre, que está en los cielos. No se puede hablar de Dios así, si Dios no es amor hacia nosotros. En las religiones primitivas todavía existentes en la tierra, alejadas de la luz de la Revelación, no se habla del amor de Dios Padre. Pero Jesucristo nos enseñó así: ved, pues, cómo debéis orar: *Padre nuestro, que estás en los cielos; santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy, perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores* (Mt 6, 10-14).

Cristo no dio una definición de Dios; pero cuando enseña a los hombres a orar les dice que Dios es Padre suyo. La invocación primera con que empieza la oración es una invocación confiada: Padre nuestro, que estás en los cielos. Y después de otras peticiones, encaminadas a reconocer la santidad de Dios y cómo hemos de respetar su voluntad y desear que se cumpla, se dice a ese Padre con toda confianza: danos el pan de cada día.

A un Dios que no es amor no se le pide así. Más aún, a ese Padre que está en los cielos se le dice, con toda humildad, pero también con una inmensa esperanza de que podremos conseguirlo: perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. El lenguaje del perdón, la confianza en que un ser es perdonado se tiene, sobre todo, con los padres que nos aman.

Sí, continuamente, no sólo ahora cuando nos enseña a orar. Seguid atentamente los textos del Evangelio: El Padre, que está en los cielos, cuida de nosotros con providencia amorosa. En el mismo capítulo, sexto del evangelio de San Mateo, en el Sermón de la Montaña, cuando habla de la providencia, dice Jesucristo: *No podéis servir a Dios y a las riquezas. En razón de eso os digo: No os acongojéis por el cuidado de sustentar vuestra vida o de dónde sacaréis vestidos para cubrir vuestro cuerpo. ¿Es que no vale más la vida que el alimento y el cuerpo que el vestido? Mirad las aves del cielo cómo no siembran, ni siegan, ni tienen graneros y vuestro Padre celestial las alimenta. Pues, ¿no valéis vosotros mucho más, sin comparación, que ellas?* (Mt 6, 24-26).

Vuestro Padre celestial. El misterio de la providencia, que no invita tampoco al abandono de nuestras actividades, no. Es el trabajo confiado y solidario de unos con otros, ayudándonos mutuamente para observar también, en esa mutua ayuda, la Ley de Dios. Podemos estar seguros de que Dios cuida de nosotros. Amorosa providencia del Señor. El hecho de que luego existan la enfermedad, la muerte, el fracaso y la frustración humana, no se opone en nada a la providencia. Forman parte del juego de esta relación entre la criatura de Dios y el mundo actual. Mientras vivimos en este mundo, no ha suprimido Dios el dolor, ni siquiera en su divino Hijo, que nos redimió en la Cruz. El dolor, la frustración y la enfermedad no se oponen a esta actitud paternal de Dios, que cuida de las aves y de los lirios del campo y aún más de nosotros. Aunque aparezcan la enfermedad y la muerte, este Dios de que nos habla Jesucristo nos concede los dones que le pedimos y que necesitamos para nuestra salvación.

El sigue hablando: *Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y os abrirán. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama se le abrirá. Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará cosas buenas a los que se las pidan?* (Mt 7, 7-11). Es Jesucristo, el Verbo de Dios, el que está enseñándonos quién es Dios y revelándonos sus actitudes de Padre con respecto a nosotros.

Lo que ocurre es que nosotros, en nuestra pequeñez, achicamos demasiado estos conceptos y nos fabricamos un Dios de bolsillo hecho a nuestro gusto; y entendemos todo esto en un tono raquíptico y pobre, como si Él fuera un Dios limosnero que tiene que estar ahí, a la puerta de la despensa, para nuestras pequeñas necesidades. Ciertamente, que ni un solo cabello caerá de nuestra cabeza sin permiso del Padre que está en los cielos. Y la más pequeña

necesidad es atendida por Él en el juego normal de la providencia, en el que entran la lucha del trabajo y las obligaciones de solidaridad de unos con otros. No lo pongamos en duda por el simple hecho de que no se nos conceda todo lo que pedimos, conforme lo pedimos, y en el momento en que lo pedimos. Esto no lo ha prometido Dios nunca. Tampoco los padres con sus hijos hacen esto.

No pidamos a Dios, el Padre que está en los cielos y que conduce nuestras vidas hacia la eternidad, que obre como si exclusivamente hubiera de estar atento a estas instancias y apremios que puede presentar el inmediatez de nuestras necesidades de cada día. No. La relación entre criatura y Creador, entre hijo y Padre, entre redimido y Redentor, es más grande. Nada, por pequeño que sea, se escapa; pero dentro de lo pequeño y lo grande, la santa voluntad de Dios nos conduce, a veces, por caminos misteriosos. *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura* (Mt 6, 33).

Así podríamos ir recorriendo innumerables pasajes del Evangelio en que aparece Jesucristo hablándonos de Dios, de cómo Él, el Señor, nuestro Padre que está en los cielos, nos quiere y nos cuida como lo hace un padre con sus hijos. Busca también la inocencia de nuestra alma, el brillo de la virtud. Desea que el escándalo no cause daño a sus hijos, a grandes y a pequeños, porque para Dios todos somos pobres y pequeños. *El Hijo del hombre ha venido a salvar lo que se había perdido*, dice Jesucristo. *Si un hombre tiene cien ovejas y una de ellas se hubiera descarriado, ¿qué os parece que hará entonces? ¿No dejará las noventa y nueve en los montes y se irá en busca de la que se ha descarriado? Y si por dicha la encuentra, en verdad os digo que más se alegra por causa de esto que por las noventa y nueve que no se le han perdido. Así, pues, no es voluntad de vuestro padre que está en los cielos el que perezca uno solo de estos pequeñitos* (Mt 18, 11-14; cf. Lc 17, 1).

Correspondencia filial

Pues bien: si ésta es la idea de Dios que nos transmite Jesús –la de un Dios que es nuestro Padre y nos ama–, al situarse el hombre en relación con Él, ya no cabe en la postura humana otra actitud distinta de la que le corresponde al amor, porque se ve, por lo que aparece en la Revelación, que esto es lo primero que quiere Dios, aunque pensemos en Él como Creador y Dueño de nuestras vidas, sin que ello suponga desconocimiento de ninguno de los derechos que corresponden a sus atributos divinos. Pero en el momento en que se ha establecido una relación con los hombres –la relación del Verbo encarnado– lo que prevalece, lo que Dios quiere que quede por encima de todo en la actitud religiosa del hombre, es el amor.

Entonces esta muchachita joven que está aquí escuchándonos; cualquiera de vosotros, padres de familia, con vuestros problemas; ese sacerdote ordenado para el culto y el sacrificio divinos y para predicar la palabra de Dios; ese joven que trata de abrir cauces a su vida; todos, unos y otros, en nuestra relación con Dios a partir de la Revelación cristiana, no es que podemos encontrarnos con Él como Padre; es que no puede ser de otra manera. El amor nos envuelve. Lo cual no obsta para reconocer el hecho de que hemos de tener un santo temor a su justicia, cumplir las leyes que Él nos ha dado, porque entenderemos enseguida que es por nuestro bien, que Él busca con ello que el pecado no se apodere de

nosotros, que no hagamos mal uso de nuestra libertad, que nos situemos en el camino que nos lleva a la posesión completa de su gloria. No es posible pensar de otra manera.

Luego, en mi relación con Él, ¿cómo no llamarle Padre cuando oro, si Cristo me ha enseñado a orar así? Y en lo tocante a adorar a Dios y dirigirme a Él, ¿cómo no lo voy a hacer con confianza y amor, si me dice que está ahí para atender mis peticiones? Y al pensar en Él, ¿cómo no voy a pensar en su pureza infinita, a la cual tengo que amar correspondiendo con la mía, si lo que veo es que, según me dice Jesucristo, Él quiere que no se pierda ninguno de estos pequeñitos, ninguna de sus criaturas humanas, ninguno de los hombres que ha creado y redimido? Redimido, sí. Porque hay algo más que una palabra. Está el hecho de la Redención.

Cristo, la Redención consumada: ésa es la obra maestra del amor de Dios, el cumplimiento de todas las promesas de salvación por amor.

Desde el momento de la creación, cuando con el pecado de nuestros primeros padres se produce la ruptura, ya hay una promesa: *La mujer quebrantará tu cabeza* (Gn 3, 15); promesa que va después formulándose de una manera más explícita. Un día, Dios busca y llama a aquel arameo errante que era Abraham, para convertirle en padre de un pueblo. Le somete a una prueba: el sacrificio de su hijo, que acepta Abraham con humilde obediencia. Dios detiene su brazo. Ha visto la fidelidad. Y es entonces cuando le reitera la promesa: *Te bendeciré largamente y multiplicaré grandemente tu descendencia* (Gn 22, 17). Empieza el caminar del pueblo escogido. Vienen después los grandes personajes de esa historia sagrada: los Profetas. Israel es como una pequeña porción de la humanidad, en la cual se mantiene el fermento salvador, la promesa de que un día se cumplirá lo que se anunció en el paraíso.

Y el Verbo se hizo carne, y nació del seno de la Virgen María, concebido por obra y gracia del Espíritu Santo. Nace en el portal de Belén. Nace el Salvador del mundo. Así fue llamado; así ha sido reconocido; así ha sido adorado por los siglos de los siglos. Esa es la fe de los Apóstoles; ésa es la fe de todas las generaciones cristianas. Nació Jesús. El Bautista, haciendo eco a todos los anuncios y vaticinios de Antiguo Testamento, le presentó así: *He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo. Seguidle* –dice el Bautista a sus discípulos–. *En pos de mí viene alguien que ha pasado delante de mí, porque era primero que yo* (Jn 1, 29-30). *Yo no soy digno de desatar la correa de su sandalia* (Jn 1, 27). Y empieza Cristo su predicación. Tres años nada más. Predicación escasa; pero cuyo contenido es inagotable.

Jesús viene al mundo y toma nuestra naturaleza. Sí, es de nuestra condición y de nuestra raza; se ha injertado en nuestra familia humana; lleva carne y sangre nuestra. Unidas su naturaleza divina y su naturaleza humana en una única persona, redimirá al hombre. En adelante, el hombre se verá libre de pecado. El pecado era la desobediencia, era la ruptura con Dios, el desorden fundamental que trastorna todo el plan divino. La muerte de Cristo, por obediencia y amor, viene a restaurar el orden quebrantado. Se somete con dolor. Hay en su naturaleza un sufrimiento fuerte y visible, bien claramente puesto de relieve en el Huerto de los Olivos. Pero sube a la cruz y en la cruz muere por nosotros. Desciende al sepulcro. Después, resucita glorioso.

La Resurrección

Esta resurrección es la fuerza de la Iglesia. De aquí brota todo el misterio del cuerpo místico de Cristo, en el cual estamos nosotros injertados como miembros suyos, solidarios ahora, como antes lo éramos en el pecado, en los frutos de la redención. De aquí brota la esperanza de la gloria: *Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación, vana nuestra fe* (1Cor 15, 14). *Pero si fuisteis resucitados con Cristo –afirma San Pablo– buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra* (Col 3, 1).

Estáis destinados a una vida inmortal. Y ahora viene la pregunta: ¿Cómo se explica todo esto? Por amor y nada más que por amor de Dios al hombre.

Esta es la respuesta de la Sagrada Escritura; ésta es la respuesta de toda la teología católica; ésta es la respuesta que Dios sigue dando al que quiere escuchar sus palabras. Y entonces fluye también la contestación al interrogante primero: ¿Por qué el primer mandamiento de la Ley para el cristiano ha de ser éste: amar a Dios sobre todas las cosas? Es fácil comprenderlo cuando vemos que, de parte de Dios hacia nosotros, como creador y redentor, no ha habido más que esto: amor sin límites. Cuando un cristiano se sitúa en esa perspectiva le es más fácil entender también el misterio de los demás amores: el amor al prójimo, el amor a la Iglesia y el amor al mundo.

El camino está ahora más expedito. Era necesaria la reflexión de estas dos primeras noches para encontrar las motivaciones de este amor que se nos pide en relación con nuestros hermanos. En cualquier momento de debilidad o de cansancio, lo mismo se trate de cumplir nuestros deberes con Dios que con los demás hombres, tendremos una voz que nos llama y nos avisa siempre con ternura paternal: tendremos la voz de Dios Padre y tendremos la voz de Cristo encarnado y Redentor de nuestra vida, el cual nos recordará siempre el camino de amor en que hemos de movernos.

No lo olvidemos. “Dios nos amó primero” (1Jn 4, 10).

EL AMOR DEL CRISTIANO

Conferencia pronunciada el 20 de febrero de 1970,
viernes de la primera semana de Cuaresma.

Examinábamos el viernes último los motivos por los cuales el hombre ha de amar a Dios, los motivos y fundamentos de ese precepto principalísimo de la Ley: amar a Dios sobre todas las cosas, con toda la voluntad, con todo el corazón, con lo mejor de nuestra mente, con todas nuestras fuerzas. La ley natural, escrita en la conciencia de todo ser humano, mueve indefectiblemente al respeto, la reverencia, el temor y la gratitud, e incluso a un cierto amor a Dios. Pero es insuficiente la luz que brota de esta conciencia del hombre reducido exclusivamente a lo que la ley natural puede dictarle; es insuficiente para que en él arraigue profundamente esta idea, convertida en vida, del amor a Dios sobre todas las cosas.

Sólo a la luz de la Revelación cristiana recibe el hombre una completa enseñanza sobre Dios. Jesucristo es quien disipa todas las sombras y nos revela que Dios es nuestro Padre. La garantía de la verdad de su predicación está en su misma vida. La creación del hombre, la providencia divina sobre él, aunque misteriosa y muchas veces desconcertante para nosotros; la redención, el ofrecimiento de la salvación eterna en el cielo, son obra del amor de Dios y sólo por el amor de Dios pueden tener explicación suficiente. De manera particular insisto en la idea que exponía con más detenimiento el último día: la redención.

Yo os pregunto a vosotros, cristianos, ¿no es cierto que ha habido momentos en vuestra vida en que habéis comprendido, como iluminados por una luz de cielo, que la única actitud es ésta, la del amor a Dios? Al meditar en el misterio de Cristo Redentor, en toda su vida, pero de manera particular en lo que significan su pasión santa, su muerte y su resurrección; cuando en unos ejercicios espirituales nos hemos detenido a contemplar el paisaje del calvario, lo que significa Cristo en la cruz, la redención ha empezado a tener sentido para nosotros de una manera definitiva. Quizá no hemos sido después suficientemente fieles, pero ya no se ha borrado de nosotros la idea de que Dios nos ama y de que aquel que está allí, en la cruz, lo está por amor a nosotros; que Cristo, el Hijo de Dios, ha subido al Calvario solamente porque nos ama. Y que, por lo mismo, el cristiano ha de amar a Dios, Padre suyo, redentor y salvador, sobre todas las cosas.

Pero debemos dar un paso más, porque el Evangelio nos invita a ello. Leemos en San Lucas: *Se levantó un doctor de la Ley y dijo a Jesús, con el fin de tentarle: Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna? Y le dijo Jesús: ¿Qué es lo que se halla escrito en la Ley? Respondió el: Amarás al Señor, Dios tuyo, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo. Replicó Jesús: bien has respondido; haz esto y vivirás. Mas él, queriendo justificarse, preguntó a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo?* (Lc 10, 25-30).

Parábola del Buen Samaritano

Entonces Jesús tomando la palabra, habló así: *Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de ladrones, que le despojaron de todo, le cubrieron de heridas y se fueron, dejándole medio muerto. Bajaba casualmente por el mismo camino un sacerdote y, aunque le vio, pasó de largo. Igualmente, un levita, a pesar de que se halló vecino al sitio, le miró y tiró adelante. Pero un samaritano que iba de camino llegó adonde él estaba, y, viéndole, se movió a compasión. Y, acercándose, vendó sus heridas, bañándolas con aceite y vino; y, subiéndole en su cabalgadura, le condujo al mesón y cuidó de él. Al día siguiente, sacó dos denarios y se los dio al mesonero, diciéndole: Cuida de este hombre; y todo lo que gastes de más, yo te lo abonaré a mi vuelta. ¿Quién de estos tres te parece haber sido prójimo del que cayó en manos de los ladrones? Aquél, respondió el doctor, que usó con él de misericordia. Y dijo Jesús: Pues anda y haz tú lo mismo (Lc 10, 30-38).*

Ved cómo comenta esta parábola, en su espléndida “Vida de nuestro Señor Jesucristo”, el profesor Ricciotti: “Durante esta peregrinación por Judea, Jesús fue interpelado por un doctor de la Ley que quería formarse idea clara del pensamiento de Él sobre ciertos puntos fundamentales... y le hizo estas preguntas que hemos leído.

“Pero en ningún pasaje de la Ley antigua se encontraban juntos los dos preceptos del amor de Dios y el amor al prójimo, y parece que tampoco los rabinos de entonces solían unirlos. En todo caso quedaba la incertidumbre del término “prójimo”, que no sabía bien a quien debía referirse: si sólo a los parientes y amigos, o a todos los compatriotas y correligionarios, o en la más exorbitante de las hipótesis, incluso a los enemigos, a los extranjeros, a los incircuncisos y a los idólatras...

“Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó... La carretera actual de Jerusalén a Jericó cuenta con 37 kilómetros, pero en la antigüedad era algo más breve, pues su último tramo ha sido alargado hoy para comodidad del tráfico. Aquel hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, dice el Evangelio, a causa de que casi todo el camino transcurre cuesta abajo, para salvar el desnivel de unos mil metros que existe entre ambas ciudades. Desde el kilómetro ocho hasta casi las puertas de Jericó, la ruta pasa por lugares absolutamente desiertos, montañosos y, a menudo, escarpados. De aquí que, en todos los tiempos, haya estado infestada de ladrones, siendo prácticamente imposible desalojar a éstos de los refugios secretos practicados a los lados del camino.

“El desdichado yace, pues, en el camino, magullado a golpes, aturdido e incapaz de salir de tal situación si alguna persona compasiva no le presta socorro. La parábola presupone, evidentemente, que el sacerdote y el levita, terminado su turno de servicio en el templo, regresaban a sus casas, situadas en Jericó o más allá. Tras estos dos, pasó un tercer viajero: el samaritano. Este era quizá un mercader que iba a hacer compras en el mercado de Jericó y dentro de poco pensaba volver en sentido inverso. Y era acomodado, puesto que viajaba en jumento propio. La piedad que al instante sintió por el infeliz le indujo a cuidarle lo mejor posible en aquella soledad, aplicando a las heridas las medicaciones de la época, es decir, el aceite emoliente y el vino desinfectante, tras lo cual las vendó con vendas improvisadas. Cargó después en el jumento al hombre inerte

y, enternecido, sosteniéndole lo mejor que pudo durante el trayecto, lo llevó a la posada.

“Los dos denarios de plata eran suficientes para proveer a varios días de cura del herido, aparte de que, si no bastaba, el samaritano había prometido al posadero reembolsarle después. La parábola estaba concluida. Mas como el doctor había preguntado quién era su prójimo, Jesús terminó provocando la respuesta del propio doctor: ¿Quién te parece a ti que de estos tres fue el prójimo de aquel que había caído en manos de ladrones? El doctor, naturalmente, responde: El que usó de misericordia con él. Y Jesús termina: Ve y haz tú también lo mismo.

“En el caso de la parábola, los prójimos del herido eran, oficialmente, más que cualquier otro, el sacerdote y el levita; óptima idea, pero pésimo resultado. El samaritano no era, en modo alguno, oficialmente prójimo del herido: idea pésima, pero resultado óptimo. Los dos ministros de la religión nacional no sienten la menor piedad por su compatriota agonizante; el extranjero y execrado samaritano hace por el infeliz cuanto hubiera hecho por su padre y madre. De los tres, sólo el samaritano obra como prójimo, aunque no lo fuera oficialmente. De modo que cualquier hombre, no importe cuáles sean su raza o su fe, puede ser prójimo, porque puede obrar como prójimo”¹.

Gloriosa historia

Esta parábola del buen samaritano ha sido objeto de meditación constante en la vida de los cristianos. ¡Cuántas inspiraciones buenas han nacido de ahí! ¡Cuántos actos de abnegación y de amor en favor de unos y otros!

Es cierto que cuando se estudia la historia de la Iglesia podemos encontrar equivocaciones trágicas, fallos dolorosos en la práctica del amor, imposiciones molestas en nombre de un sentido de la civilización cristiana, vigente en tal o cual época, que se amparaba tanto o más que en el derecho objetivo que la religión podía tener a ser predicada, en un conjunto de circunstancias transitorias, a veces incluso políticas. Pero la comprobación de estas deficiencias no debe ser impedimento para reconocer lo mucho que, gracias a la predicación de Cristo y a este concepto del amor al prójimo, se ha hecho siempre. Como tampoco debe serlo para reconocer que siempre tenemos que seguir haciendo más. Es verdad. Afirmémoslo abiertamente, pero sin caer en una crítica demoledora que parece no ver más que defectos en la Iglesia. El amor de Cristo a través de la Iglesia ha sido vivo, operante, activo. Ha habido muchos buenos samaritanos en todo tiempo y lugar, hijos de la Iglesia que se han adelantado a todas las exigencias de la justicia social.

No podéis dar un paso hacia atrás en la historia de Barcelona sin encontraros con el testimonio elocuentísimo de tantas personas y entidades que se ocuparon de las desgracias del prójimo, venciendo todo egoísmo y procurando aliviar, hasta donde fuera posible, las necesidades que sus hermanos les presentaban. Y así también en las más pequeñas aldeas.

¹ J. RICCIOTTI, *Vida de Jesucristo*, Barcelona, 1944, 477-480.

¡Hay tantas costumbres santas y tantas instituciones logradas en pueblos y ciudades, que nacieron como fruto de la fe y de la caridad cristiana, a pesar de tantos pecados y de tantos fallos en el orden espiritual!

De ese hombre que estaba allí, al borde del camino, no se sabe nada, no se sabe quién es, de qué religión, de qué raza, de qué país, de qué familia, de qué cultura, de qué condición social, de qué carácter humano. Nada. No es más que un pobre desconocido, *homo quidam*, un cualquiera. Y es ese hombre el que Jesucristo nos pone como ejemplo del prójimo a quien hay que amar y atender.

Han pasado por allí el sacerdote y el levita. Eran los más obligados porque, lógicamente pensando, tendrían más vinculación con el herido. Pasan de largo. Y el que viene a dar la lección del amor es alguien que entre los judíos de entonces estaba considerado como un enemigo, por lo menos como un extranjero con el que no se quería tratar, un samaritano. Y este hombre se conmueve, actúa, se acerca al herido, le recoge, le mueve entre sus manos, le pone lo que tiene allí, aceite y vino; le transporta en su cabalgadura y ofrece, generosamente, el dinero necesario para que lo atiendan.

Es decir, amor compasivo, generoso, práctico, amor sin condiciones; es el universalismo del amor en cuanto a la naturaleza del hombre a quien hay que amar; en cuanto a la acción que hay que ejercitar para demostrar el amor; y en cuanto al desprendimiento máximo que debe guiarnos.

A esto ha invitado siempre la religión cristiana, y sigue invitando hoy, aunque los derechos sociales de los hombres deben ser proclamados, requeridos, exigidos, cumplidos fielmente en nombre de la justicia y amparados en las leyes pertinentes para asegurar su efectividad.

Porque el motivo fundamental es siempre el amor. Si queremos un mundo más justo y trabajamos para que se realice esta justicia en la tierra, es porque ésta debe ser una realización del amor, es porque somos hermanos, no simplemente para satisfacer una exigencia legal. ¿Qué sería de un mundo en que los derechos sociales estuvieran perfectamente atendidos, pero vacío de amor? Las leyes se cumplirían, pero la dignidad fundamental del hombre quedaría olvidada. Deben darse las dos cosas a la vez, leyes justas y trabajo de transformación, pero fundadas en el amor al hombre.

Si la ley es justa es porque arranca de la justicia. La justicia descansa sobre el orden objetivo de la naturaleza humana tal como Dios la ha creado. Y no basta la conciencia de solidaridad que nace de nuestra condición común, porque la experiencia singular y colectiva demuestran que en las relaciones de los hombres entre sí aparece siempre, inevitablemente, el egoísmo. Por solidaridad sentimos, es cierto, la invitación a unir nuestras manos, pero las desunimos enseguida cuando vemos satisfechos nuestros anhelos y nuestro amor propio. Hay que buscar en ese orden objetivo de la naturaleza humana, tal como Dios lo ha creado, un motivo de unión más estable y profundo, y éste se halla a la luz de la fe que me enseña con exactitud el fundamento radical de la fraternidad humana, la condición del hombre creado a imagen y semejanza de Dios, más aún, hijo de Dios, más aún, hermano y miembro del Cuerpo Místico de Cristo.

Esta es la motivación honda y seria del amor al hombre, la que elimina eficazmente todo exclusivismo, de religión, de patria, de cultura, de edad, de

clase social. Amamos al hombre porque en él vemos un hijo de Dios como lo somos nosotros, más aún, porque vemos a Dios mismo amándonos como nos amó a nosotros al crearnos y redimirnos.

La razón de mi dignidad está en que Dios me ha creado y Dios me ama. La razón de la dignidad de mi prójimo es la misma; el Dios que a mí me ha creado y que a mí me ha redimido, le ha creado a él, quiere redimirle a él también. Entonces uno y otro estamos como recubiertos por esa protección del mismo Dios y nos encontramos con que pertenecemos a la misma familia, porque somos hijos del mismo Padre. He aquí el fundamento supremo de este universalismo del amor al prójimo.

Esto me lleva a otra consideración que no es superflua en este momento, hermanos; y es la de que, siendo así las cosas, yo no puedo excluir a nadie de mi caridad y de mi amor al prójimo, pero tampoco puedo excluir nada de lo que pueda hacer bien a ese prójimo. Por consiguiente, en un amor bien entendido y practicado, conforme a las exigencias del Evangelio, yo debo interesarme por todo lo que beneficie a mis hermanos, es decir, por todo lo que sea misericordia corporal y espiritual, empezando por los bienes de la fe. El acto supremo del amor al prójimo, aun cuando quizá no sea el más urgente de una manera inmediata, es hacer por nuestra parte cuanto esté en nuestras manos para la propagación de la fe.

No imposiciones, no coacciones de ningún género; pero sí predicación de la fe a todo el que quiera oírla. Porque es el máximo bien del hombre y, al ofrecer yo a mis hermanos, los hombres, las luces de esta revelación que me ha sido dada con el explícito deseo, manifestado por Cristo en el Evangelio, de que se propague y se extienda, al hacer esto, estoy ofreciendo lo mejor que puede lograr un hombre en este mundo.

Repito: puede suceder que no sea lo más urgente. Habrá ocasiones en que, antes de predicar la fe, hay que acercarse al herido que está al borde del camino, para curar sus heridas. Ciertamente. Pero sin excluir nunca de nuestras preocupaciones de cristianos la comunicación de la fe, la educación de la misma y la propagación del sentido cristiano de la vida.

Vosotros, padres de familia, queréis mucho a vuestros hijos y deseáis para ellos el mejor porvenir en todos los aspectos de su vida humana; os preocupáis de sus carreras, del desarrollo de su personalidad; queréis ofrecerles medios de vida para el futuro. ¿Cumpliríais del todo vuestra misión de padres si, habiéndoles ofrecido esto, los dejaseis desamparados –al menos en cuanto está de vuestra parte– en lo que se refiere a la riqueza de la fe y del amor a Dios?

Comprended el porqué de las exhortaciones de la Iglesia, tan repetidas, tan constantes, tan llenas de amor y de paciencia, cuando os habla de vuestros deberes en orden a la vida religiosa, en el hogar, sobre vuestros hijos, y con vosotros mismos, para que seáis apóstoles de la Iglesia en vuestra vida de familia. Y, juntamente con los beneficios de la fe, todos los demás: los de la cultura, la educación, la formación del carácter, el sentido de la nobleza, el trabajo, la honradez en las relaciones humanas, la moralidad en las costumbres, el anhelo de justicia social, expresiones vivas y concretas de un amor rectamente entendido.

Hemos de tener esta comprensión del hombre. Cuando alguien dice que lo único que importa es preocuparse por el bienestar material de los demás, se equivoca. Se equivocaría también el que despreciara esa preocupación por el bienestar humano y social, porque a ello nos obliga nuestra solidaridad y nuestro sentido de hermanos; pero no podemos dejar en un segundo plano, nunca jamás, esa otra preocupación por iluminar las conciencias en el orden de la fe y de la vida religiosa.

El sacramento que hace amar

Hay un sacramento que ayuda a amar, y es la Eucaristía. Jesucristo lo instituyó en la última cena, cuando promulgó el mandato del amor, diciendo que nos amásemos unos a otros como Él nos había amado (cf. Jn 13, 34). Es una de las cumbres del cristianismo. Es difícil practicarlo así y ser constante. Por eso hemos de acercarnos a la fuente viva de donde brota el agua que sacia nuestra sed de amor. La Eucaristía, la comunión con el cuerpo y la sangre de Cristo, recibidos con conciencia pura, nos hace capaces de un amor sin limitaciones.

Esta es mi exhortación final. Sé que, con palabras humanas solamente, no es posible vencer las dificultades para amarnos como Dios quiere que nos amemos. Es necesario dar un paso más y acudir al sacramento del amor, que nos ofrece el cuerpo y la sangre del Señor que nos ama. Pero mirad –y quiero aprovechar la ocasión para advertirlo–, el sacramento de la infinita pureza exige que nos acerquemos a él con una delicadeza de conciencia muy grande. Empieza a difundirse en algunos ambientes cierto desprecio al sacramento de la confesión y la penitencia, tal como la Iglesia lo enseña; y se oye decir que han aumentado en muchos sitios las comuniones, pero que han disminuido las confesiones.

Sería muy grave que prendiera en el corazón y en la conciencia de nuestras comunidades cristianas una actitud naturalista respecto al pecado. O se acata plenamente el misterio, o vale más renunciar, puesto que se trata de la pureza infinita del amor. Hay que demostrar de antemano que queremos de verdad esa pureza en nosotros. Y tenemos que presentarnos limpios de pecado.

¿Por qué muchas veces la sagrada comunión no produce los efectos espirituales que podría producir? Por falta de disposiciones habituales o actuales suficientes en el corazón del cristiano. Y una terrible falta de disposición podría darse si cundiera una minimización del sentido del pecado, queriendo abusar de la misericordia de Dios, haciéndola a nuestra medida y conforme a nuestro capricho. Esto sería utilizar la Eucaristía sin las debidas disposiciones. La Eucaristía nos da fuerza para amar, pero hemos de ser humildes para ir hacia ella con la pureza de corazón con que Cristo nos indicó. Es el cuerpo y la sangre del Señor lo que recibimos. Dejémosle que entre en nosotros y que corra por las venas de nuestra alma. No le pongamos obstáculos. Si se los ponemos con nuestro egoísmo y con nuestros propios criterios, estamos ya demostrando falta de amor y, lógicamente, tiene que producirse después en nosotros una frustración de ese amor que la Eucaristía podría despertar en nuestras conciencias para vivirlo en relación con nuestros hermanos, los hombres.

ACTITUDES NECESARIAS PARA PODER AMAR

Conferencia pronunciada el 27 de febrero de 1970,
viernes de la segunda semana de Cuaresma.

Va avanzando, poco a poco, la Cuaresma y avanza también nuestra reflexión de cada viernes, a la que acompañan la oración y la plegaria. Al entrar en la Catedral y oír estos cantos con que acompañáis a cada estación del Vía Crucis, cantos de dolor del corazón, de esperanza cristiana y de amor a Cristo crucificado, pienso en lo que significan estos actos de piedad, sencillos y profundos, que no debieran desaparecer nunca jamás. Trabajo les va a costar a los que quieran sustituir estos ejercicios piadosos con otros más adecuados –como dicen– a la mentalidad moderna. Aquí no hay mentalidad moderna ni antigua. Cuando se trata de pedir perdón de los pecados y de manifestar nuestra fe y nuestra confianza en Cristo Redentor, tenemos que recibir con humildad las lecciones que nos da el pueblo cristiano de siempre. No cambia el hombre, como tampoco cambia el Evangelio.

Singularísimo deber del cristiano

Hablábamos el viernes pasado del universalismo del amor cristiano. La caridad, precepto fundamental del cristianismo, no tiene límite alguno, es un amor que se extiende a todos los hombres. El que cree en Jesucristo tiene, más que un privilegio por el hecho de creer, un deber singular con respecto a Dios y al prójimo: el de amar a Dios sobre todas las cosas por motivos particulares y distintos de los que obligan a los demás hombres, los que le han sido señalados a él en la Revelación y que sólo él conoce. Y lo mismo por lo que se refiere al amor a los demás, a todos, como Cristo los amó, con las características propias que el Evangelio proclama.

Por eso digo que, más que un privilegio, aunque también lo sea, el cristiano tiene un deber especial, singularísimo, en cuanto al modo de cumplir con este precepto del amor a Dios y del amor al prójimo. El cristiano es distinto de los que no lo son; su fe le singulariza y le sitúa en una perspectiva única, no para que se enorgullezca sobre los demás, ni para que se separe del resto de los hombres, como si perteneciera a una casta cerrada, sino para que descubra lo que con los ojos humanos no es posible alcanzar, a saber, que en todos los hombres está Dios amándoles y que Jesucristo, el Hijo de Dios, ha muerto por todos, porque amaba a todos y a todos quiere salvar. Estos motivos íntimos del amor a Dios y al prójimo se perciben claramente a la luz de la Revelación. El cristiano que vive de su fe admite esto y no puede sentirse extraño a nadie. La práctica es siempre difícil. He ahí el gran problema del que tenemos que examinarnos constantemente en nuestra vida espiritual y religiosa.

Pero, prescindiendo de las debilidades que nos hacen fallar en la práctica de este doble mandamiento, el cristiano atento a su fe no puede menos de admitirlo: amaré a todos los hombres por amor a Dios, lo cual –fijaos bien– no significa que deje de amarles por lo que ellos son, sino que, además de lo que son por sí mismos, él considerará que son algo más, porque Dios les ama y porque Cristo

ha querido redimirles. Luego, decir que amamos al prójimo por amor a Dios no significa una minusvaloración de la condición humana, una desestimación de lo que el hombre es por sí mismo, sino, por el contrario, el reconocimiento de que en él hay una realidad nueva con la que el cristiano cuenta siempre: Dios, Creador y Redentor, que ama y redime a todo hombre.

Es interesante tener esto en cuenta en nuestras meditaciones sobre la práctica del precepto de la caridad, porque con frecuencia oímos decir que hay que amar al hombre por sí mismo, porque si se le ama por amor a Dios, es como reconocer que no tiene valor en sí para ser digno de ser amado. Es un enfoque erróneo y un mal planteamiento del problema hablar así. El cristiano que dice: yo amo al hombre por amor a Dios, no es porque deje de reconocer lo que el hombre vale en sí mismo, sino porque además ve en él al Dios que le ha creado a su imagen y semejanza y a Cristo que le ha redimido. Lo contrario sí que sería verdad: que el que deja de amar al prójimo por amor a Dios disminuye la categoría del hombre al privarle en su estimación, de lo que Dios ha puesto en él al crearle y redimirle.

Esta es la perspectiva; más aún, éste es el mandato explícito y terminante. Evangelio de San Juan, capítulo quince. Dice Jesucristo en el sermón de la última cena: *Si observareis mis preceptos, perseveraréis en mi amor, así como yo también he guardado los preceptos de mi Padre y persevero en su amor. Estas cosas os he dicho, a fin de que os gocéis con el gozo mío y vuestro gozo sea completo. El precepto mío es que os améis unos a otros, como yo os he amado a vosotros* (Jn 15, 10-12). Así concretado el mandamiento cristiano, nadie deja de ver lo difícil que es ponerlo en práctica día tras día, con la constancia que corresponde a un verdadero discípulo del Señor. Es necesaria una lucha continua contra el gran obstáculo que se levanta dentro de nosotros, para vivir con sinceridad este amor a Dios y este amor al prójimo; y este obstáculo es, en una palabra, la soberbia interior que impide y ahoga el florecimiento de la caridad verdadera.

La soberbia del corazón, obstáculo para la caridad

De este gran pecado de la soberbia del corazón quiero hablaros brevemente esta noche con el determinado propósito de examinarlo en cuanto se opone a la caridad con Dios, para poder hablar después del amor al prójimo. Porque es aquí donde está el fallo radical de los cristianos de hoy y de siempre; cuando se extingue el amor a Dios, indefectiblemente se apaga el amor al prójimo con sentido evangélico, esto es, la caridad para con los demás al modo como Cristo los amó. Porque el precepto cristiano no es: amaos unos a otros. No. No es éste el precepto fundamental del cristianismo. *El precepto mío es que os améis unos a otros “como Yo os he amado a vosotros”*. Luego, en un auténtico amor cristiano, no podemos prescindir de la presencia de Cristo como inspirador de nuestros amores, como fuerza que los nutre, como ejemplo que nos guía, como contenido al que se aspira.

Somos muy propensos a reducirlo todo a términos simplistas y enseguida decimos: lo importante es el amor al prójimo, o sea, hacer el bien, buscar el bienestar del hombre, luchar por la justicia. Y esto puede ser una parte integrante, pero no es la totalidad del amor con que Cristo nos ama. Por eso digo

que, cuando no hay un verdadero amor a Dios, el amor a los hombres con sentido evangélico, tal como Cristo amó, también se apaga.

Hay que empezar a construir la casa por los cimientos y no por el tejado; y esto es lo que nos está pasando: que queremos empezar por el tejado. Jamás se ha hablado tanto de amor y de justicia en el mundo, de que hay que dar testimonio, de que hay que implantar unas relaciones más fraternales entre los hombres; pero luego sucede que el amor y la justicia quedan reducidos, en su aspiración, a satisfacer apetencias materiales y terrestres. ¿Es esto el amor al hombre de que habla el Evangelio? En realidad, lo que llaman dar testimonio, o bien se convierte fácilmente en acusación, o es una actitud fría desprovista de amor universal a todos, atenta únicamente a la ideología propia o a las reclamaciones del grupo.

Y en cuanto a las relaciones de fraternidad, ¿con qué frecuencia se conciben y desarrollan únicamente en el ámbito egoísta y pobre de los partidismos políticos, de los exclusivismos nacionalistas e incluso de los intereses económicos! Hay que apuntar más alto si se quiere atacar la soberbia del corazón en la relación con los hombres. Hay que esforzarse antes por atacarla y vencerla en la relación con Dios, en la actitud de amor a Dios. Es decir, hay que empezar por la religión, no por la sociología. El hombre está unido con Dios en todo su ser con absoluta dependencia, con obligación permanente de amor y de homenaje, que se traduce en servicio y cumplimiento de la ley divina. De aquí hay que partir para cumplir bien con las exigencias de un verdadero amor a Dios, que rechaza toda soberbia interior, y si no hay amor a Dios así, no se sostiene el amor al prójimo.

Habrà alguien que diga: es que tampoco se sostiene el amor a Dios sin el amor al hombre. Cierto, así es; pero hay un nexo intrínseco entre los dos amores y el uno fundamenta al otro y es punto de partida, porque el universalismo del amor cristiano al prójimo solamente puede entenderse en cuanto que se ve a Dios en el hombre, con su amor de creación y de redención. Ahí está el universalismo. De lo contrario, surgen enseguida las divisiones, los egoísmos de que hablábamos el viernes pasado; o bien se mutila al hombre y no se atiende a valorar lo que espiritualmente significan para él su alma y su destino eterno; o bien se reduce el amor cristiano a la mera satisfacción de una aspiración terrestre, lo cual deja al Evangelio sin contenido, porque el Evangelio no es un programa político para reformar las estructuras de este mundo. Su mensaje y su contenido son infinitamente más amplios.

Tres actitudes necesarias

1ª.- Sencillez de corazón.

En la lucha contra esa soberbia que ahoga el amor a Dios, hemos de fomentar, en primer lugar, la sencillez de corazón. Evangelio de San Mateo, capítulo once: *Por aquel tiempo, exclamó Jesús diciendo: Yo te glorifico, Padre mío, Señor del cielo y de la tierra, porque has tenido encubiertas estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeñuelos. Sí, Padre mío, alabado seas por haber sido de tu agrado que fuera así. Todas las cosas las ha puesto mi Padre en mis manos, pero nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni conoce ninguno al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo habrá querido revelarlo. Venid a Mí*

todo los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviare. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis el reposo para vuestras almas, porque suave es mi yugo y ligero el peso mío (Mt 11, 25-30).

Sencillez de corazón. Habría que meditar mucho este pasaje evangélico, en medio de la crisis religiosa que padecemos, porque se habla mucho de fe adulta, de desarrollo de la personalidad cristiana, de cultivo de las exigencias de esta fe, y luego resulta que a quienes nos pone Cristo como ejemplo de los que reciben luces son los pequeñuelos, los sencillos, los humildes. Los pequeñuelos fueron los Apóstoles, que obedientes a la llamada del Señor le siguieron con corazón desprendido, sin saber siquiera adonde iban; los pequeñuelos fueron aquellos padres y madres de familia, y aquellos jóvenes –que también existían– que, al escuchar las palabras del Maestro prorumpían en exclamaciones de alabanza hacia Él, llenos de amor y veneración; los pequeñuelos eran aquellos que rezaron el Padrenuestro por primera vez, pidiendo que se cumpliera la voluntad de Dios así en la tierra como en el cielo. Pero hoy, no; hoy queremos discutirlo todo, someterlo todo a nuestra crítica: autoridad del Papa, leyes de la Iglesia, teología católica, relaciones entre Iglesia y mundo... y cada cual dar su sentencia y sus opiniones inapelables.

Dios no revela el misterio del reino a quienes así hablan y sienten. Las expresiones, en sí, son buenas. ¿Quién no estará de acuerdo en que la fe tiene que ser adulta? Es decir, que estudia su contenido, que reflexiona sobre sí misma, que medita los comportamientos que de ella deben derivarse, que capta los matices. Todo esto es obligado; pero, ¡cuántas veces lo que late en esa expresión es un subjetivismo personalista terrible y una auténtica falta de obediencia! Por este motivo, al hablar de esto Cristo dice a continuación: *Venid a mí los que estáis cansados, que yo os aliviare. Porque mi carga es suave y mi yugo ligero (Mt 11, 28-29)*; o sea, que da por supuesto que sí: que existe una carga y un yugo, pero los pequeñuelos y los sencillos logran vencerlo acudiendo a Él.

En cambio, esos otros, los de la fe adulta, entendida a su manera, ¡cuántas veces convierten su vida entera en un yugo insoportable para sí mismos y para los demás!

Sencillez de corazón, que reza, que adora a Dios, que ama a la Iglesia, que cumple los mandamientos como la doctrina cristiana lo ha enseñado siempre. Porque el corazón no se engaña; sabemos distinguir muy bien entre el bien y el mal, entre las ocasiones para el pecado y la virtud. Pero si nos empeñamos en decir que el pecado no es pecado, sino sencillamente, expresión de la libertad y de la personalidad humanas, es de temer que de esa llamada fe adulta no quede ni adultez, ni fe. Y entonces, la religión, la Iglesia y la teología, todo, se convierte en un conjunto de sombras y dificultades insoportables.

2ª.- Humildad en las interrogaciones

He aquí otra actitud necesaria para que la soberbia de corazón no impida el amor a Dios. Leo ahora el evangelio de San Marcos: *Volvió, pues, otra vez a Jerusalén, y paseándose Jesús por el atrio exterior del templo, instruyendo al pueblo, llegan a Él los príncipes de los sacerdotes y los escribas y los ancianos*

y le dicen: ¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Quién te ha dado a ti potestad de hacer lo que haces? Y respondiendo, Jesús, les dijo: Yo también os haré una pregunta, respondedme a ella primero, y después os diré con qué autoridad hago estas cosas. Mi pregunta es: El bautismo de Juan, ¿era del cielo o de los hombres? Respondedme. Ellos discurrían para consigo diciendo: Si decimos que del cielo, dirá: pues, ¿por qué no le creísteis? Si decimos que de los hombres, debemos temer al pueblo, pues todos creían que Juan había sido verdadero profeta. Y así, respondieron a Jesús diciendo: No lo sabemos. Entonces Jesús les replicó: Pues yo tampoco os diré con qué autoridad hago estas cosas (Mc 11, 27-33).

Es muy instructivo este pasaje del Evangelio. Nos indica que en la vida religiosa cristiana –cuando se trata del amor a Dios– no podemos presentarnos ante Cristo con interrogaciones desafiantes. Si obramos así, Dios no nos contesta. Esto es lo que ocurre muchas veces en las crisis religiosas, en las dudas sobre la fe, en el ateísmo práctico de tantos, en la disciplina relativa a los mandamientos de Dios o de la Iglesia.

¿Con qué autoridad el Papa nos dice esto o aquello? ¿Con qué autoridad el celibato es señalado como obligatorio en la vida de los sacerdotes? ¿Con qué autoridad la Iglesia se pronuncia sobre la necesidad de una corresponsabilidad dentro del pueblo cristiano, pero orgánica, en el sentido de que hay que obedecer a una jerarquía puesta por el Señor en su Iglesia? ¿Por qué hemos de aceptar el Magisterio de esta Iglesia, si yo, teólogo, prefiero tal o cual interpretación que a mí me parece mucho más apta? ¿Con qué autoridad se me dice que en el uso de las fuerzas procreadoras el hombre y la mujer tienen que someterse a unas normas establecidas por Dios? Estamos preguntando mucho al Señor, mucho. Y no es que no podamos preguntar. Pero, ¿sabéis cuándo se pregunta? Hay una ocasión hermosa en la vida cristiana para preguntar, y es en la oración humilde, en la oración en que el alma cristiana expone sus dificultades al Padre por medio de Cristo, a la cual han sido prometidas luces que se derraman del cielo para poder ir entendiendo, poco a poco, el misterio cristiano. ¿O es que creéis que los santos no han padecido dificultades en su vida de fe y en su vida moral? Pero preguntaban así, no como los escribas y los fariseos: a ver qué nos dice, a exigirle una respuesta. No, no. Es otro el modo de preguntar, si queremos que Dios nos responda.

Santa Soledad Torres Acosta, recientemente canonizada, esta mujer humilde y sencilla que en el siglo pasado vuelca su existencia en atender a los enfermos en medio de estrecheces y dificultades sin cuento, fundó la Congregación de Siervas de María. ¡Cuántos heroísmos y cuántas generosidades calladas! ¡Cuántas dificultades en su vida! Pero ella supo preguntar en la oración y obtuvo respuesta. Y, en otro orden de cosas, una Santa Teresa de Jesús. Otra clase de caridad la suya. Fue una caridad de reforma interior de la Iglesia, de exposición de su sentir y su pensar sobre el amor de Dios tal como lo reflejan sus libros; fundaciones incesantes, perseverancia en una lucha fatigosísima para introducir la Reforma en el ambiente relajado de aquel siglo. ¡Cuántas preguntas podía haber hecho Santa Teresa de Jesús! Y las hacía; pero era así también: en su vida de oración. Y no se apagó el amor a Dios. Ante los ejemplos de estos héroes extraordinarios de la santidad uno siente vergüenza al ver con qué facilidad nos

apartamos del amor a Dios ante las primeras dificultades que puede experimentar.

3ª.- *Esfuerzo personal en la adhesión*

Por último, para vencer esta soberbia del corazón que impide el florecimiento de la caridad como amor a Dios, es necesaria otra actitud; y es la de esperar con confianza en que el Señor nos dará luces cada vez más abundantes. Dice Jesucristo en el Evangelio de San Juan: *Aún tengo otras muchas cosas que deciros; mas, por ahora, no podéis comprenderlas. Cuando venga el Espíritu de verdad, Él os enseñará todas las verdades, pues no hablará de lo suyo sino que dirá todas las cosas que habrá oído, y os pronunciará las venideras. Él me glorificará porque recibirá de lo mío y os lo anunciará. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso os he dicho que recibirá de lo mío y os lo anunciará* (Jn 16, 12). Bien, la frase importante es ésta: *Cuando venga el Espíritu de la verdad, El os enseñará todas las verdades* necesarias para la salvación, para el sostenimiento de vuestra fe, para vuestra vida religiosa. ¿Por qué, pues, precipitarnos, cristianos, creyentes en Cristo? ¿Por qué enseguida cerramos las puertas a la luz que, si no llega hoy, llegará mañana? A mí, sacerdote, a vosotros, padres de familia cristianos, jóvenes, mayores, el Espíritu Santo nos irá fortaleciendo e iluminando si nos mantenemos fieles. Fruto de su acción sobre nuestras almas será la dulzura de la piedad y el gusto por las cosas de Dios que facilita los caminos del amor.

Con esa fuerza y esa luz, que no nos serán negadas, el cristiano ha de luchar valientemente en la práctica diaria de las virtudes que su condición le exige. Ha de pasar de los humildes interrogantes en la oración a las decisiones generosas que, día tras día, van aumentando en él la adhesión a la doctrina, el fervor en sus propósitos y la conciencia de victoria sobre sus pasiones desordenadas. La gracia de Dios le asistirá siempre. Ese progreso comprobado en la vida ascética y en una unión mística con Dios, proporcionada a su condición y su estado, le facilita cada vez más el conocimiento y el amor a Dios Padre, refuerza sus lazos de unión con Cristo y le permite superar las dificultades que antes le parecían invencibles. Este es el secreto de la vida espiritual intensa de muchos sacerdotes, de religiosas santas, de padres y madres de familia cristianos que perseveran heroicamente en una actitud ejemplarmente generosa, no obstante los obstáculos que encuentran en su camino.

Quiero decir, en suma, que en la práctica del amor a Dios que debe informar nuestra vida cristiana, hay que decidirse a amar, porque a amar se aprende amando. Que no se nos pase la vida manifestando siempre las mismas quejas, las mismas dificultades, las mismas desviaciones egoístas y torpes. Jesús dijo a los Apóstoles: *Seguidme*, y ellos, dejándolo todo, le siguieron. Nunca fueron más libres que cuando se entregan a Él con decisión confiada y generosa.

Rompiendo con las ocasiones de pecado, se deja de pecar; buscando la soledad y el retiro del alma, se aprende a orar; leyendo el Evangelio, se aprende a meditar la vida de Jesús; aceptando la pequeña cruz de cada día, se termina por aceptar y amar la cruz de Jesucristo. Cuando el Señor empezó a predicar su doctrina, nos dijo a todos con palabra clara y terminante: *Se ha cumplido ya el tiempo, y el Reino de Dios está cerca: haced penitencia y creed el Evangelio* (Mc 1, 15).

Pedía un esfuerzo, una adhesión y una entrega.

LA ESCLAVITUD DEL QUE NO AMA

Conferencia pronunciada el 6 de marzo de 1970, viernes de la tercera semana de Cuaresma.

Continuemos nuestras reflexiones sobre el tema general de la virtud de la caridad, tal como debe ser entendida y vivida por un cristiano que quiere ser fiel al Evangelio en toda su integridad.

Os hablaba el pasado viernes de esa triple actitud necesaria para luchar contra la soberbia del corazón, el gran obstáculo que se levanta en el alma contra el amor a Dios. Sencillez de espíritu, humildad en los interrogantes, conversión continuada. Al obrar así, no sólo se va eliminando la fuerza agresiva del pecado y de las tendencias malas, sino que se despeja interiormente la oscuridad del camino, y el cristiano se entrega cada vez con más firmeza y seguridad internas a una vida religiosa sincera y consecuente, cuyos frutos aumentan sin cesar en su relación con Dios y con el prójimo.

Las gracias de Dios que se comunican cada vez más abundantes y el gozo del alma al comprobar su propio progreso espiritual facilitan la marcha ascensional hacia las cumbres de la santidad.

La verdadera libertad del cristiano

Y entonces es cuando el hombre logra hacerse auténticamente libre. Al aumentar su trato con Dios, su fe y su amor a Él, aumenta también su libertad interior.

- *Primero*: porque ve que puede navegar sin trabas en el océano sin límites de la divinidad, contemplando y adorando las perfecciones divinas. El hombre que avanza en su trato con Dios mediante la oración, el dominio de sus pasiones, el esmero en la práctica de sus obligaciones familiares y profesionales, reguladas por la luz de la fe; el hombre que cultiva e intensifica su amor a Dios y su fe en Él, percibe cada vez mejor la belleza de la vida divina. Más que pensar en los mandamientos como carga, piensa en lo que éstos tienen de impulso para entregarse cada vez más al misterio.
- Y *segundo*: se hace también más libre el cristiano que ahonda en su vida religiosa, porque cuanto más obedece y más trata de ajustarse a la voluntad divina, mejor comprende que el motivo de la obediencia es el amor, no una imposición externa del que manda porque puede mandar. Y todos sabemos que cuando se ama lo que merece ser amado, toda esclavitud desaparece.

¿Por qué los santos se han sentido siempre tan libres y tan dichosos en medio de una observancia fidelísima de los preceptos de Dios y de la Iglesia? Cuando leemos su vida vemos cómo han manifestado el gozo de esa libertad interior sin dejar traslucir la pesada molestia que para otros representa el cumplimiento de las normas y las leyes divinas. ¿Por qué? Este hecho desconcierta siempre a los incrédulos y, en general, a todo hombre, incluso cristiano, que en medio de una

vida de tibieza o de pecado, queriendo, no obstante, ser bueno, tropieza a cada paso con sus defectos, encuentra molesta y enojosa la vida espiritual, cree ver en la religión un conjunto de trabas y normas asfixiantes y no se explica esa gozosa libertad de las almas grandes. ¿Cuál es la explicación de esta libertad que reflejan y viven los hombres santos?

Sólo hay una, y es que el amor a Dios hace cada vez más libre a quien ama y a quien se declara servidor suyo por amor. Es la caridad teologal que, a medida que se practica, aumenta; y el alma que la viva ya no cumple los mandamientos simplemente por mera obligación, sino atraída por la belleza de lo que descubre y sostenida por el don de sabiduría que el Espíritu Santo regala.

Ejemplo de San Olegario

Insisto en estos principios hondos y fundamentales porque de ahí brota todo lo demás. Al entrar en la Catedral he subido al camarín a venerar las reliquias de San Olegario, obispo de Barcelona en el siglo XII, cuya fiesta celebramos hoy. Aquel hombre que, en la vieja catedral románica anterior a ésta en que estamos hoy, predicó sin cesar; que contribuyó con su esfuerzo a la pacificación política de los reinos de España; que al peregrinar a Tierra Santa predicaba todos los días varias veces en los lugares por donde pasaba; aquel hombre amante de la soledad y la contemplación, que ejerció tan notable influencia sobre el clero y los religiosos y los fieles barceloneses precisamente por su trabajo incansable en la predicación de las verdades de la fe y la piedad cristiana. Humilde sucesor suyo en esta sede, veo en su vida la lección permanente de la Iglesia católica, cuando trata de educar la conciencia de sus hijos.

Esta es la mayor urgencia de hoy: insistir en la necesidad de la vida de fe y de la gracia santificante. Dejad que en un alma prendan la gracia y los dones del Espíritu Santo, que enseguida estará dispuesta a ser un agente transformador del mundo. Pero mi temor es lo contrario: que estamos olvidando estas realidades de nuestra fe y por eso se nos hace tan difícil la vida cristiana hoy, y se convierte todo en polémicas y agitaciones alteradas de unos contra otros. Y es que cuando nos apartamos de Dios, en quien podemos encontrarnos todos, solamente prestamos atención a los criterios nuestros; y hablando del amor al prójimo, podemos fácilmente, sin darnos cuenta, caer en el egoísmo de nuestro propio pensamiento, es decir, amamos al prójimo como nosotros queremos que sea amado, no como Cristo lo quiso. Y el Evangelio es muy claro. El precepto mío es *que os améis unos a otros, como Yo os he amado* (Jn 13, 34).

Luego en toda actitud de caridad y de amor tiene que estar presente Cristo, pero Cristo, no como abstracción, no como ideología, no como teoría social, no como programa político, sino como persona divina, como el Hijo de Dios que nos da su vida, que nos eleva de nuestro plano humano y natural a la realidad sobrenatural de la gracia que Él ha venido a comunicarnos con su redención. Y para que Cristo esté presente en este amor, tanto en la vida social del pueblo cristiano como en la vida individual, tenemos que pensar en Él, conocerle y amarle, para que Él nos gobierne. Y entonces no hay ningún obstáculo para el amor al prójimo y para la lucha por una transformación social justa. Pero, si nos olvidamos de esto, seremos discípulos de un programa o de una ideología humana, no del cristianismo.

Ejemplo de Juan XXIII

Hay un ejemplo luminoso, el que nos ofreció Juan XXIII, el Papa que ha despertado tanta admiración y simpatía en el mundo, el Papa de la *Pacem in terris* y la *Mater et Magistra*, el Papa del Concilio Vaticano II. Nadie habla mal de él; su imagen es la del hombre sencillo, atento a todo lo que fuese motivo de amor y de dolor para el que sufre o el que ama. A todos quiso llevar el bálsamo de su palabra santa.

Aún nos conmueve el recuerdo de sus contactos con aquellos, fueran cristianos o no, a quienes él recibió como un padre a sus hijos. Pero hay un peligro al hablar de él y es recordar únicamente la bondad de su carácter, el hombre sin trabas, el corazón que se derrama. Estas frases, tal como muchos las pronuncian, deforman la realidad espiritual de Juan XXIII y contribuyen a que en muchos cristianos nazca una idea equivocada de su persona y del modo como vivió su fe.

¿De dónde brotaba en Juan XXIII esta actitud de amor hacia el mundo entero? Brotaba de una intensa vida interior de amor a Dios que le hacía sentirse libre y gozoso en medio de todas las dificultades, que las tuvo grandísimas. Brotaba de la contemplación de Dios en su oración, en su oración mental diaria y en sus rezos continuos. Brotaba de que, a lo largo de toda su vida de sacerdote, se había mantenido fiel a sus sagrados compromisos por amor. Brotaba de que pensaba constantemente en el Señor, Padre nuestro. Vivía y navegaba por este océano sin límites de las perfecciones divinas. Y por eso de un alma tan grande en su amor a Dios brotaban acciones tan grandes de amor al prójimo.

Se acaba de publicar un librito titulado: *Juan XXIII, mensaje espiritual*¹. Es una recopilación sistemática de 914 pasajes, frases cortas, de su legado doctrinal, tomados de diversos escritos suyos, sermones, cartas y del *Diario de un alma*. Aparecen pensamientos preciosos. Os recomiendo su lectura. Conociendo la intimidad de su alma se explica perfectamente su otra actuación externa y pública de Pontífice de la bondad.

Por ejemplo, sobre el cumplimiento de la voluntad divina:

“La tercera petición del *Padrenuestro* es la voluntad del Señor. Sí. Siempre y en todo. En las dificultades de la vida, en medio de la convulsión producida por los contrastes diarios, a través de la pobreza, hasta la enfermedad, hasta la muerte. Sí. La voluntad de Dios es nuestra paz” (n. 7).

“Estamos siempre dispuestos para todo. Venga, Señor, tu reino; hágase tu voluntad en el cielo y en la tierra. Este debe ser el anhelo de nuestra alma en todas las circunstancias de la vida” (n. 8).

Sobre la perfección a que hay que aspirar:

“Te deseo de corazón que estés siempre a la altura del *Padrenuestro*. ¿Sabes lo que quiere decir eso? Permanecer siempre en esa atmósfera serena y dulce

¹ JESÚS M. BERMEJO, *Juan XXIII, Mensaje espiritual*, Madrid 1969, BAC minor 12.

de la visión de Dios, rey del cielo y de la tierra, y nuestro Padre bueno y misericordioso: en la búsqueda de la gloria de su reino y, sobre todo, de su santa voluntad, en la que se cifra nuestra perfección. También la espera de su pan, espiritual y corporal, debida compensación a nuestro trabajo, y su perdón para nuestros defectos y pecados, y la gracia de perdonar todo y siempre a los demás. Por último, la preservación de todo mal en esta vida y en la otra” (n. 16. Carta a una sobrina suya, 6-I-48).

“Debemos esforzarnos por abrir nuestro corazón a la lluvia que viene de lo alto, para aceptar las inspiraciones de Dios, nuestro Padre, y para soportar nuestras cruces con ánimo alegre y aceptando la voluntad divina, sabiendo que sin cruces es imposible avanzar” (n. 21).

Sobre su devoción al Espíritu Santo, fuerza del alma:

“Dejémonos penetrar, como los apóstoles el día de Pentecostés, por ese fuego transformante. Él purificará las inevitables escorias de la naturaleza, herida por el pecado” (n. 64).

“Jesús nos asegura que el Espíritu Santo seguirá haciendo resplandecer en la Iglesia una maravillosa fecundidad sobrenatural; la fecundidad que deposita en el corazón de las vírgenes, de los mártires y de los confesores los gérmenes de aquellas virtudes heroicas que son la característica de la santidad” (n. 66).

“¡Oh, Espíritu Santo Paráclito!, perfecciona en nosotros la obra iniciada por Jesús; haz fuerte y continua la plegaria..., acelera para cada uno de nosotros los tiempos de una profunda vida interior... Que ninguna atadura terrena nos impida hacer honor a nuestra vocación; que ningún interés, por negligencia nuestra, mortifique las exigencias de la justicia; que ningún cálculo reduzca los espacios de la caridad a la estrechez de los pequeños egoísmos. Que todo sea grande en nosotros” (n. 72).

Sobre la plena aceptación de los deseos de Dios en nuestra vida:

“Caminar para agradar a Dios: éste es el mayor y más noble fin de la vida y la fuente inagotable de las satisfacciones más puras” (n. 359).

“Mi verdadera grandeza consiste en hacer totalmente y con perfección la voluntad de Dios” (n. 360).

“Hay que progresar cada vez más en esta maravillosa disposición de ánimo: no querer nada fuera del beneplácito divino y tener como norma fija servir a la Iglesia y colaborar a la salvación eterna del prójimo mediante la oración, las obras ordinarias y los ejemplos de virtud” (n. 362).

“Las cruces no faltan; cada uno debe llevar la suya para conseguir en sí mismo la imagen más perfecta de Cristo. Pero su peso es suave y se soporta con gusto si va acompañado de la dulzura y de la paz, que derivan de la tranquilidad de conciencia y de la perfecta conformidad con los deseos del Señor” (n. 364).

Y así continuamente. Ese era el paisaje interior de su alma. No hagamos de él una caricatura reducida a cuatro rasgos externos que cuando quieren ser imitados por otros, sin poseer el secreto de su íntima y profunda unión con Dios, llevan a adoptar posturas ridículas y absurdas. Oración y trato con Dios, espíritu de fe en las empresas y trabajos de cada día. Reformar el pequeño mundo en que cada uno vive de una manera dulce, suave, sin imposiciones, con la fuerza que brota mansamente del interior del corazón.

En una palabra, Juan XXIII, con la grandeza de su ejemplo, confirma cuanto vengo diciendo. Su interioridad religiosa, cultivada día tras día, le facilita un trato cada vez más íntimo con Dios y una superación de los obstáculos a la vida de virtud y perfección. Como los santos, se convierte en un ejemplo vivo de libertad interior y externa, sin trabas, casi sin cánones, no porque rompan o desprecien la ley, sino porque ellos mismos se convierten en algo así como una expresión personal de la ley cumplida por amor.

En diversos momentos históricos de la vida de la Iglesia han aparecido hombres extraordinarios que han promovido movimientos de espiritualidad y de amor al prójimo, transformando estructuras y condicionamientos sociales con la fuerza interior de su espíritu. Amaron siempre sin odiar a nada ni a nadie. Fundaron órdenes y congregaciones religiosas, ejercieron el ministerio episcopal o sacerdotal, fueron padres de familia. Con su ejemplo arrastraron a otros y cuanta más miseria vieron, más misericordia mostraron. Y eran misericordiosos con el pecador, con el prisionero, con el enemigo, con el rico, con el pobre, con todos, porque comprendían que en el fondo de cada corazón humano no hay más que pobreza y debilidad; y que cuando se aparta el hombre de Dios lo único que necesita es manos de misericordia y de paz que le lleven de nuevo hacia Él. Estos han sido siempre los ejemplos de los santos, visibles unas veces, invisibles otras. El amor a Dios les hizo amar al mundo.

Lección vivísima de los contemplativos

Quiero referirme ahora a un género de vida que está prestando a los hombres un servicio impresionante, del cual hoy nos olvidamos con frecuencia: es el de los contemplativos, el de los religiosos y religiosas de clausura que, encerrados en sus monasterios, alaban a Dios con su oración, siempre encendida la luz de la fe.

Muchas veces ni reparamos en esos edificios en que viven. Necesitamos sentir los golpes de la vida para acordarnos de ellos y acaso ir a su encuentro. Esos moradores del desierto, con sola su oración, con su ejemplo perseverante, con los consejos que nos dan cuando la ocasión se presenta, con su mortificación diaria, están aportando al mundo una fuerza espiritual que renueva el amor a Dios. Y cuando vienen épocas en que parece que ese amor se extingue, basta

su sola presencia, contemplada desde lejos, para que nos preguntemos qué significa aquel misterio de que un hombre o una mujer inteligentes y amantes de la vida como los demás, que podrían tener los mismos privilegios y favores que nosotros, se encierren allí y allí sigan viviendo año tras año, no como quien se somete a una mortificación irremediable, sino con un amor que revela la transparencia de un niño y una sencillez que parece privilegio de las almas que han nacido exclusivamente para amar. Es su amor a Dios lo que les transforma y les hace ofrecer al prójimo la llamada de la eternidad. El servicio de estos hombres y mujeres, aunque no nos demos cuenta, es de un valor incalculable.

Libres, no esclavos

Hijos amadísimos y hermanos míos en Cristo: insisto en estas reflexiones porque pienso que es una grave obligación mía, de obispo de la Iglesia. Temo cada vez más por nuestra juventud, la que va ocupando en la vida el lugar que nosotros les cedemos. Temo por una formación sin fe, sin práctica religiosa viva, sin atención vertical hacia el misterio de Dios. Temo que la religión se convierta en un mero humanismo sin transcendencia, en que todo lo reduzcamos a predicar derechos y deberes de unos para con otros. Por eso insisto sobre esto en estas predicaciones.

Me parece que sobran, o son más abundantes, las otras, las de quienes están continuamente hablando de cuestiones temporales. Y sí, hay que hablar de ellas, para iluminarlas con la luz de la fe; pero si la fe se apaga, ¿dónde va a quedar la luz? La juventud futura ¡va a encontrar tantas facilidades para satisfacer sus ansias de libertad exterior y tantas dificultades para vivir su libertad interior de hijos de Dios! ¡Hace tantos esclavos el pecado!

¡La esclavitud del pecado! Esclavitud, porque engendra en el que peca un desasosiego continuo que no sacia nunca al pecador. Esclavitud, porque va, poco a poco, agotando sus reservas religiosas y sumiéndole en la oscuridad, hasta convertirle en esclavo de las tinieblas, las cuales se apoderan de su entendimiento. Esclavitud que lleva a la desesperación cuando el pecador ve que no tiene ni el gozo de los placeres del mundo, que no le sirven, ni el gozo de un Dios en quien quisiera creer y no puede.

El pecado hace esclavos; y es de temer que, si seguimos por aquí, sin atender a los requerimientos interiores de la vida religiosa cristiana, lleguemos a tener generaciones muy libres en sus actuaciones y libertades externas, pero integradas por esclavos de sus propias apetencias, de sus pasiones, de sus vicios, de sus exigencias anárquicas respecto a los demás.

El misterio de Dios sigue esperándonos con su belleza infinita, con su perfección, con su grandeza. Es la vida de Cristo. Yo no hablo de abstracciones, no. Dios se nos ha revelado en Jesucristo; y por medio de Cristo recibimos el Espíritu Santo y ascendemos a Dios Padre y vivimos el misterio de la Trinidad. El que se entrega a Jesucristo con amor y con confianza no saldrá perdiendo jamás, jamás.

¿Por qué tantas crisis sacerdotales? ¿Por qué se hace tan pesado el celibato para algunos? ¿Por qué tantas críticas duras y coléricas contra la autoridad de la Iglesia? Las leyes que la Santa Iglesia nos da a los sacerdotes y a los cristianos, recibidas con esa actitud humilde a que me refería al principio y

vividas con amor, se hacen cada vez más fáciles y llegan a ser eso: la expresión de un yugo suave que nos ayuda a caminar en unión con nuestro Señor Jesucristo. Pero hace falta perseverar en la oración, hace falta huir de las ocasiones de pecado, hace falta cultivar con un esfuerzo diario –ejemplo de Juan XXIII– esa rica vida interior que el Espíritu Santo alimenta en quienes con docilidad se disponen a recibir sus dones y sus luces. Prediquemos e insistamos mucho en el amor al prójimo y en el logro de un mundo más justo. Pero no nos olvidemos jamás, si queremos ser cristianos, de predicar y vivir las profundidades del amor a Dios.

LAS OBRAS DEL AMOR

Conferencia pronunciada el 13 de marzo de 1970, viernes de la cuarta semana de Cuaresma.

Unos pocos días más y de nuevo nos reuniremos para celebrar el misterio de Cristo muerto y resucitado que la Iglesia conmemora en la Semana Santa. Completamos las reflexiones hechas en días anteriores con las que hoy quiero exponeros y las que en la próxima semana habrán de ser el final de las que, por este año y en relación con el tema de la caridad, deseo haceros.

Juntamente con este amor a Dios de que os hablaba en las últimas conferencias, el amor al prójimo es obligado, es indispensable, es esencial en la vida del cristiano si éste quiere seriamente ser discípulo de Cristo. Y es también la única manera de asegurar nuestra salvación eterna. Nosotros creemos que Jesucristo ha venido al mundo a redimirnos del pecado y a ofrecernos la eterna salvación en el cielo: ésta es nuestra fe y ésta es nuestra esperanza. Y debemos estar preparados para cuando llegue la llamada del Señor. Nos lo dice Él mismo.

Leamos el capítulo doce del evangelio de San Lucas. Dice el Señor: *Estad con vuestras ropas ceñidas a la cintura, y tened en vuestras manos las luces ya encendidas, semejantes a los criados que aguardan a su amo cuando vuelve de asistir a una boda, a fin de abrirle prontamente, luego que llegue y llame a la puerta. Dichosos aquellos siervos a los cuales el amo, al venir, encuentra así velando: en verdad os digo que, arregazándose él su vestido, los hará sentar a la mesa y se pondrá a servirles. Y si viene a la segunda vela, o viene a la tercera y los halla así prontos, dichosos son tales criados. Tened esto por cierto, que si el padre de familia supiera a qué hora habría de venir el ladrón, estaría ciertamente velando, y no dejaría que le horadasen su casa. Así vosotros, estad siempre prevenidos, porque a la hora que menos pensáis vendrá el Hijo del hombre (Lc 12, 35-40).*

Y esta venida del Hijo del hombre se produce en el momento de la muerte. Nunca la muerte es considerada en el Evangelio como el final triste y sombrío de una vida humana que no tuviera otro destino que el de desaparecer en la corrupción del sepulcro. No. Es, por el contrario, el comienzo de una nueva etapa en que hace su aparición el Hijo del hombre, que viene a juzgarnos y a pronunciar su sentencia de eterno premio o de condenación eterna.

¿Qué hacer para estar preparados cuando llegue este momento supremo? La pregunta es de una importancia definitiva para todo hombre, incluso para los incrédulos, que no dejan de hacérsela en muchos momentos de su vida, aunque no lo confiesen ni siquiera a sus amigos. Pero, a medida que van pasando los años, se interrogan a sí mismos cada vez con mayor angustia sobre el sentido de la vida, sobre el destino del hombre. ¿Qué hacer para estar preparados?

Pero si ésta es una pregunta de importancia suprema para todo hombre, para un cristiano es, no ya importante, sino absolutamente obligada, como lógica exigencia de su fe. Y aquí viene una vez más mi preocupación de pastor de la diócesis. ¿Por qué se habla tan poco hoy –ha dicho recientemente el Papa– de

la gracia santificante? ¿Por qué casi no se habla nada del cielo y del infierno? Un silencio sistemático sobre estas cuestiones tan importantes de nuestra fe puede traer gravísimas consecuencias para la vida del pueblo cristiano. Ya lo estamos viendo. Se extiende cada vez más el concepto de una religión de mera fraternidad social, de preocupación de signo humanista por las necesidades de índole terrestre, como si la predicación de Jesucristo y los Apóstoles y su obra redentora no tuviesen otro objetivo que procurarnos aquí abajo un mundo más feliz. Debemos oponernos a esto con todas nuestras fuerzas, no porque no haya que procurar un mundo más feliz, sino porque, al procurarlo, no debemos olvidarnos jamás de nuestro destino eterno. Si nos olvidamos de este destino y no lo predicamos, fieles a lo que el Señor nos ha mandado, engañamos al hombre y desobedecemos gravemente a Dios, porque no nos preocupamos a la vez del doble horizonte: el de la tierra y el del cielo.

Amor al hombre como hijo de Dios

Las obras del amor al hombre, exigencia del precepto de la caridad para con el prójimo, deben atender al bien íntegro del hombre, procurando hacerle todo el bien a que tiene derecho y al que, como hermanos unos de otros, estamos obligados. Debo insistir en esto, porque es una grave obligación de mi conciencia de pastor diocesano. Es cierto que no podemos desentendernos de las angustias y las tragedias de los hombres en el mundo, pero menos aún podemos olvidarnos del destino eterno de todo ser humano, consintiendo en que se haga un triste y espeso silencio sobre las verdades fundamentales de la religión, tal como Jesucristo las expuso. Procuremos el bien del hombre, sí, pero el bien íntegro y completo.

El hombre es, a la vez, hijo de Dios y destinado a la salvación eterna, y por otra parte, ciudadano de este mundo. Bajo este doble aspecto hemos de contemplarle si queremos de verdad servirle y amarle como Cristo nos amó. La más grande manifestación de amor al prójimo es ayudarlo con todas nuestras fuerzas a que encuentre el camino de la salvación. Podrá ser necesario, para ello, ofrecer también, en cuanto de nosotros depende, la ayuda para que el hombre pueda resolver sus problemas humanos; pero, como última intención, un cristiano que quiere hacer el bien a sus semejantes se preocupará de su salvación eterna porque un cristiano debe amar a los hombres como Cristo los amó, y Cristo quiere la salvación de todos, puesto que por todos quiso morir para obtener el perdón y la reconciliación.

Nos dice San Pablo en su primera carta a Timoteo: *Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad* (1Tm 2, 4). Que se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, no solamente cuando estén ya salvados, en posesión de la verdad de Dios contemplada cara a cara, sino que lleguen al conocimiento de la verdad aquí, porque ya aquí, en la tierra, el conocimiento de la verdad salvadora, del depósito de la revelación facilita el camino para salvarse. No podemos olvidarnos nunca de estas palabras.

Recordemos también las últimas palabras de Jesucristo a sus Apóstoles en el sermón de la Cena, momentos antes de salir al Huerto de los Olivos. Capítulo diecisiete del evangelio de San Juan: *Levantando los ojos al cielo, Jesús dijo: Padre mío, la hora es llegada; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a*

Ti, pues que le has dado poder sobre todo el linaje humano, para que dé la vida eterna a todos los que le has señalado. Y la vida eterna consiste en conocerte a Ti, único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien Tú enviaste. Yo por mí te he glorificado en la tierra; tengo acabada la obra cuya ejecución me encomendaste. Ahora, glorificame Tú, ¡oh Padre!, en Ti mismo, con aquella gloria que tuve yo en Ti antes que el mundo fuese. Yo he manifestado tu nombre a los hombres que me has dado del mundo. Tuyos eran y me los diste, y ellos han puesto por obra tu palabra... Por ellos ruego Yo; no ruego por el mundo, sino por éstos que me diste, porque tuyos son; y todas mis cosas son tuyas, como las tuyas son mías; y en ellos he sido glorificado... Mas no ruego solamente por éstos, sino también por aquéllos que han de creen en Mí por medio de su predicación; que todos sean una misma cosa; y que como Tú, ¡oh Padre!, estás en Mí y yo en Ti, así sean ellos una misma cosa en Nosotros, para que crea el mundo que Tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que Tú me diste (Jn 17, 1-22).

¿Qué gloria había dado a los discípulos, si éstos seguían siendo unos pobres hombres, llenos de ignorancia, expuestos a todas las persecuciones, incapaces de solucionar ningún problema temporal? Y, sin embargo, *Yo les he dado la gloria que Tú me diste*. Porque les ha dado la fe, porque ha puesto en ellos la vida divina, es decir, lo que Él ha venido a traer, la esencia del cristianismo, *para que sean una misma cosa en Nosotros. Yo estoy en ellos (v. 23)*; he aquí la frase grandiosa que resume toda la religión de Jesucristo. *Y Tú estás en Mí, a fin de que sean consumados en la unidad y conozca el mundo que Tú me has enviado (v. 24)*. *¡Oh Padre, yo deseo que aquellos que tú me has dado estén conmigo allí mismo, donde yo estoy, para que contemplen mi gloria cual Tú me la has dado, porque Tú me amaste desde antes de la creación del mundo!* Sublimes palabras que parecen reflejar la realidad eterna de la vida de Dios comunicada a unos hombres miserables, capacitados sin embargo para recibir y tener dentro de sí lo que el mundo no puede dar: la gloria de Dios, merced al don de Cristo. *¡Oh Padre justo! El mundo no te ha conocido; Yo sí que te he conocido y éstos han conocido que Tú me enviaste. Yo, por mi parte, les he dado y daré a conocer tu nombre, para que el amor con que me amaste en ellos esté y yo en ellos.* Después continúa San Juan: *Y dicho esto, marchó Jesús con sus discípulos a la otra parte del torrente Cedrón, donde había un huerto, en el cual entró Él con sus discípulos (Jn 18, 1).*

La vida eterna, la vida cristiana, la vida de Jesús, que quiere darse a los hombres. Esta oración solemne de Cristo en el momento en que va a salir de este mundo, teniendo a la vista aquel pequeño grupo de hombres escogidos, que serán los Apóstoles del Evangelio, está expresando lo que ha de ser, a lo largo del tiempo, el amor de la Iglesia y el amor de todo hijo de la Iglesia a los hombres, sus semejantes. Si de verdad los amamos, habremos de aspirar a que brille en ellos la gloria de Dios, aquí y en la eternidad, una gloria distinta de todos los bienes de la tierra.

Caridad y apostolado

Brotan de aquí diversas consecuencias:

- *Primera:* La naturaleza misionera de la Iglesia.
- *Segunda:* La obligación del apostolado como empeño del amor cristiano.

- *Tercera:* El deber de ser fieles al depósito doctrinal y a las normas morales que la Iglesia ha recibido.

En la atención al hombre, bajo ese aspecto suyo de hijo de Dios, si el cristiano no es apóstol, no ama de verdad, porque deja de ofrecer lo mejor que él tiene: su fe.

Si la Iglesia no es misionera, por un mal entendido respeto a la conciencia, traiciona el mandato de Cristo y no libera a los hombres del pecado que les hace esclavos. No podemos dejar de predicar el nombre de Dios y de exponer nuestra santa religión. Nunca coacciones, pero siempre predicación y llamada al hombre para el encuentro con Dios.

Y, si se mutila el mensaje, o se deforma, o se silencia, se comete un abuso inadmisibles, porque lo que predicamos no es nuestro y no podemos, conforme a nuestro arbitrio y medida, recortarlo, disminuirlo o desfigurarlo. No es nuestro. Es el legado doctrinal de la Revelación cristiana. En esta triple actitud, la del cristiano apóstol, la de la Iglesia misionera y la de la fidelidad en la transmisión de la doctrina revelada está, aunque muchos lo olviden, lo más vivo del amor cristiano al hombre.

Es importante reflexionar hoy sobre esto, cuando prende más vivamente en nuestra conciencia, porque son urgentes las necesidades y nos agrada más ver los resultados inmediatos, la idea de hacer el bien temporal a los hombres y cómo promover el desarrollo de los pueblos, e instaurar un orden político y social más justo en todos los ambientes. Y no es que debamos despreocuparnos de esto, no. Pero yo pregunto: ¿Se reduce a eso el mensaje cristiano? La Iglesia misionera, ¿no tiene otra cosa de qué ser misionera? ¿Puede limitarse a esto? El Papa, en la encíclica *Populorum Progressio*, cuando habla del ideal a que hay que tender y de las circunstancias necesarias para el desarrollo, dice así: “Menos humanas: las carencias materiales de los que están privados del mínimun vital, y las carencias morales de los que están mutilados por el egoísmo. Menos humanas: las estructuras opresoras, que provienen de abuso del tener o del abuso del poder, de la explotación de los trabajadores o de la injusticia de las transacciones. Más humanas: el remontarse de la miseria a la posesión de lo necesario, la victoria sobre las calamidades sociales, la ampliación de los conocimientos, la adquisición de la cultura. Más humanas también: el aumento en la consideración de la dignidad de los demás, la orientación hacia el espíritu de pobreza, la cooperación en el bien común, la voluntad de paz. Más humanas todavía: el reconocimiento, por parte del hombre, de los valores supremos, y de Dios, que de ellos es la fuente y el fin. Más humanas, por fin y especialmente: la fe, don de Dios acogido por la buena voluntad de los hombres, y la unidad en la caridad de Cristo, que nos llama a todos a participar, como hijos, en la vida del Dios vivo. Padre de todos los hombres”¹. Pues bien, esa fe hay que predicarla.

No basta el testimonio ni el ejemplo. Es necesaria la palabra, porque ¿cómo creerán, dice San Pablo, si no se les predica? (Rm 10, 14). No hay que confundir, ciertamente, acción misionera con proselitismo coaccionante. No. Y, si en algún momento de la historia, que habría que juzgar con el criterio propio de la época, no con el de la nuestra, se han producido abusos, lo lamentamos. Estos son

¹ Encíclica *Populorum progressio*, 21.

problemas que el historiador tiene que discernir y el cristiano comprender y sufrir; pero de ningún modo autorizan a adoptar una actitud de indiferencia que permita confundir la verdad de la religión de Cristo con cualquier otro sistema religioso. Y el cristiano, el misionero, el Papa, el obispo, el hijo de la Iglesia que tiene conciencia de la verdad que posee, porque Cristo la ha transmitido, no disimulará esa verdad; no dejará de respetar a los demás, pero tampoco caerá en tolerancias que signifiquen confusión. Su actitud será de puro servicio, que le libra de todo orgullo institucional al defender la verdad que él cree poseer en la religión de la que es discípulo. No lo hace con ninguna arrogancia, ni con discriminación religiosa. Lo hace, como decía San Pablo, para hacerse todo para todos; judío con los judíos, griego con los griegos, es decir, hombre con todos los hombres, para servirles a todos.

Si no tenemos ideas claras en esta materia, causaremos daños a nuestra religión, dejándonos llevar de pensamientos, nobles desde un punto de vista estrictamente humano, pero que no responden a la realidad de una revelación cristiana tal como Cristo la ha ofrecido. Tenemos que servir a esa Revelación siendo sus testigos, predicadores y apóstoles, porque así es como de verdad amamos al hombre, a quien Dios ama. No hay que omitir nada de lo que nos ha sido transmitido, con el pretexto de que así amaremos mejor.

Conclusión importante: la jerarquía y el Magisterio de la Iglesia están al servicio de la verdadera libertad del hombre. Y cuando en la Iglesia católica vemos al Santo Padre actuar como centro de unidad, con el poder particular que corresponde al Primado del Romano Pontífice, como Vicario de Cristo, en el Magisterio y en la disciplina, lejos de considerar esto un abuso de autoridad, hemos de estimarlo como un servicio a la libertad y a la verdad, porque, de lo contrario, se produciría una funesta disgregación que arrojaría al hombre en las sombras de la duda religiosa y le sometería al despotismo de los grupos y las sectas. La autoridad ejercida por la jerarquía y por el Papa es un auténtico y humilde servicio de amor al hombre, necesitado en todo instante de esta unidad y de esta conjunción íntima con el misterio de Cristo.

Amor al hombre como ciudadano del mundo

Mas este amor al hombre como hijo de Dios no nos dispensa de amarle también en su otra condición de ciudadano de la tierra. Todas las miserias del mundo son consecuencia, directa o indirecta, del pecado original, que ha introducido el desorden y el egoísmo en la vida, y de los pecados actuales, que acumulan incesantemente, por omisión o por acción, motivos de desgracia y de dolor. Hay, pues, en las angustias y desdichas de los hombres una, diríamos, involuntaria relación religiosa y teológica de signo negativo, en cuanto que sobre ella se cierne siempre la sombra del pecado, con todo lo que éste tiene de ruptura con el orden querido por Dios. De ahí que haya también una relación entre miseria y misericordia. La miseria, como carencia; la misericordia, como acción compensatoria y de restauración.

Cuando Cristo cura a un enfermo, no solamente trata de aliviar la desgracia de un ser humano del que siente compasión, ni realiza únicamente un signo mesiánico inteligible para quienes le esperaban; pone de relieve también, con su inclinación sobre la desgracia y el sufrimiento, la actitud paternal y amorosa de

Dios, que no olvida que aquel hijo que sufre es una víctima del gran enemigo del hombre, el pecado, como agente remoto, al menos, de la desgracia actual. No caerá, ciertamente, en la fácil inculpación de atribuir a ese pobre enfermo o a sus padres la responsabilidad directa por el dolor que sufren. No es por el pecado suyo o de sus padres, dirá a propósito del ciego de nacimiento, sino para que las obras de Dios resplandezcan en él (cf. Jn 9, 3).

La relación de la enfermedad o del dolor con el pecado es más alta y profunda, y no tiene nada que ver, muchas veces, con las actitudes personales de quienes han de sufrirlas. Es una relación pesada y oscura que afecta a la naturaleza humana, a la humanidad pobre y herida, como consecuencia de una situación introducida por la libertad desordenada de los hombres, al margen de la santa voluntad de Dios. Ese desorden ha producido y producirá sus frutos amargos siempre, y bajo su peso camina el hombre sin cesar, queriendo ser libre y queriendo ser feliz. Dios le acompaña con su misericordia y su perdón, y hasta tal punto le sigue con amor en su marcha, que llegará un momento en que, incluso, el dolor de los hombres podrá ser asociado a los padecimientos de Cristo Redentor, dando así un nuevo giro al sentido de la desgracia y las penas de la humanidad.

Sólo en la otra vida el orden quedará completamente restaurado. En ésta, porque así lo exige la santidad de Dios, se cumple inexorablemente la sentencia dictada contra el pecado, al que siguen el dolor y la desdicha. El hombre, solidario de sus semejantes en la acción pecadora, puede serlo también de Dios en la acción misericordiosa y redentora, porque está llamado por el mismo Cristo, no solamente a poner sus sufrimientos junto a los suyos, sino a ejercer también con los demás hombres, sus hermanos, ciudadanos del mundo, las obras de la caridad y del amor.

En el día del Juicio

En el día del Juicio el Rey pondrá a su derecha a aquellos a quienes antes habrá dirigido estas palabras: *Venid, benditos de mi Padre, a tomar posesión del reino que os está preparado desde el principio del mundo; porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, era peregrino y me hospedasteis, estaba desnudo y me cubristeis, enfermo y me visitasteis, encarcelado y vinisteis a verme* (Mt 25, 34-36).

Palabras impresionantes del Señor que nos hacen entender, según la explicación que Él mismo nos da, que Cristo está en el que sufre, en el pobre, en el desgraciado, y lo que se haga con éste se hace con Él.

Pero hay algo más. Cuando nos acercamos al prójimo que sufre y tratamos de aliviar sus desgracias, no por un motivo meramente humano, sino obrando como Cristo obró con él, no solamente curamos el dolor que le aflige, sino que con una acción semejante a la de Cristo, devolvemos al corazón del afligido la paz, la esperanza, el amor, la alegría, es decir, todo lo que hubiera existido en el mundo si no se hubiera producido el pecado.

Nuestras obras de amor no solamente ven a Cristo en el que sufre, son también como actos del mismo Cristo a través de nosotros.

A la luz de esta doctrina se comprende el profundo sentido de la constitución *Gaudium et Spes* del Vaticano II. Si la Iglesia habla del orden político, social, económico, no es porque entre en terrenos que no son suyos. Al proclamar los principios y al urgirlos, lo hace como maestra de la verdad religiosa. Quiere aliviar las desgracias del hombre en este mundo, no sólo para que, como tales desgracias, desaparezcan o se atenúen, sino para que, desaparecidas o aliviadas, renazcan en el hombre el orden, la paz, la alegría, la esperanza, es decir, todo aquello que, situado en una justa relación con Dios, viene a ser como un eco de lo que hubiera sido el paraíso sin el pecado original.

Este es el secreto más hondo de las obras de misericordia espirituales y corporales bien entendidas. Este es el motivo por el que hemos de preocuparnos siempre por lograr un mundo mejor en el que la justicia y el amor nos guíen. Este es un aspecto fundamental de la teología de las realidades terrestres. El cristiano quiere un mundo mejor, no sólo como hombre, sino como cristiano. Sabe o debe saber que el reino de Dios empieza a realizarse aquí, en la tierra, por la justicia, por el amor y por la gracia santificante. Lo que haya de *auténtico y verdadero* progreso en la tierra pertenece también al Reino, como fase previa en que el hombre se realiza como criatura de Dios en este mundo.

Dos posturas son, igualmente, lamentables en este orden de cosas: la de los que no hacen nada por mejorar la condición de sus hermanos los hombres, y la de los que tanto quieren hacer que se pasan la vida hablando de reformas de la humanidad y del mundo sin prestar atención, con modestia y realismo, a la reforma del pequeño sector de la vida que ellos pueden abarcar. Lo primero es egoísmo; lo segundo puede ser utopía y evasión igualmente egoísta.

He aludido a las obras de misericordia. Nuestros viejos catecismos las formulaban así.

- Espirituales: dar buen consejo al que lo ha menester, corregir al que yerra, perdonar las injurias, consolar al triste, sufrir con paciencia las molestias de nuestros prójimos y las adversidades, rogar a Dios por los vivos y los muertos.
- Corporales: visitar a los enfermos, dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, redimir al cautivo, vestir al desnudo, dar posada al peregrino, enterrar a los muertos.

Alguna de estas expresiones resulta hoy anacrónica. Pero es fácil formular la revisión actual de ese programa de amor, que no se agota, ciertamente, con tales indicaciones. El que ama de verdad sabe encontrar la ocasión propicia para ello continuamente, sin perderse en una egoísta soledad o en una retórica social ampulosa y meramente acusadora.

La obra de Cáritas diocesana

Para terminar, quiero referirme a algo que está a nuestro alcance. Obras de misericordia, para que podamos trabajar como demostración de amor al prójimo. La Iglesia nos ofrece un camino; es el de la Cáritas diocesana, con sus organizaciones y con sus obras filiales y coordinadas, en donde pueden volcarse muchísimos esfuerzos generosos para ayudar a ese tercer mundo que tiene cada uno, a veces, a las puertas de su casa. Cáritas diocesana.

Me han sido ofrecidos unos datos sobre la labor de Cáritas de Barcelona en estos últimos años. Y solamente en el período que va desde 1957 hasta el momento, Cáritas diocesana, parroquias y entidades más o menos coordinadas con ella, han distribuido tres mil ciento setenta y nueve millones de pesetas. Detrás de esas cifras, ¡cuántas lágrimas enjugadas y cuántos dolores aliviados! Ese Sanatorio de la Merced, el Hospital del Niño Dios, el Centro de la Inmaculada en San Andrés de la Barca, las guarderías infantiles, y tantos y tantos casos diariamente solucionados gracias a la caridad de tantos colaboradores, enfermeras, de tantos visitantes, religiosas, etcétera.

Y faltan datos de bastantes parroquias e instituciones. No figura aquí, por ejemplo, lo que hacen los colegios religiosos de Barcelona, tan atacados muchas veces, con absoluto desconocimiento de la inmensa labor de beneficencia social que están efectuado silenciosamente. Ni puede contabilizarse lo que significa el esfuerzo personal y gratuito de más de tres mil personas, que colaboran en estas obras de misericordia. Habría, además, que añadir –porque son obras nobles, a las que impulsa también un amor humano y cristiano– campañas como la de la Cruz Roja, del Cáncer, Día del Subnormal, campaña de Radio Nacional de España, hospitales y beneficencia, viudas y huérfanos, y otras muchas que se realizan. ¿Por qué no estimar todo esto como un medio de realizar, de manera inmediata, planes de desarrollo, de ayuda y protección, sin dejar de pensar en la humanidad, en el mundo, en la transformación de todas las condiciones en que vivimos hoy para conseguir una situación mejor? Pero, por lo pronto, atengámonos a lo que está al alcance de nuestra mano.

Barcelona corresponde con generosidad a esta llamada a las obras de misericordia, pero debería hacer muchísimo más, inmensamente más. Esas enormes barriadas en donde viven, muchas veces en condiciones angustiosas, hombres y mujeres venidos de toda España, están necesitadas de escuelas, de centros de cultura y de recreo, que podrían hacer más agradable la convivencia de los hombres y devolver a su corazón la paz, la esperanza y un sentido de fraternidad en las relaciones con los demás. Tiene que hacerlo el Estado. De acuerdo. Ojalá los Estados cumplan con su deber y tengan medios para realizarlo en todo instante. Ahora bien, no podemos dejar de reconocer que mientras en Barcelona faltan escuelas, en otros muchos lugares de España se han cerrado o están casi vacías, porque sus habitantes se han venido aquí. Es decir, que, junto al Estado, la iniciativa privada tiene un campo inmenso de acción.

Todo eso es amor al prójimo. *Mucho más* es también amor al prójimo. No tiene límites lo que puede decirse en esta materia; pero es interesante recordar lo que he recordado hoy, si queremos ser cristianos. Sigamos adelante con esa fe y nuestro amor a Dios y al hombre, siempre atentos a su doble condición: la de hijo de Dios y la de ciudadano de este mundo.

AMOR A LA IGLESIA, HOY

Conferencia pronunciada el 20 de marzo de 1970, viernes de la quinta semana de Cuaresma.

Después de haber hablado del amor a Dios y al prójimo, como obligación primaria y fundamental del cristiano, mis ojos se vuelven ahora hacia la Iglesia, nuestra Madre, porque también ella merece ser amada. Con esta meditación quiero terminar mis predicaciones cuaresmales de este año. La Semana Santa, en la cual vamos a entrar ya, nos ofrecerá los temas propios de su liturgia, en cuya consideración nos detendremos una vez más con la humildad y veneración sagrada que el misterio de la Redención nos pide.

Terminemos hoy nuestro examen sobre la virtud de la caridad, que podría ser continuado el próximo año, si Dios quiere, asomándonos a más amplios horizontes de la vida social sobre los cuales el amor cristiano tendrá siempre una palabra que decir. Pero era obligación mía establecer los principios en nombre de los cuales se puede hablar de estos temas, defender los derechos de Dios a ser amado sobre todas las cosas y presentar el amor al prójimo fundado en la radical dignidad que corresponde al hombre por haber sido creado y redimido por Dios, abierto a todo lo que, de verdad, beneficia al hombre en su dimensión humana y en su destino eterno. Si el amor al prójimo queda desprovisto de estos fundamentos internos en que se apoya su dignidad, es posible que haya leyes, pero no habría amor; se señalarán obligaciones de justicia, pero la justicia será constantemente violada; se fomentará el progreso, pero aumentará también la desproporción entre los ricos y los pobres, entre los pueblos desarrollados y las naciones atrasadas.

Si en el amor al prójimo nos preocupamos del destino del hombre en la tierra y descuidamos la predicación de la fe que lleva a Dios, llenaremos el mundo de estómagos saciados y almas hambrientas. Al revés, si sólo ofrecemos el cielo como remedio a las desventuras de la tierra, sin preocuparnos de curar las heridas del hombre que sufre, con un amor efectivo y práctico, estaremos contribuyendo a que aumente la legión de los desesperados, que ni llamarán Padre a Dios que está en los cielos, ni hermanos a los hombres de la tierra.

Es en la Iglesia donde encontramos la doctrina, la fuerza y el ejemplo para vivir el verdadero amor. Y en esta hora de crisis amarga, cuando el Papa habla repetidamente del dolor y el sufrimiento de la Iglesia y del mundo, creo que el comienzo de la verdadera restauración salvadora está en volver a amar a la Iglesia en toda su dimensión misteriosa. Hacen falta actitudes sencillas que busquen el camino donde únicamente puede encontrarse. Parece que estamos viviendo una época, por lo que se refiere al orden religioso, en que la consigna fuera ésta: ¡vivan los problemas, abajo las soluciones! El resultado es un desconcierto cada vez mayor, en que no hay ni autoridad, ni obediencia, ni verdad en que apoyarse.

Amor a la Iglesia, ¿por qué? Sociedad abierta

Escuchad, os ruego, una página de uno de los más ilustres teólogos de nuestro tiempo, el P. de Lubac, en su libro *Meditación sobre la Iglesia*:

“Se cuenta de un desgraciado sacerdote que, la misma tarde del día en que apostató, respondió de esta suerte a un visitante que acudió para felicitarle: *Ya no soy más que un filósofo, es decir, un hombre solo*. Reflexión amarga, pero muy atinada. Había abandonado la mansión fuera de la cual el hombre nunca podrá encontrar sino destierro y soledad. Muchos no se dan cuenta de ello, porque viven todavía absorbidos por lo inmediato, fuera de sí mismos, *arraigados en el mundo como las algas en la roca del mar*. Los afanes de cada día acaparan su atención, *la niebla dorada de la apariencia levanta ante ellos un velo de ilusión*. O bien, como para engañar su sed, buscan por diferentes caminos un sucedáneo de la Iglesia.

Pero quien escucha en el fondo de su ser, o tan sólo adivina o presiente la llamada que ha suscitado esa sed, este tal comprende que ni la amistad, ni el amor, ni con mayor razón aún ninguna de las agrupaciones sociales que sostienen su existencia, pueden saciar su sed de comunión. Ni el arte, ni la reflexión, ni la investigación espiritual independiente. Sólo son símbolos, promesas de otra cosa, pero símbolos engañosos, promesas que no se han de cumplir. Lazos demasiado abstractos o demasiado particulares, demasiado superficiales o demasiado efímeros, que son tanto más impotentes cuanto fueron más capaces de provocar una alerta. Nada de lo que el hombre crea o de lo que se desenvuelve en un plano puramente humano, puede arrancar al hombre de su soledad. Esta se irá ahondando en la misma medida en que el hombre se descubre a sí mismo, porque no es otra cosa que el reverso de la comunión a la que es llamado. Y tiene su misma amplitud y profundidad.

Dios no nos ha *creado para que vivamos en los términos de la naturaleza*, ni para que cumplamos una misión solitaria. Nos ha creado para que seamos introducidos colectivamente en el seno de su vida trinitaria. Jesucristo se ofreció en sacrificio para que seamos uno en esta unidad de las personas divinas. Tal debe ser la *recapitulación*, la *regeneración* y la *consumación* de todo, y cuanto de ello nos aparta es engañoso. Pero hay un lugar en el que, ya desde aquí abajo, empieza a realizarse esta reunión de todos en la Trinidad. Hay una *familia de Dios*, extensión misteriosa de la Trinidad en el tiempo, que no sólo nos prepara a esta vida unitiva y nos proporciona la firme garantía de poseerla, sino que nos hace participar ya de ella. Es la única sociedad completamente *abierta*, la única que se ajusta a nuestro íntimo deseo y la única, en fin, en la que podemos adquirir todas nuestras dimensiones. *De unitate Patris et Filii et Spiritus Sancti plebs adunata* (San

Cipriano): tal es la Iglesia. Ella está *llena de la Trinidad*. El Padre está en ella como el principio al que todo se reúne, el Hijo como el medio en el que todo se reúne, el Espíritu Santo como el nudo con el que todo se reúne y todo es uno. Y no sólo lo sabemos, sino que tenemos ya de ello, en la oscuridad de la fe, una experiencia anticipada.

La Iglesia es para nosotros, según la manera que conviene a nuestra condición terrena, la realización misma de esta comunión tan buscada. Ella garantiza nuestra comunión, no de destino, sino de vocación. Los lazos con que parece que ella nos envuelve, no tienen otro fin que el de liberarnos, dilatándonos y uniéndonos a un tiempo. Ella es la matriz donde se realiza aquella *unidad del Espíritu* que no sería más que un espejismo sin la *unidad del Cuerpo*. A semejanza del mismo Espíritu, ella es *paloma perfecta*, en cuya unidad todos vienen a ser uno, como son uno el Padre y el Hijo. De ahí, precisamente, esta plenitud que expresamos cuando exclamamos, mostrando nuestra adhesión gozosa a este don que nos viene de lo alto: Amén a Dios.

Una vez que hemos entrado en la santa mansión, que tiene unas dimensiones más vastas que el universo, y nos hemos hecho miembros del Cuerpo místico, no disponemos ya solamente de nuestras propias fuerzas para amar, comprender y servir a Dios, sino de las de todos sus miembros a un tiempo, desde la Virgen bendita, en lo más alto de los cielos, hasta el pobre leproso africano que lleva una campanilla en la mano y se sirve de una boca medio podrida para balbucear las respuestas de la misa.

Toda la creación, visible e invisible, toda la historia, todo el pasado, todo el presente y todo el porvenir, toda la naturaleza, todo el tesoro de los santos multiplicados por la Gracia, todo esto está a nuestra disposición, todo esto es nuestra prolongación y nuestro magnífico instrumental. Todos los santos, todos los ángeles nos pertenecen. Podemos servirnos de la inteligencia de Santo Tomás, del brazo de San Miguel y del corazón de Juana de Arco y de Catalina de Siena, y de todos esos recursos latentes que basta que los tengamos para que entren en ebullición.

Cuanto se hace de bueno, de grande y de hermoso de un extremo al otro de la tierra, cuanta santidad hay en los hombres, es como si fuera obra nuestra. El heroísmo de los misioneros, la inspiración de los doctores, la generosidad de los mártires, el genio de los artistas, la oración inflamada de las clarisas y de las carmelitas, es como si fuésemos nosotros; ¡es nosotros! Del Norte al Sur, del alfa a la omega, de levante a occidente, todo eso forma uno con nosotros; nosotros nos revestimos de todo esto y lo ponemos en marcha, y todo ello en la operación orquestal que a un tiempo se nos revela y nos anonada.

Alimento, respiración, circulación, eliminación, apetencia, balance exquisito del debe y del haber, todo esto que en el cuerpo indiviso está confiado al pueblo cantor de las células, todo esto encuentra su equivalente en el seno de esta inmensa circunscripción de la cristiandad. Todo cuando hay en nosotros, sin que apenas nos demos cuenta, la Iglesia lo traduce en vastos rasgos y lo pinta fuera de nosotros en una escala de magnificencia. Nuestras pequeñas impulsiones ciegas son concordadas, repetidas, interpretadas y desarrolladas por inmensos movimientos estelares. Fuera de nosotros, a distancias astronómicas, desciframos el texto escrito con caracteres microscópicos en lo más profundo de nuestro corazón” (cita de Paul Claudel)¹.

La Iglesia es, pues, una comunión, es decir, una familia presidida por el Padre, cuya acción amorosa se deja sentir continuamente en todo aquellos que no reniegan de los lazos que unen, y no rechazan sentarse a la mesa. Hay en ella una *doctrina*, y precisamente sobre Dios y sobre el hombre, que es la que me hace amar. No se ama lo que no se conoce. La Iglesia me enseña lo que debo pensar sobre Dios y sobre el hombre.

Hay en ella una *fuera*, la de los sacramentos, con la cual puedo superar las dificultades para el amor a Dios y al prójimo.

Hay en ella una plenitud –la realización de la comunión– capaz de arrastrar dulcemente mi voluntad, débil y cansada, y que me inclina a las determinaciones santas del Espíritu que perdona, que se compadece, que comprende, que alivia las necesidades espirituales y corporales, que reza y glorifica y adora a Dios omnipotente, a quien ve próximo y cercano. Si nos apartamos de la Iglesia, en una palabra, el amor a Dios se extingue como una llama azotada por todos los vientos, y el amor al prójimo o es odio y resentimiento o, en el mejor de los casos, se reduce a seguridad social dentro de un concepto marxista de la vida. ¿Dónde queda, entonces, la verdadera libertad?

El que ama, obedece

Sigue diciendo el P. de Lubac:

“El hombre de Iglesia no es sólo obediente, sino que ama la obediencia. Nunca querría obedecer *por necesidad y sin amor*.

Y es que toda actividad que merece el nombre de cristiana se desarrolla, necesariamente, sobre un fondo de pasividad. Porque el espíritu de donde procede es un Espíritu *recibido de Dios*. Es Dios mismo quien se nos da el primero, para que podamos darnos a El, y en la misma medida en que le damos acogida en nosotros, *ya no nos pertenecemos*. Antes que en ninguna otra parte, esta regla se verifica en el orden de la fe. La verdad que Dios vierte en nuestra inteligencia no es una verdad cualquiera, hecha a nuestra

¹ H. DE LUBAC. *Meditación sobre la Iglesia*, Bilbao, 1958, 229-232.

humilde medida humana; la vida con que nos abreva no es una vida natural, que encontraría en nosotros su alimento. Por consiguiente, esta verdad viviente y esta vida verdadera no penetra en nosotros, sino desposeyéndonos de nosotros mismos, tenemos que morir a nosotros mismos para vivir en ella, y este despojo y esta muerte no constituyen únicamente las condiciones iniciales de nuestra salud, sino que son un aspecto permanente de nuestra vida restaurada en Dios.

Y la obediencia es el artífice, por excelencia, de esta obra indispensable. La obediencia no tiene nada de mundano ni de servil. Ella somete nuestros pensamientos y deseos, no a los caprichos de los hombres, sino a *la obediencia de Cristo. Solamente la catolicidad, decía acertadamente Fenelón, enseña a fondo esta pobreza evangélica; sólo en el seno de la Iglesia se aprende a morir a si mismo para vivir en dependencia.*

Este aprendizaje nunca se termina. Es duro para la naturaleza, y los hombres que creen ser más perspicaces son los que más lo necesitan. Por eso, precisamente, les es tan conveniente, para que se despojen de sus falsas riquezas, *humillar su espíritu bajo una autoridad visible.* Ahí se encuentra, quizá, el punto más secreto del misterio de la fe, el más inaccesible a una inteligencia que el Espíritu de Dios no haya convertido. Por eso, no es extraño que muchos hombres consideren como una tiranía intolerable el ejercicio de la autoridad en la Iglesia. Por lo demás, sea que la condene o que la admita, el incrédulo no puede formarse de ella más que una idea muy falsa, porque *si la Iglesia no es más que una sociedad humana, aunque sea la más venerable y experimentada,* las exigencias que ella manifiesta no tienen justificación.

El católico sabe que la Iglesia no manda sino porque, primeramente, ella obedece a Dios. El quiere ser *un hombre libre,* pero teme ser de esos hombres que *hacen de la libertad un manto para cubrir su propia malicia.* Para él, la obediencia es el precio de la libertad y la condición de la unidad: *hoc vinculum quern non alligat, servus est.* Él la distingue de sus falsificaciones y caricaturas –moneda demasiado corriente, por desgracia–, y no pretende agradar a los hombres, sino a Dios².

Esta falta de obediencia es hoy la gran crisis que se padece en la Iglesia. Suele decirse, a veces, que es crisis de fe, pero en el fondo es lo mismo, porque la obediencia a la Iglesia va íntimamente unida a la fe en Jesucristo. Cuando se tiene fe en el Señor y se le ama, se ama también lo que Él instituyó. Y no se utilizan los fallos de los hombres, fallos reales o supuestos, para negar la obediencia por amor a quienes por amor y servicio han de regir y gobernar.

Ciertamente, no podemos pretender que los frutos que está llamado a dar el Concilio Vaticano II se consigan con la rapidez de una empresa mercantil que

² H. DE LUBAC, o. c., 249-251.

manufactura y vende. Pero se podría haber logrado ya mucho más si las desobediencias de unos y otros no hubieran frustrado en gran parte los propósitos con que el Concilio se realizó.

Lo que se ha conseguido en la liturgia, en el campo ecuménico, en la reforma externa de organismos e instituciones, es poco. Sería impresionante hacer una relación ordenada de las grandes afirmaciones conciliares, particularmente las que encierran honda sustancia dogmática de fe y de piedad, y ver qué olvidadas están. La constitución *Gaudium et Spes*, sobre las relaciones Iglesia-mundo, y en la que todos están poniendo sus manos y sus pies, va quedando lastimosamente maltrecha a causa de los arbitrarios tratamientos a que la someten unos y otros. Los grandes temas de fondo que allí se encierran exigen algo más que gestos esporádicos y declaraciones con firmas colectivas. Para establecer bien las relaciones entre Iglesia y mundo, antes hay que conocer bien qué es la Iglesia y amarla como ella merece y debe ser amada. Nos queda la esperanza de que esta algarabía cesará y el Concilio dará los frutos inmensos que el mundo y la Iglesia necesitan.

Vuelta a las afirmaciones sencillas

Mientras esperamos y sufrimos, siempre con fe y ofreciendo a Dios nuestro humilde trabajo, yo os presento una vez más las afirmaciones sencillas y profundas del amor.

Amo a Dios sobre todas las cosas, Padre nuestro que está en los cielos, dueño y juez de nuestra existencia, creador y providente, que cuida de nosotros y busca nuestro bien, que nos dará en la otra vida el premio o el castigo eternos, según nuestros merecimientos.

Amo a Jesucristo, Redentor y Salvador mío, que murió en la cruz por nosotros, los hombres, que a todos ha querido ofrecer los dones de su gracia y busca sin cesar a las ovejas que todavía no están en su redil.

Amo a la siempre Virgen María, bienaventurada Madre de Dios, esclava del Señor, mediadora de todas las gracias, que nos fue entregada a los hombres como Madre por Jesús, desde la cruz en que éste agonizaba.

Amo y venero a los santos, compañeros nuestros en la peregrinación por la tierra, los santos que supieron amar, sufrir y trabajar más que yo, y hacer mayor bien a mis hermanos los hombres, sin romper en nada su unión y su obediencia a Dios, y que hoy interceden por mí y presentan al Señor nuestras súplicas.

Amo a la Iglesia de Cristo, arca de salvación que me asegura el camino del cielo y me da luz y alimento para caminar por la tierra, urgiéndome a hacer mejor el mundo que habitamos, pero recordándonos la existencia del mal contra el cual tengo y tenemos que luchar con los medios que ella nos ofrece.

Amo y quiero amar al prójimo como a mí mismo, dando buen ejemplo, ayudando, perdonando, curando heridas, y quiero ofrecer de mi parte cuanto sea preciso para que la justicia, que es amor, y las obras de misericordia espirituales y corporales, que son frutos del amor, tengan en mí un defensor ardiente y un agente humilde y perseverante.

Amo y busco el perdón de los pecados en los sacramentos de la reconciliación y la gracia, y quiero luchar contra esa fuerza diabólica que me aparta de Dios, sin pretender librarme de mi responsabilidad apelando a una libertad mal entendida, o invocando complejos de represión o de personalidad sofocada.

Amo y quiero amar más cada vez el recurso a la oración, tal como me enseñó Jesucristo, seguro de que sin ella mis fuerzas humanas son muy débiles para perseverar en el bien y mantener encendida la luz de la esperanza.

Amo, en fin, a la autoridad de la Iglesia, que me ayuda a ser libre, verdaderamente libre, no con la falsa libertad que predicán los hombres o que anhela mi soberbia. Amo al Papa, Vicario de Jesucristo, bien sea León XIII, el de la profunda visión social; o Pío XII, el de la majestad santa; o Juan XXIII, el de corazón sencillo; o Pablo VI, el mártir del posconcilio; porque para nosotros, los hijos de la Iglesia, todos los Papas son lo mismo: la piedra puesta por Cristo como cimiento de la Iglesia, el centro de la unidad, la garantía de la fe, la seguridad en el amor a Dios y a los hombres que nos hace libres.

Hijos de la luz

Con el título de *Hijos de la luz*, la Editorial Balmes publicó las conferencias que en la Cuaresma de 1971 pronunció monseñor Marcelo González Martín, a la sazón arzobispo de Barcelona.

Reproducimos el texto íntegro, tal como quedó grabado y fue luego editado por la Balmesiana.

PRÓLOGO

Mi predicación cuaresmal de este año no ha versado sobre un tema único, como en las anteriores cuaresmas en que hablé sucesivamente de la fe, la esperanza y la caridad.

Juzgué preferible presentaros, mis queridos diocesanos, diversas enseñanzas relativas a nuestra vida cristiana, independientes entre sí, aunque íntimamente relacionadas y hasta unidas por cierta lógica interna que hace pasar de unas a otras con casi inevitable espontaneidad, a poco que se consideren dentro de la perspectiva general del mensaje de la salvación.

Puse mi atención preferentemente en una frase del apóstol San Juan sumamente actual: “Vosotros, estad firmes en la doctrina que desde el principio habéis oído” (1Jn 2, 24), porque estimo que es ésta una de las más vivas obligaciones que tiene hoy un obispo, predicar y exponer el contenido de la fe católica tal como desde el principio nos fue ofrecida.

Se está abusando hoy con inaudita ligereza de la evangélica actitud de búsqueda incesante. ¡Requiere tantos esfuerzos el hallazgo del tesoro escondido! Pero, ¿cómo podremos encontrarlo, si nos olvidamos del campo en que se encuentra? El lugar es ancho, hondo, difícil de roturar, pero existe. Es la Revelación, tal como nos la asegura y garantiza el Magisterio de la Iglesia.

Sólo desde aquí se puede seguir avanzando. Y ello no significa “estar instalados”, como dicen despectivamente algunos, sino sencillamente caminar con la luz que ya hemos recibido: la luz del Señor. Cuando queremos sustituirla por otra, caminamos a tientas, y nuestra marcha queda entorpecida por arbitrarios iluminismos.

Buscar, buscar siempre. Pero no buscaríamos si no hubiéramos ya encontrado, según la hermosa sentencia agustiniana.

He querido también responder a la llamada que el Santo Padre nos ha hecho a los obispos en su Exhortación Apostólica “Quinque iam anni” donde nos dice, entre otras graves afirmaciones:

“En la actual crisis de lenguaje y de pensamiento, cada obispo en su diócesis, cada sínodo, cada conferencia episcopal, debe procurar diligentemente que este esfuerzo necesario no traicione jamás la verdad y la continuidad de la doctrina de la fe. En particular, hay que velar para que un juicio arbitrario no reduzca el plan de Dios a nuestro modo de pensar humano, y no circunscriba el anuncio de su palabra a lo que agrada a nuestros oídos, excluyendo, por motivos meramente naturales, todo lo que no se conforma a los gustos del día” (Edic. de la Políglota Vaticana, pág. 13).

Doy las gracias al Cabildo de la Catedral de Barcelona por la diligencia puesta una vez más para recoger estas predicaciones. Al editarlas, trato de responder

a las múltiples peticiones que tantos fieles me hacen, deseosos de tenerlas en sus manos para meditarlas más despacio.

+ MARCELO GONZÁLEZ
Arzobispo de Barcelona

JESUCRISTO, AFIRMACIÓN DE DIOS

Conferencia pronunciada el Miércoles de Ceniza, 24 de febrero de 1971.

Como otros años, me dispongo a predicar la palabra de Dios durante la Cuaresma en esta santa Iglesia Catedral de Barcelona y en cuantos templos e iglesias pueda hacerme presente. Os saludo a todos, y para todos deseo la gracia y paz de Jesucristo. Gracia y paz que no pueden alcanzarse, si no se escucha su palabra.

Y esto es lo que yo quiero predicaros, la palabra santa de Dios, tal como nos la enseña la Iglesia. Porque sin el Magisterio de la Iglesia, no podemos lograr un conocimiento adecuado de la palabra de Dios. Con el apóstol San Juan, os diré: *Cuanto a vosotros, tenéis la unción del Espíritu Santo y conocéis todas las cosas. No os escribo porque no conozcáis la verdad, sino porque la conocéis y sabéis que la mentira no procede de la verdad. ¿Quién es el embustero sino el que niega que Jesús es Cristo? Ése es el anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo el que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo tiene también al Padre. Lo que desde el principio habéis oído, procurad que permanezca en vosotros. Si en vosotros permanece lo que habéis oído desde el principio, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Y ésta es la promesa que él nos hizo: la vida eterna (1Jn 2, 20-25).*

He escogido esta frase del apóstol San Juan *permaneced firmes en la doctrina que desde el principio habéis oído*, como principio inspirador y guía de toda mi predicación en esta Cuaresma.

Porque una cosa es lo eternamente nuevo que tiene el Evangelio de Jesús, cuyas riquezas son insondables, y otra muy distinta el afán de novedades. La incesante meditación sobre el misterio de Cristo y la doctrina que Él nos enseñó nos ayudará a descubrir y a exponer en la forma que el hombre necesita, los variados aspectos de la verdad salvadora; el afán sistemático, en cambio, de la novedad por la novedad significa una falta inicial de respeto a lo que nos ha sido dado por Dios, e introduce fatalmente el germen del error y del más funesto personalismo.

Los Apóstoles predicaron las verdades recibidas, no otras, y se opusieron desde el principio a todo intento de desviación deformadora. Estaban y se sentían tan llenos del peso fuerte y positivo de la verdad, que afirmaban, afirmaban sin cesar, repetían una y otra vez lo mismo, seguros de que ofrecían al alma del creyente un tesoro inagotable.

Quiero anunciaros el Misterio Pascual. Quiero invitaros a reflexionar una vez más sobre la vida cristiana. Tengo que cumplir mi misión, *predicad el Evangelio a toda criatura* (Mc 16, 15). El Evangelio, no las deformaciones históricas o sociológicas del mismo.

Y el punto de partida es siempre el mismo: la humanidad, el hombre en su estado de pecado y de muerte. Y el mismo fin: la humanidad, el hombre, vuelto a la vida, a la verdad, al Amor.

Esto vale y tiene aplicación a cada uno de nosotros. Porque la realidad es que ya siempre está el Señor resucitado. Vivimos nuestra vida asociados a la resurrección del Señor. Es el misterio cristiano. San Pablo dice que no quiere saber nada sino a Jesucristo, y a Jesucristo crucificado y que resucitó de entre los muertos, porque si Cristo no resucitó, nuestra fe no tiene sentido (cf. 1Cor 15, 14).

No, a una Cuaresma sin vida

¿Qué hacemos con los valores, con la voluntad, con la inteligencia, con el amor, con el afán de superación, con la vida misma? Estamos llenos de anhelos, de inquietudes, de afán de descubrimientos y conquistas. Estamos encarnados en un mundo en continuo cambio, que se nutre de ideas que muy pronto se derrumban, que espera hoy lo que mañana se le deshace entre las manos. Un mundo de las grandes organizaciones en el que disponemos de muchos modelos de cultura y de comportamiento, en el que se comercializan todas las necesidades. Sí, un mundo rico en contrastes. En el fondo estamos orgullosos de nuestra época, como quizá lo han estado siempre los hombres de la época en que han vivido, porque ello equivale a sentir orgullo de sí mismos. Y pienso que cuanto más joven se es, en cuerpo y en espíritu, más se siente el orgullo de la época en que se vive, porque se tienen más fuerzas, más ilusiones, más horizontes de realización. Ello no obstante, deberíamos detenernos y tratar de contestar a preguntas fundamentales, sin artificio ni hipocresía, sin modelar la respuesta como si estuviéramos pendientes de que otros la escuchen.

¿Para qué me ha sido dada la vida? ¿Por qué me ha sido confiada la libertad? ¿Por qué soy responsable de lo que hago? ¿Por qué tengo una misión y una vida que nadie más que yo, puede desarrollar? La vida tiene sus exigencias y hay que ser consecuentes con lo que nos ha sido dado. Cada uno de nosotros tiene que vivir con la intensidad de que es capaz, y asumir la responsabilidad de convertir esa capacidad en eficacia.

En estas circunstancias, es la Cuaresma el medio sencillo, normal, al alcance de todos. Puede ser nuestro camino de Damasco. ¿Qué es la vida más que una continua conversión del hombre a Dios? Esta Cuaresma tendría que significar una respuesta, dada realmente con la vida, al llamamiento de Dios para vivir en su Reino. Desde ahora, *no* a una Cuaresma desvitalizada, no a una Cuaresma rutinaria e insincera.

Ahí están las oraciones y misterios que nos presenta la Iglesia. Si los meditáramos por primera vez, despertarían en nosotros hondos deseos de conversión y redención.

Pero también los hombres tenemos experiencia del sabor de la plegaria muchas veces repetida, de la frase llena de sentido, de los pensamientos que nos conmueven cuanto más ahondamos en ellos y ellos se ahondan en nosotros. Todos los hombres tenemos, para riqueza de nuestra vida, unas experiencias, un pasado, unos recuerdos que nos ayudan. No hay un hombre que pueda vivir sólo de lo nuevo, no existe ese ser “desarraigado”. No tendría conciencia de sí mismo, ni de los demás, ni del mundo. No estaría religado ni relacionado con

nada. Nada existe así en la vida. Ni el tiempo mismo que está teñido de pasado, y sólo hay mañana porque podemos decir ayer.

La Cuaresma es una preparación a la Pascua que como os decía al principio vivimos ya con el Señor resucitado. No puede llegarnos como algo accidental, sobreañadido, consistente en unas prácticas externas. Todo ha de brotar del interior, ha de responder a un espíritu, a una actitud. El mismo sol y la misma lluvia calientan la tierra y la fecundizan. Depende de las condiciones del suelo la cosecha. La misma Cuaresma, los mismos misterios, la misma palabra de Dios da el 50, el 60, el 100 por uno, según la disposición interior de cada uno.

Es esencial en la vida el amor. Es esencial en la vida cristiana empezar a caminar sabiendo que Dios nos ama. Y después durante todo el camino, durante toda la vida, ir viendo “cómo Dios nos ama”. Aceptemos que Dios nos ama, creamos que Dios nos ama, confiemos en que Dios nos ama, abrámonos sin cesar a ese bendito amor de Dios. Ésa ha sido la gran revelación de Dios: que tanto nos amó que nos entregó a su Único Hijo (cf. Jn 3, 16). La actitud de espíritu de la Cuaresma cristiana es: la de la confianza en el amor de Dios, en su obra de salvación y redención.

Y esta confianza y esta seguridad engendra obras, lo mismo que pasa en todos los campos de la vida humana. Obras de búsqueda más sincera de Dios, obras de justicia, de verdad, de conversión, de misericordia; no aisladas, sino como fruto de una vida que tiene como centro y eje a Dios. Tenemos el camino, la verdad y la vida. Tenemos la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Tenemos el pan que alimenta nuestra vida.

Tú, ¿quién eres?

Hay un pasaje conmovedor en el Evangelio de San Juan, en que se unen el Testamento Antiguo y el Nuevo, la voz del Precursor y la presentación silenciosa todavía del Esperado, el Mesías. Leámoslo.

Éste es el testimonio de Juan cuando los judíos, desde Jerusalén, le enviaron sacerdotes y levitas para preguntarle: Tú, ¿quién eres? Él confesó y no negó: No soy yo el Mesías. Le preguntaron: Entonces, ¿qué? ¿Eres Elías? Él dijo: No soy. ¿Eres el Profeta? Y contestó: No. Le dijeron, pues: ¿Quién eres?, para que podamos dar respuesta a los que nos han enviado. ¿Qué dices de ti mismo? Dijo: Yo soy la voz del que clama en el desierto. “Enderezad el camino del Señor”, según dijo el profeta Isaías. Los enviados eran fariseos, y le preguntaron, diciendo: Pues ¿por qué bautizas si no eres el Mesías, ni Elías, ni el Profeta? Juan les contestó, diciendo: ‘Yo bautizo en agua, pero en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis, que viene detrás de mí, a quien no soy digno de desatar la correa de la sandalia’. Esto sucedió en Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan bautizaba.

Al día siguiente vio venir a Jesús y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Éste es aquél de quien yo dije: Detrás de mí viene uno que es antes de mí, porque era primero que yo. Yo no le conocía; mas para que Él fuese manifestado a Israel he venido yo, y bautizo en agua. Y Juan dio testimonio diciendo: Yo he visto al Espíritu descender del cielo como paloma y posarse sobre Él. Yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar en agua me dijo:

Sobre quien vieres descender el Espíritu y posarse sobre Él, ése es el que bautiza en el Espíritu Santo. Y yo vi, y doy testimonio de que éste es el Hijo de Dios.

Al día siguiente, otra vez hallándose Juan con dos de sus discípulos, fijó la vista en Jesús, que pasaba, y dijo: He aquí el Cordero de Dios (Jn 1, 19-36).

El Cordero de Dios. El Hijo de Dios. He aquí nuestra convicción y nuestra fe. Queremos proclamarla y que llene nuestra alma en todas sus dimensiones. Y vivirla con la carne y con la sangre, con el corazón y la voluntad, en la alegría y en el dolor, en las horas de salud o mordidos por la enfermedad. Vivir siempre de la seguridad y en la seguridad de nuestro Señor Jesucristo. La Samaritana, Zaqueo, la adúltera, el Centurión, la cananea, la Magdalena, eran hombres y mujeres exactamente igual que nosotros, semejantes a muchos que nos rodean y que, al igual que nosotros, reconocen a Cristo, le proclaman con su arrepentimiento, le confiesan con las exigencias que imponen a su vida, le alaban con su conversión y su entrega.

Para nosotros también, Cristo es la piedra angular, la clave de bóveda. Él da respuesta a nuestros problemas, y agranda nuestro corazón abriéndole a capacidades infinitas de amor, de verdad, de lealtad, de justicia.

Cuántos de nosotros tendríamos con Jesucristo la misma conversación que la Samaritana para poder decir como ella, *sé que el Mesías, al que llaman Cristo, está por venir. Cuando venga, nos lo revelará todo (Jn 4, 25)*. Manifestaríamos así nuestro anhelo profundo de contemplar y poseer la verdad de la salvación. Porque las palabras de aquella mujer, precisamente no israelita, son como el eco de la conciencia universal de los hombres de todos los tiempos, deseos de que se nos revele todo, es decir, y en una palabra, deseos de desvelar de una vez para siempre el misterio de Dios. ¿Quién es? ¿Dónde está? ¿Cómo puedo yo hablarle y recibir su luz? Jesús contestó a aquella mujer: *Soy Yo, el que habla contigo (Ibíd. 26)*. Le buscamos, y está ahí, cerca de nosotros, porque Jesús no ha muerto.

Busquemos, sí, las ventajas del progreso y de la ciencia, trabajemos por el desarrollo de todos los pueblos: es un deber y una tarea que se nos ha confiado a los hombres. Pero no busquemos, como si no existiera, lo que ya nos ha sido dado: el Evangelio, la buena nueva, la ley de nuestra vida, el camino de nuestra salvación.

Busquemos con la fe y la honda convicción de que ya existe y nos espera. En un mundo agitado por la angustia, la inseguridad, el continuo cambio, que nos hace anhelar vernos libres de la incertidumbre sobre las cuestiones más fundamentales de la vida, necesitamos escuchar la voz firme y serena que nos dice: *Yo soy, el que habla contigo*. Es Él, sí, es Jesús, aquél de quien el Padre dijo: *Éste es mi querido Hijo en quien tengo mis complacencias; a Él habéis de escuchar (Mt 17, 5)*.

Jesucristo es la afirmación de Dios. No sólo en el sentido de que el Padre testifica a favor de Él, ni únicamente en cuanto que Él afirma ser el Hijo de Dios, sino en un sentido mucho más hondo, a saber, en cuanto que en Él se manifiesta Dios a los hombres de la manera exclusiva que quiso hacerlo, en su encarnación. Jesús es la afirmación de Dios porque es Dios.

“La perfección de su humanidad se debe a que ésta no es progresiva y alcanzada por la lucha, sino innata. Además, toda falta o simple imperfección son extrañas a su vida y aun a su misma naturaleza, hasta el punto de que Él tiene todo el poder sobre el pecado, destruyéndolo y perdonándolo en los demás. Sólo puede buscarse el verdadero origen de esta naturaleza humana, tan nueva e incomparable de pureza y de santidad, en la santidad divina. Y como Jesús es Dios, su figura humana es la encarnación de la divina santidad y sólo ésta permite explicar todas las oscuridades que su buena nueva del reino de Dios pueda presentar.”

“Si Jesús tenía conciencia de ser, en su realidad más profunda, una manifestación del Dios eterno, ello y nada más que ello explica psicológicamente por qué su mensaje abarca, al mismo tiempo, el fin del mundo y el presente, por qué se encuentran en su conciencia personal la eternidad y el tiempo, por qué se siente a la vez salvador y juez del mundo y por qué es suyo el reino de Dios. El fundamento del mensaje de dicho reino está en la afirmación de su divinidad. Es imposible separarlo como algo exterior y extraño, añadido posteriormente por la fe de los discípulos; hay que buscar su origen donde la predicación del reino de Dios tiene el suyo, es decir, en la conciencia que Jesús tenía de sí mismo. Esta unidad de Jesús con Yahvé explica igualmente la energía con que se constituye centro de su mensaje. Sin duda que el reino de Dios es el objeto más inmediato y más directo de su mensaje, pero es también inseparable de su persona, puesto que se manifiesta en ella”¹.

Jesucristo, afirmación de Dios en su poder de perdonar los pecados

¡Sentirse perdonado y limpio el corazón de toda secreta maldad que mancha nuestra existencia! ¡Cómo necesitamos ponernos en condiciones de poder oír del Señor como tantos de aquellos hombres que se acercaron a Él: *tus pecados te son perdonados!* Este anhelo irreprimible de pureza lo llevamos en el fondo del alma. Perdonar, y ser perdonado. El perdón es un hecho de trascendencia suma. Ahí está nuestro destino. Él expresa nuestra relación con Dios y con los hombres.

No puede el perdón ser algo ocasional en nuestra vida, tiene que estar integrado en nuestra existencia. Es el “pan nuestro” en el trato de unos con otros, y en nuestra actitud ante el Señor. Es la gran doctrina de Jesucristo: el perdón de Dios que nos salva y el perdonarnos mutuamente, no por consideraciones sociales, éticas, o por motivos puramente humanos. El perdón humano surge del perdón divino. Ahora bien, ¿quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios? *¿Qué es más fácil decir, perdonados te son tus pecados o decir: levántate y anda...? Para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra potestad de perdonar pecados: levántate, toma tu lecho y vete a tu casa (Mt 9, 5-6).*

He ahí a Jesucristo como afirmación de Dios. Revelar a Dios y conducir a Dios para lograr su perdón. El verdadero sentido de las curaciones fue que los hombres se percataran de la realidad divina, que la conocieran y se reconocieran ante ella. Cristo no eludió el dolor, la limitación, el fracaso, la muerte. Cristo no liberó a los hombres del dolor, de la limitación, del fracaso, de la muerte; nos

¹ KARI ADAM, *Jesucristo*, Barcelona, 1957, 169-170.

enseñó por el dolor, la limitación, por el fracaso, por la muerte, el camino de la liberación, redención, salvación del pecado. Se entregó *por nosotros*. Dios es Amor, Jesucristo es la afirmación de amor y del perdón de Dios a los hombres: es entregado *por vosotros* (Lc 22, 19).

Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y dar cumplimiento a su obra (Jn 4, 34). Tiene hambre y sed de cumplir la voluntad de Dios, porque ella encierra la plenitud de justicia y de verdad, la plenitud de vida y santidad; por eso, *la vida eterna consiste en conocerme a Ti Dios como el único Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo* (Jn 17, 3). Jesucristo revela a todos los que le escuchan la voluntad de Dios: que los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad.

La voluntad de Dios, como lo fue para Cristo, tiene que ser la fuerza que nos sostiene, el alimento que nos nutre, el agua que apaga nuestra sed. *Un nuevo mandamiento os doy: que os améis los unos a los otros como yo os he amado, que os améis mutuamente. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis caridad unos para otros* (Jn 13, 34-35). El amor y el perdón vienen de Dios a través de Jesucristo, pasan por todos los hombres, nos tenemos que sumergir en él, y así volver a Dios. Se vive en el amor del Padre, cuando como Jesucristo cumplimos sus mandatos. Quien los cumple permanece y vive en el amor de Jesucristo, como Él vivió en el mundo en el amor del Padre porque cumplió su voluntad. *Como el Padre me amó, yo también os he amado; permaneced en mi amor, como yo guardé los preceptos de mi Padre, y permanezco en su amor* (Jn 15, 9-10).

Luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Jn 1, 9); pan de vida; el que come no tendrá hambre y el que bebe no tendrá sed (cf. Jn 6, 35); el que escucha su palabra y cree en el tiene la vida eterna, pasa de la muerte a la vida; pastor que sacrifica su vida por sus ovejas (Jn 10, 11) alivio para el que sufre, descanso para el agobiado (Mt 11, 28). Todo lo ha puesto Dios en sus manos (Mt 11, 27). Jesucristo no está sólo entre los pecadores, los enfermos, los niños: es Rey, Juez y Señor de la historia. *El Padre no juzga a nadie: sino que ha dado al Hijo el poder de juzgar* (Jn 5, 22). *Ninguno conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo quisiere revelarlo* (Mt 11,27). Cristo habla siempre de su acción salvadora y redentora en el presente en verdadera armonía con su plena conciencia de rey, juez y señor de la historia y de los destinos humanos. Cristo ha venido a encarnarse entre los hombres, nacer, sufrir, padecer, servir, morir, redimir, salvar, pero también a reinar, a juzgar y ordenar: *Por Él fueron hechas todas las cosas y sin Él no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas* (Jn 1, 3). De su plenitud todos hemos recibido. *En verdad os digo: antes que Abraham naciese, soy yo* (Jn 8, 58). Jesucristo expresa constantemente la conciencia eterna que tiene de sí mismo.

Nosotros, hombres limitados, urgidos por nuestras miserias, no nos fijemos sólo en el Cristo que cura la enfermedad. En la figura de Jesucristo está constantemente esa grandeza que se nos escapa, ese señorío y dominio, esa plenitud de vida y de verdad, en fin, esa infinitud y profundidad inconmensurable. Ésa es la grandeza de nuestro destino, ser salvados por y en el Señor y Juez de la historia. Asumidos por Él en su misión salvadora, venimos a ser parte de la humanidad salvada, nos integramos en la historia nueva que va haciéndose cada día, y liberados del poder del mal y las tinieblas, los hombres redimidos damos

un nuevo rostro al mundo. De seres pequeños e insignificantes, pasamos a ser agentes transformados y fuerza renovadora en la marcha de la humanidad, porque con nosotros, sus discípulos, camina Cristo ofreciendo continuamente los dones de su santidad y su gracia.

¡Qué imágenes las que el Evangelio nos da de Jesucristo! ¡Hombre que desciende hasta los más mínimos detalles y Dios con la más tremenda conciencia de su significación! ¡Jesucristo en el Evangelio de San Marcos, y en el de San Mateo, y en el de San Lucas y en el de San Juan, es afirmación de Dios! Sólo la luz del Espíritu y la lealtad, fruto del amor del corazón convertido a Dios, pueden iluminarnos en el conocimiento del misterio de Dios revelado a los hombres. ¡El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros! Pido ardientemente al Señor que hagamos nuestra la frase de San Pablo: *Estas cosas que yo consideraba como ventajas mías, me han parecido desventajas al poner los ojos en Cristo. Y en verdad todo lo tengo por pérdida en cotejo del sublime conocimiento de mi Señor Jesucristo* (Fil 3, 7-8).

La fe cristiana no consiste en un deísmo vago y humanista con el que se trata de justificar todas las apetencias que surgen en el corazón de los hombres al compás del tiempo en que viven, ni tampoco en una aceptación de Jesús como el más sublime de los maestros del espíritu que han existido. “Si Jesús fuera sólo un hombre, evidentemente no podría traernos nada más que algo humano con todo lo que ello implica de limitación e incertidumbre. Nuestra miseria real y más profunda, la de nuestros pecados y la de nuestra mente, continuaría pesando sobre nosotros”². Pero no es así. Estamos salvados gracias a aquel que quiso morir por nosotros. Su vida, su persona y su mensaje son la afirmación de Dios. Dios brilla en Él, es el Hijo de Dios, es nuestro Redentor, es Dios.

Dios y Señor

“Desde toda la eternidad, Cristo señorea y anima todas las cosas. ¿Quién le negaría el nombre de Dios? Pablo no se lo da habitualmente; su preocupación por señalar bien la distinción de personas y dejar fuera de dudas el dogma de la unidad divina, le hace preferir los calificativos de Hijo de Dios y Señor, que ya son bien claros. Sin embargo, hay tres textos célebres que son una excepción. Recordando a los romanos los privilegios de los israelitas, Pablo concluye su enumeración: *de ellos según la carne procede Cristo que está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos, amén* (Rm 9, 5). Poco después, durante el viaje que terminó con su encarcelamiento en Jerusalén, en un discurso de despedida a los presbíteros de Éfeso convocados en Mileto, les decía el Apóstol: *Mirad por vosotros y por todo el rebaño, sobre el cual el Espíritu Santo os ha constituido obispos para apacentar la Iglesia de Dios, que él adquirió con su sangre* (Hch 20, 28). Por último, antes del último cautiverio, recomendará a Tito *la bienaventurada esperanza en la venida gloriosa del gran Dios y salvador nuestro. Cristo Jesús* (Tt 2, 13). Estas afirmaciones vienen a ser el culmen de los demás textos cristológicos y barren todo equívoco sobre la suprema dignidad de Cristo. Pues bien, este Dios e Hijo eterno se hizo hombre para salvarnos en la plenitud de los tiempos. Y al fin del mundo volverá para ejercer la prerrogativa divina del juez universal. *En Él habita corporalmente toda la plenitud de la*

² KARI ADAM, *Jesucristo*, Barcelona, 1957, 18.

divinidad (Col 2, 9). Todo el universo, especialmente los seres dotados de inteligencia, deben proclamar su imperio, puesto que, por la pasión, el descenso a los infiernos y la ascensión, tomó posesión del universo entero, con un nuevo título, el de redentor. Y este mensaje universal se ordena a la máxima gloria de Dios”³.

Recientes palabras del Papa

Para terminar, permitidme que os lea aquí unas palabras pronunciadas hace pocos días por el Santo Padre en una de esas catequesis preciosas de sus audiencias de los miércoles. Hablaba precisamente de este mismo tema que os he expuesto hoy y terminó así su discurso:

“Y muchas otras afirmaciones y testimonios podríamos reunir, si uno solo, un hecho dominante, la resurrección, no las reuniese todas y las certificase, dando a la Iglesia naciente y a la sucesiva Tradición la fe en la divinidad de Cristo. La fe, en la adhesión rigurosa al dato histórico, pero animada por la clarividencia del espíritu y por la valentía del amor, conseguirá finalmente dar la respuesta definitiva a la apremiante pregunta; ¿Quién es Jesús? Escuchemos todavía una de las voces más sublimes que encontramos en el Nuevo Testamento, la de Juan; *En el principio existía el Verbo... y el Verbo era Dios... y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* (Jn 1, 1 y ss.). Es Dios, el Hijo de Dios, con nosotros. Oigamos a San Pablo: *Él es la imagen de Dios invisible* (Col 1, 15); y en el gozo de haber alcanzado la cumbre de la definición de Cristo experimentaremos como una sensación de vértigo, como si fuésemos deslumbrados, y ya no comprendiésemos. ¿No es Jesús, al que reconocemos como Cristo, y al que confesamos Hijo de Dios, Dios como Padre, el que nos dio las pruebas de una desconcertante inferioridad por su parte? Fue Él el que dijo: *El Padre es mayor que yo* (Jn 14, 28). ¿No encontramos continuamente en el Evangelio que ora? (cf. Lc 6, 42). ¿No escuchamos angustiados sus lamentos sobre la cruz: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* (Mt 27, 46). ¿Y no lo vemos muerto, sí, muerto como cualquier otro mortal? Es decir, ¿no vemos en Él un ser que une en sí la divinidad y la humanidad? Sí, ciertamente. La definición de Cristo, pronunciada por los tres primeros concilios de la Iglesia primitiva, Nicea, Éfeso y Calcedonia, nos dará la fórmula dogmática e infalible: una sola persona, un solo Yo, vivo y operante en una doble naturaleza, divina y humana. ¿Formulación difícil? Sí. Digamos más bien inefable; digamos que es adaptada a nuestra capacidad de resumir en humildes palabras y en conceptos análogos, es decir, exactos, pero siempre inferiores a la realidad que expresa, el misterio embriagador de la Encarnación.

³ F. AMIOT, *Ideas maestras de San Pablo*, Salamanca, 1963, 100-101 y 124.

“Aquí nos detenemos, felices, firmes, unidos a la Verdad, de la que la Iglesia y esta Cátedra, sobre la que Nos indigno nos sentamos, gozan el infalible carisma.

“Nos detenemos, comprometiéndonos a vivir en nosotros el misterio de la Encarnación, en el cual el bautismo y la fe nos han insertado; a vivirlo; creyendo, orando, trabajando, esperando, amando, y exclamando: *Para mí vivir es Cristo* (Fil 1,21), dispuestos a explorar y, con la gracia de Dios, a experimentar el otro misterio de Cristo, que también nos afecta de plano: la Redención.

“Aquí nos detenemos: e impávidos dejemos que el huracán de las cristologías adversas, del siglo pasado especialmente, y de hoy, de nuestro siglo que se debate entre la luz y las tinieblas, se desencadene contra nuestra fe católica. Admiraremos el esfuerzo extremadamente erudito de la cultura moderna sobre Cristo y sobre lo que concierne a su persona, su historia, su documentación; aprenderemos también nosotros a estudiar más. Pero seremos vigilantes, desconfiados si cabe, observando que las escuelas suceden a las escuelas, y observando que en la amplia erudición de tantos maestros de ordinario se insinúa una hipótesis propia, un prejuicio propio, una filosofía discutible propia, que, al venir en combinación con el tesoro científico por ellos acumulado, conduce frecuentemente a las conclusiones, al naufragio en la duda invencible o en la negación radical e irracional. Vigilantes y confiados: *¿Quién nos podrá separar de la caridad de Cristo?* (Rm 8, 35). ¡Cantemos nuestro credo!”⁴.

⁴ PABLO VI, Homilía del miércoles 10 de febrero de 1971: IP IX, 1971, 99-101.

RELIGIÓN CRISTIANA Y HUMANISMO

Conferencia pronunciada el viernes de Ceniza, 26 de febrero de 1971.

Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito para que todo el que crea no perezca, sino que tenga la vida eterna (Jn 3, 16). Ésta es la religión cristiana: creer que Dios se interesa por los hombres, los ama, los salva y les comunica su propia vida por medio de Jesucristo. La religión cristiana afirma que la historia de la humanidad es la historia de la Salvación y en el centro de esta historia se halla Cristo, el Verbo encarnado, muerto y resucitado para la salvación del hombre. Ciertamente es la religión de la salvación del hombre, todos los hechos se encadenan bajo un aspecto único: el Amor de Dios, salvador y redentor. *Cristo Jesús... ha venido a veros de parte de Dios, sabiduría, justificación, santificación y redención (1Cor 1, 30).*

Es la historia que tiene como protagonistas a Dios y al hombre en un mundo que se le ha dado a éste como tarea: *todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios (1Cor 3, 22).* Porque el hombre es hecho a imagen y semejanza de Dios: ama la verdad, la belleza, el bien, la bondad. Lo ama y es capaz de ello. Somos capaces de realizar, de descubrir, de investigar, de recrear las leyes que desde siempre Dios dio al mundo, de liberarnos de lo que nos ata y oprime, de lo que nos esclaviza y encierra. Somos capaces de ayudar a otros hombres, de comprenderlos, de compadecerlos, de alegrarnos con ellos, de sufrir con ellos. No estamos encerrados en nuestro propio yo, a no ser que nosotros mismos nos encerremos.

Esencia de la religión cristiana

Todas las filosofías y antropologías están de acuerdo en que el hombre es un ser que “ha de hacerse”, un ser en tensión hacia lo que “va siendo”, una búsqueda radical, un ansia inagotable de plenitud. No todas le conceden el que sea capaz de decidir y elegir, el que sea responsable de su propio destino, de su afirmación o de su negación, dimensión para nosotros radical y ontológica de la estructura humana. Y menos todavía el que sea un “yo” abierto a un Tú en el que se va realizando y en el que alcanzará su plenitud, tal como da a entender San Pablo: *Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Col 3, 3). Cuando se manifieste Cristo, vuestra vida, entonces también os manifestaréis gloriosos con Él (Col 3, 4).*

Pero estoy hablando a cristianos, a hombres y mujeres que creen en Jesucristo, hombre y Dios, que creen que el hombre es una búsqueda radical de un Dios personal que se ha revelado y ha manifestado cuál es la realidad humana, cuál es la divina y cuál la relación del hombre con su Dios. Si no fuera así, mi exposición tendría que ser completamente distinta. Por eso, quiero hablar con alegría y con la fuerza que nos da nuestro cristianismo, con la seguridad de que hemos sido salvados por Jesucristo en quien y por quien tiene sentido la alegría, la tristeza, el dolor, el gozo, el fracaso, el éxito, etc. *Que no nos destina Dios a la ira, sino a la salvación por nuestro Señor Jesucristo (1Ts 5, 9).*

Mi lenguaje es directo y no pretende síntesis acomodaticias en que todo queda al mismo nivel y juzgado como del mismo valor. Busco lo original y propio del cristianismo, lo que es exclusivo de él. En todo hecho y en toda relación hay algo propio y peculiar que es reflejo de su naturaleza y manifiesta la riqueza particular que encierra. No es lo mismo un hombre que un animal. No es lo mismo la relación entre los hombres en general, que entre marido y mujer o entre padres e hijos. No es lo mismo religión cristiana que humanismo. Y creo que es uno de los grandes males de nuestra época esta tendencia al igualitarismo ideológico en que todo se mezcla y yuxtapone para terminar en la más triste confusión de principios y normas.

Admiro al hombre de cualquier religión o ideología que, convencido de ella, es consecuente con sus exigencias en su vida y en su palabra, sin medias tintas, dando con toda lealtad lo que él cree como verdad. Por eso nosotros, los cristianos, convencidos de la verdad, hemos de estar firmes en la doctrina que desde el principio hemos oído (cf. 1 Jn 2, 24).

Padres, educadores y todos los que amáis el concepto católico de la vida, si estáis convencidos de ello, sed también consecuentes. Necesitamos convicciones, lealtad, doctrina clara y recia; no indecisiones, no halagos, no amalgamas de ideas, no esnobismos. La apertura, la amplitud de criterio, la visión profunda y real no tiene nada que ver con las claudicaciones y las mezclas cobardes y sensacionalistas de ideas y actitudes para llamar la atención. Seamos firmes y valientes en la defensa de la verdad que exponemos. ¿Época de testimonio, de autenticidad, de respeto a las ideas del otro? ¿Qué entendemos por todo esto? ¿Somos conscientes de las exigencias de esta autenticidad y de ese testimonio que hemos de dar, del respeto a la verdad en que creemos? ¿Os imagináis a los científicos cediendo de la verdad conseguida por acercarse a otras teorías hipotéticas? ¿Creéis que hubiera avanzado la técnica y la ciencia? Sólo adelanta la ciencia a partir de las leyes y verdades ya logradas y mediante ellas, eso sí, nuevas formulaciones e hipótesis. La verdad, si es verdad, no puede destruirse, y, permitidme la redundancia, la verdad, si es verdad, no es error, ni relativismo.

El mundo no rechaza a Dios, sino al Dios que le presentamos. Nuestros chicos y nuestros jóvenes, no rechazan el cristianismo; rechazan nuestro cristianismo amalgamado y ficticio. Conozco experiencias concretas; no aborrecen la religión, ni siquiera en las aulas, sino la forma de dársela. El hombre se entusiasma por la búsqueda, la investigación, el estudio serio y profundo de los problemas. El hombre que hemos dicho que es una búsqueda radical y cuyo mayor anhelo es alcanzar la felicidad, en el amor y en el bien, necesita saber de Dios. Pero, ¿nos esforzamos para presentar al Dios que nos ha revelado Jesucristo? ¿Existe la misma preparación para la formación religiosa que para la enseñanza de la matemática, la historia, la física? Lina cosa es la sencillez y la buena voluntad y otra la imprudencia. Se necesita un conocimiento serio y profundo de la religión revelada. Asusta leer artículos sobre materias religiosas tan llenos de fallos en sus planteamientos. ¿Se atreverían esas mismas personas a hablar con ese mismo bagaje, hecho de simple intuición y subjetivismo, sobre temas de energía nuclear o de viajes espaciales? ¿Qué seguridades no habría que exigir para experimentar ideas de las que depende la orientación de la vida humana?

El humanismo cristiano

Frente a todas las filosofías y a todos los sistemas que rechazan la salvación para el hombre, el cristianismo afirma que es posible esa salvación si éste la quiere; más aún, que es hijo de Dios. *Mas a cuantos le recibieron les dio poder de venir a ser hijos de Dios, a aquellos que creen en su nombre: que no de la sangre, ni de la voluntad carnal, ni de la voluntad de varón, sino de Dios son nacidos* (Jn 1, 12-13). El hombre cristiano se alimenta de la fe en Jesucristo; *ésta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe* (1Jn 5, 4).

El mundo ejerce su presión de muy distintas maneras, exterior e interiormente: actúa sobre los sentidos, sobre las ideas, sobre los sentimientos, sobre el juicio de valores. El mundo trata de llenar al hombre y de invadirlo. El cristiano tiene que vencer esa fuerza y lo consigue si se alimenta con la fe.

El hombre cristiano se desarrolla en la esperanza. Por ella encuentra fuerza en su dolor, éxito en su fracaso, sentido a su enfermedad. Su recompensa es Cristo mismo. *Cuanto tuve por ventaja lo reputo por daño por amor de Cristo, y aun todo lo tengo por daño, a causa del sublime conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por cuyo amor todo lo sacrifiqué y lo tengo por estiércol, con tal de gozar a Cristo y ser hallado por Él no en posesión de mi justicia, la de la ley, sino de la justicia que procede de Dios, que se funda en la fe y nos viene por la fe de Cristo* (Fil 3, 7-9). *Reboso de gozo en medio de mis tribulaciones* (2Cor 7, 4). El mismo cristiano vive en el Amor. *Éste es mi precepto, que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor mayor que éste de dar uno la vida por sus amigos; vosotros sois mis amigos si hacéis lo que os mando* (Jn 15, 12-14). El amor es el primero y máximo mandamiento, la regla de conducta, el camino hacia la totalidad “con todo el corazón, con toda la inteligencia, con todas las fuerzas” que exige en la práctica una confianza sin reserva en el amor de Dios, una búsqueda incesante del reino de Dios y su justicia, y un amor a los hermanos, como el que Cristo nos tuvo, hasta hacer bien a los que nos aborrecen y dar la vida por ellos. Hay un camino para el cristiano: la verdad cada vez más plena y profunda, la actitud y disposición cada vez más firme, la actuación cada vez más resuelta.

Una crítica superficial y ligera de las afirmaciones anteriormente expuestas hablaría en seguida de abstracciones, de metafísica religiosa vaga e inservible. ¿Para qué –nos dicen– esas reiteradas y adormecedoras apelaciones a un misterio inalcanzable, Cristo, y a unos valores confusos –fe, esperanza, amor– que andan siempre flotando en nuestra mística cristiana, pero nunca resuelven los problemas concretos con que tienen que enfrentarse, quieranlo o no, el hombre y el mundo en su marcha a través de la historia? Vosotros los cristianos, se nos dice, os desentendéis del hombre, y os refugiáis en los dominios de una transcendencia nunca experimentable y positiva. No nos sirven esos secretos vuestros.

Es el reproche continuo y permanente que se hace al cristianismo y a los discípulos que afirman ser seguidores del misterio. La objeción es tan repetida, bajo diversas formas, que permite llegar a una conclusión poco grata para el orgullo humano: la incapacidad para superar en este mundo la dialéctica entre el anhelo de victoria total que el hombre tiene y el fracaso a que inevitablemente llega en su lucha. Acusar al cristianismo de evasión y de alejamiento de las

condiciones en que el hombre ha de realizar su combate en la tierra, es una injuria repetida sin cesar incluso por las llamadas “mentes lúcidas” de cada siglo; y gustar las hieles amargas de la derrota humana en su afán de ascensión ilimitada, es otra experiencia que se acumula a las anteriores, generación tras generación, sin que nada autorice a pensar que se rectificará alguna vez con suficiente eficacia. El cristianismo y los cristianos fieles seguirán ofreciendo a la contemplación del mundo, y como ideal para la acción, al Hombre-Dios; pero los hombres seguirán amando más las tinieblas que la luz (cf. Jn 3, 19).

Quiero decir que hay un humanismo cristiano, que es el verdadero humanismo; que hay un hombre cristiano que, precisamente por serlo, está en condiciones de realizar en sí la figura del hombre completo. Y a la vez, que todo humanismo que se olvide de Cristo, y más si le rechaza, ni será humanismo salvador ni engendrará jamás el tipo de hombre completo que va buscando. La razón es sencilla: en la tarea de edificación del hombre hasta su altura máxima, aspiración frustrada de todos los humanismos, ya no es posible prescindir de que Dios se ha unido con el hombre en la encarnación para marcar el camino y señalar la naturaleza del esfuerzo que hay que realizar para lograr un ser nuevo.

La conciencia de su unión con Dios hace del cristiano un hombre fuerte. Su vida interior le capacita para la perseverancia en la lucha ineludible en el mundo, porque le sitúa previamente en la perspectiva de la serenidad creadora, libre de turbaciones y de angustias.

Libertad y gracia

“El cristiano está en paz con Dios: por la Redención y el perdón divino; en diálogo con Dios: por la oración; en el pueblo de Dios: por la pertenencia a la Iglesia; en manos de Dios: por la providencia divina; habitado por Dios: por la presencia en el alma de las tres Personas divinas; ayudado por Dios: mediante la gracia sacramental y actual; alimentado por Dios: por la Eucaristía”¹.

Por un motivo tan fuerte como es el amor de Dios, el cristiano, a pesar de todas las dificultades y sufrimientos del drama que muchas veces es la vida, vive en una silenciosa libertad, en un honda alegría y confianza. *Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí* (Gal 2, 20).

Pobre concepto de libertad el que enfrenta dos libertades, la de Dios y la del hombre, la alegría y la dificultad del vivir, la confianza en Dios y la responsabilidad. El cristiano no se siente encarcelado, oprimido, apresado en un mundo absurdo. Sabe que todo es obra de Dios y coopera al bien de los que aman, lo cual no quita vigor, realismo, autenticidad, dinamismo, ni “crudeza” a su existencia. Por el contrario, es mucho más lo que está comprometiendo: su eterna salvación.

La fe no cierra los ojos a la realidad del mundo, hace cobrar conciencia de lo que es “ser para siempre” o “no ser”. Somos protagonistas de nuestra propia historia. Nada se hará sin nosotros. No se “es” cristiano, se va siendo cristiano, hay que ir identificándose con Cristo hasta poder exclamar con la plenitud de que se sea capaz: *Para mí la vida es Cristo* (Fil 1, 21). Hay que ir comprendiendo que el

¹ M. BENZO, *Teología para universitarios*, Madrid, 1965³, 295.

verdadero milagro de hoy es el que se ofrece en cada hombre que sale de la opresión sorda y pesada y es capaz de ver, a la luz de Cristo, que el Reino de Dios es la Justicia perfecta que sobrepasa la obra exterior y va al interior de nuestra conciencia en el amor de Dios y del prójimo.

Pobre de mí, ¿quién me libraré de este cuerpo que me lleva a la muerte? Gracias sean dadas a Dios por Jesucristo Nuestro Señor..., por consiguiente, ninguna condenación pesa ya sobre los que están en Cristo Jesús (Rm 7, 24; 8, 1).

El humanismo cristiano cobra conciencia de la grandiosa tarea que le ha sido confiada al hombre, tarea religiosa porque la acción humana se realiza en el mundo, pero se sabe obligada por la voluntad de aquel que ha venido al mundo y está por encima de todo. El cristiano vive, obra y realiza sus acciones a partir de la responsabilidad de la fe, y no meramente por un impulso personal que se traduce en el despliegue de sus facultades.

El humanismo cristiano quiere la máxima apertura del hombre, apertura a su inmanencia y a su trascendencia, apertura a la riqueza personal y a la comunidad de los hermanos. Sabe que los hombres tienen hambre y sed que no pueden ser saciadas con la posesión del poder, el progreso, la técnica, la ciencia. Da un toque de alerta contra una ciencia que se deshonor por la crueldad y deshumanización de sus aplicaciones, contra un sistema de vida aplastado por la codicia, el materialismo, la confusión. Nos libra de la moral del orgullo, de la altivez, del culto a la energía, de una falsa dignidad basada en la insubordinación, aunque sea desesperada, contra la iniquidad y el desorden. Busca sin cesar la exacta proporción y la armonía entre el progreso de la materia y el espíritu del hombre.

El humanismo cristiano tiene una exigencia: sumergirse en el misterio de Cristo: *Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo (Jn 17, 3)*. El misterio es uno y toda la creación está inmersa en él. Los dogmas son aspectos múltiples de un misterio total: “Vosotros en mí y Yo en vosotros”.

Algo más que lo meramente humano

La religión cristiana no es un humanismo en el sentido de que sea resultado – todo lo noble y elevado que se quiera– del esfuerzo, la aspiración, el anhelo, la creación del ser humano. Es una religión que tiene su autor en Dios; su contenido sustancial, doctrina, gracia y redención, es también de Dios; su afán esencial es comunicar al hombre la vida de Dios en la tierra y en el cielo.

La religión cristiana no es un humanismo en el sentido de que tenga como objeto directo y principal cultivar las relaciones humanas –las del trabajo, el progreso, la economía, la ciencia, la política– extendiendo los círculos de la solidaridad y el perfeccionamiento meramente humano. No puede limitarse a esto una religión, cuyo fundador, Cristo, afirma: *os es preciso nacer de nuevo (Jn 3, 7)*. *Si alguno tiene sed, venga a mí y beba (Jn 7, 37)*.

La religión cristiana no es un humanismo en el sentido de que tenga como suprema aspiración el desarrollo humano del hombre, de cada hombre, en sus dimensiones personales o sociales. No puede reducirse a esto una religión cuyo

Maestro, y divino fundador, dice: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mt 5, 48). *Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura* (Mt 6, 33).

Ahora bien, la religión cristiana favorece y construye el humanismo rectamente entendido; más aún, ama al hombre como ser humano, que es imagen de Dios, bendice todos los progresos de su inteligencia y los estimula; anhela el establecimiento de unas relaciones sociales, políticas, económicas, artísticas, que permitan a los hombres ensanchar sus fronteras hasta no ver los límites; quiere que el pan que produzca la tierra se reparta bien y no haya ninguna mesa desabastecida; quiere que los hombres se amen, los padres y los hijos, los hermanos, el varón y la mujer; los esposos; el maestro y sus discípulos; los enemigos, incluso hasta dejar de serlo y perdonarse.

Quiere el desarrollo de los pueblos y llega a decir que esto, el desarrollo, es el nombre nuevo de la paz.

Quiere todo lo que quiere un hombre recto, noble, fuerte, puro, limpio, no lo que quiera la pasión que se llama guerra, odio, sexualidad desordenada, avaricia, egoísmo o fantasía alucinante.

No puede contentarse con un humanismo poético “que trata de ver en la actividad artística y, en particular, poética, la única justificación de la existencia, ya porque nos pone en comunicación con verdades esenciales que nos resultan por lo demás inaccesibles, ya porque no infunde el sentimiento de una actividad absolutamente libre, de un poder como infinito”².

Ni con un humanismo heroico, lanzado a la acción, el riesgo, el combate, el arrojado, enamorado de la tragedia para convertirla en vida, encarnado con las contradicciones y los conflictos para superarlos en un esfuerzo ciego, aunque nobilísimo, sin un punto de referencia superior que derrame un rayo de luz en medio del sombrío tormento de las catástrofes que se suceden.

Ni con un humanismo científico que confíe sin más al desarrollo de la ciencia y sus técnicas el timón del navío en que los hombres han de hacer su travesía, dado que junto al innegable proceso liberador que la ciencia alimenta y garantiza, aparecen también las inquietudes de una nueva esclavitud: la del hombre ahito de conocimientos científicos, pero carente de sabiduría, manipulado, amenazado por “una ciencia inconsciente e irresponsable que pesa cada vez más sobre él”³.

Mucho menos con el humanismo marxista o el existencialismo ateo, que oprimen al hombre para liberarle después, matando la vida que se quiere crear, o proclamando el reinado del absurdo para ofrecer un desesperado consuelo a los interrogantes que no tienen respuesta.

Un humanismo clásico se pregunta, ¿qué es el hombre? Un humanismo moderno entroncado con Nietzsche, como es el de Malraux, ¿qué puede el hombre? Otros humanismos actuales unen las dos interrogantes y formulan así la pregunta: ¿Qué será el hombre? ¿Qué hacer del hombre si no hay Dios, ni

² GAETAN PICÓN, *Panorama de las ideas contemporáneas*, Madrid, 1958, 769.

³ *Ibíd.*, 813.

Cristo? ¿Es la condición humana una fatalidad inexplicable? ¿Dios ha muerto y el hombre tiene que arreglárselas a solas con el universo? ¿Cómo responder a las preguntas de los hombres y mujeres angustiados porque se ven miembros de una generación vacía de grandeza, de calidad humana, sin Dios, o con un Dios impersonal, lejano, cada vez más oscuro y borroso?

No hay más remedio que volver al humanismo cristiano, que cuenta a la vez con Dios y con el hombre. A los demás humanismos se les rompen las categorías en sus manos. Se necesitan otras de orden superior. Dios no es el “otro”. Hay que escuchar su palabra, experimentar las propias limitaciones, vivir la verdad de los humildes, para ponerse en camino hacia la verdad de los fuertes. Lo demás es invertir los términos y acumular fracasos.

He aquí estas palabras luminosas de Gabriel Marcel, el filósofo del existencialismo cristiano:

“Orientar de esta forma nuestra vida hacia el más allá, es, no cabe duda, tomar la posición contraria a la adoptada por la casi unanimidad de los filósofos contemporáneos, y no discuto que, en el fondo de mí mismo, una voz, inquieta, protesta y defiende con insistencia a favor de las metafísicas de la tierra. Sin embargo, podemos preguntarnos si la negación sistemática del más allá no origina la base de las convulsiones que, en nuestra época, han alcanzado su paroxismo; quizá sólo puede instaurarse un orden estable si el paroxismo; quizá sólo puede instaurar un orden estable, si el hombre conserva una conciencia aguda de lo que podríamos llamar su condición itinerante, es decir, si recuerda constantemente que se trata de abrirse un camino precario, a través de los bloques erráticos de un universo hundido y que parece escaparse a sí mismo por todas partes, hacia un mundo de constitución ética más fuerte, y de la cual aquí abajo sólo puede percibir unos cambios y unos reflejos inciertos. ¿No ocurre todo como si este universo hundido se alzase implacablemente contra el que pretende establecerse en él hasta el punto de habitarlo permanentemente? Ciertamente, no se discutirá que la afirmación de ese más allá lleva consigo un riesgo, el “atractivo riesgo” del que hablara el filósofo antiguo, pero todo consiste en saber, si negándose a recorrerlo, no se compromete uno en un camino que, pronto o tarde, lleva a la perdición”⁴.

El agua viva

Hemos de hacer un esfuerzo, y llevar al mundo de hoy a ese manantial de agua viva que el Señor, Jesús, afirmó de sí mismo (Jn 7, 37-38). El que hasta Él llegue “encontrará allí una fuerza interior, una savia de vida espiritual, una pureza (entendemos por ella, la ausencia de toda ambición personal, de toda política humana) sin paralelo en la historia religiosa. Allí aprenderá, o reaprenderá, maravillándose de haber comprendido tan poco, oraciones que ponen a Dios en su lugar propio y el hombre en el suyo. Una moral santa, y sana también, en parte implícita, sincera, sin afectación y sin afeites; entre el heroísmo sugerido y el deber necesario, las proporciones se guardan tan justamente que los abusos, que en ninguna parte descansan, aquí son tenidos en jaque, o al menos denunciados para que se puedan evitar. Un culto espiritual donde se confiesa

⁴ GABRIEL MARCEL, *Homo-viator*, París, 1945, 62.

que *Dios solo es bueno* y es el Padre de todos; que *nadie le conoce fuera del Hijo* y que nadie le ignora; que es al único que se debe temer y al primero que se debe amar. A la vez se hace justicia a todo el hombre, tratándole, no como puro espíritu o como animal de placer y de gloria, sino como ser sensible y social; una criatura adoptada, graciosamente prevenida y no coaccionada; un pecador –nótese este rasgo, en contra de las quimeras de todos los tiempos– rescatado, pero que necesita remisión; un peregrino en marcha, por un mundo oscuro y dividido, hacia el Reino de los cielos. De esta religión magnífica donde muchos, entre los más grandes y mejores, han hallado su paz, Jesucristo es el autor, el Maestro, el todo. Históricamente, Él aparece a su hora, insertándose en una tradición augusta, inmemorial, que completa sin abolir; los salmos y los profetas de Israel están llenos de una inmensa esperanza que él ha realizado en el sentido más espiritual.

“Sus gestos, sus palabras, su mensaje –tan personales y directos– por luminosos que sean, permanecen llenos de misterio, rodeados de una sombra sagrada. Y éste es, sin duda, el más alto de sus atributos, el más divino.

“Si, pues, parecen volver los días que describía el antiguo profeta:

He aquí que vienen unos días
–oráculo del Señor Yahvé–
en que enviaré mi hambre sobre la tierra:
no hambre de pan, y no sed de agua
sino de oír las palabras de Yahvé.
Y discurrirán de uno a otro mar,
y del Septentrión al Oriente;
e irán de un lado para otro buscando la palabra
de Yahvé, y no la encontrarán.
En aquellos días desfallecerán las doncellas hermosas,
y los jóvenes abrasados por la sed (Am 8, 11-13);

si es realmente el hambre y la sed de Dios lo que trabaja oscuramente a una generación cansada de la aridez racionalista, y la lanza en pos de las religiones más diversas *del Septentrión al Oriente*, que se oriente hacia el manantial evangélico y se ofrezca, entrando en la escuela del Maestro humilde y manso, “por la humillación, a la inspiración”, que le revelará la única cosa que, en realidad de verdad, les es provechoso conocer”⁵.

⁵ L. DE GRANDMAISON, *Jesucristo, su persona, su mensaje, sus pruebas*, Barcelona, 1932, 968-969.

LA SALVACIÓN QUE OFRECE EL MUNDO Y LA SALVACIÓN DE DIOS

Conferencia pronunciada el 5 de marzo de 1971, viernes de la primera semana de Cuaresma.

Las culturas se suceden, las civilizaciones se levantan unas sobre las ruinas de las otras y siempre la misma búsqueda: la salvación del hombre. No hay otra cuestión ni otro problema que supere a éste en interés e intensidad dramática. Es el objetivo de todos los humanismos que se plantean en unos términos o en otros.

El viernes pasado nos detuvimos en este mismo punto, el hombre: capaz y ansioso de verdad, paz, vida, amor, poder, belleza, bondad. Temor al sufrimiento, al fracaso, a la muerte. Necesidad de encuentros, diálogo, expresión, apertura, realizaciones. Perseguido por el dolor; ceñido por unas limitaciones que siempre le parecen excesivas; esclavizado en todas las épocas por unas estructuras, sean las que sean. Con una vida en las manos que le ha sido dada, sin preguntarle si quiere morir. Ciertamente todo esto aparece en la historia de cada hombre. La preocupada angustia por la salvación mueve al hombre en su gran tarea de superación para conseguir la libertad.

¿Salvar al hombre de qué? ¿Y salvar para qué?

¿Salvar al hombre de qué? De su limitación, de su finitud, de su dolor, de su angustia por la posesión de una vida que siempre tiene incierta. Salvarle del odio, del resentimiento, de la amargura, del poder de hacer el mal. Salvarle del temor, de la inseguridad, de la incertidumbre de perder lo que ya ha sabido y experimentado un poco lo que es: el gozo del conocimiento, la plenitud de la realización, la admiración de la belleza, la fidelidad y el descanso de la amistad, el éxtasis y la inundación del amor. Salvarle de la amargura de no poder llegar a ser y poseer lo que ansia, teniendo en sí capacidad para ello.

¿Salvarle para qué? Precisamente para el pleno desarrollo de esa capacidad, para la vida sin muerte, para el amor en el que se instalará, para la verdad en la que verá y contemplará la totalidad y cada una de las partes. Hay que salvarle de lo que le encadena y angustia, y hay que salvarle para lo que le da su plenitud de ser. Y aquí está el núcleo central: ¿Qué es lo que le encadena y angustia? ¿Qué es lo que le realiza y da su plenitud?

No voy a entrar en el examen de las grandes filosofías y movimientos, que a lo largo de la historia han ido dando soluciones a este gran problema de salvación en torno al cual giran todos los demás. Os invito sencillamente a reflexionar sobre la salvación que ofrece el mundo y la salvación de Dios.

Hablo de "mundo" en el sentido que Cristo utiliza esta palabra, cuando dice que su reino no es de este mundo: criatura de Dios caída bajo el dominio de Satán y que está esperando como con dolores de parto la gloria de su redención. *En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por Él, y el mundo no le conoció* (Jn 1, 10).

Jesucristo no es de este mundo de lo puramente terreno, del poder del más fuerte, del dominio del más astuto, de este mundo de exigencias, de comodidad y placer, del relativismo que no quiere “Un” camino, “Una” verdad y “Una” vida, el mundo de las conductas acomodaticias. *Yo me voy y vosotros me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado. Adonde yo voy vosotros no podéis venir. Los judíos se decían: ¿Es que se va a suicidar?, pues dice: Adonde yo voy vosotros no podéis ir. Jesús añadió: vosotros sois de abajo, yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo (Jn 8, 21-23).*

Cristo no es del mundo y tampoco lo son los que quieren seguirle. No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del maligno. *No son del mundo, como yo no soy del mundo. Conságalos en la verdad: tu Palabra es verdad. Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo (Jn 17, 15-58).* Por eso el cristiano no tiene que extrañarse de verse incomprendido, de sentirse hasta ajeno e incluso odiado por los de su propia carne y sangre: *Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; porque yo al elegiros os he sacado del mundo, por eso os odia el mundo. Acordaos de las palabras que os he dicho: el siervo no es más que su señor. Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra (Jn 15, 18-19).*

Y por este mundo Cristo da su vida, por su salvación, para que renazca a una nueva vida.

Impresiona y conmueve, hasta hacer enmudecer, la meditación sincera sobre el Evangelio, tan lleno de humanidad, de historia personal de salvación. Frente a las diversas filosofías de soluciones contradictorias e irreconciliables, en el Evangelio encontramos una persona y una vida que salvan. Late en el Evangelio de Cristo la profundísima fuerza del hombre que anhela la salvación, y brilla la deslumbradora sorpresa de un Dios que la presenta como real. Es el Hijo del Hombre y el Hijo de Dios que habla de la salvación con una visión y una claridad nuevas para el mundo. Antes, nunca se había hablado así ni se volverá a hablar jamás. *Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en Él, no es condenado; pero el que no cree, ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios. Y la condenación está en que vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz (Jn 3, 17-19).*

Leedlo a solas. No hay filosofía, ni religión que pueda comparársele por transcendencia y por cercanía, por grandeza y por la ternura y delicadeza de sus detalles.

Mirad las aves del cielo que no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis mucho más que ellas? (Mt 6, 26).

Y al llegar a casa se le acercaron dos ciegos, y Jesús les dice: ¿Creéis que puedo hacer eso? Le dicen: Sí, Señor. Entonces les tocó los ojos diciendo: Hágase en vosotros según vuestra fe. Y se abrieron sus ojos (Mt 9, 27-29).

¿Qué padre hay entre vosotros que, si su hijo le pide pan, le da una piedra; o, si un pescado, en vez de pescado le da una culebra, o si pide un huevo, le da un escorpión? Si pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan (Lc 10, 11-13).

Soy yo. No tengáis miedo (Jn 6, 20).

Mujer, ¿dónde están?, ¿nadie te ha condenado? Ella le respondió: Nadie, Señor. Jesús le dijo: Tampoco yo te condeno. Vete, y en adelante no peques más (Jn 8, 10-11).

Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas (Jn 10, 11).

Leed a San Juan y San Pablo, los grandes mensajeros de la salvación del mundo. No hay filosofía existencialista, ni pensador que encierre tal conciencia del drama que es el vivir, ni tal preocupación por la salvación del hombre. No hay realismo más fuerte y descarnado, más real y sincero, ni idealismo que tenga tal conciencia de unidad y plenitud.

Pero Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo (Ef 2, 4-6).

Por tanto, mortificad vuestros miembros terrenos: fornicación, impureza, pasiones, malos deseos y la codicia, que es una idolatría, todo lo cual atrae la cólera de Dios, y que también vosotros practicasteis en otro tiempo, cuando vivíais en ellas; despojaos del hombre viejo con sus obras, y revestíos del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador (Col 3, 5-10).

En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios! A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él (2Cor 5, 20-21).

No ruego sólo por éstos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, creerán en mí. Que todos sean uno, como Tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado (Jn 17, 20-21).

La salvación que ofrece el mundo y la salvación de Dios

¿El mundo ofrece realmente una salvación? ¿Puede ofrecerla? Antes de llegar a un terreno común, pensemos en nuestro caso particular y concreto. Es mejor no señalar datos. Cada uno conocemos los nuestros personales.

¿Qué solución puede darme el mundo a todo mi problema personal, a mi inquietud, a mi búsqueda? No soñemos en otras circunstancias, en otros

condicionamientos; lleguemos a las últimas consecuencias dentro de lo que realmente nos ha sido dado y está al alcance de nuestra mano, de nuestro poder. Si en algún momento hemos podido sentir el amor, la verdad, la belleza, el bien, la bondad, a través de personas, conocimientos, hechos, creaciones, ¿no hemos sufrido en seguida por la limitación del tiempo, de la situación, de la falta de plenitud, del anhelo de más? ¿No sentimos la necesidad precisamente entonces de ser redimidos, liberados de esa finitud y limitación, para gozar siempre? ¿Qué nos ofrece el mundo para acercarnos más a los demás, para encontrarnos con los demás hombres en una verdadera compenetración, para realizar más plenamente nuestro ser? Es falsa la idea del encuentro entre los hombres para progresar –en el sentido que corrientemente hoy entendemos por “progreso”–; el encuentro entre los hombres tiene que ir orientado a la realización en y para el amor y la libertad.

¿Cómo es la justicia del mundo, su sinceridad en el bien, su comprensión y su perdón? ¿Cuáles son sus valores perennes? ¿Cómo soy yo cuando me dejo llevar por sus exigencias, por sus ideologías? ¿Qué hace con los que se dejan influir por su propaganda, con los que quieren hablar su lenguaje, con los que quieren vivir en su vaivén? ¿Qué respuesta tiene para esas preguntas, para esas inquietudes que laten en el interior del hombre cuando no se le ha drogado y atrofiado?

La grandeza nunca ha surgido de la claudicación ante las inclinaciones y apetencias que ofrecen un breve reinado de dominio, de placer, de orgullo satisfecho. El tiempo y la historia son a su manera un juicio, aunque no sea más que porque ha dan como pasados esos efímeros triunfos.

¿Cuándo nos sentiríamos salvados? Cuando nos sintiéramos libres de nuestro egoísmo, de nuestro orgullo, de nuestro sentimiento, de nuestras limitaciones personales, y cuando, liberados de nuestra finitud, sólo viviéramos para siempre amando y en el conocimiento de toda verdad, bondad y belleza. Sólo Dios puede salvar así. Lo ha recordado Pablo VI.

“El mundo, no. Arrastrado por las propias fuerzas ciegas que lleva dentro de sí, el mundo no es capaz de salir de sí mismo para ofrecer a los hombres una posibilidad real y auténtica de poseer el bien y la verdad. En el mundo, ante todo se quiere gozar de la vida, incluso cuando se propone un programa de dignidad y de honradez.

“Se intenta disfrutar todo lo posible, al menos dentro del límite de lo justo y de la decencia. Acortar la vida, jamás. Tal es –según creemos– la mentalidad humanista y hedonista hoy tan difundida. Esta mentalidad está entrando –y a menudo con llaves auténticas– en la concepción cristiana de la vida contemporánea. ¿No es el cristianismo –se pregunta muchas veces– la forma mejor de nueva existencia? Y ¿no pretende precisamente el cristianismo resolver todos los problemas que hacen injusta e infeliz las condiciones de esta existencia? ¿Acaso el ideal cristiano no intenta consolar todo sufrimiento y calmar cualquier ansiedad? ¿Y no es incluso el cristianismo el que nos enseña hoy día a mirar con simpatía las maravillas de esta tierra que la ciencia, la técnica y la organización civil han hecho tan fecunda y tan pródiga en cosas útiles, bellas, interesantes? También el cristiano se reclina placenteramente sobre el lecho suave de las comodidades que la civilización ofrece en nuestro tiempo.

“No nos detendremos –por el momento– a hacer un análisis crítico de esta mentalidad, que resulta censurable cuando llega a convertirse en prevalente y exclusiva. Todos estamos convencidos –según creo– de que una tal mentalidad en lugar de contribuir al engrandecimiento del hombre puede, por el contrario, empequeñecerlo. En efecto, es propio de esta mentalidad restringir su visión preferentemente al campo de lo externo, al reino de los sentidos, al hombre instintivo, al ideal burgués y cómodo, al corazón estrecho y egoísta. Digamos también que la mentalidad hedonista no proporciona la felicidad al hombre, sino que más bien le convierte en un ser insaciable y propenso hacia la ilusión o hacia el pesimismo. Esto es lo que dicen hoy los pensadores, los literatos y los artistas. Nosotros lo habíamos intuido también, quizá sin haber caído en la cuenta. Jesús nos había advertido ya que, *aunque se tenga mucho, no está la vida del hombre en la hacienda* (Lc 12, 15).

“No es posible poseerlo todo, ni gozar de todo. Se impone una elección. *El reino de los cielos es semejante –nos dice también el Señor– a un mercader que busca perlas preciosas, y hallando una de gran precio, va, vende todo cuanto tiene y la compra* (Mt 13, 45-46).

“Este concepto de la elección, en el que está incluido también el de renuncia, aparece varias veces en el Evangelio: *Nadie puede servir a dos señores* (Mt 6, 24); *entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espaciosa la senda que lleva a la perdición* (Mt 7, 13)”¹.

La salvación que ofrece Dios no puede darla ningún hombre

La salvación que diera un hombre sería pasajera, limitada, desde una perspectiva particular, desde su momento histórico, siempre incompleta y parcial. ¿Verdad que ninguno de nosotros, incluso en una dimensión puramente humana, aceptaríamos habernos quedado en el punto marcado por cualquiera de los pensadores de los siglos pasados?

En cambio, la salvación que nos predicen Cristo y sus Apóstoles se ofrece con validez permanente y eterna. Nadie podrá modificar o completar su contenido. *Si alguno os anuncia un evangelio distinto del que habéis recibido, ¡sea anatema! Porque, ¿busco yo ahora el favor de los hombres o el de Dios? ¿O es que intento agradar a los hombres? Si todavía tratara de agradar a los hombres, ya no sería siervo de Cristo. Porque os hago saber, hermanos, que el Evangelio anunciado por mí, no es cosa de hombres, pues yo no lo recibí ni aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo* (Gal 1, 9-12). Sólo Cristo es nuestro gran Dios y Salvador, salud y salvación para todo el que cree en Él.

La salvación es la gloriosa libertad de los hijos de Dios que nos redime para vivir en y de su vida misma. La libertad es un concepto básico en el Nuevo Testamento: *Para ser libres nos libertó Cristo* (Gal 5, 1). *Habéis sido llamados a la libertad* (*ibíd.* 13). Evidentemente también es distinta la libertad que predica el mundo, de la libertad de Dios y de los hijos de Dios.

La libertad de los hijos de Dios no es el derecho a la arbitrariedad. La libertad para el cristiano es la liberación de sus deseos de venganza, de su avaricia, de

¹ PABLO VI. Homilía del miércoles 11 de marzo de 1970: IP, VIII, 1970, 171-173.

su ira, de su lujuria, de su pecado. Por eso, de la misma manera que como reflexionábamos los días anteriores, no “somos” cristianos, vamos siéndolo, tampoco somos libres, nos vamos liberando. Y esta libertad aumenta en la medida en que aumenta nuestra fe, que es creer e imitar, y *nos da valor para llegarnos confiadamente a Dios* (Ef 3, 12). No hay oposición en los conceptos de salvación cristiana y libertad. Son intrínsecos uno al otro, la salvación es la libertad, y la libertad es nuestra salvación.

Salvarse el hombre de su propio pecado, de su propia esclavitud es la única manera en que el hombre puede realmente entregarse a los demás. Nadie da lo que no tiene. Por eso Cristo nos ha dicho: *Amaos como yo os he amado* (Jn 15, 12). *Hay diversidad de dones, pero uno mismo es el Espíritu. Hay diversidad de ministerios, pero uno mismo es el Señor. Hay diversidad de operaciones, pero uno mismo es Dios, que obra todas las cosas en todos. Y a cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad... Todas estas cosas las obra el único y mismo Espíritu que distribuye a cada uno según quiere* (1Cor 12, 4-11).

Salvados del pecado y redimidos de él, tendremos la libertad de hijos de Dios que sacrifica y ofrece gustosa sus legítimos derechos en servicio del prójimo: *Servíos por amor los unos a los otros, pues toda la ley alcanza su plenitud en este solo precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo... Las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordias, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes, sobre las cuales os prevengo, como ya os previne, que quienes hacen tales cosas no heredarán el Reino de Dios. En cambio, el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza* (Gal 5, 14-24).

Dios nos salva para nuestra plena realización. La salvación que Dios nos ofrece no es algo ajeno a nosotros mismos, no se nos va a escamotear nuestra responsabilidad, nuestra inteligencia, nuestro amor, nuestra libertad, en fin, nuestra condición humana. *Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él, sabiendo que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más y que la muerte no tiene ya señorío sobre él. Su muerte fue un morir al pecado, de una vez para siempre; mas su vida, es un vivir para Dios* (Rm 6, 8-11). Cristo es hombre verdadero, en él son redimidas y salvadas todas las criaturas.

El modelo elegido para nuestra salvación y santificación es el de la filiación divina; la fuente y modelo de esta filiación es Jesucristo, el Hijo Único. *Nos ha elegido en Él antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor. En Él tenemos, por medio de su sangre, la redención, el perdón de los delitos, según la riqueza de su gracia que ha prodigado sobre nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad según el benévolo designio que en Él se propuso de antemano para realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra* (Ef 1, 4-9).

La historia de la humanidad es la historia de la salvación, porque todos los hombres experimentamos la necesidad de ser salvados de nuestro dolor, de nuestras limitaciones, de nuestros fracasos y de nuestra muerte. Suplicamos

salvación a las criaturas humanas y no la encontramos. No es posible encontrarla. El mundo es eminentemente pobre para poder ofrecérsela y va proclamando, con sus hechos, su propia pobreza. Hoy, como ayer, y como sucederá mañana, necesitamos que Dios venga a nuestro encuentro. Y viene con Cristo, Dios y Hombre, cuyo secreto es su plenitud, de la cual todos recibimos (cf. Jn 1, 16).

Salvación eterna

En efecto, como explica un gran comentarista moderno de San Pablo, “la salvación nos preserva de la muerte al mismo tiempo que de la ira, liberándonos del pecado. Por el pecado la muerte entró en el mundo, no sólo la muerte corporal que es su castigo, sino también la muerte espiritual, término de su nefasto reinado. San Pablo considera ya a la una, ya a la otra, ya a las dos a la vez, cuando repite con insistencia que el pecado conduce a la muerte, que la muerte es su estipendio, que el pecado da muerte. Pero, en contraste, afirma siempre que Cristo da la vida y que sólo depende de nosotros el participar en ella. Los predicadores del Evangelio son *penetrante olor de Cristo en los que se salvan y en los que se pierden; en éstos, olor de muerte para muerte; en aquéllos, olor de vida para vida* (2Cor 2, 15-16). Viviendo según la carne, se muere; pero haciendo morir por el espíritu las obras del cuerpo, se vive y Cristo nos libera, si queremos, de la ley del pecado y de la muerte. El pecado es el agujón de la muerte y renunciando al pecado se escapa de la muerte espiritual inmediatamente, pero también de la muerte corporal el día de la resurrección.

“El horizonte se extiende aquí hasta la vida futura; uno se salva, en el pleno sentido de la palabra, si evita la condenación eterna, y el Apóstol menciona frecuentemente la posible eventualidad de la condenación. Es un acto de lealtad y un aviso necesario. Los pecadores obstinados son *vasos de ira, maduros para la perdición* (Rm 9, 22), mientras que se promete la salvación a aquellos que están firmes en la fe del Evangelio y que Dios ha escogido desde el principio para salvarnos. Los otros no escaparán de la condenación eterna, *lejos de la faz del Señor y de la gloria de su poder* (2Ts 1, 9), y la ruina caerá sobre ellos de improviso, como los dolores del parto a la mujer encinta. Aquellos para quienes la cruz es una locura se perderán, mientras los que se salvan ven en ella el poder de Dios. No se consigue la salvación, si no es viviendo con miedo del castigo eterno.

“No obstante, el temor no podría ser para el cristiano una actitud dominante y mucho menos exclusiva. La salvación, que libera del pecado y de los males por él engendrados, es también la posesión de los bienes prometidos por Cristo en esta vida y en la otra, de manera que la esperanza y el amor moderan siempre el miedo. Nadie se libra del pecado y de la muerte sin llegar a la justicia y a la vida: son dos aspectos inseparables, y el Apóstol nunca los disocia en su pensamiento, sino en la expresión. Las promesas divinas sobrepasan todo lo que el hombre podría concebir. Dios promete la vida eterna a aquellos que le aman y perseveran en el bien, y ha querido *hacer ostentación de la riqueza de su gloria sobre los vasos de su misericordia, que Él preparó para la gloria* (Rm

9, 23). Los beneficios divinos se ofrecen a los creyentes ya en esta vida y les serán concedidos plenamente en la eternidad”².

Él marca un camino, pero antes ofrece una vida. Al aceptarla, nos convertimos en discípulos suyos, más aún, en hermanos y coherederos suyos, en hijos de Dios. Toda nuestra conciencia se siente tocada a partir de ese momento. Nuestros actos libres, de hombres responsables, nuestras acciones humanas inevitablemente deberán orientarse por los caminos que Él ha señalado para vivir la nueva filiación. Aparecerán así unidas la fe y la moral. En la lucha contra el pecado no se tratará de cumplir un programa o de atenernos a un recetario. Se trata de una exigencia intrínseca del nuevo ser recibido, a quien se le ofrece como ideal ser perfecto como el Padre que está en los cielos. Así va caminando el cristiano, en posesión de una nueva conciencia, que nace de una nueva vida, y se apoya en una nueva seguridad: la de Cristo muerto y resucitado para que la salvación anhelada no sea vana aspiración ni un frustrado anhelo. El cristiano que confía en esa salvación será un noble luchador en los combates de este mundo, pero sin olvidarse de que la patria definitiva está en el cielo.

² F. AMIOT, Ideas maestras de San Pablo, Salamanca, 1963, 54-55.

LAS ENSEÑANZAS DEL SEÑOR

Conferencia pronunciada el 12 de marzo de 1971, viernes de la segunda semana de Cuaresma.

Mi propósito hoy es hablaros de las enseñanzas del Señor. De algunas de las más fundamentales, porque es imposible pretender hacer una exposición completa en una o en muchas conferencias que pudiera pronunciar. Las enseñanzas del Señor constituyen el tema único de la predicación de la Iglesia a lo largo de los siglos. Desde que Cristo subió a los cielos, los Apóstoles y todos sus sucesores en el tiempo vienen predicando las enseñanzas del Señor. Son antiguas, son siempre nuevas, son inagotables.

¿Qué puedo decir hoy, mis queridos oyentes, los que estáis aquí en la Catedral y los que escucháis a través de la Radio, sobre lo que Cristo nos mostró y nos reveló? Intentaré ofreceros algunos de los puntos más esenciales y más vivos de su mensaje.

Fe en la persona de Cristo

El que crea en Mí tendrá vida eterna (Jn 6, 40).

He aquí la primera y más fundamental afirmación que Jesús hace de Sí mismo, la de mostrarse como plenitud de verdad, que nos lleva a la vida eterna.

Para cada uno de nosotros, ¿qué es la verdad? No sé realmente qué es para vosotros. Cuando reflexiono honda y sinceramente, sí que sé lo que es para mí.

¿Es la verdad una convicción a la que hay que responder con la vida? No, eso será una consecuencia de la verdad poseída. ¿El saber, la ciencia, la técnica, el progreso, la comodidad, el bienestar personal, un amor, la ayuda mutua, el servicio, la superación, el poder? No, estas pueden ser manifestaciones, complementos, actitudes vitales, exigencias de la verdad.

Para Cristo la verdad es una persona: Él mismo. *Yo soy la verdad (Jn 14, 6)*, fuente y origen de todas las realizaciones concretas y visibles. Cristo, que vimos era “afirmación de Dios”, lo primero que nos enseña es a creer en Él, como base y fundamento de todo su mensaje.

La buena nueva de Cristo, el Evangelio tal como nos lo exponen sus cuatro narradores, nos quiere llevar a esto precisamente: a creer en Jesucristo. El Evangelio de San Juan, por ejemplo, presenta toda la realidad exterior, los detalles más anecdóticos, como signo de otra realidad más profunda: la vida, la verdad, la luz que es Cristo.

La enseñanza del Señor no es un sistema doctrinal abstracto, es su propia persona: *Yo soy la luz del mundo, el que me siga no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida (Jn 8, 12). Si permanecéis en mi palabra, seréis en verdad mis discípulos, y conoceréis la verdad, y la verdad os libraré (Jn 8, 31-32). Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? (Jn 8, 46). En verdad, en verdad os digo, si alguno guarda mi palabra jamás verá la muerte (Jn 8, 51).* Creer en Jesucristo

no es sólo creer que es verdad lo que Él dijo; eso es si queréis, o bien un punto inicial para llegar a lo más hondo, la afirmación de que Él es la verdad, bien una consecuencia de esta misma afirmación.

Ha habido muchos maestros que han enseñado cosas verdaderas. No basta afirmar que Cristo es el más grande maestro de la verdad. Si sólo fuera eso, Él mismo estaría sometido a la verdad que enseñaba. Hay que afirmar que es la verdad misma; y, en consecuencia, creer en Él es creer que Él es la verdad y seguirle, hacerse discípulo suyo con toda la vida: conocimiento, sentimiento, tendencia, actividad.

Creer en Jesucristo es enfocar realmente todo, absolutamente todas nuestras realidades y problemas con su propia luz, y vivir conscientes de que es vida lo que Él nos dice que es vida, y muerte lo que nos dice que es muerte. Creer en Jesucristo es creer que todo lo que ocurre en nuestra vida, no son sólo hechos naturales, hijos de nuestra situación concreta y producto de la historia; todo es amor, prueba, ayuda, sacrificio, gloria, mensaje que viene de nuestro Padre Dios. Jesucristo lo llama: providencia, voluntad, amor, camino, ley de Dios, que todo es uno. *Por eso el Padre me ama, porque doy mi vida para tomarla de nuevo... tal es el mandato que del Padre he recibido* (Jn 10, 17-18).

La práctica de la voluntad de Dios, ésta es realmente la vida cristiana. Creer en Jesucristo es creerle como verdad e imitarle. Con Él, por Él y en Él entrará en el reino de cielos el que haga la voluntad del Padre: *no todo el que diga: Señor, Señor, entrará en el Reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial* (Mt 7, 21); *el que oiga mis palabras y las ponga en práctica, será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca* (Mt 7, 24). Entrará en el reino el que haga de la voluntad de Dios su alimento cotidiano: *mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y acabar su obra* (Jn 4, 34). El que la haga ley de su vida: *no busco mi voluntad sino la voluntad del que me envió* (Jn 5, 30).

El ejemplo de Cristo nos enseña una norma y un camino muy concretos para nuestra vida y una actitud fundamental en nuestra oración: *Padre, no se haga mi voluntad sino la tuya* (Lc 22, 42) y *hágase tu voluntad así en el cielo como en la tierra* (Mt 6, 10). Sólo así se irá abriendo nuestro sentido cristiano de la vida; sentiremos una nueva energía para luchar primero contra nuestro propio egoísmo y orgullo, y después contra las dificultades; viviremos con la alegría, fruto del sacrificio y del esfuerzo, del que noble y lealmente cumple la ley de Dios, su voluntad, que le da plenitud y perfección; nos iremos sintiendo con la fuerza que da la *potestad de ser hijos de Dios* (Jn 1, 12). Imitar a Cristo en vida y en muerte, para poder decir como Él: *todo está cumplido* (Jn 19, 30), *Padre, en tus manos pongo mi espíritu* (Lc 23, 46).

El reino de Dios

Recorría Jesús toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, proclamando la buena nueva del Reino (Mt 4, 23). El reino de Dios informa toda la actividad de Jesucristo, es el centro de su doctrina y de su propio destino. Siempre habla de su reino, y nos lo hace pedir constantemente en nuestra oración: *venga tu Reino* (Mt 6, 10; Lc 11, 2). Su naturaleza y sus exigencias son claras para los que las quieren escuchar: evangelizar a los pobres, a los que se sienten y saben

criaturas pecadoras, llevar la libertad a los oprimidos y esclavizados, dar luz a los ciegos, saciar el hambre y la sed de los que tienen hambre y sed de justicia, dar paz a los que padecen persecución por la verdad.

Hay que creer en Jesucristo para que venga a nosotros el reino de Dios. Porque sólo Él conoce al Padre, cuyo es el Reino que ofrece. *Nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar* (Mt 11, 27); *nadie va al Padre sino por mí; si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre. Desde ahora le conocéis y le habéis visto* (Jn 14, 6-7). *Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí* (Jn 14, 11).

Son afirmaciones limpias, rotundas, cuyo sentido captan las almas sencillas que saben creer y amar. Por Cristo, al Padre. Y se logra el conocimiento y la unión, dicha incomparable de los buscadores de la verdad. El Evangelio es afirmación, no perplejidad ni duda. Damos muchas vueltas y rodeos para llegar a las afirmaciones sencillas del Señor. Nuestro hablar no es ya el “sí” y el “no” limpio y sincero. El Evangelio es una revelación tan honda sobre la naturaleza de nuestra fe, y una demostración tan seria y visible de la realidad del Dios santo y vivo, manifestada en Jesucristo, que muchas veces los hombres no hacemos más que desfigurarlos y deformarlos. Nuestra palabra y nuestros escritos tendrían que ir siempre precedidos de una oración de humilde escucha al mensaje cristiano. Jamás hablar, ni escribir bajo la tentación de la polémica mezquina en que nuestro yo lo mancha todo, o por afán de espectacularidad y brillantez.

Exigencia del Reino es la sinceridad en el bien. *Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos...; cuando hagáis limosnas que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha...; cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que gustan de orar en las sinagogas y en las esquinas de las plazas bien plantados para ser vistos de los hombres;... y al orar, no charléis mucho, como los gentiles, que se figuran que por su palabrería van a ser escuchados...; si vosotros perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial...; cuando ayunéis, no pongáis cara triste, como los hipócritas, que desfiguran su rostro para que los hombres noten que ayunan...; cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lava tu rostro para que tu ayuno sea visto, no por los hombres, sino por tu Padre que está allí, en lo secreto...; no os amontonéis tesoros en la tierra... no podéis servir a Dios y al dinero* (Mt 6, 1-21). *Si tu ojo derecho es ocasión de pecado, sácatelo y arrójalo de ti...; si tu mano derecha te es ocasión de pecado, córtatela y arrójala de ti* (Mt 5, 29-30).

El Reino sólo podrán acogerlo en su corazón los sencillos, los humildes. Los sabios y prudentes de este mundo están demasiado llenos de sí mismos, de sus ideas, de sus seguridades, de su sentido común, de su inteligencia eficaz y práctica, de su misión en la sociedad. *Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y se las has revelado a los pequeños* (Mt 11, 25).

El reino de Dios es el tesoro escondido en el campo, la perla preciosa que al encontrarla hay que vender todo cuanto se tiene para poseerla. *El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo que, al encontrarlo un hombre, lo vuelve a esconder y, por la alegría que le da, va, vende cuanto tiene y compra el campo aquel. También es semejante el Reino de los cielos a un*

mercader que anda buscando perlas finas, y que al encontrar una de gran valor, va, vende todo lo que tiene y la compra (Mt 13, 44-46). El hombre que de verdad hace esto es el que ha descubierto que todo cuanto posee y pueda poseer no es nada ante el valor excepcional del reino de Dios que se instaura en su vida.

Esta superioridad del reino de los cielos es absoluta, por encima del amor, de las relaciones humanas, del trabajo, de la creación artística. Si por una llamada, por una exigencia de Dios fuera necesario dejar, sacrificar algo, incluso recto, grande, noble, bueno, habría que hacerlo. Por encima de lo más recto, de lo más grande, de lo más noble, de lo más bueno en el orden humano, está el reino de Dios. Es la realidad esencial que hay que conseguir a costa de todo lo que sea, sin condiciones. Si alguno va a Cristo y no se desprende de sus padres, de sus hijos, de su marido, de su mujer, de su propia vida, *no puede ser discípulo mío. El que no lleve su cruz y venga en pos de mí, no puede ser mi discípulo* (Lc 14, 26-27).

Es quizá ésta una de las enseñanzas más fuertes, y también de las más hermosas, del Evangelio. Es la clave para distinguir a los verdaderos seguidores de Jesús. Los que se han encontrado frente a este “absoluto” del Reino, tan exigente y comprometedor, y se han decidido a comprar la perla y a buscar el escondido tesoro, no lo han hecho sin lágrimas nunca, y acaso sin sangre, pero el rostro de su alma ha ido bañándose poco a poco en una luz divina que el mundo sólo puede conocer a través de ellos. Para éstos, los verdaderos héroes, aunque esta palabra les causa hastío por estar tan profanada, no hay turbaciones de ningún Concilio Vaticano II, no hay Iglesia atrasada y anacrónica, no hay alienaciones deformantes en la práctica de la virtud. Están por encima de los concilios, ¡cuánto más por encima de la algarabía y el reformismo de los posconcilios!

El reino de Dios penetra en el corazón humano, se enraíza en él como la semilla depositada en la tierra y como ella crece y se desarrolla. Está en el corazón en un continuo devenir hasta colmar la posibilidad de nuestra realización. No es un reino abstracto, vive en la “vida” de los hombres, en su inteligencia, en sus amores, en sus trabajos: vive y fecundiza con esta vida nuevas ramas. Sabremos en qué medida reina Dios en nuestro corazón según sea la medida de sus exigencias reales en nuestra vida cotidiana; en la medida en que tengamos conciencia de Él, en la medida en que nuestras formas de actuar y pensar estén conformes con Él.

Lo hemos oído muchas veces y teóricamente lo sabemos. Son dos programas de felicidad muy distintos los que nos dictan Cristo y nuestra prudencia humana. Para el mundo, en el sentido en que hablaba de él el viernes pasado, es feliz el que nada en la abundancia, en el dinero, en el placer, el poderoso, el que triunfa, el que domina, el que se impone, el que no sufre, el que no tiene dolor.

En el reino de Dios serán bienaventurados los sencillos, los que reconocen su limitación, los que por su pobreza se colocan en actitud de humildad y dependencia del Padre, los que vencen por el silencio interior, por la bondad y misericordia de su corazón, los que tienen hambre y sed de justicia –justicia que sólo puede ser “plenitud y justicia” cuando está cimentada en la caridad–, y los que padecen persecución a causa de esa misma justicia; es decir, son bienaventurados aquellos hombres y mujeres que tienen pureza interior y paz.

Ésos son los verdaderamente fuertes, porque su mirada, reflejo de su corazón, es limpia, y porque luchar para fundar y vivir una paz verdadera es mucho más difícil y arriesgado que desencadenar una guerra, una controversia, un conflicto de intereses que pueden separar hasta el odio, el rencor y la venganza.

Cristo habla de la actitud personal, la que hemos de tener cada uno de nosotros. Es fácil exigir y condenar a los demás; lo propio de la responsabilidad y cualidad humano-cristiana es exigirse a sí mismo y ser misericordioso con los demás. Los que viven en esa bienaventuranza evangélica poseen una fuerza profunda, interior, liberadora y vencedora que se va adueñando de ellos, y suyo será el reino de los cielos, poseerán la tierra, serán consolados, alcanzarán su plenitud, la misericordia, verán a Dios y serán hijos suyos.

El Dios que Cristo revela es: Padre, Hijo y Espíritu Santo

Nos lo ha manifestado el Señor: Dios es amor, relación; Dios es Padre, Hijo y Espíritu de bondad, de santidad, de verdad y de vida. Todo amor, toda relación de Dios hacia nosotros es hija de la vida trinitaria. *En esto consiste el amor; no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo* (1 Jn 4, 10). El que ama conoce a Dios porque Dios es amor y *quien no ama, no ha conocido a Dios, porque Dios es amor* (1 Jn 4, 8).

Nuestro Señor Jesucristo, el Señor de nuestra historia personal, nos ha revelado el inmenso gozo que sobre inunda y sobrepasa todo gozo: la comunicación de la vida íntima de Dios que estamos llamados a gozar y a vivir. Dios no es un Dios solitario; es comunión vital en el conocimiento y en el amor. Cristo nos ha revelado su relación con el Padre: se conocen, se aman. En su existencia terrena el Verbo enriqueció la naturaleza humana haciendo siempre lo que era del agrado del Padre. Esta vida de amor y conocimiento es la que nos viene a dar: *Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros... Conságralos en la verdad... Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros..., yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que yo les he amado a ellos como tú me has amado a mí. Padre, quiero que donde yo esté estén también conmigo... Yo les he dado a conocer tu Nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos* (Jn 17, 11-26).

El espíritu de Dios crea y renueva la faz de la tierra, es el Espíritu que mueve e impulsa a Cristo. Él realiza la obra de la encarnación y consagra al enviado del Padre: *Bautizado también Jesús y puesto en oración, se abrió el cielo, y bajó sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma; y vino una voz del cielo: Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco* (Lc 3, 21-22). Vive en Él y le orienta; *Jesús, lleno del Espíritu Santo, se volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto* (Lc 4, 1). Este mismo Espíritu, el propio Espíritu del Padre y del Hijo es el que Cristo promete: *Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa* (Jn 16, 13). La Iglesia, nace del Espíritu de Dios y Él la conduce. *Él convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio* (Jn 15, 8).

La Trinidad, el gran misterio de la vida íntima de Dios, no sólo se revela a los hombres, sino que se les da y comunica. El cristiano es el que vive en el amor de Dios y en esa misma fuente alimenta su amor a los demás.

He insistido muchas veces en este punto: el amor cristiano. Es cierto, todos estamos convencidos de que sólo nos salvará el amor, de que sólo crecemos en el amor, de que el amor es la vida y respiración del hombre. Pero el amor que realiza, el amor que salva, el amor que llega a las últimas consecuencias es el amor que nace de Dios y acaba en Dios, el que nace y brota de la única fuente que existe: la vida misma de Dios. El más grande tesoro del cristiano es la caridad. Todas las demás manifestaciones humanas, todas las demás relaciones, todas las filantropías, todos los demás servicios y ayudas son facetas más o menos ricas de la plenitud que es la caridad cristiana. Sólo el amor cristiano lleva a los hombres al total perdón, a la comprensión de unos con otros, a la fidelidad, al encuentro más allá de los intereses personales o de la sociedad en que se vive, más allá de los intereses del partido o de los programas del momento. La caridad cristiana conduce a los hombres a su dimensión más profunda y radical, a quererlos para la salvación, a morir por su redención, a dar la vida para que renazca en ellos la vida de siempre.

El amor cristiano es real, se traduce diariamente en la relación y actitud de unos con otros. Es acogida, respeto a la persona, ayuda, servicio, perdón y comprensión, humildad y admiración. El amor cristiano siempre cree y espera en el prójimo, *todo lo espera, todo lo cree, todo lo soporta* (1Cor 4, 7).

Niños que pedís amor en vuestra mirada, y que hacéis que muchas veces bajemos la vista avergonzados ante el mundo que ofrecemos a vuestros ojos abiertos con una inmensidad que conmueve; jóvenes que llenos de ideales ricos queréis el amor por encima de todos los convencionalismos y limitaciones materialistas; hombres y mujeres maduros que necesitáis del amor para vivir y llenar vuestra misión; ancianos que dais una constante lección y testimonio al mundo de lo que el amor pudo hacer en vosotros. ¿No es cierto que por encima y más allá de todos los amores conocidos, experimentáis la necesidad de un amor nuevo que no pueda morir? No bastan las ideologías, ni las experiencias vitales. Sólo el amor que Cristo quiso que nos tuviéramos nos sacia y nos calma. *Si alguno tiene sed, venga a mí y beba el que crea en mí* (Jn 7, 37).

El amor es el que nos juzgará, sí, y también el que nos juzga diariamente. No nos juzga la actitud externa, el saber, el poder, las cualidades humanas; en el fondo esto es muy cierto: nos “juzga” el amor. Y nos sentimos juzgados, separados de los demás, egoístas, poco limpios, no leales, no nobles, malos, en una palabra, porque no amamos o cuando no amamos con las exigencias del verdadero y único amor.

LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS Y DE LOS HOMBRES

Conferencia pronunciada el 19 de marzo de 1971, viernes de la tercera semana de Cuaresma.

Después de haberos hablado sobre las enseñanzas del Señor, me corresponde hacerlo hoy sobre un tema muy querido y muy grato al corazón de todo cristiano, el de la santísima Virgen María, Madre de Dios y de los hombres. Ésta es también una enseñanza del Señor, del Evangelio, de la Tradición de la Iglesia católica.

Y me alegro de poder hacerlo hoy, el día en que celebramos la festividad litúrgica de San José, el esposo santo de María.

Al hablar de la Santísima Virgen, experimento una mezcla de confiada y humilde piedad filial y de sagrado respeto y veneración que me invita a callar y contemplar.

El misterio de María

El misterio de María es un buen índice para medir y valorar el proceso de la fe en un alma cristiana. A medida que se avanza en el deseo de comprender y vivir más y más el Evangelio, se advierte mejor el valor espiritual y la singularidad de esta figura incomparable: María de Nazaret.

¿Queréis que sea la Biblia la que nos hable? He aquí lo que nos dice:

Mi alma engrandece al Señor y exulta de júbilo mi espíritu en Dios, mi Salvador, porque ha mirado la humildad de su sierva; por eso todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mí maravillas el Poderoso, cuyo nombre es Santo. Su misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen. Desplegó el poder de su brazo y dispersó a los que se engríen con los pensamientos de su corazón. Derribó a los potentados de sus tronos y ensalzó a los humildes. A los hambrientos los llenó de bienes, y a los ricos los despidió vacíos. Acogió a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia. Según lo que había prometido a nuestros padres, a Abraham y a su descendencia para siempre (Lc 1, 46-55).

Son las palabras del Magnificat, que pronunció María movida por el Espíritu de Dios. La que es ejemplo de humildad sin igual, se atrevió a decir de sí misma algo que sobrepasa todos los cálculos: *Me llamarán bienaventurada todas las generaciones.*

¿Deseáis escuchar la enseñanza solemne de la Iglesia? Es constante, repetida, caudalosa, llena de exactitud y de belleza. Leo un breve fragmento de la Constitución *Lumen Gentium*, del Vaticano II.

“Efectivamente, la Virgen María, que al anuncio del ángel recibió al Verbo de Dios en su alma y en su cuerpo y dio la Vida al mundo, es reconocida y venerada

como verdadera Madre de Dios y del Redentor. Redimida de modo eminente, en previsión de los méritos de su Hijo, y unida a Él con un vínculo estrecho e indisoluble, está enriquecida con la suma prerrogativa y dignidad de ser la Madre de Dios Hijo, y por eso hija predilecta del Padre y sagrario del Espíritu Santo; con el don de una gracia tan extraordinaria aventaja con creces a todas las criaturas, celestiales y terrenas. Pero a la vez está unida, en la estirpe de Adán, con todos los hombres que necesitan de la salvación; y no sólo eso, 'sino que es verdadera madre de los miembros (de Cristo) ... por haber cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles, que son miembros de aquella Cabeza' (San Agustín, *De sacra virginitate*, 6: PL 40, 399). Por ese motivo es también proclamada como miembro excelentísimo y enteramente singular de la Iglesia y como tipo y ejemplar acabadísimo de la misma en la fe y en la caridad, y a quien la Iglesia católica, instruida por el Espíritu Santo, venera, como a Madre amantísima, con afecto de piedad filial" (LG 53).

"La Santísima Virgen, predestinada desde la eternidad como Madre de Dios juntamente con la encarnación del Verbo, por disposición de la divina Providencia, fue en la tierra la Madre excelsa del divino Redentor, compañera singularmente generosa entre las demás criaturas y humilde esclava del Señor. Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo, padeciendo con su Hijo cuando moría en la cruz, cooperó de forma enteramente impar a la obra del Salvador con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas. Por eso es nuestra madre en el orden de la gracia" (LG 61).

"Esta maternidad de María en la economía de la gracia perdura sin cesar desde el momento del asentimiento que prestó fielmente en la Anunciación, y que mantuvo sin vacilar al pie de la cruz hasta la consumación perpetua de todos los elegidos. Pues asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. Con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada. Por este motivo, la Santísima Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora. Lo cual, sin embargo, ha de entenderse de tal manera que no reste ni añada nada a la dignidad y eficacia de Cristo, único Mediador".

"Jamás podrá compararse criatura alguna con el Verbo encarnado y Redentor; pero, así como el sacerdocio de Cristo es participado tanto por los ministros sagrados cuanto por el pueblo fiel de formas diversas, y como la bondad de Dios se difunde de distintas maneras sobre las criaturas, así también la mediación única del Redentor no excluye, sino que suscita en las criaturas diversas clases de cooperación, participada de la única fuente".

"La Iglesia no duda en confesar esta función subordinada de María, la experimenta continuamente y la recomienda a la piedad de los fieles, para que, apoyados en esta protección maternal, se unan con mayor intimidad al Mediador y Salvador" (LG 62).

¿Queréis más bien apreciar lo que cree y siente el pueblo cristiano sencillo y creyente? Dejadle hablar, o, mejor dicho, hablad vosotros mismos, y vuestros labios recitarán en seguida un saludo y una plegaria que por primera vez la tierra

escucha a un ángel del cielo, y ya no se ha interrumpido nunca –Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, ¡bendita tú entre todas las mujeres...!

Una persona humana en la historia de la salvación: María, la “Madre”

Ya hemos reflexionado sobre ello: nuestra historia es historia de salvación, porque Dios ha entrado en ella y se ha manifestado como Salvador y Redentor. En esta historia nuestra, porque Dios lo ha querido, hay una figura neta y totalmente humana, una mujer, María, *desposada con un hombre llamado José* (Lc 1, 27). Ella es, en esta divina y humana historia, la *Madre*. *¿De dónde le viene esto? ¿Y qué sabiduría es ésta que le ha sido dada? ¿Y estos milagros por sus manos? ¿No es éste el carpintero, el hijo de María?* (Mc 6, 2-3).

La madre, nuestra madre, la de cada uno de nosotros que nos trajo al mundo, está constitutivamente abierta al misterio de la vida que en ella misma se opera. Todos sabemos por experiencia o por añoranza, el caudal de sacrificio, de trabajo, de desvelo, de amor, de una madre, palabra que apenas pronunciada suscita los sentimientos más nobles, y no admite calificativos porque por sí misma es la luz, fuente, término inalcanzable de las más hermosas comparaciones.

María es la madre del Señor: *vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús* (Lc 1, 3). El centro del cristianismo no puede ser otro que el misterio de Cristo. Todo lo que se diga de María será en función de ese misterio. Ella es la Madre del Salvador prefigurada y anunciada: *Pongo perpetua enemistad entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañar* (Gn 3, 15).

Jesús es inseparable de la mujer de la que ha querido nacer: *Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva* (Gal 4, 4-6). *¿Cómo será la apertura de la madre del Hijo de Dios al misterio de la vida y de la vida que llevó en su seno? ¿Cómo será su sacrificio, su trabajo, su desvelo, su amor? ¿Cómo será la madre cuya carne y cuya sangre lleva el Hijo de Dios? ¿Como será la “madre” del que es Salvación y Redención y vino a ser el Primogénito?*

María es la “madre” de los hombres renovados ya según Dios *en justicia y santidad verdaderas* (Ef 4, 24), para los que Cristo, el hijo de María, vino a sernos *de parte de Dios, sabiduría, justicia, santificación y redención* (1Cor 1, 30). Cristo, nos ha dicho San Pablo y acabamos de recordar ese texto de su carta a los Gálatas, se hizo hijo de mujer para que recibiéramos la filiación adoptiva de hijos de Dios. Todos en Cristo, hijo de María, hemos pasado de esclavos a hijos, herederos de Dios: *Ya no eres esclavo sino hijo, y si hijo, también heredero por voluntad de Dios* (Gal 4, 7).

María es la madre del único Cristo que ha habido en la tierra, nuestro Salvador y Redentor. No está dividido Cristo (1Cor 1, 3); Él quiso formar un cuerpo místico con nosotros, *que siendo muchos no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, siendo cada uno por su parte, los unos miembros de los otros* (Rm 12, 5). María, miembro a su vez del cuerpo místico, es en él “la madre” por voluntad

divina, porque el Espíritu Santo descendió sobre ella y la vivificó en su papel maternal. Todos hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para constituir un solo Cuerpo, hijos de Dios, coherederos de Cristo. El Espíritu que por Cristo grita en nosotros “Padre” y que nos permite orar diciendo “Padre nuestro”, ¿no nos autoriza como a hermanos de Cristo a llamar “Madre” a María? ¿Nos da su herencia divina, y nos negará la madre que tomó de nuestra tierra, de nuestro mismo linaje y de nuestra misma carne y sangre?

Jesús... dice a su madre: *Mujer, ahí tienes a tu hijo*. Luego dice al discípulo: *Ahí tienes a tu madre* (Jn 19, 26-27). Y desde aquella hora la humanidad cristiana la acogió por madre. Con ella y como ella tenemos que perseverar en los momentos gozosos de la vida. *Y dio a luz a su hijo primogénito... Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace* (Lc 2, 43-35). *Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena* (Jn 19, 25). Y también con ella y como ella sabremos de la gloria del Señor: *Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador, porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava; por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso* (Lc 1, 46-49).

María es la Madre de Dios y de los hombres, y como madre, con la preocupación, con la intuición y con la hondura que sólo ellas poseen, dice a quien todo lo puede: *Hijo, no tienen vino* (Jn 2, 3) y a nosotros, los hermanos menores del Primogénito: *Hijos: Haced lo que Él os diga* (Jn 2, 5).

Fe, esperanza y caridad, vida del cristiano

La vida cristiana sólo puede definirse por lo que es: *una vida*, no unas normas, no unas obras, no unos valores, no unas acciones virtuosas, que evidentemente han de ser consecuencia de esa vida, la cual no existiría sin las obras. *En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios* (Jn 3, 5). Los seres vivos manifiestan la intensidad del principio vital que los constituyen y expresan su vitalidad; nosotros lo captamos sensiblemente. Todo lo que tiene vida pone de manifiesto: funciones, actos, realizaciones, operaciones. Su expresividad está en relación con toda una estructuración dinámica sana o perturbada: vitalidad de los árboles que estallan en brotes, animales heridos, flores marchitas. La vida tiene un cauce, unos organismos, unas normas. Precisamente para que pueda desarrollarse.

Nadie que conozca el cristianismo, duda de que la vitalidad de un cristiano se expresa en su fe, esperanza y caridad, en los actos concretos de estas tres virtudes básicas y radicalmente esenciales y estructurales en la existencia cotidiana de un cristiano.

Cada día el cristiano tiene que iluminar el mundo con la luz de su fe en Cristo. Esta fe es la que ayuda a realizar lo humano del hombre por encima de la pura exigencia de su condición natural, ya que ser cristiano no se reduce a ser hombre. Supone algo más, no extrínsecamente yuxtapuesto, sino vitalmente incorporado a las potencias interiores del espíritu. Es el modo ofrecido por Dios, es la filiación adoptiva, es el “hombre nuevo”; *despojaos del hombre viejo con*

sus obras, y revestíos del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador (Col 3, 9-10). A los cristianos se les exige vivir según Cristo: Renovar el espíritu de vuestra mente, y revestiros del Hombre Nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad (Ef 4, 23-24).

Se produce una nueva regeneración en el Espíritu Santo que lleva a la progresiva formación de Cristo en el cristiano. *Y vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que llevo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí (Gal 2, 20).*

En nuestra vida cotidiana prácticamente no hay distinción entre la fe y la esperanza: *la fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven (Hb 11, 1). Corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijamos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma la fe, el cual, en lugar del gozo que se le proponía, soportó la cruz sin miedo a la ignominia, y está sentado a la diestra del trono de Dios. Fijaos en aquel que soportó tal contradicción de parte de los pecadores, para que no desfallezcáis faltos de ánimo. No habéis resistido todavía hasta llegar a la sangre en vuestra lucha contra el pecado (Hb 12, 1-4).* Realmente al creer, esperamos; y esperamos porque creemos. Los hombres no podemos vivir sin esperanza. Somos un continuo proyecto en cuanto a la realización de nosotros mismos y en cuanto a la acción exterior a nosotros. Es precisamente esta dimensión radical de nuestra vida la que nos da a sentir el peso de la responsabilidad de los quehaceres, de las realizaciones, y de las tareas a las que nos sentimos llamados. Nuestro corazón está inquieto y no descansará hasta que se encuentre en Dios. Éste es el último sentido y término de la esperanza cristiana. *Ahora vemos en un espejo, confusamente. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo imperfecto, pero entonces conoceré como soy conocido. Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas es la caridad (1Cor 13, 12-13). Ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es. Todo el que tiene esta esperanza en Él se purifica a sí mismo, como él es puro (1Jn 3, 2-3).*

Nuestro amor “en el tiempo”, mientras vivimos de la fe, sólo puede ser “amor en la esperanza”. Ya somos hijos de Dios, nos acaba de decir San Juan, el Espíritu Santo habita en nosotros. Podemos amar, pero aún no en plenitud, caminamos hacia ella. El amor es lo definitivo. *Buscad la caridad (1Cor 14, 1).* Todos los fieles estamos llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor (cf. LG 40). La fe, la esperanza y la caridad son los tres grandes caminos ejes en los que consiste formalmente, vitalmente, existencialmente la vida cristiana. No se puede llegar a la caridad sin creer y esperar en Cristo. Creer, esperar y amar eso es vivir para el cristiano, eso es dejarse penetrar el ser de la vida de Cristo que dice el apóstol Pablo: *Si permanece en vosotros lo que habéis oído desde el principio, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre, y ésta es la promesa que él mismo os hizo: la vida eterna (1Jn 2, 24-25).*

El modelo perfecto de la fe, de la esperanza y de la caridad de la Iglesia es María

En Cristo no se daban la fe y esperanza, porque era ya desde toda la eternidad el Verbo, y desde su encarnación en el mundo el amor de Dios manifestado a los hombres. En Cristo la naturaleza humana cumplió siempre la voluntad de Dios, amó y se entregó con la plenitud del misterio que nos inunda y embarga y nos hace caer de rodillas en oración. *Y la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y verdad* (Jn 1, 14).

Pero en María, sí. *He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra* (Lc 1, 38). María, la primera cristiana que creyó en el misterio de Cristo, se entrega y abandona a la voluntad de Dios en quien espera. Se pone, con su vida entera, a disposición de la Redención y Salvación de los hombres. *Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre* (Mc 3, 35). Lo hemos pensado muchas veces, seguramente nos ha servido de tema de oración: la sencillez y sobriedad de las apariciones de María en el Evangelio. Cuando se la necesita, cuando su misión de madre le hace estar. La actitud de todo cristiano, adoptado por Dios como hijo, coheredero de Cristo –permítidme que lo vuelva a repetir–, elevado a vivir el misterio de amor, que es el misterio de Cristo, ha de ser una imitación de la actitud de María: aceptación humilde de la misión y voluntad divina con la fe, la esperanza y el amor. *¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!* (Lc 1, 45).

Os decía el viernes pasado que Dios reina en nuestro corazón en la medida de sus exigencias: ¡las de la fe, la esperanza y la caridad! También a María le fueron exigidas actitudes heroicas.

Al meditar en la Virgen María, nos damos cuenta de que estamos en presencia de una grandeza religiosa sin límites. En María no hay nada fingido, ni exagerado, ni superficial.

Todo en ella es piedad, ternura, amor, fe y fortaleza llevadas a su máxima expresión, obediencia esplendorosa a la voluntad del Padre, libre ascensión de un destino al que es movida en beneficio de los hombres de todos los tiempos.

El cristiano educado en la Iglesia une sus alabanzas de hoy con las que en todos los siglos se han ofrecido a María, vuelca en ella su amor, acude a su intercesión, y a la vez que la siente tan próxima y cercana, advierte una grandeza a la que no puede llegar.

Es la mujer santa en que se concentra lo más puro de la humanidad de todos los tiempos que ansia a Dios en su corazón. Ha sido voluntad de Dios que sea así.

Y es Él quien ha querido que María Santísima tenga una presencia activa y operante sobre el corazón y el alma de los fieles, y por eso no habrá comunidad cristiana auténtica mientras ella no aparezca en el lugar que le corresponde: María Santísima alabada, amada, reconocida, suplicada e imitada.

Desde el principio el pueblo cristiano lo entendió así y creyó que la Virgen María es la Madre del Señor y Madre de los hombres.

María es además la encarnación viva de la oración de la Iglesia, y en unión con ella perseveraban en oración los Apóstoles y los discípulos primeros (cf. Hch 1, 14). La Iglesia no puede vivir sin oración. Precisamente porque es una Iglesia que peregrina hacia Dios, ha de estar permanentemente en una actitud de elevación, de súplica, de adoración y contemplación de Dios a través de los velos de este mundo.

La Iglesia en el mundo es como Cristo en el tiempo, que viviendo entre los hombres buscaba sin cesar la comunicación con el Padre. Tiene que haber siempre en la Iglesia al menos una porción selecta de sus hijos que, a imitación de nuestra Señora, sigan este ejemplo de Jesús. Son los contemplativos, las almas orantes, lo más delicado del Cuerpo Místico, los que frente a los olvidos y miserias en que incurrimos los más, guardan todas estas cosas en su corazón y viven una vida de fe, obediente, sumisa, callada, adoradora, activa, pura, fuerte y humilde. Aunque la Iglesia quedara reducida a muy pocas personas en la tierra, no faltaría nunca en ella la oración de algunos, que siguiendo los pasos de María, la Madre, mantendrían el ejemplo vivo de la unión con Dios en el aspecto más noble, para demostrar así que el cristianismo no se reduce a una ética o un código moral, sino que es comunicación de vida divina a los hombres, unión mística, adoración, contemplación silenciosa, súplica de gracias necesarias para la totalidad del pueblo cristiano y aun para la humanidad que no conoce a Jesucristo.

La oración en la Iglesia es y será ineludible, forma parte de su misterio y de su vida, y la Virgen Santísima desde los albores del cristianismo es y será siempre el modelo del pueblo cristiano en esta actitud fundamental. Se comprende muy bien, frente a tantos desconciertos y errores del momento actual, que el reciente nombrado obispo de Rotterdam, a quien han hecho tanta oposición contestataria diversos grupos de Holanda, haya dicho: Lo que se necesita es una Iglesia que hable menos y que rece más.

No puedo silenciar un nombre que, seguramente habéis estado esperando que pronunciara, el del hombre que mereció la dicha de tener a María por esposa: José. Verdaderamente es maravillosa su rectitud y su sobriedad. En el Nuevo Testamento todo está en función de la Redención y Salvación de los hombres, del misterio de Cristo. José aparece en el momento necesario. Sinceramente, no nos es difícil pensar en la talla interior de este hombre. El hombre a quien Cristo ante los ojos de todos sus contemporáneos llamó “padre”; el hombre que les ganó –a María y a Jesús– el pan, con el sudor de su frente, con la fuerza de sus manos, con la honradez de su trabajo. ¡La familia de Nazaret! No es un sentimentalismo, es la vida real y dura de una familia que sintió como ninguna en su misma constitución las exigencias de la fe, de la esperanza y de la caridad cristiana. Se nos dio la felicidad que a ellos les crucificó. Sirvieron a todos, no habían venido ninguno de los tres a ser servidos, sino a servir. Estuvieron en función de todos los hombres. Su historia la vivieron para que nosotros fuéramos salvados, y nuestra historia fuera “historia de salvación”.

Quiero terminar recitando esta oración a nuestra Señora, compuesta por uno de los más ilustres teólogos modernos.

Oración a nuestra Señora

“Virgen santa, verdadera madre del Verbo eterno, que has venido a nuestra carne y nuestro destino; mujer que has concebido en la fe y en tu seno bendito la salvación de todos nosotros; madre, pues, de todos los redimidos, siempre viviente en la vida de Dios, cercana a nosotros, pues los unidos a Dios son los que nos están más próximos.

Con agradecimiento de redimidos alabamos la eterna misericordia de Dios que te ha redimido. Cuando comenzaste a existir, ya te había prevenido la gracia santificante y esa gracia que no tuvo en ti que arrepentirse, ya no te ha dejado de la mano. Tú has seguido el camino de todos los hijos de esta tierra, los estrechos senderos que parecen serpentear sin sentido fijo a través del tiempo, caminos de vulgaridad y de dolores hasta la muerte. Pero caminos de Dios, senderos de la fe y del incondicional *hágase en mí según tu palabra*.

Y en un momento que ya no se borrará de la historia, sino que permanece por toda la eternidad, tu palabra fue la palabra de la humanidad y tu sí se convirtió en el amén de toda la creación al sí decidido de Dios; y tú concebiste en la fe y en tu seno al que es al mismo tiempo Dios y hombre, creador y criatura, felicidad inmutable y que no conoce cambio y destino amargo, consagrado a la muerte, destino de esta tierra, Jesucristo, nuestro Señor.

Por nuestra salvación has dicho el sí; por nosotros has pronunciado tu *hágase*; como mujer de nuestra raza has acogido para nosotros y cobijado en tu seno y en tu amor a aquél en cuyo solo nombre hay salvación en el cielo y en la tierra. Tu sí ha permanecido siempre y ya nunca ha vuelto atrás. Ni aun cuando se hizo patente en la historia de la vida y de la muerte de tu Hijo quién era en realidad aquél a quien tú habías concebido; el Cordero de Dios, que tomó sobre sí los pecados del mundo, el Hijo del hombre a quien el odio contra Dios de nuestra generación pecadora clavó en la cruz, y siendo luz del mundo, arrojó a las tinieblas de la muerte que era nuestro propio y merecido destino.

De ti, Virgen santa, que como segunda Eva y madre de los vivientes estabas de pie bajo la cruz del Salvador –árbol verdadero de vida– se mantenía en pie la humanidad redimida, la Iglesia, bajo la cruz del mundo, y allí concebía el fruto de la redención y de la salvación eterna.

He aquí reunida, Virgen y Madre, esta comunidad de redimidos y bautizados; aquí precisamente, en esta comunidad, en donde se hace visible y palpable la comunidad de todos los santos, imploramos tu intercesión. Pues la comunión de los santos comprende a los de la tierra y a los del cielo, y en

ella nadie vive solo para sí. Ni siquiera tú. Por eso ruegas por todos los que en esta comunión están unidos a ti como hermanos y hermanas en la redención. Y por eso mismo confiamos e imploramos tu poderosa intercesión, que no niegas ni aun a los que no te conocen. Pide para nosotros la gracia de ser verdaderamente cristianos: redimidos y bautizados, sumergidos cada vez más en la vida y en la muerte de nuestro Señor, viviendo en la Iglesia y en su Espíritu, adoradores de Dios en espíritu y en verdad, testigos de la salvación por toda nuestra vida y en todas las situaciones, hombres que pura y disciplinadamente, y buscando sinceramente la verdad en todo, configuran su vida con valentía y humildad, vida que es una vocación santa, una llamada santa de Dios. Pide que seamos hijos de Dios que, según la palabra del Apóstol, han de lucir como estrellas en el seno de una generación corrompida y depravada (Fil 2, 15), alegres y confiados, edificando sobre el Señor de todos los tiempos, hoy y siempre.

Nos consagramos a ti, santa Virgen y Madre, porque ya te estamos consagrados. Como no estamos solamente fundamentados sobre la piedra angular, Jesucristo, sino también sobre los Apóstoles y los Profetas, así también nuestras vidas y nuestra salvación dependen permanentemente de tu sí, de tu fe y del fruto de tus entrañas. Así pues, al decir que queremos consagrarnos a ti, no hacemos más que reconocer nuestra voluntad de acoger en espíritu, de corazón y de hecho, en toda la realidad del hombre interior y exterior, lo que ya somos. Con una consagración semejante intentamos sólo acercarnos en la historia de nuestra vida a la historia de la salvación que Dios ha efectuado y en la que ya ha dispuesto de nosotros. Nos llegamos a ti, porque en ti sucedió nuestra salvación y tú la concebiste.

Ya que estamos consagrados y nos consagramos a ti, muéstranos a Aquél que ha sido consagrado en tu gracia, Jesús, el bendito fruto de tus entrañas; muéstranos a Jesús, el Señor y Salvador, la luz de la verdad y advenimiento de Dios a nuestro tiempo; muéstranos a Jesús que ha padecido verdaderamente y verdaderamente ha resucitado, Hijo del Padre e hijo de la tierra, porque es tu Hijo; muéstranos a aquél en quien realmente somos liberados de las fuerzas y potencias que todavía vagan bajo el cielo, liberados aun cuando el hombre de la tierra les permanezca sumiso; muéstranos a Jesús ayer, hoy y por la eternidad. Dios te salve, María, llena eres de gracia... Amén"¹.

¹ KARL RAHNER, *María, Madre del Señor*, Barcelona, 1967, 139-143.

LA FE DE HOY Y DE MAÑANA

Conferencia pronunciada el 26 de marzo de 1971, viernes de la cuarta semana de Cuaresma.

Dentro de los temas que vengo exponiendo en estos viernes de Cuaresma, me pareció que no podía faltar uno cuya actualidad es evidente. Hemos hablado: primero, de Jesucristo, afirmación de Dios; segundo, de la salvación que ofrece el mundo y de la salvación de Dios; tercero, de la religión cristiana y los humanismos; cuarto, de las enseñanzas del Señor, y quinto, de la Virgen María, Madre de Dios y de los hombres.

En una palabra, del misterio del hombre y de Dios, centrándolo sobre Jesucristo, como salvador, y con la referencia expresa a la que Él nos ha ofrecido como modelo, como Madre y como auxilio dentro de la Iglesia para alcanzar la salvación.

Bien. Pero de todo esto, ¿qué quedará? ¿Cuál será la fe de mañana? ¿No estamos asistiendo hoy a muchos cambios que impiden asegurar todo certeza en cuanto al porvenir?

¿Cuál será el futuro de esta religión de Cristo, no ya en cuanto a su supervivencia, sino en cuanto a su contenido? Se nos habla de una nueva conciencia religiosa, de un nuevo modo de ser cristiano, de unas nuevas dimensiones y actitudes de la creencia; en fin, se habla de una nueva fe. ¿Qué podemos decir sobre ello? Confieso que entro en el tema, no porque me agrada, sino precisamente porque me duele y me preocupa hondamente la frivolidad con que se habla de algo tan serio y delicado.

Afirmaciones básicas

1ª. El único que pudo hablar un día de la fe de hoy y de mañana, fue Jesucristo. Él sí que conocía el mañana de la religión que fundaba sobre la tierra. Él atravesaba la historia. Y además Él es el que señaló el contenido de la fe. Este contenido no puede ser modificado.

2ª. La Iglesia transmite este depósito y en tanto es Iglesia de Jesús, en cuanto es fiel en la transmisión del mismo. *Id y enseñad todo lo que yo os he mandado* (Mt 28, 20), no otra cosa. Y tan seguro está Jesús de que lo que Él ha enseñado es lo que ha de permanecer, que dice *El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán* y es que Él, Él mismo es la verdad.

La Iglesia, con la fuerza viva de la Tradición apostólica, y amparada en la luz de su Magisterio, expone esas verdades, las ilumina, les da vueltas para contemplarlas, extrae de ellas nuevas riquezas que podían estar ocultas, nada más. Lo que es dogma de fe hoy, lo será mañana. Y lo que pueda serlo mañana es porque es una verdad de siempre, más o menos conocida reflejamente como tal. La conciencia de la Iglesia es un organismo vivo, no muerto y sucede en ella lo que en todos los organismos que tienen vida. Su movimiento es variado y en

todas las direcciones, y unas veces se ilumina más una parte de su rostro que otras. Pero el rostro es el mismo.

3ª Es muy poco digno jugar a adivinar el futuro. En la religión de Cristo, en la fe, no caben adivinanzas. Se podrá pensar en la extensión geográfica de esa fe, en las formas de vivirla, en las costumbres mejores o peores de los cristianos, en muchos aspectos accidentales. Esto es otra cuestión. Pero querer presentar para el futuro la perspectiva de una fe distinta esencialmente de la de hoy y de la de ayer, sería no sólo un desatino, sino la mayor herejía de la historia, porque las comprendería a todas juntas.

Escuchad las sabias palabras de un gran teólogo moderno: «En la hora actual de la Iglesia, hora que debía ser de esperanzas y esfuerzos de renovación espiritual, no pocos cristianos parecen haber perdido su seguridad, su voz alegre y su tono optimista. Sus expresiones se han hecho hoscas. Su palabra es de pesimismo y de crítica; muchas de sus convicciones se tambalean. Dudan quizá de algunas verdades de su fe, al menos tal y como les han sido transmitidas. Y mucho más inseguros aparecen con respecto a las doctrinas enseñadas oficialmente por la Iglesia cuando éstas no traen consigo la garantía suprema de la infalibilidad.

«Paradójicamente, quizá como sustitutivo de una alegría perdida, tales hombres dan la impresión de pertenecer a una nueva época. Se trata, sin duda, de una época que se está gestando, que se anuncia en el futuro, y que no es aún realidad. Pero ellos están dispuestos a jugarse el presente por el futuro. Quieren ser ya hoy los cristianos del año 2000, aunque aún distemos una treintena de años de esta fecha, y ninguno de ellos, por muy joven que sea, puede tener la seguridad de que su vida vaya a extenderse hasta entonces.

«A ese futuro se sacrifica todo, se cree en él firmemente, se le describe en una literatura, impresionante por su número, que es esencialmente futurología. En ella se dibuja con seguridad desconcertante la imagen del sacerdote del mañana o de la Iglesia del mañana. Pero ¿es posible la futurología sin espíritu de profecía? ¿Quién ha garantizado la realidad del proyecto? ¿Y si el futuro, así descrito, fuera utópico?

«Los hombres que miran fijamente, obsesivamente hacia adelante, no pueden mirar atrás. Tales cristianos no sienten el pasado que ha forjado el presente. Se sienten insolidarios de la historia anterior. Si aluden a ella, la presentarán con colores sombríos. Parecen creer que todo fue mal, hasta la llegada de su propia generación privilegiada. Son ellos los que han redescubierto el verdadero cristianismo.

«Temo muy seriamente que los hombres del siglo XXI sonrían compasivamente de la petulancia de nuestra generación, porque, en el fondo, la inseguridad con respecto a lo recibido implica que se es colosalmente autosuficiente en valorar la propia capacidad creadora. Por otra parte, la Iglesia es un organismo vivo. Ciertamente los seres vivos, si no quieren morir, han de

moverse hacia el futuro, pero no sin asimilar antes seriamente su pasado, porque el futuro mismo de una vida gravita sobre el pasado y está condicionado por él»¹.

Prudentes y luminosas reflexiones que debieran ser meditadas por todos.

La Iglesia no puede cambiar lo que Jesús enseñó, y si se esfuerza por buscar una presentación de la verdad que guarda, más acomodada a las categorías mentales del hombre moderno, ha de hacerlo cuidando de conservar el mismo sentido. Podrá haber cambios accidentales y secundarios en torno al modo de vivir y expresar nuestras creencias, en las relaciones entre obispos, sacerdotes y fieles, en la proclamación de las exigencias sociales, en la vida litúrgica, etc., pero jamás en el contenido de la fe, ni por alteración, ni por silencio.

Hoy y mañana: “creemos y sabemos que Tú eres el Santo de Dios”

La ciencia, la técnica y el progreso nos causan admiración. Cuanto más se avanza más se adquiere conciencia de “grandeza y de inmensidad”. Filósofos y pensadores de nuestra época, metidos de lleno en la existencia humana, en una antropología muchas veces metafísica, hablan en unos términos o en otros para darle un sentido positivo o negativo, es decir, de “salvación” o de “absurdo”; hablan, digo, del misterio del existir, de las situaciones límite, de la oscuridad que nos envuelve, no como tiniebla, sino por no saber interpretar la luz de lo que se ve, y el trasfondo que se intuye sin poseerlo. Y en esta panorámica, ¿cuál es la realidad interior del ser humano? Sus problemas son los mismos de ayer, aunque hayan variado los medios y las circunstancias. El contexto ambiental es distinto y en él se ve la obra grandiosa de siglos y siglos de esfuerzo de la inteligencia, del razonamiento y de la intuición humana. Pero las inquietudes y las preguntas son las mismas: amor, dolor, muerte, enfermedad, limitación, guerra, dominio, opresión del más fuerte, explotaciones, separaciones, catástrofes imprevistas; estructuras que parecieron nuevas y ya se han hecho viejas; puntos de vista, ricos en su día, hoy calcificados y hasta impidiendo el dinamismo de la sociedad, etcétera.

A nosotros, hombres de 1971, nos parecen más acuciantes los problemas hoy, precisamente porque las circunstancias espacio-temporales han cambiado, porque quisiéramos el avance de “todos” los hombres, el desarrollo de todos los pueblos y culturas, porque quisiéramos, y esto es lo más fundamental[^] que “la cualidad del hombre”, su riqueza interior, hubiera crecido en la misma proporción.

Seamos sinceros. El mundo no es mejor, porque cada uno de nosotros no lo somos. Y el conjunto de todos nuestros egoísmos, de todas nuestras limitaciones, de todas nuestras faltas de comprensión, de visión, de honradez, de sinceridad, ese conjunto, al que todos contribuimos, es el mal contra el que todos protestamos, y del que continuamente señalamos a los demás como causantes, porque “nosotros no somos como los demás”, aunque, gracias a Dios, todavía una voz en nuestro interior nos diga que sí lo somos.

¹ CÁNDIDO POZO, “¿Crisis de amor a la Iglesia?”, revista *Iglesia-Mundo*, núm. 1, 16 de abril de 1977, 26-27.

La fe en Jesucristo es la fe que salva hoy y mañana. “¿Mañana?”, no sabemos cuál será tu ciencia, tu civilización, tu técnica, tus avances, tus descubrimientos. Sí sabemos cuál será tu ley: el amor que predica el Evangelio, y la justicia que enseña, y la verdad que manifiesta. Sí sabemos cuál será el camino, la verdad y la vida para esos hombres cuyo contexto desconocemos, cuyas circunstancias nos asombrarían quizá si llegáramos a atisbarlas. El Evangelio no es una palabra vacía, es una realidad de salvación que ha servido 2000 años y servirá a los hombres de todas las épocas.

Señor, ¿adónde vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que Tú eres el Santo de Dios (Jn 6, 68-69). Para siempre el Señor es nuestra salvación, y la respuesta concreta a todas nuestras preguntas y problemas. Jesucristo: hoy, ayer y mañana: salvación, luz, vida y camino de todos los hombres.

Leemos el Evangelio en pie, en actitud de firmeza, de determinación constante de hacer vida en nosotros su doctrina, de afirmación y de testimonio, de seguimiento inmediato. El Evangelio del Señor es para nuestro diario vivir: *el pan nuestro de cada día dánosle hoy; y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores; y no nos dejes caer en la tentación (Mt 6, 11-13).* El hambre y la sed la tenemos ahora, y hemos de alimentarnos de la palabra viva del Señor, de su redención. La fe en Cristo nos hace tomar con decisión las armas que nos brinda San Pablo para nuestro “cada día” y para resistir en el momento malo: *En pie, pues, ceñida vuestra cintura con la verdad y revestidos de la justicia como coraza, calzados los pies con el celo por el evangelio de la paz, abrazando siempre el escudo de la fe... Tomad, también, el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios; siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión en el Espíritu, velando juntos con perseverancia (Ef 6, 14-18).* ¡Qué descripción la de un cristiano, válida para todos los tiempos! Y no digamos que es abstracto. Todos, si reflexionamos, sabemos el mal que hacemos y el bien que dejamos de hacer, aunque las circunstancias personales de cada uno sean distintas. No convirtamos el cristianismo ni en utopías irrealizables, ni en un recetario exterior. La intención es la que engendra la obra. *De dentro del corazón salen las intenciones malas, asesinatos, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, injurias. Eso es lo que hace impuro al hombre (Mt 15, 19).* ¿Se recogen uvas de los espinos o higos de los abrojos? *Así, todo árbol bueno da frutos buenos, mientras que el árbol malo da frutos malos. Un árbol bueno no puede producir frutos malos, ni un árbol malo producir frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y arrojado al fuego. Así que por sus frutos los conoceréis (Mt 8, 16-20).*

La gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo (Jn 1, 17). El Evangelio es la luz que ilumina las conductas de los hombres hasta el fin de los tiempos. No os tiene que extrañar que los que somos sacerdotes de Cristo os hablemos de lo que Él nos dijo que os hablaríamos. San Pablo es claro: *Que nos tengan los hombres por servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, lo que se exige de los administradores es que sean fieles (1Cor 4, 1-2).* ¡Es tan fácil ser sensacionalista, es tan fácil escribir determinados artículos! ¡Es tan fácil alimentar esos afanes menos claros y limpios que llevamos dentro!

Da miedo ver el alimento que se ofrece a la juventud. El amor, el matrimonio, la familia, las ricas y grandes relaciones entre hombres y mujeres, ¿qué estamos

haciendo? ¿Ya no se cree nuestro mundo capaz para el amor que une en el sacrificio, en la dificultad? ¿También el amor será fruto del momento, de la circunstancia? ¿Ni siquiera es posible la fidelidad y confianza en el amor más fuerte que puede existir? ¿Qué haremos con una sociedad que sólo se apoye en el interés, en el placer, en el dominio, en la inseguridad de todo? ¿Con qué recelo nos vamos a mirar los hombres si se destruye el amor de los esposos, de los hijos, de los hermanos? ¿En qué vamos a creer de nuestra sociedad si no hay ningún lazo seguro?

Ya tenemos muchos siglos de historia para palpar y ver lo que ha sido la luz del Evangelio. No nos dejemos seducir por la presentación falaz y engañosa de un evangelio distinto, acomodaticio, circunstancial; ni tampoco por una presentación negativa de la historia de la Iglesia, historia divino-humana, y como tal sometida a los fallos de los hombres. Cristo lo sabía. *Yo te aseguro que hoy, esta misma noche, antes de que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres* (Mc 14, 30). *Y abandonándole, huyeron todos* (Mc 14, 50). *Simón de Juan, ¿me amas más que éstos? Le dice él: Sí, Señor, tú sabes que te quiero. Le dice Jesús: Apacienta mis corderos... Apacienta mis ovejas* (Jn 21, 15 y 17). El Evangelio de Cristo es fuente viva, inmaculada y perenne que ha atravesado los siglos y los seguirá atravesando. ¿Hay una moral más alta que la suya? ¿Hay unas exigencias más fuertes para la realización eficaz del hombre? ¿Hay una salvación más plena y elevada? ¿Hay un humanismo más rico? ¿Hay un destino que responda más a sus inquietudes?

Ningún valor, ninguna verdad está en contradicción con él. Hay sí, presencia de unos valores extraordinarios; hay la exigencia de unas vocaciones, de unas vidas, de unas consagraciones, de unas renunciaciones a ciertos valores, a ciertas estructuras, a ciertos amores que son testimonio necesario en la Iglesia de Dios; recuerdan al hombre la trascendencia de la vida y del amor, el valor de la perla preciosa y del tesoro escondido. Son llamadas de Dios para el servicio del cuerpo integral, necesarias en la santidad y dinamismo interior de la Iglesia, impulsadas por el Espíritu que vive en ella. Los cristianos siguen al Maestro que vino a servir y no a ser servido, a cumplir y realizar una misión para el bien de todos: *He aquí que vengo a hacer su voluntad* (Hb 10, 9). *Porque todo aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos; pero a quien me negare antes los hombres, le negaré yo también ante mi Padre que está en los cielos* (Mt 10, 32-33).

Esta fe en el Señor, en su enseñanza, en su Iglesia, con la consiguiente aceptación de las exigencias morales para entrar y vivir como discípulos del Reino que Él quiso predicar y establecer, no cambiará ni puede cambiar jamás.

El cristianismo, religión para el tiempo y para la eternidad

La fe cristiana es creer en Jesucristo e imitarle. No es creer en “algo”, es creer en una Persona. No es una “teoría” que fundamenta el sentido del mundo, sino la vida misma que han de vivir los hombres y, por tanto, necesariamente se ha de expresar en todo lo que vivan. *Las palabras que os digo son espíritu y vida* (Jn 6, 63). *Si os mantenéis fieles a mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres* (Jn 8, 31). *Yo os aseguro: si alguno guarda mi Palabra no verá la muerte jamás* (Jn 8, 51).

La fe cristiana obliga a dar un sentido a la vida con todas sus consecuencias, obliga a vivirla entera. No se puede vivir la circunstancia concreta sin que ésta esté también plenamente insertada en el contexto cristiano. *La Palabra de Cristo habite en vosotros con toda su riqueza... y todo cuando hagáis, de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús* (Col 3, 16 y 17). No se puede vivir el “aquí y el ahora”, tan vivo en el pensamiento de los hombres de nuestra época, como algo desligado, como algo que pudiera escapar, como algo que no estuviera “bautizado”. No hay ningún momento en la vida en el que un cristiano pueda dejar de serlo. No hay ninguna circunstancia que el cristiano pueda vivir, sin que esté iluminado por Cristo. Todo, absolutamente todo, hemos de hacerlo bajo nuestra condición de cristianos. *Vivid, pues, según Cristo Jesús, el Señor, tal como lo habéis recibido; enraizados y edificados en él; apoyados en la fe, tal como se os enseñó, rebosando acción de gracias. Mirad que nadie os esclavice mediante la vana falacia de una filosofía, fundada en tradiciones humanas, según los elementos del mundo y no según Cristo* (Col 2, 6-8).

Cristiano en criterios, actitudes, juicios, profesión, trabajo, diversiones, relaciones, costumbres, estructuras que planifico, proyectos que realizo, libros y artículos que escribo, comentarios que hago, enseñanzas que imparto, valoraciones y visiones que aporto a la sociedad en que vivo, realizaciones que efectúo. Cristo se llama a sí mismo: camino, verdad y vida. El cristianismo es exigente y no puede contentarse simplemente con ritos, ceremonia y costumbres. No se pueden diluir en la fe cristiana otras ideologías. Ni a él se le puede diluir en generalidades brillantes y sonoras, ni en exigencias que son fruto de determinados sistemas y estructuras, ni en palabras que admiran y arrastren a las masas. *Nadie se engañe. Si alguno entre vosotros se cree sabio según este mundo, hágase necio, para llegar a ser sabio; pues la sabiduría de este mundo es necedad a los ojos de Dios* (1Cor 3, 18-19).

La religión cristiana no es una religión sobre el Dios eterno, incomunicable, trascendente, o en el polo opuesto una religión sobre las realidades de este mundo, sobre lo humano, sobre sus valores. Es la religión del amor de Dios a los hombres y de los hombres a Dios, la religión del Dios que entra en la historia, del Dios que se hace hombre para salvarnos y darnos ejemplo de vida. *La vida que yo vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí* (Gal 2, 20). Es la religión que redime y salva al hombre en todas las épocas. ¡Qué hombres y mujeres tan a nuestro alcance, los curados, redimidos y salvados por Cristo! Pedro, Mateo, la Magdalena, Nicodemo, el paralítico, la cananea, el leproso, la hemorroísa, el centurión, la samaritana, Tomás, Zaqueo... Siempre Cristo está ya en nuestra historia; de nosotros depende que sea para nuestra elevación o para señal de contradicción (cf. Lc 2, 34). Por eso, hacer de la religión cristiana una religión de meras realidades terrestres es negarle su misma esencia, su misma vida: la vida de Dios que Cristo vino a traer. Nuestra religión es “sobrenatural”, sí, afirmémoslo con el corazón inundado de gratitud y de acción de gracias, como se desprende de todo el Nuevo Testamento y muy particularmente del mensaje paulino. *Porque estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros. Pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios. La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para*

participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto (Rm 8, 18-23).

Fe en la Iglesia, comunidad de los hombres que creen en Cristo. *Simón Pedro le contestó: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo... Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos (Mt 16, 16 y 18-19).*

Cristo es hombre y Dios, cabeza de una *nueva humanidad*, los hombres redimidos por Él; no de la humanidad sencillamente histórica. Los hombres que creen en Él forman una comunidad en la fe, comunidad visible con las responsabilidades que tiene una comunidad como tal. Para que los hombres de todas las épocas vivieran esto, no habría bastado una enseñanza oral, un libro escrito, una misión; era necesaria una unidad institucional fundada por el mismo Cristo. Acaba de pronunciar Pedro su profesión de fe. *Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo (Mt 16, 16)* y el Señor le promete edificar sobre él su Iglesia: *Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos (Mt 16, 18-20).*

Es dura y difícil, tremenda la tarea que Cristo dejó a sus discípulos en la tierra: siendo hombres tienen que representarle a Él, Cristo Jesús, vivir sin dejarse absorber por la corriente de la humanidad. Cristo ha prometido su presencia hasta la consumación de los siglos. El Espíritu Santo actuará, será la vida de la Iglesia, *Él convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio... Cuando venga el Espíritu de la verdad os guiará hasta la verdad completa... En el mundo tendréis tribulación. Pero, ¡ánimo!, yo he vencido al mundo (Jn 16, 8,13, 33).* Como siempre, esto no elimina esfuerzo, ni responsabilidad; las palabras del Señor están claras: *tendréis tribulación..., pero ánimo, yo he vencido al mundo.*

Lo importante es vivir en la Iglesia de Cristo, única forma en que Él se nos da, amarla y servirla cumpliendo nuestra misión. Cristo y su Iglesia son indisociables. No se puede creer en Cristo y no creer en la Iglesia, se creería en un Cristo parcial: *Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos (Ef 4, 5-6).*

Ayudémonos en esta única y gran misión, bajo el signo de la cual hemos de vivir nuestra condición terrena. ¡Qué conciencia más seria tuvo San Pablo, en todos los órdenes, del tesoro que llevábamos en vasos de barro; qué eficientes y firmes siempre sus palabras! *Hermanos, aun cuando alguno incurra en alguna falta, vosotros, los espirituales, corregidle con espíritu de mansedumbre, y cuídate de ti mismo, pues también tú puedes ser tentado. Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas y cumplid así la ley de Cristo (Gal 6, 1-2).*

“Por ser Cristo luz de los pueblos, este sagrado Concilio, reunido bajo la inspiración del Espíritu Santo, desea vehementemente iluminar a todos los hombres con su claridad, que resplandece sobre la faz de la Iglesia, anunciando el Evangelio a toda criatura (cf. Mc 16, 15). Y como la Iglesia es en Cristo como un sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad

de todo el género humano, insistiendo en el ejemplo de los concilios anteriores, se propone declarar con toda precisión a sus fieles y a todo el mundo su naturaleza y su misión universal” (LG 1).

A la luz de esta constitución hemos de leer todo lo demás del Concilio Vaticano II. Os hago una petición muy encarecida: leed de una manera especial durante toda esta semana la constitución dogmática sobre la Iglesia, para que nadie os seduzca con otra doctrina que no sea la de Cristo. Leamos esos serios y profundos capítulos: el misterio de la Iglesia; el pueblo de Dios; la constitución jerárquica de este cuerpo místico de Cristo o de este templo cuya piedra angular es Cristo; la contribución, consagración y testimonio de todos los cristianos; la universal vocación a la santidad en la Iglesia; el don divino de los consejos evangélicos que la Iglesia recibió del Señor, y que con su gracia se conserva perpetuamente; el caminar de la Iglesia, que lucha, hacia su santificación y su “comunión” con la Iglesia de los que viven plenamente la vida y el amor.

El viernes pasado os hablaba de la Santísima Virgen María, Madre de Dios y de los hombres, leed el último capítulo de la misma constitución sobre la Iglesia: la bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia. Creo que no sólo se evitarían muchos lances dolorosos, sino que sobre todo nos enriqueceríamos si leyéramos muy reflexivamente la *Lumen Gentium*.

Esto es lo que falta hoy en gran parte: honda reflexión y humildad interior para la reforma de sí mismo. De las enseñanzas del Señor se pueden extraer siempre nuevas luces y nuevas exigencias, pero no nuevas verdades que anulen o destruyan las que ya poseemos ofrecidas por Él y mantenidas por la Iglesia. Una nueva vida es y será constante aspiración de todo cristiano digno de este nombre. Nueva, ya en este mundo, y renovada y reformada incesantemente en virtud del dinamismo que comporta ser discípulo de Cristo, pero sólidamente establecida sobre las bases doctrinales y morales que Él fijó y a las que la Iglesia debe prestar el obsequio de su fidelidad y el servicio de su autoridad y magisterio para que nadie las cambie y las haga desaparecer.

Terrible responsabilidad la de aquellos que con sus silencios o sus audacias ponen en peligro la fiel conservación, en el alma del pueblo, de las verdades de la fe que la Iglesia enseña y se lanzan alocadamente a aventurar hipótesis para el año 2000 descuidando las exigencias del presente.

El Concilio Vaticano II ha querido renovar, pero no destruir. Éste es el punto de partida en que se situó el propio Juan XXIII, como no podía menos de hacer, cuando proclamó que habíamos de esforzarnos por presentar mejor el rostro de la Iglesia, pero conservando *in eodem sensu*, en el mismo sentido, lo que habíamos recibido.

Yo os pido, como obispo responsable de la vida de la fe en esta diócesis, que permanezcáis fieles, que os opongáis a cuanto pueda ser dicho o enseñado que esté en contradicción con la enseñanza clara y autorizada de la Iglesia, con su Magisterio oficial, el del Papa y los obispos.

Los teólogos tienen la misión de ayudar a la Iglesia, ilustrando la fe, pero no la de crear la fe. Ésta se nutre de las enseñanzas de Jesucristo y la Tradición apostólica; no nace en las universidades ni en los escritos de los especialistas, cuyo servicio por otra parte será estimado y solicitado por la Iglesia.

“Por necesaria que sea la función de los teólogos –ha escrito recientemente el Papa– no es a los sabios a quienes Dios ha confiado la misión de interpretar auténticamente la fe de la Iglesia: esta fe descansa en la vida de un pueblo cuyos responsables ante Dios son los obispos. A ellos corresponde decir a ese pueblo lo que Dios le exige creer”².

Hoy y mañana seguiremos creyendo en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo; en Jesucristo, Dios y Hombre, que se encarnó de María Virgen y nos redimió del pecado; en los sacramentos, tal como Cristo los instituyó y la Iglesia los ofrece; en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía; en la vida eterna, con eterna salvación para el que muere en el amor y con eterna condenación para el que muere en el pecado. En una palabra, seguiremos creyendo en los dogmas de la fe que la Iglesia Maestra nos propone.

Al Papa actual le sucederá otro, y los obispos del mundo, en diócesis grandes o pequeñas, en unión con él y bajo su autoridad, seguirán proponiendo el mismo credo, y manteniendo la misma esperanza. Viajará por Australia o Filipinas o acudirá a un hospital o un suburbio, pero seguirá diciendo a unos y a otros lo mismo que predica a los fieles de todo el mundo desde la ventana de la Plaza de San Pedro, en Roma.

² PABLO VI, *Quinque iam anni*, en el quinto aniversario de la conclusión del Concilio Vaticano II, 8 de diciembre de 1970: IP VIII, 1970, 1424.

CRISTIANISMO SIN CRUZ, LA GRAN TENTACIÓN

Conferencia pronunciada el 2 de abril de 1971, viernes de la quinta semana de Cuaresma.

La ordenación de los temas que me propuse exponeros durante estos viernes de Cuaresma ha permitido que pueda hablaros hoy, el día en que nuestra piedad ofrece el obsequio de su recuerdo y el homenaje de sus plegarias a la Santísima Virgen de los Dolores, del misterio de la cruz en la vida del cristiano.

Con esta reflexión que intento hacer hoy terminaré mis predicaciones cuaresmales, antes de entrar en la gran semana en que nos encontraremos de nuevo en esta santa Iglesia Catedral para vivir la liturgia de la muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

Pongo mis esfuerzos y los vuestros, una vez más, bajo el patrocinio de nuestra Madre del cielo, seguro de que ella nos ayudará a comprender y aceptar el significado de la cruz en nuestro camino de discípulos de su Hijo.

Cristo crucificado, fuerza y sabiduría de Dios

Hace muy pocos días, en el discurso que dirigió el Santo Padre a los fieles de Roma, el 17 de marzo, pronunció estas graves palabras:

El pecado: «¡Palabra grande! ¡Drama grande! ¡Ruina grande! La Iglesia no deja jamás de hacer uso de esta terrible palabra, que afecta, como una herencia desgraciada, a la misma naturaleza humana, declarándola herida por una desgracia precedente, sin culpa personal, pero como una desgracia fatal; es el pecado original. Y que denuncia después una responsabilidad personal, cuando el pecado es consciente y deliberado. Es doctrina conocida por todos. Pero que hoy todos, víctimas de una secularización término de sí misma, tratan de olvidar. Otras veces hemos hablado de ello. No se habla ya del pecado, porque esta tristísima y realísima condición del hombre pecador implica la idea de Dios. Implica la idea de la ofensa hecha a Dios. Implica la advertencia de la rotura de la relación vivificante real con Él; implica la conciencia de un intolerable desorden en el hombre delincuente; implica el terror de la sanción aneja al pecado, la reprobación eterna, el infierno; implica la necesidad absoluta de una salvación, más aún, de un Salvador.

«Si decae la fe, decae simultáneamente el sentido del pecado y el de todas sus consecuencias desastrosas. Prácticamente podemos decir que se destruye todo el castillo moral del cristianismo, pero la realidad permanece...

«Hermanos e hijos queridísimos, debemos pensar en el significado profundo y global de nuestra existencia en el tiempo: es una prueba, es un examen. Cuidado con equivocarnos, cuidado con errar. Está en juego un destino eterno, bienaventurado o condenado. Ésta es la causa del orden moral, de la rectitud de nuestro obrar. Ésta es la sabiduría del examen de conciencia. Éste es el sentido saludable del bien y del mal, de la honestidad y del pecado. Ésta es la necesidad urgente de Cristo salvador. Ésta es la providencia de la Cruz, instrumento de

nuestra salvación y señal de un amor misericordioso e infinito. Ésta es la sabiduría de la penitencia que expía, corrige y rehabilita. Y ésta es la virtud del sacramento de la penitencia, de la confesión, verdadera celebración, en las almas humildes y sinceras, del misterio pascual, de nuestra Resurrección. ¡Oh!, que nadie permanezca ajeno y excluido de gracia y bienaventuranza tan grandes»¹.

¡La providencia de la cruz! Hermosa y exacta expresión para darnos a entender el valor que se encierra en ese camino real de la santa cruz por donde el cristianismo y el hombre en general ha de avanzar hacia Dios.

La Iglesia peregrina, como dice el capítulo séptimo de la *Lumen Gentium*, camina con lucha hasta que llegue el tiempo de la restauración de todas las cosas. La Iglesia tiene los ojos en Cristo, levantado sobre la tierra en la cruz, para atraer a todos los hombres hacia sí y vivir para siempre en la gloria de Dios. Predica a *un Cristo crucificado, un Cristo fuerza de Dios y sabiduría de Dios* (1Cor 1, 23 y 25). “Fuerza y sabiduría” de Dios, eso es lo que siempre a los hombres de todos los tiempos, y más a nosotros porque tenemos “más fuerza y sabemos más”, les ha costado comprender y vivir.

Para los discípulos de Jesucristo la cruz fue un fracaso y, para todos, escándalo. A pesar de los anuncios del Señor no abrieron sus ojos al misterio de la cruz hasta después de la resurrección. *¡Insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrar así en su gloria? Y empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras* (Lc 24, 25). Pedro, el hombre sobre el que Cristo iba a edificar su Iglesia, se escandaliza de la cruz de Cristo. *Y comenzó a enseñarles que el Hijo del Hombre debía sufrir mucho y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser condenado a muerte y resucitar a los tres días. Hablaba de esto abiertamente. Entonces, Pedro tomándole aparte, se puso a reprenderle. Pero él, volviéndose y mirando a sus discípulos, reprendió a Pedro, diciéndole: Quítate de mi vista, Satanás, ¡porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!* (Mc 8, 31-33).

No creo que haya que hacer comentario de palabras tan claras y enérgicas. “Satanás”, porque sus pensamientos, su sabiduría, su fuerza no es la de Dios, sino la de los hombres. ¡Cómo marca Cristo taxativamente la separación entre nuestra sabiduría y máximas mundanas y las de Dios! Nadie puede llamarse a engaño, ni pretextar ignorancia. También nosotros tenemos, como se nos dice en la Carta a los Hebreos, suficientes testimonios. *Teniendo en torno nuestro tan gran nube de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consume la fe, el cual, en lugar del gozo que se le proponía, soportó la cruz sin miedo a la ignominia, y está sentado a la diestra del trono de Dios. Fijaos en aquel que soportó tal contradicción de parte de los pecadores, para que no desfallezcáis de ánimo. No habéis resistido todavía hasta llegar a la sangre en vuestra lucha contra el pecado* (Hb 12, 1-4).

¹ PABLO VI, Hornilla del miércoles 17 de marzo de 1971: IP IX, 1971, 189-190.

Los judíos esperaban un rey, un Cristo conquistador, una fuerza, unas señales maravillosas. Los griegos, el mundo civilizado, el mundo de la cultura, de la matemática, de la proporción, de la filosofía, de la belleza, del razonamiento, esperaban: la sabiduría. La divinidad la habían hecho a su medida, como habían hecho los templos, las estatuas, las normas, los sacrificios que ofrecían.

¿Cómo es la divinidad de nuestra época, nuestras normas, nuestros valores, nuestra sabiduría, nuestra fuerza? Podríamos quizá expresarlo con la síntesis greco-judaica; ciertamente nuestra época no quiere milagros, o como en tiempo de Cristo, quiere sus propios milagros y señales. Sabe mucho, puede mucho para esperar una fuerza distinta de las de la propia naturaleza; quiere ser el hecho, el acto, la fenomenología, lo experimental, la exactitud, el rigor, lo científico, la lógica. Nuestro mundo cree en su propia sabiduría y en su propia fuerza. La predicación de la cruz también en 1971 es para los que se pierden, una necedad y para los que se salvan la fuerza de Dios.

Hablamos mucho del año 2000, nuestros técnicos planean las ciudades de ese futuro. También los hombres de esas ciudades para salvarse y redimirse tendrán que creer e imitar: la necedad y debilidad, o la fuerza y sabiduría de Dios, Cristo crucificado. Para esos hombres también tendrá pleno vigor el texto de San Pablo escrito hace casi 2000 años:

La predicación de la cruz es una necedad para los que se pierden; mas para los que se salvan –para nosotros– es fuerza de Dios. Porque dice la Escritura: Destruiré la sabiduría de los sabios, e inutilizaré la inteligencia de los inteligentes. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el docto? ¿Dónde el sofista de este mundo? ¿Acaso no entonteció la sabiduría del mundo? De hecho, como el mundo mediante su propia sabiduría no conoció a Dios, en su divina sabiduría quiso Dios salvar a los creyentes mediante la necedad de la predicación. Así mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado; escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres (1Cor 19, 25).

Hay en la cruz del cristianismo un secreto que sólo se descubre amándola. Desde fuera, es decir, cuando nos situamos en los atrios de nuestro egoísmo personal sin entrar en la intimidad del templo que es el Corazón de Cristo, no se aprecia más que una realidad y un símbolo que van contra nuestra naturaleza, ansiosa siempre de placer y felicidad. Por eso, a primera vista, la cruz espanta e invita a huir de ella. Mil voces se levantan junto a nosotros, que tratan de decirnos que hacemos bien al no querer saber nada de la cruz. Es una opresión, se dice; una filosofía de la vida decadente y medieval, impropia del hombre moderno, dominador de los secretos del universo. Al presentar la cruz como un camino que necesariamente hay que recorrer, más aún, como algo que hay que llevar, ¿qué capacidad de atracción va a tener el cristianismo para los jóvenes adoradores de la libertad, para los hombres afanados en la construcción del mundo que exige optimismo, dinamicidad continua, lucha ardiente y confiada? En la época en que el hombre salta al espacio y pone su planta en astros lejanos que se juzgaban inaccesibles, ¿qué sentido tiene hablar de la cruz, aunque sea la cruz de Jesucristo?

El error, el terrible error, consiste en considerar esa cruz, que el Señor nos invita a llevar, como algo externo, añadido o impuesto. Es otra cosa. Es una reflexión, que pasa a ser una actitud, y se convierte en un amor. No se ama la cruz por la cruz, por lo que tenga de negación, sino por lo que tiene de dominio de sí mismo, de incorporación a un orden superior, de vencimiento del egoísmo, de imitación de Cristo para asegurar el verdadero amor a Dios y a los demás.

La Iglesia, a la que Cristo ama como a una esposa, está llamada a seguir el mismo camino

Cristo amó a la Iglesia hasta entregar su vida y morir en la cruz. La Iglesia nace de su sangre redentora y de su resurrección. Es imponderable este amor. San Pablo se sirve de él para un símil humano, los esposos han de amarse como Cristo a su Iglesia: *Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla* (Ef 5, 25-26).

Excepto en el cristianismo, en todas las demás religiones los hombres ofrecen sacrificios a Dios para conseguir su purificación o salvación. Incluso en el Antiguo Testamento los hombres ofrecían continuamente sacrificios a Dios. Y, *ciertamente, todo sacerdote está en pie, día tras día, oficiando y ofreciendo reiteradamente los mismos sacrificios, que nunca pueden borrar los pecados* (Hb 10, 11), porque como dice el salmo: sacrificios y holocaustos por el pecado no te agradaron. En el Nuevo Testamento se nos da una visión completamente distinta: no es el hombre el que se acerca a Dios en su sacrificio, es Dios quien se acerca a los hombres. El orden, la verdad, la justicia y la vida se restablecen por la iniciativa de Dios. *Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las trasgresiones de los hombres, sino poniendo en nuestros labios la palabra de la reconciliación... A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él* (2Cor 5, 18-19 y 21).

Por eso, por ser la salvación la expresión del amor incomprensible de Dios que se anonadó a sí mismo, la verdadera adoración de su Iglesia es la acción de gracias por la obra de la salvación. Glorificamos a Dios, no cuando le ofrecemos algo, sino cuando aceptamos y asimilamos su obra de salvación que al redimirnos nos hace sus hijos.

El sacrificio de la cruz es la manifestación de Dios y de los hombres: de Cristo Jesús que es crucificado y de los hombres que lo crucifican. No soportamos al justo, al verdadero, al bueno, al santo de Dios; su vida es una acusación, hay que hacerlo desaparecer. Por eso es tan fuerte la actitud del que llamamos el buen ladrón en la cruz. Fue redimido de su miseria; y lo mismo los pecadores que se acercaban al Mesías, al santo de Dios; en su postura de acercamiento a Cristo ya estaba su salvación. Es impresionante cómo en la filosofía griega, un pensador que ha atravesado los siglos, Platón, se planteara el problema del hombre "justo" que es siempre incomprendido y perseguido, y llega a afirmar que, si existiera el justo por excelencia, sería encarcelado, atormentado y

crucificado². En el sacrificio de Cristo, Dios se estrechó y anudó con la criatura, con todos los hombres. ¡Cuántas vidas humanas, cuántos sacrificios ha aceptado Dios a lo largo de la historia, de los hermanos de Cristo, beneficiarios de su redención!

“Mas como Cristo efectuó la redención en la pobreza y en la persecución, así la Iglesia es llamada a seguir ese mismo camino para comunicar a los hombres los frutos de la salvación. Cristo Jesús, existiendo en la forma de Dios, se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo (Fil 2, 6) y por nosotros se hizo pobre, siendo rico (2Cor 8, 9); así la Iglesia, aunque el cumplimiento de su misión exige recursos humanos, no está constituida para buscar la gloria de este mundo, sino para predicar la humildad y la abnegación incluso con su ejemplo” (LG 8). La Iglesia ha de seguir a Cristo y como dice el mismo Concilio, peregrinar “entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, anunciando la cruz y muerte del Señor hasta que Él venga. Se vigoriza con la fuerza del Señor resucitado, para vencer con paciencia y con caridad sus propios sufrimientos y dificultades internas y externas, y descubre fielmente en el mundo el misterio de Cristo, aunque entre penumbras, hasta que al fin de los tiempos se descubra con todo esplendor” (*ibíd.*). Está muy claro; la pena es que unos y otros leamos el Concilio buscando certificaciones a nuestros criterios personales, justificaciones a nuestra conducta. Seguir a Cristo por su mismo camino, es la misión de la Iglesia. Cristo que muere, se entrega, y se hace pobre, siendo rico.

Siguiendo los pensamientos del principio no nos imaginemos que Cristo era rico al modo de los hombres; en eso no consiste la riqueza de Dios. Por eso al hablar de la Iglesia de los pobres entramos todos o ¿es que hay alguien rico ante Dios? ¿Es que Dios es rico al modo de los hombres? ¿Dios es feliz al modo de los hombres? ¿No es que quizá nos deslumbran tanto las riquezas humanas, las felicidades humanas que nosotros mismos los consideramos “felices y ricos”? ¿Lo son?

Si lo son, dejadme pensar en figuras del Evangelio y pensar que su felicidad no está en los placeres puramente humanos, ni su riqueza en el dinero. Pienso en Lázaro, y en Magdalena, y en José de Arimatea. Me gustaría, como a todo hombre, que mis palabras se interpretaran como las digo, que no se sacaran del contexto en que están dichas. Quisiera decir en un mundo en que tanta importancia se le da al dinero, a la felicidad, al bienestar, que “eso” no es la riqueza, ni la felicidad, ni la vista de Dios. Mis palabras de ninguna manera pueden dar lugar a justificar la injusticia, el dominio, el poder que aplasta; todo lo contrario, van mucho más allá. Van a igualar a los hombres ante Dios y a distinguirlos, si se pudiera, por la aceptación de su redención y salvación en su vida, por su corazón agradecido y creyente. Y quieren también decir que la Iglesia ha de seguir el camino de la cruz de Cristo.

La Iglesia tiene que abrazar “a todos los afligidos por la debilidad humana, más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre

² “Digámoslo, por tanto, y si lo que yo acabo de decir te parece muy fuerte, acuérdate, Sócrates, de que no hablo por mi cuenta, sino en nombre de los que prefieren la injusticia a la justicia. El justo, dicen el que es tal como yo lo he pintado, será azotado, atormentado, encadenado; se le quemarán los ojos y, en fin, después de haberle hecho sufrir toda clase de males, se le crucificará y, por este medio se le hará comprender que no hay que cuidarse de ser justo, y sí sólo de parecerlo” (PLATÓN, *La república*, libro segundo, Madrid, 1965, 1069).

y paciente, se esfuerza en aliviar sus necesidades, y pretende servir en ellos a Cristo” (LG 8). La Iglesia somos todos, y todos tenemos que ayudarnos en este peregrinar, entre sufrimientos y consuelos, hacia la plena vida en el amor. No es ningún descubrimiento, lo sé, decir que hay mucho más sufrimiento del que externamente nos decimos y sabemos los unos de los otros. “Los afligidos por la debilidad humana..., los que sufren..., aliviar necesidades”. ¡Sólo Dios sabe lo que puede ocultar de sufrimiento el lujo y la pobreza, el triunfo y el fracaso, la compañía y la soledad! ¿Quién conoce el drama de cada hombre, de cada mujer, de cada familia, de cada joven, de cada niño? Un mutuo respeto, una mutua ayuda, un amor cristiano para todos, un amor en el que todos somos iguales y todos fuimos redimidos. Todos los ojos lloran, y todos los corazones sufren.

Que nadie pretenda un cristianismo sin cruz

El sufrimiento de Cristo, su muerte en la cruz, su entrega total es el ejemplo dado a los hombres y con el que nos tenemos que identificar de una manera radical y existencial. Nadie puede pretender un cristianismo sin cruz. *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame* (Lc 9, 23). Porque la vida de los hombres, nuestra historia, es una historia de salvación; el sufrimiento, el dolor, la dificultad, en una palabra, lo que nos crucifica, no puede ser considerado en esta historia como una maldición, sino como el camino que hay que recorrer para llegar a la resurrección. *Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto. El que ama su vida, la pierde; el que odia su vida en este mundo, la guardará para una vida eterna. El que me sirva, que siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor* (Jn 12, 24-26). *Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí, aunque muera vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?* (Jn 11, 25-26).

La pregunta salta por encima del tiempo y se dirige a las diferentes épocas, sociedades, familias, hombres y mujeres de toda edad, sexo y condición, sin exclusión absolutamente de ninguna clase: ¿Creéis esto? ¿Crees esto?; ¿Creo esto? ¿Creo que no me sirve de nada ganar todo el mundo, si mi historia personal no entra en la historia de la salvación?

Tenemos que hacer vida en nosotros lo que sólo cada uno personalmente puede hacer: asimilar la redención y salvación del Señor. Convertirse en hijos adoptivos de Dios y desarrollar esa vida nueva, en la que hemos sido regenerados por la vida, pasión, muerte y resurrección del Señor, sólo puede hacerse por una lucha constante, y ahí está nuestra verdadera cruz. *Pues toda la ley alcanza su plenitud en este solo precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Pero si os mordéis y os devoráis mutuamente, ¡mirad no vayáis mutuamente a destruirlos! Por mi parte os digo: Si vivís según el Espíritu, no daréis satisfacción a las apetencias de la carne. Pues la carne tiene apetencias contrarias al espíritu y el espíritu contrarias a la carne, como que son entre sí antagónicos, de forma que no hacéis lo que quisierais. Pero si sois conducidos por el Espíritu, no estáis bajo la ley. Ahora bien, las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes, sobre las cuales os prevengo, como ya os previne, que quienes hacen tales cosas no heredarán el Reino de Dios. En cambio, el fruto del Espíritu es amor, alegría,*

paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza: contra tales cosas no hay ley. Pues los que son de Cristo Jesús, han crucificado la carne con sus pasiones y sus apetencias. Si vivimos según el Espíritu, obremos según el Espíritu. No busquemos la gloria vana provocándonos los unos a los otros y envidiándonos mutuamente (Gal 5, 14-26).

Tenemos miedo a todo lo que nos crucifica, es natural. Preferimos, muchas veces hasta inconscientemente, algo así como “planificarnos nuestra cruz”, saber por dónde viene y “situarnos” ante ella. Todos somos capaces de cumplir un programa, por duro que sea, que nos hayamos propuesto, marchar en una línea de exigencias marcadas por nosotros mismos, coger un determinado aspecto del Evangelio a nuestro modo y llevarlo hasta los más extremos rigores; pero, ¿y de vivir diciendo “hágase en mí según tu palabra”, “hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”, crucificar la carne y vivir según el Espíritu, no buscando la vana gloria, preferir la gloria de Dios a la de los hombres, tomar la cruz de cada día, y vivir como un verdadero pobre ante la voluntad de Dios?

Ése es nuestra verdadera grandeza, y la fuerza y sabiduría de Dios. *Entrad por la entrada estrecha; porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; mas ¡qué estrecha la entrada y qué angosto el camino que lleva a la vida!; y pocos son los que la encuentran (Mt 7, 13-14). Muchos me dirán aquel día: Señor, Señor ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Jamás os conocí; apartaos de mí, gentes de iniquidad (Mt 7, 22-23). Pidamos al Señor sinceridad y lealtad, y a su luz examinemos cómo construimos. ¡Mire cada cual cómo construye! Pues nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, Jesucristo (1Cor 3, 10-11).*

La alegría de nuestra fe tiene que inundarnos; la esperanza, abrirnos un magnífico horizonte, y la mutua caridad, fuerza y vigor. Cristo Jesús es una realidad, y gracias a Él todo tiene su sentido; la vida, el trabajo, el sufrimiento, la dificultad, la muerte. *Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres. Que vuestra bondad sea conocida de todos los hombres... Y la paz de Dios, que supera todo conocimiento, custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús. Por lo demás, hermanos, todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo eso tenedlo en cuenta (Fil 4, 4-5 y 7-9).*

La fe en Jesucristo y en la Iglesia, y la juventud de hoy

El Cardenal don Marcelo González Martín, Arzobispo de Toledo y Primado de España, apenas cumplidos dos meses de la entrada en su nueva diócesis, dio una serie de conferencias cuaresmales a los jóvenes, del lunes 13 al viernes 17 de marzo de 1972, en la espaciosa iglesia toledana de San Ildefonso, de los Padres Jesuitas. El tema elegido fue: *La fe en Jesucristo y en la Iglesia, y la juventud de hoy*. La homilía con que se cerró este ciclo de conferencias fue pronunciada en la misa de clausura celebrada en dicha iglesia el viernes 17, a las ocho y media de la tarde. Se reproduce a continuación el texto –inédito– íntegro, recogido en cinta magnetofónica.

EL SENTIDO RELIGIOSO DE LA VIDA

Os saludo con el mejor sentimiento y el mejor afecto de mi alma y desde ahora os ofrezco mi bendición y mis pobres plegarias, en las cuales pediré al Señor que Él haga descender copiosamente sus gracias sobre vosotros.

Saludo y bendigo a todos aquellos a los cuales pueda llegar mi voz a través de *Radio Toledo*. A los demás jóvenes que no pueden estar aquí, particularmente a aquellos que, por sus trabajos, por su enfermedad, por las diversas limitaciones que pueden sufrir, se encuentran con ese obstáculo que vosotros habéis podido vencer para venir aquí esta tarde. Y, ante todo, quiero también expresaros mi sincero agradecimiento por vuestra presencia. Gracias, jóvenes, gracias.

Habíamos pensado, cuando me hablaron de estos actos cuaresmales, sobre el lugar en que podrían celebrarse, y me ofrecían diversas oportunidades, pero fui yo mismo el que indiqué que prefería la iglesia, el templo, la casa de Dios. No por nada, simplemente por dar a estos actos un carácter plenamente religioso. Y el hecho de que vosotros hayáis respondido de esta manera, con vuestra presencia tan copiosa aquí, me confirma en que aquella decisión no fue desafortunada.

Necesitamos encontrarnos mucho en la iglesia, no porque no tengamos que encontrarnos en los demás lugares donde se desarrolla nuestra vida: la casa, la fábrica, el centro académico, incluso el lugar de honesta diversión; todo ello merece la atención del hombre. Pero hay un lugar sagrado que es el que tiene como destino natural recibir a aquellos que vienen en nombre de su fe para escuchar la Palabra de Dios y para rezar y cantar las alabanzas al Señor. Sin respeto humano, sin ninguna clase de complejos, sin triunfalismos de ningún género, simplemente atentos a la voz de su conciencia y a las exigencias de su condición cristiana. Y esto es lo que habéis hecho vosotros al venir aquí, con una respuesta colectiva que yo os agradezco vivamente.

Me siento feliz de que el primer contacto, un poco continuado, que puedo tener con un grupo numeroso en la ciudad de Toledo, capital de la archidiócesis, me siento feliz, digo, de que este contacto sea con vosotros, jóvenes.

Y no porque merezcáis una frase particular de halago ni de complacencia, que vosotros mismos rechazaríais, no; yo no soy partidario de esas frases de complacencia halagadora; cada edad tiene sus propios valores, tiene sus propias limitaciones y ofrece sus propias esperanzas. La vuestra también. Pero hay en la edad juvenil algo que no existe en las demás edades, y es que tenéis en las manos el porvenir. Por poco tiempo, queridos jóvenes; porque también la juventud pasa pronto. Pero al fin y al cabo ahora sí, lo tenéis en vuestras manos. Y durante unos años, al menos, vais a ser protagonistas, en la ciudad y en el ambiente en que vivís, de la vida joven y agentes de esperanza en el mundo, capaces de darle una orientación en un sentido o en otro. Después, enseguida vendrán otros que os suplantarán a vosotros.

Esto es lo que tenéis de propio y particular, el que el porvenir está en vuestras manos. Y en este sentido merecéis una atención especial. Yo os la quiero prestar con todo cariño. Dios me dé salud y fuerza para ir llegando, poco a poco, a todas las personas y a todos los lugares de la diócesis, para esto, para llevar a todos mi palabra de paz, de bendición y de amor.

La predicación, misión del obispo

Mi misión es predicar la Palabra de Dios. Entre los deberes de los obispos, éste es uno de los más fundamentales, al cual no puedo renunciar mientras tenga voz, ya que de él ha de pedirme cuenta Dios nuestro Señor. Y esto es lo que voy a hacer estas noches con vosotros, y la próxima semana con personas adultas, hombres y mujeres, a los cuales también hemos invitado para que se reúnan en esta iglesia.

Predicar la Palabra de Dios. Mirad cómo termina San Mateo su Evangelio. Lo concluye narrando cómo Jesús se despide de sus Apóstoles: *Y acercándose Jesús habló en estos términos: A mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, e instruid a todas las naciones bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándolas a observar todas las cosas que yo os he mandado; y estad ciertos que yo mismo estaré con vosotros siempre, hasta la consumación de los siglos* (Mt 28, 18-20). Este es el último párrafo del Evangelio de San Mateo, el encargo solemne que hace Jesús a sus discípulos cuando les despide para irse Él al cielo. Id y predicad, enseñad todo cuanto yo os he mandado, y yo estaré continuamente con vosotros, hasta la consumación de los siglos. Esta es nuestra misión, queridos jóvenes, la de los obispos y los sacerdotes. No ella sola, pero sin ella no podemos cumplir con nuestra obligación sagrada.

Ved cómo termina su Evangelio San Marcos: *Al fin, se apareció a los once Apóstoles cuando estaban a la mesa y les dio en rostro por su Incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado de entre los muertos* (Mc 16, 14). Es el reproche postrero que hace el Señor a sus discípulos, el de no haber creído. Por último, les dijo: *Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura; el que creyere y se bautizare se salvará, pero el que no creyere será condenado...* Y sus discípulos fueron y predicaron en todas partes, cooperando con ellos el Señor y confirmando su doctrina con los milagros que les acompañaban (Mc 16, 15-17-20). ¡Qué sobrio es el Evangelio, qué estilo tiene tan directo, tan breve, tan incisivo! ¡De qué manera, en poquísimas palabras, logra expresar todo un conjunto de hechos y de ideas! En estas frases tan cortadas del Evangelio de San Marcos parece que vemos ponerse a la Iglesia en movimiento, simplemente para cumplir eso: la misión que el Señor le confió.

Y así San Lucas, y así San Juan. Ved cómo San Lucas, por ejemplo, también al final de su Evangelio, cuando narra la Ascensión del Señor, consigna el último encargo de Señor: *Les dijo a continuación, ved ahí lo que os decía cuando estaba aún con vosotros, que era necesario que se cumpliese todo cuanto está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Y entonces les abrió el entendimiento para que entendiesen las Escrituras* (Lc 24, 44-45). Me pregunto: ¿por qué no nos abrirá a todos el entendimiento el Señor, como

hizo con este pequeño grupo de sus discípulos escogidos, para que entendiéramos de una vez todas las Escrituras? *Así estaba ya escrito, y así era necesario que el Cristo padeciese y que resucitase de entre los muertos al tercer día, y que en su nombre –fijaos, jóvenes– que en su nombre se predicase la penitencia y el perdón de los pecados a todas las naciones, empezando por Jerusalén (Lc 24, 46-47).* Aquí ya se concreta un poco más.

En San Mateo se dice: *Id y predicad todo cuanto yo os he mandado.* Aquí, en San Lucas, se añade algo más: que se predique a todas las naciones la penitencia y el perdón de los pecados. La penitencia, es decir, la conversión interior, la pureza de corazón, el alma limpia ante un ideal de fe y una vida tal como el Señor nos la transmite; y el perdón de los pecados, la vida nueva, el perdón que Dios da, porque para eso ha venido al mundo, para perdonar, para salvar. En estas dos palabras, penitencia interior que transforma y perdón que purifica y eleva, está contenida casi, como en síntesis, toda la esencia del Evangelio.

Es lo mismo que encontramos también en el Apóstol San Juan, en el capítulo último de su Evangelio: *Aquel mismo día, primero de la semana, siendo ya tarde y estando cerradas las puertas de la casa donde se hallaban reunidos los discípulos por miedo a los judíos, vino Jesús y apareciéndose en medio de ellos les dijo: La paz sea con vosotros. Y dicho esto, les mostró las manos y el costado. Se llenaron de gozo los discípulos con la vista del Señor, el cual les repitió: La paz sea con vosotros. Como mi Padre me envió, así yo os envío también a vosotros. Y dichas estas palabras, alentó hacia ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo; quedan perdonados los pecados a aquellos a quienes los perdonareis, y quedan retenidos a los que se los retuviereis (Jn 20, 19-23).*

Ya está aquí, en pocas palabras, marcada la idea que guía mis reflexiones en este momento. Quiero hablaros de Jesucristo, no de otra cosa. De Jesucristo y del misterio de la Iglesia santa, de la elevación del corazón y del pensamiento del hombre hacia ese mundo nuevo, al cual Dios nos llama sin cesar.

Yo tomo estas palabras, en las cuales creo, y encuentro ahí, enseguida, esas fuerzas misteriosas que me hablan del pecado, del perdón del mismo, de la paz de Dios, de la luz del Señor, del arrepentimiento del corazón. Pero detrás de esto, ¿qué hay? ¿Qué sabor tiene esta paz y qué significa ese pecado, y qué nos quiere Dios ofrecer con su paz, yendo por delante con ese testimonio de la muerte y de la resurrección de su Hijo divino? Y, ¿qué es lo que constituye el núcleo de ese mensaje de Cristo que da expresión vital suprema a una existencia humana? Por aquí hemos de empezar. Hay que entender bien lo que significa este núcleo del mensaje de Cristo, esta paz divina, esta luz que no es de este mundo, esa muerte y esa resurrección, ese perdón de los pecados; es decir, el conjunto de las enseñanzas y de la vida de Jesús.

La santa Iglesia de Dios

A partir del momento en que Jesús da estas instrucciones a los Apóstoles y les hace esperar a que descienda el Espíritu Santo sobre ellos el día de Pentecostés, a partir de ese momento, cuando ya el Espíritu Santo ha venido

sobre ellos, empieza a recorrer su camino la santa Iglesia de Dios, a la cual pertenecemos todos cuantos estamos aquí.

Esta Iglesia católica, unas veces pobre, otras rica en sus expresiones exteriores; pequeña en número al principio, muy extendida hoy por toda la tierra; sometida a contradicciones y a luchas, externas unas veces e internas otras; una Iglesia en la cual los hombres que formamos parte de ella, tantas veces nos sentimos víctimas de nuestros propios pecados y limitaciones, pero en la cual también siempre hay almas nobles y hay santos; una Iglesia que puede alentar lo mismo en Europa que en Asia y en África; una Iglesia que aparecerá siempre igual a sí misma en su liturgia, en sus enseñanzas morales, en sus expresiones doctrinales dogmáticas, ya se trate de un grupo de población rural, que no tiene más que una humilde capilla para realizar sus rezos, ya la veamos en una ciudad llena de historia gloriosa, como ésta de Toledo, con sus monumentos insuperables, por los cuales el paso de los siglos ha ido dejando su huella en nombre de lo que esa Iglesia enseñaba y predicaba.

Desde entonces, digo, empezó a ponerse en movimiento y aquí estamos nosotros, cuantos a ella pertenecemos. Hoy puede llegar hasta nosotros la voz del Papa Pablo VI, o más directamente, en este instante, la voz de vuestro Obispo diocesano. El Papa no es más que el eslabón de una cadena que empieza en el Apóstol Pedro. Yo, por mi parte, soy también un eslabón humilde en otra cadena, la de los obispos que han ejercido su misión pastoral en esta tierra a lo largo de los siglos. Y conmigo, y con cualquier obispo de cualquier diócesis del mundo, los sacerdotes, los religiosos y las religiosas consagradas a Dios, los laicos, cristianos bautizados en la fe de Jesucristo. Una comunidad amplia y numerosa ya, invisible a nuestros ojos, pero real.

Si ahora se diese un corte, con un esfuerzo de la imaginación, entre lo que significa nuestra presencia aquí y todo el pasado histórico de esa Iglesia a la que me estoy refiriendo, no tendría explicación humana el hecho de nuestro encuentro en este instante, no significaríamos nada; es más, parecería una reunión improvisada de gentes sin sentido. ¿Qué podría significar que esta noche, de repente, nos pusiéramos aquí a hablar de Jesucristo, un Cristo desconocido, y de su Evangelio, un Evangelio lleno de palabras misteriosas, casi absurdas en el supuesto de que se contemplan sólo con ojos humanos? Ahora bien, romped ese muro imaginario que hemos trazado, y os veo a vosotros mismos en comunión con esas generaciones cristianas que os han precedido a lo largo del tiempo, y comprendo que no sois más que los herederos de una fe que Dios ha querido que se predicase en esta tierra española y que ha llegado hasta nosotros. De la misma manera que yo no soy más que una continuación de esa cadena, nunca interrumpida, de obispos y sacerdotes que van extendiendo por el mundo la fe de Jesucristo.

Cuando hablamos de esta Iglesia santa de Dios, no nos fijamos en si es pobre o rica en su expresión externa, ni en si tiene muchos fieles o pocos, ni en si expresa su liturgia de una manera más o menos solemne, no; esto no es lo más importante; aquí hay algo que está por encima de todas estas manifestaciones externas. Esta Iglesia es Cristo, es la fe, es la esperanza, es la caridad; son los sacramentos de la renovación cristiana constantemente administrados; es la vida con un sentido trascendente; es la muerte en paz y en gracia de Dios; es el amor fraternal; es la lucha por la justicia, no en un tono reivindicativo y áspero, no para

acusar a nadie, sino en nombre del amor cristiano que nos invita a llamarnos y a ser de verdad hermanos unos y otros; es la Eucaristía, es el Bautismo, es el santo Matrimonio; es el corazón transformado, la conciencia iluminada, el pensamiento en posesión de unas certezas sobre el sentido de la vida y de las relaciones humanas; es la respuesta al por qué nacemos y al por qué morimos.

Esta es la Iglesia de Cristo, por encima de las culturas y de las civilizaciones, por encima de las épocas históricas, por encima de la coyuntura del momento, en la cual el Papa puede hoy ser Pablo VI y ayer León XIII o Benedicto XV; y los jóvenes pueden ser los jóvenes que ahora llenáis esta iglesia, o los que la pudieron llenar en otros años, cuando otros les predicaban a ellos y ellos podían ofrecer entonces su juventud. Este es el misterio de la Iglesia al que yo me refiero.

Y es ante ese Jesús de que os he hablado, que nos encarga a nosotros predicar su Evangelio, y es en esta Iglesia a la que me estoy refiriendo, como yo os sitúo a vosotros y como yo me coloco ante vosotros en el momento en que entramos en contacto. No nos interesa la historia, al menos en el sentido de detenernos en ella; nos interesa el momento presente, mi vida, vuestra vida, sin excluir la de los demás; y a partir de Jesucristo, en el cual creemos y al que amamos; y dentro de esta Iglesia santa a la que pertenecemos. Viéndoos así a vosotros, pequeña familia de jóvenes de Toledo, trato de hablaros estas noches como obispo, padre de la comunidad diocesana que integráis cuantos estáis aquí. Hoy, del sentido de la religión en nuestra vida; mañana, de la persona y de la enseñanza de Jesús; después, de la transformación interior de nuestra conciencia. Y, por último, de la cruz y de la resurrección.

Lo que es y no es el cristianismo

La religión: el sentido religioso de la vida. ¿Qué es la religión, queridos jóvenes, qué es? No es una ideología, es decir, una arquitectura monumental montada sobre un conjunto de ideas que mueven al hombre en una dirección determinada, a priori señalada, para marcarle un camino por donde deba entrar él forzosamente, y así dar carácter a un movimiento o a un grupo humano promotor de una civilización, de una cultura. No, la religión no es una ética, en el sentido de que la religión se reduzca a un código moral, no. La religión no se limita a señalarnos unos deberes con la sociedad, con nosotros mismos, con la familia. Incluye eso porque forma parte de ella el orden moral, pero la religión no es sólo eso.

Ni mucho menos la religión es un humanismo social en que los hombres nos demos la mano juntos, para avanzar por el camino, venciendo las dificultades que comporta nuestra existencia y tratando de vencerlas con el ideal de la belleza artística, de la aplicación de la ciencia, de la transformación económico-social. No. La religión cristiana, puesto que de ella hablo —estamos tratando de exponer el misterio de Cristo y de la Iglesia—, es la realización práctica de un propósito de salvación del hombre por parte de Dios. Os ruego un poco de atención a esta frase que acabo de pronunciar, porque es fundamental para situar después todas las reflexiones posteriores. En la religión cristiana encontramos la realización práctica de los propósitos de salvación del hombre

por parte de Dios; con lo cual empezamos ya afirmando que la iniciativa corresponde a Dios.

Voy a leeros una página del Evangelio, en la cual esto que digo aparece puesto de relieve con extraordinario vigor. Es una página hermosa, vosotros la habéis leído más de una vez y la habéis escuchado, explicada, a los sacerdotes. Es el capítulo tercero del Evangelio de San Juan.

Había un hombre de la secta de los fariseos llamado Nicodemo, varón principal entre los judíos, el cual fue de noche a Jesús y le dijo: Maestro, nosotros conocemos que eres un Maestro enviado de Dios, porque ninguno puede hacer los milagros que tú haces, al no tener a Dios consigo (Jn 3, 1-2). Nicodemo tenía miedo al ambiente, por eso va de noche a ver a Jesús; está preocupado religiosamente en relación con lo que predica aquel personaje misterioso, Jesús, y reconoce que ve en él un sello, algo especial: eres un Maestro enviado de Dios.

Le respondió Jesús: En verdad, en verdad te digo que quien no naciere de nuevo, no puede ver el Reino de Dios (Ibíd. 3). Parece que hay aquí una incorrección en la respuesta; no contesta directamente a lo que Nicodemo le ha preguntado. Jesucristo ataca de frente en este instante, quiere meter en aquella conciencia una inquietud radical, que terminará por transformarle por completo, y le habla de que hay que nacer de nuevo.

Le dice Nicodemo: ¿Cómo puede nacer un hombre siendo viejo? ¿Es que puede volver al seno de su madre para renacer? Esta era una pregunta con la cual Nicodemo trataba de salirse un poco por la tangente. De sobra había comprendido que Jesús, cuando hablaba de nacer de nuevo, no se refería al hecho natural de un nuevo nacimiento fisiológico.

En verdad te digo –respondió Jesús– que quien no renaciere del agua y del Espíritu Santo no puede entrar en el Reino de Dios. Lo que ha nacido de la carne, carne es; mas lo que ha nacido del Espíritu, es espíritu (Jn 3, 4-6).

Preguntó Nicodemo: ¿Cómo puede hacerse eso de nacer otra vez? Respondió Jesús y dijo: ¿Tú eres maestro en Israel y no entiendes estas cosas? En verdad te digo que nosotros no hablamos sino de lo que sabemos bien, y no atestiguamos sino lo que hemos visto, y vosotros no admitís nuestro testimonio (Ibíd. 9-11).

Ya está aquí, con meridiana claridad desde el principio, la pugna terrible entre aquella religión establecida y la que Jesús venía a dar en plenitud, entre la nueva y la antigua ley, entre la ley mosaica y la que Jesús promulga. Terminaría siendo derrotado Jesús, pero era una derrota sólo aparente.

Si os he hablado de cosas de la tierra y no me creéis, ¿cómo me creeréis si os hablara de las cosas del cielo? Ello es así: que nadie ha subido al cielo sino aquel que ha descendido del cielo, a saber, el Hijo del hombre que está en el cielo (Jn 3, 12-13).

Parece éste un lenguaje un tanto cabalístico y extraño. Es una manera sencilla de decir: yo vengo a hablar de un mundo distinto, vengo a hablaros del mundo nuevo para el cual hay que nacer otra vez: el mundo del cielo. Sólo lo conoce aquel que ha bajado de cielo, en este caso yo, el Hijo de Dios. Y éste es mi

programa: *Al modo que Moisés en el desierto levantó en alto la serpiente de bronce, así también es menester que el Hijo del hombre sea levantado a lo alto, para que todo aquel que crea en Él no perezca, sino que logre la vida eterna. Pues amó tanto Dios al mundo que no paró hasta dar a su Hijo Unigénito, a fin de que todos los que creen en Él, no perezcan, sino que tengan vida eterna. Pues no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que, por su medio, el mundo se salve (Jn 3, 14-17).*

De Dios parte la iniciativa

Me preguntáis: ¿Qué es la religión cristiana? Y yo os he respondido: la realización práctica de un propósito de salvación del hombre por parte de Dios. Es una vida, es vida eterna, es vida de Dios metida dentro del hombre, para que el hombre no perezca. No perecerá cuando tiene ese don de la fe, que Dios quiere darle, porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que el mundo perezca.

Y yo me pregunto: ¿Por qué, por qué reducimos la religión a un moralismo insoportable, a una carga de rúbricas, de gestos, de preceptos, de mandatos, si la religión no es eso? ¿Por qué la reducimos a una ética social de comportamientos en las relaciones humanas de los hombres, si la religión de Cristo no es eso? ¿Por qué vamos a reducir la religión a un temor, a una preocupación, a una conciencia angustiada ante el futuro, ante la muerte, si la religión no es eso? La religión cristiana es Cristo que viene al mundo, enviado por el Padre para salvar al mundo; pero no para quedarse pura y simplemente como un camarada y un amigo. Es infinitamente más que eso; es nuestro hermano, es nuestro Redentor, porque nos da su vida, y es una vida, la suya, que tenemos que recibir y asimilar. No la podemos cambiar a nuestro capricho, no la podemos reinventar cada día. El Cristo de hoy no puede ser distinto del de ayer, no puede ser distinto del de mañana.

El Cristo que nos ofrece su vida de parte de Dios Padre es éste, el que vino a la tierra en un momento determinado y nos predicó su Evangelio y fundó su Iglesia, pobre o rica, grande o pequeña, en España o en África, ¿qué más da? Su Iglesia tiene que perfeccionarse sin cesar y tiene que buscar la perfección de los hombres que de ella forman parte, pero el núcleo misterioso y vital de la Iglesia es la vida divina del Señor, que se nos sigue ofreciendo continuamente a través de los sacramentos, de la Palabra santa, del Magisterio que no puede equivocarse cuando dictamina de una manera definitiva la enseñanza de Jesús.

Y cuando entiendo el cristianismo de esta manera, entonces sí, resulta que en esa religión cristiana hay una ética social y hay también un humanismo, una capacidad de transformación radical del comportamiento familiar y de la sociedad, que tiene proyección hacia el orden político, hacia el orden económico, hacia el amor, el trabajo, la salud, la enfermedad.

La religión se proyecta sobre todo porque arranca de esa luz y de esa fuerza santa, divina, de Cristo. Por consiguiente, si yo empiezo por prescindir de Cristo; si dejo de meditar en Él, en sus palabras, en sus ejemplos de vida, para seguirle lo mismo por el camino de la cruz que el de la gloria; si me dejo llevar de mi capricho o de mis pasiones, me sitúo fuera de la religión de Cristo. De nada

valdría que la Iglesia tenga templos grandes o pequeños, catedrales o capillas de aldea. Ni el nombre de cristiano, ni los cultos, rezos y liturgia me servirían de nada si me he apartado del núcleo central, que es Jesucristo.

He hablado del propósito de salvación del hombre por parte de Dios. Y por ello hay que atender a las consecuencias, queridos jóvenes. La salvación cristiana es una iniciativa de Dios que no puede ser despreciada. Y cuando me hablan de la actitud religiosa del hombre, de su religión, de si es muy religioso o no lo es, o de si se preocupa de las cosas de la religión o se preocupa poco, o de si le da poca importancia o le da mucha, me parecen todas expresiones muy poco aptas. Porque la pregunta es insoslayable: Si la iniciativa la ha tomado Dios al enviar a su Hijo al mundo y al predicarnos Éste el Evangelio, ¿es que puede uno adoptar una actitud de indiferencia ante el hecho religioso cristiano? A no ser que se rechace a Dios, y entonces estamos ya, por lo que se refiere a esta ocasión, fuera de diálogo, porque yo felizmente no estoy hablando aquí a ateos. El problema del ateísmo tóquese en otro lugar y en otro momento. Yo estoy hablando, aquí ahora, de lo que es el comportamiento cristiano a unos grupos de jóvenes o de personas adultas que no han renegado de la religión cristiana, que viven en ella y viven de ella.

Pues bien, ante esta realidad de que es Dios quien ha tomado la iniciativa al ofrecernos su propósito y su camino de salvación, no cabe decir: yo soy más religioso o menos; yo me preocuparé ahora mucho y después poco. Tal actitud es incomprensible. Si es Dios el que ha tomado la iniciativa, la única actitud lógica por mi parte es ésta: yo no puedo ser indiferente, porque es Dios el dueño de mi vida y Él es el que me ha creado a su imagen y semejanza, y ha querido que yo venga al mundo, con todo lo cual me sitúo dentro de este círculo de los acontecimientos de una verdad revelada, de una religión en la cual me encuentro con Jesucristo, su Hijo divino:

¿Indiferente yo a eso? Sería la conducta más estúpida, más poco digna de un ser humano capaz de pensar. ¿Que me atemoriza o preocupa demasiado? Pero si es una religión para amar, para tener esperanza, para purificarme incesantemente, para encontrar algo que no encuentro en la vida aquí abajo, para encontrar mi destino, para poder hablar con Dios por un camino de certeza. ¿Por qué, pues, voy a estar con temor y con preocupación? En la religión cristiana he de encontrar alegría y paz para mi conciencia; y encontrada esa paz y esa alegría, encontraré un norte orientador para todas mis actitudes humanas, a las cuales tiene que llegar, lógicamente, la influencia de ese hecho religioso. Encontraré un norte orientador para mi relación con mis amistades, para mi amor, para mi trabajo, para mi convivencia en la familia a la que pertenezco; para realizar del mejor modo posible y cooperar a un mundo que marche cada vez mejor en todos los órdenes. Ahí encontraré una luz y fuerza.

Es iniciativa de Dios, luego hay que ser religiosos, ésta es la consecuencia. Y ser religiosos no quiere decir rezadores, beatos, entregados sin cesar a las cosas de la Iglesia; no. Es ser hombre muy hombre, y mujer muy mujer, de los pies a la cabeza, con el corazón y la conciencia, pero teniendo un sentido para todos sus actos. Sentido no dictado por una filosofía humana, que tiene validez hoy y se extingue mañana. Sentido para toda la vida, dictado por Cristo, Jesús, Hijo de Dios, quien me ha ofrecido un programa para mi vida interior, para mi fe y mi esperanza, para mi amor y mi relación fraterna de unos con otros.

Instrucción y práctica religiosa

No sólo es iniciativa de Dios, es también una verdad revelada. La religión cristiana es una verdad manifestada y enseñanza por Jesús. Sí, Jesucristo dice a sus apóstoles: *Id y enseñad lo que yo os he mandado*. Id y enseñad a practicar; luego tiene que saberse qué es lo que Él ha enseñando. Sus enseñanzas no pueden quedar oscurecidas por las interpretaciones subjetivas y arbitrarias de cada momento cultural y de cada época histórica. Si no fuera así, Jesucristo nos expondría, a los que queremos ser discípulos suyos, a un engaño y a una frustración continuos. Hay una verdad revelada, la cual se conoce en esas fuentes de la revelación que son la Sagrada Escritura y la Tradición, cuando el Magisterio de la Iglesia nos ilumina sobre lo que ellas contienen, y es, por último, la respuesta a una exigencia del pensamiento y del corazón del hombre, y satisfacción para cuanto nuestro ser está continuamente anhelando.

Sois jóvenes, muchachos y muchachas. Ya os ha tocado ser testigos de muchas cosas; sin duda, también de vuestras propias derrotas interiores. Y a una edad en la cual parece que sólo tenéis títulos para poder cantar una victoria repetida, algo os dice, dentro de vosotros mismos, que no es así, que con frecuencia sentís el peso de vuestros propios fracasos humanos, morales, familiares, profesionales. Vais ya percibiendo ese clamor que no se extingue nunca hasta que el hombre sale de este mundo, ese clamor que hay dentro de nosotros, que pregunta siempre por algo más, algo más bello, más perfecto, más completo, más rico, más hermoso; y todo se nos acaba entre las manos, y ¡dura tan poco!

Estáis empezando a vivir y, sin embargo, ya experimentáis el sabor amargo de la derrota. Exigís algo más, y ese algo más no os lo puede dar un movimiento estético, artístico, literario, humanista, científico. Nada de esto puede ofrecer una respuesta definitiva. La parte de verdad que haya en cada uno de estos movimientos hacéis bien en buscarla, pero no os dejéis arrastrar ni ofuscar por el otro tanto por ciento de mentira y de engaño que encierran. La Verdad de Dios está lanzada al voleo sobre todo lo que el mundo encierra dentro de sí, pero para encontrarla es menester seguir el camino de la mano de Dios nuestro Señor, y siguiendo las palabras eternas que Él nos ha dicho. Entonces, con esa verdad de Dios, tal como la Iglesia nos la ofrece en su Magisterio, cuando va explicándonos cómo hemos de entender la Sagrada Escritura, con esa verdad de Dios captamos sin engaño la partecica de verdad que se encuentra esparcida en todas las manifestaciones vitales del mundo. Si no se obra así, es para volverse locos, porque no os saciaréis nunca y hacéis bien en tener exigencias, pero terminaréis, digo, en esa locura devoradora, al no encontrar vuestros ideales más nobles, al no encontrar en las cosas de este mundo la respuesta que necesita ese anhelo de vuestro corazón y de vuestro pensamiento.

No permanezcáis, pues, indiferentes. Hay que buscar la instrucción religiosa, hay que practicar la religión, hay que amar a Dios. No convertáis esa religión en actitud acusatoria contra los demás, eso no es noble. Es muy necesario que cada uno se reforme a sí mismo. Hay que rezar, hay que examinar la conciencia, y es necesario adorar a Dios, hay que hablar con Él. Cuando uno va así, entonces se sitúa en el camino. Muchas veces hablamos entre nosotros, obispos, sacerdotes, sencillamente hombres de nuestra época, personas mayores, de la juventud de hoy, del mundo que viene, de las preocupaciones, etc. Vosotros no tenéis tantas

preocupaciones, vosotros tenéis que darnos siempre esto: vuestra capacidad de exigencia, pero dárnosla aportando limpieza de corazón, reforma interior, ideal religioso. Estoy seguro de que no os arrepentiréis, si de verdad queréis ser colaboradores para un mundo mejor.

De una época en la cual la religión quedaba, se dice, reducida a formas externas, algunos quieren pasar a otra en que todo se destruya, para que quede únicamente allá, en el recinto de la intimidad de cada uno, una manifestación de religiosidad vaga e inoperante. Ni una cosa ni otra. Es necesaria la transformación interior, pero es necesario también dar testimonio y ejemplo de práctica religiosa sincera, de amor a Dios vivo, de fe en Jesucristo y su misterio adorable.

Por aquí hay que empezar; todo esto es inseparable del amor al hombre, por supuesto, pero al decir que es inseparable sigo diciendo que lo primero es el amor a Dios en su Misterio, tal como en Jesucristo nos ha sido revelado. Y con amor al hombre y a la sociedad para construir un mundo más humano, más rico; tarea en la que estáis empeñados y en la que estarán empeñados siempre todos los que vengan detrás, porque nunca se logrará la perfección en este mundo. Pero, como cristianos, tengamos la valentía de afirmar bien nuestra fe, repito, no limitada a la mera fraternidad humana, sino una fe que adora, que reza, que contempla a Dios, que canta sus alabanzas, que recibe los sacramentos de Cristo, que purifica el corazón y la conciencia, que da paz y alegría al muchacho o a la muchacha jóvenes, lo mismo que a los hombres adultos, a cualquiera desde el momento en que tiene un poco de conocimiento de la vida.

Contamos con esta juventud para construir ese mundo. En lo que de mí dependa, queridos jóvenes, yo no tengo por qué hacer programas, los iremos haciendo todos juntos, rezando y trabajando; pero sólo quisiera, al final de mi paso por esta diócesis, cuando Dios me llame a juicio, poder decir que habré cumplido bien mi deber de predicar esta Palabra de Dios manteniendo la esperanza del corazón de los cristianos e invitándoles a mirar, a la vez, al cielo y a la tierra, a Jesucristo y a los hermanos, a la interioridad de la conciencia y a la acción externa en el trabajo que cada uno tenga que realizar.

LA PERSONA Y LAS ENSEÑANZAS DE JESÚS

En una revista que me llegó hace unos días, he podido leer un artículo titulado “Descubriendo la oración”, del cual os ofrezco unos breves fragmentos:

“Vamos de sorpresa en sorpresa; cuando uno todavía está peleando con los profetas de un mundo horizontal y sin Dios, resulta que comienza a despertar, en la base de muchos movimientos juveniles, la necesidad de hacer oración.

Frente a los que especulan con el triunfo de una sociedad descreída, secularizada, se alzan también grupos crecientes de estudiantes universitarios, de Francia sin ir más lejos, a los que les ha dado por hacer oración mental. Y los expertos se asombran. Dicen los expertos que la oración parecía cosa pasada de moda, que nadie reza y que, además, parecía innecesario rezar. Añaden que la oración mental puede llevar a no hacer las cosas, a no comprometerse, o dicen que la oración individual es egoísmo.

Pero nunca fue tan egoísta habar con el Padre común, con Dios, que a todos nos lleva en su corazón. Es imposible rezar a Jesús con autenticidad y a la vez ser egoísta. Ni fue nunca inútil rezar, ni tuvo nunca la oración buena de un cristiano honrado el carácter sustitutivo de la caridad. Tras una conversación con Jesucristo, la acción del cristiano en favor de los demás tiene más hondura, mayor sentido. Sin oración no se puede, ni se podía, ni se podrá hacer nada en el orden cristianos.

Y los expertos se llenan de confusión porque hay grupos de jóvenes franceses que buscan expertos en enseñar a meditar, a estar un rato rezando personalmente a Dios. Siguiendo el consejo que se nos da en el Evangelio, entran en su interior y hablan a solas con el Padre que está en los cielos y en todas partes... En Francia se venden bien los libros que hablan de meditación, de cómo hacer oración personal, que antes parecían ya anticuados.”

El diálogo personal con Dios en la oración

Es oportuno ofreceros estas líneas del artículo a que me estoy refiriendo, porque me sitúan rápidamente dentro de lo central del tema que quiero exponeros esta noche. Al fin y al cabo, lo que aquí se nos dice de que vuelve a descubrirse la necesidad de la oración en la vida religiosa cristiana es una demostración, por un camino nuevo, después de todas estas peripecias que estamos viviendo en la época posconciliar, es una señal, digo, de que no podemos dejar el Evangelio; y de que para que haya una vida religiosa auténtica, es necesario Jesucristo. Contad con Él, hablad con Él, vivificad en vosotros y aumentad cada vez más el amor a Él, para poder seguir sus enseñanzas y sus ejemplos de vida.

Vuelven las aguas a su cauce, como vuelve la alondra a su nido. Y no es que esté en mi ánimo despreciar ninguna de las formas comunitarias de la vida litúrgica actual, en las cuales hemos ganado mucho con respecto a lo que anteriormente existía en nuestras costumbres piadosas. Pero, seguramente estaréis de acuerdo conmigo en que, al menos según algunas expresiones utilizadas por muchos al hablar o al escribir, estábamos viviendo unos años en que la oración personal, privada, sufría cierto descrédito. Y, por ejemplo, aquellas formas clásicas de hacer ejercicios espirituales en retiro, que fomentaban tanto el silencio interior, el examen de conciencia y el diálogo con Dios, vienen siendo fácilmente sustituidas por otros coloquios, diálogos, convivencias de tipo religioso, cuyas ventajas yo no niego, con tal de que se ajusten a sus debidos límites. No hay nada que pueda sustituir a lo que es el diálogo personal, de cada uno, con Dios nuestro Señor por medio de Jesucristo.

Y está bien que vuelva todo esto y tiene que volver, para que se logre el debido equilibrio y para que el necesario avance en las manifestaciones de nuestra vida religiosa no suponga ruptura alguna con lo que debe ser mantenido en su integridad.

Yo ya conocía algo de esto por propia experiencia. Recuerdo muy bien cómo el año pasado, en Barcelona, me visitaron cinco o seis personas francesas, las cuales querían establecer en Barcelona grupos de oración, al estilo de los que ya venían funcionando en algunas diócesis de Francia. Ellos, concretamente, se referían a la oración del Rosario, como una forma de plegaria y devoción a la Santísima Virgen, que no puede olvidarse en el pueblo cristiano. Y en conversación con ellos pude captar cómo empezaban estas reacciones, extendidas ya a otras formas más claras y nítidas de meditación religiosa, de oración mental, lo cual constituyó para mí un motivo de alegría.

Doctrina y vida

Pues bien, queridos jóvenes, deseo dar un paso más hoy en relación con la exposición que ayer os hacía. En efecto, os hablaba de cómo la religión cristiana –fijaos que estábamos hablando de la religión en su conjunto de expresiones, no estrictamente de la fe– no es una ideología, un sistema meramente racional que se mueve con unas coordenadas más o menos lógicas, y que trata de influir sobre la mentalidad de los hombres, provocando una actitud cultural de respuesta de las potencias del hombre a aquellos determinantes que presenta tal o cual ideología ética, religiosa, científica, etcétera.

En el cristianismo hay algo que se escapa a lo puramente racional, hay un misterio que no llega a captarse nunca del todo. Y por eso, no es mera ideología racional, ni puede serlo. Ni es una simple ética o una moral para las situaciones de la vida. Es mucho más. Es, decíamos, el propósito de salvación del hombre por parte de Dios, que se realiza por medio de Jesucristo, que viene al mundo.

Es una iniciativa de Dios y, por lo mismo, no podemos permanecer indiferentes ante Él. Es una verdad que se nos revela, por lo cual necesitamos examinarla. Es una respuesta a las exigencias más íntimas del corazón y del pensamiento del hombre en cualquier época.

En el cristianismo se manifiestan y expresan las realidades más profundas de Dios y del hombre; y esa manifestación y expresión religiosas de lo divino y lo humano han sido dadas y fijadas por Cristo, Dios hecho hombre; y por eso las manifestaciones religiosas del cristianismo son las más altas y definitivas que pueden lograrse en este mundo. Ahí se encuentra el Camino, la Verdad y la Vida. Pero es necesario acercarnos a Cristo para poder hacer este hallazgo. De esto es de lo que yo quiero hablaros esta noche; menos tiempo que ayer, para que podáis alcanzar los medios de transporte que os llevan a vuestros hogares.

Se trata, por consiguiente, queridos jóvenes, para que este sentido de la vida cristiana nos llene y podamos responder a esta iniciativa de Dios, se trata de lograr el encuentro de cada uno con nuestro Señor Jesucristo. Situarnos en una actitud tal que no pongamos obstáculos, por nuestra parte, para el encuentro con el Hijo de Dios, Salvador del mundo. Se trata de conocer y vivir este hecho; conocerlo y vivirlo. Ya no estoy hablando únicamente de la religión cristiana en todo el conjunto de sus expresiones, sino de Jesús Salvador, de Cristo, tal como se nos presenta a través de la Iglesia.

Es necesario esforzarnos, repito, por conocer y vivir ese hecho. Fijaos que digo, en primer lugar, conocer. Ved cómo los Apóstoles, apenas empiezan a cumplir la misión que el Señor les confió, cuando Éste sube a los cielos, instruyen a sus oyentes sobre el núcleo esencial de esa evangelización. Leed el Nuevo Testamento y os encontraréis con las cartas de San Pablo a los romanos, a los fieles de Éfeso, a los gálatas. O bien tomad el libro de los *Hechos de los Apóstoles*, y encontraréis los discursos de San Pedro, de San Pablo, tal como nos los narra San Lucas. Comprobaréis cómo en estos documentos los Apóstoles no se limitan a decir a aquellos a quienes escriben: vivid el misterio de Jesús, no, no. Es algo mucho más concreto. Dentro de este conocimiento que pretenden darnos hierve la vida. Nos hablan de que hay un pecado en la vida del hombre, de que hay una Redención, de que hay unos dones del Espíritu Santo y una gracia santificante que llega a la conciencia del hombre, y una exigencia moral para la pureza de corazón, y unos preceptos fundamentales. Nos hablan de la providencia de Dios, del destino humano, de la forma como se ha revelado Jesucristo; de por qué a ellos el Señor les ha elegido como testigos y Apóstoles. Comparan la ley nueva con la ley antigua, hacen reflexiones sobre lo que era la religión del pueblo de Israel y la religión del Israel nuevo, la Iglesia santa instituida por Jesucristo. Es decir, instruyen, dan a conocer, analizan en cuanto es necesario para la predicación de su mensaje, analizan lo que es la persona y la enseñanza de Jesús. Pero no se trata sólo de conocer, también se necesita vivir, vivir ese mundo de ideas y de exigencias y de fuerzas del espíritu que se está respirando a través de las enseñanzas que nos exponen.

No se limitan los Apóstoles a ser expositores de unos dogmas; los exponen sí, pero dan un paso más. Tanto en el Evangelio que ellos predicaban, según lo expuso el Señor, como en las directas exposiciones que ellos hacen, aparece la necesidad de que el hombre admita la Palabra de Dios, de que obedezca lo que en ella se nos dice, de que ore, de que se disponga a recibir la gracia y los dones de Dios, con un esfuerzo interior incesante; de que hable en todo momento al Padre que está en los cielos y a los hombres sus hermanos; de que tenga esperanza en la vida eterna. Todo esto es vida. Por eso, el mensaje evangélico y la reflexión apostólica posterior se nutren de estos dos aspectos; la doctrina

que se nos enseña y la vida que se nos reclama. Ni lo uno ni lo otro sólo; ambas cosas a la vez. Cuando yo hablo del misterio de Cristo y del encuentro personal con Él, estoy refiriéndome a la necesidad de ambas cosas. De ahí que sea tan necesario, queridos jóvenes, encontrar momentos de reflexión, sea como sea.

Estáis en esa época de la vida en que recibís todas las influencias de lo bueno y de lo bello, Dios quiera que no sea nunca de lo malo y deformante. Buscad tiempo, como sea, para encontraros a vosotros mismos en diálogo sereno y reflexivo con Dios, sin rehuir aquello que pide la atención de vuestro pensamiento, para que reflexionéis sobre ello –las enseñanzas de Cristo y de la Iglesia–, sin dejar de orar nunca para solicitar de cielo las fuerzas que necesitáis a fin de cumplir bien vuestra misión después.

El cristianismo es Cristo

Tengo mucho interés en insistir en este aspecto, sobre la religión como dogma y como vida, porque si no es así, o la convertimos en abstracción mental, lo cual sería radicalmente contrario al intento de Jesucristo; o en una vivencia vaporosa y vaga, llena de aspiraciones románticas de tipo ético-religioso, que no llevan al hombre a los compromisos serios con Dios y consigo mismo.

Escuchad, por favor, una doctrina sencilla que expresa muy bien lo que estoy diciendo: El objeto de la revelación cristiana es el mismo Cristo, Él es el objeto central y la gran novedad de su propia revelación. Él mismo es la religión por ser el mediador que salva y da vida nueva al hombre. Por eso contiene una gran verdad, el dicho tradicional de que el cristianismo es la única religión verdadera. Porque aun reconociendo valores positivos en las demás, sólo pueden entenderse y justificarse en cuanto sus aspiraciones y búsquedas se ordenan a Cristo, Camino, Verdad y Vida.

De ahí el significado enjundioso del contenido dogmático de la fe. Frecuentemente se juega al equívoco de la contraposición entre dogma y vida; como si por dogma se expresara únicamente una teoría abstracta y por vida lo concreto, lo cordialmente palpitante, acaso en un nivel natural. Cuando, en realidad, el dogma, si el cristianismo es Cristo, no es más que la expresión de este hecho viviente. Por tanto, el dogma expresa la aportación de vida nueva, la posibilidad de aportación vital. De donde se deduce que la contraposición, muy al uso, entre vida y dogma es una contraposición que parte de la ignorancia de lo que es la respuesta cristiana.

El dogma y todos los elementos diferenciales de lo que es el cristianismo son, precisamente, la expresión de ese hecho diferencial que es el que da respuesta: el hecho de que el mismo Dios se hace visible en Cristo, y a través de su presencia en el mundo nos trazó un camino que hace posible el desarrollo de esas aspiraciones, para las cuales no había respuesta. Por tanto, el dogma es más que la vida natural, y en este sentido, si preguntamos quién debe subordinarse a quién, el dogma a la vida, o la vida al dogma, la respuesta es evidente: la vida al dogma, aunque la respuesta que se da por ahí sea siempre la contraria.

Yo comparto esta doctrina plenamente. Bien entendida, se comprende que no pueda ser de otro modo. Porque por dogmas entiendo a Cristo, Hijo de Dios;

Cristo, Hijo de María; entiendo a la Santísima Trinidad, al Espíritu Santo santificando al hombre, conduciendo a la Iglesia; la gracia santificante, la vida eterna. Por dogmas no entiendo un esquema mental. Cuando hablo de dogmas no pretendo decir: construyo una religión para uso del discudidor escolástico en su academia. Por dogmas lo único que entiendo es la vida de Cristo y de Dios expresada, concretada en unas formulaciones que me dicen algo de la verdad que esa vida contiene. Y, por lo mismo, no puede haber contraposición entre dogma y vida. De ahí la necesidad de una profunda instrucción religiosa, seria, sólida, gradual, sistemática, completa, a la medida de la misión que tiene cada uno en el mundo.

Por supuesto, reducir esa instrucción a una perfección mental, exclusivamente detenida ahí en el depósito de nuestras facultades perceptivas, sería absurdo, porque Jesús nos dice: *En esto consiste la vida eterna: en que te conozcan a Ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien enviaste* (Jn 17, 3). Resume en Sí mismo todo lo que Él quiere dar a conocer, la fe que nos trae y la religión que predica. Por eso no se las puede reducir a un concepto mental que quede en nuestra inteligencia. Las expresiones tienen su valor, como expresión de las realidades reveladas y de nuestra vivencia de las mismas. Estamos, en consecuencia, obligados a un conocimiento cada vez más perfecto de lo que Jesús nos predicó, para vivir más plenamente la vida que Él nos trajo y comunica.

Encuentro personal, por tanto, de cada uno con Jesucristo, jóvenes. Porque Jesús es el Hijo de Dios; ésta es la primera razón. Abrid el Evangelio de San Juan en el capítulo nueve, que nos narra, precisamente, el milagro de la curación del ciego de nacimiento. Jesús le había curado y le devolvió la vista; los judíos no querían reconocer el milagro y se encaran con aquel pobre ser, a quien veían cada día en el templo, y ahora ya curado, cuando está prorrumpiendo en alabanzas al que ha hecho la curación. Los judíos se enojan con él y le expulsan, le arrojan fuera. Y añade el evangelista: *Oyó Jesús que le habían echado fuera, y haciéndose enconradizo con él, le dijo: ¿Crees tú en el Hijo de Dios? Le respondió el ciego y dijo: ¿Quién es, Señor, para que yo crea en Él? Y le dijo Jesús: Le has visto ya, y es el mismo que está hablando contigo. Entonces dijo él: Creo, Señor. Y postrándose a sus pies le adoró. Y añadió Jesús: Yo vine al mundo a ejercer un justo juicio, para que los que no ven, vean, y los que ven queden ciegos. Oyeron esto algunos de los fariseos que estaban con él y le dijeron: ¿Pues qué, nosotros somos también ciegos? Respondió Jesús: Si fuerais ciegos no tendríais pecado, pero por lo mismo que decís: nosotros vemos, por eso vuestro pecado persevera en vosotros* (Jn 9, 35-41).

En este pasaje se afirma lo que intento señalar como objetivo central de nuestra reflexión de hoy: Jesús se proclama Hijo de Dios. Viene al mundo con un mensaje de redención; su misión es redimir al hombre; después poner todo lo demás: predicación del Evangelio, pureza de corazón, caridad fraterna, justicia sin límites, es decir, todo lo demás; pero lo primero de todo, la misión fundamental de Jesucristo es esa: redimir al hombre. Cuando el Bautista le presenta ante sus discípulos, ¿qué dice?: *He ahí el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo* (Jn 1, 29). Y empieza la curva de la vida de Jesús, y cuando ésta termina, una de sus últimas palabras en la Cruz es: *Consummatum est* (Jn 19,30), todo está ya cumplido. ¿A qué se refería? Al cumplimiento de la misión que el Padre le había confiado: redimir a los hombres.

La vida de Jesús es un sacrificio redentor, y ese sacrificio se perpetúa incesantemente en la Iglesia, es el sacrificio eucarístico. Por eso, la Eucaristía es la cumbre de toda vida cristiana.

Su vida es infinitamente santa. Jesús, un día, delante de sus enemigos puede decir: *¿quién de vosotros puede acusarme de pecado?* (Jn 8, 46). Y viene la coronación final de esta vida de infinita santidad con su muerte y resurrección. No hago párrafos, queridos jóvenes, no. Comprenderéis que si uno es sincero consigo mismo, cuando ya se llevan treinta y tantos años de vida sacerdotal, entregado por completo a una misión en la que creo, comprenderéis que esto tiene que constituir el eje único de mi vida. Si no tuviera este sentir radical, absorbente, definitivo dentro de mí, si no viviera este esquema tan sencillo que acabo de exponeros, yo no podría tener el decoro de estar aquí hablándoos. Cuando yo digo que es necesario el encuentro personal de cada uno con Jesucristo, es por eso, porque es el Hijo de Dios, porque es el Redentor de los hombres, porque es la santidad infinita, porque es el Señor de la vida, de la muerte y de la resurrección. Sólo en Él encontramos la suficiente claridad para aceptar el misterio, aun cuando tenga también y siga siendo suficientemente duro y exigente para nosotros mismos, a fin de que nuestras acciones sean responsables y tengan el mérito de la libertad.

Estorbos que hay que superar

¿Entonces qué, jóvenes? Buscad a Jesucristo, buscadle. Que no os impidan esa búsqueda los estorbos que hay en el camino. No lo hagáis por nosotros.

Os hablo con toda la sinceridad de mi alma. Cuando os digo: buscad a Jesucristo, poneos en diálogo con Él, no es para que nos ayudéis a nosotros, no. Nosotros somos, dentro de la Iglesia, hombres con una misión señalada por Dios, pero igualmente necesitados de búsqueda. Buscadle, porque es la Verdad, porque es el Hijo de Dios, porque es el Redentor, porque es la santidad más pura, porque es el dueño de la vida, muerte y resurrección gloriosa, en la cual encontramos, repito, respuesta suficiente para explicarnos el misterio.

¿Qué estorbos podéis tener para esta búsqueda y para este esfuerzo incesante de encontraros con Jesús? Uno: **las miserias de los hombres**. ¡Cuántas miserias nos rodean y nos penetran! Extendéis vuestra mirada sobre el mundo que conocéis, el que estáis viviendo, y os encontráis con el egoísmo, el odio, el resentimiento, el ansia de venganza, la mezquindad, la hipocresía, y todo eso elevado ya a una escala más amplia, menos personal, pero manifestada en los fenómenos atormentadores que nos llenan de preocupación y de congoja. Lo encontráis en el hambre que hay en el mundo, las guerras, los imperialismos feroces, esos egoísmos nacionales o internacionales que tantas veces lo único que hacen es eso: destrozarse al hombre con proclamaciones de libertad y de progreso. Y todo eso llena vuestras almas, muchas veces, de escepticismo y de amargura. He aquí un estorbo.

Otros pueden ser **los defectos de la propia Iglesia**; aludía yo a ello hace un instante, cuando os decía que no lo hagáis por nosotros. ¿Pero es que creéis que nosotros vamos a ser capaces de presentarnos al mundo como modelos para que nos imiten? No. ¡Pobre de aquel que queriendo ser discípulo de Cristo

tuviera la jactancia de presentarse a sí mismo como perfecto discípulo! Nos acompaña, y debe acompañarnos siempre, si somos fieles y honrados, la humildad que nos hace reconocernos pecadores igual que los demás. Pero la Iglesia, la del siglo XX y la del siglo IV, con herejías o con expresiones dogmáticas, con luchas religiosas entre los hombres, con confusiones que se han dado entre la religión y la política, con contaminaciones de los hombres del orden temporal y del orden religioso, con desconocimientos y desatención respecto a las necesidades de los que sufren, o con manifestaciones espléndidas de amor y santidad que nunca han faltado tampoco. Esta Iglesia, como anoche os expresé, lleva consigo siempre la riqueza infinita de Cristo en su interior; pero los hombros de aquellos que tenemos que llevarlas, de todos, fieles y sacerdotes, son hombros cansados, son débiles, que muchas veces se hunden bajo el peso glorioso y santo de esa carga que el Señor nos dio. Que no aparezca en vuestra vida, como estorbo que os incapacite para el encuentro con Cristo, la comprobación de las debilidades y las miserias de los hombres de la Iglesia, seamos sacerdotes o seamos simplemente bautizados.

Un tercer obstáculo puede ser **el radicalismo utópico**, y esto sí que nace más bien de vosotros mismos, como consecuencia del ideal generoso que sentís. Lo queréis todo tan perfecto, tan logrado y tan pleno que, fácilmente, os sentís movidos a rechazar una institución o una realización histórica del hecho religioso cristiano, porque veis ahí, mezcladas, las sombras con las luces. Y eso puede conducirnos a un engaño falaz que destruya vuestras vidas. Porque por muy poco que avancéis en vuestra propia vida, va a aparecer, inevitablemente, en vosotros la mezcla de la luz y de la sombra.

Otro obstáculo que os impida acercaros a Jesucristo puede ser **la posesión de los placeres inmediatos** que el mundo y la vida suelen brindaros. El logro de una posesión que va a colmar vuestras aspiraciones del momento. El dinero, la diversión, los placeres sexuales, la libertad y la plena independencia respecto a cualquier limitación que pueda venir de la sociedad, de vuestros padres, de la autoridad, tantas limitaciones como surgen. Y entonces ese anhelo del placer inmediato, sea como sea, va sofocando las aspiraciones del alma y llega un instante en que, forzosamente, los ojos se han cerrado para contemplar lo que queda de luz en medio de las sombras. Y todo resulta anacrónico, raro, molesto; Cristo, un mito; la religión, una alienación de las facultades críticas del hombre, opio del pueblo; la piedad, evasión simple para seres débiles. Y todo esto va cundiendo en el espíritu de un joven y le aparta del camino por donde podría llegar a un encuentro cada vez mayor y más profundo con el misterio de Jesucristo.

No jóvenes, no. Jamás quisiera que salga de mis labios una palabra de injustificado reproche y tampoco de halago, como os decía ayer. Es la hora de examinarnos todos en conciencia, los jóvenes y los mayores.

Sólo en Cristo hallamos el sentido último de la vida

Cuando yo os llamo y os agradezco vuestra presencia aquí, y os lo agradezco con toda mi alma, es por Jesús; no es por nosotros. No es por la Iglesia en su constitución y en su marcha a través del tiempo, en su institución humana, no. Es por Jesús, es porque está Él ahí. Sí, el cristianismo es Cristo y Cristo es

infinitamente santo, puro, bello, fuerte y capaz de satisfacer todas las exigencias del corazón humano. ¿Quién es Dios para vosotros, para cada uno? Sí, uno a uno, ¿qué exigencias y qué relación personal tenéis con Él? Reflexionad sobre las consecuencias de esta afirmación: Ni la victoria de la humanidad, ni la victoria individual, ni la biografía personal de cada uno de nosotros pueden concebirse sin Dios. La filosofía existencial, esa filosofía hija de las guerras mundiales, de la angustia, de la finitud y de la limitación humana, de la tremenda responsabilidad de nuestro propio realizarnos, nos ha puesto de relieve y nos ha sacudido con la tremenda vivencia de que el acontecer nos aparece como vago, estamos como arrojados a un mundo, lanzados, religados. ¿Qué quieren decir estas filosofías con un lenguaje, nuevo en esos años en que empezó a usarse y ya ha envejecido? ¿Qué otra cosa quiere decir en el fondo todo esto, sino lo que hemos aprendido en el catecismo desde pequeños: que el hombre, por sí mismo, es un ser inseguro, que puede ofuscarse y puede llenarse de oscuridad y aun de cieno? El corazón de un hombre sirve lo mismo para hacer un santo que para hacer un capitán de bandidos. Hay dentro del hombre una como moción o tendencia que le empuja hacia algo y le va impulsando a buscar siempre una solución más completa que la que tiene.

Y viene la política, y viene el amor humano, la familia, los hijos, la transformación social, el deseo de un bienestar económico, el progreso, la aplicación científica, la tecnología, que nos van dando la civilización del bienestar. ¿Y todo esto qué? Luego resulta que surgen fenómenos como el que estamos padeciendo ya: en el momento en que el hombre parece que está dominando plenamente la naturaleza y que puede hacer los viajes espaciales que causan asombro y admiración, empieza a sentir –¡qué paradoja más triste y humillante!– la contaminación de la naturaleza que tiene a su alrededor y empieza a sentir un nuevo peligro procedente de lo que podía y debía ser, en el lenguaje poético-religioso de un San Francisco de Asís, la hermana agua, los hermanos árboles, el hermano pájaro, etcétera.

Por todas partes aparece la limitación. No es el hombre dueño de sí mismo, ni lo es en las relaciones de la amistad y del amor. ¿Por qué empiezan esas reacciones ahora, a escala internacional y también en movimientos juveniles extraños? Reacciones de tipo pseudo-religioso, si queréis, pero que son, al fin y al cabo, como una especie de confesión de que esa gama amplísima de libertades, que se habían concedido en su anarquía, no les sirven. Y brotan ya actitudes contemplativas religiosas, falseadas, por supuesto, hasta en los mismos hippies de los que nos hablan las revistas.

Vosotros, y todos, protestamos, porque queremos un mundo más puro y tenemos que trabajar por conseguirlo. Pero os pregunto: ¿Es que Jesucristo nos impide encontrarlo? ¿Acaso hay en Él una tapia a la libertad humana? Fijaos, tanto en el orden personal como en el social, en los aspectos que los científicos de la psicología humana establecen para precisar la madurez y plenitud de la persona: poder de reflexión y concentración, aceptación de sí mismo y de los demás, relaciones interpersonales, certidumbre ética, respeto por todo ser humano precisamente por ser humano, eficiente percepción de la realidad, independencia respecto a la cultura y al medio, real y práctico sentido de la responsabilidad, horizontes ilimitados. Y yo pregunto: ¿es que el Evangelio se opone a este conjunto de datos, que son los que los psicólogos pueden presentar

como el logro y la plenitud de la persona humana? Certidumbre ética: la religión de Cristo y el Evangelio nos marcan bien nuestros deberes centrados en el amor. Ideal generoso: la persona de Cristo. Relaciones interpersonales: la amistad fraterna de unos con otros.

Ante la enfermedad, ante la ignorancia, ante la muerte, ante todo lo que son fracasos del hombre inevitables, no obstante todas las civilizaciones y todos los progresos, el hombre se pregunta sobre el sentido último de la vida. Y es Jesucristo y sólo Él quien nos ofrece un sentido a todo cuanto nos rodea, en el dolor, la enfermedad, la pobreza y la muerte que atenazan al hombre.

He de seguir hablándoos, jóvenes, de este misterio santo. Hoy sólo quería situaros así, invitaros a la reflexión en nombre de esta sinceridad, y también consciente del servicio que yo puedo prestar, como humilde predicador del Evangelio, al mundo, a la ciudad y a la diócesis en que me encuentro.

He vivido en contacto permanente con auditorios de muy diversa índole siempre, estos últimos años de obispo también, y es lo que quiero seguir haciendo. Sé que por la vía del raciocinio puedo lograr muy poco; no se trata de eso. Si se redujera a un raciocinio, el cristianismo ya no podría presentar como núcleo fundamental de sí mismo la persona de Cristo. A lo que yo os invito es a esto, jóvenes, a que busquemos juntos los medios para reunirnos de cuando en cuando, conmigo o con los sacerdotes, con quienes sean, para hablar del Señor, para pensar en Él, para exigirnos claridad y pureza interior en nuestras vidas, para despertar las raíces puras de nuestro amor, para fortalecernos en nuestras convicciones, para darnos la mano y seguir, porque esto es lo que tiene que hacer un cristiano que cree, dar la mano a los demás y seguir el camino con la luz del Señor.

¿Creéis que un obispo puede oponerse a vuestras aspiraciones juveniles? De ningún modo. Encontraréis en mí, siempre, el amigo que sabe valorar esas insatisfacciones vuestras, y quisiera ser más rico en valores de espíritu y de ideas, para poder llenar el vacío que vosotros experimentáis en un momento dado. Pero no puedo hacerlo, yo experimento ese vacío también y tengo que acudir allí donde puedo encontrar la plenitud, que es Jesucristo.

Jesús os dará alegría, fuerza y grandeza de alma. De ningún modo hará que queden limitadas vuestras aspiraciones tan generosas; sencillamente, su lenguaje y su vida, el conocimiento de su enseñanza y la asimilación de sus ejemplos servirá para que seáis profundamente justos y equilibrados, exigentes, pero no acusadores, anhelosos de un mundo mejor, empezando por reformar el vuestro; no amigos de hipocresías, pero sin convertir la sinceridad en destrucción de lo que existe; mirando hacia el futuro, pero no despreciando el pasado; recibiendo de vuestros padres lo que ellos os pueden ofrecer como fruto de su sinceridad y de su lucha por el bien, vuestros buenos ejemplos también, para que no se quede la aspiración juvenil en palabras sin sentido.

Luchad en el orden humano de la profesión, del trabajo, de las diversiones, donde quiera que estéis, para que los acentos de la alegría y del progreso suenen sin cesar en torno a vosotros. Pero mantened un círculo de silencio interior donde podáis encontraros, cada mes, cada semana, ojalá cada día, en

una contemplación de Cristo que os dé paz, seguridad y pureza interior, para ser lo que tenéis que ser: jóvenes de hoy.

LA CONVERSIÓN DEL CORAZÓN

Os renuevo, queridos jóvenes, mi saludo y mi bendición, con el deseo de que llegue a otras muchas personas que no pueden estar aquí, pero a las cuales se extiende también esta voz y el eco de los actos que celebramos, a través de *Radio Toledo*. Agradezco mucho a la emisora el que tenga la bondad de ofrecernos ayuda tan valiosa, gracias a la cual puedo ponerme en contacto con otros muchos que no están aquí presentes.

Os hablaba ayer de la necesidad del encuentro personal con nuestro Señor Jesucristo, dato fundamental en la vida cristiana, sin el cual nuestro sentido religioso puede convertirse en una rutina mecánica, inerte, que nos hace caminar dentro de un ambiente cristiano, pero sin tener una conciencia viva y personal de lo que significa esa condición, la de ser discípulo y creyente en Jesucristo. Por eso os decía que es necesario el encuentro personal, mediante una reflexión honda de nuestro pensamiento, y también convirtiendo lo que es fruto de esa reflexión en vida propia. Dogma y vida. Porque Jesucristo se nos ofrece como Verdad revelada por el Padre, y es necesario pensar en Él y convertir sus enseñanzas y sus ejemplos en vida intensa para cada uno de nosotros. Encuentro personal con Jesucristo como Hijo de Dios, como Redentor de los hombres, como Verdad y como Vida.

Ahora bien, todo esto, ¿para qué? Cuando insistimos en la necesidad de este encuentro personal, que nos sitúe a los pies del Señor y que nos haga pensar en Él y convertir su doctrina en vida de nuestra vida, ¿para qué? No podemos limitarnos a esa mera contemplación de su persona; es necesario avanzar y mi respuesta, esta noche, es la siguiente: el encuentro personal con Jesucristo es necesario para creer en Él, para adorarle, para amarle, para seguirle. Sólo así se completa el proceso. Si Él ha venido para que los hombres tengan vida y cada vez más abundante, ¿cómo se puede tener esta vida de Jesús dentro de cada uno de nosotros si no nos esforzamos por realizar estas operaciones interiores que son: creer en Él, adorarle, amarle, seguirle? A todo esto es a lo que yo llamo conversión del corazón, y de una conversión incesante, que facilite al cristiano el conseguir, cada vez más, su acercamiento a Dios por medio de Jesucristo. No entiendo otra cosa más que ésta, cuando os digo que hay que creer en Él, adorarle, amarle y seguirle.

Hay que creer en Jesús

Vamos, como siempre, a consultar el Evangelio. En primer lugar, creer en Jesús. Observad los siguientes episodios o datos que nos ofrece la lectura de los Evangelios, en los cuales encontramos, no programáticamente desarrollado, sino sucesivamente manifestado, todo esto que estoy diciendo. Ved, lo primero de todo, la actitud de los primeros discípulos llamados por el Señor. También a nosotros nos ha llamado al sacerdocio y a vosotros os ha llamado a vuestra vocación cristiana adulta responsable, por un camino o por otro. El camino más normal, dentro de un país que vive una cultura cristiana y una tradición católica, es el de la familia, el de la parroquia, el de los sacerdotes con quienes uno ha

tratado, todo aquel conjunto de fuerzas convergentes que va permitiendo que a un ser humano nacido en esa sociedad se le presente en cierto momento de su vida, cuando ya piensa con reflexión personal, el mensaje cristiano. Habéis sido llamados. Todos hemos sido llamados por Dios.

Ved lo que nos dice San Juan en el capítulo primero. Habla de cómo el Señor había llamado a dos discípulos, que lo eran también de Juan el Bautista. Al oír hablar al Bautista de Jesucristo, se fueron en pos de Jesús: *Y volviéndose Jesús y viendo que le seguían, les dice: ¿Qué buscáis? Respondieron ellos: Maestro, ¿dónde habitas? Y les dice: Venid y lo veréis. Fueron, pues, con Él y vieron donde habitaba y se quedaron con Él aquel día. Era entonces como la hora décima (las cuatro de la tarde). Uno de lo dos que, oído lo que dijo Juan, siguieron a Jesús era Andrés, hermano de Simón Pedro. El primero a quien éste halló fue Simón, su hermano, y le dijo: Hemos hallado al Mesías, que quiere decir el Cristo. Y le llevó a Jesús. Y Jesús, fijos los ojos en él, le dice: Tú eres Simón, hijo de Joná; tú serás llamado Cefas, que quiere decir Pedro o piedra. Al día siguiente determinó Jesús encaminarse a Galilea y encontró a Felipe, y le dice: Sígueme. Era Felipe de Betsaida, patria de Andrés y de Pedro. Y Felipe halló a Natanael y le dice: Hemos encontrado a aquel de quien escribió Moisés en la Ley y anunciaron los profetas: a Jesús de Nazaret, el hijo de José (Jn 1, 38-45).*

Todavía no son apóstoles del nuevo Reino, todavía no creen en Jesús como Hijo de Dios. Está empezando el proceso, pero ya se ha producido el encuentro personal, provocado por el mismo Jesús; en ellos ha habido una disposición inicial propicia a este encuentro. Son hombres honestos, de buena voluntad y de una sana inquietud religiosa, por cuanto que tratan de cerca con el Bautista. Y aquí está el detalle interesante: en este primer encuentro con Jesús ellos dicen ya: *hemos hallado al Mesías, aquel de quien hablan los profetas.* O sea, una actitud que va a favorecer el desarrollo de la fe. Más tarde vendrá ésta, una fe plena, una entrega total.

Estos cuatro, muy poco tiempo después, eran parte de aquellos de quienes nos dice también el evangelista que *dejándolo todo le siguieron.* Creer en Él, empezar a creer en Él. Para esto es el encuentro personal con Jesucristo de un joven, de una joven, de un muchacho que, en la plenitud de la vida juvenil, lleno de afanes y de inquietudes, se pone a pensar sobre sus aspiraciones y sus logros, sobre el sentido que quiere dar a esa existencia que arde dentro de su corazón y de su pensamiento. Empezar a creer en Él y seguir en esa creencia, desarrollando, con los medios que la Iglesia pone a nuestra disposición, todo el rico contenido de la fe.

Hay que adorar a Jesús

Pero no basta esto. La conversión del corazón no significa sólo creer en Jesús; hay que hacer algo más, hay que adorarlo. Vamos a ver otro ejemplo del Evangelio. Ahora lo escogemos del evangelista San Juan también, en el capítulo sexto. Es la escena que sigue al discurso que Jesús pronunció ante los judíos y en el que promete la Eucaristía. En este capítulo aparece la promesa de la Eucaristía, que más tarde instituye en la Última Cena. Es cuando habla el Señor de que hay que comer su Carne y beber su Sangre. Y los judíos lo entienden de

tal forma que repugna a su conciencia y lo rechazan. ¿Cómo va a ser posible esto?

Jesucristo no impugna la interpretación que han hecho los judíos; pero reafirma sus palabras, no retira lo dicho, insiste en la promesa. Es una promesa tan fuerte, una afirmación tan dura para la simple mentalidad humana, que la rechazan los judíos. Y no solamente los que parecían ya enemigos de Jesús, sino también algunos de los que, hasta entonces, le habían seguido con simpatía.

Y, ¿qué ocurre? Al ver que algunos se marchan de junto a Él, dice el Evangelista: *Muchos de los discípulos dejaron de seguirle y ya no andaban con Él. Dijo Juan a los doce: ¿Y vosotros queréis también retiraros? Respondió Simón Pedro: ¿Señor, a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocido que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios* (Jn 6, 66-69). Fijaos bien en esta respuesta. Hay aquí también algo incipiente. Pero no tiene todavía la seguridad, que manifestará cuando haya recibido al Espíritu Santo. Hay en estas palabras como una referencia a su pobre condición humana de discípulos que se fían del Señor. Y le dicen: *Señor, ¿a quién iremos?* No es la afirmación clara y rotunda de que Él es el único Maestro. Hay en esta pregunta como una comparación implícita entre lo que un hombre puede ver a su alrededor y la luz que se desprende de la figura de Jesús. Si contigo no vamos, ¿a quién iremos? *Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocido que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.*

Aquí, en la segunda parte de la respuesta de Pedro, hay ya una afirmación más generosa y más plena. Es una afirmación que lleva consigo una actitud de adoración y de entrega. No tenemos a quién ir, si no vamos contigo. En Ti encontramos palabras de vida eterna.

Hay que amar y seguir a Jesús

Pero hace falta más. El discípulo que busca la plena conversión del corazón tiene que seguir adelante, tiene que llegar a amar a Jesús, a amarle. Y de nuevo nos encontramos con el apóstol Pedro. Es después de la pasión, después de la resurrección, cuando Cristo le va a conferir el primado sobre la Iglesia que Jesús instituye en este mundo. *Pedro, ¿me amas más que éstos?* Y el apóstol Pedro le dice: *Señor, Tú sabes que te amo.* Y por segunda vez la misma pregunta y la misma respuesta. Y por tercera vez: *Pedro, ¿me amas más que éstos?* Y ya el pobre Apóstol –que recuerda su caída anterior– no contesta más que estas palabras: *Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te amo* (Jn 21, 15-17). El amor.

Primero, esforzarse en creer en Él; segundo, manifestar una actitud de adoración del misterio de Jesús; tercero, algo más, amarle, es necesario amarle. Y por último, todavía más, seguirle.

Una vez que el Señor confiere el primado a Pedro, y a los Apóstoles que han permanecido fieles les confirma en su vocación, les dice que esperen a que llegue la virtud de lo alto, Pentecostés, que esperen allí reunidos. Los Apóstoles cumplen con lo que Jesús les dice, reciben el Espíritu Santo y desde entonces perseveran con absoluta fidelidad en el camino del seguimiento de Jesús.

Me diréis vosotros que estoy hablando de un grupo escogido, de aquellos que Jesús eligió para ser sus Apóstoles. Pero no es así, porque esto que estoy diciendo, tomando como ejemplo las actitudes de los Apóstoles, vale para todo cristiano. A todo cristiano se le pide lo mismo: que se esfuerce por creer en Jesús, ayudado evidentemente por la gracia de Dios, sin la cual la fe es imposible, pero poniendo de su parte, con nobleza de corazón, con pureza de costumbres, con oración, con reflexión; poniendo de su parte todo cuanto pueda para seguir aumentando su fe en Él. Creo Señor, pero aumenta mi fe. Esto vale para todo cristiano y todos tenemos que decirlo.

Y a todos se nos pide algo más. No una simple creencia que se sitúe o nos sitúe delante de Jesús como ante un misterio grande que sobrepasa los límites de nuestra condición humana. Hay que adorarle también y postrado ante Él como se postra uno ante la majestad y la omnipotencia de Dios, para amarle, para decirle nosotros también, como Pedro: *Señor, Tú lo sabes todo. Tú sabes que te amo*. Y para seguirle, en la profesión y el estado que tiene cada uno.

Cada cristiano es un testigo de Dios y de Jesucristo en la vida humana. Cada hombre cristiano consciente es una voz que viene de lo alto y resuena sobre las esferas de este mundo. Cada hombre cristiano que admite lo que el Evangelio le ofrece y vive los sacramentos, con la gracia que en ellos se contiene, y cree en Jesús, con su sufrimiento y su dolor, con su alegría y su esperanza, en su juventud, en su madurez o al final de la vida, va proclamando que cree en el Señor, que le adora, que le ama y que quiere seguirle. Aun cuando esté entregado a los negocios de este mundo, si cumple con ellos honestamente, cree, adora, ama, sirve al Señor. Y lo mismo cuando vive la dignidad del amor humano, en la relación que tiene que nacer entre el hombre y la mujer. Aun cuando esté absorbido por las tareas en que un hombre puede verse envuelto para contribuir al progreso de la ciudad terrestre, en el orden económico, en el campo político, en las tareas científicas o culturales, toda hora es apta para el servicio y el amor a Dios.

Estas dimensiones humanas no se oponen al Reino de Dios, de ninguna manera. Por el contrario, sobre ellas se predica el Evangelio, se manifiesta la fe, la adoración al Señor, el amor. Sobre ellas y dentro de ellas, un discípulo de Cristo, lo mismo en el siglo XX que en el siglo I, sabe decir como San Pablo: *Sé de quién me he fiado, sé a quién me he entregado, sé en nombre de quién voy regulando el destino de mi vida; tengo, gracias a esta visión, el concepto completo que puede tener un ser humano de lo que significa su existencia como obra de Dios creador y como manifestación del amor de Cristo Redentor*. Se nos pide a todos. Y *esto es la conversión del corazón*.

La genuina conversión del corazón

De manera que conversión no es sentimentalismo, ni temor y encogimiento, ni actitud pasajera, ni sentimiento religioso que nos lleve, en un momento dado, a rezar más que en otras ocasiones, no. La conversión de corazón es un proceso que empieza, movido siempre por la gracia de Dios (sin la cual no podemos dar un paso), en las facultades interiores del hombre, en la voluntad y el pensamiento. Y que admite la luz que se desprende de Jesucristo. Y a esa luz, confiesa la divinidad del Mijo de Dios, acata su doctrina, admite sus enseñanzas

y se dispone a seguirle con amor. No es sentirse atemorizados, no es perder nada de la vitalidad ni de la creatividad, ni del anhelo de ser libres que nos acompaña a todo hombre; no es nada de esto. Convertirse sin cesar es amar a Dios y amar a los hombres; es amar a la sociedad, es contribuir al bien común, es hacer todo esto con un sentido religioso más alto que el meramente humano; es obrar así con conciencia de que, a la vez que cumplo mis deberes como ser social, dentro de lo que significa esta sociedad a la que pertenezco, a la vez obro en nombre de esa vida y de esa doctrina que Cristo me ha ofrecido.

Para ello, esta conversión me pide pureza de corazón, lucha contra el pecado, sea el que sea: pecado de odio, de ira, de maledicencia, de egoísmo, de lujuria, de avaricia, de blasfemia, de falta de perdón. Pecado es todo aquello que se opone a las bienaventuranzas, a los mandamientos de la Ley de Dios, al precepto fundamental del cristianismo: amar a Dios y amar al prójimo como a nosotros mismos. Luchar contra el pecado es esto: es ser consecuente con un sistema de vida; es ser valientes para llegar hasta las últimas consecuencias; es ser limpios de corazón una vez que se ha aceptado el mensaje de Jesús, para decir: aunque yo caiga por mi debilidad, me levantaré como el hijo pródigo, pediré perdón y seguiré adelante difundiendo el bien. No el bien puramente ético, no el ejemplo meramente humano que puede nacer de mi condición, que siente, simplemente por el hecho de ser humano, la necesidad y la exigencia de la honradez. Yo tengo que llevar al mundo algo más, tengo que llevar la vida de Cristo, porque Él ha venido a dármele: su Palabra, su ejemplo, su trascendencia, su luz, algo de su pureza infinita, la esperanza que nos ha ofrecido con su muerte y resurrección; su sentido de las cosas de aquí abajo y su sentido de lo eterno. Todo esto es convertirse, todo esto es luchar contra el pecado. Es una causa noble, jóvenes, bien merece la pena. Pero vuelvo a insistir: se necesita, una y otra vez, la actitud personal, la de cada un consigo mismo, en el encuentro con Jesucristo.

Vamos a ver de nuevo algunos ejemplos del Evangelio. Porque hoy se habla mucho de estas cuestiones y con el fin de hacer una religión, como algunos dicen, más cómoda, más fácil, más grata a la psicología humana del hombre contemporáneo, se está tratando de limar las aristas y esto es ir por mal camino, no es honrado. El mensaje de Cristo hay que presentarlo en toda su integridad.

Y se habla del pecado colectivo, y se añade que más que pecado personal lo que hay es situación de pecado; de que la responsabilidad personal del hombre está, la mayor parte de las veces, tan atenuada que casi no existe. Se habla de conciencia cristiana, de impregnar el mundo y las realidades del mundo con sentido cristiano; se habla de ser testigo del Evangelio, así en general. Y este es un lenguaje que puede prestarse a ilusiones engañosas, queridos jóvenes. Tenemos que ser, repito, muy honrados y honestos en nuestras afirmaciones.

Jesucristo busca a cada persona y es cada persona la que tiene que convertirse, cada uno, en su propia mismidad, en su propio ser. Ved, si no, el Evangelio. Un caso de encuentro personal y conversión: **Nicodemo**. Veíamos la otra noche el pasaje del Evangelio de San Juan en que se nos presenta a este hombre culto del Sanedrín. El diálogo con él es muy personal. Le dice el Señor: *¿Y tú, tú eres maestro en Israel y no conoces estas cosas? Os es preciso nacer otra vez.* Él, el que está escuchando.

Otro encuentro personal: la **samaritana**. Esta mujer cuya figura aparece en el Evangelio tan interesante, por todo lo que se nos dice de su vida: la fase anterior, de pecado descubierto, y la fase posterior de rendición de su alma ante el profeta, ante el Mesías; y su entrega apostólica, porque después de esa conversación con Jesús se convierte ella en una colaboradora de la misión del Señor. Va corriendo al pueblo donde vive, para decir que ha encontrado al Mesías, que éste le ha descubierto todo lo que en ella permanecía secreto y se convierte, como si dijéramos, en una propagandista del mensaje de Cristo.

Pues bien, es a ella, personalmente, a quien Jesús le dice y le habla en los términos en que le habló: *Bien dices que no tienes marido. Cinco has tenido y el que ahora tienes no es tu marido* (Jn 4, 17-18). Le habla de esos secretos de su vida. Y es a ella a quien le dice: *Dame de beber tú* (Jn 4, 7). Como a cada uno de nosotros nos pide el agua de nuestra generosidad y de nuestra entrega personal.

Es lo mismo que pasa con la **mujer adúltera**, cuando los judíos la sorprenden en su pecado y la llevan a la presencia del Señor, para que éste la condene. Y Jesús no les hace caso. Se pone a escribir unos signos misteriosos en el suelo, queriendo provocar un silencio desconcertante que empiece a ser acusación de aquellas conciencias tan malas, tan fáciles para acusar a los demás y tan difíciles para reconocer sus propias faltas. Y cuando se han retirado de allí, porque Jesús les dice: *El que esté limpio, que tire la primera piedra*, sobreviene el diálogo con aquella mujer pecadora: *¿Nadie te ha condenado? Nadie, Señor. Yo tampoco, vete en paz y no peques más* (Jn 8, 3-11). Jesús no es el Dios de la ira para condenar a aquella pobre piltrafa humana que se ve allí, avergonzada y expuesta a la vindicta pública de todos los que son peores que ella. No, no es la ira, ni el enojo de un Dios condenador. Es el perdón de su Corazón generoso. Pero, cuidado, hay amor y perdón infinitos para con el pecador; no hay complacencia en el pecado, no hay condescendencias peligrosas con el pecado. Hay mansedumbre divina de corazón por parte del que ha venido a perdonar, pero limpieza rotunda en la afirmación: *No peques más*. Tú, tú personalmente.

Y lo mismo en el caso de **Zaqueo**. Otro hombre que aparece en el Evangelio con otra clase de pecados: la avaricia, el ansia de dinero, la retención injusta de lo que no es suyo. Pero que ha sentido por dentro, movido por la acción misteriosa de Dios sobre el corazón del hombre, el deseo de acercarse a Jesús. Encuentro personal, otra vez, con aquel personaje que está predicando el mensaje del evangelio. Y Zaqueo, pequeño de estatura, se sube a un árbol para poder contemplarlo mejor cuando pase. ¿Qué había en el alma de este hombre, envejecido ya en el pecado del dinero injusto, y, sin embargo, ansioso de poder ver un poco más de cerca a Jesús? Y Jesús le dice que baje, que quiere hospedarse en su casa. Y aquí viene otra vez el diálogo. Es Zaqueo el que hace la confesión, tocado por la gracia de Dios. *Yo, Señor, daré la mitad de lo que tengo a los pobres y devolveré el cuádruplo a aquellos de quienes he recibido injustamente lo que no tenía derecho a recibir* (Lc 19, 8-10). Y Jesús da gracias, porque ha entrado la bendición en aquella casa. Porque Él ha venido a salvar a los pecadores.

Ved en estos episodios evangélicos lecciones permanentes, queridos jóvenes, con las cuales trato de confirmar lo que es permanente doctrina de nuestra religión cristiana tal como nos ha sido enseñada. Se trata de una conversión

personal, que tiene que llevar a cabo cada uno, contemplando su vida, sus pecados, los peligros a que se expone, sus flaquezas consentidas, todos aquellos riesgos de desprecio de la religión y de la fidelidad a Jesucristo, ese desprecio consentido, que es lo verdaderamente peligroso para la conciencia de un hombre.

Un pecado, aisladamente considerado, parece que no es nada. Lo terrible es que, además de lo que cada pecado tiene de ofensa a Dios y de daño contra sí mismo y contra la sociedad, de no reaccionar contra él, viene facilísimamente la realización de nuevos pecados; y se convierte uno en esclavo de esa situación de pecado, por virtud de la cual se produce el endurecimiento del corazón, la frialdad, la obstinación. Y se buscan maneras de justificar esa conducta. Y no se da importancia a nada, parece que es lo más natural. Así es el mundo; así se entienden la exigencia de la libertad, las expansiones del corazón y del sentimiento, la relación de unos con otros. Todo parece lícito de tanto parecer frecuente. Todo llega a parecer natural, al ver cómo unos y otros incurren en las mismas faltas. Se borra la conciencia de delito moral. Desaparece el sentido de pecado y se considera todo eso como una expansión, repito, como un despliegue normal de las facultades de conquistas que el hombre tiene en relación con la libertad, con el dinero, con la mujer, o la mujer con el hombre, con los derechos humanos, con la lucha social, con lo que sea. Pero se deja de prestar atención a la brújula orientadora, al norte que puede guiarnos. Y esto es lo grave del pecado.

De ahí, lo saludable de la predicación cristiana y del encuentro con nuestro Señor Jesucristo, en ocasiones como ésta en que estamos aquí, queridos jóvenes.

Las exigencias del Evangelio

A mí me invitaron, a poco de llegar a Toledo, a que en esta cuaresma pudiera dirigirme a las familias y a los jóvenes, por medio de las conferencias cuaresmales; y acepté sin vacilar. Pensaba, como os decía el primer día, que era obligación mía predicar la Palabra de Dios. Pero después reflexiono y digo: ¿para qué, a qué puedo yo aspirar, si yo no tengo sabiduría humana, ni puedo predicar una teoría científica o una doctrina filosófica? No, no es esa mi misión. Eso lo puede hacer el científico o el filósofo. Lo que yo tengo que recordar y urgir son las exigencias del Evangelio. Pero, ¿es que hay en la vida del hombre Evangelio, si no hay limpieza de corazón? ¿Hay en la vida Evangelio, si no hay afán de justicia? ¿Hay en ella Evangelio, si no hay mansedumbre de corazón? Bienaventurados los mansos, los pacíficos. ¿Hay Evangelio, si no hay arrepentimiento de nuestros pecados? ¿Pero es que de Cristo no se desprende necesariamente la pureza de todo: la pureza en las relaciones sexuales, la pureza en la posesión de los bienes de este mundo, la pureza en el trabajo, en la lucha para conseguir un mundo mejor, la pureza en el amor, en la caridad fraterna? Sí, todo esto se desprende de Cristo; y si no, el Evangelio no sería nada. Yo no entiendo a Jesús, si no es así. Hijo de Dios que ha venido al mundo y ha venido para predicar una Palabra, y nos la ha dicho y nos la transmite por medio de la Iglesia, y esta Palabra nos habla de eso, de ser limpios de corazón, de ser justos, de cumplir los preceptos que el Señor nos dio.

Él no ha venido a dejar de cumplir ni un ápice de la ley, sino a darle plenitud. Y en la ley mosaica están los mandamientos. Algunos dicen: ¿Y qué? Los mandamientos, al fin y al cabo, no son más que la expresión natural que está grabada en el corazón de todo hombre. Dicen lo que debe hacerse y lo que no debe hacerse, como reflejo del orden natural creado y dictado por Dios. Y así tiene que ser, porque es Dios el que ha hecho al hombre; y en el hombre, sea la época en que vive y la religión a que pertenece, en todo hombre, en su corazón hay esto, lo que se expresa con estos mandamientos del Decálogo. De manera que por el hecho de que yo vea una identificación entre los mandamientos y la ley natural, lejos de que esto disminuya mi sentido religioso de unión con Dios, me lo fortalece, me lo aumenta. Porque al ver eso en la ley natural, pienso ¿y quién ha hecho así a la naturaleza humana más que Dios?

Pero, a la vez, el cristianismo, la religión de Cristo, me aporta algo más, me añade algo por encima de la mera ley natural: me trae el precepto fundamental del amor al prójimo: *Amaos como yo os he amado. Este es mi mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros, como Yo os he amado* (Jn 13, 34). Y aquí en este precepto se encierra, como en núcleo fundamental, toda la exigencia más viva para ser buenos, para ser generosos, para ser transformadores del mundo, para contribuir a un orden social más justo, para luchar perseverantemente, no obstante las dificultades que tengamos.

Pero, a la vez, me pide algo personalismo. No una lucha, ni un afán exclusivamente orientado a los demás, me pide que piense en mí mismo, en la conversión personal que tengo que ir labrando, día tras día, en virtud de ese encuentro que yo tengo con nuestro Señor Jesucristo.

Mañana terminaremos estas conferencias y el último día celebraré aquí la Santa Misa para vosotros. Yo os pido, jóvenes, que no os limitéis a escuchar estas palabras mías, dad un paso más, acercaos al Señor, poned en paz vuestras conciencias, purificadlas, haced un acto de amor, confesad vuestros pecados, acudid al Dios del perdón, buscad la fuerza de la gracia. Y para eso: orad. Sed muy amantes de la Virgen Santísima, tened una devoción profunda a la Santísima Virgen María, Madre de Cristo, Madre de la Iglesia, Madre nuestra. No es una devoción de débiles, es una devoción de los fuertes. María es la Madre de la fortaleza cristiana. Y huid de las ocasiones de pecado. Sed generosos con Dios. Estoy seguro de que recobraréis y aumentaréis cada vez más en vuestro interior la paz y la alegría de la conciencia. Frente a todo cuanto podáis oír o leer hoy, que tienda a disminuir la gravedad del pecado y a restar importancia a esas manifestaciones desordenadas, tal como la religión cristiana siempre nos lo ha enseñado, poneos en guardia. No es buen camino; al final siempre se termina reconociendo que la voz de la verdad estaba en esos mandamientos y en esos preceptos nuevos del Señor. Siempre se termina por ahí.

Todo pecado es una falta de amor a Dios y de amor al hombre. Todo pecado, aun el de simple pensamiento, constituye un daño social, porque desordena al hombre y hace que éste deje de prestar a la sociedad toda la riqueza que ésta podría tener, si su conciencia fuese pura. Aunque su pecado, repito, haya quedado en el secreto de su pensamiento y de su intimidad. Hay que dar todo lo bueno que tengamos, todos los talentos que Dios nos dio. Hay que dar limpieza de corazón, fe, esperanza, alegría, costumbres santas, amor generoso y puro entre los jóvenes. Yo confío en vosotros y pido al Señor que os facilite el

encuentro personal con Él, para eso, para creer en Él, para adorarle, para amarle, para seguirle.

LA CRUZ Y LA RESURRECCIÓN

La prensa nos ofrece algunos fragmentos del discurso que pronunció el Santo Padre ayer, en la audiencia general, que los miércoles suele conceder a todos los peregrinos que van a Roma a visitarle. Y dijo estas palabras: “Para celebrar la Pascua tenemos que pasar a través de una restauración de la conciencia moral, que no puede realizarse sin una profunda renovación interior, la penitencia, tanto en su tormenta psicomoral interior, como en su gratuito y felicísimo milagro sacramental, la confesión, auto-denuncia, por parte nuestra, de la triste verdad de nuestra conciencia, trastornada por el pecado y recompuesta por el arrepentimiento; y luego re-encendido de la vida divina en nosotros mediante la prodigiosa infusión de la gracia resucitante de Cristo”. Y continuó: “La celebración de la Pascua es un hecho que nos afecta a todos personalmente. Nuestra personalidad es invitada a desplegarse de la manera más sincera y más abierta ante este encuentro con Cristo, el cual quiere celebrar existencialmente en cada uno de nosotros su paso de la muerte a la vida, su resurrección y la nuestra”¹.

Algo de este lenguaje era el que yo utilizaba estas noches, al hablar de la necesidad de este encuentro personal, permanente, de cada uno de nosotros con nuestro Señor Jesucristo.

Exhortando a prepararse debidamente para la fiesta, que está en el centro de nuestra religión, Pablo VI subrayó la importancia que en esta preparación tiene el despertarse de nuestra más auténtica realidad humana: la conciencia moral.

“Hoy se habla mucho de conciencia –dijo el Papa– y se aplica esta refinada y humanísima palabra a toda clase de cosas presentes en nuestro espíritu. Tenemos que decir además que hoy se abusa, a menudo, del término conciencia. Ante todo, atribuirle significados que reniegan de su significado más alto y específico. ¡Cuántos narcóticos, por ejemplo, están de moda para adormecer o para alterar «la digna y recta conciencia», que siempre debería guiar a toda persona honesta! ¡Cuánta propaganda se hace hoy para difundir no la conciencia, sino la inconsciencia, al cohonestar con unilaterales teorías sobre el libre albedrío, o sobre la llamada reivindicación de la autonomía del hombre moderno, la acción sustraída a toda regla moral!”². ¡Cuánto se hace hoy para esto, para tratar de que nuestras acciones se liberen de toda regla moral, en nombre de una libertad mal entendida!

“Frecuentemente –añade Pablo VI– se da a la conciencia un valor meramente psicológico, que encuentra hoy gran expansión y gran confianza en el psicoanálisis y en la correspondiente psicoterapia,... pero, por muy interesantes e incluso útiles que puedan ser esas exploraciones de nuestra vida instintiva y emotiva, no pueden eludir ni suprimir, en el corazón del hombre, la aptitud natural para obrar según la inextinguible norma moral, violada o reprimida, la cual provoca en la conciencia esa peculiar reacción, que llamamos remordimiento. El remordimiento es la revancha de la conciencia moral –concluye Pablo VI– y

¹ PABLO VI, *Homilía* del miércoles 15 de marzo de 1972: IP X, 1972, 244-246.

² *Ibid.*

puede dirigirse, según nos enseña la experiencia vivida y la literaria, hacia las expresiones negativas del espíritu, como son la angustia y la desesperación (recordad el trágico fin de Judas), o bien hacia las positivas (recordad el llanto regenerador del amor de Pedro)”³.

La formación correcta de la conciencia moral

Alude el Papa, con estas palabras, a un fenómeno, del que estamos recibiendo continuamente pruebas abundantes en la vida moderna: la confusión, el desconcierto en todo lo que se refiere al orden religioso y moral. Es que hay que ser libres, se dice; como si esto no lo hubiera dicho el hombre siempre. La libertad acompaña al hombre desde que éste existe, como una exigencia ineludible de su condición y de su espíritu. Pero no hay derecho a ese abuso, verdaderamente destructivo, por virtud del cual, en nombre de la autonomía y de la libertad, se quieren justificar todos los delitos. Hay que reaccionar, jóvenes.

Yo os decía, una de estas noches, que no os llamo para que vengáis con nosotros y para que nos ayudéis a nosotros, obispos y sacerdotes. ¡Si somos muy poca cosa! No se trata de eso. Se trata de algo y sobre todo de Alguien, que está por encima de todos nosotros: Dios, Jesucristo y su Evangelio. Hay que ser libres, sí, pero con la libertad de los hijos de Dios. Y esa libertad de hijos de Dios en tanto existe en cuanto nos hace vivir el amor y el temor de Dios, porque si no, no hay filiación divina.

Es a esto a lo que yo os puedo llamar, a esta reacción noble, generosa, altísima: la de restaurar en la vida actual, con todo lo que ésta tiene de hermoso y de conquistas logradas, en tantas manifestaciones que son gratas de vivir; restaurar, digo, un auténtico sentido religioso de los valores morales del espíritu.

La conciencia no es simplemente eso: un acto reflejo psicológico de nuestro pensamiento. Es el juicio práctico sobre la moralidad de nuestras acciones. Juicio ilustrado en conformidad con la ley divina, con las exigencias de la ley natural. Todo hombre tiene derecho a obrar en conciencia, pero tiene el deber de ilustrar esa conciencia, y de hacer que, rectamente inspirada, guíe los pasos de ese hombre. Y esto le obliga a reflexionar, a pensar, a leer, a meditar, a conocer cuál es la ley de Dios, la voluntad divina. Y cuando ésta es conocida, en un acto repetido, serio, continuado, de formación prolongada, ese hombre puede juzgar sobre la moralidad de las acciones. Muchas veces, espontáneamente, por sí mismo, juzgará del bien y del mal, en sus principios más absolutos y más altos; pero para poder llegar a una discriminación más pormenorizada y minuciosa, necesita reflexionar y formarse, no le basta la espontaneidad que nace de su propio juicio psicológico. Y entonces, su conciencia formada le dice cuándo esos actos son morales o inmorales. Cuando un hombre obra así, es honesto; de lo contrario, está jugando con la facultad más seria que tiene para ser un hombre digno.

Elevado esto al orden religioso cristiano, surge una consecuencia: no basta que yo ilustre mi conciencia con lo que puede dictarme la ley natural; tengo que enfrentarla también con lo que me pide nuestro Señor Jesucristo, para ver qué

³ *Ibíd.*

es lo evangélico, qué es lo cristiano, qué es, de verdad, lo más conforme al espíritu del Señor. Y para esto yo tengo que orar y tengo que buscar la luz de Dios y su gracia; y tengo que escuchar los consejos de un buen sacerdote que guíe mis pasos; y tengo que recibir los sacramentos que me fortalecen y me dan serenidad. Y esto no un día, ni otro, sino de una manera habitual. Así es como se forma el cristiano consecuente, el verdadero discípulo de Cristo, el que está en camino de la perfección y de la santidad, a la que estamos llamados todos, absolutamente todos.

A esto han tendido mis reflexiones de estos días, en este primer encuentro que he tenido con vosotros, queridos jóvenes de Toledo, y que terminará mañana con la Santa Misa, que aquí celebraré para vosotros.

Amar y seguir a Jesucristo, os decía ayer. Cada cual según el estado y condición en que vive. El sacerdote como sacerdote; el seglar como seglar; el soltero, o el casado, según su propia condición. Porque es cierto que todos somos cristianos, pero cada uno tiene sus obligaciones específicas, cada uno tiene las suyas. Y en esta armonía de complementariedad de los diversos estados y situaciones de la vida, según respondemos a los designios providenciales del Señor, está la belleza de la comunidad cristiana, del Pueblo de Dios: obispos, sacerdotes, laicos, religiosos, y todos los hijos de Dios, cumpliendo cada uno con nuestras obligaciones propias y ayudándonos todos en nuestra común condición de cristianos.

La vivencia honda de la Semana Santa

Se acerca la Semana Santa, el Misterio Pascual; hay que vivirla y hay que vivirlo con mucha intensidad cristiana. Basta una reflexión para comprender que debe ser así. Y es conveniente hacerla, porque hoy, como consecuencia de muchos fenómenos propios de la vida moderna –el turismo, la facilidad de los viajes y salidas del lugar en que uno habitualmente reside, el anhelo de un descanso más relajado y tranquilo, que nos libere del vértigo a que normalmente estamos sometidos– todo esto contribuye a que se vaya perdiendo el sentido social de la Semana Santa. Y no es lo malo que se pierda el sentido social, es decir, la expresión colectiva externa tal como se vivía antes en nuestros pueblos o ciudades; lo malo es que esto se pierde como consecuencia de que se ha perdido el sentido profundo de esa semana central en el interior de la conciencia, de las familias y de los individuos. Y esto es contra lo que tenemos que reaccionar en este instante.

Evidentemente no pueden ser hoy las formas externas las mismas de hace veinte, cuarenta o cincuenta años. Pero buscar expresiones consecuentes de la fe en estos días de la Semana Santa y vivirlas, me parece que es una honrosa obligación de todo el que cree en nuestro Señor Jesucristo.

En primer lugar, porque vivimos de eso, jóvenes. No solamente la liturgia del año, la de todo el año, desde el Adviento, gira en torno al Misterio Pascual, sino que la vida del cristiano, la vida real, nuestra vida, desde el Bautismo hasta nuestra salida de este mundo, por el camino de la esperanza y de una muerte santa, descansa en el hecho de la muerte y resurrección de Jesucristo.

Si yo soy cristiano, estoy bautizado, he recibido los demás sacramentos, he orado, han llegado hasta mí las gracias y los dones del Espíritu Santo, ¿quién me ha merecido todo esto? ¿Y de qué manera y por qué medios? No hay más que una respuesta: Nuestro Señor Jesucristo. Es la causa meritoria de nuestra justificación, de nuestra santificación en todo el proceso de la vida cristiana, y nos la ha merecido con la totalidad de su vida, por supuesto. Pero culmina esa vida en el ofrecimiento que de la misma hace en su muerte, y en la victoria que logra sobre el pecado, sobre el demonio, sobre la muerte, con su resurrección. Todo el Misterio de Cristo viene a resumirse en eso: vida, muerte, resurrección y ascensión al cielo. Este es el Misterio Pascual, que está actuando en nosotros constantemente mientras somos cristianos. Si estamos en gracia, porque la gracia que poseemos nos la ha merecido Él; si estamos en pecado, porque el arrepentimiento que mueve nuestros corazones a solicitar el perdón, viene también como una gracia suya; y el perdón que se nos da en el sacramento de la penitencia, es un fruto del árbol de la muerte y de la vida, del Calvario y de la resurrección.

No solamente la vida de cada cristiano, la Iglesia entera, como Cuerpo Místico de Cristo ahora en el mundo, mientras va desarrollando su existencia, está apoyándose en el hecho de la muerte, resurrección y ascensión de Cristo a los cielos.

El envío del Espíritu Santo a la Iglesia, ha tenido que ser precedido en este hecho, la muerte y resurrección de Jesús. El Espíritu Santo está animando internamente este misterio de la Iglesia viva, en su desarrollo a través del tiempo. Pero es Cristo, con el Padre, el que nos lo ha enviado. Él nos prometió que lo enviaría después de morir, para que viniese el Espíritu Santo a darnos su paz, su consuelo, toda su luz y todos sus dones, de los cuales vive la Iglesia,

Repasad la historia de la diócesis de Toledo, por ejemplo, tan digna y tan gloriosa, con sus santos, con sus obispos, con sus sacerdotes y sus órdenes religiosas, con sus familias cristianas a lo largo de los siglos, con todo el esfuerzo que aquí se hizo, para lograr la unidad católica de España, con todo cuanto se ha hecho en los tiempos modernos por vosotros, como comunidad cristiana, con vuestros sacerdotes y obispos. Todo esto no es, simplemente, una página de la historia humana, que se escribe con esa tinta con la cual narramos los acontecimientos de los hombres. A través de todo ello late la acción invisible del Espíritu de Dios, que ha alentado en esta Iglesia, como en todas las demás que existen en el mundo configuradas como diócesis, y en cada una de las cuales se reproduce a escala local lo que es la Iglesia universal. Mirad esa historia: es fruto de la acción del Espíritu de Dios, que ha sostenido a los hombres, que ha mantenido la fe, que ha dado fuerzas para velar por los principios morales, que ha procurado difundir por todas partes eso que llamamos el sentido cristiano de la vida, la esperanza, la paz, el amor; con todos los fallos que queráis, con pecados, con luchas fratricidas, con odios, con esos pobres resultados de la miseria humana. Pero con eso cuenta Dios también para su acción providente sobre los hombres. Es la acción de Dios. Todo ello es fruto de la muerte y de la resurrección de Jesucristo.

He ahí por qué no podemos ser indiferentes a conmemorar y vivir con intensidad el Misterio Pascual.

No, a un cristianismo tibio y complaciente

Digamos no a un cristianismo tibio y complaciente, que quiere poner una vela a Dios y otra al diablo. No, a un cristianismo de rebeldías y de protesta. Empiece la rebeldía cada uno dentro de sí mismo para ser rebelde contra sus propios egoísmos. No, a un cristianismo evaporado y sin dogmas, en que no se sabe lo que hacer, ni lo que hay que practicar. Incluso por razones de ecumenismo, en este esfuerzo heroico que estamos haciendo hoy todos los cristianos, no solo la Iglesia católica, para que Dios nos permita encontrar el camino de la unidad, incluso desde este punto de vista, lo viene diciendo repetidamente el Papa, no engañemos, no disimulemos nuestras afirmaciones, que por ahí no lograremos la unidad. Mantengamos con humilde firmeza lo que creemos, nuestro Credo. No hemos de desnaturalizarlo y desfigurararlo; eso sería una traición que se alzaría como un primer estorbo en el camino, porque al acercarnos a los demás nos acusarían de ser infieles a nosotros mismos.

Un cristianismo exigente todo lo que queráis, pero exigencia al estilo de Cristo, con esa santa intransigencia suya y al mismo tiempo con su caridad y su perdón. Fieles a lo que el Señor predicó, conscientes de que tenemos que seguirle, y esto es todo; yo no sé decirlo de otra manera. Y sufro intensamente al comprobar cómo toda la renovación conciliar, en que la Iglesia de hoy está empeñada, corre peligro de que se quede sin efecto en gran parte como consecuencia de esta vaporosidad, de este desdibujamiento del cristianismo tal como el Señor nos lo predicó y tal como la Iglesia nos lo ha ofrecido siempre.

El Concilio no ha cambiado nada de lo substancial de nuestros dogmas, nada. Juan XXIII, al convocar el Concilio, en sus discursos primero y durante el primer año conciliar que vivió, muchas veces repitió la misma frase: Que el Concilio presentase las verdades de la religión *in eodem sensu*, de forma tal, que el hombre moderno pueda captarlas mejor, pero “en el mismo sentido”; y aquí está el fallo tremendo en que estamos incurriendo. La moral, como resulta antipática al hombre moderno, vamos a pasarla por agua; vamos a hacer una moral acomodaticia; vamos a hablar de situaciones colectivas, de liberar al hombre, que el hombre encuentre simpático, atractivo, el cristianismo, el Evangelio.

¿Pero es que Cristo empezó así a predicar su Evangelio? Las primeras palabras que pronuncia, nos dice el evangelista San Mateo, son las mismas con que le presentó el Bautista: *Arrepentíos, haced penitencia, porque está cerca el Reino de Dios* (Mt 4, 17). ¿Vamos a disimular nuestros dogmas, porque resultan incomprensibles a la mentalidad moderna? ¿Y porque resultan incomprensibles, vamos a destruir lo que Dios nos ha revelado? ¿Pero es que el misterio de Dios podrá abarcarlo alguna vez la inteligencia del hombre, del de hoy o del de mañana?

No es por ahí por donde podremos avanzar, no. Exigencia de amor, de justicia, de transformación del mundo, sí, pero sin refugiarnos cómodamente en ese espejismo de cambiar las estructuras. Porque cuando se pone tanto empeño en eso de cambiar las estructuras, mal va la cosa. Por lo general, los que más han hecho para cambiar el mundo, en lo que han trabajado es en cambiarse a sí mismos; y después brotaron estructuras nuevas, y casi sin saber cómo. Así, por ejemplo, los santos. Cuando empezaron los santos reformadores a vivir y a exponer su ideal, su programa, ni tenían reglas, ni constituciones, ni planes

concretos, tenían vida y la iban comunicando. Un San Francisco de Asís, un Santo Domingo de Guzmán, una Santa Teresa de Jesús, empezaron así, reformándose a sí mismos. Luego aparecieron las estructuras.

Desconfiad mucho de aquellos que para todo programa de reforma de la Iglesia empiezan atacando lo que existe. Es mala señal. Fiaos, en cambio, de aquellos que, con respeto a todo lo que hoy existe, cuando ellos ven que hay algo que reformar, empiezan por vivir, con humilde profundidad, dentro de sí mismos, aquello que quieren ofrecer. Y luego, con el ejemplo de vida por delante, llenos de amor, de humildad, de auto-exigencia, de justicia consigo mismos y con los demás, van haciendo que surjan suavemente aquellas concreciones, a través de las cuales se abren los cauces por donde puede discurrir la vida que ellos traen.

No, a un cristianismo sin la cruz

En una palabra, queridos jóvenes, en todo momento, en toda época, para esta conciencia moral que es necesario restaurar, y para esta reacción cristiana que buscamos, y que yo, como obispo, tengo obligación de contribuir a despertar en todos aquellos con los cuales trabajo, insisto, el ejemplo es nuestro Señor Jesucristo. Sigámosle a Él, meditemos mucho en su misterio: en su cruz, en su muerte, en su resurrección. Primero en su cruz, jóvenes, sí, en su cruz. No hemos de dejarla a un lado, no podemos disimular este aspecto doloroso en la vida de Jesucristo. Es Él mismo el que nos lo ordena así:

Leo en el evangelio de San Mateo el capítulo diez y seis: *Comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que convenía que fuese Él a Jerusalén y que allí padeciese mucho por parte de los ancianos y de los escribas y de los príncipes de los sacerdotes. Y que fuese muerto y que resucitase al tercer día. Pero tomándole aparte Pedro, trataba de disuadirle diciendo: Señor, de ningún modo, no ha de verificarse eso en ti. Pero Jesús vuelto a él le dijo: Quítate de delante, Satanás, tú me sirves de escándalo, porque no sientes las cosas de Dios, sino las de los hombres (Mt 16, 21-23). ¿Habéis leído este pasaje alguna vez? ¿Os dais cuenta de lo que significa que Jesucristo reprenda a Pedro, a quien acaba de prometer el primado, y le llame Satanás? Quítate de delante, me escandalizas; pretendes apartarme de la obediencia que debo a mi Padre y del sacrificio de mi vida, porque no tienes conocimiento, ni gusto de las cosas de Dios, sino de las de los hombres. ¡Cómo se quedaría el Apóstol Pedro ante este reproche! Y entonces dice Jesús a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame, pues quien quiera salvar su vida –obrando contra Mí se entiende– la perderá; mas quien perdiere su vida por amor a Mí, la encontrará. Porque, ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O con qué cambio podrá el hombre rescatarla una vez perdida? (Mt 16, 24-26). Es decir, Cristo cuenta con la cruz. La cruz formaba parte del programa redentor de su vida y la aceptó.*

Vosotros también, jóvenes. Vuestra cruz es fidelidad, cumplimiento del deber moral, perdón frente al odio y la venganza, ser puros y castos en medio de tantas desvergüenzas y lujurias, ser justos en la administración y uso de los bienes frente a tanta avaricia: es esperar contra toda esperanza; es encontrar un sentido al dolor físico, a la enfermedad, al fracaso, a la impotencia humana, a la muerte. Nuestra cruz es confesar al Señor en medio de la incredulidad; nuestra cruz es

dominar nuestras pasiones, aun cuando mucho nos cueste; nuestra cruz es sufrir siendo obedientes, respetuosos, colaborando con la sociedad para todo lo que sea el bien de los demás; nuestra cruz está no en destruir, sino en purificar; nuestra cruz consiste en decir no a las sollicitaciones del pecado; es aceptar el misterio, es no desesperarnos frente a tantos motivos como puede haber en un momento dado en esa familia deshecha por el dolor, en ese organismo muerto o destrozado por una enfermedad que se prolonga sin aparente sentido.

Nuestra cruz es soportar; más que soportar es amar el vivir con los demás, a pesar de tantos egoísmos; nuestra cruz es querer vivir las bienaventuranzas, es aspirar a la santidad cueste lo que cueste; es luchar contra tantas adversidades y obstáculos que se nos presentan en el camino, en la realización de nuestro destino, humano y religioso. Nuestra cruz es ser humildes, cuando tanto nos invita a ser soberbios; ser pacientes y silenciosos cuando podríamos protestar, no para mejorar nada, sino para darnos satisfacción a nosotros mismos. Nuestra cruz es ser perseverantes junto al hermano caído en el camino, no buscando un prójimo lejano que nunca llegará; el hermano es ése con quien nos tropezamos cada día en nuestro trabajo, en nuestra casa de vecindad, en nuestra amistad, donde quiera que estemos. Nuestra cruz es esto: decir, frente a todas las incredulidades del mundo de hoy, que creemos en Jesucristo y que le hemos convertido en Rey y Maestro de nuestra vida interior, porque sabemos que Él es el único que merece ser llamado Maestro de nuestra vida interior, porque sabemos que Él es el único que merece ser llamado Maestro, el único guía, la única fuerza de amor para cada uno de nosotros. Esta es nuestra cruz y para todo esto se requiere mucha valentía.

En la Iglesia hemos vivido la hora del Concilio; ahora estamos viviendo la hora del posconcilio. Falta la tercera hora, la hora de los santos. Todavía no han aparecido, aunque sí están. Están ocultos, viven su vida silenciosa, pero han de aparecer visiblemente hombres como aparecieron después del Concilio de Trento, que realicen de una manera social dentro de la Iglesia la auténtica renovación conciliar. Y ésta no se hará, si no es llevando cada uno, con inmenso amor, la cruz de Jesucristo que nos pide esta transformación interior.

De la cruz al calvario. Cristo, muerto en la cruz. Va a ella con esa decisión soberana del que es dueño de su destino. Obediente al Padre, pero con plena voluntad Él es el que la ha aceptado. Sufre todos aquellos ultrajes con que le obsequian los enemigos y no dice una palabra desentonada. Rompe su silencio, alguna que otra vez, con Pilato, con algunos otros de los que están junto a él; hace algún gesto, pero apenas habla nada. Va camino del Calvario y en esta hora suprema, en que va a entregar su espíritu al Padre, abre sus labios para pedir perdón por los hombres,

La cruz, misterio de amor supremo

¿Por qué muere Jesús? Esta es una pregunta que tenéis que haceros. ¿Por qué la muerte de Jesucristo? La teología católica responde a esta pregunta y elabora, fundándose perfectamente en lo que nos escribió San Pablo, sus construcciones de pensamiento teológico, a través de las cuales vemos algo del misterio. Él había dado el porqué: *Nadie tiene más amor a sus amigos que aquél que da la*

vida por ellos (Jn 15, 13). Cristo muere en la cruz por amor a los hombres, ésta es la suprema explicación.

La Redención tenía que quedar sellada así, con un sello de amor. Y esto, jóvenes, es lo que en definitiva prospera siempre en el corazón de los discípulos de Cristo. Habrá épocas en las cuales el cristianismo florece más o menos en la historia. Lo mismo sucede en la vida de cada cristiano: hay temporadas, hay momentos en que se sigue al Señor con más o con menos fidelidad. Ahora bien, lo que hay a lo largo de la historia del cristianismo, en toda la Iglesia y en la vida de cada cristiano, de fidelidad al Señor; lo que hay en ese corazón arrepenido de San Agustín, que escribe, por ejemplo, aquellas palabras dirigidas a Cristo: “¡Oh hermosura siempre antigua y siempre nueva, tarde te conocí; cuánto quisiera ahora poder seguir amándote siempre!”⁴; lo que hay de fidelidad en ese corazón arrepenido de un San Agustín, o en el casi lírico poema de vida que es un San Francisco de Asís; lo que hace un San Vicente de Paúl, entregado a redimir las miserias de los hombres con sus obras de caridad; lo que hace un San Juan Bosco, trabajando con los golfillos de Turín; lo que hay en una Santa Teresa de Jesús o en una Santa Soledad Torres Acosta, de nuestros días; lo que hay en tantos otros desconocidos y anónimos de hoy, no es más que esto: correspondencia fidelísima al amor de Jesucristo.

En el cristianismo hay hombres y mujeres que pecan, pero habrá siempre hombres y mujeres hechizados de amor a Jesucristo, porque responden al amor que Él nos ha tenido. Y este es el secreto. La reacción siempre viene por aquí, siempre. Esos grupos de oración, de que os hablaba yo un día, que están surgiendo en Francia, muchachos universitarios; esos sacerdotes que en Norte América se han agrupado para constituir una asociación en la que quieren vivir en estricta fidelidad al Romano Pontífice en el momento actual, frente a tantas confusiones; esas religiosas que piden más penitencia y más sacrificio en su vida de holocausto y de oblación. Todo esto no se debe más que a una cosa: amor; el amor del hombre que responde al amor de Jesucristo manifestado en la cruz.

Y esa muerte de Jesús no es el hundimiento en la nada, queridos jóvenes; ésta es la suprema alegría del cristiano. Después de la muerte viene la resurrección. Jesús resucitó, se apareció a María Magdalena, se apareció a Pedro y a Juan, a los demás Apóstoles reunidos, a un grupo numeroso de discípulos. De Cristo resucitado sigue viviendo la Iglesia.

Nosotros llevamos nuestra cruz y sabemos por qué hemos de llevarla; hemos de morir y hemos de dar cuenta a Dios nuestro Señor. Tras la muerte, el juicio; un juicio en el cual se decide nuestro destino eterno, como dice el Señor cuando habla de que unos serán puestos a la derecha y otros a la izquierda; los unos, al castigo eterno del infierno; los otros, a la vida eterna de la gloria. Tras la muerte, el juicio. Pero no es algo para espantarnos, ni para llenarnos de congoja; es el complemento de la armonía de la creación del hombre. El hombre marca el destino, es libre, tiene gracias y ayudas de Dios, responde a ellas con más o menos fidelidad y labra su eterno destino.

Nosotros podemos labrar un destino eterno lleno de paz, de alegría, de felicidad y de dicha. ¿Por qué lo afirmo? Simplemente, porque Cristo ha resucitado,

⁴ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, X, 27, 38.

queridos hijos. Sólo por esto; la Iglesia me lo enseña. Este es nuestro dogma fundamental: la resurrección de Jesucristo. La Iglesia me habla, siguiendo la enseñanza de la Escritura, de la existencia de una vida eterna. Es cierto, ninguno de los que estamos aquí ha recibido ningún mensaje del otro mundo. Nadie ha venido a decirnos cómo es su existencia en el cielo. No importa. Yo creo en Cristo resucitado. Si Cristo no hubiera resucitado, vana sería nuestra fe, seríamos los más desgraciados de los hombres. Pero Cristo ha resucitado y por eso vivo esta fe cristiana, la cual me da un sentido y una orientación completa a mi vida.

Es cierto que no entenderé, con una explicación de tipo filosófico que ilumine mi raciocinio y mi mente, lo que es la impotencia, el fracaso, la nada, la muerte, la enfermedad; hasta ahí no llega la explicación que se da. Yo recibo, intuyo la explicación de todo esto en la misma persona de Cristo. O sea, en Él, que padece, que sufre, que es roto en sus miembros, que muere, que baja al sepulcro; ahí encuentro lo suficiente para decir: algún sentido tiene el dolor, algún sentido tiene la muerte, algún sentido tiene el aparente hundimiento en la nada. El sentido total me lo da después la Resurrección.

Me aparto de Jesús y ¿qué queda? ¿Humanismo marxista? Está condenado al fracaso permanente. ¿Humanismo estético? Para que el seducido por ese humanismo termine un día pegándose un tiro en las sienes. ¿Humanismo científico? Para estar continuamente con nuevos descubrimientos y continuamente padeciendo las consecuencias de este agobio incesante, en que vive el hombre moderno, esclavo de la técnica. ¿Me explican estos humanismos lo que es la impotencia, la muerte, la enfermedad, el fracaso? No, no. ¿Me lo explica la religión de una manera clara a mi mente ligada a lo sensible? Tampoco, pero yo lo veo todo en Cristo, en su persona, en su ser, en su realidad. Veo en Él eso, veo el sufrimiento hecho carne, veo en Él el dolor, veo la muerte en la cruz, veo la sepultura, pero veo la resurrección.

Como consecuencia de todo lo dicho, se impone la conclusión de que hay que seguirle; y entonces no soy yo quien tiene que trazar el camino; es Él quien tiene derecho a trazarlo. Él es quien nos ha predicado ese camino, quien nos ha ofrecido una enseñanza que no pasa de moda, y que donde quiere que se expone levanta el corazón de los hombres puros.

Yo os he hablado un poco estas noches de todo ello. ¡Y siempre es tan poco, para tanto como podría decirse! Seguid adelante en vuestra condición cristiana, jóvenes; y cualesquiera que sean las dificultades de la vida, no seáis ligeros ni precipitados en vuestro obrar. Cuando todo os falle a vuestro alrededor, coged la cruz y asida vuestra mano al frío metal de un crucifijo, besadle con fervor, besadle con lo mejor de vuestro corazón. No os apartéis de Él, nunca os defraudará, nunca, suceda lo que suceda. Aunque se os hunda el mundo, aunque desconfiéis de todo, decidle a Él: yo sigo confiando en ti, yo sé de quien me he fiado. Y Él os volverá a dar no ya algo, sino mucho, o mejor dicho, la plenitud de su luz y de su paz, la paz divina que vino a traernos.

¡Ojalá podamos encontrarnos de nuevo en los santos Oficios de la Semana Santa, de esos días sagrados, para conmemorar juntos el misterio de nuestra salvación! Dios os bendiga. Hasta mañana.

LA PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO

Estas noches, queridos jóvenes, nos encontrábamos aquí, unidos por el vínculo de la palabra que yo predicaba y que vosotros habéis acogido con devoción y con respeto. Y también unidos con el vínculo de la oración, esas breves plegarias que recitábamos, una breve oración a la Santísima Virgen, algún canto de alabanza; y siempre manifestando nuestra fe y nuestros buenos propósitos. Esta noche nos une a todos un vínculo distinto. Estamos aquí reunidos en torno al altar. Yo voy a celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, en el que vais a participar todos. Y quedaremos sumergidos en él, en virtud de esa fe, que nos hace confesar lo que es el Sacrificio redentor de Cristo. Nos ofrecemos juntamente con Él y así, con esa oblación que nace del interior de nuestra conciencia, somos cristianos, cristianos de verdad, consecuentes con todo aquello que nuestra fe nos señala.

Estas noches yo os miraba con esperanza; hoy puedo contemplaros con gozo. No es un gozo superfluo y vano; no puedo yo estar pendiente de esa clase de satisfacciones personales. El gozo mío es espiritual, pastoral, religioso, sacerdotal; es el gozo de la fe. El hecho de que una porción numerosa de jóvenes de Toledo hayáis venido aquí durante estas noches, y ahora también queráis encontraros aquí, para recibir esta última palabra que os pronuncio y para uniros en el sacrificio de la Misa y recibir la Sagrada Eucaristía, fortalece mi propia conciencia. Y en este sentido sirve para que yo tenga el gozo de un deber cumplido y la alegría de ver que se puede contar con vosotros para todo aquello que signifique nobles empresas en el servicio del Reino de Dios.

Pero debemos seguir reflexionando. Os decía una de estas noches que es un deber constante el pensar en Jesucristo, el de estimar en todo su valor las palabras que Él nos dirige, el hacer que nuestra vida vaya centrándose cada vez más, según la diversidad del propio estado y condición, en torno al misterio de Jesús.

Nos ha sido leída la parábola del hijo pródigo, página insuperable del Evangelio de San Lucas. Probablemente esta página y la del Sermón de la Montaña sean las que, a lo largo de los siglos, han despertado en todos los lectores del Evangelio mayor admiración y mayor sentido de respeto y de amor a la figura de Jesucristo. Aun literalmente, es una página tan bella, que se ha llegado a decir que ninguna mente humana ha podido describir un proceso tan profundo de lo que es el hombre, en su vida y en su relación con Dios, con menos palabras y más expresivas.

Jesús busca y acoge al pecador

No puedo comentarlas detenidamente, pero os ruego que en el silencio de vuestro propio hogar esta noche, o mañana, o un día de estos cualquiera, toméis ese libro de los santos Evangelios y meditéis serenamente esta enseñanza de Jesucristo. Os lo pido con la esperanza de que me vais a atender; hacedlo así.

Ved en primer lugar, la ocasión de esta parábola. Dice el evangelista San Lucas. *En aquel tiempo se acercaban a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los letrados murmuraban entre ellos diciendo: Este acoge a los pecadores y come con ellos* (Lc 15, 1-2). Con ocasión de esta frase de reproche que le hacían los escribas y fariseos, es cuando Jesús pronuncia la parábola del hijo pródigo. De manera que éste es el primer dato que hemos de tener en cuenta. Se nos dice que Jesús permitía que se le acercasen a Él los publicanos y los pecadores, para escucharle. O se acercaban a Él, o Él mismo los buscaba. Y es que ésta era su misión, no para condescender con el pecado, sino para perdonar al pecador. Haríamos muy mal en interpretar esta actitud de Jesús, como si hubiese en Él una debilidad complaciente con lo que es el desorden moral del corazón humano. Esto nunca se da en Jesucristo. Porque Él ha venido a salvar y a redimir y tiene que buscar a los que necesitan redención, a acoger con amor inmenso a los que le buscan. Solamente hay una clase de pecadores, respecto a la cual Cristo terminará por permanecer alejado, y son: los obstinados en su propio pecado; aquellos que, a ejemplo de Judas, no reaccionan nunca ante las invitaciones del Señor y se endurecen en su conciencia y permanecen así, con ese endurecimiento y esa obstinación, en la maldad de su propio pecado.

Todo el que tenga un leve deseo de acercarse a Jesús, será recibido por Él. Esta es la grandeza de la Redención: su universalismo, su profundidad. Para Dios no hay más que hombres necesitados de redención. Y Él ha venido al mundo a buscarlos. El secreto del Evangelio está ahí, y no podremos entender nada, si no pensamos ante todo en esto: Jesús que nace en Belén, que vive su vida privada y pública, y después que predica el Evangelio del amor, que muere y resucita por nosotros, nos tiene las puertas abiertas para siempre.

Pero el hombre interpreta mal a Dios muchas veces. Y aquí tenéis un ejemplo de mala interpretación; después aparecerá algún otro. Estos fariseos, que eran más pecadores que los demás, se quejan de que Jesús recibe a aquellos que le buscan. ¿Cómo no les va a acoger? ¿Y cómo no va a comer con ellos? Llegará un día en que Él mismo se dará como comida para los pecadores arrepentidos. Ahora les acoge, todavía en el pecado, para devolverles, después de su acogimiento, purificados y libres, con la libertad de los santos, con la libertad de los discípulos que de verdad creen en Él.

Y para proclamar de una vez para siempre cuál era el sentido de su misión, en este punto concreto del acogimiento del pecador, es para lo que pronunció esta parábola conmovedora: la del hijo pródigo. Leedla vosotros; yo no puedo comentarla con detenimiento. Pero fijémonos simplemente en algunos rasgos: una familia, no aparece la madre, solamente está el padre con sus dos hijos; y el más pequeño le dice un día a su padre: *Dame la parte que me toca de la herencia, de aquello que yo he de recibir* (Lc 15, 12). Y el padre se la dio.

El uso y el abuso de los bienes

Es decir, nos encontramos aquí con el clásico ejemplo del hombre, joven o mayor, que reclama sus derechos. Suponemos que este joven tenía auténtico derecho a recibir la parte de esa herencia. La cuestión no está en reclamar los derechos, sino en usar bien de ellos. Y es aquí donde tantas veces aparece el

drama de la vida. Porque todo hombre reclama el derecho a poseer los bienes que le corresponden: el derecho a la libertad, el derecho al amor, el derecho al trabajo, el derecho a influir en el orden social, el derecho a ser respetado en la expresión de sus sentimientos y de sus ideas. Son derechos humanos. La cuestión está en cómo usamos de ellos. Este joven del Evangelio los usó mal: una vez que los tuvo en su mano, recogidas todas sus cosas, se marchó a un país lejano, malgastó todo viviendo disolutamente; lo deshizo todo. He ahí la cuestión. Y esto es un examen para el hombre de todos los tiempos y de todas las edades.

Que quede muy claro ante vosotros, jóvenes. El Evangelio de Cristo no se opone nunca a los derechos humanos de los hombres en el orden individual, familiar, social, económico, político. Lo que el Evangelio pide es que se empleen esa libertad, ese amor, esos bienes, esas facultades, las que sean, el cuerpo y el alma de una persona, que se empleen tal como Dios quiere que sean empleados. Hay un orden objetivo que está marcado por la propia naturaleza humana y por la ley divina. Cuando nos salimos de ahí, las cosas van mal necesariamente.

Y éste es el caso de aquel joven. El hecho de que fuera el hijo menor y no fuera el mayor, para mí no quiere decir nada, respecto a que particularmente en la edad juvenil pueden darse mayores despropósitos que en la edad adulta. Por desgracia, estos desórdenes morales acompañan al hombre, cualquiera que sea la fecha de su edad y de su calendario. Lo mismo aparecen en ancianos que en adultos o que en jóvenes; la irresponsabilidad del egoísmo es un vicio y un pecado que nace del corazón humano. Una clase de pecados y desórdenes se dan más en una edad que en otra, pero somos todos ante Dios hijos pequeños, que reclamamos muchas veces nuestros derechos para usar mal de ellos.

He ahí el problema y la cuestión grave que se presentan a un hombre que trata de examinar su conciencia ante Dios.

El proceso interior del retorno

¿Y qué ocurrió después? Lo de siempre. Este muchacho, una vez que ha consumido todo lo que recibió, se encuentra sometido a las mayores privaciones. Vive en un país lejano, no tiene amigos, se encuentra solo, –¡pobre del que se encuentra solo en la vida!–, y en esa soledad, sin embargo, es donde va a encontrar el retorno a Dios. No por lo que la soledad tiene o es en sí, sino porque en este caso sirvió para facilitarle la reflexión. Un poco más de silencio en nuestra vida alocada de hoy lo necesitamos todos. Vivimos sometidos a un vértigo incesante que nos impide reflexionar; lecturas continuadas, imágenes incesantes a través de los medios de comunicación, conversaciones repetidas, viajes. Hoy todo el mundo opina de todo; todos saben de todo. Sigue siendo válida, cada vez más, la frase de aquel novelista Palacio Valdés, cuando en su libro *Testamento literario* dice que hoy un alumno de cuarto curso de bachillerato sabe más que los siete sabios de Grecia. Cree ese joven que sabe más, pero qué poco digiere con tanto hablar y con tanto leer.

Necesitamos, un poco más, de soledad reflexiva, de silencio interior, para que el alma encuentre las raíces de su propio destino. Esto es lo que aquí logró este

muchacho, en medio de aquellas carencias, en que se encontraba, privado de todo.

Tras el silencio y la reflexión, el propósito, el noble propósito que hace a un hombre ponerse en camino de redención. Volveré a mi casa en la cual los jornaleros de mi padre están mejor que yo estoy ahora; y diré: *he pecado contra el cielo y contra ti* (Lc 15, 18). Daos cuenta de esta frase del Evangelio, buscada explícitamente por nuestro Señor Jesucristo. Este joven, en su reflexión y más tarde en la confesión que hace, cuando de hecho llega a encontrarse con su padre, manifiesta dos clases de desorden, o mejor dicho, un desorden que va contra los dos puntos de referencia a los que tiene que mirar todo hombre y más en esa situación en que él se encuentra. No dice: “he pecado contra el cielo” únicamente; dice *he pecado contra el cielo y contra ti*.

Atención a los padres; porque hay un pecado también contra los padres. No solamente es la falta de respeto, es también la falta de amor, de atención, de aceptación de lo que es el misterio de la vida. Cuando se habla hoy de la independencia juvenil, de la libertad tan solicitada y proclamada, de las diversas maneras de pensar según las generaciones, de la autonomía de la conciencia, no hacemos más que quedarnos en la superficie. Porque todo eso está bien, y no ha habido nunca época alguna de la historia humana, en la que un hombre joven no haya querido llegar a ser dueño de sus destinos. Hoy se expresa esto de una manera más multitudinaria y con más fuerza, pero responde a un anhelo permanente del corazón del hombre.

Ahora bien, todo eso es compatible con el respeto y el amor a los padres y, en cambio, no lo es con el desprecio a los padres, con la repulsa de lo que ellos son y representan para nosotros. No es sólo una generación y otra; no es sólo que el padre y la madre merezcan ser respetados, porque son ellos los que en el hogar han engendrado a sus hijos y les han dado la vida, no. Aquí hay un misterio, es el misterio de la vida que Dios transmite por medio de ellos; y por eso, hay algo de sagrado en los padres. Podrán ser más listos o más torpes; más cultos o ignorantes; más generosos o menos desprendidos. Aceptad sus defectos y limitaciones y pedid que un día acepten las vuestras los que os han de suceder, igual que vosotros queréis aceptar las de vuestros padres. Pero aún aceptándolas y deseando que se corrijan, aceptad ese santo misterio que hay en los padres, que traen sus hijos al mundo, que los educan con amor, que trabajan por ellos y que les ofrecen todo lo que ellos pueden ofrecer. No seáis crueles con ellos, amadlos; tienen derecho a ser amados. No se peca únicamente contra Dios, se puede pecar, y se peca, también contra ellos.

El sacramento del perdón

Y por fin, este joven, madurado ya su propósito en el silencio de su reflexión, arrepentido de lo que había hecho, actúa. Es la lección para el cristiano que vuelve al buen camino. No basta sentir dentro un deseo de retorno. No es suficiente decir: “yo no puedo seguir así”. No basta reconocer que hay un desorden moral en nuestra vida y juzgarlo tal como es con sinceridad. Esto es un paso, pero no es suficiente. Hay que dar otro paso, hay que ponerse en camino, hay que llegar a lo que estas noches llamábamos encuentro personal con Jesucristo; en la oración, en la plegaria fervorosa, en el examen de lo que Él

nos dice para nuestra propia salvación, en la aceptación humilde de los medios que a través de la Iglesia nos ofrece, aunque sean medios que a veces nos molestan, concretamente el sacramento de la Penitencia, para recibir el perdón de nuestros pecados. Por un lado, este sacramento, en la exigencia que tiene de perdón de los pecados que hemos cometido, nos molesta, sofoca el orgullo de la naturaleza humana; por otro lado, aun psicológicamente hablando, nos da paz, porque el hombre necesita muchas veces abrir su alma, con todo lo que tiene dentro, simplemente para la confidencia. Aun en el orden humano, tiene ese doble contraste: molestia, por un lado; y satisfacción, por otro. Pero el sacramento de la penitencia no puede ser considerado así, dentro de esos límites; hay otro aspecto en él, que es éste: el de la misericordia de Dios que baja en busca del hombre.

Acordaos de la ocasión de la parábola: los pecadores se acercaban a Él. Y es Cristo el que pide que nos acerquemos a Él. ¡Ojalá los sacerdotes sepamos cumplir siempre bien, con rectitud, con misericordia auténtica, con perdón que ayuda, con palabras que iluminan! ¡Ojalá sepamos ayudar a todo el que se acerca a nosotros!

No temáis nunca el sacramento de la Penitencia; el hombre que os recibe es tan pecador como vosotros y no tiene derecho a inculparos de nada; simplemente tiene la obligación de escucharos y de si os ve arrepentidos, daros en nombre de Jesucristo el abrazo del perdón y del amor. Os dirá una palabra santificadora, os ayudará con una exhortación que trate de prevenir futuros peligros, insistirá para que os apartéis de las ocasiones que os han llevado hasta ahí; y todo eso debe hacerlo con respeto, con delicadeza suma, con cariño hacia el hombre arrepentido que llega hasta él, buscando no lo que él puede ofrecer, sino lo que Jesucristo está dispuesto a dar.

¿Por qué aborrecer el sacramento de la Penitencia? ¿Por qué huir de él? ¿Por qué hablar contra él, si es eso? No hagáis caso de teorías falsas, que están introduciéndose hoy, como en tantos aspectos de la religión, como consecuencia de este vendaval que ha venido azotando el rostro de la religión de Cristo en estos años. Todo se les vuelve a algunos, disquisiciones, problematismos, análisis psicológicos, reflexiones históricas y todo esto es rizar el rizo. Es más sencillo lo que se vive en el sacramento del perdón: el pecador se conoce pecador, busca a Cristo, le va a decir “he pecado, vengo a buscar el perdón”. Y dice qué clase de pecado ha cometido y se encuentra con las palabras perdonadoras del Señor.

El padre anciano, imagen de Dios

Hay, por último, en la parábola un detalle, al que ya implícitamente me estoy refiriendo, pero que Jesucristo quiso ponerlo de relieve de una manera expresa, y por lo mismo deseo insistir sobre él, siquiera dos minutos. Es la presencia del padre, este anciano que se quedó en casa, viendo marchar a su hijo hacia ese horizonte de las noches azules y de los cielos llenos de sonrisas. Él se quedaba allí con su experiencia y con su tribulación, pero siguió; y cuando de lejos vio venir a su hijo —éste es el detalle importante que Jesús quiere subrayar en la parábola, como para indicar que salía a esperarle, que le buscaba con los ojos— cuando desde lejos vio venir a su hijo, corrió y se abrazó a él sin decirle una

palabra de reproche. Esta imagen del padre anciano esperando a su hijo es la imagen de Dios.

El hijo le dice, *he pecado contra el cielo y contra ti*, y el padre ya no quiere que insista nada en eso. La alegría que desborda su corazón interrumpe la confesión del hijo y llama a todos los criados y ordena que se prepare el festín. Ha recuperado a su hijo perdido. Es su mayor alegría. Que le traigan el traje más precioso y el anillo de la familia y las sandalias mejores y que se mate el ternero bien cebado para celebrar con los amigos un banquete, en el cual todos manifestaremos la alegría de haber recobrado al hijo que se perdió.

Este es Dios, éste es Jesucristo, éste es el Evangelio, hijos, ésta es la santa religión. ¿Veis? No condescendencia con el pecado, no; amor, simplemente amor; que es lo que necesita el hombre en este mundo.

Nada más. Yo os pido una cosa, muchachos y muchachas, sea cual sea vuestra vida, inocente o pecadora: buscad a Dios, poneos en el buen camino, formulad un serio propósito de que siempre que os ocurra una desviación, por el pecado que sea, os levantaréis para volver al Señor. Sed jornaleros en la casa del padre, nada os faltará, aunque tendréis que trabajar. Jornaleros en la casa de Dios, es decir, cristianos conscientes y responsables, amantes del Evangelio, deseosos de cumplir con el doble precepto: el amor a Dios y al prójimo, con el afán nobilísimo de construir un mundo nuevo, que nunca será tan nuevo que deje de ser viejo, porque lo es. No desengaños ni escépticos, simplemente conscientes y serenos, sabiendo bien que es compatible todo lo que hagáis por mejorar las condiciones humanas en que vivís y en la sociedad en que os encontráis, todo ello es compatible, repito, con la santa religión de Cristo, con la piedad personal, con el propósito cumplido de orar, de cumplir los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Triste disociación a la que estamos llegando hoy, por virtud de la cual muchos creen que, para poder contribuir al mejoramiento temporal de la sociedad, hay que abandonar la religión, la casa del padre. No es ése el camino. Por ahí se va a la ruina personal y colectiva, de la que sólo puede salirse recordando la casa abandonada y el rostro del Padre que nos espera. Si os alejáis, volved de nuevo, a la casa del Padre. Hay muchos arrepentimientos silenciosos, hay muchos gestos de amor invisibles, hay continuamente, hoy como ayer, seguidores de Cristo, que llevan su cruz, bien conscientes de que le acompañan a Él en un camino de sufrimiento y de gloria.

Sed, jóvenes, así. Buscad asociaciones donde pueda ser formada y fortalecida vuestra vida espiritual, y con ello por delante, derramad alegría por donde vayáis. Respetad a vuestros mayores, respetad el orden social, amad a la autoridad, contribuid con vuestra reflexión y vuestra crítica sana a que todo se haga mejor, pero no destruyáis nada. Los vendavales y los huracanes son muy fuertes, tan fuertes que arrasan todo cuanto encuentran a su paso. La brisa suave parece que no tiene fuerza y, sin embargo, es la que hace que nuestros campos y los horizontes de la naturaleza se vean suavemente refrescados por esa caricia mansa y purificadora que nos permite respirar y gozar. Vale más la constancia del esfuerzo de cada día que un grito hoy, en un momento dado, o un gesto explosivo de ira y de enojo, que parece que va a transformar el mundo y después no sirve más que para acumular ruinas.

Que Jesucristo sea siempre vuestro amigo, vuestro jefe, vuestro Maestro Divino.

Vamos ahora a celebrar la Eucaristía; empezamos con el ofertorio, rezaremos las palabras sagradas del canon, levantaré en mis manos la Hostia Santa, para que sea adorada, os la ofreceré para que sea recibida por quienes quieran acercarse a ella. Que Él sea vuestro alimento, el Pan de vuestra vida, la luz de vuestros pensamientos, la fuerza para todos vuestros amores.

La familia cristiana en la Iglesia de hoy

Sobre la situación y la misión de la familia cristiana en la Iglesia de hoy versó el ciclo de conferencias de Cuaresma que dio, para hombres y matrimonios, del 20 al 24 de marzo de 1972, el Cardenal Primado y Arzobispo de Toledo, don Marcelo González Martín, en la iglesia de San Ildefonso, de la Compañía de Jesús en Toledo. Se reproduce en esta edición por primera vez el texto completo, recogido en cinta magnetofónica, de las cuatro conferencias y de la homilía expuesta el viernes 24, antigua festividad de la Virgen de los Dolores.

LA SITUACIÓN DE LA IGLESIA HOY

Saludo a la ciudad de Toledo y a todos aquellos a quienes, lejos de aquí, pueda llegar mi voz. Y agradezco nuevamente a la emisora *Radio Toledo* el que nos preste amablemente este servicio de cooperación a una tarea apostólica del obispo en su diócesis.

La semana pasada me encontraba aquí con los jóvenes de la ciudad, recibiendo de ellos, merced al mensaje vivo de su presencia, un aliento confortador y estimulante, ya que veía en ellos, en cuanto puede ser apreciado externamente, una generosa actitud de comprensión y de interés positivo en los temas religiosos y profundos. A ellos he dado mi bendición con honda alegría espiritual y con mucha esperanza. Y ahora con vosotros, familias de Toledo.

Van pasando los días, no muchos, desde que hice mi entrada en la diócesis, y agradezco al Señor que me ofrezca la oportunidad de este primer contacto vivo con las familias católicas de Toledo, para reiteraros mi voluntad y afán de servicio, y mi deseo de ofreceros la riqueza de doctrina y de vida que un obispo de la Iglesia debe daros. No tengo otros tesoros, pero lo que tengo lo doy.

Lo digo, sobre todo, y con ello voy a explicaros la razón de lo que va a ser el tema de hoy, porque me parece muy importante que desde los primeros días en que un párroco llega a su parroquia, o un obispo a su diócesis, exponga aunque sea brevemente, cuáles son las líneas fundamentales de su modo de pensar.

Ahora estoy muy ocupado con la visita pastoral al Seminario, después seguirá la misma visita pastoral a la Curia Diocesana y a la Catedral, y no podré tener, durante estos primeros meses, los contactos inmediatos que desearía tener con asociaciones de apostolado secolar, con familias y con grupos diversos. Tengo que marcar un orden en el trabajo, porque las fuerzas humanas no permiten atender todo a la vez. Y no me gusta hablar de ninguna cuestión sin haberla conocido a fondo en su situación y en sus problemas, y en las esperanzas que pueda ofrecer para el trabajo apostólico.

Por eso, en esta ocasión me resulta particularmente grato estar aquí y de alguna manera iniciar un conocimiento que se ha de prolongar después en predicaciones y en reuniones con vosotros, en tanto en cuanto pueda y me lo permitan mis habituales trabajos.

Sucede hoy un fenómeno curioso en la Iglesia. Un párroco va a su parroquia, un obispo a su diócesis, y enseguida surgen las clasificaciones, los comentarios sobre si es conciliar, no conciliar, progresista, conservador, moderado, atento a este aspecto o a aquel otro, si más abierto, si más cerrado, etc. Todo esto frivoliza tristemente nuestra situación en la Iglesia de hoy. Son comentarios nocivos, por la ligereza con que suelen producirse. Y por eso, al hablar de temas religiosos, como voy a hablaros estas noches, yo considero necesario en esta primera conferencia ofreceros una visión de la situación de la Iglesia hoy, para que comprendáis el punto de partida y el porqué más tarde voy a insistir en algunos puntos, que considero fundamentales, atento exclusivamente a lo que es la situación de la Iglesia, tal como yo la veo.

Mi pregunta esta noche es ésta: ¿Qué está pasando en la Iglesia hoy? ¿Por qué ocurren estas cosas, que nos producen cuando menos una auténtica molestia, por no aludir a las divisiones, los celos de unos para con otros y los desórdenes manifiestos que van apareciendo en diversos aspectos de la vida de la Iglesia? ¿Por qué? Si acertamos a responder a esta pregunta, probablemente comprenderemos la razón de las conductas posteriores; y también en el momento en que un obispo llega a su diócesis y quiere entregarse a sus diocesanos, también se acertará mejor a comprender las razones de un futuro posterior comportamiento en su misión apostólica.

Una fecha inolvidable: 8 de diciembre de 1965

Empezaré por recordar una fecha: 8 de diciembre de 1965, final del Concilio Vaticano II. Era aquella mañana en que el Santo Padre nos convocó a todos los obispos que habíamos participado, y al pueblo de Roma y a representaciones diplomáticas del mundo entero, para asistir a la Santa Misa que se celebraba, al aire libre, en la plaza de San Pedro.

Era una mañana gloriosa. Un sol tibio acariciaba tímidamente, ponía una brisa reconfortante en aquel ambiente frío que presagiaba la proximidad del invierno. Se celebraba la fiesta de la Inmaculada Concepción de María. Un espectáculo religioso maravilloso, no tanto por el aspecto externo con que se producía, cuanto por ser el final, intenso y profundo, de unos años de trabajo, agotadores, en la vida de la Iglesia. Aquel día era un día de gozo. El Papa pronunció su homilía y también aquellos mensajes a los gobernantes, a los hombres del pensamiento, a los artistas, a los jóvenes, a las mujeres, a los trabajadores. Mensajes bellísimos, en los que daba a conocer la esperanza de la Iglesia en aquella hora. Se acercaba al altar, recuerdo, en nombre de los pobres y los que sufren, un ciego conducido por su lazarillo; en nombre de los pensadores, el filósofo Jacques Maritain; y así diversas personas, en cada una de las cuales se quería como buscar la representación de un sector del mundo vivo y operante.

Terminaba la ceremonia y los obispos nos despedíamos llenos de emoción, unos para con otros, y de amor a la Iglesia, para volver a nuestras diócesis. Y creíamos que iba a empezar un momento trabajoso, por supuesto, pero lleno de entusiasmo creador. Había hecho la Iglesia un esfuerzo tan colosal para acercarse al mundo, que estaba justificada la esperanza de que ahora llegaba ya el momento de empezar a recoger los frutos de esa atención tan generosamente prestada a las necesidades del mundo. No ha sido así, no ha sido así. ¿Qué ocurrió? Muchas cosas, por supuesto; pero, a mi juicio, hay algo de tipo espiritual que ha condicionado muchos comportamientos posconciliares; algo de tipo espiritual en lo que no se repara fácilmente, no se le presta atención. Yo lo designaría con esta palabra: apareció algo que era muy ajeno al Concilio, un triunfalismo posconciliar. En un Concilio en el que se había hablado tanto contra el triunfalismo altivo como defecto que había que corregir en la Iglesia, se produce después, a poco de terminar las reuniones del gran Sínodo, por parte de diversos grupos dentro de la Iglesia, una inflación triunfalista, verdaderamente antievangélica, que impide que florezca en el espíritu de los hijos de la Iglesia del posconcilio una virtud fundamental: la humildad.

Buscando al hombre, pero pensando en Dios

El Concilio, repito, había sido un esfuerzo grandioso, en relación no sólo con la vida interna de la Iglesia en su propio misterio, plasmado en la constitución dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia misma. ¡Maravilloso documento! Y los demás documentos que han sido promulgados en relación con los obispos, los seminarios, la educación cristiana, etc., atentos a la vida interior de la Iglesia. No sólo éstos: el Concilio había prestado su atención generosa también hacia fuera. Y así había tratado de dialogar con el mundo moderno: la constitución pastoral *Gaudium et spes*, que es un coloquio generoso y espléndido con todas las manifestaciones del hombre en la vida actual, con su cultura, orden político, económico, social, etc. Diálogo con el mundo moderno.

Segundo. El Concilio había iniciado también otro diálogo con las religiones, con las no católicas e incluso con las no cristianas: ecumenismo en el que se trata de buscar la unión con los cristianos, de los que estamos separados, protestantes y ortodoxos. Y también, digo, con religiones no cristianas, cuando se buscaba el diálogo también con los que pertenecen al judaísmo o a otras religiones orientales. E incluso con los no creyentes; otra postura de generosidad, nacida del espíritu evangélico que debe animar a todo apóstol de Cristo, y por consiguiente a la Iglesia santa.

Y tercero. Diálogo con la dignidad del hombre. No sólo la cultura en la cual el hombre se expresa y realiza; no sólo las religiones diversas de la religión católica, sino con el hombre mismo, en su propia condición: decreto de libertad religiosa, en el cual se examina todo ese conjunto de exigencias radicales que brotan del hecho del ser humano, merecedor de todo respeto y, por consiguiente, libre, como debe estar, de toda coacción, para el ejercicio de una actividad religiosa.

Eran tres diálogos los que la Iglesia iniciaba, grandiosos por sus perspectivas, por su compromiso, por su profundidad, por su rica aventura. Sólo la Iglesia de Cristo es capaz de comprometerse, siendo tan débil como es, puesto que carece de medios temporales, en un diálogo que puede llegar hasta las últimas consecuencias, en la exposición de los pensamientos que lógicamente han de contrastarse con estos aspectos tan vivos en el mundo de hoy. Pero la Iglesia lo hacía, como repitió el Papa Pablo VI en sus últimos discursos, porque busca al hombre, porque es un deber suyo de caridad pastoral, y porque busca al hombre como término hacia Dios trascendente. Ese es el humanismo de la Iglesia.

El Papa Pablo VI ha dado después un ejemplo maravilloso de comportamiento práctico y de consecuencia con esto que el Concilio buscaba. Viaje a Palestina; viaje a la India, mundo oriental desconocido con el que apenas la Iglesia había tenido contacto, más que a través de sus misioneros. Viaje a la ONU, en donde pronuncia aquel discurso que nunca olvidarán los hombres de buena voluntad. Otros viajes, por ejemplo, a Ginebra o a la Oficina Internacional de Trabajo; a Portugal, para demostrar así su devoción a la Santísima Virgen María; y el último a Australia y Filipinas, a recorrer, como un nuevo misionero del mundo, esos continentes remotísimos y predicar allí la palabra de Cristo.

Es decir, el abrazo a las culturas y civilizaciones más diversas en nombre del Señor. Buscando al hombre, pero pensando en Dios.

El drama de un atroz confusionismo

Pero esto no ha sucedido después, entre nosotros, con la misma pureza de intención y con la misma exactitud. Y es donde aparece, en escritos teológicos, en reuniones de laicos, de sacerdotes y, a veces, hasta de obispos; en manifestaciones, en entrevistas, en coloquios, es en donde, repito, ha aparecido un triunfalismo orgulloso, un creer que este diálogo con esos tres bloques –el hombre en su dignidad, única y múltiple en sus manifestaciones; las religiones diversas; la cultura moderna– podía tratarse a la ligera. Y aquí ha estado el drama. Porque el Concilio no hacía más que poner los gérmenes para el nuevo camino, abrirlo, iniciar una marcha, en la cual teníamos que aprender a caminar, porque llevábamos siglos de mutuo desconocimiento respecto, por ejemplo, a los demás cristianos, y no digamos a las otras religiones. Y con relación a la cultura moderna, de mutuo desconocimiento no, pero de separación radical en muchos aspectos, sí; y no se pueden romper los muros tan fácilmente. Mucho peor, si para ganar etapas lo que se hace es confundir ideas.

No era eso lo que quería el Concilio. Y ha habido mucha presunción por parte nuestra, en el sentido de que todo podía ser fácil, desde el momento en que la Iglesia se colocaba en esta actitud coloquial y abierta. ¿Era eso lo que pedía el Concilio? ¿La apertura iba a consistir sencillamente en la demolición de lo que la Iglesia misma podía ofrecer? ¿Sobre qué bases se iba a montar un diálogo franco y honesto, si empezábamos por desconocer o recluir en el olvido los elementos característicos de nuestra religión y de nuestras exigencias evangélicas? ¿Es que era digno, para ir hacia el mundo del ecumenismo, disimular nuestros dogmas católicos? ¿Era conveniente, con el fin de acercarnos más, dejar de hablar de la Eucaristía y de nuestra fe en el dogma de la presencia del Señor en ese sacramento adorable? Luego, ha tenido que venir a recordar a los católicos un protestante, como Oscar Cullman, uno de los grandes teólogos que tiene el protestantismo actual y que asistió al Concilio, ha venido a recordarnos, en un artículo que ha dado la vuelta al mundo, estos fallos de los católicos.

Hemos querido quemar etapas alocadamente, pensando en que todo lo íbamos a arreglar con mucha facilidad; y como las dificultades tenían que surgir, frente a esos avances precipitados tuvo que levantar su voz la Jerarquía que pedía moderación, reflexión, calma; y entonces brotó lo inesperado: la acusación a la Jerarquía. No se nos comprende –dicen los nuevos críticos, los portadores del nuevo triunfalismo–; todo son obstáculos, se ponen barreras innecesarias, se mantiene un juridicismo funesto y esterilizador, se vive en una Iglesia anacrónica, anclada en sus instituciones fixistas, ahí no hay vida, es una esclerosis de defensa, es una cerrazón hostil, carece de la apertura y del espíritu de Juan XXIII, no tiende puentes. Y lógicamente, de parte de los órganos más responsables de la Iglesia empieza a surgir la preocupación; tras la congoja de las advertencias, vienen las desobediencias, tantas veces multiplicadas; la Jerarquía se encuentra confundida, teme los cismas y los rompimientos; se produce la inhibición a veces, en ocasiones la claudicación en el cumplimiento de nuestros deberes, se crea una psicosis de impotencia, en medio de tanta algarabía, para poder definir con claridad y abrir las líneas por donde hay que avanzar. Un confusionismo atroz, que no sofocará jamás la interna vitalidad de la Iglesia de Cristo, pero que nos está haciendo sufrir indeciblemente.

Y yo me pregunto: Ante el recuerdo de aquella mañana, que viví y gocé llorando con mis hermanos obispos de todos los continentes, ¿qué se ha hecho de las esperanzas que abrigábamos? En los años del Concilio yo tuve a mi lado siempre a un obispo belga y a otro africano. Los tres éramos hermanos y vivíamos con nuestras naturales divergencias, más que divergencias, matizaciones en el pensamiento, conscientes plenamente de nuestro amor a la Iglesia, de nuestro deseo de trabajar con humildad, y del reconocimiento de nuestra debilidad y de nuestra impotencia. Pero, como discípulos humildes de Cristo, ninguno de nosotros pensaba ser conquistador del mundo, ni del mundo del trabajo, ni del mundo de la cultura, ni con capacidad para transformar el ordenamiento político. Nos sentíamos sencillamente colaboradores de Dios, pobres, dispuestos a pronunciar la palabra que se nos puede pedir, a modificar en lo posible, dentro de nuestra condición humana, nuestras propias conductas, a seguir revisándonos siempre, para ser eso: sencillos, pobres, humildes, trabajadores, dignos sin demagogias ni aparatosidades, ni de derechas ni de izquierdas, buscando la paz. Y así pensábamos todos.

Y al terminar aquella mañana grandiosa volvemos a nuestras diócesis y empiezan esos fenómenos nacidos de la intemperancia del espíritu, de la falta de reflexión sobre lo que el Concilio ha enseñado. Ha habido encuestas enormemente reveladoras: preguntad cuántos han leído todos los documentos del Concilio, incluso a los sacerdotes, y veréis en las encuestas que incluso un sesenta por ciento de los preguntados respondían que no los habían leído. Y así, con esa falta de conocimiento, con esa carencia de reflexión y de atención profunda, pretenden iniciar y llevar a cabo el delicado diálogo de la Iglesia con el mundo moderno, con la cultura, con las religiones, con todo...

Nos hemos olvidado de la cruz

Y mientras tanto uno pensaba en San Pablo, en su primera carta a los corintios, cuando dice: *Yo, hermanos, cuando fui a vosotros predicando el testimonio de Cristo, no fui con sublimes discursos, ni con sabiduría; puesto que no me he preciado de saber otra cosa entre vosotros, sino a Jesucristo y éste crucificado. Y mientras estuve entre vosotros, estuve siempre con mucha pusilanimidad, mucho temor y en continuo susto; mi modo de hablar y mi predicación no fue con palabras persuasivas de humano saber, pero sí con los efectos sensibles del Espíritu y de la virtud, para que vuestra fe no estribe en saber de hombres, sino en el poder de Dios. Esto no obstante, enseñamos sabiduría entre los perfectos; mas una sabiduría no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, los cuales son destruidos con la cruz, sino que predicamos la sabiduría de Dios recóndita, la cual predestinó Dios antes de los siglos para gloria nuestra; sabiduría que ninguno de los príncipes de este siglo ha entendido, ya que si la hubieran entendido nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria, de la cual está escrito: ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó a hombre por pensamiento, cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman (1Cor 2, 1-9). ¡La cruz de Cristo! Nos hemos olvidado de la cruz de Cristo en esta época posconciliar.*

Ya Juan XXIII en sus discursos del primer año del Concilio y en su convocatoria del mismo nos recordó estas verdades. Y Pablo VI nos las ha estado recordando constantemente. Pero, por no querer predicar esta cruz, hemos creído preferible predicar una religión en el posconcilio, muy alegremente interpretada con arreglo

a los criterios subjetivos y personales de cada uno. Una religión reivindicadora, temporalista, acusatoria. Y así no se puede caminar con la bendición del Señor.

Cuando los más obligados al apostolado empiezan a decir unos de otros: éstos tienen la culpa, éstos son los que me estropean mi labor; mientras no suprimamos esto o aquello, no hacemos nada; forzosamente hay que barrer tales o cuales instituciones; la Iglesia actual no nos sirve; los seminarios no nos sirven; la piedad no nos sirve; malo; cuando se empieza así, digo, no se empieza con la cruz de Jesucristo. Más humildad era necesaria.

Empezaron a aparecer excesos litúrgicos, doctrinales, en Holanda, en Francia; menos, pero también en Bélgica, en Norteamérica. La liturgia: la hace el hombre –dicen–, tiene que ser algo vivo, muy accesible, ha de ser creativa, hemos de construirla cada día. ¿Y dónde está el respeto al misterio de lo sagrado? ¿Y de quién es la liturgia? ¿Con qué derecho hablas tú de esto? La liturgia es del entero Pueblo de Dios, orgánicamente constituido, con su Jerarquía. De manera que, cuando la Iglesia, Pueblo de Dios con su Jerarquía, ha hablado ya y ha determinado las actuaciones litúrgicas, y ha dicho cómo debe realizarse el culto que ella señala para dirigirnos a Dios, quebrantar lo que la Iglesia señala, por parte de un sacerdote o de un laico, es no solamente una injusticia, sino un atropello a la expresión viva de los dogmas y una falta de respeto al Pueblo de Dios. Porque la liturgia no es de ningún grupo, es de todo el Pueblo de Dios, cuando aparece ya claramente determinada en las expresiones con que ese Pueblo de Dios, con la Jerarquía, las manifiesta y las determina.

Pero habrá que hacer las misas –según los innovadores de la creatividad– con ese capricho desordenado y loco, con esas lecturas, inventando los cánones e incluso, a veces, hasta las fórmulas de la consagración, tratando de borrar diferencias, porque así se iba a atraer –según ellos– al mundo moderno. No, no se atrae al mundo moderno disimulando o negando los perfiles propios de lo que tenemos que ofrecer a ese mundo moderno.

El Catecismo holandés nos presenta un caso más del fenómeno que indico, con esa polémica incomprensible, tan largo tiempo sostenida, entre las advertencias que está haciendo Roma y las respuestas de ciertos grupos de teólogos holandeses. Y enseguida el coro orquestado, abierto en todos los países para hacer causa común, porque ese Catecismo y otras expresiones parecidas facilitaban mejor las creencias al hombre moderno.

Ahora, por ejemplo, hace unos días, ha tenido que salir un documento de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, recordando la doctrina católica sobre el misterio de Jesucristo y de la Santísima Trinidad¹. El Papa Pablo VI, en uno de sus discursos que pronunció a la semana siguiente, en el Ángelus del domingo dijo: “Habéis recibido esta noticia. Daos cuenta de que el hecho tiene mucha importancia, porque si no mantenemos en toda su pureza nuestros dogmas, sufre la vida eclesial, sufre la causa del ecumenismo, sufren las generaciones futuras, puesto que ni sabemos qué fe les vamos a ofrecer, ni sabrá la Iglesia cuál es la fe que tiene que vivir. Por consiguiente, no es en modo

¹ *Declaración para confirmar la fe en los misterios de la Encarnación y de la Santísima Trinidad frente a determinados errores recientes*, 21 de febrero de 1972: A AS 64 (1972) 237-241.

alguno cosa baladí que la Iglesia se preocupe con razón, por la clara afirmación de sus dogmas, en su estricto contenido².

No hace muchos años, cierta persona de Holanda, un laico distinguido, padre de familia, que ocupaba un puesto de cierta importancia, hablaba con algunos sacerdotes, uno de los cuales es quien me lo refirió, y les decía: “Mis hijos ya no se han casado, no han recibido el sacramento del matrimonio, no; los domingos no van a Misa, dicen que no, que la liturgia nueva queda muy atrasada, que ellos quieren su propia liturgia. Tengo otro de mis hijos, este sí es piadoso y consagra y recita la fórmula de la consagración en unión con el sacerdote”. Y cuando el sacerdote con el que el seglar hablaba le decía: “Pero bueno, ¿cómo es posible esto? ¿Usted que tiene una formación católica, no sufre al contemplar esto?”, el padre de familia respondió: “¿Cómo no voy a sufrir? Estoy simplemente refiriéndole las consecuencias últimas a las que hemos llegado”. Y le añadió: “Pero tengan cuidado ustedes, que acaso dentro de tres o cuatro años en España lleguen más lejos”.

Y también ha quedado afectada por la ola del desconcierto la vida religiosa. Los votos, la observancia, la obediencia, se dice, son totalmente contrarias a la dignidad humana. La libertad del hombre pide otra cosa. Por consiguiente, salidas, contactos, espectáculos, relajación, en una palabra; de observancia de las reglas nada, eso es opresor, despersonaliza, aliena, no sirve para nada.

Interpretación de la Escritura. Jesucristo, bueno, pero hay que desmitificar la figura de Jesús. En consecuencia, vamos a leer en lugar del Evangelio, frases de los poetas, de los revolucionarios, incluso de los marxistas. ¿Qué vamos a ofrecer así? ¿Qué se puede hacer así, cuando esto se extiende y llega a producir en unos ambientes y en otros esta confusión fatal?

Crítica despiadada a la Jerarquía, operaciones colectivas organizadas en las diócesis por un lado y por otro. Escritos ciclostilados que llegan a todos los rincones para mentalizar, para crear conciencia de un papanatismo alocado. Porque ahora sucede en España que cuando ya en Alemania y en Francia empiezan a estar de vuelta de todos estos excesos, aquí se están manifestando, al menos en estas últimas temporadas, con una virulencia agresiva en el orden litúrgico, en la predicación, en la catequesis, en los comentarios. Espectáculo verdaderamente desconsolador.

Y mientras tanto, uno dice: ¿A dónde tenemos que dirigir nuestra mirada? Y yo respondo: al Papa y a los obispos en comunión con el Papa.

El Magisterio de Pablo VI

La doctrina del Papa. ¿Pero es que alguien puede acusar a Pablo VI de hombre que no entiende el mundo moderno? ¿De hombre que no vive el Concilio? ¿De hombre que no conoce las exigencias de la cultura moderna? ¡Si nos ha dado a todos y nos está dando, aún en su ancianidad, el ejemplo de audacia apostólica

² Véase PABLO VI, palabras en el *Ángelus* del domingo 12 de marzo de 1972: IP X, 1972, 239-240.

más hermosa que podía darse en la Iglesia contemporánea! Pero al mismo tiempo, ¡con qué equilibrio, con qué profundidad!

¿Es que Pablo VI no nos ha recordado sin cesar **el misterio de la Eucaristía**, como sacrificio y como sacramento? Su Encíclica *Mysterium fidei*, sus discursos en las festividades del Corpus, su intervención personal en las procesiones del Corpus, de Roma. Hijo de la Virgen Santísima –antes os recordaba su viaje a Fátima–: apenas hay una alocución en las audiencias de los miércoles o de los domingos, cuando habla desde su ventana, que no termine con una referencia a la Virgen. ¿Pero es que el Concilio no nos pide que recemos por medio de la Virgen? Nos la ofrece como modelo de fe, pero nos la pone también para que le demos culto, para que busquemos su intercesión, para que imitemos sus virtudes, para que cantemos sus alabanzas, para que gocemos con sus glorias. Todo esto lo dice, y con absoluta claridad, el Concilio Vaticano II, y, sin embargo, se ha producido un arrasamiento feroz en muchas iglesias y en muchas parroquias, en la vida de las comunidades cristianas, en España, en Francia, en Italia y en todas partes, en relación con este dogma tan vivo y vivificante de nuestra Iglesia católica.

¿Y sobre la oración? ¡Los discursos del Papa sobre la oración! Suman miles, no exagero, son miles los pasajes que ha dedicado a la vida de oración. Porque el día en que se haga balance de todas las manifestaciones orales de este Pontífice, nos vamos a encontrar con una sorpresa que nos dejará asombrados, aturcidos de respeto, porque el Magisterio sobre la oración lo ha ejercido continuamente. Y siempre está advirtiendo: oración litúrgica, sí, pero también oración personal, contemplación, meditación de los misterios de Dios. ¡Y todo esto se ha de despreciar por la frivolidad y menosprecio de algunos por la vida interior!

Lo mismo sobre **la penitencia**, sobre el sacramento de la Penitencia y la virtud de la penitencia; y la mortificación de nosotros mismos.

La Misa diaria, lo ha recordado a los sacerdotes en muchas ocasiones. La obediencia; la corresponsabilidad sí, según el nivel y la misión que cada uno tiene, pero obediencia última a la palabra que pueda pronunciarse por quien tiene la misión de pronunciarla. Y nos la pide a nosotros, los obispos, respecto a él; y la pide a los sacerdotes respecto al obispo; y la pide a los laicos respecto al sacerdote. El sacerdote no es un camarada en el camino, no es un igual, es el rector del Pueblo de Dios, como dice el Concilio. No puede haber en la Iglesia un democratismo que destruya la esencia de la misión apostólica que el Señor nos ha confiado. Defender esto no es defender privilegios, es defender la verdad, aunque uno se haga impopular.

El recogimiento en la vida religiosa. El año pasado publicó Pablo VI un documento capital, la *Evangelica testificatio*³, dirigido a las personas consagradas a Dios. ¡Hermoso documento sobre la vida religiosa! Enseguida, a los pocos días de promulgarlo, ya empezaron los comentarios adversos en artículos, escritos en diversas revistas, en reuniones y coloquios: que no se han tenido en cuenta –dicen– tales advertencias, que es anticuado, que no conoce

³ Exhortación apostólica *Evangelica testificatio*, 29 de junio de 1971: en PABLO VI, Enseñanzas al Pueblo de Dios, *Città del Vaticano*, 1971, 371-398.

la psicología del hombre actual, que de esa manera la vida religiosa no puede continuar. ¿Pero a dónde vamos a parar? Nada de lo que haga hoy la Jerarquía resulta grato.

El celo misionero, la ordenación de los obispos, el sacerdocio, los seminarios. Son más de doscientos los discursos que Pablo VI ha dedicado al sacerdocio y a los aspirantes al sacerdocio. Y también este sector de su Magisterio es objeto de reticencias y desobediencias. No se leen esos documentos. Los nuevos espíritus fuertes los desprecian. Prefieren la voz de un teólogo, o pseudo-teólogo, que escribe y habla de las exigencias psicológicas de la juventud de hoy, del inconformismo como valor creativo, de la capacidad crítica como manifestación de la dignidad humana. ¿Pero dónde está la cruz? ¿Dónde está el misterio del Señor?

Sigue habiendo en la Iglesia una luz poderosa

Termino mi reflexión. Os decía al principio: Pero ¿qué ocurre en la Iglesia de hoy? ¿Es que podemos seguir perdiendo el tiempo así, en estas clasificaciones, en estos juicios ligeros, en estas frivolidades? Mientras se nos despueblan los seminarios, mientras los noviciados se quedan vacíos, mientras avanza la oleada del materialismo y del sentido marxista de la vida, ¿es que vamos a reducir el misterio de Cristo a eso, a la presencia de un ser desdibujado, incoherente, junto a nosotros, del cual recordamos ciertos rasgos, que invocamos según la situación nos lo aconseja, pero disimulando los aspectos más gravemente exigentes del Evangelio, los cuales, sin embargo, han sido los únicos capaces de prender en el corazón de los pueblos cristianos, a pesar de todos los pecados y de todos los defectos?

Se dice: es que no queremos vivir de la hipocresía anterior; las comunidades cristianas católicas, nuestras parroquias, nuestras diócesis, nuestro cristianismo, todo ha sido una falsedad, una apariencia. Pero, ¿de veras alguien puede sentirse autorizado para juzgar así a los demás hombres? Desde el momento en que alguien tenga tal atrevimiento habría que recordarle una frase del evangelio: *no juzguéis y no seréis juzgados* (Mt 7, 1). Más respeto; dejad que en la conciencia de cada uno entre solamente Dios, no hablad de hipocresía tan a la ligera, y sobre todo, no condenad a los que pasaron, mientras no se ofrezca en la actualidad un ejemplo de santidad y de pureza interior, que si se da, empezará por exigir humildad y respeto con relación a los demás.

¿Qué pasa en la Iglesia? Confusionismo y desorden, sí; pero también algo más. Porque, por encima de todo, sigue habiendo en la Iglesia una luz poderosa, y es a la que ahora me acerco.

Yo amo el Concilio desde la primera letra hasta la última. Sé que viva los años que viva, puedo hacer muy poco por la Iglesia; porque las posibilidades de un hombre son siempre escasas. Nunca me he creído que por ser obispo, ahora y aquí, antes en otras diócesis, yo podía ser un agente transformador del mundo, no. Trabajaré incesantemente por transformarme a mí mismo y trataré de predicar la Palabra santa de Dios, ofreciéndola a los que quieran escucharla, para ayudarles con amor a la necesaria transformación. Pero pensar que yo, sólo por mí mismo, voy a cambiar las circunstancias de la vida de una diócesis,

haciéndola de hipócrita, sincera; de rutinaria, consciente; de falsamente piadosa, responsablemente comprometida; de religiosa aparentemente, sincera con sinceridad evangélica, no, no lo puedo pensar. Amo el Concilio, y pienso que es un tesoro que la Iglesia tiene en este tiempo moderno, pero pienso que tenemos que mantenerlo en su integridad. Y desde el momento en que situara yo mi línea de trabajo dejando a un lado algo de lo que el Concilio me pide, ya estaría falseándolo.

Me pide que trabaje por todos, en relación con el mundo, con la Iglesia en su propia constitución interior, en su desarrollo orgánico, en sus estructuras, pero no derribarlas, sino perfeccionarlas; y esto es tarea que exige tiempo, reflexión, calma, paciencia, no precipitarse, ser muy sinceros unos con otros, esforzarnos por colaborar para que nuestra contribución se ponga a la altura necesaria que el perfeccionamiento del orden social y político requiere, pero sin fomentar odios, sin provocar nada que pueda conducir a la subversión, sin querer que por remediar un problema caigamos en otros más graves. Yo pienso en nuestro Señor Jesucristo, que veía problemas inmensos a su alrededor; podía haberlos solucionado todos de una vez y no lo hizo; plantó en el corazón del hombre la semilla de la fe y del amor, y le pidió una incesante conversión del corazón. Y así, pienso, que debemos seguir haciendo.

Nosotros, los primeros, exigiéndonos mucho en nuestra vida interior de sacerdotes. Seminarios, sacerdotes y órdenes religiosas, somos los primeros que tenemos que reformarnos por dentro, con más oración, con más recogimiento, con más austeridad de vida, con más atención a los valores del espíritu, con más respeto a las leyes de la Iglesia, con más amor a la disciplina que ésta nos señala. Buscando ser, en nombre de Cristo, no en nombre nuestro, con sus palabras, *sal de la tierra y luz del mundo* (Mt 5, 13). Y aportando después, con este esfuerzo y con los sacramentos que administramos y con la Palabra que predicamos, todo este tesoro a los fieles, porque lo tenemos para vosotros, pero nos lo ha dado Dios; somos administradores, dispensadores de los dones de Dios.

Hay una diferencia esencial entre el sacerdocio ministerial nuestro y el sacerdocio de los laicos, y estamos aquí para ayudar a todos, todos unidos, al Reino de Cristo; sin violencias, sin agresividades, sin matar la piedad, sin caer en beaterías, por supuesto, manteniendo las santas tradiciones, perfeccionándolas en cuanto se pueda, vigilándonos continuamente para poner más justicia en la vida del trabajo, en las relaciones profesionales, en el cumplimiento del deber, porque todo esto predica la sinceridad de nuestra vida religiosa. Pero teniendo presente que el primer mandamiento es amar a Dios; y Dios no es, pura y simplemente, el conjunto de los hombres. El no está ausente de nosotros, pero tiene su vida trinitaria propia, que no se puede reducir a esto, al rostro del prójimo, a este humanismo religioso, según el cual, para muchos Dios, Jesucristo, no sería más que esto: la nueva humanidad, la realización de la justicia en la tierra, por los caminos que sea. No. A Dios no se le puede reducir a eso. Está por encima de todo, es Creador. Cristo vino del cielo a la tierra, es el Hijo Unigénito de Dios, que vino a redimirnos. Nacido de María, predica su evangelio y nos habla de sus preceptos fundamentales, pero nos habla también de la cruz, de la muerte, de la resurrección. Y subió a los cielos, en donde nos espera.

El comportamiento cristiano de siempre

Esta es la religión de Cristo; cuando se vive así, uno se siente dichoso de pertenecer a ella. Tendrá sus pecados, sus fallos, sus deficiencias, pero sabe que cuenta con el perdón de Dios, si sinceramente lo busca con arrepentimiento noble y profundo. Valora todo lo que en la tierra hay, como manifestación de esfuerzo y de lucha por un mejoramiento continuo, pero no pierde de vista el cielo, su destino último, hacia el cual va caminando, guiado en sus pasos por la luz de la Revelación. Recibe la doctrina santa de la Iglesia con respeto y no la convierte en una ideología destrozada a base de críticas de cualquier estilo, que son capaces de pulverizar todos los dogmas y de reducir las expresiones de la verdad religiosa al conformismo mental con nuestra época, con el cual se quisiera conciliar absolutamente todo.

Sabe estimar lo que son los mandamientos de la Ley de Dios y de la Iglesia, y trata de vivirlos; y con esa armadura interior se abre al mundo y abre sus brazos y trata con el hermano protestante, con el hermano ateo, no para perder él su propia luz, sino para ofrecer la que tiene y recibir acaso los estímulos que pueden venir de los que no creen, para purificarnos más nosotros. Y se abre al mundo y busca la cultura y la sirve, pero sabe rezar en medio de esas realidades y no se avergüenza de ser hijo de Dios y creyente en Jesucristo, por mucho que sirva al progreso técnico del mundo de hoy.

Y colabora en el orden político, pero no buscando una popularidad demagógica, queriendo remediar hoy de una manera falsa un problema que mañana se encenderá después, como consecuencia de la falsedad del remedio. Aportará lo que pueda, consciente de que no está en su mano transformar el mundo de una manera radical, sino eso, ofrecer algo en unión con los demás para ir haciéndolo mejor, como padre de familia, como esposa cristiana, como hijo de familia, como joven, como adulto, más o menos rico, más o menos pobre. Estima un deber suyo mejorar su condición propia y la de todos los hombres, vivir la justicia, no defraudar a nadie, contribuir al bien común, hacer que las relaciones laborales sean cada vez mejores, procurando atender a los más oprimidos y a los más débiles, viendo cuántas veces la sociedad está montada sobre una estructura radicalmente injusta y haciendo lo que esté en su mano para mejorarla dentro del orden debido, para no estropear más la situación grave que pueda existir.

Todo esto es un cristiano y, a la vez, un hombre que reza, que medita, que coge el crucifijo, que sabe lo que es la Virgen Santísima, que confiesa sus pecados, que adora la Eucaristía, que enseña a sus hijos también a rezar, que cuenta con la acción del demonio, que busca, por consiguiente, el huir de las ocasiones de pecado, que trata de fortalecer su conciencia con los ejemplos de los santos, que sabe que hay un juicio después de nuestra muerte y una vida eterna, o para el cielo o para el infierno. Esto es un cristiano, este es un cristiano posconciliar, preconciliar, del Tridentino, del Vaticano II y del Vaticano IV o X, si los siglos permiten celebrarlos, porque esos son dogmas de nuestra fe.

Esta es la reflexión que yo quería hacer hoy para situar la perspectiva, dentro de la cual contemplo la realidad religiosa de hoy. Así he tenido la oportunidad de presentaros el esquema de mi pensamiento y facilitaros también los puntos de apoyo, sobre los cuales se basa mi esfuerzo, mi propósito de predicar la Palabra

de Dios, en el cumplimiento de mi deber y mi acción episcopal en esta diócesis, a la que, como os dije desde el primer día, deseo entregarme en cuerpo y alma.

No quiero vivir el cristianismo de otra manera. No busco las complacencias. No quiero disimular nada. Creo que se está haciendo un daño terrible a la Iglesia, por no tener presente todo el conjunto de su doctrina. El unilateralismo y el parcialismo son funestos, antes y ahora. Busquemos estas líneas santamente integradoras, de la verdad, del pensamiento y de la acción religiosa, para que nuestro trabajo, el de todos, sea eficaz.

LA IGLESIA COMO INSTITUCIÓN Y MISTERIO DE SALVACIÓN

Voy a hablaros hoy, queridos diocesanos, de la Iglesia como institución y como misterio de salvación. Y a este propósito la pregunta previa es ineludible. ¿Qué es la Iglesia de Jesucristo?

Henos aquí un grupo, no pequeño, de hijos de la Iglesia, hombres y mujeres bautizados en ella, herederos de una fe, pero no simplemente depositarios de la misma. Esta fe, recibida por los caminos que, dentro de una sociedad católica normal, suele tener abiertos la Providencia, nos ha llegado por medio del bautismo. Y ya adultos hemos ido haciéndola cada vez más consciente dentro de nosotros mismos. Crecimos en una familia católica, hemos recibido una educación religiosa en conformidad con la doctrina de la Iglesia y, poco a poco, hemos ido avanzando en la vida, y ésta con sus exigencias nos ha hecho ponernos muchas veces en situación de contrastar la sinceridad de nuestra fe. Hemos visto a nuestro alrededor, quizá en nosotros mismos, la enfermedad, el dolor; hemos experimentado alegrías, esperanzas; sabemos lo que es el pecado, también conocemos lo que es la virtud y los medios para recobrarla cuando la hemos perdido. Hemos, tal vez, dudado en cuestiones religiosas; seguimos sin ver con claridad en algunas de ellas, pero tenemos una fe y somos responsables de ella y queremos vivirla.

Y aquí, en este momento, nos encontramos dentro de una iglesia a la que acudimos para escuchar la palabra que yo os predico, para reflexionar todos juntos y para cantar alguna oración, con lo cual nuestro espíritu se pone más en contacto con Dios.

Y está bien que nos reunamos dentro del templo. Porque una de las manifestaciones arbitrarias y muy inconsistentes que hoy se hacen es la que pretende prescindir un poco de los templos, invocándose para ello la frase que el Señor dijo a la samaritana: *Llega la hora en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad (Jn 4, 23)*. Pues claro que tenía que ser así. El Señor vino a darnos la religión de la vida, no la religión de las prescripciones mosaicas del Antiguo Testamento; nos daba la vida y teníamos, por consiguiente, que recibirla o rechazarla, y el que la recibe dentro tiene que vivirla en espíritu y en verdad. Pero lo que el Señor no dijo es que para eso eran innecesarios los templos materiales; siguen siendo necesarios. Lo importante es que cuantos vienen al templo material lleven dentro el templo espiritual. Y allá en su interior adoren al Padre en espíritu y verdad, y cuando entran en una iglesia como lugar sagrado, cuando se postran ante la Sagrada Eucaristía y cuando rezan ante un imagen de la Santísima Virgen o de los santos, a quienes buscan como intercesores, lo hagan como expresión exterior de una vida interior, a solas o en unión con otros. Es lo que hacen los padres de familia con sus hijos, los grupos homogéneos o toda una comunidad cristiana, como en este caso, la de una ciudad determinada, a la cual se la invita a venir a la Iglesia para esto.

Vosotros, como digo, tenéis ya experiencia clara de lo que es la Iglesia, habéis recibido sus sacramentos, habéis orado con su oración, habéis siempre

escuchado la palabra que ella predica y avanzáis hacia vuestro destino, hacia la realización de vuestro destino religioso dentro de esta Iglesia.

Los tres momentos espirituales suscitados por el Vaticano II

Y para situarnos una vez más en el punto de partida de todo lo que está sucediendo actualmente, en medio de esta crisis que confunde a tantos, voy a leeros unas palabras del Papa Pablo VI, pronunciadas al final del Concilio, en las cuales parece como que adivina todo lo que iba a suceder después. Me refiero al discurso que pronunció el 18 de noviembre de 1965, cuando se promulgaron la Constitución sobre la Revelación y el Decreto sobre el apostolado seglar.

En un pasaje del discurso pronunció estas palabras: “Nos parece que es muy importante que nos demos cuenta de cuál debe ser nuestra actitud de ánimo en el período posconciliar. La celebración del Concilio ha suscitado, a nuestro juicio, tres diferentes momentos espirituales. El **primero** fue el del entusiasmo. Era justo que fuera así: estupor, alegría, esperanza, un sueño casi mesiánico, acogieron el anuncio de la esperada y, sin embargo, inesperada convocación; una brisa de primavera pasó al comienzo sobre todos los ánimos. Siguió un **segundo momento**: el del efectivo desarrollo del Concilio, que se caracterizó por la problematicidad; ese aspecto de la problemática era lógico que acompañase al trabajo conciliar, que fue, como vosotros sabéis, inmenso trabajo que pudo realizarse gracias, especialmente, a los miembros de las Comisiones y Subcomisiones... Pero en algunos sectores de la opinión pública, todo se convirtió en discutido y discutible, todo apareció difícil y complejo; se pretendió someter todo a la crítica y a la impaciencia de las novedades. Aparecieron inquietudes, corrientes, temores, audacias, arbitrariedades; todo se hizo dudoso, incluso los cánones de la verdad y de la autoridad, hasta que comenzó a hacerse oír suave, meditada, solemne, la voz del Concilio”¹.

¡Qué época aquella, mientras se estaba celebrando el Concilio! Los que vivíamos en Roma y recibíamos continuamente las informaciones que llegaban, no sólo de la prensa del mundo entero, sino de los boletines que editaban los grupos más diversos, de los libros y folletos que se imprimían, de las referencias sobre luchas dentro del Concilio que no existían, comprobábamos cómo se producía la deformación con que tales informaciones presentaban la figura de tal cardenal, de tal obispo, de este episcopado, de aquel otro. Todo quedó sometido a la insaciable voracidad de la opinión pública. ¡Tan interesante como hubiera sido ofrecerlo todo como alimento sereno para la reflexión! Pero no fue así. Un fatal y pernicioso prurito movió a algunos a utilizar todo lo que el Concilio iba elaborando, para lanzarse sobre ello ferozmente, para presentarlo ante el pueblo pura y simplemente como manifestaciones banderizas, tendencias ideológicas, triunfadores y derrotados. Es decir, se trituraba el misterio de la Iglesia, se le convertía en triste comentario, para que sirviera, en las tertulias más inverosímiles, como objeto de todas las deliberaciones.

¹ PABLO VI, discurso del 18 de noviembre de 1965: en *Concilio Vaticano II*⁸, BAC 252, Madrid 1975, 1105.

El Papa Juan XXIII abrió las puertas del Concilio con una intención santa, precisamente lo que se buscaba: el diálogo con el mundo moderno. Pero con qué poco respeto, por parte incluso de ciertos hijos de la Iglesia, se acogió aquella muestra de benevolencia. “En este último tramo del Concilio... viene el **tercer momento**, el de los propósitos –dice el Papa Pablo VI–, el de la aceptación y la ejecución de los decretos conciliares. Y este es el momento para el que cada uno debe disponer su propio espíritu. La discusión acaba; empieza la comprensión”². Esto dijo el Papa. Pero yo ahora pregunto: ¿de verdad ha acabado la discusión? “A la acción del arado que remueve la tierra, sucede el cultivo ordenado y positivo. La Iglesia se reorganiza con las nuevas normas que el Concilio ha dado. La fidelidad la caracteriza; una novedad la califica”. ¿Qué novedad? Sobre la base de la fidelidad que el Papa proclama, ¿qué es lo nuevo que va a haber? Él lo señala con estas palabras: “Una conciencia acrecentada de la comunidad eclesial, de su maravillosa trabazón, de la mayor caridad que debe unir, activar, santificar, la comunión jerárquica de la Iglesia”. Esta es la novedad. Es decir, va a empezar en la Iglesia algo nuevo, una mayor conciencia eclesial por parte de todos; éste sería el gran fruto del Concilio y puede seguir siéndolo si no lo frustramos con nuestras intemperancias.

Hacer que todo el Pueblo de Dios sienta vivamente que es Iglesia y, por lo mismo, en su interioridad esté escuchando siempre el eco de una voz que le dice: “mueve el mundo en conformidad con el Evangelio, tienes una misión”. Todos: sacerdotes, religiosos, laicos. Lograr esto, en contraposición a la pasividad inerte que existía en buena parte de la Iglesia, sería el fruto más espléndido que podríamos conseguir. “Una maravillosa trabazón, dentro de todo el Pueblo de Dios”, conciencia eclesial, trabazón. Pablo VI está empezando, con esta imagen, a indicar que la Iglesia no es una masa amorfa, que están los hijos unidos, trabados, forman un tejido. Concretará más: mayor caridad que debe unirnos a todos. La caridad alta, la caridad como don del Espíritu Santo, la caridad que al obispo, al sacerdote, a los fieles, les haga sentir un sagrado respeto ante todo lo que de Dios hemos recibido, y ante el hombre; una caridad que nos haga ser pacientes, humildes; una caridad que nos mantenga intrépidos en nuestro apostolado, aceptando todas las fatigas que hayamos de soportar; una caridad que ponga a Dios en el centro de todos nuestros trabajos. Y todavía concreta más: “esta caridad debe unir, activar, santificar la comunión jerárquica de la Iglesia”. Pueblo orgánicamente constituido, en el cual todos tenemos responsabilidades y todos nos unimos dentro de una Jerarquía, puesta por Dios para que ese Pueblo se salve.

“Este es el periodo del verdadero *aggiornamento* preconizado por nuestro predecesor, de venerada memoria, Juan XXIII, el cual no quería ciertamente atribuir a esta programática palabra el significado que alguno intenta darle, como si ella consistiera en “relativizar” según el espíritu del mundo todas las cosas de la Iglesia: dogmas, leyes, estructuras, tradiciones, siendo así que estuvo en él – en Juan XXIII– tan vivo y firme el sentido de la estabilidad doctrinal y estructural de la Iglesia que lo constituyó en eje de su pensamiento y de su obra. *Aggiornamento* querrá decir de ahora en adelante, para nosotros, sabia

² *Ibíd.*

penetración del espíritu del Concilio que hemos celebrado y aplicación fiel de sus normas feliz y santamente emanadas”³.

Yo pediría a todos los que tienen una misión hoy en la Iglesia, que estas palabras, pronunciadas así por el Vicario de Cristo en un momento importantísimo, cuando el Concilio estaba a punto de terminar, quedaran escritas en el corazón y el pensamiento de cada uno. Porque se vería entonces si, manteniendo la fidelidad y el respeto a estas palabras, podían acometerse, podían realizarse tantos atropellos como hoy se están realizando. Veríamos entonces si se podía hablar de los dogmas de nuestra religión, buscando enseguida, con respecto a ellos, lo último que haya dicho el teólogo o el teorizante más absurdo. Veríamos entonces si se podía, en nombre de estas palabras, despreciar las tradiciones santas de la piedad de la Iglesia. Veríamos también si por “aggiornamento” se puede entender el salto en el vacío, una modernización que tire abajo todo lo que tenemos, sin construir nada más que estas aspiraciones individuales, a las que dan forma este grupo o aquel otro, conforme a sus propios deseos y caprichos, inventándose su liturgia, sus catecismos, predicando una religión que se dice que es el amor y la justicia, y empieza hablando de odios contra estos o contra aquellos. Veríamos, por último, si es posible, a la vista de estas palabras de Pablo VI, tener el concepto de Iglesia que tienen algunos hoy. Y si estas palabras del Papa no nos sirven, ¿por qué nos van a servir las de cualquier teólogo o las de mi voluntad arbitraria?

Insisto: mi pensamiento, ya expresado anoche, sobre el que vuelvo a invitaros a que reflexionéis hoy, es éste: hemos olvidado, como consecuencia de este vértigo en que estamos moviéndonos sin cesar, la doctrina del Concilio.

Por eso han dicho ya algunos obispos, por ejemplo el Arzobispo de París, entre otros, que había quienes estaban queriendo vivir del Vaticano III; y claro, es absurdo querer vivir del Vaticano III si no se ha vivido el Vaticano II. Es una forma de decir que algunos se han saltado todo y que han prescindido de toda norma y de toda institución. Y así es como se crea una imagen deformada de la Iglesia. Y terminan por hacer de la Iglesia algo molesto, antipático, inadaptado al mundo moderno; los perfiles más visibles de la Iglesia les resultan odiosos, aborrecibles, no son más que juridicismos paralizantes, impiden el avance del hombre en el reino libre del espíritu. Frases, frases, retórica vacía.

Vamos a dejarnos de retóricas y vamos a pensar, con fidelidad a Jesucristo, en lo que es nuestra Iglesia Santa.

La Iglesia que Cristo instituyó

Mi primera reflexión es la siguiente: ni siquiera hablaríamos de la Iglesia si no fuera por lo que Jesús, nuestro Salvador, nos ha querido decir y revelar. Esta palabra –Iglesia– aparece alguna vez en los libros del Antiguo Testamento como un concepto muy impreciso. Su realidad está prefigurada en el hecho de que Israel es el pueblo escogido por Dios, convocado por Él, eclesializado diríamos, al cual ha llamado para confiarle unas promesas, las cuales se cumplirán en la plenitud de los tiempos, cuando venga el Hijo de Dios, nacido de María.

³ *Ibíd.*

Ahora bien, de la Iglesia propiamente dicha, tal como entendemos hoy su realidad, no hablaríamos, ni siquiera podríamos hablar, si no fuera por lo que nos ha revelado nuestro Señor Jesucristo. Es Él quien un día reúne a sus Apóstoles y les hace una pregunta: *¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Y respondieron ellos: unos dicen que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o alguno de los profetas. Y les dice Jesús: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Tomando la palabra Simón Pedro, le dice: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Y Jesús respondiendo le dijo: Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te lo ha revelado eso la carne y sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y yo te daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que atares sobre la tierra, será también desatado sobre los cielos (Mt 16, 13-19).*

Cristo habla de una Iglesia que Él va a instituir, y la va a fundar sobre esa piedra; y a él, a Pedro, le dará un poder que llega hasta el reino de los cielos. Y cuando muerto y resucitado, antes de subir al cielo, quiere darles las últimas palabras con que concretará su misión, es otra vez a Pedro a quien le llama para preguntarle: *¿Me amas más que éstos? Apacienta mis corderos.* Y segunda vez y tercera vez: *¿Me amas más que éstos? Señor, Tú lo sabes todo. Tú sabes que te amo. Apacienta mis ovejas (Jn 21, 15-17).*

Acaba de confiarle ya lo que le prometió en Cafarnaúm. Él será la piedra, él será el Primado y con él los Apóstoles. *Id por todo el mundo y enseñad cuanto yo os he mandado (Mt 28, 19-20).* O bien, como dice San Marcos: *Id y predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y se bautizare será salvo; el que no, será condenado (Mc 16, 15-16).*

Y empezaron los Apóstoles. Recibieron el Espíritu Santo el día de Pentecostés, tal como el Señor se lo había prometido. Y después de recibir el Espíritu Santo empieza la Iglesia a ponerse en movimiento. La Iglesia santa y humilde. La Iglesia que trae al mundo la misma misión que Jesucristo. Tiene que enseñar sus mismas palabras, tiene que predicar la misma doctrina, tiene que ofrecer los mismos medios de salvación que Jesucristo instituyó. No tiene otra misión la Iglesia más que esa: salvar al hombre y salvarle en nombre de nuestro Señor Jesucristo.

Ved lo que nos dice el libro de los Hechos de los Apóstoles cuando, recibido el Espíritu Santo, Pedro empieza a actuar como Cabeza del Colegio Apostólico y pronuncia su primer discurso: *Hijos de Israel, escuchadme ahora. A Jesús de Nazaret, hombre autorizado por Dios a vuestros ojos con los milagros y prodigios que Dios, por medio de Él, ha hecho entre vosotros, a este Jesús, dejado a vuestro arbitrio por una orden expresa de la voluntad de Dios, vosotros le habéis hecho morir, clavándole en la cruz por mano de los impíos. Pero Dios le ha resucitado, librándole de los dolores y ataduras de la muerte, siendo como era imposible quedar Él preso por ella en tal lugar... Persuádase, pues, ciertamente toda la casa de Israel, que Dios ha constituido Señor y Cristo a este mismo Jesús, al cual vosotros habéis crucificado (Hch 2, 22-24.32).*

Es la primera predicación de Pedro. Fijaos, sus palabras están llenas, simplemente, del pensamiento y de la reflexión sobre Cristo Jesús muerto y resucitado. Y se dirige él, el pobre ignorante de ayer, a toda la casa de Israel.

Habla así, con esta solemnidad magisterial, desde el primer instante. ¿Y qué ocurre? *Oído este discurso, se compungieron de corazón y dicen a Pedro y a los demás Apóstoles: Pues, hermanos, ¿qué es lo que debemos hacer? Y Pedro respondió: haced penitencia y que sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo (Hch 2, 37-38).*

Ya está aquí, en una síntesis apretada de palabras preciosas, todo el misterio de la Iglesia. Haced penitencia, esto es, convertid vuestro corazón. ¿No le había presentado así el Bautista a las turbas? Y ahora Pedro dice lo mismo: haced penitencia, sed bautizados –el Bautismo para recibir la gracia santificante– en el nombre de Cristo, para remisión de los pecados, hombre nuevo, purificación interior, y recibiréis el don del Espíritu Santo. He ahí el Pueblo de Dios, aquel que está escuchando estas palabras. He ahí la Jerarquía; he ahí la comunión eclesial; he ahí la caridad que une, que activa, que santifica. He ahí la conciencia clara del deber con el que todos van a empezar a vivir su nueva vida en el mundo.

Lo que el Papa decía en el discurso a que me he referido antes, al señalar los frutos del Concilio en la etapa posconciliar, lo estamos viendo aquí. Todavía no hay templos, todavía no hay una liturgia regulada, todavía no hay unos medios normales dentro de la comunidad social. No son más que eso, las primeras manifestaciones de una fe que busca, desde el primer momento, ser comunitaria, pero no anárquica; una fe que busca mover el corazón, pero no puramente sentimental. Penitencia, remisión de los pecados. Una fe movida por el Espíritu Santo –*recibiréis el Espíritu Santo*–, pero encaminada a dar testimonio a toda la casa de Israel, de la que van a venir persecuciones. Una fe trabada, fuerte, unida entre todos los que participan de ella, predicada con fidelidad a una palabra que no se puede inventar, que no se puede trastocar, que no se puede delimitar, que no se puede rectificar.

Es la misma Palabra de Cristo la que ellos tienen que predicar. *Id por todo el mundo y enseñad cuanto yo os he mandado.* Fijaos cómo termina este episodio, tal como nos lo narra San Lucas en el capítulo segundo del libro de los *Hechos de los Apóstoles*. Sigue Pedro diciendo: *porque la promesa de salvación es para vosotros y para vuestros hijos y –universalismo de la Iglesia desde el primer instante– para todos los que ahora están lejos de la salud, para cuantos llamare a Sí el Señor Dios nuestro. Otras muchísimas razones alegó y les amonestaba diciendo: Poneos a salvo entre esta generación perversa. Aquellos que recibieron su doctrina fueron bautizados y se añadieron en aquel día a la Iglesia cerca de tres mil personas (Hch 2, 39-41).* Dato que presenta San Lucas en este libro, que es la primera historia que se ha escrito de la religión cristiana, una vez que Cristo salió de este mundo.

La Iglesia es, en toda época, la Iglesia de Cristo

Pues bien, hijos, ésta es la misión que hemos aceptado. Para ser fieles a ella. Y si no fuéramos fieles, mejor era no aceptarla o abandonarla. Fidelidad estricta a la Palabra del Señor, a los sacramentos que Él instituyó, al propósito y fin de la Iglesia. *El que creyere y se bautizare, será salvo; el que no, se condenará.* Es decir, salvación.

La Iglesia, repito, es la misma en Toledo, en Lyon, en Barcelona o en Berlín. Las singularidades temporales no la afectan en lo que tiene de institución como tal, de institución divina. El papado, por ejemplo, pertenece a lo constitutivo de la Iglesia. ¿Qué más da Pablo VI, León XIII, Benedicto XV..., el que sea? Cardenales, obispos y sacerdotes, siglo XX o siglo XIV. Siempre, en todas partes, en cualquier segmento de la historia humana, la Iglesia es siempre la de Cristo. El secreto del corazón de los hombres que integran la Iglesia en cada época, Dios lo juzga; pero la acción santificadora de la Iglesia permanece también ahí, con sus pruebas y con las realizaciones que ha dejado.

Quiero decir que, prescindiendo de singularidades y testimonios puramente humanos, que nos mueven a inclinar nuestra simpatía, mayor o menor, en relación con uno u otro aspecto de la vida de la Iglesia, todo me da igual con tal que sea la Iglesia de Jesucristo que sigue predicando su Palabra.

Hemos de juzgar las épocas de la historia con los criterios de la época. Hoy se dice: ha pasado ya, y gracias a Dios, la época constantiniana. Muy bien, pues que pase. Pero de ahí a despreciarla hay un paso que no se puede dar. En aquella época los hombres entendieron que servían así al Señor y cumplieron su misión. Hoy, en un mundo secularizado en gran parte, tenemos que abrir otros caminos y utilizar otros procedimientos, pero con la misma confesión de nuestra fe, con la misma palabra salvadora.

Hoy no irán los obispos, con sus mitras y sus cruces, en unión con los conquistadores de América a abrir un nuevo continente para el dominio de un país europeo y para el Evangelio y la libertad. Pero el Papa Pablo VI irá a la ONU y hablará del hombre; porque el sucesor de Pedro es experto en humanidad y en sabiduría de lo alto, y tiene veinte siglos tras de sí. En realidad, hace mucho tiempo que ese viaje estaba preparándose, porque empezó con el mismo Jesucristo.

Quiero decir que sería empequeñecernos el que la religión de Cristo la juzgáramos a través de estas formulaciones externas, cambiantes, que los siglos, la historia, las limitaciones de los hombres van presentando.

No es eso lo que yo tengo que ver en la religión de Jesucristo. Por ella, y de ella, ha dado testimonio luchando una Santa Juana de Arco; también ha dado testimonio de ella una Isabel la Católica. A ella se ha entregado una Santa Teresa de Jesús; y también se ha entregado a ella, por ejemplo, un San Juan Bosco en la edad moderna. ¿Qué más da el momento? Lo importante es vivir en todo momento de ese núcleo central de la Iglesia, de ese misterio de Jesús, de esa fuerza divina que tienen sus palabras. Y en esto es en lo que la Iglesia es misterio de salvación. Luego los hombres cooperamos a ella, más o menos torpemente, en la realización concreta y en la utilización de los medios que podemos tener a nuestro alcance. Pero hemos de mantener una fidelidad estricta para que la doctrina que predicamos sea la del Señor, para que los medios que ofrecemos sean los que Él estableció y para que la finalidad de la Iglesia siga siendo así, limpia y pura, libre de toda contaminación.

Hoy vemos mucho más claro que antes que la alianza exagerada entre los poderes políticos y los religiosos es perniciosa. Debemos evitar esas alianzas sin incurrir en ninguna beligerancia hostil de unos contra otros. Pero si antaño

no lo veían así y así servían a Cristo, con tal que el núcleo principal y sustantivo de la doctrina y de los medios se mantuviera, hemos de respetar, aunque no podamos compartir, los procedimientos que entonces se usaban. Bien seguros de que puede llegar otra época histórica, tardando más o menos tiempo, en que los que nos sucedan no compartirán los métodos nuestros. Porque así es la marcha de los hombres a través de las culturas y civilizaciones diversas.

Por esto duele, y duele en el alma, que se esté gastando tanto tiempo, tanta literatura, tantos libros, tantas horas y esfuerzos en coloquios y reflexiones interminables, para buscar el perfil de la Iglesia, la estructura conveniente, el suprimir esto, el quitar aquello, mejor sería así, hemos de dar testimonio de esta manera o de la otra. En la periferia nos estamos quedando en todo eso. En la periferia. Porque es cierto que todo eso puede condicionar e influir en la presentación del mensaje cristiano, pero no hasta el punto de que absorba el noventa por ciento de nuestras energías. Este noventa por ciento del tiempo, de la salud, del espíritu del Papa, de los obispos, de los sacerdotes, debe estar absorbido por otra cosa: por la fe y el amor a Jesucristo, vivo en nosotros, por la meditación de su palabra, continuamente, en privado y reunidos en nuestras iglesias, por la oración, por el testimonio vivo de nuestras obras en la relación con el prójimo; sin reducir esta dimensión del prójimo a la categoría exclusiva de los amigos, con quienes nos es grato tratar. El prójimo es el mundo, son los hombres todos, con sus miserias y desgracias y con sus esperanzas y sus gozos.

Este tiempo nuestro debe consumirse en el intento noble de decir a los hombres, cada uno de nosotros, todos, según la misión que nos corresponde: mirad esta religión santa de la que vivimos, nos habla del hermano, nos habla del mundo, nos habla del destino terrestre, pero nos habla de Dios, nos habla de nuestra salvación eterna, de que no perdamos el camino. Cristo ha venido al mundo no solamente para trazarnos aquí una meta que hayamos de conquistar, mientras somos ciudadanos de la ciudad terrestre en España o en Francia. Para eso no hacía falta que viniera Jesús, el Hijo de Dios. Cristo ha señalado al hombre otro destino mucho más alto y trascendente. Y la Iglesia tiene ahora como misión la de continuar la misma misión que Jesucristo estableció. ¿Y cuál es ésta?

Reino de los cielos inaugurado en el tiempo

Ahora os respondo con palabras del Concilio Vaticano II, puesto que es de ahí de donde tenemos que hacer brotar la nueva espiritualidad de la cual hemos de alimentarnos. En la Constitución dogmática sobre la Iglesia se habla de la misión y el cometido del Hijo: “Vino el Hijo enviado por el Padre, quien nos eligió en Él antes de la creación del mundo y nos predestinó a ser hijos adoptivos, porque se complació en restaurar en Él todas las cosas. Así pues, Cristo, en cumplimiento de la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el reino de los cielos, nos reveló su misterio y con su obediencia realizó la redención” (LG 3).

Inaugura en la tierra el reino de los cielos. ¿Qué es este reino de los cielos inaugurado aquí?

La Iglesia nos revela su misterio. ¿Cómo? Con su palabra y su vida. Y con su obediencia realiza la redención. Nos manifiesta el plan de Dios. Desde la

creación piensa en el hombre y le ama. Piensa en él y quiere elevarlo a la condición de hijo suyo. Y todo por iniciativa de Dios, no nuestra.

“La Iglesia o reino de Cristo, presente actualmente en misterio, por el poder de Dios crece visiblemente en el mundo. Este comienzo y crecimiento están simbolizados en la sangre y en el agua que manaron del costado abierto de Cristo crucificado y están profetizados en las palabras de Cristo acerca de su muerte en la cruz: *Yo, si fuere levantado de la tierra, atraeré a todos a Mí* (Jn 12, 32). La obra de nuestra redención se efectúa cuantas veces se celebra en el altar el sacrificio de la cruz, por medio del cual *Cristo, que es nuestra Pascua, ha sido inmolado* (1Cor 5, 7). Y, al mismo tiempo, la unidad de los fieles, que constituyen un solo cuerpo en Cristo, está representada y se realiza por el sacramento del pan eucarístico. Todos los hombres están llamados a esta unión con Cristo, luz del mundo, de quien procedemos, por quien vivimos y hacia quien caminamos” (LG 3).

Es decir:

- 1º la iniciativa de Dios creador sobre el mundo y sobre el hombre.
- 2º determinación de esa voluntad divina, el envío de su Hijo para que nosotros seamos elevados a la condición de hijos adoptivos y herederos del cielo.
- 3º redención que hace Jesucristo, rescatándonos del pecado.
- 4º permanencia de Cristo en el reino que inaugura, que es esta Iglesia que avanza en la historia.
- 5º Iglesia que crece visiblemente, porque *cuando yo esté en la cruz, todo lo atraeré hacia Mí*.
- 6º Iglesia que permanece en su sacrificio renovado en la Misa, en el altar.
- 7º no sólo la Eucaristía como sacrificio, sino la Eucaristía como sacramento, signo de unidad, dice el Concilio. Eucaristía en el sagrario, adoración de esa Eucaristía, acudir a esa presencia viva buscando la fuerza que nos da su compañía, la compañía que Dios quiere ofrecernos en este mundo. Y, por último,
- 8º llamamiento universal: todos los hombres están llamados a esta unión con Cristo.

¿Y los demás? ¿Y los seguidores de las demás religiones? ¿Y todos aquellos a quienes Cristo no ha sido predicado? No os alteréis, hijos, no. Dios creador de todos, Dios Padre de todos, Dios ofrece a todos los hombres los medios para que cada uno pueda alcanzar su destino. No me altera esa problemática que nace de la situación de las diversas religiones, cuando atiendo al corazón del hombre, dotado de buena voluntad y capaz de recibir también los auxilios necesarios, por caminos invisibles que Dios puede trazarse, para que en cualquier religión pueda cada uno alcanzar el destino que merece. Dios cumplirá amorosamente con ellos. Pero dentro de este programa universal de acción sobre el hombre, Dios ha querido enviar a su Hijo y lo ha enviado y aquí está, y su Evangelio ha sido predicado, más o menos, en tales o cuales lugares de la tierra. Es una nueva riqueza que recibimos. El recibirla no significa que yo vaya a enorgullecerme, como si perteneciera a una casta distinta; significa que yo me haré más humilde, recibiendo un don más precioso y solicitaré con mi oración y con mi trabajo apostólico que este don vaya extendiéndose a todos los hombres, bien seguro de que el Señor tiene otros caminos, desconocidos para nosotros,

pero abiertos por la misericordia infinita de Dios, para llegar a todos y a cada uno de los hombres.

Pero si, dentro de esos caminos, en uno de ellos, el que empezó en Israel, ha querido que aparezca la estrella de Belén y Cristo con su luz llega hasta nosotros, yo no despreciaré las luces que tengan los demás, pero no cambiaré la mía por ninguna. No creo sea yo un privilegiado, sino porque tengo que ser más agradecido y estoy más obligado que los otros. Y Cristo con su Iglesia Santa merecerá mi adoración, mi obediencia, mi sacrificio y mi fe; merecerá también mi esfuerzo misionero y apostólico, para ir extendiendo este misterio, en lo que de mí dependa, hacia otras partes de la tierra.

Por consiguiente, que los problemas sean iluminados dentro de lo que la fe nos enseña, pero que no sean mayores de lo que son, convirtiéndolos en una problemática que nos devore. Dejemos el plan de Dios en sus manos y caminemos con humildad por los caminos de la fe.

Yo, cuando pienso en un concepto de Iglesia como éste que acabo de trazar, y veo a los cristianos que se esfuerzan por vivirlo, digo: ahora venga todo lo demás; partiendo de aquí, venga todo lo que queda. Venga la preocupación por el mundo, venga el anhelo de que la justicia se realice, venga todo cuanto tiene que venir en el orden político y social. Somos hermanos los unos de los otros y tenemos que crear un mundo mejor, como cristianos. Pero empecemos por vivir nuestra fe, porque si no empezamos por aquí, al actuar como cristianos los que tenemos que actuar, somos infieles, estamos trocando las cosas y establecemos una desproporción nociva. Y se nos pasan la vida y las predicaciones y la administración de los sacramentos y las reuniones y los estudios de reflexión sobre la Iglesia, se nos pasan en consideraciones socio-políticas, en encuestas sociológicas, en reuniones que no acaban nunca, en examinar y vuelta a examinar los mismos problemas. ¡Y mientras tanto, el riquísimo e inefable misterio de Dios y de su Hijo se nos escapa de las manos! ¡Y es tan poco el tiempo que tiene un hombre en la tierra! ¡Se nos pasa tan pronto esta vida, para aprovecharla en toda su intensidad y en todos sus dones! ¡Necesitamos tanto nuestro poco tiempo, si somos consecuentes con lo que significa este misterio de Dios, para pensar en él! Por eso el cardenal Daniélou decía el otro día: "Yo no creo en el ateísmo". ¿Quién va a creer? No puede existir, ya que Dios es lo que lleva el hombre más clavado en su corazón.

Se comprende la actitud de un Unamuno, por ejemplo, atormentado toda su vida por el problema religioso. Esa es la preocupación que define al hombre humanamente culto. No entro a juzgarle en su postura religiosa, pero reveló la profundidad de su cultura en su sincera preocupación por Dios.

¿De qué nos sirve esta pobre vida nuestra? Treinta o cuarenta años, menos casi siempre, de plenitud, con una preparación larga: niñez, adolescencia, juventud, en que se mezcla la alegría con la inconsciencia; después la realización de una familia o el destino profesional, y en cuanto uno se da cuenta desaparece todo y entra ya por el camino de la ancianidad. ¿Y éste es el destino que nos espera?, ¿la soledad de un cementerio, sin más? ¿Para esto hemos venido al mundo? Si yo tengo, frente a este escepticismo y esta posible congoja, la luz de Cristo que me predica su Palabra, que me ofrece el ejemplo de su vida, de sus milagros, de

su muerte y resurrección, ¿cómo no me voy a asir a Él y decirle: Señor mío, creo en Ti Señor, pero aumenta mi fe?

JESUCRISTO, SALVADOR

Ayer os hablaba de la Iglesia como misterio de salvación, misterio en cuanto que opera invisiblemente sobre nosotros con la gracia que Jesucristo nos ha merecido y con la acción del Espíritu Santo, que anima constantemente toda la actividad de la Iglesia en relación con los que viven dentro de ella. En este sentido es un misterio y un misterio de salvación.

Pero, a la vez, es una institución visible, puesto que es un Pueblo de Dios, social, orgánicamente constituido como una muchedumbre localizada, visible, con una Jerarquía que la gobierna, con unos sacramentos identificables por la Tradición con los que Cristo instituyó, con unos ritos, con unos mandamientos, con unos preceptos evangélicos; con un credo, unos dogmas que permanecen inalterables. Y todo esto es captable por el hombre y forma parte de lo que se llama el cuerpo social de la Iglesia, que se nutre de esta vida interior, de esas creencias, dogmas, de esas fuerzas invisibles, concretadas en signos visibles, los sacramentos; y de esas actuaciones de gobierno santificador del Pueblo de Dios, que la Jerarquía de ese Pueblo va realizando, poco a poco, a través del tiempo.

Y situaba yo esta doble dimensión de la Iglesia, en su aspecto invisible interno y en su actuación visible externa, en la perspectiva de los discursos y documentos conciliares. Siempre con un propósito que he formulado desde el primer día, el de demostrar la continuidad. Porque si hubiera habido una ruptura esencial con lo que la Iglesia de los siglos anteriores nos había ofrecido, ni siquiera podríamos estar aquí; ello significaría una traición.

Y trato de insistir en este punto de vista, para salir al paso de ciertos lamentables confusionismos de hoy, explicables por otra parte, pero ciertamente perniciosos, con el fin de que nos dispongamos a admitir todas las santas renovaciones que el Concilio ha buscado; pero siempre manteniendo la sustantividad de la Iglesia de Jesucristo, tal como ha sido establecida por Él.

De ahí mi insistencia en ofrecer esas luces de los discursos del Papa o de los propios textos conciliares. La Iglesia, hoy como ayer, es un misterio de salvación y, a la vez, es institución visible que nos ofrece, de una manera que podemos entender suficientemente bien, los medios para lograr esa salvación.

Una visión deformada de la salvación

¿Cuál es la salvación que nos trae Jesucristo? Debemos esforzarnos para comprenderla con el fin de vivirla mejor y, ante todo, voy a tratar de expresar lo que es una visión deformada de la salvación. Una visión deformada que, probablemente, hemos contribuido todos a difundir, no por mala voluntad, sino por acentuación exagerada y parcial de un aspecto de la salvación.

Me explicaré un poco. Cuando se hacía esta meditación sobre la salvación en días de ejercicios espirituales, en las predicaciones de las misiones populares, en una plática o conferencia cuaresmal; hace unos años insistíamos mucho en

un solo aspecto, que no es que no forme parte de la verdad, pero que, presentado así, con un parcialismo exagerado, deforma el concepto y la realidad de esa salvación, tal como nos la ha ofrecido Jesucristo. Hablar de la salvación era ponernos a hablar del cielo y del infierno; muerte, juicio, infierno y gloria, los novísimos. Y no es que no haya que hablar de ello, por el contrario, hay que hablar mucho, porque otro de los fenómenos de hoy es que se está haciendo un excesivo silencio sobre estas realidades fundamentales de nuestra fe.

Ahora bien, no se puede reducir el concepto de salvación a eso, porque entonces, sin querer, parece como que lo que entendemos por salvación es ese instante matemático en la vida del hombre en que, gracias a la misericordia de Dios, uno muere arrepentido y se salva. Es un poco aquella frase: “Dios nos coja confesados”. Evidentemente, tenemos que desear que Dios nos coja confesados, y es cierto que, en un momento dado, aunque uno haya llevado una vida de pecado, sin embargo puede venir la gracia de Dios, el arrepentimiento y la salvación definitiva. Pero éste es, diríamos, el último acto en que uno se juega su destino y en el cual, de la misma manera que tenemos que contar siempre con la misericordia del Señor infinita, del mismo modo tenemos que desconfiar mucho de nuestras temeridades y de nuestras audacias.

Por ello, aunque sea cierto que la salvación del hombre, en cuanto a su eterno destino, puede labrarse en ese momento último de su existencia; y aun cuando tengamos que hacer consideraciones y meditaciones sobre ese destino ultraterreno del hombre, con su posibilidad de eterna salvación o condenación eterna, lo cierto es que Jesucristo Salvador y su mensaje de salvación no es eso únicamente. Si así lo presentáramos, sería una caricatura del mensaje de salvación que Jesucristo nos predica. La salvación que Jesús ofrece al hombre es algo mucho más hondo y más completo. No podemos reducir el mensaje de Cristo Salvador a límites de egoísmo, que harían despreciable la religión de Jesús, como si fuera una fábrica de pasaportes para la eternidad. No, no es eso.

Y si en nuestras predicaciones hemos exagerado este aspecto, prescindiendo de presentar en su completa armonía todo el horizonte de la salvación que Cristo ha venido a traer al mundo, debemos ser más exactos en lo sucesivo y debemos atender a todo lo que se encierra dentro de este contexto de salvación. Quiero explicarlo un poco esta noche.

La salvación se inicia ya aquí, en la tierra

En primer lugar, nos encontramos con que la salvación que trae Jesús al mundo, por virtud de la cual le llamamos el Salvador –acordaos de que ese nombre, Jesús, quiere decir Salvador–, se inaugura ya aquí abajo con un reino que Él establece y en el que nos invita a entrar. Jesucristo predica el reino suyo, y un reino que quiere establecer en este mundo como preparación para la eternidad.

Veamos lo que nos dice el Concilio Vaticano II en su Constitución sobre la Iglesia: “Nuestro Señor Jesús dio comienzo a la Iglesia predicando la Buena Nueva, es decir, la llegada del reino de Dios prometido desde siglos en la Escritura: *El tiempo está cumplido y se acerca el reino de Dios* (Mc 1, 15; Mt 4, 17). Ahora bien, este reino brilla ante los hombres en la palabra, en las obras y en la presencia de Cristo. La palabra de Dios se compara a una semilla sembrada en

el campo (Mc 4, 14): quienes la oyen con fidelidad y se agregan a la pequeña grey de Cristo, esos recibieron el reino; la semilla va después germinando, poco a poco, y crece hasta el tiempo de la siega. Los milagros de Jesús, a su vez, confirman que el reino llegó ya a la tierra: *Si expulsó a los demonios con el dedo de Dios, sin duda que el reino de Dios ha llegado a vosotros* (Lc 11, 28). Pero, sobre todo, el reino se manifiesta en la persona misma de Cristo, Hijo de Dios e Hijo del hombre, quien vino *a servir y a dar su vida para la redención de muchos* (Mc 10, 45)“ (LG 5).

Empecemos por aquí. No restemos belleza al cristianismo, no lo reduzcamos a aquello en lo que nuestro egoísmo podría encontrar la clave de sus secretas complacencias. No. Si este reino de Dios, que Cristo nos trae, se despliega en toda su extensión y acompaña al hombre desde el momento en que éste quiere ser ciudadano de ese reino, y va desarrollando en él todas las virtualidades divinas que encierra, y en el momento último de salir de este mundo le puede asegurar el encuentro, feliz y dichoso, con Dios nuestro Padre, si es así, no lo reduzcamos a ese momento final.

La salvación que Cristo trae al mundo ha empezado en ese instante, en el mismo instante en que Jesús viene a la tierra. Públicamente, en el mismo instante que empieza a predicar el Evangelio. Y respecto a cada hombre, la salvación empieza en el instante en que cada hombre se hace discípulo de ese reino. Y de una manera, ya reflexiva, cuando es adulto, recapacitando sobre las exigencias de ese reino, da un paso adelante en la intimidad de su conciencia y dice: “Señor, yo quiero ser cristiano; yo quiero seguir este camino”; ahí empieza la salvación. Si prescindimos de esto la hemos reducido exclusivamente a ese momento final en que se juega nuestro destino; como si la grandiosa relación del hombre con Dios únicamente tuviera que ventilarse en el momento final de nuestra existencia. No. Cristo no ha venido únicamente para acompañarnos en nuestra agonía. Cristo viene para hacernos nacer a una vida nueva. Y desde el momento mismo en que nacemos, la salvación está ya operando dentro de nosotros. Tiene mucha importancia precisar así el contenido. Lo veréis al final de esta reflexión que trato de haceros esta noche.

Segundo paso. Este Reino de Jesús, presente ya en la historia, Él lo manifestó directamente a sus discípulos y al pueblo a quien predicó y luego confió la presentación del Reino a la Iglesia, esa Iglesia de que hablábamos antes: misterio e institución de salvación. Presentado así el Reino, en el cristiano consciente, para seguir dando los pasos que tiene que dar en orden a hacerse ciudadano de ese Reino, se produce la adhesión a Jesucristo. Adhesión que no es una simpatía romántica al dulce Jesús de Galilea, no. Jesucristo es algo más que ese gran benefactor de la humanidad, ante el cual cualquier hombre de cualquier generación y cultura sentirá una profunda admiración. Es algo más. Infinitamente más. No basta escribir una vida de Jesús, como la que escribió Renán, y terminar con aquellos párrafos, literariamente maravillosos: “Descansa en paz, noble iniciador, en adelante nadie superará tus gestos y tus acciones, te llevas a la tumba el secreto de tu acción, insuperablemente generosa, eres el hombre más grande que ha existido en la tierra”. No va, eso no va. Lanzar estos párrafos hermosos, en los que el escritor se ha sentido cautivado por el atractivo grandioso de la figura de Jesús, puede ser el homenaje que hace un hombre a

la grandeza que percibe en Jesucristo, pero esto no es entrar en el Reino de Cristo.

Hay que dar un paso más y mostrar nuestra adhesión a Jesús, en su persona, en su palabra, en sus obras. ¿No es esto lo que nos dice el Concilio? ¿No es así como Jesucristo presentó su Reino?

El paso de la fe

Y este paso es ya el paso de la fe. En nosotros, educados cristianamente, cuesta menos; pero exige también reflexión para que se paso se dé conscientemente. Y en un hombre que tenga una crisis religiosa, que puede tenerla aun cuando viva en un ambiente normalmente católico; y en un hombre, como pasa frecuentemente hoy, que pueda sentir sobre sí la duda, la perplejidad inducida por los fenómenos propios de la vida moderna, llega ese momento en que tiene que plantearse a sí mismo la adhesión a Jesucristo. Y repito que esta adhesión no ha de consistir en una simpatía romántica; tiene que ser un gesto de plena confianza en Él.

Cuando uno examina la vida de Jesús, ve en Él una luz más que suficiente para comprender que puede uno fiarse de Él. Allí brilla algo, brilla la luz de Dios; y por lo menos merece, de entrada, una reflexión atenta, hecha con humildad y con amor. Y entonces, cuando un hombre se dispone así –por supuesto, la iniciativa será siempre de Dios–, ese hombre está haciendo de su parte todo cuanto puede hacer y Dios no le niega su gracia: viene la fe, llega la hora de la luz recibida y aceptada.

Es decir, comprendida la misión del Reino que Cristo predica, examinada la figura de Jesús, el hombre adulto dice: ¿Qué hay aquí? ¿Quién es éste que habla así? ¿Cómo es posible que realice estas obras? Y dirá, como decían los que le seguían en el Evangelio: *Nadie ha hablado como este hombre* (Jn 7, 46). Y escuchará la voz del mismo Jesús que lanza, no con actitud de reto, sino simplemente de afirmación venturosa, el secreto que hay en Él: *¿Quién de vosotros podrá argüirme de pecado?* (Jn 8, 46). Y ve la santidad infinita de su vida y ve sus obras, sus milagros, su muerte y su resurrección, y dice: yo puedo y debo creer en la misión que Jesús trae al mundo; aquí late la vida de Dios. Ese paso inicial, no lo dudéis, será enseguida correspondido por la gracia de Dios. El paso de la fe es un paso razonable. Lo malo es cuando un hombre no quiere pensar en ese misterio de Jesucristo. Entonces se cumple lo que dice San Juan Crisóstomo, comentando el evangelio de San Juan: “Es cierto que Dios ilumina a todo hombre, excepto al que no quiere ser iluminado”.

Pero cuando un hombre se sitúa así ante Jesucristo y con sencillez de corazón, con humildad, trata de ver un poco las razones de aquel misterio soberano, aparece en él la gracia de Dios, que hará que su corazón dé un paso adelante y se ofrezca a Él con amor. Y entonces ese hombre ha dado el paso para entrar conscientemente en el Reino de Cristo.

Esto es salvación. Porque es lo que buscaba Jesucristo: salvar al hombre ya en este mundo, haciéndole discípulo suyo, poniéndole en contacto con la verdad que Él nos trae, permitiendo que ese hombre llegue a recibir la vida divina que Él ofrece, dándole la capacidad de entender lo que significa la cruz, fortaleciendo

en su interior la esperanza. Cuando un hombre así, honestamente, dentro de su concepto cristiano de la vida, porque no estoy hablando a ateos, sino a un hombre que vive dentro de la cultura cristiana y de una sociedad católica, cuando un hombre así, digo, en su juventud, en su misma adolescencia, o bien en su madurez, si es que antes no lo hizo, se ha enfrentado humildemente con la persona de Jesucristo, ha examinado su doctrina y ha visto lo que da de sí la experiencia de la vida, facilísimamente ese hombre se deja captar ya, no por la grandiosa figura humana de Jesucristo, sino por el Hijo de Dios encarnado, por el Verbo eterno hecho hombre. Pero el Hijo de Dios es inseparable del Padre; el que se acerca a Cristo, se acerca al Padre y recibe el Espíritu Santo. Es decir, se sumerge en el misterio trinitario; empieza a vivir plenamente con sus creencias en cuanto a los dogmas y con su vitalidad interior en cuanto a las virtudes; empieza a vivir el misterio operante de Dios sobre la vida de un ser humano; como discípulo de Cristo vive el Evangelio. Ese hombre está colaborando al misterio de la salvación. Está él mismo siendo salvado ya inicialmente aquí, y contribuye con el testimonio que va a dar en su vida a que esa salvación opere también sobre los demás. Porque en la religión que Cristo nos predica se nos insiste en una actuación operante y viva. Y todo eso es también salvación.

Crear en Jesús es vivir conforme a sus enseñanzas

Una vez que el hombre se ha adherido a Jesús, no queda reducida su adhesión a un ritualismo vago y sentimental, sino que es una exigencia comprometida, es una aceptación de aquello que Jesús nos va a ordenar, porque Él se va a presentar también así: como Señor que nos da sus preceptos.

Hay que obrar, hay que actuar si de verdad se quiere seguir el camino de Jesús. Porque en este camino hay un orden moral que tiene una motivación no simplemente ética, sino religiosa. Ya veréis por qué. Por ejemplo: las bienaventuranzas. Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Finalmente: bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos (cf. Mt 5, 1-12). Ya está aquí insinuado, y con muy fuerte relieve, un programa de vida.

Hay más, y aunque no voy a recorrer todo lo que Cristo señaló en el Sermón de la Montaña, sí quiero subrayar el código moral que estableció con definitiva fundamentación religiosa. *No penséis que he venido a abolir la ley o los profetas; no he venido a abolir, sino a darle su cumplimiento. Habéis oído que se dijo a vuestros mayores: no matarás. Quien matare será condenado en juicio. Yo os digo más: quien quiera que tome ojeriza con su hermano, merecerá que el juez le condene. Habéis oído que se dijo a vuestros mayores: no cometerás adulterio. Yo os digo más: cualquiera que mirare a una mujer con mal deseo hacia ella, ya adulteró en su corazón. Habéis oído que se dijo: ojo por ojo y diente por diente. Yo, empero, os digo que no hagáis resistencia al agravio, sino que, si alguno te hiere en la mejilla derecha, preséntale también la otra. Habéis oído que se dijo: amarás a tu prójimo y tendrás odio a tu enemigo. Yo os digo más: amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os*

persiguen y calumnian (Mt 5, 17, 21-22, 27-28, 38-39, 43-44). Todo un orden moral.

¿Y cuál es el motivo de este orden moral? Os decía antes que Jesucristo no presenta este orden moral desde un punto de vista meramente ético; lo hace fundándose en un motivo religioso. Una frase que viene al final del Sermón de la Montaña lo confirma. Me refiero a la palabra de Jesucristo cuando dice: *Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mt 5, 48). O sea, dentro de ese Reino que Él nos predica, nos eleva al plano de la divinidad, en cuanto que nosotros podemos alcanzarlo merced a la gracia de Dios. Ya es noble que un hombre realice y cumpla las exigencias de este orden moral por un motivo simplemente de ley natural, de pura ética; pero todavía es más noble y más alto si eso se nos pide para poder ser imitadores de Dios. Y Jesucristo ha venido a esto. ¿No es acaso el Hijo de Dios que ha venido a la tierra? ¿Es que su mensaje es el de Sócrates o el de Platón? No. El trae otra cosa: la salvación. De nuevo el concepto: la salvación operando ya la transformación del hombre; y una transformación, insisto, que no consiste en una romántica simpatía al héroe generoso de Galilea. No. Es una adhesión profunda al misterio de Jesús, Hijo de Dios, hecho accesible al hombre, que empieza a presentarse a éste desde que es llamado el hombre por el bautismo, y desde que conscientemente este hombre piensa en Él y trata de seguir su doctrina y observar sus mandamientos.

Los horizontes de la santidad

Y todo esto es salvación. Más aún, debemos señalar, sin pretender agotar el tema, nuevos matices. En esta salvación que Jesucristo ofrece hay niveles altos; son los elementos supremos del ideal, donde se marca el desprendimiento radical de los bienes terrestres, la entrega total para predicar con Él el Reino de Dios, el seguimiento de una manera absoluta. Es, diríamos, el límite más alto de un ideal, el ideal evangélico, el límite más alto teóricamente aceptado, pues en la práctica el grado de santidad de cada persona se mide según obre él con amor, de acuerdo con su situación; es el amor el que nos sitúa en un grado más alto o más bajo. Pero en la escala, diríamos, de contemplación del reino, Jesús va presentando exigencias cada vez más altas, para los que quieran seguirle, o para los que quieran entender todos los matices que ahí aparecen. Y así nos encontramos con un pasaje del Evangelio, sorprendente; a primera vista, resulta poco humano; diríamos que estamos, al leer este pasaje en esa zona cimera, en que Jesús señala el límite supremo a que puede llegar un hombre en este mundo en su aprehensión del concepto de salvación. Evangelio de San Lucas: *Mientras iban andando su camino, hubo un hombre que le dijo: Señor, yo te seguiré a donde quiera que fueres* (Lc 8, 18-19). No dijo más. Cristo le responde con unas palabras que más que servir para atraerle o confirmarle en su propósito, parece que servirían para ahuyentarlo: *Las raposas tienen guaridas y las aves del cielo nidos, mas el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza* (Lc 9, 57-58). ¿Qué hizo ante esta respuesta aquel escriba que le habló así? Por lo menos, quedarse sorprendido como nosotros; no sabemos si le seguiría.

Pero ved lo que ocurrió con otros dos discípulos. Al primero le dice Jesús: *Sígueme*. Más aquel respondió: *Señor, permíteme que vaya antes y dé sepultura a mi padre*. Le replicó Jesús: *deja a los muertos el cuidado de sepultar a sus muertos, tú ve y anuncia el Reino de Dios* (Lc 9, 59-60). Casi inhumano. El otro

discípulo le dijo: *Yo te seguiré. Señor, pero primero déjame ir a despedirme de mi casa.* Responde Jesús: *Ninguno que después de haber puesto su mano en el arado vuelve los ojos atrás, es apto para el Reino de Dios* (Lc 9, 61-62).

La exégesis de estos textos nos invita a pensar que Jesucristo trata de fijar aquí situaciones tipo, las más altas, las que expresan, diríamos, el radicalismo de la mística evangélica. No porque todos tengan que seguir por aquí; de hecho, vemos cómo Jesucristo a las muchedumbres, a otras muchas personas que aparecen en el Evangelio, no les pide esto y seguía tratando con ellos, y amándoles y dándoles toda la riqueza de su predicación, igual que podía dársela al discípulo más íntimo. En esos textos hay otras tantas lecciones pedagógicas, con las cuales Jesucristo trata de presentar los perfiles de las altas montañas en la ascensión continuada por donde hay que subir a Él. Es el Evangelio de Jesús, la cumbre. Como cuando lleguen los preceptos del amor, o el discurso de la Última Cena, en esa elevación inconmensurable, en donde parece que reduce a una síntesis el mundo, Dios, la Redención, los Apóstoles, la Iglesia. Todo concentrado en sus manos y en sus palabras, en una vibración espiritual indefinible que únicamente puede brotar del alma del Hijo de Dios.

Por consiguiente, digo, no nos asustemos ante esta manifestación tan viva de una exigencia evangélica tan alta. Ahora bien, hay que comprender que hay como matices en todo esto. Pues todo ello es también salvación, porque es la escala completa: es el bautismo, es la palabra de Jesús que prende como una semilla, es la meditación de esa palabra, son los preceptos morales, son las invitaciones a seguirla. Y cuando un hombre o una familia, o muchos hombres, o un pueblo, en un siglo y en otro, van viviendo esto en mayor o menor grado, con mayor o menor intensidad, va realizándose en la tierra el Reino de Dios y va operándose la salvación, tal como Jesucristo ha venido a traerla.

El amor, cima y corona del Reino de Cristo

Y queda el último paso. Ese reino que Jesús predica y esa salvación y estos seguimientos a que Él nos invita, de nada servirían, si en nuestro corazón no hiciese nacer el amor: el amor a Dios y el amor a los hermanos, el amor a los hombres. El que ama a Jesucristo, ama al Padre también, porque *el Padre y yo somos una misma cosa* (Jn 10, 30). El que ama los preceptos de Cristo, cumple la voluntad de mi Padre. *Cuando oréis, orad así: Padre nuestro que estás en los cielos; santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo* (Mt 6, 9-13). Jesucristo, enseñando a orar, reduce toda la oración a esto: a que el hombre desee hacer la voluntad del Padre. Y entonces, el que ama al Padre, el que ama a Dios, ama lo que Dios ama. El que quiere cumplir la voluntad de Dios, quiere cumplir lo que Dios quiere que se cumpla; y ya, ese hombre, madurado así en su vida religiosa, casado, soltero, sacerdote, consagrado a Dios, es un hombre profundamente religioso, tiene ya un concepto de la vida, sabe por qué ha venido Cristo al mundo, sabe cuál es el sentido de su Reino y ama a Dios, y Dios para él no es una abstracción, no es un ser lejano, es el Padre próximo a sus hijos, es el que nos ha enviado al Hijo, el Redentor. Y ese cristiano va recibiendo los sacramentos, con los cuales se fortalece, para cumplir los preceptos, va salvándose, va haciéndose cada vez más ciudadano consciente del Reino de Dios.

Pero ni siquiera terminan aquí la reflexión y el análisis que el cristiano hace de lo que es el Reino. Porque se encuentra al final de ese análisis con que el Reino se corona, en la tierra, con el amor a los hermanos. No hay amor a Dios si no hay amor al prójimo. *Y el que dice que ama a Dios, a quien no ve, y no ama a su hermano, a quien ve, ese tal es un mentiroso*, dice el Apóstol San Juan (1 Jn 4, 20).

Y Cristo nos dirá: *Amaos unos a otros, como yo os he amado* (Jn 15, 12). Y entonces vendrá ya como norma de vida religiosa en la tierra, que abarca todas las relaciones de justicia, en el orden social también, el gran precepto del amor. Lo cumpliremos mejor o lo cumpliremos peor, pero nadie podrá decir que la salvación, entendida así, es una alienación o es una evasión de los compromisos que el hombre debe aceptar como ciudadano de ese Reino.

Y viene la síntesis de todo, cuando se acerca el final, el tramo último de la vida. Ese final que puede presentarse a la hora de la juventud, en nuestra vida adulta o en nuestra ancianidad. ¿Quién de nosotros, los que estamos aquí, de los que nos están escuchando por la radio, quién puede tener la seguridad de cuál va a ser y cuándo va a llegar el último momento de su vida? También en ese último momento hay que salvarse, pero ahora está matizada la expresión: también. Antes, con toda nuestra vida y ahora también, para que se cierre definitivamente el ciclo de nuestras relaciones con Dios, en un gesto total de entrega de nuestra vida en nombre del amor. Ya no será, entonces, la salvación la búsqueda de un pasaporte para la eternidad, obtenido así como sea, de cualquier modo; con tal de poder hacer un acto de contrición a última hora, ya lo arreglaremos, confiando en la misericordia de Dios.

¿Comprendéis ahora por qué os decía yo al principio que eso era una caricatura de la salvación? Jesucristo no ha venido a traernos una salvación reducida a eso, a un momento. Y por esto, en nuestras meditaciones sobre este misterio podíamos caer, sin darnos cuenta, en un parcialismo que disminuye toda la grandeza del misterio de la salvación, tal como Jesús nos lo ha predicado y ofrecido, si sólo pensamos en asegurar, sea como sea, que en ese último trance podamos tener vía libre hacia una eternidad dichosa, hay que buscarlo también en ese último trance, y dichosos aquellos que se encuentren preparados, dichosos también los que, si no lo estaban antes, puedan lograr su preparación entonces. Hay discípulos de Jesús desde la primera hora, pero hay también discípulos de Cristo a la hora de la cruz: *Acuérdate de mí, Señor, cuando estés en tu Reino*, le dijo el buen ladrón. Y Cristo contestó: *Hoy estarás conmigo en el Paraíso* (Lc 23, 42-43).

He ahí un caso en el cual la salvación le llega a un hombre desgraciado hasta entonces, en ese instante matemático en que la providencia de Dios ha querido que se realice el encuentro con el Dios perdonador. Pero esa forma no es la normal. Y cuando vivimos dentro de una Iglesia, que va desarrollando su existencia en el tiempo y que predica sus misterios con normalidad y que cultiva a sus hijos con amor, tenemos que tener cuidado de nuestra salvación y de nuestra entrega, no sólo por el riesgo que corremos, sino sobre todo por un motivo mucho más noble, por corresponder con la elegancia de nuestro amor y con la humildad de nuestra vida a lo que Jesucristo nos va ofreciendo.

Entonces sí, yo comprendo lo hermoso que es el concepto de la salvación.

- Primero: ofrecida por Jesucristo, como don de Dios.
- Segundo: consistente esta salvación en aceptarle a Él, a Jesús, su persona adorable, sus palabras, sus obras.
- Tercero: ya en este mundo esta salvación produce una transformación del corazón, porque lleva consigo un orden moral fundado en un aspecto religioso.
- Cuarto: despliega en el hombre toda su capacidad de amar.
- Quinto: comporta un orden moral y un orden social.
- Sexto: orienta el sentido de la vida hacia el más allá.
- Séptimo: asegura la vida eterna y nos libra de la condenación.

Por todo ello, sed conscientes, vivid una vida religiosa digna. Debemos apartarnos del pecado, amar al Señor, esforzarnos por cumplir sus mandamientos. No jugar con estas cuestiones tan graves, en las que vemos empeñada la vida entera de Jesús.

Enseñanza del Concilio Vaticano II

Voy a terminar leyéndoos un nuevo párrafo del Concilio Vaticano II, olvidado también, como muchos otros, en virtud de ese confusionismo a que me estoy refiriendo. ¿Nos ha hablado el Concilio Vaticano II de la salvación eterna? Pues sí, nos ha hablado en el capítulo séptimo de la Constitución sobre la Iglesia: “Cristo, levantado sobre la tierra, atrajo hacia sí a todos; habiendo resucitado de entre los muertos, envió sobre los discípulos a su Espíritu vivificador, y por Él hizo a su Cuerpo, que es la Iglesia, sacramento universal de salvación; estando sentado a la derecha del Padre, actúa sin cesar en el mundo para conducir a los hombres a la Iglesia y, por medio de ella, unirlos a Sí más estrechamente y para hacerlos partícipes de su vida gloriosa, alimentándolos con su Cuerpo y con su Sangre. Así que la restauración prometida que esperamos, ya comenzó en Cristo, es impulsada con la misión del Espíritu Santo y por Él continúa en la Iglesia... La plenitud de los tiempos ha llegado, pues, a nosotros y la renovación del mundo está irrevocablemente decretada y en cierta manera se anticipa realmente en este siglo; pues la Iglesia, ya aquí en la tierra, está adornada de verdadera santidad, aunque todavía imperfecta... Unidos, pues, a Cristo, en la Iglesia, y sellados con el Espíritu Santo... con verdad recibimos el nombre de hijos de Dios y lo somos, pero todavía no se ha realizado nuestra manifestación con Cristo en la gloria, en la cual seremos semejantes a Dios, porque lo veremos tal como es. Por tanto, mientras moramos en este cuerpo, vivimos en el destierro, lejos del Señor y aunque poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior y asíamos estar en Cristo”. Por mucha santidad que alcancemos, por muchos despliegues de nuestra vida espiritual, no poseemos en la tierra a Nuestro Señor con la plenitud definitiva del cielo.

“Ese mismo amor –continúa el Concilio– nos apremia a vivir más y más para Aquél que murió y resucitó por nosotros. Por eso procuramos agradar en todo al Señor..., y como no sabemos el día ni la hora, es necesario, según la amonestación del Señor, que velemos constantemente para que, terminado el único plazo de nuestra vida terrena, merezcamos entrar con Él a las bodas y ser contados entre los elegidos, y no se nos mande, como a siervos malos y perezosos, ir al fuego eterno, a las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y rechinar de dientes. Pues antes de reinar con Cristo glorioso, todos debemos

comparecer ante el tribunal de Cristo para dar cuenta de las obras, buenas o malas, que cada uno haya hecho en su vida mortal; y al fin del mundo saldrán los que obraron el bien, para la resurrección de la vida; los que obraron el mal, para la resurrección de la condenación” (LG 48).

Cuando uno entiende así y se esfuerza por comprender el mensaje de salvación de nuestro Señor Jesucristo, ama más a Jesús, confía en su misericordia infinita y sabe que ha venido a eso: a salvar a los pecadores. Porque, al esforzarse por cumplir este programa de vida, puede mostrar ante el Señor un ejemplo de noble correspondencia, no de egoísmo. Tendrá pecados, caídas, fallos, lo que sea, pero sabe que puede contar con un Dios que perdona. Ese hombre, el cristiano, aspirará a liberarse sin cesar de las redes del egoísmo, buscará la salvación ya desde ahora, queriendo ser bueno, lo que expresamos con esa sencilla palabra: ser bueno, y ser fiel testigo de Jesús, en cuanto él pueda serlo en este mundo. Va disponiéndose para la hora de la muerte con su oración, con su arrepentimiento, con su amor creciente a nuestro Señor Jesucristo. A la vez difunde el bien, hace cuanto puede por un orden mejor en la vida.

Y entonces, ¿de dónde le va a venir a ese hombre ninguna tentación que le haga turbarse ante las acusaciones que se hacen, de que el cristianismo es inoperante, de que sirve para formar alienados, que es el opio del pueblo, que nos adormece, que va –esto ha dicho Carlos Marx y con él todos los marxistas– fomentando en el corazón de los hombres la filosofía de la resignación ante el dolor, impidiéndoles la liberación? ¿Quién que entienda la salvación, tal y como se desprende del Evangelio, aceptará esta acusación contra el cristianismo? Habremos conseguido más o menos cada uno en nuestra vida, pero el programa de Jesucristo es profundo y es fuerte para transformar las conciencias de los hombres y del mundo entero. Las otras filosofías que prescindan del Evangelio, aparentemente, pueden ser más eficaces en un momento dado, como lo es el huracán que todo lo arrolla. El nazismo, con sus millones de víctimas; el comunismo, con sus millones de muertos en Rusia, han podido ser más eficaces en algún momento dado; eficaces para conseguir un gran bien para unos cuantos; para ofrecer la muerte y la ruina a otros. El cristianismo, no; la eficacia del cristianismo está en que es Cristo quien se puso en la Cruz, Él por todos. Y en nombre de Cristo se han realizado siempre silenciosas revoluciones del amor en las conciencias de los hombres y en la vida pública y privada de las colectividades, en tanto en cuanto han seguido sus preceptos.

Al final, después de todas estas revoluciones gigantescas en que los hombres hacen a los unos víctimas de los otros, cuando todo va serenándose, se vuelve al principio: a buscar una convivencia que empiece de nuevo con el respeto y termine con el amor; porque se considera que sin ello no se puede vivir. Es decir, una versión laica del Evangelio; siempre venimos a parar a lo mismo. Evangelio por evangelio, yo prefiero aquél en que pueda encontrarme con Jesucristo vivo, no muerto, resucitado, vivo en la Iglesia, actuando sobre mi conciencia y pidiéndome, como me pide, ser bueno, ser buen discípulo suyo, asegurar mi salvación y procurar también la salvación de los demás.

LA ACTITUD DEL CRISTIANO, HOY

Durante estos días traté de ofreceros, queridos diocesanos, algunas reflexiones centradas principalmente sobre la Iglesia, como misterio de la salvación que Jesucristo nos ha traído al mundo. El punto de partida era una meditación sobre la situación actual de la Iglesia en relación con las esperanzas que surgieron cuando se celebró el Concilio Vaticano II y que no tienen por qué desaparecer de nuestra alma de cristianos.

Ese Concilio no ha sido un hecho cultural, social, del que la historia levante acta y lo califique mejor o peor, simplemente como un capítulo más en la historia de la Iglesia. No. El Concilio es un hecho religioso. Y ha sido el Espíritu Santo el que ha movido a su Iglesia a celebrarlo. Y producirá frutos abundantísimos, sin duda; y de hecho, algunos se están produciendo ya. Pero es un deber nuestro el de hacer reflexionar a los fieles sobre las posibles desviaciones, no para ser, como decía Juan XXIII, profetas de calamidades, sino precisamente para asegurar la fecundidad. Y al hacerlo así, nosotros los obispos tenemos que seguir el ejemplo que nos está dando el Santo Padre. Por eso, os le presentaba yo el primer día como no sólo el verdadero maestro, sino el intérprete del Concilio y el que está demostrando con hechos el mantenimiento de la sana doctrina y al mismo tiempo la apertura al mundo actual.

No ha necesitado el Papa sacrificar nada de nuestras creencias, ni de nuestra piedad, para demostrar con hechos, muchas veces difíciles y arriesgados, su amor al mundo moderno. Ahí se ve la Iglesia de Cristo, en ese comportamiento. El Romano Pontífice tiene la misión de confirmar a sus hermanos en la fe; incluso a nosotros, los obispos; cuánto más a todo el pueblo. Y por eso señalamos el punto de referencia más visible en esto: el Magisterio del Romano Pontífice.

Os he hablado de la Iglesia como misterio de salvación y de Jesucristo que nos trae la salvación que Él vino a ofrecer al hombre en este mundo. Tendríamos que disponer de mucho más tiempo para seguir desarrollando, en una conexión lógica, otros temas que surgen espontáneamente de éste. Pero hemos llegado al final. Mañana volveremos a encontrarnos aquí, yo celebraré la Santa Misa por vosotros y participaremos con gozo en el santo Sacrificio Eucarístico.

Pero tiempo nos queda por delante, si el Señor es servido de concedérmolo, para seguir predicando la Palabra de Dios en las iglesias todas de la diócesis, en la Catedral de una manera particular, y en tantas reuniones como podremos tener. No quisiera otra cosa más que esto: predicar la Palabra de Dios; y que mi actuación en los demás campos que competarán a mi misión apostólica en la diócesis fuera esto: todo encaminado a que se predique y se viva la Palabra de Dios; porque de esto vivimos los cristianos. Y la Iglesia tiene una misión de gobierno, de rectoría de las almas, del pueblo que a ella se le ha encomendado, precisamente para esto, para que pueda recibir la Palabra de Dios y, recibéndola, ese pueblo se santifique. Esta es la triple misión del obispo: santificar, regir y predicar, enseñar la Palabra de Dios.

Después del paisaje religioso que he tratado de describir en las tres noches anteriores, ¿qué os podría pedir yo hoy? Dado que no podemos prolongar, en

días sucesivos, estos contactos que ahora hemos establecido, ¿qué actitudes podría señalar yo hoy como recomendables a este pueblo cristiano que Dios me ha encomendado?

La necesidad de la vida interior

Pienso en vosotros, los seculares, las familias católicas. No en las asociaciones, dejémoslas ahora; todas son muy dignas y necesarias en la vida de la Iglesia. Pero ahora estoy fijándome exclusivamente en vuestra condición de bautizados, hijos de la Iglesia por el bautismo. Y si acaso, un poco más concretamente, estoy fijándome, desde el punto de vista de vuestra condición humana y social, en el hecho familiar, en las familias que constituís, sea cual sea el estado con que cada uno pertenecéis a aquella en que vivís. La familia, la familia católica, en que sus miembros son hijos de la Iglesia. ¿Qué os pediría yo en este momento, como consecuencia de todo lo que he venido diciendo?

En primer lugar, queridos hijos, creo que es muy necesario despertar en nosotros una actitud de vida interior, de vida interior honda en nuestras almas, en este momento que está viviendo la Iglesia. No entiendo por vida interior un intimismo evasivo que busca, en la contemplación de sí mismo, un consuelo falaz y engañoso, frente a la molesta aspereza del encuentro con los demás; porque eso es una religiosidad falsa. Aquel que, como consecuencia, digo, del disgusto que se experimenta en lo que llamamos la lucha del vivir diario, traduce su religiosidad en un intimismo puramente subjetivo, en que él se entiende a solas con Dios, como se dice con frase vulgar, sin renegar por supuesto de los lazos que le unen a la Iglesia, pero descuidando la proyección que esa vida cristiana ha de manifestar en relación con los demás, el que obra así no es buen discípulo de Jesucristo. Eso no es vida interior. Y siempre está uno expuesto a esta tentación, porque se experimenta el cansancio en la lucha diaria. ¡Cuesta tanto lograr un poco más de belleza moral en el corazón de un hombre!

Decía aquel gran pensador, José De Maitre: “No conozco el corazón de un malvado, conozco el de un hombre de bien y es espantoso”. Y uno lo experimenta, más o menos, a medida que va avanzando en la vida; y fácilmente encuentra en el Dios de su amor como un refugio, un consuelo y se aísla. Tal aislamiento, por sí solo, no es vida interior. Por mucho que se rece, es intimismo evasivo.

Cuando estoy hablando de la necesidad de vida interior, en relación con estas necesidades que experimenta la Iglesia, con sus dolores y sus esperanzas, estoy refiriéndome a una actitud, profundamente religiosa, de hombre que empieza por adorar a Dios, porque cree en Él; y ora, hace oración, en su intimidad y públicamente en unión con los demás. Y busca las palabras de Cristo y las medita; y se examina a sí mismo y se arrepiente. Esto es vida interior.

No puede, el cristiano que vive así, reducir su religiosidad a un activismo externo inútil. Y este es otro de los peligros que se están dando, el opuesto a ese que describía anteriormente. El intimismo evasivo, pernicioso; el activismo puramente externo, igualmente nocivo. No es cristiana ni una actitud, ni la otra.

Los que hoy dicen que no hay necesidad de vida interior, de oración, de arrepentimiento profundo, de contemplación de Dios, suelen repetir mucho una

frase que está de moda: “a Dios se le ve en el rostro del hermano. Y luchar por el hermano ya es luchar por la causa de Dios”. ¡Cuidado! No se pueden reducir las categorías religiosas a frases tan simplistas y, además, esa frase que parece tan llena de novedad resulta que la encontramos en una muchedumbre innumerable de santos que han vivido en la Iglesia. Sin ir más lejos, San Vicente de Paúl, quien dice literalmente, en uno de sus escritos a las Hijas de la Caridad: “Cuando vayáis a visitar a los pobres, en los pobres veréis el rostro de Dios. Y si diez veces visitáis cada día a un pobre, diez veces habréis contemplado el rostro de Dios en él”. Pero San Vicente de Paúl pedía a sus hijas oración, recogimiento interior, mortificación, porque sabía muy bien que cuando esto falla empieza a fallar la capacidad de ver a Dios en el rostro del hermano. Y entonces más que religión lo que se hace es humanismo social. Es bueno, pero que no se confunda con el Evangelio.

Cuando nace Jesucristo, el mensaje que oímos cantar a los ángeles del cielo es “Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad, a los hombres que ama el Señor”. Son dos cosas. Y no cabe decir: con que haya paz en la tierra, ya hay gloria a Dios en las alturas. No, no. Si fuera así, así hubiera sido el mensaje. No tenemos derecho a ocultar, ni deformar, ni reducir el mensaje de Jesucristo a las familias católicas, a las que me estoy dirigiendo. Con sus virtudes y sus defectos, estoy hablando sencillamente de la necesidad de detenernos en nuestra marcha por la vida. Y no alguna que otra vez, sino con relativa frecuencia. En vuestros contactos familiares, en ese gozo que os inunda como consecuencia de las alegrías propias de la familia a que pertenecéis, frecuentemente os reunís para gozarlo, para amplificarlo, para lograr con ello las mejores consecuencias que pueden brotar en vuestra humana convivencia con vuestros hijos, con vuestros hermanos, con cuantos constituyen el núcleo familiar. No se espera a celebrar eso de cuando en cuando, se vive de una manera normal; porque la familia lo reclama por su propia naturaleza.

En la vida cristiana, los gozos y las alegrías de un cristiano que cree en Jesús han de ser fomentados con frecuencia; sí, con sus prácticas de piedad, con sus oraciones vivas, con su meditación del Evangelio, con su ahondar cada vez más en el misterio de Cristo. Esto es vida interior. Y a la vez, esa contemplación de Cristo hace que uno se vuelva hacia sí mismo, va proporcionando un conocimiento real de las propias fealdades morales, de los fallos, de las torpezas y debilidades, de las ocasiones de pecado, y le invita fuertemente al hombre a luchar contra ello.

El sacramento de la Penitencia, por ejemplo –y es un inciso que hago, porque no estoy hablando de este tema–, el perdón de los pecados tal como la Iglesia nos lo ha enseñado siempre, con su doctrina que arranca del Evangelio y de la tradición apostólica, con la acusación oral de los pecados para obtener el perdón, pertenece al cuadro fundamental de la vida cristiana. La Iglesia no inventaría este sacramento, con la obligación de confesar numérica y específicamente los pecados, a poca conciencia psicológica que tuviera de lo que es el hombre. Una Iglesia que busque atraer al hombre para que éste siga sus doctrinas, no mantiene un sacramento que si, por un lado, sirve para satisfacer la necesidad que tiene el hombre de encontrar alguien que le comprenda y le perdone; por otro lado, le obliga a sufrir la grave molestia de la acusación. No lo ha inventado la Iglesia, se ha encontrado con él. Es una institución divina. Pues bien, ahora

algunos, para hacer más fácil y más atractivo el cristianismo, empiezan a hablar de que la confesión no, de que basta un acto penitencial colectivo, de que en la Misa se nos perdonan los pecados, etc. Es, una vez más, el intento de aguar el vino, de modificar las bases sustantivas de la religión católica. Pues no; no es por ahí por donde podemos hacer más atractivo el Evangelio. Es de otra manera como se logra esa mayor atracción: vida interior, que a un cristiano le hace pensar cada vez más en la pureza infinita de Jesucristo. No como un juez implacable, sino como un Dios lleno de amor, que ha venido a manifestársele en la tierra y le pide que le siga por el camino de la pureza mayor a que pueda llegar un hombre. Y este Jesús, en su Iglesia, establece un medio para el perdón de los pecados, un medio que obliga al hombre a humillarse, a reconocer sus faltas, a pedir perdón y nada más. Este hombre que ama a Cristo y a la Iglesia lo entiende así y acepta la molestia, pero está seguro de encontrar la misericordia y el perdón. Y no empieza con nuevas teologías a querer modificar el Evangelio; sencillamente, trabaja dentro de sí mismo para aceptar con humildad esa parte de la doctrina, aunque sea enojosa. Esto es vida interior.

Haciendo todo por amor, por anhelo de santidad. Jesucristo dijo que había venido a buscar a los pecadores y contó con ellos, y tuvo diálogo con pecadores bien concretos, personalizados; y aparecen en el Evangelio confesiones de los pecados de un hombre o de una mujer ante Jesucristo y el perdón del Señor. Un cristiano acepta esto con fe, con humildad y con amor, y en silencio; y ahí tiene toneladas de vida interior para su lucha en el mundo.

Pero el que prescindiera de esto –y lo mismo digo de la Eucaristía, del sentido cristiano del matrimonio, de la fidelidad en la aceptación de los dogmas– se queda con fragmentos de cristianismo. Y es tan bello el cristianismo que hasta un fragmento roto es hermoso; pero ese fragmento aislado no es el cristianismo.

Vida interior, pues: esta es la primera actitud que hay que despertar hoy, fieles a lo que la Iglesia ha predicado siempre.

Fidelidad al Magisterio de la Iglesia

Segundo: fidelidad al Magisterio del Papa y de los obispos en comunión con él. Es otra actitud que hay que vigilar mucho en nuestro tiempo. Y existen medios para conseguirla. El hombre normal de hoy puede fácilmente, por la prensa y por algunas revistas, conocer cuál es la mente del Papa y de los obispos en comunión con él, la de su obispo diocesano y la de todos los obispos del mundo, en documentos más o menos colectivos, de los cuales los medios de comunicación social nos dan noticia. Y luego, los sacerdotes que colaboran, ésta es su misión, porque participan del mismo sacerdocio de Cristo que el obispo, colaboran con éste para la difusión del mensaje; pero en comunión con él y en fidelidad con él. Esta es una actitud muy necesaria hoy, porque precisamente por lo que estamos diciendo, en el intento de la renovación, muchas veces sin mala intención, se producen en las predicaciones y en los escritos, manifestaciones doctrinales desviadas y tras producirse, acaso con buena intención, en ámbitos o núcleos privados, ocultos, luego se difunden, pasan a las reuniones, ya con un plan concreto y con el nombre de renovación pueden cometerse los mayores disparates y sufre la doctrina. Malo es que sufra una doctrina en abstracto, pero peor es el hecho inevitable de que en la vida de la

Iglesia, cuando la doctrina sufre, sufren después la acción pastoral y la vida de piedad. Está todo íntimamente trabado. De lo que creamos depende cómo hemos de orar; de lo que admitamos en nuestra fe cristiana, en la fe objetiva del conjunto de verdades que profesamos, y en la fe subjetiva, o sea, la profesión actualizada y personalizada de la misma, depende la acción en el mundo, la acción con mis amigos, con los que mandan, con los que sirven, con los pobres, con los ricos, con la sociedad, con todo.

Y hay quien quiere quemar etapas porque cree que, atropellando las barreras de una doctrina según él incomprensible, le va a ser más fácil una acción pastoral en el mundo. Se siente apóstol y lo es, en su intención generosa, pero es apóstol de un apostolado que él se fabrica. Y es Jesucristo el que nos dice: *Id y enseñad cuanto yo os he mandado* (Mt 28, 19). Nada más y nada menos.

Es deber de la Iglesia predicar con fidelidad el mensaje de Jesucristo, desentrañarle, no falsearle; sacar de él todas las consecuencias a que nos llevan la luz del Magisterio y la reflexión propia, cuando se hace con humildad y con fe. Es un deber de la Iglesia hacerlo, sacar esas consecuencias, buscar las aplicaciones del Evangelio a la vida, pero no ir más allá de lo que Dios nos ha pedido, ni decir en nombre de Cristo mensajes revolucionarios. Jesucristo produce y viene produciendo en el corazón de los que creen en Él de verdad, la mejor revolución, ya lo decía una de estas noches. Y en la medida en que hace santo a un hombre, este hombre comunica sangre nueva a la humanidad siempre; aunque la humanidad, para él, no sea más que el hijo que tiene que educar, el amigo con quien trata o la oficina en que trabaja. Pero dejadle, ese hombre no abarcará el mundo; son muy pocos los que pueden tener una palabra que pronunciar capaz de resonar en el mundo entero. Por lo general, cada uno tenemos una parcela pequeña y es ahí donde tenemos que trabajar. Y en la multiplicación del número de cristianos, interiormente renovados, es donde descansa la capacidad de renovar el mundo, en nombre de un sentido cristiano de la vida.

Pero, para esto, fidelidad al Magisterio. Fijaos cómo Juan XXIII, el olvidado Juan XXIII, en el discurso que pronunció el día en que se inauguraba el Concilio, el 11 de octubre de 1962, precisaba estos pensamientos a que me refiero: “Lo que principalmente atañe al Concilio ecuménico es esto: que el sagrado depósito de la doctrina cristiana sea custodiado y enseñado en forma cada vez más eficaz. Tal doctrina comprende al hombre entero, compuesto de alma y cuerpo, al cual, como peregrino que es sobre la tierra, le enseña que debe aspirar hacia el cielo. Esto demuestra que se debe ordenar nuestra vida mortal de modo que, cumpliendo nuestros deberes de ciudadanos de la tierra y del cielo, consigamos el fin establecido por Dios. Lo cual quiere decir que todos los hombres, particularmente considerados o reunidos en sociedad, tienen el deber de tender sin tregua, durante toda su vida, a conseguir los bienes celestiales y a usar, llevados de este solo fin, los bienes terrenos, sin que el empleo de los mismos comprometa la finalidad eterna. Ha dicho el Señor: *Buscad, primero, el Reino de Dios y su justicia*. Estas palabras primero expresan la dirección hacia la que deben moverse nuestros pensamientos y nuestras fuerzas; pero no han de olvidarse las otras palabras de este precepto del Señor: *Y todo lo demás se os dará por añadidura* (Mt 6,33).

“En realidad, ha habido siempre en la Iglesia, y hay todavía, quienes buscando con todas sus energías la práctica de la perfección evangélica, rinden una gran utilidad a la sociedad. De hecho, de sus ejemplos de vida, constantemente practicados, y de sus iniciativas de caridad adquiere vigor e incremento cuanto de más alto y más noble hay en la sociedad humana. Pero a fin de que esta doctrina alcance los múltiples campos de la actividad humana referentes al individuo, a la familia, a la sociedad, es necesario, ante todo, que la Iglesia no se separe del patrimonio sagrado de la verdad recibida de los Padres”¹. Estas advertencias de Juan XXIII para la labor del Concilio tocan un punto continuamente repetido, continuamente urgido. Pero continuamente expuesto a la tentación de olvidarlo. Por eso, es mi deber el insistir sobre este aspecto de la fidelidad al Magisterio de la Iglesia, como actitud absolutamente necesaria.

La renovación que la Iglesia nos pide

Tercero: señalo también, como una obligación auténtica del cristiano hoy, la de esforzarse por comprender los anhelos de renovación que el Concilio ha traído y que la Iglesia está proclamando. Sí, hay que esforzarse por esto. Del mismo modo que insisto en la fidelidad a la doctrina y en permanecer auténticos discípulos de Jesucristo, tengo que insistir también en que no es evangélico el inmovilismo inerte, el confundir la tradición apostólica con costumbres rutinarias, el mantenernos anclados y detenidos en una piedad personalista, de grupo más amplio o más pequeño, el vivir de la nostalgia, el invocar sencillamente las glorias pasadas. No, esto no es bueno tampoco.

Cuando uno adopta esta actitud corre peligro de no comprender el sentido más íntimo y profundo de lo que significó la renovación del Concilio y lo que la Iglesia nos está pidiendo. ¿Pero no veis que la Iglesia es misionera por esencia? Si lo es, tiene que predicar el Evangelio y tiene que buscar al mundo, y cuando el mundo se aparta de ella, la Iglesia tiene que abrir caminos en búsqueda del mundo y tiene que detenerse a pensar, ¿cómo puedo yo hacer que escuche mi palabra este mundo moderno, hoy, que tiene esencialmente los mismos problemas que el hombre de siempre? Pero, por especiales circunstancias, estos problemas producen una particular presión en la mentalidad del hombre, en los atractivos que ejerce, en la comunicación de unos con otros.

Antaño, hace cien años, dos, tres siglos, se producía un acontecimiento en cualquier lugar de Europa y tardábamos meses y aun años en poder enterarnos de él. Pero hoy la noticia que se produzca en Madrid, en Barcelona, en Toledo, al poco rato puede conocerse en Nueva York y en París; hay una intercomunicación tan fuerte hoy, vivimos los hombres tan dueños, al parecer, de nuestro destino y tan esclavos de las interferencias con que este destino va labrándose, que estamos sometidos a influjos mucho más fuertes que antes, en relación con la posibilidad de pensar por nosotros mismos. Somos hombres, los hombres de hoy, desconocedores del silencio. No tenemos ya la posibilidad que antes teníamos de encerrarnos en nuestro interior. Estamos continuamente azotados por las imágenes de la televisión, de la prensa, de la noticia de hoy, del congreso de mañana, de lo que dice este grupo de científicos, del manifiesto de aquellos artistas, de la última moda filosófica. Todo esto está zarandeando al

¹ Véase *Concilio Vaticano II*⁸, BAC 252, Madrid, 1975, 1032.

hombre constantemente y le hace disperso, roto, dividido, pobre. El hombre es un ser pobre hoy, en medio de sus múltiples riquezas. Y la Iglesia se encuentra con este hombre y con este mundo, el de la civilización técnica, que parece que está simplemente ordenado a ayudarnos y que, sin embargo, muchas veces nos ahoga y nos sofoca; sin darnos cuenta vamos convirtiéndonos en esclavos dentro de esta rueda gigantesca, en que nos hace mover el mundo de hoy. Ya no valen muchas veces los métodos antiguos, ni las formas de predicar el mensaje.

Y la Iglesia se detiene en sí misma y dice: ¿qué puedo hacer por este hombre de hoy, por este mundo? Recapacita y trata de presentar su liturgia en una lengua más accesible, que la entiendan mejor, para que puedan gustar sus secretas bellezas; sus sacramentos, en su realidad profunda como siempre, pero más explicados, más participados, más accesibles, con el fin de que los estimen todos los fieles católicos como algo suyo, no simplemente como algo que está administrando ahí, misteriosamente, un sacerdote, que podría parecer, a los ojos de los ignorantes, el mago de unos ritos sagrados. No es que la Iglesia cambie la sustancia de los sacramentos, pero trata de presentarlos mejor, más al vivo. ¡Ay de nosotros, los que tenemos que hacer esta presentación de los sacramentos, si no somos fieles y por un exceso de condescendencia con el hombre, falseamos el contenido sustancial del sacramento! Si esto ocurre, ya no es la Iglesia, ya no es la renovación conciliar la responsable; lo será la ligereza, la ignorancia, el atrevimiento de tal o cual persona, pero que no se eche la culpa del abuso a la renovación conciliar que la Iglesia ha querido.

Lo mismo, por lo que se refiere al diálogo con los hermanos separados. Yo estaba en Roma cuando vino el patriarca Atenágoras a visitar al Santo Padre, y pude asistir a aquel momento emocionante en que, al entrar en la Basílica del Vaticano, Pablo VI descendió de su trono –eran los días del primer Sínodo, al que yo asistía invitado por el Papa Pablo VI–. Aquel momento fue de profunda emoción para todos cuantos estábamos allí. Desde hacía siglos, entraba en aquella Roma, centro de la catolicidad, un representante del Oriente, de la ortodoxia. Pablo VI descendió de su trono, se colocó en humilde sillón igual a otro que tenía a su derecha para recibir, no a un huésped extraño, sino a su hermano. Y cuando llegó el patriarca Atenágoras, después de pasar por entre los padres sinodales y la muchedumbre que se había congregado, y subió aquellos escalones; cuando llegó, digo, al lugar en que se encontraba Pablo VI, el abrazo en que los dos se fundieron nos hizo sentir, a cuantos estábamos allí, más vivamente el misterio de la Iglesia que cualquier otro discurso. ¿Por qué la separación? ¿Por qué siglos de separación? ¿Por qué, si amamos a Cristo, no tenemos que esforzarnos para dar pasos, unos y otros, en ese encuentro que nos lleve a ponernos de rodillas, unidos el corazón y las manos, ante el mismo Cristo a quien adoramos y ante los mismos sacramentos?

Digo lo mismo, proporcionalmente hablando, en relación con los protestantes en sus diversos grupos. Son también hermanos nuestros que creen en Jesús. La Iglesia tiene que hacer un esfuerzo de renovación. ¿Para qué? Para eliminar adherencias extrañas, que no sirven para hacer más vivo el dogma, para facilitar la comprensión y humillarnos también nosotros los católicos. No por nuestra doctrina, pero sí por nuestras actitudes muchas veces; porque en éstas han intervenido también las pasiones de los hombres; y tratar de que estas pasiones

se purifiquen, no se opone a la verdad; por el contrario, es una exigencia del Evangelio.

Hay que pensar, digo, en este mundo moderno con todos sus problemas religiosos, culturales; y amarle, además. Porque es nuestro mundo, es nuestra morada, somos hijos de este mundo y le amamos como nuestros antepasados amaron el suyo.

Muchas veces sólo hacemos balance de las desgracias que aparecen, de los fallos morales o sociales que se dan. Solamente las guerras, las revoluciones, las drogas, los matrimonios deshechos, la sexualidad desbordada. Pero hay algo más que todo esto: hay muchas familias honradas, hay millones de hombres y mujeres que creen en Dios y le adoran, en el mundo católico, en el mundo musulmán, en las religiones de Oriente. Y estos hombres, desconocidos para mí, de rostros enigmáticos, con un lenguaje incomprensible, que sufren en la India, en el Pakistán, donde quiera que estén, esos hombres y mujeres que parecen las víctimas de todas las dolencias, adoran a Dios dentro de su corazón y pertenecen a este mundo nuestro y están cada vez más cercanos a nosotros.

Esta es una de las ventajas de nuestro mundo de hoy. Y no hay por qué ir tan lejos. La cultura se extiende, cada día nos conocemos más, van nivelándose las clases sociales, se distribuyen mejor las riquezas, aunque quede mucho por hacer en este campo. Todo esto es bueno porque pertenece al orden justo de la creación.

Se facilita también el escuchar la Palabra de Dios. Este mundo de la técnica asombrosa, no solamente nos puede hacer sufrir con las exigencias a que nos vemos sometidos en la gran ciudad, y aun en la ciudad pequeña; no es sólo el alarde de los viajes espaciales, cuyas utilidades prácticas aún no hemos empezado a experimentar; pero no olvidemos que dentro de ese alarde puede aparecer en aquel viaje, no sé si fue el segundo que hicieron los norteamericanos, coincidente con los días de Navidad, el mensaje que aquel astronauta enviaba a la tierra desde esos espacios casi infinitos, leyendo las palabras del *Génesis*. Es un mundo hermoso, a pesar de todo; tenemos que amarle y tenemos que aportar lo bueno que cada uno tengamos como hombres amantes de la humanidad y como cristianos, discípulos de Jesucristo.

Tres amores

Y nada más, hijos. Me haría interminable hablándoos de esto. Repito, tiempo habrá para seguir con toda decisión en la renovación conciliar, en la fidelidad a la doctrina inalterable, en el deseo de trabajar por el mundo, en nuestro afán apostólico de sacerdotes y seglares. Tres amores deben acompañarnos: amor a Cristo, amor a la Eucaristía y amor a la Virgen Santísima.

Amor a Cristo, leyendo su Evangelio, adorándole, diciéndole muchas veces que le confesamos como a nuestro Dios, Señor nuestro, postrándonos ante Él en su riquísimo misterio, pidiéndole que nos infunda su vida; es Jesús, el mismo Jesús, quien nos la ofrece: *Yo soy la verdadera vid, mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que en Mí no lleva fruto, le cortará, y a todo aquel que lleve fruto le podará para que dé más. Ya vosotros estáis limpios, en virtud de la doctrina que os he predicado. Permaneced en mí, que yo permaneceré en vosotros* (Jn 15, 1-

3). Jesucristo, ideal supremo de la vida de un cristiano. No dejéis el santo Evangelio; que no se os caiga de vuestras manos, cristianos viejos, católicos, hijos de esta ciudad de Toledo; vivid el Evangelio, leedlo mucho; procurad sentir dentro de vosotros un profundo amor a Jesucristo.

Y además vivid, dentro de la expresión dogmática de la Iglesia, con esa circulación sacramental de los dones de la gracia tal como Jesús la ha establecido, el magno misterio, **el sacramento de la Eucaristía**. Es el mismo Señor, es Jesús, es su Vida, pero es bajo esa forma, tal como Él ha querido dársenos en el sacrificio de la Misa, en el Sagrario, en el Sacramento de la unidad que alimenta nuestras almas. Hablo a una ciudad que tiene no sólo la gloria pasada, sino también la permanencia actual de una procesión eucarística famosa en todo el mundo. Viviremos esa procesión, rendiremos culto al Señor en la Sagrada Eucaristía. Pero eso exige mucho, hay que vivir diariamente esa procesión eucarística, en el fervor de nuestro corazón, en la Misa, en el fervor de la comunión, en la visita a Jesús sacramentado.

Y, por último, **la Virgen María**, con la cual hemos de encontrarnos también estos próximos días de la Semana Santa, acompañando en silencio a su Hijo; el mismo silencio con que sigue el camino de la Iglesia. Ella es Madre de la Iglesia, es Madre nuestra y está ahí puesta por Dios, nos la ha dado el mismo Jesucristo como Madre de todos nosotros. La veneramos, la amamos, nos encomendamos a Ella seguros de encontrar su protección santa. Escuchad estas palabras, precisamente escritas por San Ildefonso de Toledo: “Ahora me llego a ti, la única Virgen y Madre de Dios; caigo de rodillas ante ti, la sola obra de la Encarnación de mi Dios; me humillo ante ti, la sola hallada Madre de mi Señor; te suplico, la sola hallada esclava de tu Hijo, que logres que sean borrados mis pecados, que hagas que yo ame la gloria de tu virginidad, que me encuentres la magnitud de la dulzura de tu Hijo, que me concedas hallar y defender la sinceridad de la fe en tu Hijo, que me otorgues también consagrarme a Dios, y así, ser esclavo de tu Hijo y tuyo, y servir a tu Señor y a ti. A Él como a mi Hacedor, a ti como Madre de nuestro Hacedor; a Él como Señor de las virtudes, a ti como esclava del Señor de todas las cosas; a Él como a Dios, a ti como a Madre de Dios; a Él como a mi Redentor, a ti como a obra de mi redención. Porque lo que ha obrado en mi redención lo ha formado en la verdad de tu persona.

“El que fue hecho mi Redentor, fue Hijo tuyo. El que fue precio de mi rescate, tomó carne de tu carne. Aquel que sanó mis heridas, sacó de tu carne un cuerpo mortal con el cual suprimirá mi muerte; sacó un cuerpo mortal de tu cuerpo mortal, con el cual borraré mis pecados, que cargó sobre sí; tomó de ti un cuerpo sin pecado; tomó de la verdad de tu humilde cuerpo mi naturaleza, que Él mismo colocó en la gloria de la mansión celestial sobre los ángeles, como mi predecesora a tu reino. Por esto, yo soy tu siervo, porque mi Señor es tu Hijo. Por eso tú eres mi Señora, porque eres esclava de mi Señor. Por esto yo soy esclavo de la esclava de mi Señor, porque tú, mi Señora, has sido hecha madre de mi Señor. Por esto yo he sido hecho esclavo, porque tú has sido hecha madre de mi Hacedor”. ¿Es esto puro lirismo religioso? Es teología evangélica, es reflexión doctrinal, la piedad de un corazón enamorado de Dios y de su Madre. Y esto tiene vida hoy, igual que en el siglo en que escribía San Ildefonso.

Mañana os espero para celebrar la Santa Misa; y os espero en las próxima Semana Santa, el martes, en el Vía Crucis que se ha organizado para recorrer

las estaciones con humildad y con amor ante el misterio de la Cruz. Y después, a los que podáis, os espero también en la Catedral durante los Oficios litúrgicos de esos días santos. Procuraremos que durante los Oficios no haya visita turística; la Catedral es un templo antes que un museo. Es necesario que se viva la piedad en ese templo maravilloso y que el pueblo se reúna para rezar, para adorar y para cantar a Dios nuestro Señor con lágrimas de penitencia el Viernes Santo, con la alegría de la Resurrección en la mañana del domingo y antes, el jueves, para celebrar el misterio de la Eucaristía y del amor fraterno.

Sed religiosos; mantened el sentido católico de la vida, llenos de robustez y de fidelidad a nuestros dogmas y a nuestras tradiciones santas. A la vez, amad el futuro; un futuro que hay que construir entre todos, sin abdicar en ningún momento de nuestra piedad y de nuestra fe. Ocasiones nuevas habrá para encontrarnos. ¡Ojalá pueda yo algún día, una vez que ya se regularice aquí mi vida y la normalidad de mis actuaciones, invitar todos los sábados del año al pueblo de Toledo, por la tarde, en la Catedral, para reunirnos allí a hablar, a meditar, a rezar, a cantar a la Santísima Virgen del Sagrario, para que ella siga llevándonos por los caminos de la tierra en unión con su Hijo, hacia el cielo, en que Éste nos espera!

MARÍA EN LA OBRA DE LA SALVACIÓN

Por una razón estrictamente pastoral podemos celebrar hoy la Misa en honor de la Santísima Virgen de los Dolores. Aun cuando litúrgicamente esta festividad se haya trasladado a otra fecha, sin embargo las normas que rigen las celebraciones litúrgicas autorizan a que pueda celebrarse también hoy cuando hay una razón pastoral clara, como es, en este caso, la permanencia de un recuerdo, de una devoción que el pueblo cristiano siente. Precisamente en este viernes que antecede a la Semana Santa, una devoción profunda y muy arraigada en el pueblo cristiano, es la que recuerda y venera a la Santísima Virgen en el misterio de su dolor.

Viernes de dolores. Así se llamaba antes este viernes de la semana de Pasión, anterior a la Semana Santa, en nuestras ciudades y pueblos cristianos. Era un día que muchas mujeres aprovechaban para cumplir con el precepto pascual y se acercaban a nuestras iglesias movidas por una devoción, nunca extinguida, sensibilizadas por el recuerdo entrañable que en su fe dedicaban a la Santísima Virgen, Madre del dolor y la esperanza.

Por esta razón he escogido yo esta Misa hoy y se han leídos estos textos, muy breves, particularmente el del Santo Evangelio, en que se nos ofrecen las palabras que Jesucristo pronunció en la cruz, cuando nos entregó a su Madre.

La doble encomienda de Jesús en la cruz

La narración evangélica es muy sobria; en ella no hay retórica ni exageración alguna: *En aquel tiempo, junto a la Cruz de Jesús estaban su Madre, la hermana de ésta, María la de Cleofás, y María Magdalena. Y Jesús al ver a su Madre cerca del discípulo al que tanto quería, le dice a Ella: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Y luego al discípulo: ahí tienes a tu madre* (Jn 19, 25-27). Parece un estilo notarial, que es la mejor garantía de que se narran los hechos con veracidad, tal como sucedieron; y el que narra es Juan, el evangelista, el que estaba también allí. Lo escribió en su Evangelio, al final, cuando en su alma se habían producido ya todas las reacciones lógicas por las que de discípulo amado había pasado a ser Apóstol de Jesucristo.

Se cuida primero del discípulo. No es que Jesús no tuviera con su madre la piedad inmensa que podía sentir su corazón filial, pero en aquel Calvario estaban viviéndose las horas supremas de la redención, y hasta en este detalle tenía que quedar asegurado su propósito: El había venido a buscar a los hombres para ofrecerles el camino de la redención, ahora dejaba para ellos a su Madre, con el fin de que ésta ejerciera sobre ellos el oficio maternal que a lo largo del tiempo la Iglesia le ha reconocido. Sólo después de asegurar esto, es cuando –en un segundo momento– también se vuelve hacia Ella y para ofrecerle la protección de un consuelo que no le podía faltar, dice al discípulo, pero mirándola Ella: *Ahí tienes a tu madre*. Como si dijera: cuídala, yo te la entrego para eso. Y bien que lo cumplió el evangelista. Así lo dice él: *Desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa* (Jn 19, 27). Nada más, pero es suficiente. Advertimos aquí, en cuatro

líneas vigorosamente trazadas, una síntesis prodigiosa de lo que son las relaciones que deben tener los hombres dentro del cristianismo.

El que redime es Él, desde la cruz, Jesucristo; Él es el que sigue hablando, aun en ese trance supremo en que la agonía únicamente podía favorecer el silencio y la contemplación paciente de los propios dolores. Pero Él no puede reducirse, ni siquiera en este instante, a la contemplación de sí mismo; tiene que redimir a todos los hombres con la muerte que va a llegar, con los dolores que está sufriendo y con las palabras que pronuncia. Que todo quede bien asegurado.

Pero junto a Él, la Virgen María, la Madre de Dios, la Madre nuestra. Ocupa Ella un papel importante, porque Dios lo ha querido así. Y luego nosotros que, como el apóstol Juan, entregaremos a Ella nuestra piedad y nuestra veneración. *Y él desde entonces la recibió en su casa.* Para cuidar de Ella como de una madre, para atenderla, para seguir recibiendo su influjo beneficioso y protector. Pocos días más adelante, María estaría también con todos los Apóstoles en el cenáculo, esperando la llegada del Espíritu Santo, el momento en que se pone en marcha la vida histórica de la Iglesia a través del tiempo, la que continúa hasta aquí.

Nosotros también tenemos piedad, veneración y devoción tierna a la Santísima Virgen, porque la necesitamos, porque Dios ha querido que contemos con Ella. No está puesta Ella para sustituir a Cristo, no. Los que hacen esas acusaciones no entienden el cristianismo. Nosotros amamos a la Virgen María y le profesamos hondamente nuestra devoción, pero no para que Ella ocupe el lugar de Cristo, no. Él sigue en la Cruz, el único, y con Él colabora Ella, porque le concibió en su seno, le dio a luz, le cuidó, siguió sus pasos y –como dice el Concilio Vaticano II– “no sin designio divino, permaneció erguida junto a la Cruz, sufriendo profundamente con su unigénito” (LG 58). María cooperó con su dolor a la Redención que su Hijo hacía de nosotros. Este es el papel misterioso – ¿queréis llamarle misterio?– de la Santísima Virgen María.

La misión de María en la obra de la redención

Para mí, dentro del mensaje cristiano es lo más claro, como el agua cristalina. O es verdad la narración evangélica desde el principio hasta el fin, o no. Si no lo es, huelga todo comentario; los cristianos viviríamos de una ilusión engañosa. Pero si la verdad de los hechos es tal como nos ha sido transmitida por la Iglesia, yo encuentro lo más natural del mundo que en el cristianismo que busca al hombre haya una mujer que es Madre de todos, puesta por el Señor, que conoce nuestra naturaleza humana y que sabe que muchas veces para acudir a Dios, buscando el hombre en su debilidad caminos de acercamiento, los encontrará con más facilidad en aquélla que ha sido puesta para guardar todas las cosas en su corazón.

De la Virgen María no salió nunca una palabra de queja ni de reproche; ni en la vida del Evangelio, ni después en la historia del cristianismo. Nada hay en éste que pueda parecer, por parte de la Virgen, un poco de enojo con sus hijos, no. Es la Madre siempre. Dejemos que en el cristianismo siga ejerciendo esta influencia espléndida la que está puesta por Dios para eso, para acercar a los hombres a su Hijo.

Juan el evangelista la recibió y cuidó de Ella, pero tampoco sustituyó a Jesucristo con Ella. Escribió más tarde el Evangelio, escribió sus cartas, en las cuales el misterio de Jesús, de la misma manera que en sus páginas evangélicas, las del cuarto evangelio, aparece con todo el fulgor de su divinidad. Es en el Evangelio de San Juan donde más brilla la divinidad de Jesucristo. De manera que no fue para él un estorbo en la proclamación de Cristo Dios Redentor nuestro, su amor a la Madre, su amor a la Virgen María, el cuidado que hubo de tener de Ella. Lo mismo en nosotros, lo mismo en la Iglesia. ¡Ojalá no se hubiera perdido nunca jamás esta devoción, en ningún momento de nuestra vida, en el decurso de los siglos! Aun en los orígenes del protestantismo, de Lutero por ejemplo, consta históricamente con todo rigor científico que él siguió amando a la Virgen hasta el final de su vida. Y en su mesa de trabajo, mientras traducía la Biblia y escribía sus invectivas contra el Papa, no le faltó nunca un grabado de la Virgen María, a la cual se encomendaba. Eran otras las teorías religiosas que él, en relación con el misterio de Cristo y de María, trataba de fomentar; pero le reconocía la eminente dignidad que le corresponde, por el puesto que ha tenido por providencia de Dios nuestro Señor.

Es el puesto que María ha tenido siempre en la historia de los pueblos católicos. Concretamente, por ejemplo, en esta diócesis. He aquí por qué al terminar estos días en que nos hemos encontrado, queridos hijos, para predicar la Palabra de Dios que os he ofrecido, para recibirla vosotros en actitud humilde y ejemplar, para terminar, digo, este encuentro he querido que mis palabras últimas fueran una reflexión sobre la Virgen María, situada en su lugar, pero no desplazada. Toda su grandeza le viene de Cristo; Cristo es el único Mediador y por Él conseguimos la vida eterna, pero Ella nos ayuda y por lo mismo tenemos que cuidar, en nuestra vida cristiana, de que siga ocupando la Virgen el puesto que le corresponde.

María ofrece, junto a la Cruz, su dolor

Una última consideración. María no está junto a la Cruz en un silencio puramente inerte y pasivo; está ofreciendo algo: su dolor. ¿Es que alguien puede medir lo que sería el dolor de la Virgen María al perder a su Hijo de aquella manera que lo perdía? Cada uno de nosotros ha experimentado en su vida dolores muy intensos; no faltarán, entre quienes me escuchan, madres y padres que hayan perdido a sus hijos. Sólo ellos saben a qué altura puede llegar el drama de un corazón humano, cuando les toca ser testigos de un hecho como ese. Pues bien, por ahí puede colegirse lo que sufriría la Santísima Virgen.

Pero no era sólo el dolor humano de perder a su Hijo, porque Ella entendía algo del misterio que se estaba realizando, venía entendiéndolo desde que le concibió en su seno, progresó en la inteligencia del mismo; sabía, además, que se consumaba la redención, entendía que esa redención era para liberarnos del pecado, entendía el drama del hombre pecador y del hombre que lucha para salvarse. La Virgen no es una mujer ingenua, que ofrece únicamente allí el espectáculo conmovedor de su piedad y de su sometimiento a Dios; es la elegida por Dios Padre para ser colaboradora de la redención. Y la luz del Espíritu Santo ha iluminado aquella alma privilegiada para permitirle contemplar, a través de los velos que todavía hay ante sus ojos, algo de ese drama inmenso de la redención

de los hombres a través de la historia. Consciente de esto. Ella está ofreciendo su dolor inmenso.

Hago esta reflexión solamente para invitaros a que hagáis vosotros otra, de índole ascética: el valor de nuestros dolores, de nuestros sacrificios, de nuestros sufrimientos de toda índole. El dolor forma parte de la vida humana, tiene un sentido, se le encuentra explicación cuando uno se acerca a Jesucristo, a la cruz, a la Virgen María.

¡Cuántas familias piadosas, cuántas mujeres santas y cuántos padres de familia cristianos, hondamente cristianos, en medio de sus tragedias, sin palabras, porque son torpes para expresarlas, pero en la hondura de su corazón han sabido a lo largo del tiempo ofrecer a Dios su dolor y sus penas! No sólo cuando llega el momento final de la existencia, suya o de un ser querido, sino a lo largo de la vida, con fe, no con resignación fatalista; con esperanza, no simplemente víctimas resignadas del dolor; con esperanza, con confianza en Dios. Estas actitudes, por parte de un hombre o de una mujer cristiana, son la espuma del cristianismo; son algo así como el florecimiento más puro de esencias interiores que van, poco a poco, calando en la vida a lo largo de una educación cristiana.

¡Con qué facilidad despreciamos estos ejemplos de vida! Quizá no sabemos comprender lo que significa la oración de esa mujer que tanto ha sufrido a lo largo de los años y que entra silenciosamente en el templo, en una capilla pequeña y pobre o en una catedral rica y suntuosa, y entra para buscar la imagen de la Virgen, para postrarse un rato ante Ella, para recordarle sus penas, para pedir fuerzas y para seguir sufriendo. Eso es también compromiso, y maravilloso compromiso cristiano, porque una mujer así después, con su esposo, con sus hijos, en su soledad, donde quiera que esté, sigue inyectando al mundo su propia esperanza, su buen ejemplo, su capacidad de resistencia y su amor a Dios; gracias a tantas aportaciones, la sociedad sigue teniendo un aire puro para respirarlo, cuando quiere de verdad buscarlo.

De manera que no hay sentimentalismo ligero y evasivo, hay fe hasta las últimas consecuencias. Contemos con el dolor físico o moral; se presenta siempre, más tarde o más pronto, en la vida. ¡Dichoso el cristiano que sabe que ese dolor tiene un sentido para él y para toda la comunidad cristiana a la que pertenece!

Hemos de ofrecer nuestros dolores, unidos a los de Cristo, por medio de la Virgen María, en la Santa Misa y siempre que participemos en ella; en nuestra piedad personal, en nuestras oraciones privadas, en ocasiones especiales, como ésta, en la que nos hemos encontrado aquí estas noches, en la Semana Santa vivida con espíritu penitencial y con recogimiento fervoroso. Ofrezcamos nuestro dolor consciente de que así es de fuerte el cristianismo; ni la Madre de Dios se libra de sufrir. Ella la primera, para darnos el ejemplo que tenemos que seguir en medio de tantas tribulaciones con que la vida nos obsequia.

Hace pocos días recibía yo noticias de una mujer de Valladolid, muy anciana, de más de 80 años, casi sin poder salir ya de su casa; con motivo de mi venida a Toledo, recordaba, en la carta que nos escribía, su estancia en esta ciudad, donde hace ya muchos años perdió a su esposo, a una hija y vio también cómo una enfermedad cruel se cebaba en otro hijo suyo, paralítico desde entonces. Ella ha sido un prodigio de serenidad en todo momento. Cualquiera que hablase

con esa mujer estos años percibía el fulgor de su fe cristiana, vivida con grandeza. Pero voy al detalle: ella decía: “Toledo será hoy muy distinto de cuando yo vivía en esa ciudad, pero lo que no puedo olvidar es que, en medio de todo lo que sufrí, día tras día yo acudía a la Catedral para rezar ante la Virgen del Sagrario, y allí encontré fuerzas para soportar mis penas. Estas no han desaparecido, pero tampoco he dejado de tener esa fuerza que, gracias a la Santísima Virgen, he podido tener para seguir siendo cristiana y dando gracias a Dios, a pesar de todo”.

¡Cuántos ejemplos de éstos! ¡Cuánto bien hacen en la vida y en la sociedad estas personas! ¡Ay, si solamente tuviéramos que vivir de las declaraciones pomposas, de los manifiestos retóricos, de los escritos de unos y de otros! ¡Cuántos silencios y cuántas actitudes invisibles están sosteniendo al mundo! Como el silencio de la Virgen, como la Cruz de Jesucristo. Que la Virgen María nos ayude a llevar también nuestra cruz, y que podamos, durante estos días, disponernos así para celebrar gozosos la mañana de la Resurrección.